

DOM COLUMBA MARMION, O.S.B.

Jesucristo, vida del alma

Fundación GRATIS DATE. Pamplona, 1993

Dom Columba Marmion

(1858-1923)

Hijo de Irlanda

José Marmion nació el 1 de abril de 1858 en la Isla de los Santos, en un ambiente impregnado de fe cristiana. Su padre era irlandés, y su madre francesa. De esta doble ascendencia parte su naturaleza rica y compleja: muy sensible, exuberante, lleno de jovialidad, pero impresionable; corazón confiado, generoso, comprensivo, tenía el sentido y el gusto de la bondad; inteligencia clara y penetrante, gozaba de la fe inquebrantable de sus padres. En la medida en que Dios le había dotado, así también tendría sus destinos sobre él.

Sacerdote

Hacia el fin de sus estudios secundarios en el Belvedere College, dirigido por los Padres Jesuitas, se siente llamado al sacerdocio. A pesar de sentir fuertemente la aspereza del sacrificio, se da a Dios con alegría y sin reserva. Recibe la formación sacerdotal en el Seminario de Clonliffe, cerca de Dublín, y luego en Roma, donde termina brillantemente sus estudios teológicos. Es ordenado sacerdote en el Colegio Irlandés el 16 de junio de 1881. Reintegrado a su país, ejerce durante algunos años el ministerio pastoral en su diócesis y enseña filosofía en Clonliffe. Dondequiera que va se aprecia vivamente su celo ardiente y su abnegación a toda prueba.

Monje benedictino

Pero Dios le quería en otra parte. Como tantos otros antiguos monjes de su raza, el presbítero José Marmion dejó su amada patria. Recibe el hábito monástico y el nuevo nombre irlandés de Columba, en la abadía de Maredsous (Bélgica). Monje ya, lo será totalmente durante toda su vida.

En la vida religiosa se distinguió por una constante fidelidad a la gracia, una intensa piedad y una admirable solicitud por adquirir la perfecta obediencia. El día de su profesión solemne, escribió en su diario íntimo: «Abandono todas las cosas, todas mis inclinaciones, aún las más santas, dejando enteramente la elección de mis ocupaciones a la obediencia, sacrificando mis gustos y tomando solemnemente la resolución de emplear todo el resto de mi vida, si la obediencia me lo ordena, en las acciones que carecen de gusto para mí y por las que puedo sentir una gran repugnancia».

En 1899 fue enviado a la nueva abadía de Mont-César, en Lovaina; permaneció allí diez años en calidad de prior y profesor de teología de los monjes jóvenes, predicando al mismo tiempo muchos retiros a sacerdotes y a casas religiosas. Entonces es cuando llega a su madurez, en la oración y el ministerio de las almas, su doctrina espiritual tan humana, tan luminosa, tan equilibrada, centrada en Jesucristo y la misericordiosa bondad del Padre celestial: doctrina vivida antes de ser predicada, y predicada para ser vivida. Apóstol lleno de celo, divulga con largueza su palabra tanto entre sus hermanos como en el exterior: en Bélgica, en Francia, en Irlanda y en Inglaterra. En Lovaina encuentra a Mons. Mercier, más tarde Cardenal, que le honró desde entonces con su fiel amistad y le escogió como confesor. La elocuencia de este gran monje, espontánea, simple, cordial, llena de humor y de bondad, brotando de un corazón ardiente por Cristo y sus miembros, arrebatada y elevaba los corazones. El Cardenal Mercier escribía un día de Dom Marmion: «Hace tocar a Dios».

Abad de Maredsous

Elegido el 29 de septiembre de 1909 para la silla abacial de su Monasterio de profesión, Dom Columba lo gobernó hasta su piadosa muerte, el 30 de enero de 1923. Verdadero padre de sus monjes, fue ante todo para ellos un guía de vida interior y doctor de los misterios de Cristo. De salud frágil y de temperamento delicado, sintió vivamente las múltiples pruebas de estos trece años de abadiado que fueron teatro de la guerra de 1914-1918. Gustaba afirmar animosamente: «Trato de ir con una sonrisa al encuentro de todo lo que me contraría».

El hombre de Dios

He aquí algunos pensamientos suyos, proyección de su vida profunda en Cristo: «Creo en el amor del Padre, y deseo que en retorno, *vea* mi amor por El en Jesucristo». «Siento cada vez más que no puedo *nada* sino en Dios. Amo esta pobreza, y me apoyo sin temor en la bondad de nuestro Padre Celestial...» «Encuentro a Cristo por todo y en todo... Soy *tan* pobre, *tan* miserable en mí mismo y *tan* rico en El; a El toda la gloria para siempre». «Como todos los días en el altar a Jesucristo, para tener la gracia de dejarme comer también cada día por las almas. Ojalá Cristo sea glorificado en mi destrucción, como lo ha sido por su sacrificio».

Irradiación espiritual

Dios que le había dotado tan ricamente de cualidades naturales, de luces y gracias no quiso que su influencia espiritual se limitara a aquellos a quienes pudiera llegar su palabra. Sus conferencias publicadas a partir del 1917, traducidas a más de diez lenguas, conocieron en seguida a través del mundo un éxito inmenso que ha continuado desde entonces. Así ha podido él revelar a los cristianos la auténtica e integral espiritualidad de la Iglesia que se centra en el Señor Jesús y en sus misterios de salvación. Buenos jueces no han dudado en reconocer en él un maestro de la vida interior y un doctor de la adopción divina. El Papa Benedicto XV que utilizaba personalmente sus libros, declaró en el curso de una audiencia al mismo Dom Marmion, mostrándole sobre el estante de sus libros familiares, *Jesucristo, vida del alma...* «Habéis escrito un hermoso libro». Y dirigiéndose un día a Mons. Szepticky, arzobispo de Lemberg, le dijo: «Leed esto, es la pura doctrina de la Iglesia». Pío XII, para celebrar el centenario del nacimiento de Dom Marmion, escribía en 1958 en una carta: «Las obras publicadas de este gran hijo de san Benito, tan notables por la justeza de la doctrina, la claridad de su estilo, la profundidad y riqueza del pensamiento, han sido una preciosísima aportación al tesoro de los escritos espirituales de la Iglesia».

Hacia la beatificación

Este carisma de influencia larga y profunda que acompaña a la doctrina de Dom Marmion, la impresión viva que dejó en numerosos testigos de su vida, que proclaman haber encontrado en él un hombre de Dios, «un santo que era un hombre» (según la feliz expresión de un sacerdote oyente de su predicación); numerosos favores espirituales y temporales recibidos por su intercesión, todo esto parecía evidenciar un designio especial de Dios. En consecuencia, de todos los ámbitos del mundo y de todos los ambientes sociales, se ha elevado un llamamiento al juicio oficial de la Iglesia sobre esta reputación de santidad.

Su excelencia Mons. Charue, obispo de Namur, quiso aceptar la misión de instruir la causa de Dom Columba Marmion. Así, los procesos diocesanos para la beatificación del Siervo de Dios comenzaron en Namur el 7 de febrero de 1957, y terminaron en Maredsous el 20 de diciembre de 1961. Actualmente la Causa se halla bajo el juicio de la Santa Sede.

Dígnese el Espíritu Santo, el Espíritu de adopción de los hijos de Dios en Jesucristo, cuyo misterio vivió el Siervo de Dios tan intensamente y del cual habló en forma tan espléndida, manifestar claramente con milagros su valiosa intercesión cerca del Padre de las Misericordias.

Presentación de esta edición

En el árbol único de la Teología cristiana la *Teología Espiritual* ha sido la rama última en nacer, sintetizando así en sí misma, en orden a la vida espiritual, todos los demás conocimientos dogmáticos o morales, litúrgicos, canónicos o históricos. En efecto, el papa Benedicto XV, en 1919, expresaba en una carta a la universidad Gregoriana su alegría por la creación de una cátedra «dedicada a procurar una más profunda formación religiosa del clero mediante *el estudio científico y práctico de las principales cuestiones concernientes a la perfección cristiana*». El estudio científico de la teología espiritual podría así «corregir aquel ascetismo vago y sentimental o aquel erróneo misticismo» en el que fácilmente derivan quienes no conocen suficientemente «los verdaderos principios de la vida espiritual». La espiritualidad cristiana, por tanto, debe ser estudiada como una «ciencia teológica», y concretamente «bajo la orientación y guía segura del Aquinate, quien, como en las demás disciplinas sagradas, también en ésta se manifiesta como el gran Doctor y gran Santo».

Poco después Pío XI, en la encíclica *Studiorum duce* (1923), daba rango académico a este mismo planteamiento de la Teología espiritual, encomendándola también a la orientación de Santo Tomás de Aquino. Y a lo largo de nuestro siglo el Magisterio apostólico ha vuelto a insistir en ocasiones importantes en la necesidad de arraigar siempre la Teología, también por supuesto la Teología espiritual, en sus raíces bíblicas y tradicionales, tomando precisamente como maestro a Santo Tomás. En cuanto a la concreta orientación *tomista* de la teología católica recordaremos que ha sido impulsada, por ejemplo, por el Concilio Vaticano II (OT 16, GE 10), por la Sagrada Congregación para la Educación Católica (instrucción de 1976 sobre *La formación teológica en los Seminarios*, n.48) o por el mismo Código de Derecho Canónico de 1983 (c.252).

Pues bien, los escritos de Dom Columba Marmion realizan maravillosamente estos ideales de la Iglesia acerca de la teología espiritual. Por eso escapan en buena medida a la erosión del tiempo, y guardan hoy una admirable lozanía. Se trata de obras que están siempre iluminadas por el esplendor de la sabiduría bíblica y patrística, litúrgica y conciliar, y que de Santo Tomás reciben fórmulas tan profundas como bellas y precisas. Merecía, pues, la pena reeditar estos escritos, ya que, por otra parte, son gratamente asequibles a cualquier lector que tenga un mínimo de formación personal.

La presente edición de *Jesucristo, vida del alma* ha sido amablemente autorizada por el actual abad de Maredsous, P. Nicolas Dayez. En vistas a una futura biblioteca informatizada, hemos preferido incluir en el mismo texto las citas bíblicas, y también otras notas de pie de página, señalando éstas entre corchetes [...]. Por lo que se refiere a los textos originales latinos, que Dom Marmion reproducía casi siempre al citar los textos bíblicos o litúrgicos, o los Concilios, Padres y Doctores, nosotros los hemos transcrito sólamente en aquellos pasajes que nos han parecido más elegantes o significativos.

FUNDACIÓN *GRATIS DATE*

PRIMERA PARTE

Economía del plan divino

1

Plan divino de nuestra predestinación adoptiva en Jesucristo

Importancia para la vida espiritual del conocimiento del plan divino

Dios nos ha elegido en Cristo desde antes de la creación del mundo, para que seamos santos e irreprehensibles delante de El; según el beneplácito de su voluntad, nos ha predestinado amorosamente para ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo, en alabanza de la magnificencia de su gracia, por la cual nos ha hecho agradables a sus ojos, en su querido Hijo» (Ef 1,4-6).

En estos términos describe el plan divino sobre nosotros San Pablo, que había sido arrebatado hasta el tercer cielo y fue escogido entre todos por Dios para poner en «su verdadera luz» como él mismo dice, «la economía del misterio escondido en Dios, desde la eternidad»; y vemos al gran Apóstol trabajar sin descanso en dar a conocer este plan eterno, establecido para realizar la santidad de nuestras almas. ¿Por qué se encaminan todos los esfuerzos del Apóstol, como él mismo nos dice, «a poner bien de manifiesto esta economía de los designios divinos»? (*ib.* 3,8-9).

Porque sólo Dios, autor de nuestra salvación y fuente primera de nuestra santidad, podía darnos a conocer lo que de nosotros desea, para hacernos llegar hasta El.

Entre las almas que buscan a Dios, hay quienes no llegan a El sino con mucho trabajo.

Unas no tienen noción precisa de lo que es la santidad; ignoran o dejan a un lado el plan trazado por la Sabiduría eterna, hacen consistir la santidad en tal o cual concepción que ellas mismas se forman, quieren dirigirse únicamente por su propio impulso, adhiérense a ideas puramente humanas, elaboradas por ellas y que no sirven más que para extraviarlas.

Podrá ser que avancen, pero fuera de la verdadera vía por Dios trazada: son víctimas de sus ilusiones, contra las cuales prevenía ya San Pablo a los primeros cristianos (Col 2,8).

Otras tienen nociones claras sobre puntos menudos de poca importancia, pero les falta la vista del conjunto; piérdense en los detalles sin llegar a tener una visión sintética, sin poder salir nunca del atolladero; su vida está llena de trabajos, y sometida a incesantes dificultades; se fatigan sin entusiasmo, sin optimismo y con frecuencia con poco fruto, porque esas almas atribuyen a sus actos una importancia mayor o les dan un valor menor que el que deben tener en conjunto.

Es, pues, de extrema importancia correr «en el camino, no a la ventura» (1Cor 9,26), como dice San Pablo, sino «de manera que toquemos la meta» (9,24); conocer lo más perfectamente que podamos la idea divina de la santidad, examinar con el mayor cuidado el plan trazado por Dios mismo para hacernos llegar hasta El, y adaptarnos rigurosamente a ese plan. Sólo de esta manera conseguiremos nuestra salvación y nuestra santidad.

En materia tan grave, en cuestión tan vital, debemos mirar y pesar las cosas como Dios las mira y las pesa Dios juzga todas las cosas con plena inteligencia, y su juicio es la norma última de toda verdad. «No hay que juzgar las cosas según nuestro gusto, decía San Francisco de Sales, sino según el de Dios: esto es capital. Si somos santos según nuestra voluntad, nunca llegaremos a serlo de verdad; seámoslo según la voluntad de Dios» (*Carta a la presidenta Brulart*, Sept. 1606: *Obras*, Annecy XIII, 213). La Sabiduría divina sobrepasa infinitamente toda la sabiduría humana; el pensamiento de Dios está dotado de fecundas energías que no posee ningún pensamiento creado; por tanto, el plan establecido por Dios encierra una sabiduría tal que nunca será frustrado por su insuficiencia intrínseca, sino únicamente por culpa nuestra. Si dejamos a la «idea», divina entera libertad para obrar en nosotros, si nos adaptamos a ella con amor y fidelidad, será extraordinariamente fecunda y nos conducirá a la más sublime santidad

Contemplemos, pues, a la luz de la Revelación, el plan de Dios sobre nosotros. Esta contemplación será para nuestras almas una fuente de luz, de fuerza, de alegría.

Ante todo voy a daros una idea general del plan divino; después, siguiendo las palabras de San Pablo citadas al principio de esta conferencia, me ocuparé de los detalles.

1. Idea general de este plan: La santidad a que Dios nos llama por la adopción sobrenatural es una participación en la vida revelada por Jesucristo

La razón humana puede demostrar que existe un ser supremo, causa primera de toda criatura, Providencia del mundo, remunerador soberano, fin último de todas las cosas.— De este conocimiento racional y de las

relaciones que entre las criaturas y Dios nos descubre, se siguen para nosotros ciertos deberes con respecto a El y con respecto a nuestro prójimo; deberes que en conjunto constituyen la *ley natural* y en cuya observancia se funda la religión natural.

Pero por muy poderosa que sea nuestra razón, no ha podido descubrir con certeza nada de lo referente a la vida íntima del Ser Supremo: la vida divina aparece infinitamente distante «en una soledad impenetrable» (1Tim 6,16).

La Revelación ha venido en nuestra ayuda con su esplendorosa luz.

Ella nos enseña que hay en Dios una Paternidad inefable.— Dios es padre: he aquí el dogma fundamental que presupone todos los otros, dogma magnífico, que llena de asombro a la razón, pero que cautiva a la fe y colma de gozo a las almas santas. Dios es Padre.— Eternamente, mucho antes que la luz creada brillase sobre el mundo, Dios engendró un Hijo, a quien comunica su naturaleza, sus perfecciones, su beatitud, su vida: porque engendrar es comunicar [por la donación de una naturaleza semejante] el ser y la vida. «Hijo mío eres tú; hoy te he engendrado» (Sal 2,7; Heb 1,5). «Antes de la aurora de los tiempos, yo te he engendrado de mi seno» (Sal 109,3). La vida, pues, está en Dios, vida comunicada por el Padre y recibida por el Hijo.— Este Hijo, semejante en todo al Padre, llamado con toda propiedad «unigénito» (Jn 1,18) es único, porque tiene [mejor, porque es] con el Padre una naturaleza divina única e indivisible, y uno y otro, aunque distintos entre sí (a causa de sus propiedades personales de *ser* Padre y de *ser* Hijo), están unidos con un abrazo de amor poderoso y sustancial, del cual procede la tercera persona, a quien la Revelación llama con un nombre misterioso: el Espíritu Santo.

Tal es, en cuanto la fe puede conocerlo, el secreto de la vida íntima de Dios; la plenitud y fecundidad de esa vida es la fuente de la felicidad incommensurable que posee la inefable sociedad de las tres divinas Personas. Pero he aquí que Dios, no para acrecer su plenitud, sino para enriquecer con ella a otros seres, va a extender, por decirlo así, su paternidad.— Esa vida divina tan poderosa y abundante, que únicamente Dios tiene el derecho de vivir, esa vida eterna, comunicada por el Padre al Hijo único y por los dos a su común Espíritu, quiere Dios que sea participada también por las criaturas, y por un exceso de amor que tiene su origen en la plenitud del ser y del bien que es el mismo Dios, esa vida va a desbordarse del seno de la divinidad para comunicarse y hacer felices, elevándolos sobre su naturaleza, a los seres sacados de la nada. A esas puras criaturas, Dios les dará el dulce nombre de hijos y hará que lo sean.— Por naturaleza, Dios no tiene más que un Hijo; por amor, tendrá una muchedumbre innumerable: he ahí *la gracia de la adopción sobre-natural*.

Este decreto de amor, realizado en Adán desde la aurora de la creación, desbaratado después por el pecado de nuestro primer padre, que arrastra en la desgracia a toda su descendencia, será restaurado por una interven-

ción maravillosa de justicia y de misericordia, de sabiduría y de bondad; porque el Hijo único, que vive eternamente en el seno del Padre, se une en el tiempo a una naturaleza humana, de una manera tan íntima, que esta naturaleza, sin dejar de ser perfecta en sí misma, pertenece enteramente a la persona divina a que está unida. La vida divina, comunicada plenamente a esta Humanidad, la convierte en la Humanidad real del Hijo de Dios: tal es la obra admirable de la Encarnación. De este Hombre que se llama Jesús, Cristo, decimos con entera verdad que es el propio *Hijo de Dios*.

Pero este Hijo, que por naturaleza es «el único del Padre eterno», no aparece en la tierra sino para llegar a ser el «primogénito de todos los que le han de recibir» después de haber sido rescatados por El (+Rm 8,29). Unigénito del Padre en los esplendores eternos, Hijo único por derecho, es constituido cabeza de una multitud de hermanos, a quienes por su obra redentora comunicará la gracia de la vida divina.

De manera que la misma vida divina que emana del Padre al Hijo y que pasa del Hijo a la humanidad de Jesús, circulará por medio de Cristo en todos aquellos que la quieran aceptar, y los impulsará hasta el seno beatificante del Padre donde Cristo nos ha precedido (+Jn 14,2; 20,17), después de haber dado por nosotros en la tierra su sangre como precio de ese don.

Toda la santidad consistirá, por tanto, en recibir de Cristo y por Cristo la vida divina; El la posee en toda su plenitud, y ha sido establecido como único mediador. Consistirá en conservar esa vida, en aumentarla sin cesar, por una adhesión más perfecta, por una unión cada vez más estrecha con aquel de quien procede.

La santidad es, pues, *un misterio de la vida divina, comunicada y recibida*: comunicada, en Dios, del Padre al Hijo por una «generación inenarrable» (Is 53,8) comunicada fuera de Dios por el Hijo a la humanidad a que se unió personalmente en la Encarnación; transmitida después por esta humanidad a las almas, y recibida por cada una de ellas «en la medida de su predestinación particular» (Ef 4,7). De suerte que Cristo es verdaderamente la vida del alma, porque es la fuente y el dispensador de esa vida.

La comunicación se hará a los hombres en la Iglesia, hasta el día fijado por los decretos eternos para la consumación de la obra divina sobre la tierra. En ese día, el número de los hijos de Dios, de los hermanos de Jesús estará ya completo; presentada por Cristo a su Padre (1Cor 15,24-28), la muchedumbre incontable de los predestinados circundará el trono de Dios para sacar de las fuentes vivas una felicidad sin mezcla y sin fin para exaltar las magnificencias de la bondad y de la gloria de Dios. La unión será eternamente consumada, y «Dios será todo en todos».

Tal es en sus líneas generales el plan divino; tal es, en resumen, la curva descrita por la obra sobrenatural. Cuando en la oración considera el alma esta magnificencia y las atenciones de que gratuitamente es objeto por

parte de Dios, siente necesidad de abismarse en la adoración y de cantar, en alabanza del ser infinito que se inclina hacia ella para darle el nombre de hija, un cántico de acción de gracias. «¡Qué grandes son tus obras, oh Señor, qué profundos tus pensamientos!». «¡Oh, Dios mío!, ¿quién es semejante a ti? ¡Has multiplicado tus maravillas y tus amorosos designios en favor nuestro; nada hay que se te pueda comparar!» (Sal 91,6; *ib.* 39,6). «¡Oh Dios, tú me regocijas con tus hechos y salto de gozo ante las obras de tus manos!» (*ib.* 91,5-6). «Por esto te cantaré mientras viva, mientras tenga un hálito de vida te ensalzaré» (*ib.* 103-32). «¡Esté mi boca llena de alabanza a fin de que yo pregone tu gloria!» (*ib.* 70,8).

2. Dios quiere hacernos partícipes de su propia vida para hacernos santos y colmarnos de felicidad: en qué consiste la «santidad» de Dios

Comencemos ahora la exposición en detalle, tomando por guía el texto del Apóstol. Esta exposición tendrá inevitables repeticiones, pero confío que vuestra caridad las disculpará a causa de la elevación y de la importancia de las vitales cuestiones que nos ocupan. Sólo prolongando un poco la contemplación, podemos vislumbrar bien la grandeza de estos dogmas y su fecundidad para nuestras almas.

Como sabéis, en toda ciencia hay primeros principios, puntos fundamentales, que hay que empezar por conocer, porque sobre ellos reposan todas las explicaciones ulteriores y últimas conclusiones. Estos elementos primeros necesitan ser tanto más profundizados y requieren tanta mayor atención cuanto sus consecuencias son más vastas e importantes.— Es verdad que nuestro espíritu está hecho de tal manera que se desanima fácilmente ante el análisis o la meditación de las nociones fundamentales. Toda iniciación en una ciencia, como las Matemáticas, en un arte, como la Música; en una doctrina, como la de la vida interior, exige cierta atención, que nuestro espíritu no siempre presta de buen grado. En su impaciencia natural, desea llegar inmediatamente a las ampliaciones para admirar el orden, y a las aplicaciones para recoger y gustar los frutos; pero es de temer que si no profundiza cuidadosamente los principios, falte la solidez en las conclusiones, por muy brillantes que aparezcan, y con frecuencia sean inestables y aventuradas sus aplicaciones.

Por eso, y aun a riesgo de repetirme, no dudo en volver a tratar con vosotros sobre estas verdades fundamentales. ¿No opináis acaso vosotros que solamente haciendo hincapié en el corazón del dogma, podremos sacar de él la vida, la fecundidad y la alegría para nuestras almas?

Según el pensamiento de San Pablo, cuyas palabras os he citado al comenzar, ese plan puede resumirse en pocas líneas: *Dios quiere comunicarnos su santidad*: «Dios nos ha escogido para ser santos e irrepreensibles». —Esta santidad consiste en una *vida de hijos adoptivos*; vida cuyo principio y carácter *sobrenatural* es la gracia: «Dios nos ha

predestinado a ser hijos de adopción». Finalmente y sobre todo, este misterio inefable no se realiza sino «por Jesucristo».

Dios nos quiere santos; ésta es su voluntad desde toda la eternidad: por eso nos ha elegido: «Nos ha elegido para que seamos santos e inmaculados en su presencia» (Ef 1,4). «Dios quiere vuestra santificación», continúa San Pablo (1Tes 4,3). Dios desea, con una voluntad infinita, que seamos santos; lo quiere, porque El también es santo (Lev 11,44; 1Pe 1,16); porque ha cifrado en esta santificación la gloria que El espera de nosotros (Jn 15,8) y el gozo con que desea saciarnos (*ib.* 16,22).

Pero, ¿qué es «ser santo»? —Nosotros somos criaturas, nuestra santidad no existe más que por una participación de la de Dios; debemos, pues, para comprenderla, remontarnos hasta Dios. Sólo El es santo por esencia, o mejor, es la santidad misma.

La santidad es la perfección divina, objeto de la contemplación eterna de los ángeles. Abrid el libro de las Escrituras y comprobaréis que sólo dos veces se ha entreabierto el cielo ante dos grandes profetas, el uno de la Antigua Alianza, y el otro de la Nueva: Isaías y San Juan. Y ¿qué vieron?, ¿qué oyeron? Uno y otro vieron a Dios en su gloria; uno y otro vieron a los espíritus celestiales alrededor de su trono; uno y otro los oyeron cantar sin fin, no la belleza de Dios, ni su misericordia, ni su justicia, ni su grandeza, sino su santidad: «Santo, Santo, Santo, es el Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria» (Is 6,3; Ap 4,8).

Y bien: ¿en qué consiste esta santidad de Dios?

En Dios todo es simple; en El sus perfecciones son realmente idénticas a El mismo; además, la noción de santidad no se le puede aplicar sino de una manera absolutamente trascendente y sin rebasar los límites del lenguaje analógico; no tenemos término propio que exprese de modo adecuado la realidad de esta perfección divina; sin embargo de ello, nos está permitido emplear un lenguaje humano.

¿Qué es, pues, la santidad en Dios? —Según nuestro modo de hablar, nos parece que se compone de un doble elemento: primero, alejamiento infinito de todo cuanto es imperfección, de todo lo que es criatura, de todo lo que no es el mismo Dios.

Esto no es más que un aspecto «negativo»; hay otro elemento consistente en que *Dios se adhiere, por un acto inmutable y siempre actual de su voluntad, al bien infinito* (que no es otro que El mismo), hasta llegar a conformarse adecuadamente a todo lo que es ese mismo bien infinito. Dios se conoce perfectamente; su omnisciencia le presenta su propia esencia como la norma suprema de toda actividad; nada puede querer, hacer o aprobar que no sea regulado por su sabiduría soberana y de acuerdo con la norma última de todo bien, esto es, la esencia divina.

Esta adhesión inmutable, esta conformidad suprema de la voluntad divina con la esencia infinita como norma última de actividad, es perfectísima, porque en Dios la voluntad es realmente idéntica a la esencia.

La santidad divina se confunde, pues, con el amor perfectísimo y la fidelidad soberanamente inmutable con que Dios se ama de una manera infinita.

Y como su sabiduría suprema muestra a Dios que El es toda perfección, el único ser necesario, esto hace que Dios lo refiera todo a sí mismo y a su propia gloria, y por esto los Libros Sagrados nos hacen escuchar el cántico de los ángeles: «Santo, Santo, Santo... el Cielo y la tierra están llenos de tu gloria». Que es como si dijese: «¡Oh Dios, tú eres el muy santo, tú eres la santidad misma, porque con una soberana Sabiduría te glorificas digna y perfectísimamente».

De aquí que la santidad divina sirva de fundamento primero, de ejemplar universal y de fuente única a toda santidad creada.— Comprenderéis, efectivamente, que amándose de una manera necesaria, con infinita perfección, Dios quiere, de una manera necesaria también, que toda criatura exista para la manifestación de su gloria, y que sin sobrepasar su categoría de criatura, no obre sino conforme a las relaciones de dependencia y de fin que la Sabiduría eterna encuentra en la esencia divina. Por tanto, cuanto mayor sea la dependencia de amor con respecto a Dios que haya en nosotros y la conformidad de nuestra voluntad libre con nuestro fin primordial (que es la manifestación de la gloria divina), *más unidos estaremos a Dios*, lo cual no puede realizarse sino por el desprendimiento de todo lo que no es Dios, cuanto más *firmes* y *estables* sean esa dependencia, esa conformidad, esa adhesión, ese desprendimiento, más elevada será nuestra santidad.

[Santo Tomás (II-II, q.81, a.8) exige como elemento de la santidad en nosotros la *pureza* (alejamiento de todo pecado, de toda imperfección, desasimilamiento de todo lo creado) y la *estabilidad* de la adhesión a Dios; a estos dos elementos corresponden en Dios la entera perfección de su ser infinitamente trascendente y la inmutabilidad de su voluntad en la adhesión a sí mismo].

3. La santidad en la Trinidad: plenitud de la vida a que Dios nos destina

La razón humana puede llegar a determinar la existencia de esta santidad del Ser Supremo, santidad que es un atributo, una perfección de la naturaleza divina, considerada en sí misma; pero la Revelación nos comunica a su vez nueva luz.

Debemos aquí dirigir con reverencia la mirada de nuestra alma hacia el santuario de la Trinidad adorable, debemos escuchar lo que Jesucristo ha querido —tanto para alimentar nuestra piedad como para ejercitar nuestra fe— bien revelarnos por sí mismo, bien proponernos por medio de su Iglesia, acerca de la vida íntima de Dios.

En Dios, como sabéis, podemos contemplar al Padre al Hijo y al Espíritu Santo, tres personas distintas con una esencia o naturaleza única.

Inteligencia infinita, el Padre conoce perfectamente sus perfecciones y expresa este conocimiento en una palabra única, el Verbo, palabra viviente, sustancial, expresión adecuada de lo que es el Padre. Al proferir esta palabra, el Padre engendra a su Hijo, a quien comunica toda su esencia, su naturaleza, sus perfecciones, su vida: «Como el Padre tiene vida en sí mismo, de igual modo ha concedido tener vida en sí mismo al Hijo» (Jn 5,26).

El Hijo es enteramente igual al Padre; está entregado a El por una donación total, que arranca de su naturaleza de Hijo, y de esta donación mutua de un solo y mutuo amor procede como de un principio único el Espíritu Santo, que sella la unión del Padre y del Hijo, siendo su amor viviente y sustancial. Esta comunicación mutua de las tres personas, esta adherencia infinita y llena de amor de las personas divinas entre sí, constituye seguramente una nueva revelación de la santidad en Dios, que es la unión de Dios consigo mismo, en la unidad de su naturaleza y en la trinidad de personas.

[Digamos para las almas que estén algo más iniciadas en cuestiones teológicas, que cada una de las tres Personas es idéntica a la esencia divina, y, por consiguiente, santa, con una santidad sustancial, porque obra conforme a esa esencia considerada como norma suprema de vida y de actividad.—Añadamos que las Personas son santas, porque cada una de ellas se entrega y existe para las otras en un acto de adhesión infinita.—Finalmente, la tercera persona se llama particularmente santa, porque procede de las otras dos por amor. El amor es el acto principal por el cual la voluntad propende a su fin, y se une a él; significa el acto más eminente de adhesión a la norma de toda bondad, es decir, de santidad, y por esto el Espíritu, que en Dios procede por amor, lleva el nombre de *Santo* por excelencia. He aquí el texto de Santo Tomás que nos expone esta hermosa y profunda doctrina: *Cum bonum amatum habeat rationem finis. ex fine autem motus voluntarius bonus vel malus, redditur, necesse est quod amor quo ipsum bonum amatur, quod Deus est, eminentem quandam obtineat bonitatem, QUÆ NOMINE SANCTITATIS EXPRIMITUR... Igitur Spiritus quo nobis insinuatur amor quo Deus se amat, Spiritus Sanctus nominatur (Opuscula Selecta)*. Por esto se ve que por la consideración de la Trinidad de personas se llega a tener un conocimiento más profundo de la santidad divina].

Dios encuentra en esta vida divina, inefablemente una y fecunda, toda su felicidad esencial. Para existir, Dios sólo tiene necesidad de sí mismo y de sus perfecciones; encuentra toda felicidad en las perfecciones de su naturaleza y en la sociedad inefable de sus personas, y, por tanto, no necesita de ninguna criatura; toda la gloria que brota de sus perfecciones infinitas la refiere Dios a sí mismo, en sí mismo, en la augusta Trinidad.

Dios ha decretado, como sabéis, hacernos partícipes de esa vida íntima que es exclusivamente suya; quiere comunicarnos esa beatitud sin límites que tiene sus fuentes en la plenitud del Ser infinito. Por tanto —y éste es el primer punto de la exposición de San Pablo sobre el plan divino—

, nuestra santidad consistirá en *adherirnos a Dios conocido y amado*, ya no simplemente como autor de la creación, sino *como se conoce y se ama a sí mismo*, en la felicidad de su Trinidad; esto será estar unidos a Dios hasta el punto de participar de su vida íntima.— Pronto veremos por qué medios maravillosos realiza Dios este plan; detengámonos ahora un instante a considerar la grandeza del don que nos ha hecho. Llegaremos a formarnos una idea de ello si nos fijamos en lo que pasa en el orden natural.

Mirad el mineral: no vive, no tiene dentro de sí el principio interior fuente de actividad; el mineral posee una participación del ser con ciertas propiedades, pero su modo de existir es muy inferior.— Mirad la planta: vive, se mueve armoniosamente de una manera constante y con leyes fijas, hacia la perfección de su ser; pero esta vida está en el grado último, porque la planta no posee conocimiento.— Aunque superior a la vida de la planta, la del animal está limitada a la sensibilidad y a las necesidades del instinto.— Con el hombre subimos ya a una esfera más elevada: la razón y la voluntad libre caracterizan la vida propia del ser humano, pero el hombre es también materia.— Encima de él está el ángel, espíritu puro, cuya vida señala la cima en el dominio de la creación.— Infinitamente sobre todas estas vidas creadas y participadas, existe la vida divina, vida increada, vida absolutamente trascendente, plenamente autónoma e independiente, y superior a las fuerzas de toda criatura; vida necesaria, subsistente en sí misma; inteligencia ilimitada, Dios abarca, por un acto eterno de intelección, lo infinito y todos los seres cuyo prototipo se encuentra en El, voluntad soberana, se une sin peligro de desasirse nunca al bien supremo, que no es otro que El mismo, en esta vida divina que se desenvuelve con toda plenitud, encuéntrase la fuente de toda perfección y el principio de toda felicidad.

Esta vida divina es la que Dios nos quiere comunicar, y el participar de ella constituye nuestra santidad, y como para nosotros esta participación tiene grados diversos, cuanto más intensa sea, mayor y más elevada será nuestra santidad.

No olvidemos que «Dios ha resuelto» darse a nosotros únicamente por amor.— En Dios, lo único necesario son las inefables comunicaciones de personas divinas entre sí [*necesarias* en cuanto que no pueden no ser. +Santo Tomás, I, q.41, a.2, ad 5]. Esas relaciones mutuas pertenecen a la esencia misma de Dios; en ellas consiste la vida de Dios. Toda otra comunicación que Dios quiere hacer de sí mismo es fruto de un amor soberanamente libre; pero como ese amor es divino, el don lo es también. Dios ama divinamente: se entrega a sí mismo. Nosotros estamos llamados a recibir en una medida inefable esa comunicación divina; Dios trata de darse a nosotros, no solamente como belleza suprema, objeto de contemplación, sino de unírseles para no formar, en cuanto sea posible, más que una misma cosa con nosotros. «¡Oh Padre, decía Jesucristo en la última cena, que mis discípulos sean uno en nosotros como Tú y yo somos uno, a fin de que encuentren en esta unión el goce sin fin de nuestra propia

beatitud); «para que en ellos habite plenamente mi gozo» (Jn 17,11-13; +15,11).

4. Realización de este decreto por la adopción divina mediante la gracia: carácter sobrenatural de la vida espiritual

¿Cómo realiza Dios este designio magnífico, por el cual quiere que tomemos parte en esta vida que excede las proporciones de nuestra naturaleza, que supera sus derechos y sus energías propias, que no es reclamada por ninguna de sus exigencias, sino que sin destruir esa naturaleza viene a colmarla de una felicidad que el corazón humano es incapaz de sospechar? ¿Cómo va Dios a hacernos «entrar en la sociedad inefable» (1Jn 1,3) de su vida divina para que seamos partícipes de su eterna beatitud? Adoptándonos por hijos suyos. Por una voluntad infinitamente libre, pero llena de amor: «Según el decreto de su voluntad» (Ef 1,5), Dios nos predestina a ser, no sólo criaturas, sino también hijos suyos (Ef 1,5) para hacernos así «partícipes de su naturaleza divina» (2Pe 1,4). Dios nos adopta por hijos. ¿Qué quiere decir con esto San Pablo? ¿Qué es la adopción humana?

Es la admisión de un extraño en una familia. Por la adopción, el extraño llega a ser miembro de la familia, toma su nombre, recibe el título, con derecho a heredar los bienes. Pero para poder ser adoptado, es preciso ser de la misma raza; para ser adoptado por un hombre es preciso ser miembro de la raza humana.— Pues bien; nosotros, que no somos de la raza de Dios, que somos pobres criaturas, que estamos por nuestra naturaleza más lejos de Dios que el animal del hombre, que nos hallamos infinitamente distantes de Dios: «Extraños y advenedizos» (Ef 2,19), ¿cómo podremos ser adoptados por Dios?

He aquí el milagro de la sabiduría, del poder y de la bondad de Dios. Dios nos da una participación misteriosa de su naturaleza que llamamos «gracia»: «Para haceros partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4). [San Pedro no dice que llegamos a ser participantes de la *esencia* divina, sino de la *naturaleza* divina, es decir, de esa actividad que constituye la vida de Dios, y que consiste en el conocimiento y el amor fecundo y beatificante de las Personas divinas].

La gracia es una *cualidad interior* producida por Dios en nosotros, inherente al alma, adorno del alma, que hace al alma agradable a Dios, del mismo modo que, en el dominio de la naturaleza, la belleza y la fuerza son cualidades del cuerpo, el genio y la ciencia del espíritu, el valor y la lealtad del corazón. Según Santo Tomás, esa gracia es una « semejanza participada de la naturaleza de Dios » [*participata similitudo divinæ naturæ*. III, q.62, a.1. Por esto se dice en Teología que la gracia es *deiforme*, para significar la semejanza divina que produce en nosotros]. La gracia nos hace participantes de la naturaleza divina, de una manera que no podemos comprender del todo; nos eleva a un estado que no nos correspondería por naturaleza, en cierto modo llegamos a ser dioses. No

nos hacemos iguales, sino semejantes a Dios; por eso nuestro Señor decía a los judíos: «¿Acaso no está escrito en vuestros Libros Santos: *Yo he dicho: Vosotros sois dioses?*» (Jn 10,34).

Por tanto, nuestra participación en esta vida divina se realiza por medio de la gracia, en virtud de la cual nuestra alma recibe la capacidad de conocer a Dios como Dios se conoce, de amar a Dios como Dios se ama, de gozar de Dios como Dios está henchido de su propia beatitud, y de vivir así de la vida del mismo Dios.

Tal es el misterio inefable de la adopción divina. Pero hay una profunda diferencia entre la adopción divina y la humana. Esta no es más que exterior, ficticia, garantizada, sin duda, por un documento legal, pero sin llegar hasta la naturaleza de aquel que es adoptado.— Dios, por el contrario, al adoptarnos, al darnos la gracia, llega hasta el fondo de nuestra naturaleza; sin cambiar lo que es esencial en el orden de esa naturaleza, la levanta interiormente por su gracia hasta el punto que llegamos a ser verdaderamente hijos de Dios; este acto de adopción tiene tal eficacia, que nos hace de una manera realísima, mediante la gracia, participantes de la naturaleza divina, y porque la participación de la gracia divina constituye nuestra santidad, esta gracia se llama *santificante*.

La consecuencia de ese decreto divino de nuestra adopción, de esa predestinación tan llena de amor por la que Dios se digna hacernos hijos suyos, es dar a nuestra santidad un carácter especial. ¿Qué carácter es éste? Que nuestra santidad es *sobrenatural*.

La vida a que Dios nos eleva es, con respecto a nosotros como con respecto a toda criatura, sobrenatural, es decir, que excede las proporciones, los derechos y las exigencias de nuestra naturaleza. No hemos, pues, de ser santos como simples criaturas humanas, sino *como hijos de Dios, por actos inspirados y animados por la gracia*. La gracia llega a ser en nosotros el principio de una vida divina. ¿Qué es *vivir*? —Vivir, para nosotros, es movernos en virtud de un principio interior, fuente de acciones que nos impulsan a la perfección de nuestro ser. En nuestra vida natural se injerta, por decirlo así, otra vida cuyo principio es la gracia; la gracia viene a ser en nosotros fuente de acciones y operaciones, que son sobrenaturales y se encaminan a un fin divino: poseer a Dios algún día y gozar de El, como El se conoce y goza en sus perfecciones.

Es este punto de capital importancia, y desearía que nunca le perdiereis de vista. Dios podía haberse contentado con aceptar de nosotros el homenaje de una religión natural; ésta hubiera sido la fuente de una moralidad humana, natural también, de una unión con Dios conforme a nuestra naturaleza de seres racionales, fundada en nuestras relaciones de criaturas con el Creador y en nuestras relaciones con los semejantes.

Pero Dios no quiso limitarse a esta religión natural. Nos hemos encontrado ciertamente con hombres que no están bautizados, y que, sin embargo de ello, son rectos, leales, íntegros, equitativos, justos y compasivos, pero allí no hay más que una honradez natural [hay que

añadir, además, que a causa de los malos instintos, secuela del pecado original, esta honradez, puramente natural, raras veces es perfecta]. Sin rechazarla, todo lo contrario, Dios no se contenta con ella. Porque ha decidido hacernos partícipes de su vida infinita, de su propia beatitud — lo cual representa para nosotros un destino sobrenatural— por el hecho de habernos otorgado su gracia, Dios quiere que nuestra unión con El sea una unión, una santidad sobrenatural, que tenga a esa gracia como origen y principio.

Fuera de este plan, no hay para nosotros más que la perdición eterna. Dios es dueño de sus dones, y desde toda la eternidad ha decretado que no llegaremos a ser *santos* delante de El sino *viviendo por la gracia como hijos de Dios*. ¡Oh Padre Celestial, concédeme que guarde mi alma la gracia que hace de mí un hijo tuyo! ¡Presérvame de todo el mal que podría alejarme de ti!

5. El plan divino desbaratado por el pecado, restablecido por la Encarnación

Como sabéis, Dios realizó su designio desde la creación del primer hombre: Adán recibió para sí y para su descendencia la gracia que hacía de él un hijo de Dios. Mas por culpa suya perdió, tanto para sí como para su descendencia, ese don divino; después de su desobediencia todos nacemos pecadores, despojados de esa gracia que nos haría hijos de Dios. En vez de hijos de Dios somos *hijos de ira* (Ef 2,3), enemigos de Dios, hijos condenados a su indignación: El pecado ha destruido todo el plan de Dios.

Pero Dios, dice la Iglesia, se ha mostrado más admirable en la restauración de sus designios que en la creación misma. «¡Oh Dios, que de un modo maravilloso creaste la excelsa dignidad de la naturaleza humana, y de forma aun más maravillosa la restauraste!» [*Deus qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti et MIRABILIVS reformasti*. Ofertorio de la misa.].

¡Cómo!, ¿qué maravilla es ésta?

Este misterio es la *Encarnación*.

Dios va a restaurarlo todo por el Verbo encarnado. Tal es el misterio escondido desde los siglos en la mente divina (Ef 3,9), que San Pablo viene a revelarnos: Cristo, HombreDios, será nuestro mediador; El nos reconciliará con Dios y nos devolverá la gracia. Y como este gran designio ha sido previsto desde toda la eternidad, tiene razón San Pablo cuando nos habla de él como de un misterio siempre presente. Este es el último rasgo con que el Apóstol acaba por darnos a conocer el plan divino.

Oigámosle con fe, porque tocamos aquí en el corazón mismo de la obra divina.

El pensamiento divino es constituir a Cristo jefe de todos los redimidos, «de todo lo que tiene un nombre en este mundo y en el siglo venidero» (*ib.* 1,21), a fin de que por El, con El y en El lleguemos todos a la unión con

Dios y realicemos la santidad sobrenatural que Dios exige de nosotros. No hay pensamiento más claro en todas las Epístolas de San Pablo, ninguno de que esté más convencido, ni que trate de poner más de relieve.— Leed todas sus Epístolas: veréis que sin cesar vuelve sobre él hasta el punto de formar con él el fondo casi único de su doctrina. Ved: en el pasaje de la Epístola a los Efesios que he citado al comenzar. ¿Qué nos dice? —«Dios nos ha elegido *en Cristo* para que seamos santos, nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos por *Cristo*... y nosotros somos agradables a sus ojos *en su querido Hijo*». Dios ha resuelto «restaurarlo todo en su Hijo Jesús» (Ef 1,10). O mejor, según el texto griego, «ha resuelto colocar todas las cosas bajo Cristo, como bajo un jefe único». Cristo está siempre en el primer plano de los pensamientos divinos.

¿Cómo se realiza esto?

El Verbo, cuya generación eterna adoramos «en el seno del Padre», *in sinu Patris*, «se hizo carne» (Jn 1,14). La Santísima Trinidad ha creado una humanidad semejante a la nuestra y desde el primer instante de su creación la ha unido de una manera inefable e indisoluble a la persona del Verbo del Hijo, de la segunda persona de la Trinidad beatísima. Este Dios-Hombre es Jesucristo. Esta unión es tan estrecha, que no forma mas que una sola persona la del Verbo. «Dios perfecto», por su naturaleza divina, el Verbo se hace, por su encarnación, «hombre perfecto». Al hacerse hombre continúa siendo Dios.— «Continuó siendo lo que era; asumiendo lo que no tenía» [*Quod fuit permansit, quod non erat assumpsit*. Ant. del Oficio de la Circuncisión]; —el hecho de haber tomado una naturaleza humana para unírsele, no ha disminuido su divinidad.

En Jesucristo, Verbo encarnado, se han unido las dos naturalezas sin mezcla, sin confusión; permanecen distintas, a pesar de estar unidas en la unidad de la persona; y a causa del carácter personal de esta unión, Cristo es propiamente Hijo de Dios. «Posee la vida de Dios». «Como el Padre tiene vida en sí mismo, de igual modo ha dado al Hijo el poseer en sí mismo la vida» (Jn 5,26). La misma vida divina que subsiste en Dios, es la que llena la humanidad de Jesús. El Padre comunica su vida al Verbo, al Hijo, y el Verbo la comunica a la humanidad, que ha unido a sí personalmente. De ahí que al mirar a nuestro Señor, el Padre Eterno le reconoce «como su verdadero Hijo». «Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado» (Sal 2,7; Heb 5,5).— Y por ser su Hijo, porque esta humanidad es la humanidad de su Hijo, posee esta humanidad una comunicación plena y perfecta de todas las perfecciones divinas. «El alma de Cristo está henchida de todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios» (Col 2,3). «En Cristo, dice San Pablo, habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9); la santa humanidad está «llena de gracia y de verdad» (Jn 1,14).

El Verbo hecho carne es, pues, adorable lo mismo en su humanidad que en su divinidad, porque debajo de esta humanidad se encubre la vida divina.— «Oh Cristo Jesús, Verbo encarnado, yo me postro delante de ti, porque tú eres el Hijo de Dios, igual a tú Padre. Eres verdaderamente el

Hijo de Dios. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Eres el Hijo muy amado del Padre, aquel en quien El tiene todas sus complacencias. Yo te amo y te adoro» [*venite, adoremus!*].

Pero esta plenitud de la vida divina que habita en Jesucristo, debe derramarse hasta nosotros y llegar a todo el género humano, y ésta es una revelación admirable que nos llena de gozo.

La filiación divina que pertenece a Cristo por naturaleza y que le convierte en «el Hijo propio y único de Dios» debe extenderse hasta nosotros por la gracia, de manera que «Jesucristo, en el pensamiento del Padre, no es sino el primogénito de una multitud de hermanos» que son hijos de Dios por la gracia como El lo es por naturaleza. «Nos predestinó para que seamos conformes a la imagen de su Hijo, para que El llegue a ser el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29).

Nos hallamos ahora en el punto central del plan divino: *La adopción divina la recibimos de Jesucristo y por Jesucristo*. «Dios ha enviado a su Hijo al mundo, para darnos su adopción» (Gál 4,5). La gracia de Cristo, Hijo de Dios, se nos comunica a fin de que sea en nosotros el principio de la adopción. Y todos nosotros debemos recurrir a la plenitud de la vida divina y de la gracia de Jesucristo. San Pablo después de haber dicho que la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Cristo, añade a modo de consecuencia: «En El lo tenéis todo plenamente, porque El es vuestro jefe» (Col 2,10; Ef 4,15). Y San Juan, después de habernos mostrado al Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad, añade: «Todos nosotros hemos recibido de su plenitud» (Jn 1,16).

Así, no solamente nos «ha elegido el Padre en Cristo» desde la eternidad: *Elegit nos in ipso* —notad el término: *in ipso*: nos ha elegido «en Cristo»; todo lo que hay fuera de Cristo no existe, por decirlo así, en el pensamiento divino—; sino que hasta la gracia misma, instrumento de la adopción a que estamos destinados, la recibimos por Jesucristo. «Dios nos ha predestinado para ser adoptados como hijos por medio de Jesucristo» (Ef 1,5). «Somos hijos como Jesús: El por naturaleza, nosotros por gracia; El, Hijo propio y natural; nosotros, adoptivos» (ML 68, 701). Por medio de Jesucristo entramos en la familia de Dios; de El y por El nos viene la gracia y con ella la vida divina: «Yo soy la vida... vine para que tengan la vida y muy copiosa» (Jn 10,10).

Tal es la fuente misma de nuestra santidad. Como *todo* Jesucristo puede resumirse en la filiación divina, así *todo* el cristiano se resume en la participación, por Jesucristo y en Jesucristo, de esta filiación. Nuestra santidad no es otra cosa; cuanto más participemos de la vida divina por la comunicación que Jesucristo nos hace de su gracia, cuya plenitud posee El perpetuamente, más elevado será el grado de nuestra santidad. Cristo no es sólo santo en sí mismo, es *nuestra* santidad. Toda la santidad que Dios ha destinado a las almas ha sido depositada en la humanidad de Cristo, y de esta fuente debemos nosotros beberla.

«¡Oh Cristo Jesús!», cantamos nosotros con la Iglesia en el Gloria de la Misa: «*Oh Cristo Jesús. Tú solo eres santo*» [*Tu solus sanctus, Iesu Christe*]. Tú solo eres santo, porque posees la plenitud de la vida divina; Tú solo eres santo, porque sólo de Ti puede venir nuestra santidad. «Tú, como dice tu gran Apóstol, has llegado a ser *nuestra* justicia, *nuestra* sabiduría, *nuestra* redención y *nuestra* santidad» (1Cor 1,30). En Ti lo hallamos todo, al recibirte a Ti lo recibimos todo, porque cuando tu Padre, que es nuestro Padre, «te dio a nosotros, como Tú mismo lo has dicho (Jn 20,17), nos lo dio todo». «¿Cómo juntamente con El no iba a darnos todas las demás cosas?» (Rm 8,32). Todas las riquezas, toda la fecundidad sobrenatural de que está lleno el mundo de las almas nos vienen únicamente de ti. «En Cristo tenemos la redención... según las riquezas de su gracia, que copiosamente nos ha comunicado (Ef 1,8). Por tanto, para Ti sea toda alabanza, oh Cristo, y que por Ti toda alabanza suba hasta tu Padre, por el «don inenarrable» que nos ha hecho dándote a nosotros.

6. Universalidad de la adopción divina: amor inefable que manifiesta

Todos debemos participar de la santidad de Jesucristo. No excluye a nadie de la vida que trajo al mundo y por la cual nos hace hijos de Dios. «Por todos ha muerto Cristo» (2Cor 5,15); por El las puertas de la vida eterna han sido abiertas a todo el género humano; El es el primogénito, como dice el Apóstol, pero es primogénito de «una muchedumbre de hermanos» (Rm 8,29). El Padre Eterno quiere que Cristo, su Hijo, sea constituido jefe de un reino, del reino de sus hijos. El plan divino quedaría incompleto si Cristo permaneciese solo, aislado. «Para gloria suya y para gloria del Padre» (Ef 1,6). Cristo debe ser jefe de una multitud innumerable que es como su «complemento» (*pleroma*), y sin el cual, en cierto modo, no sería perfecto.

San Pablo lo dice clarísimamente en su Epístola a los Efesios, en la que traza el plan divino: «Dios ha hecho a Cristo sentarse a su derecha en los cielos, por encima de todo principado, de toda autoridad, de todo poder, de toda dignidad y de todo nombre que se puede nombrar no sólo en el siglo presente, sino también en el siglo venidero. Todo lo ha puesto bajo sus pies y le ha dado por jefe supremo a la Iglesia, que es su cuerpo» (*ib.* 1,20-23). Esta asamblea, esta Iglesia es la que Jesucristo ha rescatado, según la palabra del mismo Apóstol, para que aparezca en el último día «sin mancha ni lunar, toda santa e inmaculada» (*ib.* 5,27). Esta Iglesia, este reino, empieza a formarse aquí abajo; éntrase en ella por el Bautismo, y mientras estamos en la tierra, vivimos en su seno por la gracia, en la fe, la esperanza y la caridad; pero llegará un día en que contemplemos su cabal perfeccionamiento en los cielos, entonces se realizará el reino de la gloria, en la claridad de la visión; el goce de la posesión y la unión sin fin.

Ved por qué decía San Pablo: «la gracia de Dios es la vida eterna, traída al mundo por Cristo» (Rm 6,23).

Aquí está el gran misterio de los pensamientos divinos. ¡Oh, así conocieses el don de Dios! Don inefable en sí mismo e inefable sobre todo en su fuente, que es el *amor*. Dios quiere hacernos participar, como a hijos suyos, de su propia beatitud, precisamente porque nos ama: «Para que se nos considere como hijos de Dios y para que lo seamos en realidad» (1Jn 3,1). Sólo un amor infinito puede otorgarnos un don semejante, porque, como dice San León: «Es don que supera a todos los dones el que Dios llame al hombre hijo suyo y el hombre llame a Dios su padre» [*Omnia dona excedit hoc donum ut Deus hominem vocet filium et homo Deum nominet Patrem*. Serm. VI de Nativ.]. Cada uno de nosotros puede decirse con toda verdad: «Dios me ha creado y me ha llamado por el Bautismo a la adopción divina, por un acto particular de su amor y su benevolencia, porque en su plenitud y en su opulencia divina, Dios no tiene necesidad de criatura alguna: «Nos ha engendrado libérrimamente por un acto de su voluntad» (Sant 1,18). Dios «me ha escogido», por un acto especial de dilección y de complacencia, para ser elevado infinitamente por encima de mi condición natural, para gozar por siempre jamás de su propia beatitud, para realizar uno de sus pensamientos divinos, para ser una voz en el concierto de los elegidos, para ser uno de esos hermanos que son semejantes a Jesús y participan sin fin de su celestial herencia.

Este amor se manifiesta con un fulgor especial en el modo como se realiza el plan divino, en «Cristo Jesús».

«Dios ha manifestado su amor hacia nosotros enviando a su Hijo único al mundo para que vivamos por El» (1Jn 4,9). Sí; «Dios nos ama hasta tal punto, que para mostrarnos ese amor, nos ha dado a su propio Hijo» (Jn 3,16). Nos ha dado a su Hijo para que su Hijo sea nuestro hermano y nosotros seamos un día sus coherederos, tomando parte en las riquezas de su gracia y de su gloria (Ef 2,7).

Tal es, en su majestuosa profundidad, en su sencillez misericordiosa, el plan de Dios sobre nosotros. Dios quiere nuestra santidad, la quiere porque nos ama infinitamente, y nosotros debemos quererla con El. Dios quiere santificarnos, haciéndonos participar de su misma vida y para ello nos adopta como hijos suyos y herederos de su gloria infinita y de su bienaventuranza eterna. La gracia es el principio de esta santidad, sobrenatural en su fuente, en sus actos, en sus frutos. «Pero Dios no nos eleva a esa adopción sino por su Hijo Jesucristo», sólo en El y por El quiere unirse a nosotros, y que nosotros nos unamos a El: «Nadie llega al Padre si no es por mediación mía» (Jn 14,6). Cristo es el camino, el camino único para llevarnos a Dios; «sin El nada podemos hacer» (*ib.* 15,5). «No hay para nuestra santidad otro fundamento que el que Dios ha querido establecer, es decir, la unión con Cristo» (1Cor 3,11).

Así, Dios comunica la plenitud de su vida divina a la humanidad de Cristo y por ella a todas las almas «en la medida de su predestinación en Cristo Jesús» (Ef 4,7).

Comprendamos que no podemos ser santos sino en la medida en que la vida de Jesucristo se halle en nosotros. Esta es la única santidad que Dios nos pide, no hay otra —y no llegaremos a ser santos sino en Jesucristo— de lo contrario, nunca lo seremos. La creación no contiene en sí misma ni un átomo de esta santidad- toda ella deriva de Dios por un acto soberanamente libre de su voluntad omnipotente, y por esto es sobrenatural.

San Pablo nos hace notar más de una vez lo gratuito del don divino de la adopción, la eternidad del amor inefable que ha resuelto hacernos participar de este don, y el medio admirable de su realización por la gracia de Jesucristo: «Acuérdate, escribe a su discípulo Timoteo, que Dios nos ha escogido con vocación santa, no por nuestras obras, sino por mera benevolencia, y conforme a la gracia que antes de todos los siglos nos ha sido dada en Jesucristo» (2Tim 1,9). «Habéis sido salvados y santificados *de pura gracia*, escribía a los fieles de Efeso, y no por vuestras propias fuerzas, a fin de que nadie pueda gloriarse en sí mismo» (Ef 2,8-9).

7. Fin primordial del plan de Dios: la gloria de Jesucristo y de su Padre en la unidad del Espíritu Santo

[El Concilio Vaticano I definió que Dios sacó libremente a la criatura de la nada, por un acto de su bondad y de su omnipotencia al mismo tiempo, no para aumentar su bienaventuranza, ni para poner el sello a su perfección, sino para manifestar esa perfección por medio de los bienes de que colma a sus criaturas (Const. Dogm. *De Fide Catholica*). En el canon 4, el Concilio anatematiza «al que niegue que el mundo ha sido creado para la gloria de Dios».— De estos textos se desprende que Dios ha creado el mundo para su gloria, que esta gloria consiste en la manifestación de sus perfecciones, por los dones que derrama sobre sus criaturas, que el motivo que le determina libremente a glorificarse de este modo es su bondad (o *formaliter*, el amor de su bondad). Dios une, por tanto, la felicidad de la criatura a su gloria: glorificar a Dios es nuestra bienaventuranza. «Los dones de Dios, dice Dom L. Janssens, no tienen otra fuente ni otro fin que la bondad suprema, cuya expresión más compendiada es su gloria». Pues bien; el don por excelencia, del que emanan para nosotros todos los demás, es el de la unión hipostática en Cristo: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum* DARET... *quomodo* CUM ILLO *non* OMNIA *nobis* DONAVIT? (Jn 3,16; Rm 8,32)].

Toda la gloria, en efecto, debe encaminarse a Dios. Esta gloria es el fin fundamental de la obra divina. Pablo nos lo muestra al terminar con estas palabras su exposición del plan de la Providencia: «En alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1,6).

Si Dios nos adopta por hijos suyos, si realiza esta adopción por la gracia, cuya plenitud está en su Hijo Jesús, si quiere que tomemos parte en la

felicidad de la herencia eterna de Cristo, es únicamente con miras a la exaltación de su gloria.

Fijaos con qué insistencia, al exponernos el plan divino en las palabras que cité al principio, se detiene San Pablo en ese punto: «Dios nos ha elegido... para exaltación de la gloria de su gracia» (Ef 1,6) [hay que notar en el texto griego el empleo de la preposición *eis*, que indica el fin que se persigue de una manera activa], y más abajo vuelve dos veces a la misma idea. «Dios nos ha predestinado para que sirvamos de alabanza a su gloria» (Ef 1,12 y 14) [+Fil 1,11: «Sed puros e irreprochables hasta el día en que Cristo aparezca, llenos de los frutos de la justicia que El os ha acarreado por su gracia para gloria y alabanza de Dios»]. La primera frase del Apóstol es sobremanera expresiva: no dice «para que se celebre su gracia», sino «para que se celebre la gloria de su gracia», lo cual quiere decir que esta gracia será rodeada del esplendor que acompaña siempre a los vencedores.

¿Por qué habla así San Pablo? —Es que, para darnos la adopción divina, Cristo ha tenido que triunfar de los obstáculos creados por el pecado; pero estos obstáculos no han servido más que para hacer resaltar a los ojos del mundo las maravillas divinas en la obra de nuestra restauración sobrenatural [*mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti*. Ordinario de la Misa]. Cada uno de los elegidos es fruto de la sangre de Jesús y de las operaciones admirables de su gracia y todos los elegidos juntos son otros tantos trofeos adquiridos por esa sangre divina; de aquí que constituyan una gloriosa alabanza de Cristo y de su Padre (Ef 1,12 y 14).

Os decía, al comenzar, que la perfección divina, particularmente cantada por los ángeles, es la santidad: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*.— Mas ¿cuál es el clamor de alabanza que en el cielo se eleva de entre el coro de los elegidos? ¿Cuál es el cántico incesante de esta muchedumbre inmensa que constituye el reino cuya cabeza es Cristo «¡Oh, Cordero inmolado, Tú nos has rescatado, Tú nos has devuelto los derechos a la herencia y has hecho que podamos tomar parte en ella; a Ti y a Aquel que está sobre el trono sentado, la alabanza, el honor, la gloria y el poder!» (Ap 5,9 y 14). Este es el cántico de alabanza que resuena en el cielo para exaltar los triunfos de la gracia de Jesús (Ef 1,6).

Unirnos desde ahora aquí abajo a este cántico de los elegidos es entrar en los pensamientos eternos. Mirad a San Pablo: al escribir esta admirable epístola a los Efesios, se encuentra entre cadenas, pero en el momento en que se dispone a revelar el misterio oculto desde los siglos, de tal manera se halla deslumbrado por la grandeza de ese misterio de la adopción divina en Jesucristo, hasta tal punto le fascinan las «riquezas insondables» que tenemos en Jesús que, a pesar de sus privaciones, no puede menos de lanzar desde el principio de su carta un grito de alabanza y de acción de gracias: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda suerte de bendiciones espirituales!» (Ef 1,3).— Sí, bendito sea el Padre Eterno, que nos ha llamado a sí desde toda la eternidad para hacernos sus hijos y darnos el

derecho a participar en su propia vida y en su propia bienaventuranza; que para realizar sus designios nos ha dado en Jesucristo todos los bienes, todas las riquezas, todos los tesoros, de suerte que «en El nada nos falta» (1Cor 1,7)

He aquí el plan divino:

El ejercicio de toda nuestra santificación consiste en comprender cada vez mejor, a la luz de la fe, esta idea íntima de Dios [*Sacramentum absconditum*], en entrar en el pensamiento divino, y realizar en nosotros las miras eternas del Creador.

El, que quiere salvarnos y hacernos santos, ha trazado el plan con una sabiduría que corre parejas con su bondad; ajustémonos a ese pensamiento divino, que quiere que cifremos la santidad en nuestra conformidad con Jesucristo. Fuera de esa conformidad, repetimos una vez más, no hay otra santidad ni otro camino para alcanzarla; y ya que ser «agradable a Dios» constituye todo el fundamento de la santidad, no podemos ser agradables al Padre Eterno si no reconoce en nosotros los rasgos de su divino Hijo. Y para ello es menester que de tal suerte nos identifiquemos con Cristo, por la gracia y las virtudes, que el Padre celestial, al mirar nuestras almas, nos reconozca como sus verdaderos hijos. y pueda depositar en nosotros sus complacencias, como lo hacía al contemplar a Jesucristo en la tierra. Cristo es su Hijo muy amado y en El llegaremos nosotros a vernos henchidos de todas las bendiciones que nos conducirán a la plenitud de nuestra adopción en la celestial bienaventuranza.

¡Qué hermoso es repetir ahora, a la luz de esas verdades tan sublimes y consoladoras, la oración que Jesús, el Hijo muy amado del Padre, puso en nuestros labios, y que, viniendo de El, es la oración por excelencia del hijo de Dios: «¡Oh Padre Santo, que estás en los cielos, nosotros somos tus hijos, puesto que quieres llamarte nuestro Padre; sea tu nombre santificado, honrado y glorificado, y tus perfecciones alabadas y ensalzadas más y más en la tierra; reproduzcamos en nosotros mismos, por nuestras obras, el esplendor de tu gracia; ensancha, pues, tu reino; acreciéntese sin cesar ese reino, que es también el de tú Hijo, puesto que Tú le has constituido jefe de él; sea verdaderamente tu Hijo el rey de nuestras almas; que manifestemos esta realeza en nosotros mismos por el cumplimiento perfecto de tu voluntad; como El, «procuremos sin cesar unirnos a Ti realizando siempre tu voluntad» (Jn 8,29) tu pensamiento eterno sobre nosotros, a fin de hacernos semejantes en todas las cosas a tu Hijo Jesús, y ser por El dignos Hijos de tu amor!

Jesucristo, modelo único de toda perfección *Causa exemplaris*

Fecundidad y aspectos diversos del misterio de Cristo

Cuando leemos las Epístolas que San Pablo dirigía a los cristianos de su tiempo, no puede menos de impresionarnos la insistencia con que habla de nuestro Señor Jesucristo. Sin cesar vuelve sobre este tema, del cual está por otra parte, tan penetrado, que para él, «Cristo es su vida» (Fil 1,21); así «que encuentra todo su placer en consumirse por Cristo y sus miembros» (2Cor 12,15).

Escogido e instruido por el mismo Jesús para ser en el mundo el heraldo de su misterio (Ef 3,8-9), de tal manera penetró en lo más hondo de las profundidades de este misterio, que su único deseo es manifestarle para hacer conocer y amar la persona adorable de Cristo.— A los Colosenses escribe que lo que le llena de gozo, en medio de sus tribulaciones, es el pensamiento «de haber anunciado el misterio oculto a las antiguas generaciones y revelado en la actualidad a los fieles, porque es a ellos a quienes Dios se ha dignado dar a conocer las maravillosas riquezas de ese arcano que es Cristo» (Col 1,26-27). En la prisión le anuncian que hay, además de él, otros que predicán a Cristo; los unos lo hacen por espíritu de emulación, para hacerle la contra, los otros con buenas intenciones; ¿muestra por esto la menor pena o la más leve señal de celos? Al contrario. Con tal que Cristo sea predicado, ¿qué importa? «De cualquier modo que se haga, sea con buenas intenciones, sea con fines bastardos, me alegro y me alegraré» (Fil 1,15 y sig.). De esta manera dirige a Jesucristo toda su ciencia, toda su predicación, toda su vida: «No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros que a Jesucristo» (1Cor 2,2). En sus trabajos, en las luchas de su apostolado, una de sus alegrías es pensar que «engendra —es su propia expresión— a Cristo en las almas» (Gál 4,19).

Los cristianos de los primeros tiempos comprendían la doctrina que el gran Apóstol les enseñaba, sabían que Dios nos ha dado a su Hijo unigénito Jesucristo para que sea todo para nosotros: «nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención» (1Cor 1,30); comprendían el plan divino: Dios ha dado a Cristo la plenitud de gracia, para que nosotros lo encontremos todo en El. De esta doctrina vivían: «Cristo... es vuestra vida» (Col 3,4), y por eso su vida espiritual era a la vez tan sencilla y tan fecunda.

Ahora bien; debemos decir que el corazón de Dios no es hoy menos amante ni su brazo menos poderoso; Dios está dispuesto a derramar sobre nosotros gracias, no digo tan extraordinarias en su carácter, pero sí tan abundantes y tan útiles, como sobre los primeros cristianos. Nos ama tanto como a ellos; están a nuestra disposición todos los medios de que ellos disponían, y además tenemos, para cobrar ánimo, los ejemplos de los santos que siguieron a Cristo. Pero somos, con mucha frecuencia, como el leproso que vino a consultar al profeta y solicitar su curación: poco faltó para que perdiese la ocasión de obtenerla, por encontrar el remedio demasiado sencillo (2Re 5,1 ss.). Nuestro Señor hace alusión a este hecho (+Lc 4,27). [Naamán, generalísimo de los ejércitos de Siria, había sido atacado de una lepra que le desfiguraba por completo. Habiendo oído hablar de las maravillas que obraba el profeta Eliseo en Samaría, se dirigió a él para pedir que le curase: «Ve y lávate siete veces en el Jordán, le dice Eliseo, y así serás curado». Esta respuesta irrita a Naamán: «Yo había creído, dijo a su séquito, que se presentaría el mismo profeta y me curaría invocando sobre mí a Yavé.— ¿Cree, acaso, este profeta, que los ríos de Siria no valen como todas las aguas de Israel? ¿Acaso no puedo arrojarme a ellos para recobrar la salud?». Y desilusionado y lleno de cólera, dispónese a emprender el camino de su país; pero sus siervos se le acercan diciéndole: «Señor: podrá ser que el profeta tenga razón; si hubiera pedido algo más difícil, ¿no lo hubieras hecho? Cuanto más debes obedecerle, madándote una cosa tan fácil». A esta sugestión, llena de buen sentido, ríndese Naamán, se lava siete veces en el Jordán y recobra la salud, según la palabra del hombre de Dios.]

Este es el caso de muchos de aquellos que emprenden el camino de la vida espiritual. Encuétranse espíritus de tal manera aferrados a su modo de ver, que se escandalizan de la sencillez del plan divino; sin embargo de ello, tal escándalo no está exento de peligro. Estas almas, que no llegan a comprender el misterio de Cristo, se pierden en una infinidad de detalles. fatigándose con frecuencia en un trabajo sin consuelo. ¿Por qué? Porque todo cuanto el ingenio humano puede crear para nuestra vida interior no sirve de nada si no cimentamos el edificio sobre Cristo. «Nadie puede establecer otro fundamento que el que ya ha sido establecido, es decir: Jesucristo» (1Cor 3,11).

Esto nos explica el cambio que a veces se opera en ciertas almas. Han vivido años enteros de una manera estrecha, con frecuencia deprimidas, casi nunca contentas encontrando sin cesar nuevas dificultades en la vida

espiritual; pero un día Dios les ha dado la gracia de comprender que Cristo lo es todo para nosotros, que es el *Alfa y Omega* (Ap 22,13), que fuera de El nada tenemos, que en El lo tenemos todo, y que todo lo resume en sí. A partir de ese momento, todo varía, por decirlo así, en esas almas; sus dificultades se desvanecen como las sombras de la noche a la luz del sol naciente. Desde que nuestro Señor, «el verdadero sol de nuestra vida» (Mal 4,2), ilumina plenamente a esas almas, las fecunda; ya pueden respirar a pleno pulmón, progresan y producen grandes frutos de santidad.

Sin duda las pruebas no faltarán en la vida de esas almas; frecuentemente constituirán el tributo pagado por ese perfeccionamiento interior —porque de ese modo la colaboración con la gracia divina será más vigilante y generosa—; pero todo lo que encoge el corazón, detiene el vuelo y es causa de desaliento, desaparece; el alma vive en la luz, «se dilata»: «He andado presuroso por el camino de tus mandatos cuando ensanchaste mi corazón» (Sal 118,32); simplifícase su vida; llega a comprender la insuficiencia de los medios que para su uso personal ha imaginado y ha renovado sin cesar, exigiendo que fueran como los puntales de su propio edificio espiritual: y logra, finalmente, conocer la verdad de estas palabras: «Si Tú, oh Señor, no edificas tu morada en nosotros, nosotros nunca podremos levantar una habitación digna de Ti» (Sal 126,1). En Cristo, y no en sí misma, busca la fuente de su santidad, sabe que esa santidad es sobrenatural en su principio, en su naturaleza y en su fin, y que los tesoros de santificación se hallan como amontonados en Jesús para que nosotros, tomándolos de El, participemos de ellos, y comprende entonces que no puede ser rica sino con las riquezas de Cristo.

Esas riquezas, según la palabra de San Pablo, son insondables (Ef 3,8). Jamás llegaremos a agotarlas, y cuanto de ellas digamos, quedará siempre muy por debajo de las alabanzas que se merecen.

Hay, sin embargo, tres aspectos del misterio de Cristo que es necesario considerar cuando hablamos de nuestro Señor como fuente de nuestra santificación. Tomamos esta idea de Santo Tomás, príncipe de los teólogos, que la trae al exponer su doctrina sobre la causalidad santificadora de Cristo [STh III, 1. 24, arts. 3 y 4; q.48, a.6; q.50, a.6; q.56, a.1, ad 3 y 4].

Cristo es a la vez la causa ejemplar, la causa meritoria, la causa eficiente de nuestra santidad. Cristo es *el modelo único de nuestra perfección, el artífice de nuestra redención, el tesoro infinito de nuestras gracias, la causa eficiente de nuestra santificación.*

Estos tres puntos resumen admirablemente lo que vamos a decir del mismo Cristo como *vida de nuestras almas*. La gracia es, efectivamente, el principio de esta vida sobrenatural de hijos de Dios, que constituye el fondo y sustancia de toda santidad. Pues bien; esta gracia se encuentra plenamente en Cristo, y todas las obras que la gracia nos hace realizar tienen su ejemplar en Jesús, además, Cristo nos ha merecido esta gracia por las satisfacciones de su vida, de su pasión y de su muerte; finalmente,

Cristo produce por sí mismo esa gracia en nosotros mediante los sacramentos, y por el contacto que con El tenemos en la fe.

Pero tan ricas y fecundas son estas verdades, que debemos contemplarlas cada una en particular. En esta conferencia, consideraremos a nuestro Señor como nuestro modelo divino en todas las cosas, como el ejemplar de la santidad a que debemos aspirar. La primera cosa que hemos de considerar es el fin cuya realización perseguimos, y una vez comprendido este fin, deduciremos en seguida qué medios son los más indicados para alcanzarle.

1. Necesidad de conocer a Dios, para unirse a El: Dios se revela a nosotros en su Hijo Jesús: «Quien le ve, ve a su Padre»

Acabamos de ver que nuestra santidad no es más que una participación de la santidad divina: somos santos si somos hijos de Dios, si vivimos como verdaderos hijos del Padre celestial, dignos de la adopción sobrenatural. «Sed imitadores de Dios, dice San Pablo, como conviene a hijos muy queridos» (Ef 5,1). Jesús mismo nos dice: «Sed perfectos» —y hay que advertir que nuestro Señor se dirige a todos sus discípulos—, no con una perfección cualquiera, sino «como lo es vuestro Padre celestial» (Mt 5,48). ¿Y por qué? Porque nobleza obliga: Dios nos ha adoptado por hijos suyos y los hijos deben, en su vida, asemejarse al padre.

Para imitar a Dios, hay que conocerle. ¿Y cómo podemos conocer a Dios? —«Habita una luz inaccesible», dice San Pablo (1Tim 6,16): «Nadie, añade San Juan, vio jamás a Dios» (1Jn 4,12). ¿Cómo podremos, pues, reproducir e imitar las perfecciones de aquel a quien nos es imposible ver?

Una frase de San Pablo nos da la respuesta (2Cor 4,6): «Dios se ha revelado a nosotros por su Hijo y en su Hijo Jesucristo». Jesucristo es «el esplendor de la gloria del Padre» (Heb 1,3), «la imagen de Dios invisible» (Col 1,15), semejante en todo a su Padre capaz de revelarlo a los hombres, porque le conoce como El es conocido: «El Padre no es conocido de nadie sino del Hijo y de aquellos a quienes el Hijo quiere revelarlo» (Mt 11,27). Jesucristo, que está siempre «en el seno del Padre» (Jn 1,18), nos dice: «Yo conozco a mi Padre» (Jn 10,15); y le conoce «para revelárnoslo» (Ib. 1,18). Cristo es la revelación del Padre.

Mas ¿cómo el Hijo nos revela al Padre? —Encarnándose.— El Verbo, el Hijo, se encarnó, se hizo hombre, y en El, y por El, conocemos a Dios. Cristo es Dios puesto a nuestro alcance bajo una expresión humana; es la perfección divina que se revela a nosotros cubierta de formas terrenas; es la santidad misma que aparece sensiblemente a nuestros ojos durante treinta y tres años, para hacerse tangible e imitable [Ser modelo y ser imitable son los caracteres que deben encontrarse en toda causa ejemplar]. Nunca pensaremos bastante en esto. Cristo es Dios haciéndose hombre, viviendo entre los hombres, a fin de enseñarles por medio de su palabra, y, sobre todo, con su vida, cómo deben vivir para imitar a Dios

y agradarle. Tenemos, pues, en primer lugar, que para vivir como hijos de Dios, basta abrir los ojos con fe y amor y contemplar a Dios en Jesús.

Hay en el Evangelio un episodio magnífico, en medio de su soberana sencillez; ya lo conocéis, pero éste es el lugar de recordarlo. Era la víspera de la Pasión de Jesús. Nuestro Señor había hablado, como sabía hacerlo, de su Padre a los Apóstoles; y ellos, extasiados, deseaban ver y conocer al Padre. El apóstol Felipe exclama: «Maestro, muéstranos al Padre y esto nos basta» (Jn 14,8). Y Jesucristo le responde: «¡Cómo! ¿yo estoy en medio de vosotros hace tanto tiempo y no me conocéis? Felipe, “quien a mí me ve, ve a mi Padre”» (Jn 14,9).— Sí; Cristo es la revelación de Dios, de su Padre; como Dios, no forma con El más que una cosa; y quien a El mira, ve la revelación de Dios.

Cuando contempláis a Cristo, rebajándose hasta la pobreza del pesebre, acordaos de estas palabras: «Quien me ve, ve a mi Padre». —Cuando veis al adolescente de Nazaret, trabajando obedientísimo en el taller humilde hasta la edad de treinta años, repetid estas palabras: «Quien le ve, ve a su Padre», quien le contempla, contempla a Dios.— Cuando veis a Cristo atravesando los pueblos de Galilea, sembrando el bien por todas partes, curando enfermos, anunciando la buena nueva cuando le veis en el patíbulo de la Cruz, muriendo por amor de los hombres objeto del ludibrio de sus verdugos, escuchad: Es El quien os dice: «Quien me ve, ve a mi Padre». —Estas son otras tantas manifestaciones de Dios, otras tantas revelaciones de las perfecciones divinas. Las perfecciones de Dios son en sí mismas tan incomprensibles como la naturaleza divina; ¿quién de nosotros, por ejemplo, será capaz de comprender lo que es el amor divino?— Es un abismo, que sobrepuja a cuanto nosotros podemos comprender. Pero cuando vemos a Cristo, que como Dios es «una misma cosa con el Padre» (Jn 10,30), que tiene en sí la misma vida divina que el Padre (*ib.* 5,26), cuando le vemos instruyendo a los hombres, muriendo en una Cruz, dando su vida por amor nuestro, e instituyendo la Eucaristía, entonces comprendemos la grandeza del amor de Dios.

Así sucede con cada uno de los atributos de Dios, con cada una de sus perfecciones. Cristo nos las revela, y «a medida que adelantamos en su amor, nos hace calar más hondo en su misterio». Si alguno me ama y me recibe en mi humanidad, será amado de mi Padre; yo le amaré también, me manifestaré a él en mi divinidad y le descubriré sus secretos (*ib.* 14,21).

«La Vida ha sido manifestada, escribe San Juan, y nosotros la hemos visto; por esto somos testigos de ella y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el seno del Padre y que se ha hecho sensible aquí abajo» (1Jn 1,2), en Jesucristo. De suerte que, para conocer e imitar a Dios, no tenemos más que conocer e imitar a su Hijo, Jesús, que es la expresión humana y divina a la vez de las perfecciones infinitas de su Padre: «Quien me ve, ve a mi Padre».

2. Cristo, nuestro modelo en su persona: Dios perfecto; Hombre perfecto; la gracia, signo fundamental de semejanza con Cristo, considerado en su condición de Hijo de Dios

Pero, ¿cómo y en qué orden de cosas Jesucristo, el Verbo encarnado, es nuestro modelo, nuestro ejemplar?

Cristo es modelo de dos maneras: En su persona y en sus obras; en su condición de Hijo de Dios, y en su actividad humana, porque es a la vez Hijo de Dios e Hijo del hombre, Dios perfecto y hombre perfecto.

Cristo es Dios, Dios perfecto.

Trasladémonos con la imaginación a la Judea del tiempo de Cristo. Ha cumplido ya una parte de su misión enseñando y realizando las «obras de Dios» (Jn 9,4). Helo aquí después de un día de correrías apostólicas, apartado de la turba, rodeado únicamente de sus discípulos. De pronto les pregunta: «¿Qué dicen los hombres de mí?» —Los discípulos se hacen eco de todos los rumores esparcidos en el pueblo. «Maestro, se dice que eres Juan Bautista, o Elías, o Jeremías, o alguno de los Profetas». —«Pero vosotros responde Jesús, ¿quién decís que soy yo?»— Entonces Pedro, tomando la palabra, le dice: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios Vivo». Y nuestro Señor, confirmando el testimonio de su Apóstol, le contesta: «Bienaventurado eres tú, Pedro, porque no has llegado a conocer lo que soy por una intuición natural, sino que te lo ha revelado mi Padre» (Mt 16,16).

Cristo es, pues, el Hijo de Dios, «Dios nacido de Dios luz nacida de la luz, Dios verdadero salido del Dios verdadero», como reza nuestro *Credo*. Cristo, dice San Pablo no creyó que era una usurpación por su parte el considerarse igual al Padre (Fil 2,6).

Por otra parte, la voz del Padre Eterno se hizo escuchar por tres veces y las tres para glorificar a Cristo, proclamándole su Hijo, el Hijo de sus complacencias, el órgano de sus oráculos: «Este es mi Hijo muy querido, en quien me complazco; oíidle» (Mt 17,5; +3,17. Jn 12,28). Postrémonos en tierra como los discípulos que oyeron en el Tabor esta voz del Padre; repitamos con Pedro, inspirado del cielo: «Sí, Tú eres el Cristo, el Verbo encarnado, verdadero Dios, igual a tu Padre, Dios perfecto, que tiene todos los atributos divinos; Tú eres, oh Jesús, como tu Padre y con el Espíritu Santo el Omnipotente y el Eterno; Tú eres el Amor infinito, yo creo en Ti y te adoro, Señor mío y Dios mío».

Hijo de Dios, Cristo es también Hijo del hombre, hombre perfecto [*perfectus homo*].

El Hijo de Dios se hizo carne; continuó siendo lo que era, pero se unió a una Naturaleza humana, completa como la nuestra, íntegra en su esencia, con todas sus propiedades naturales; Cristo nació, como todos nosotros, «de una mujer» (Gál 4,4), pertenece auténticamente a nuestra raza. Con frecuencia se llama en el Evangelio «El Hijo del Hombre»; «Ojos de carne le vieron, y manos humanas le tocaron» (1Jn 1,1). Y aun el día siguiente de su resurrección gloriosa, hace experimentar al apóstol

incrédulo la realidad de su naturaleza humana: «Palpad y ved, porque los espíritus no tienen carne ni huesos como veis que yo tengo» (Lc 24,39). Tiene, como nosotros, un alma creada directamente por Dios; un cuerpo formado en las entrañas de la Virgen; una inteligencia que conoce, una voluntad que ama y elige; todas las facultades que nosotros tenemos: la memoria, la imaginación; tiene pasiones, en el sentido filosófico, elevado y noble de la palabra, en un sentido que excluye todo desorden y toda flaqueza; pero estas pasiones se hallan en Él enteramente sometidas a la razón, sin que puedan ponerse en movimiento sin un acto de su voluntad [La Teología las llama *propasiones*, a fin de indicar con este término especial su carácter de trascendencia y de pureza.]. Su naturaleza humana es, pues, del todo semejante a la nuestra, a la de sus hermanos, dice San Pablo: «Era preciso que se asemejase en todo a sus hermanos» (Heb 2,17), excepto en el pecado (*ib.* 4,15), Jesús no conoció ni el pecado ni nada de lo que es fuente o consecuencia del pecado: la ignorancia el error, la enfermedad, cosas todas indignas de su perfección, de su sabiduría, de su dignidad y de su divinidad.

Pero nuestro Divino Salvador quiso padecer durante su vida mortal nuestras flaquezas; todas las que eran compatibles con su santidad.— El Evangelio nos lo muestra claramente, nada hay en la naturaleza del hombre que Jesús no haya santificado. Nuestros trabajos, nuestros padecimientos, nuestras lágrimas, todo lo ha hecho suyo. Miradle en Nazaret: durante treinta años pasa su vida en un trabajo oscuro de artesano, hasta el punto de que cuando comienza a predicar, sus compatriotas se admiran porque nunca le han conocido más que como hijo del carpintero: «¿De dónde le vienen a éste todas estas cosas? ¿Acaso no es hijo de un carpintero?» (Mt 13,55-56). Nuestro Señor quiso sentir el hambre como nosotros, después de haber ayunado en el desierto, tuvo hambre (*ib.* 4,2). Padeció también la sed: ¿Acaso no pidió de beber a la samaritana? (Jn 4,7), ¿acaso no exclamó en la cruz: «Tengo sed» (Jn 19,28).— Experimentó como nosotros la fatiga; los largos viajes a través de Palestina fatigaban sus miembros, cuando junto al pozo de Jacob pidió agua para calmar su sed, San Juan nos dice que estaba fatigado. Era la hora de mediodía, después de haber caminado largo tiempo, se sienta rendido al margen del pozo (*ib.* 4,6). Así, pues, según lo hace notar San Agustín en el admirable comentario que nos dejó de esta escena evangélica: «El que es la fuerza misma de Dios se halla abrumado de cansancio» (*Tract in Joan.*, 15). El sueño cerró sus párpados; dormía en la nave cuando se levantó la tempestad: «El en cambio dormía» (Mt 8,24), y dormía verdaderamente, de tal manera que sus discípulos, temiendo que los tragasen las olas furiosas, tuvieron necesidad de despertarlo.— Lloró sobre Jerusalén su patria a la que amaba a pesar de su ingratitud; el pensamiento de los desastres que después de su muerte habían de venir sobre ella le arranca lágrimas amargas y frases llenas de aflicción: «¿Si tú conocieses por lo menos en este día lo que puede atraerte la paz!» (Lc 19,41 y sig.). Lloró a la muerte de su amigo Lázaro como nosotros lloramos por aquellos a quienes amamos, hasta el punto de que los judíos testigos de

este espectáculo se decían: «Ved cómo le amaba» (Jn 11,36). Cristo derramaba lágrimas, no sólo porque convenía, sino porque tenía conmovido el corazón; lloraba a su amigo, y sus lágrimas brotaban del fondo de su alma. Varias veces se dice también en el Evangelio que su corazón estaba conmovido por la compasión (Lc 7,13; Mc 8,2; +Mt 15,32). ¿Qué más? Experimentó también sentimientos de tristeza, de tedio, de temor (Mc 14,33; Mt 26,37).

En su agonía cuando estaba en el Huerto de los Olivos su alma quedó abrumada por la tristeza (Mt 26,38) y la angustia penetró en ella hasta el punto de hacerle lanzar grandes gritos (Heb 5,7). Todas las injurias, todos los golpes, todos los salivazos, todas las afrentas que llovieron sobre El durante su Pasión, le hicieron padecer inmensamente, las burlas, los insultos, no le dejaban insensible, por el contrario, cuanto más perfecta era su naturaleza, más delicada y más grande era su sensibilidad. Vióse abismada en el dolor.— En fin, después de haber tomado sobre sí todas nuestras debilidades, después de haberse mostrado verdaderamente hombre y semejante a nosotros en todas las cosas, quiso padecer la muerte como los demás hijos de Adán: «E inclinada la cabeza entregó su espíritu» (Jn 19,30).

Vemos, pues, que Jesucristo es nuestro modelo como Hijo de Dios y como Hijo del hombre al mismo tiempo. Pero lo es sobre todo como Hijo de Dios: esta *condición* de hijo de Dios es lo que en El hay de radical y fundamental; en eso ante todo debemos parecernos a El.

Mas ¿cómo podremos asemejarnos a El en esto?

La filiación divina de Cristo es el tipo de nuestra filiación sobrenatural, su condición, su «*ser*» de Hijo de Dios es el ejemplar del estado a que debe elevarnos la gracia santificante. Cristo es Hijo de Dios por naturaleza y por derecho, en virtud de la unión del Verbo eterno con la naturaleza humana. [Es lo que se llama en Teología la gracia de unión, en virtud de la cual una naturaleza humana ha sido escogida para ser unida de una manera inefable a una persona divina, el Verbo, y hacer de ella la humanidad de un Dios. Esta gracia es única y no se encuentra más que en Jesucristo]. Nosotros lo somos *por adopción y por gracia*, pero realísimamente y con un título muy verdadero. Cristo tiene, además, la gracia santificante; la posee plenamente; a nosotros fluye de esta plenitud con mayor o menor abundancia, pero la gracia de que está saturada el alma creada de Jesús es sustancialmente la misma que nos deifica a nosotros. Santo Tomás dice que nuestra filiación divina es una semejanza de la filiación eterna [*quædam similitudo filiationis æternæ*. I, q.22, a.3].

Tal es la manera primordial y sobreeminente como Jesucristo es nuestro ejemplar: en la Encarnación es constituido por derecho Hijo de Dios, nosotros debemos llegar a serlo por la participación de la gracia que sale de El y que, deificando la sustancia de nuestra alma, nos eleva al rango de hijos de Dios; éste es el rasgo primero y esencial de la semejanza que debemos tener con Jesucristo el que es la base y condición de toda nuestra actividad sobrenatural. Si no poseemos en nosotros como condición

previa, esta *gracia santificante*, que es el *signo fundamental de semejanza con Jesús*, el Padre Eterno no nos reconocerá por suyos, y todo lo que hagamos en nuestra existencia, sin esa gracia, no tendrá ningún mérito en orden a hacernos participar de la herencia eterna: no seremos coherederos de Cristo si no llegamos a ser sus hermanos por la gracia [*O si cognovisses Dei gratiam per Iesum Christum Dominum Nostrum ipsamque eius Incarnationem, qua hominis animam corpusque suscepit, summum esse exemplum gratiae videre potuisses!* San Agustín, *De Civit. Dei* X,29.].

3. Cristo nuestro modelo en sus obras y virtudes

Cristo es también modelo *por sus obras*.

Ya hemos visto con cuánta verdad *fue* hombre y sería menester decir también con cuánta verdad *obró* cómo hombre.

También en esto es nuestro Señor para nosotros un modelo acabado, y al mismo tiempo accesible, de toda santidad; practicó en grado incomparable todas las virtudes que pueden adornar la naturaleza humana o al menos todas aquellas que eran compatibles con su naturaleza divina.

Bien sabéis que, con la gracia santificante, el alma de Cristo recibió el cortejo magnífico de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo; estas virtudes brotaban de la gracia como de una fuente, y se exteriorizaban en toda su perfección durante la existencia de Jesús.

Cierto, no tuvo la fe; esta virtud teologal no se da más que en el alma que no goza todavía de la visión de Dios; el alma de Cristo contemplaba a Dios cara a cara, no podía, por tanto, creer en el Dios a quien veía; pero sí tuvo esa sumisión de voluntad que es necesaria a la perfección de la fe, esa reverencia, esa adoración de Dios, verdad primera e infalible; esa disposición existía en el alma de Cristo en grado muy elevado.

Jesucristo no tenía tampoco, propiamente hablando, la virtud de la esperanza: no le era posible esperar lo que ya poseía. La virtud teologal de la esperanza nos hace suspirar por la posesión de Dios, dándonos al mismo tiempo la confianza de recibir las gracias necesarias para poder conseguirla. El alma de Cristo estaba llena de la Divinidad, merced a su unión con el Verbo, y no podía, por tanto, tener esa esperanza. La esperanza no existía en Cristo sino en cuanto que podía desear, y deseaba, efectivamente, la glorificación de su santa humanidad, la gloria accidental que debía disfrutar después de su Resurrección: «Padre glorifícame» (Jn 17,5). Esta gloria la tenía ya en sí, como en germen y raíz, desde el momento de la Encarnación; consintió que apareciera un instante en su transfiguración en el monte Tabor, pero su misión entre los hombres le obligaba a encubrir ese esplendor hasta después de su muerte. También había ciertas gracias que Jesús pedía a su Padre; así, por ejemplo, en la resurrección de Lázaro le vemos dirigirse al Padre con la más absoluta confianza: «Padre, sé que siempre me escuchas» (*ib.* 11,42).

En cuanto a la caridad, la practicó en su grado más sublime. El corazón de Cristo es una inmensa hoguera de amor. El gran amor de Cristo es el amor que tiene a su Padre: toda su vida puede resumirse en estas palabras: «No busco sino lo que agrada a mi Padre».

Meditemos durante la oración estas palabras; sólo por medio de la oración podremos desvelar el misterio que encierran. Ese amor inefable, esa tendencia que orienta el alma de Jesucristo hacia su Padre, es la consecuencia necesaria de su unión hipostática. El Hijo pertenece todo «a su Padre», como dicen los teólogos; aquí está su esencia, si así puedo expresarme; la santa humanidad es arrastrada por esa corriente divina; ha llegado a ser, por la Encarnación, la propia humanidad del Hijo de Dios, y, por tanto, toda entera, toda, es de Dios; de aquí que la disposición fundamental, el sentimiento radical y habitual del alma de Cristo es necesariamente éste: «Yo vivo para mi Padre, amo a mi Padre» (Jn 15,31), y porque ama a su Padre, Jesús se entrega a su voluntad; su primer acto, al entrar en este mundo, es un acto de amor hacia El: «Oh Padre, aquí estoy para hacer tu voluntad» (Heb 10,7). Puede decirse que toda su existencia sobre la tierra no es más que la expresión continua de ese acto inicial; durante su vida, repite continuamente que su alimento es hacer la voluntad de su Padre (Jn 4,34); por eso cumple siempre cuanto a su Padre agrada (*ib.* 8,29). Todo cuanto su Padre decretó sobre El lo realizó hasta la última *iota* (es decir, hasta el menor detalle) (Mt 5,18); finalmente, el amor de su Padre es el que le hizo obediente hasta la muerte de Cruz. «Para que conozca el mundo que amo al Padre, obro así» (Jn 14,31). No lo olvidemos; si Jesucristo pudo decir que «no hay amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (*ib.* 15,13) . Si es de fe que murió «por nosotros y por nuestra salud» también es verdad que ante todas las cosas dio su vida por amor a su Padre; amándonos, ama a su Padre, y en su Padre nos ve y nos encuentra; éstas son sus propias palabras: «Ruego por ellos, porque son tuyos» (Jn 17,9).

Sí, Cristo nos ama, porque nosotros somos hijos de su Padre, y le pertenecemos. Nos ama con un amor inefable que supera cuanto podemos sospechar, de tal manera que cada uno de nosotros puede decir con San Pablo: «Me amó y porque me amó se entregó por mí» (Gál 2,20).

Nuestro Señor poseía también todas las demás virtudes: la dulzura y la humildad: «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29); el Señor, en cuya presencia se dobla toda rodilla en el cielo y en la tierra, se postra delante de sus discípulos para lavarles los pies. La obediencia: se sometió a su madre y a San José; una frase del Evangelio resume su vida oculta en Nazaret: «Y les estaba sujeto» (Lc 2,51); obedece a la Ley mosaica; acude asiduamente a las reuniones del Templo, sujétase a los poderes legítimamente establecidos, declarando que hay que «dar al César lo que es del César» (Mt 22,21), empezando por pagar El mismo el tributo. La paciencia: ¿Cuántos testimonios no nos dio, sobre todo durante su dolorosa Pasión? Su misericordia infinita con los pecadores: Recibe con bondad a la samaritana, a María Magdalena; Buen Pastor,

corre en busca de la oveja extraviada y la vuelve al redil. Está lleno de un celo ardiente por la gloria y los intereses de su Padre; ese celo es el que le hace arrojar del templo a los vendedores y lanzar los anatemas sobre la hipocresía de los fariseos. Su oración es continua: «Pasaba la noche en oración» (Lc 6,12). ¿Quién podrá decir lo que era este trato a solas del Verbo encarnado con su Padre, y el espíritu de religión y de adoración que le animaba?

En El, pues, florecen a su tiempo todas las virtudes, para gloria de su Padre y provecho nuestro.

Bien sabéis que los antiguos Patriarcas, antes de dejar la tierra, daban a su hijo primogénito una bendición solemne, que era como la prenda de las prosperidades celestiales para sus descendientes.— Pues bien, en el Génesis leemos que el patriarca Isaac, antes de dar esa bendición solemne a su hijo Jacob, le abrazó, y al respirar el aroma que exhalaban sus vestidos, exclamó en el éxtasis de su alegría: «He aquí el aroma que derrama mi hijo como el olor de un campo fecundo que ha bendecido el Señor» (Gén 27). Y al punto, todo alborozado, pidió para su hijo las más opulentas bendiciones de lo alto: «¡Dios te conceda el rocío del cielo; con la fecundidad de la tierra, te conceda abundancia de pan y vino, los pueblos te sirvan, las naciones se postren ante ti sé señor de tus hermanos... el que te maldiga sea maldito y sea bendito el que te bendiga!» (Gén 27,28-29). Esta escena es una imagen del arrobamiento que siente el Padre al contemplar la humanidad de su Hijo Jesús y de las bendiciones espirituales que derrama sobre aquellos que permanecen unidos a El. El alma de Cristo, semejante a un campo esmaltado de flores, está adornada de todas las virtudes que embellecen la naturaleza humana.

Dios es infinito, y como tal, tiene exigencias infinitas; sin embargo, la más sencilla de las acciones de Jesús era objeto de las complacencias de su Padre. Cuando Jesucristo trabajaba en el pobre taller de Nazaret, cuando conversaba con los hombres o tomaba la comida con sus discípulos —cosas todas bien sencillas en apariencia—, su Padre le miraba y decía: «He aquí a mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias» (Mt 3,17), y añadía: «Oíde (*ib.* 17,5), es decir, contempladle para imitarle: El es vuestro modelo, seguidle: El es el camino y Nadie llega hasta Mí sino por El, nadie participará de mis bendiciones sino en El (Ef 1,3), porque yo le he dado la plenitud, así como le he destinado las naciones de la tierra por herencia» (Sal 2,8). ¿Por qué se complacía el Padre eterno infinitamente en Jesús? —Porque Cristo lo hacía todo perfectísimamente y sus actos eran la expresión de las más sublimes virtudes; mas, sobre todo, porque todas las acciones de Cristo, sin dejar de ser en sí acciones humanas, eran divinas por su principio.

«¡Oh Cristo Jesús, lleno de gracia y modelo de todas las virtudes, Hijo muy amado en quien el Padre tiene sus complacencias, sed el único objeto de mi contemplación y de mi amor; mire yo cuanto pasa “como si fuese inmundicia” (Fil 3,8) para no poner mi alegría sino en Ti; procure sólo imitarte, para ser, por Ti y contigo, agradable al Padre en todas las cosas».

4. Nuestra imitación de Cristo se realiza: a) por la gracia; b) por esa disposición fundamental de dirigirlo todo a la gloria de su Padre. «Christianus alter Christus»

Al recorrer el Evangelio de San Juan, se advierte la insistencia con que repite Jesucristo: «Mi doctrina no es mía» (Jn 7,16). «El Hijo nada puede hacer por sí mismo» (*ib.* 5,19) «yo nada puedo hacer por mí mismo» (*ib.* 5,30). «Yo nada hago por mi mismo» (*ib.* 8,28).

¿Quiere esto decir que Jesucristo no tenía ni inteligencia, ni voluntad, ni actividad humanas? —De ninguna manera; pensarlo sería una herejía; pero como la humanidad de Jesús estaba *hipostáticamente* [palabra griega que significa «por unión personal»] unida al Verbo, en Cristo no había ninguna persona humana a que estas facultades pudieran adherirse; no había en El más que una sola persona, la del Verbo, que lo hace todo en unión con su Padre; todo en Cristo dependía de un modo absoluto de la divinidad; todo en El emanaba de la actividad de la única persona que en El había, la del Verbo; y esta actividad, aun cuando era inmediatamente realizada por la naturaleza humana, era divina en su raíz y en su principio; por eso el Padre Eterno hallaba en ella una gloria infinita y la hacía el objeto de todas sus complacencias.

¿Pero podemos nosotros imitar esto? —Sí, puesto que por la gracia santificante participamos de la filiación divina de Jesús; por ella es elevada soberanamente, y como divinizada en su principio, toda nuestra actividad. No es necesario decir que en el orden del *ser*, nosotros conservamos siempre nuestra personalidad; permanecemos por naturaleza puras criaturas humanas; nuestra unión con Dios mediante la gracia, por muy íntima y estrecha que llegue a ser, no pasa de una unión accidental, no sustancial, pero cuanto más se eclipse nuestra personalidad frente a la Divinidad, en orden a la *actividad*, tanto más perfecta será esa unión.

Si queremos que nada se interponga entre Dios y nosotros, que nada impida nuestra unión con El, que las bendiciones divinas desciendan sobre nuestra alma, no solamente hemos de renunciar al pecado, a la imperfección, sino también despojarnos de nuestra personalidad, *en cuanto constituye un obstáculo a la unión perfecta con Dios*. Representa un obstáculo cuando nuestro propio juicio, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestras suspicacias, nos hacen pensar y obrar de una manera que no es la del Padre celestial. Creedme, nuestras faltas de flaqueza, nuestras miserias, la esclavitud en que estamos respecto de las cosas humanas, impiden infinitamente menos nuestra unión con Dios, que esa actitud habitual del alma que desea, por decirlo así, guardar en todo la propiedad de su actividad. Debemos, pues, no aniquilar nuestra personalidad —lo cual ni sería posible ni agradable a Dios—, sino hacerla capitular, por decirlo así, de una manera incondicional, ante la divina majestad; debemos ponerla a los pies de Dios y pedirle que sea, por su Espíritu, como lo fue para la humanidad de Cristo, el motor primero de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros sentimientos, de todas

nuestras palabras, de todas nuestras acciones, de toda nuestra vida [Orígenes, *Homil. II*, in XV, Mt.].

Cuando un alma llega a despojarse de todo pecado, de todo apego a sí misma y a la criatura; a destruir en ella, en cuanto es posible, todos los móviles puramente naturales y humanos, para entregarse completamente a la acción divina; a vivir en una dependencia absoluta de Dios, de su voluntad, de sus mandamientos, del espíritu del Evangelio, a dirigirlo todo al Padre celestial, entonces puede decir: «Dios me guía» (Sal 22,1); «todo en mí viene de El, estoy entre sus manos». Esa alma ha llegado a la imitación perfecta de Cristo, de tal manera que su vida es la reproducción misma de la vida de Jesucristo: «Vivo yo, mas no yo, porque vive en mí Cristo» (Gál 2,20), Dios la guía y la gobierna, todo en ella se mueve bajo el impulso divino; posee ya la santidad, que no es otra cosa que la imitación la más perfecta posible de Jesucristo en su *ser*, en su condición de Hijo de Dios, así como en su disposición habitual de consagrar enteramente a su Padre su persona y su actividad.

No pensemos que sea presunción de nuestra parte querer realizar un ideal tan sublime, no, es el deseo mismo de Dios, es su pensamiento eterno sobre nosotros: «Nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo» (Rm 8,29). Cuanto más conformes nos hagamos a su Hijo, más nos amará el Padre, porque entonces estaremos más unidos a El [+San Ambrosio, *in Psalm. CXVIII*, serm. 22]. Cuando ve un alma completamente transformada en su Hijo, rodéala de una protección especialísima y de los cuidados más atentos de su providencia; cólmala de sus bendiciones, sin poner nunca límites a la comunicación de sus gracias. Este es el secreto de las larguezas de Dios.

¡Oh!, agradezcamos a nuestro Padre celestial el habernos dado a su Hijo Jesucristo como modelo, de manera que no tengamos más que mirarlo, para saber lo que debemos hacer: «Oídle». Cristo nos ha dicho: «Os he dado ejemplo para que hagáis lo que me habéis visto hacer» (Jn 13,15). Nos ha trazado un modelo para que sigamos sus huellas (1Pe 2,21). Es el único camino que hay que seguir: «Yo soy el camino» (Jn 14,6); el que le sigue, no anda en tinieblas, sino que llega a la luz de la vida; he aquí el modelo que nos revela la fe, modelo trascendente y al mismo tiempo accesible: «Mira y reproduce el modelo» (Ex 25,40).

El alma de nuestro Señor contemplaba a toda hora la esencia divina; con la misma mirada veía el ideal que Dios concebía para el género humano y cada una de sus acciones era la expresión de ese ideal. Levantemos, pues, los ojos, pongamos todo nuestro empeño en conocer más y más a Jesucristo, en estudiar su vida en el Evangelio, en seguir sus misterios en el orden admirable establecido por la Iglesia misma en el proceso litúrgico, desde Adviento hasta Pentecostés; abramos los ojos de nuestra fe y vivamos de manera que reproduzcamos en nosotros los rasgos de ese ejemplar y conformemos nuestra existencia con sus palabras y sus actos. Ese modelo es divino y visible, nos muestra a Dios, obrando en medio de nosotros y santificando en su humanidad todas nuestras acciones, aun las

más ordinarias, todos nuestros sentimientos, aun los más íntimos, todos nuestros pesares, aun los más profundos. Contemplemos este modelo llenos de fe.— A veces nos vemos tentados de envidiar a los contemporáneos de Jesús que tuvieron la dicha de verle, de seguirle y de oírle. Pero la fe nos le hace ver también presente con una presencia no menos eficaz para nuestras almas. Cristo mismo nos lo dijo: «Bienaventurados los que creen en Mí sin haberme Visto» (Jn 20,29). Y es que quiso darnos a entender que no es menos ventajoso para nosotros permanecer en contacto con Jesús por la fe, que haberle visto corporalmente. Aquel a quien vemos vivir y obrar cuando leemos el Evangelio, o cuando celebramos sus misterios, es el mismo Hijo de Dios. Tratándose de Cristo, todo lo hemos dicho al afirmar: «Tú eres el Hijo de Dios vivo». He aquí el aspecto fundamental del divino modelo de nuestras almas. Contemplémosle, no con una contemplación abstracta, teórica, superficial, fría, sino con una contemplación amorosa, atenta a captar todos sus rasgos, para reproducirlos en nuestra existencia. Contemplemos sobre todo esta disposición radical y primordial de Cristo a vivir todo entero para su Padre, y hagamos que sea la nuestra. Toda su vida puede resumirse en este rasgo único: Todas las virtudes de Cristo son efecto de esa «polarización» de su alma hacia el Padre, y esa orientación no es más que el fruto de la unión inefable, por virtud de la cual, en Jesús, toda su humanidad es arrastrada por el empuje divino que lleva el Hijo hacia su Padre.

Esto es lo que hace propiamente al cristiano; participar primeramente por *la gracia santificante* de la filiación divina de Cristo, es decir, la imitación de Jesús, en su condición de Hijo de Dios; y después reproducir por *nuestras virtudes* los rasgos de ese arquetipo único de perfección, esto es, la imitación de Jesús en *sus obras*.— Todo esto nos lo indica San Pablo al decirnos que debemos «formar a Cristo en nosotros» (Gál 4,19; Ef 4,13); que «debemos revestirnos de Cristo» (Rm 13,14), que debemos «imprimir en nosotros la imagen de Cristo» (1Cor 15,49).

«El cristiano es un nuevo Cristo» [*Christianus, alter Christus*]. Esta es la definición del cristiano que ha dado, si no en los mismos términos, al menos en una expresión equivalente, la tradición entera.— Un fiel trasunto de Cristo. «Un nuevo Cristo» porque el cristiano es ante todas las cosas, mediante la gracia, hijo del Padre celestial y hermano de Cristo en la tierra, para ser coheredero en el cielo: «Un nuevo Cristo» porque toda su actividad —pensamientos, deseos, acciones— tiene su raíz en esa gracia, para ejercitarse según los deseos, los pensamientos y los sentimientos de Jesús, y en conformidad con sus acciones (Fil 2,5).

Jesucristo, autor de nuestra redención y tesoro infinito de gracias para nosotros

Causa satisfactoria y meritoria

Cristo, por sus satisfacciones, nos merece la gracia de la filiación divina

La imitación de Jesucristo, en su ser de gracia y en sus virtudes, constituye la sustancia de nuestra santidad; esto es lo que he tratado de haceros ver en la anterior conferencia. Para que conozcáis mejor a Aquel a quien debemos imitar, he tratado de presentar a vuestras almas el divino modelo, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La contemplación de nuestro Señor, tan adorable en su persona, tan admirable en su vida y en sus obras, habrá sin duda encendido en vuestros corazones un deseo ardiente de asemejaros a El y de unirnos a su sacratísima persona.

¿Puede acaso la criatura tener la pretensión de reproducir los rasgos del Verbo encarnado y participar de su vida?; ¿puede encontrar la fuerza necesaria para seguir ese camino único que lleva al Padre? —Sí, la Revelación nos dice que esa fuerza se halla en la gracia que nos merecieron las satisfacciones de Cristo.

Nuestro Dios lo hace todo con sabiduría; más aún, es la sabiduría infinita. Siendo su pensamiento eterno hacernos conformes a la imagen de su Hijo, debemos estar ciertos que, con el fin de conseguir ese objeto, ha establecido medios de absoluta eficacia, y no solamente podemos aspirar a la realización del ideal divino en nosotros, sino que el mismo Dios nos invita a ello: «Nos predestinó para que fuéramos como un trasunto fiel de la imagen de su Hijo» (Rm 8,29); quiere que reproduzcamos «en nosotros los rasgos de su Hijo muy amado» aunque no podamos hacerlo sino de una manera limitada. Desear reproducir ese ideal no es ni orgullo ni presunción, sino una respuesta al deseo del mismo Dios: «escuchadle» (Mt 17,5). Basta únicamente con que utilicemos los medios por El establecidos.

Cristo, según hemos visto, no es sólo el ejemplar único y universal de toda perfección; es también, como acabo de insinuar, la causa satisfactoria y meritoria, la causa eficiente de nuestra santificación. Cristo es para nosotros fuente de gracia, porque habiendo pagado todas nuestras deudas, a la divina justicia, por su vida, su Pasión y su muerte, ha conquistado el derecho de distribuir toda gracia. *Causa satisfactoria y meritoria*.

Examinemos ahora tan consoladora verdad, y en otra conferencia veremos cómo Jesucristo es la causa eficiente de nuestra santidad

1. Imposibilidad para el humano linaje, descendiente de Adán pecador, de reconquistar la herencia eterna; sólo un Dios hecho hombre puede dar una satisfacción plena y suficiente

¿Qué se ha de entender cuando decimos que Cristo es la causa satisfactoria y meritoria de nuestra salud y de nuestra santificación?

Como ya sabéis, Dios, al crear al primer hombre, le constituyó en justicia y en gracia; le hizo su hijo y su heredero. Pero el plan divino fue trastornado por el pecado. Adán, constituido jefe de su raza, prevaricó; en un solo instante perdió para sí y para sus descendientes todo derecho a la vida y a la herencia divinas, todos los hijos de Adán, cautivos del demonio desde entonces (Hch 26,18; Jn 12,31; Col 1,14), corrieron su misma suerte, por eso nacen, según dice San Pablo «enemigos de Dios» (Rm 5,10; 11,28), «objeto de cólera» (1Tes 1,10; Rm 2,5,8; Ef 2,3), y, por tanto, excluidos de la bienaventuranza eterna (Rm 2,2; 5, 15-18).

—¿No habrá, entre los hijos de Adán, alguien capaz de rescatar a sus hermanos y levantar esa maldición que pesa sobre todos ellos?—Nadie —porque todos pecaron en Adán—; nadie podrá dar una satisfacción adecuada ni por sí ni por los demás.

El pecado es una injuria a Dios, injuria que debe ser expiada— siendo una simple criatura el hombre, es de suyo incapaz de saldar dignamente la deuda contraída con la majestad divina por una falta cuya malicia es infinita

La satisfacción, para que sea adecuada, debe ser ofrecida por una persona de dignidad equivalente a la de la persona ofendida. La gravedad de una injuria se mide por la dignidad de la persona ofendida; la misma injuria, hecha a un príncipe, reviste, a causa de su categoría, una gravedad mayor que si se hiciese a un villano [*Peccatum contra Deum commissum infinitatem habet ex infinite divinæ maiestatis; tanto enim offensa est maior quanto maior est ille in quem delinquitur*. Santo Tomás, III, q.1, a.2, ad 2; +I-II, q.87, a.4]. Para la satisfacción, sucede cabalmente lo contrario. La grandeza de una reparación se regula, no según la dignidad de aquel que la recibe, sino del que la da. Al mismo rey rinden vasallaje un villano y un príncipe; es evidente que el vasallaje del príncipe es más de estimar que el del villano. Ahora bien; entre nosotros y Dios hay una

distancia infinita.— ¿Tendrá el género humano que arrojarse en brazos de la desesperación? El ultraje hecho a Dios, ¿no podrá ser reparado?, ¿no entrará jamás el hombre en posesión de los bienes eternos?— Sólo Dios podía dar una solución a este angustioso problema.

Ya sabéis cuál fue la respuesta de Dios, la solución llena de misericordia, y a la vez de justicia, que nos deparó. En sus designios insondables, decretó que el rescate del género humano no se realizaría sino mediante una satisfacción igual a los derechos de su justicia infinita, y que esta satisfacción había de ser dada por el cruento sacrificio de una víctima que sustituyese libremente, voluntariamente, a todo el género humano. ¿Cuál será esa víctima?, ¿quién será ese salvador? «¿Eres Tú quien has de venir?» (Mt 11,3).

Dios lo prometió después de la culpa, pero miles de años se pasan antes de su venida miles de años durante los cuales el género humano eleva sus brazos desde el fondo de un abismo insondable, de donde no puede levantarse; miles de años durante los cuales acumula sacrificios sobre sacrificios, holocaustos sobre holocaustos, para sacudir su servidumbre. Pero «cuando llega la plenitud de los tiempos», Dios envía el Salvador prometido, el Salvador que debe rescatar la creación, destruir el pecado y reconciliar a los hombres con Dios. —¿Quién es?— El Hijo de Dios hecho hombre. Hombre, salido del linaje de Adán, podrá sustituir voluntariamente a todos sus hermanos y hacerse, por decirlo así, solidario de su pecado; aceptando libremente padecer y expiar en su carne pasible, será capaz de merecer.— Siendo Dios, su mérito tendrá un valor infinito, la satisfacción será adecuada, la reparación completa. No hay, dice Santo Tomás, satisfacción *plenamente* adecuada, si no existe una operación plenamente infinita en su valor; es decir, una operación que Dios sólo puede realizar (III, q. 1, a. 2, ad 2). Así como el orden de la justicia pide que la pena responda a la falta, del mismo modo, añade el Doctor Angélico, parece natural que aquel que ha cometido el pecado satisfaga por el pecado, y he aquí por qué ha sido preciso tomar de la naturaleza corrompida por la falta lo que debía ofrecerse en satisfacción por toda esta naturaleza (*ib.* q. 4. ad 6).

Tal es la solución que Dios mismo nos brinda. Pudiera haber escogido otras, pero ésta es la que plugo a su sabiduría, a su poder y a su bondad. Esta es la que debemos contemplar y alabar, porque esta solución es admirable. «La humanidad de Cristo, dice San Gregorio, le permitía morir y satisfacer por los hombres, su divinidad le daba el poder de conferirnos la gracia que santifica» [*Moralia*, 27, c. 30, n. 46]; la muerte había salido de una naturaleza humana manchada por el pecado; de una naturaleza humana unida a Dios debía también brotar la fuente de la gracia y de la vida [*Ut unde mors oriebatur inde vita resurgeret*. Pref. del Tiempo de Pasión].

2. Jesús salvador; valor infinito de todos los actos del Verbo Encarnado. Sin embargo de ello, de hecho, la Redención no se opera sino por el Sacrificio de la Cruz.

«Cuando vino la plenitud de los tiempos, fijados por los decretos celestiales —leemos en San Pablo—, Dios envió a su Hijo, formado de una mujer, para libertarnos del pecado y conferirnos la adopción de hijos» (Gál 4, 4-5). Rescatar al género humano del pecado y devolverle por la gracia la adopción divina, tal es, en efecto, la misión principal del Verbo encarnado, la obra que Cristo venía a realizar en la tierra.

Su nombre, el nombre de Jesús, que Dios mismo le impone, no está exento de significado y simbolismo: «Jesús no lleva un nombre vacío o inadecuado» [*Iesus nomen vanum aut inane non portat*. San Bernardo, *Serm. 1 de Circumcis.*]. Este nombre significa su misión específica como Salvador y señala su cometido: la redención del mundo: «Le darás el nombre de Jesús, dice el ángel enviado a San José, porque El es quien salvará al pueblo de sus pecados» (Mt 1,21).

Mas ya llega.

Contemplémosle en este instante solemne, único en la historia del género humano. ¿Qué dice? ¿Qué hace?: «Entrando en el mundo dijo a su Padre: No has querido ni sacrificio ni oblación, sino que me has formado un cuerpo; no te has complacido en los holocaustos ni en los sacrificios por el pecado que te ofrecían los hombres; entonces dije: “Heme aquí” (Heb 10, 5-7; +Sal 39, 7-8). Estas palabras, tomadas de San Pablo nos revelan el primer latido del corazón de Cristo, en el momento de su Encarnación.— Y realizado este acto inicial de oblación completa, Cristo «se lanza como un gigante para recorrer el camino que se abre ante El» (Sal 18,6).

Gigante, porque es un Hombre-Dios; y todas sus acciones, todas sus obras, son de un Dios, y por consiguiente dignas de Dios, a quien se las ofrece en homenaje. Según el modo de hablar de la filosofía, «los actos pertenecen a la persona» [*actiones sunt suppositorum*]. Las diversas acciones que nosotros realizamos tienen su fuente en la naturaleza humana y en las facultades inherentes a esa naturaleza; pero en última instancia las atribuimos a la persona que posee esa naturaleza y usa de esas facultades. Así, pienso con la inteligencia, veo por los ojos, oigo por los oídos; oír, ver y pensar son acciones de la naturaleza humana, pero en definitiva las referimos a la persona; es el yo, el que oye, ve y piensa; aunque cada una de esas acciones emane de una facultad diferente, todas recaen en la misma y única persona que posee la naturaleza dotada de tales facultades.

Pues bien; en Jesucristo, la naturaleza humana, perfecta e íntegra en sí misma, está unida a la persona del Verbo, del Hijo de Dios. Muchas acciones en Cristo no pueden ser realizadas sino en la naturaleza humana: si trabaja, si anda, si duerme, si come, si enseña, si padece, si muere, es en su humanidad, en su naturaleza humana; pero todas esas acciones pertenecen a la persona divina con quien la naturaleza humana está

unida. Es una persona divina la que hace y opera por la naturaleza humana.

Resulta, pues, que todas las acciones ejecutadas por la humanidad de Jesucristo, por máximas, por ordinarias, por sencillas, por limitadas que sean en su realidad física y en su dimensión temporal se atribuyen a la persona divina con quien esa humanidad está unida; son acciones de un Dios [la Teología las llama *theándricas*, de dos palabras griegas que significan *Dios* y *Hombre*], y a causa de este título poseen una belleza y un brillo trascendentes; adquieren, desde el punto de vista moral, un precio inestimable, un valor infinito; una eficacia inagotable. El valor moral de las acciones humanas de Cristo se mide por la dignidad infinita de la persona divina, en quien subsiste y obra la naturaleza humana.

Y si tratándose de las acciones más insignificantes de Cristo esto resulta verdadero, ¿cuánto más no lo será tratándose de aquellas que constituyen propiamente su misión terrena, o se refieren a ella, como es el sustituirnos voluntariamente en calidad de víctima inmaculada, para pagar nuestra deuda y devolvernos por su expiación y satisfacciones la vida divina?

Porque ésa es la misión que debe realizar, el camino que debe recorrer. «Dios puso sobre El», hombre como nosotros, de la raza de Adán y al mismo tiempo justo, inocente y sin pecado, «la iniquidad de todos nosotros» (Is 1,3,6). Porque se hizo en cierto modo solidario de nuestra naturaleza y de nuestro pecado, nos ha merecido el hacernos a su vez solidarios de su justicia y de su santidad. Dios, según la expresión enérgica de San Pablo, «destruyó al pecado en la carne, enviando por el pecado a su propio Hijo, en una carne semejante a la del pecado» (Rm 8,3); y añade con una energía aun más acentuada: «Dios hizo pecado por nosotros a Cristo, que no conocía el pecado» (2Cor 5,21). ¡Qué valentía en esta expresión!: «hizo pecado», el Apóstol no dice «pecador», sino «pecado».

Cristo, por su parte, aceptó tomar sobre sí todos nuestros pecados, hasta el punto de llegar a ser sobre la Cruz, en cierto modo, el pecado universal, el pecado viviente. Púsose voluntariamente en lugar nuestro, y por eso será herido de muerte; su sangre será nuestro rescate (Hch 20,28).

El género humano quedará libre, «no con oro o con plata, que son cosas percederas, sino por una sangre preciosa, la del Cordero inmaculado y sin tacha, la sangre de Cristo, que ha sido designado desde antes de la creación del mundo» (1Ped 1, 18-20).

¡Oh!, no lo olvidemos, «hemos sido rescatados a gran precio» (1Cor 6,20). Cristo derramó por nosotros hasta la última gota de su sangre. Es verdad que una sola gota de esa sangre divina hubiera bastado para redimirnos; el menor padecimiento, la más ligera humillación de Cristo, un solo deseo salido de su corazón, hubiera sido suficiente para satisfacer por todos los pecados, por todos los crímenes que se pudieran cometer; porque siendo Cristo una persona divina, cada una de sus acciones constituye una satisfacción de valor infinito.— Pero «para hacer brillar más y más a los

ojos del mundo el amor inmenso que su Hijo le profesa», «para que conozca el mundo que amo al Padre» (Jn 14,31), y «la caridad inefable de ese mismo Hijo para con nosotros» «ningún amor supera a este amor» (*ib.* 15,13); para hacernos palpar por modo más vivo y sensible cuán infinita es la santidad divina y cuán profunda la malicia del pecado, y por otras razones que no podemos vislumbrar [*sacramentum absconditum*. Ef 1,9; 3,3; Col 1,26], el Padre Eterno reclamó como expiación de los crímenes del género humano todos los padecimientos, la pasión y muerte de su divino Hijo; de manera que la satisfacción no quedó completa sino cuando desde lo alto de la cruz, Jesús, con voz moribunda, pronunció el «Todo está acabado».

Sólo entonces su misión personal de redención en la tierra quedó cumplida y su obra salvadora totalmente acabada.

3. Cristo merece, no solamente para sí, sino para nosotros. Este mérito tiene su fundamento en la gracia de Cristo, constituido Cabeza del género humano; en la libertad soberana y el amor inefable con que Cristo arrojó su Pasión por todos los hombres

Por estas satisfacciones, así como por todos los actos de su vida, Cristo nos *mereció* toda gracia de perdón, de salvación y de santificación.

Porque ¿en qué consiste el mérito?— En un *derecho* a la recompensa. [Hablamos del mérito propiamente dicho, de un derecho estricto y riguroso que en Teología se llama *mérito de condigno*]. Cuando decimos que las obras de Cristo son meritorias *para nosotros*, queremos indicar que por ellas Cristo tiene derecho a que nos sean dadas la vida eterna y todas las gracias que conducen a ella o a ella se refieren. Es lo que nos dice San Pablo: «Somos justificados, es decir, devueltos a la justicia a los ojos de Dios, no ya por nuestras propias obras, sino gratuitamente, por un don gratuito de Dios, es decir, por la gracia, que se nos concede en virtud de la redención obrada por Jesucristo» (Rm 3,24). El Apóstol nos da a entender con esto que la Pasión de Jesús, que corona todas las obras de su vida terrena, es la fuente de donde mana para nosotros la vida eterna: Cristo es la causa *meritoria* de nuestra santificación.

Pero ¿cuál es la razón profunda de ese mérito? —Porque todo mérito es personal. Cuando estamos en estado de gracia, podemos merecer para nosotros un aumento de esa gracia; pero tal mérito se limita a nuestra persona. Para los otros, no podemos merecerla; a lo más, podemos implorarla y solicitarla de Dios. ¿Cómo, pues, puede Jesucristo merecer por nosotros? ¿Cuál es la razón fundamental por la que Cristo, no sólo puede merecer para sí, por ejemplo, la glorificación de su humanidad, sino que también puede merecer para los demás —para nosotros, para todo el género humano— la vida eterna?

El mérito, fruto y propiedad de la gracia, tiene, si así puedo expresarme, la misma extensión que la gracia en que se funda.— Jesucristo está lleno de la gracia santificante, en virtud de la cual puede merecer personalmente para sí mismo.— Pero esta gracia de Jesús no se detiene en El, no posee

un carácter únicamente personal, inmanente, sino que es trascendente, goza del privilegio de la universalidad. Cristo ha sido predestinado para ser nuestra cabeza, nuestro jefe, nuestro representante. El Padre Eterno quiere hacer de El «el primogénito de toda criatura»; y como consecuencia de esta eterna predestinación a ser jefe de todos los elegidos, la gracia de Cristo, que es de nuestro linaje por la encarnación, reviste un carácter de eminencia y de universalidad cuyo fin no es ya santificar el alma humana de Jesús, sino hacer de El, en orden a la vida eterna, el jefe del género humano [es lo que se llama en Teología *gratia capitis*, gracia de jefe. +Santo Tomás, III, q.48 a.1], y de aquí ese carácter social inherente a todos los actos de Jesús, cuando se los considera con respecto al género humano. Todo cuanto Jesucristo hace, lo hace no sólo por nosotros, sino en nuestro nombre; por eso San Pablo nos dice que «si la desobediencia de un solo hombre, Adán, nos arrastró al pecado y a la muerte, fue, en cambio, suficiente la obediencia, ¡y qué obediencia!, de otro hombre que era Dios al mismo tiempo para colocarnos a todos otra vez en el orden de la gracia» (Rm 5,19). Jesucristo, en su calidad de cabeza, de jefe, mereció por nosotros, del mismo modo que ocupando nuestro lugar satisfizo por nosotros. Y como el que merece es Dios, sus méritos tienen un valor infinito y una eficacia inagotable. [No hay que decir que los méritos de Cristo deben sernos aplicados para que experimentemos su eficacia. El Bautismo inaugura esta aplicación; por el Bautismo somos incorporados a Cristo y nos hacemos miembros vivos de su cuerpo místico: establécese un lazo entre la cabeza y los miembros. Una vez justificados por el Bautismo, podemos a nuestra vez merecer].

Lo que acaba de dar a las satisfacciones y a los méritos de Cristo toda belleza y plenitud, es que aceptó los padecimientos voluntariamente y por amor. La libertad es un elemento esencial del mérito: Porque un acto no es digno de alabanza, dice San Bernardo, sino cuando el que lo realiza es responsable [*Ubi non est libertas, nec meritum. Serm. I in Cant.*].

Esta libertad envuelve toda la misión redentora de Jesús.— Hombre-Dios, Cristo aceptó soberanamente padecer en su carne pasible, capaz de sufrir. Cuando al entrar en este mundo dijo a su Padre: «Heme aquí, oh Dios, para cumplir tu voluntad» (Heb 10,9), preveía todas las humillaciones, los dolores todos de su Pasión y muerte, y todo lo aceptó libremente en el fondo de su corazón por amor de su Padre y nuestro Padre: «Sí, quiero, y tu ley la llevo grabada en lo más íntimo de mi corazón» (Sal 39, 8-9).

Cristo mantuvo tensa esa voluntad durante toda su vida.— La hora de su sacrificio está siempre presente a sus ojos; la aguarda con impaciencia, la llama «su hora» (Jn 13,1), como si fuese la única que contase en su existencia. Anuncia su muerte a sus discípulos, y les señala de antemano sus circunstancias en términos tan claros, que no se puedan engañar. Así, cuando San Pedro, sobresaltado por el pensamiento de ver morir a su maestro, quiere oponerse a la realización de aquellos padecimientos, Jesús le responde: «No tienes el sentido de las cosas de Dios» (Mc 8, 31-33). Pero El conoce a su Padre; por amor a su Padre y por caridad para

con nosotros anhela llegue el momento de la Pasión con todo el ardor de su alma santa, y al mismo tiempo con una libertad soberana, plenamente dueña de sí misma. Si esta voluntad de amor es tan viva que tiene como dentro de sí un horno: «Ardo en el deseo de ser bautizado con el bautismo de sangre» (Lc 12,50) con todo, nadie tendrá poder para quitarle la vida; la entregará espontáneamente (Jn 10,18). Ved cómo pone de manifiesto la verdad que encierran estas palabras. Un día los habitantes de Nazaret quieren arrojarle de lo alto de un precipicio; Jesús se desvanece de en medio de ellos con admirable tranquilidad (Lc 4,30). Otra vez, en Jerusalén, los judíos quieren apedrearle, porque afirma su divinidad; El se oculta y sale del Templo (Jn 8,59); su hora no ha llegado todavía.

Pero cuando esa hora llega, Jesús se entrega.— Vedle en el Jardín de los Olivos la víspera de su muerte; la chusma armada se adelanta hacia El para prenderle y hacerle condenar. «¿A quién buscáis?», les pregunta, y cuando ellos contestan: «A Jesús Nazareno», dice sencillamente: «Yo soy». Esta palabra, salida de sus labios, basta para arrojar en tierra a sus enemigos. Pudiera hacer que continuasen derribados; pudiera, como El mismo decía, pedir a su Padre que enviase legiones de ángeles para librarle (Mt 26,53). Precisamente en este momento recuerda que cada día se le ha visto en el templo y que nadie ha podido echar mano de El; aun no había venido su hora; por esto no les daba licencia para prenderle; pero entonces había sonado ya la hora en que debía, por la salvación del mundo, entregarse a sus verdugos, los cuales no obraban más que como instrumentos del poder infernal: «Esta es vuestra hora, y la hora del poder de las tinieblas» (Lc 22,53). La soldadesca le lleva de tribunal en tribunal; El no se resiste; sin embargo de ello, delante del Sanedrín, tribunal supremo de los judíos, proclama sus derechos de Hijo de Dios; después se abandona al furor de sus enemigos, hasta el momento de consumir su sacrificio sobre la Cruz.

Si se entregó fue verdaderamente porque quiso (Is 53,7). En esta entrega voluntaria y llena de amor de todo su ser sobre la Cruz, por esa muerte del Hombre-Dios, por esta inmolación de una víctima inmaculada que se ofrece en aras del amor con una libertad soberana, da se a la justicia divina una satisfacción infinita [Santo Tomás, 3 Sent. Dis. 21, q.2, a.1, ad 3]. Cristo nos adquiere un mérito inagotable, y devuelve al mismo tiempo la vida eterna al género humano. «E inmolado, llegó a ser instrumento de salvación eterna para todos aquellos que se le someten» (Heb 5,9).

«Por haber consumado la obra de su mediación, Cristo se hizo para todos aquellos que le siguen *la causa meritoria de la salvación eterna*». Por eso tenía razón San Pablo cuando decía: «En virtud de esta voluntad somos nosotros santificados por la oblación que, una vez por todas, hizo Jesucristo de su propia cuerpo» (*ib.* 10,10).

Porque «Nuestro Señor murió por todos y por cada uno de nosotros». «Por todos ha muerto Cristo» (2Cor 5,15). «Cristo es la propiciación no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo» (1Jn 2,2). De suerte que es «el único mediador posible entre los hombres y Dios» (1Tim 2,5).

Cuando se estudia el plan divino, sobre todo a la luz de las cartas de San Pablo, se ve que Dios no quiere que busquemos nuestra salud y nuestra santidad sino en la sangre de su Hijo; no hay más Redentor que Él, no hay «bajo el cielo ningún otro nombre que haya sido dado a los hombres para que puedan salvarse» (Hch 5,12), porque su muerte es soberanamente eficaz: «Con un solo sacrificio consumó la salvación de los elegidos» (Heb 10,14). Es voluntad del Padre que su Hijo Jesús, después de haber sustituido a todo el género humano en su dolorosísima Pasión, sea constituido jefe de todos los elegidos, a quienes ha salvado por su sacrificio y su muerte.

Por esto el género humano redimido hace que resuene en el Cielo un cántico de alabanza y acción de gracias a Cristo: «Nos has redimido con tu sangre, a los de toda tribu, lengua, pueblo y nación» (Ap 5,9). Cuando lleguemos a la eterna bienaventuranza y nos hallemos unidos al coro de los santos, contemplaremos a nuestro Señor y le diremos: «Tú eres el que nos has rescatado con tu sangre preciosa; gracias a Ti, a tu Pasión, a tu sacrificio sobre la Cruz, a tus satisfacciones, a tus méritos, hemos triunfado de la muerte y eludido la eterna reprobación. ¡Oh Jesucristo! cordero inmolado, a Ti la alabanza, el honor, la gloria y la bendición eternamente» (Ap 5, 11-12).

4. Eficacia infinita de las satisfacciones y de los méritos de Cristo; confianza ilimitada que de ellos dimana

Pero la Pasión y muerte de nuestro divino Redentor nos revelan su eficacia, sobre todo en sus *frutos*.

San Pablo no se cansa de enumerar los beneficios que nos reportan los infinitos méritos adquiridos por el Hombre-Dios con su vida y padecimientos. Cuando habla de ellos, alborózase el gran Apóstol; no encuentra para expresar este pensamiento otros términos que los de *abundancia*, *sobreabundancia* y *riquezas*, que declara *inagotables* (Rm 5,17 ss. 1Cor 1, 6-7; Ef 1, 7-8, 18,19; 2,17; 3,18; Col 1,27; 2,2; Fil 4,19; 1Tim 1,14; Tit 3,6). La muerte de Cristo *nos redime* (1Cor 6,20), «nos acerca a Dios, nos reconcilia con Él» (Ef 2, 11-18; Col 1,14), «nos justifica» (Rm 3, 24-27), «nos comunica la santidad y la vida nueva de Cristo» (Tit 2,14; Ef 5,27). Y para resumirlo todo, el Apóstol traza una antítesis entre Cristo y Adán, cuya obra vino a reparar; Adán nos trajo el pecado, la condenación, la muerte; Cristo, segundo Adán, nos devuelve la justicia, la gracia, la vida (1Cor 15,22): «Hemos sido trasladados de la muerte a la vida» (Jn 3,14), «la redención ha sido abundante» (Sal 129,7). «Porque no sucede lo mismo con el don gratuito —la gracia— que con la culpa... y si por la culpa de un solo hombre la muerte reinó aquí abajo, con mayor razón los que reciben la abundancia de la gracia reinarán en la vida únicamente por Jesucristo; donde el pecado había abundado, sobreabundó la gracia (Rm 5, 15-21; hay que leer todo el pasaje); por eso «no hay condenación para aquellos que

quieren vivir unidos a Jesucristo y que han sido reengendrados en El» (*ib.* 8,1).

Nuestro Señor, al ofrecer a su Padre en nuestro nombre una satisfacción de valor infinito, suprimió el abismo que existía entre el hombre y Dios: el Padre Eterno mira desde entonces con amor a la especie humana, rescatada por la sangre de su Hijo; cólmala, a causa de su Hijo, de todas las gracias que ha menester para unirse a El, «para vivir para El, de la vida misma de Dios». «Para servir al Dios vivo» (Heb 9,14). Así, todo bien sobrenatural que recibimos, todas las luces que Dios nos prodiga, todos los auxilios con que estimula nuestra vida espiritual, nos son concedidos en virtud de la vida, de la pasión y de la muerte de Cristo; todas las gracias de perdón, de justificación, de perseverancia, que Dios da y dará eternamente a las almas de todos los tiempos, tienen su fuente única en la Cruz.

¡Ah! verdaderamente, si «Dios ha amado al mundo hasta darle a su Hijo» (Jn 3,16); «si nos ha arrancado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Unigénito, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados» (Col 1, 13-14); «si nos ha amado, continúa San Pablo, a cada uno de nosotros y por nosotros se ha entregado» (Tit 2, 14), para dar testimonio del amor que tenía a sus hermanos; si se ha dado a sí mismo con el fin de redimirnos de toda iniquidad y de «formarse, purificándonos, un pueblo que le pertenezca» (*ib.* 2,14), ¿por qué vacilar todavía en nuestra fe y en nuestra confianza en Jesucristo?— Todo lo ha satisfecho, lo ha saldado y lo ha merecido; sus méritos son nuestros, y he aquí «que somos ricos con todos sus bienes», de modo que si queremos, «nada nos faltará para nuestra santidad». «En El habéis sido enriquecidos de manera que nada os falte de ninguna gracia» (1Cor 1, 5-7).

¿Por qué, pues, se encuentran almas pusilánimes que creen que no es para ellas la santidad, que la perfección está fuera de su alcance, que dicen, cuando se lee o habla de perfección: «Eso no es para mí; nunca podré llegar a la santidad»? ¿Sabéis qué es lo que las hace hablar así?— Su falta de fe en la eficacia de los méritos de Cristo; porque voluntad de Dios es que todos se santifiquen (1Tes 4,3); he aquí el precepto del Señor: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).— Pero con frecuencia olvidamos el plan divino; olvidamos que nuestra santidad es una santidad sobrenatural, cuya fuente se halla en Cristo, nuestro jefe y nuestra cabeza, y de esa manera subestimamos los méritos infinitos, las satisfacciones inagotables de Jesucristo. Sin duda que nada podemos hacer por nosotros mismos en el orden de la gracia y de la perfección; nuestro Señor nos lo dice formalmente: «Sin mí nada podéis hacer» (Jn 15,5); y San Agustín, comentando este texto, añade: «Ni poco ni mucho puede realizarse» [*Sive parum, sive multum, sine illo fieri non potest sine quo nihil fieri potest. Trat. sobre San Juan 81,3*]. ¡Es esto tan verdadero! Ora se trate de cosas grandes, ora de cosas pequeñas, nada podemos hacer sin Cristo. Pero al morir por nosotros, Cristo nos ha dejado franco el acceso hasta su Padre, un acceso libre y expedito (Ef 2,18; 3,12); por

su mediación no hav gracia a que no podamos aspirar. Almas de poca fe, ¿por qué dudamos de Dios, de nuestro Dios?

5. Ahora, Cristo sin cesar aboga junto al Padre en favor nuestro. Nuestra debilidad, título a las misericordias celestiales. Cómo glorificamos a Dios al hacer valer nuestros derechos a las satisfacciones de su hijo

Verdad es que ahora, Cristo ya no merece más (no siendo posible el mérito sino hasta el instante de la muerte); pero sus méritos están adquiridos y sus satisfacciones permanecen. Porque «este Pontífice, por ser eterno, está revestido de sacerdocio que no tiene fin; de aquí que pueda salvar para siempre a aquellos que por El se acercan a Dios» (Heb 7, 24-25).

San Pablo insiste particularmente en mostrar que Cristo en su calidad de Pontífice Supremo sigue actual e incesantemente intercediendo en el cielo por nosotros.

«Jesús subió al cielo como precursor nuestro» (Heb 6,20). Si está sentado a la diestra de su Padre, es «para interceder por nosotros». «Para presentarse ahora por nosotros ante el acatamiento de Dios» (*ib.* 9,24). «Siempre vivo, intercede por nosotros sin cesar» (*ib.* 7,25). [La misma expresión emplea San Pablo en la Epístola a los Romanos (8,32), y es para sacar la consecuencia de que nuestra confianza debe ser ilimitada: «Dios nos lo ha dado todo al darnos a su Hijo»]. Sin descanso, Cristo muestra continuamente a su Padre las cicatrices que ha conservado de sus llagas; porque El es nuestro jefe, hace valer sus méritos en nuestro favor, y porque merece ser escuchado de su Padre, su oración surte efecto siempre: «Padre, sé que siempre me oyes» (Jn 11,42). ¡Qué confianza tan ilimitada no debemos tener en tal Pontífice que es el Hijo muy amado de su Padre y ha sido nombrado por El jefe nuestro y cabeza nuestra, que nos hace partícipes de todos sus méritos y de todas sus satisfacciones! (Santo Tomás, III, q.48, a.2, ad 1).

Sucede a veces que cuando gemimos bajo el peso de nuestras flaquezas, de nuestras miserias, de nuestras faltas, prorrumpimos con el Apóstol: «Desgraciado de mí; siento en mí una doble ley: la ley de la concupiscencia que me arrastra hacia el mal, y la ley de Dios que me empuja hacia el bien. ¿Quién me librará en esta lucha? ¿Quién me dará la victoria?»— Escuchad la respuesta de San Pablo: «La gracia de Dios que nos ha sido merecida y dada por Jesucristo nuestro Señor» (Rm 8,25). En Jesucristo hallamos todo lo necesario para salir victoriosos aquí abajo, en espera del triunfo final de la gloria.

¡Oh, si llegásemos a adquirir la convicción profunda de que sin Cristo nada podemos y que con El lo tenemos todo! «¿Cómo el Padre no nos lo dará todo con El?» (*ib.* 8,32).— De nosotros mismos somos flacos, muy flacos, hay en el mundo de las almas flaquezas de todo género, pero no

es ésta una razón para desmayar; cuando no son queridas estas miserias, son más bien un título a la misericordia de Cristo. Fijaos en los desgraciados que quieren excitar la piedad de aquellos a quienes piden limosna: en vez de ocultar su pobreza, descubren sus harapos y muestran sus llagas; éste es su título a la compasión y a la caridad de los transeúntes. Lo mismo para nosotros que para los enfermos que le presentaban cuando vivía en Judea, lo que nos atrae la misericordia de Jesús es nuestra miseria reconocida, confesada y exhibida a los ojos de Cristo. San Pablo nos dice que Jesucristo quiso experimentar todas nuestras debilidades, excepto el pecado, a fin de aprender a compadecerlas; y de hecho varias veces leemos en el Evangelio que Jesús se sentía «movido a piedad» (Lc 7,13; Mc 8,2. +Mt 15,32) a la vista de los dolores que presenciaba. San Pablo añade expresamente que ese sentimiento de compasión lo conserva en su gloria, y concluye: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono» de Aquel que es la fuente «de la gracia»; porque si así lo hacemos, «obtendremos misericordia» (Heb 4, 14-16).

Por otra parte, obrar de este modo es glorificar a Dios, es rendirle un homenaje muy agradable. ¿Por qué? —Porque es designio divino que lo encontremos todo en Cristo, y cuando reconocemos humildemente nuestra debilidad y nos apoyamos en la fortaleza de Cristo, el Padre nos mira con benevolencia y con agrado, porque con eso proclamamos que Jesús es el único mediador que a El le plugo establecer en la tierra.

Ved cómo el gran Apóstol estaba convencido de esta verdad. En una de sus Epístolas, después de haber manifestado cuán miserable es y cuántas luchas ha de sostener en su alma, exclama: «De buena gana me gloriaré de mis debilidades» (2Cor 12,9). En lugar de lamentarse a causa de sus enfermedades, de sus debilidades, de sus luchas, las convierte en título y motivo de santo orgullo, esto parece extraño, ¿no es verdad?— Pero San Pablo nos da una razón convincente: «A fin de que no sea mi fuerza, sino la fuerza de Cristo, la gracia de Cristo que habita en mí, la que me haga triunfar» (*ib.*) y que a El se dirija toda gloria.

Notad ahora hasta dónde llega San Pablo cuando habla de nuestra debilidad: «No somos capaces de pensar nada por nosotros mismos» (2Cor 3,5).— Llega hasta decir que «no podemos ni siquiera tener un buen pensamiento, un pensamiento que nos merezca algo para el cielo», «por nosotros mismos». No hay duda que cuando escribió estas palabras estaba inspirado por Dios; somos incapaces de producir un buen pensamiento que salga de nosotros como de su fuente. Todo lo que es bueno, todo lo bueno que hay en nosotros, «todo lo que es meritorio para la vida eterna, viene de Dios», por Cristo. «Nuestra suficiencia de Dios nos viene» (*ib.* 3,5). «Dios es quien nos da, no sólo el obrar sino también el querer, por pura benevolencia, porque así le place» (Fil 2,13). Por tanto, de nosotros no podemos sobrenaturalmente ni querer, ni tener un buen pensamiento, ni obrar, ni rezar. No podemos absolutamente nada. «Sin mí nada podéis» (Jn 15,5). ¿Somos por eso dignos de lástima?— De ninguna manera. Después de haber puesto de relieve nuestra flaqueza, añade San Pablo:

«Todo lo puedo, no por mí, sino en Aquel que me fortalece» (Fil 4,13); a fin de que toda gloria sea dada a Cristo, que nos lo ha merecido todo, y en quien todo lo tenemos. No hay obstáculo que no pueda vencer, no hay dificultad que no pueda superar ni prueba de que no pueda triunfar, ni tentación a la que no pueda resistir por la gracia que Cristo me ha merecido. En El y por El lo puedo todo, porque su triunfo estriba en hacer fuerte al débil: «Bástate mi gracia, porque la virtud se desarrolla mejor en medio de las flaquezas» (2Cor 12,9). Dios quiere con esto que toda gloria suba a El por Cristo, cuya gracia triunfa de nuestras debilidades: «En la alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1,6).

En el último día, cuando aparezcamos delante de Dios, no podremos decirle: Dios mío, he tenido grandes dificultades que vencer, triunfar era imposible, mis muchas faltas me desalentaban; porque Dios nos respondería: «Hubiera sido verdad si te hubieras encontrado solo, pero yo te he dado a mi Hijo Jesús; El lo ha expiado, lo ha saldado todo; en su sacrificio disponías de todas las satisfacciones que yo tenía derecho a reclamar por todos los pecados del mundo; todo lo mereció por ti en su muerte; ha sido tu redención y con ella mereció ser tu justificación, tu sabiduría, tu santidad; en El debieras haberte apoyado; en mis designios divinos, Jesús no es sólo tu salvación, sino también la fuente de tu fortaleza, porque todas sus satisfacciones, todos sus méritos, todas sus riquezas, que son infinitas, eran tuyas desde el Bautismo, y desde que se sentó a mi diestra, ofrecíame sin cesar por ti los frutos de su sacrificio; en El debieras haberte apoyado, pues por El yo te hubiera dado sobreabundantemente la fuerza para vencer todo mal, como El mismo me lo pidió: “Te ruego que los preserves del mal” (Jn 17,15); te hubiera colmado de todos los bienes, pues por ti y no por Sí mismo aboga sin cesar» (Heb 7,25).

¡Ah, si conociésemos el valor infinito del «don de Dios»! (Jn 4,10), y, sobre todo, ¡siuviésemos fe en los inmensos méritos de Jesús, pero una fe viva, práctica, que nos infundiese una confianza sin límites en la eficacia impetratoria de la oración; un abandono confiado en todas las situaciones difíciles, por las que pueda atravesar nuestra alma! Entonces, imitando a la Iglesia, que en su liturgia repite esta fórmula cada vez que dirige a Dios una oración, nada pediríamos que no fuera en su nombre «porque ese mediador, siempre vivo, reina en Dios con el Padre y el Espíritu Santo», «por nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina...» [*Per Dominum Nostrum Iesum Christum qui tecum vivit et regnat*].

Tratándose de gracias, estamos seguros de obtenerlas todas por El. Cuando San Pablo expone el plan divino dice que «en Cristo tenemos la redención adquirida por medio de su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia, que se nos ofrece sobreabundantemente» (Ef 1,7). Disponemos de todas estas riquezas adquiridas por Jesús, que han llegado a ser nuestras por el Bautismo; lo único que tenemos que hacer es acudir a El para apropiárnoslas y ser «como la esposa que sale del desierto» de su pobreza, pero «llena de delicias» porque «se apoya

sobre su amado». «¿Quién es ésta que sube del desierto reclinada en su amado, destilando dulzuras?» (Cant 8,5).

Si viviésemos de estas verdades, nuestra vida sería un cántico ininterrumpido de alabanza, de acción de gracias a Dios, por el don inestimable que nos ha hecho en su Hijo Jesucristo (2Cor 9,15). Así entraríamos plenamente, para mayor bien y alegría más profunda de nuestras almas, en los pensamientos de Dios, que quiere que lo encontremos todo en Jesús, y que recibéndolo todo de El, le demos, juntamente con su Padre, en unidad de su común Espíritu, toda bendición, todo honor y toda gloria: «Aquel que se sienta en el trono y al Cordero, bendiciones y honra y poder y gloria por los siglos de los siglos» (Ap 5,13).

Jesucristo, causa eficiente de toda gracia *Causa efficiens*

Hoy vamos a tratar todavía de la persona adorable de nuestro Señor. No os canséis jamás de oír hablar de El. Ningún tema os será más útil, ni debe seros más querido; en Cristo lo tenemos todo, y fuera de El no hay salud ni santificación posible. Cuanto más se estudia el plan divino, según las Sagradas Escrituras, más se advierte cómo un gran pensamiento lo domina todo: El de que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, es el centro de la creación y de la redención; que todas las cosas se refieren a El, y que por El se nos da a nosotros toda la gracia y se tributa toda la gloria al Padre.

La contemplación de nuestro Señor no es sólo santa, sino santificante; con sólo pensar en El y contemplarlo con fe y amor, nos santificamos. Para ciertas almas, la vida de Jesucristo es un tema de meditación como otro cual quiera; no es bastante eso. Cristo no es uno de los medios de la vida espiritual, es toda nuestra vida espiritual El Padre lo ve todo en su Verbo, en su Cristo, todo lo encuentra en El, tiene ciertamente exigencias infinitas de gloria y de alabanza, pero encuentra cumplida satisfacción a esas exigencias a través de su Hijo, en las acciones más intrascendentes de su Hijo. Cristo es su Hijo muy querido en quien pone todas sus complacencias. ¿Por qué no había de ser Cristo igualmente nuestro todo, nuestro modelo, nuestra satisfacción, nuestra esperanza, nuestra luz, nuestra fuerza, nuestra alegría? Esta verdad es tan capital, que quiero insistir en ella nuevamente.

La vida espiritual consiste sobre todo en contemplar a Cristo, para reproducir en nosotros su condición de Hijo de Dios y sus virtudes. Las almas que tienen constantemente fija la mirada en Cristo, ven en su luz lo que se opone dentro de ellas al desarrollo de la vida divina; buscan

entonces en Jesús la fuerza necesaria para remontar esos obstáculos y agradarle; pídenle que sea el apoyo de su debilidad, que despierte y acreciente sin cesar en ellas esa disposición fundamental, a la que se reduce toda la santidad, y que consiste en buscar siempre lo que es agradable a su Padre.

Esas almas entran plenamente en el plan divino; avanzan con rapidez y con seguridad por el camino de la perfección y de la santidad; ni siquiera corren el peligro de desalentarse a vista de sus defectos; saben que por sí mismas nada pueden: «Sin mí nada podéis» (Jn 15,5); ni el peligro de envanecerse por sus progresos, porque están convencidas de que si sus esfuerzos personales son necesarios para corresponder a la gracia, su perfección la deben exclusivamente a Jesucristo, que en ellas habita, vive y trabaja. Si dan mucho fruto es, no solamente porque permanecen en Cristo por la gracia y la fidelidad de su amor, sino también, y sobre todas las cosas, porque Cristo permanece en ellas: «Quien mora en mí y yo en él, éste producirá mucho fruto» (*ib.*).

En efecto, Cristo no es sólo un modelo como el que contempla un pintor cuando hace un retrato, ni podemos tampoco comparar su imitación a la que realizan ciertos espíritus mediocres cuando remedan el porte y los gestos de un gran hombre a quien admiran; esa imitación es superficial, externa, y no cala al fondo del alma.

La imitación de Cristo es muy otra. Cristo es más que un modelo, es más que un Pontífice que nos ha obtenido la gracia de imitarle. El mismo, por su Espíritu, obra en lo íntimo de nuestra alma para ayudarnos a realizar ese traspaso, esa copia. ¿Por qué?— Porque, ya lo dejé dicho al exponer el plan divino, nuestra santidad es de orden esencialmente *sobrenatural*. Dios no se contenta, ni se contentará jamás, desde que resolvió hacernos hijos suyos, con una moralidad o una religión natural quiere que obremos como hijos de linaje divino.

Pero esta santidad nos la da por su Hijo, en su Hijo, mediante la gracia que nos ha merecido su Hijo Jesucristo. Toda la santidad que destina a los hombres, la ha depositado en Jesús y de esa plenitud debemos recibir las gracias que nos hagan santos: «Cristo ha sido hecho por Dios, nuestra sabiduría, justicia, santidad y redención» (1Cor 1,30). Si Cristo posee todos los tesoros de ciencia y de sabiduría (Col 2,3) y de santidad, es para hacernos participantes de ellos, ha venido para que tengamos en nosotros la vida divina, y para que la tengamos en abundancia: «Vine para que tengan vida y para que esta vida sobreabunde en ellos» (Jn 10,10). Por su Pasión y por su muerte, ha abierto a todos la fuente de esos tesoros; pero no lo echemos en olvido: ese venero está en El y no fuera de El; es El el encargado de hacerle fluir hasta nosotros; la gracia, principio de vida sobrenatural, no viene sino por El. Por esto escribe San Juan: «El que está unido al Hijo, posee la vida; el que no está unido al Hijo, no posee la vida» (1Jn 5,12).

1. Durante la existencia terrena de Jesucristo, su humanidad era, como instrumento del Verbo, fuente de gracia y de vida

Contemplemos a Jesús durante su existencia terrena, y veremos que es la *causa eficiente* de toda gracia y la fuente de la vida; esa contemplación es fructuosa, porque nos muestra cómo debemos esperar todo de nuestro Señor.

Vemos que su santa humanidad llega a ser el instrumento de que la divinidad se sirve para derramar en torno suyo toda gracia y toda vida.

En primer lugar la vida o la salud corporal.

Un leproso se presenta a Jesús pidiendo la curación: Jesús extiende su mano, le toca y dice: «Lo quiero, sé curado»; y al punto desaparece la lepra (Mt 8, 2-3).— Preséntanle dos ciegos: Jesús les toca los ojos con su mano, diciendo: «Hágase según vuestra fe», y sus ojos se abren a la luz (Mt 9, 27-29).— Otro día introducen adonde Él estaba un hombre sordo y mudo, y suplican a Jesús que le imponga las manos; entonces Jesús, apartándole de la turba, le pone el dedo en los oídos, le moja con saliva la lengua y, levantando los ojos al cielo, suspira y dice: «Abríos», y al punto el hombre oye, su lengua se desata y empieza a hablar con soltura (Mc 7, 32-35).— Mirad a Jesús junto al sepulcro de Lázaro; con sólo la palabra le devuelve a la vida.

En todas estas ocasiones vemos la santa humanidad servir de instrumento a la divinidad. Es la persona del Verbo la que cura y resucita; mas para obrar esas maravillas, el Verbo se sirve de la naturaleza humana que le está unida, Cristo pronuncia las palabras sirviéndose de su naturaleza humana y toca a los enfermos con sus manos. La vida brotaba de la divinidad, pero llegaba a los cuerpos y a las almas mediante la humanidad [para emplear el término teológico, la humanidad servía de fuente de vida como instrumento unido al Verbo: *Ut instrumentum coniunctum*].— Comprendemos las palabras del Evangelio cuando nos dicen que «las turbas deseaban tocar a Jesús, porque salía de Él un poder que curaba» [*Virtus de illo exibat*] (Lc 6,19).

De igual modo procede Jesucristo en el terreno sobrenatural de la gracia; por una acción, una palabra, un gesto de la naturaleza humana que le está unida, perdona los pecados y justifica a los pecadores. Ved a María Magdalena entrar en medio del festín y regar con sus lágrimas los pies de Cristo. Jesús le dice: «Tus pecados te son perdonados, tu fe te ha salvado» (*ib.* 7, 48-50); es la divinidad la que perdona los pecados, sólo ella puede hacerlo, pero Jesús otorga este perdón por medio de la palabra; y de esta manera su humanidad se convierte en instrumento de la gracia. Hay en el Evangelio una escena más explícita todavía. Cierta día presentan a Jesús un paralítico tendido en un lecho. «Tus pecados te son perdonados», dice Jesús, y los fariseos que le oyen y no creen en la divinidad, murmuran: «¿Quién es este hombre que pretende perdonar los pecados? Sólo Dios puede hacerlo». Mas nuestro Señor, queriendo demostrar que era Dios, les responde: «¿Qué es más fácil decir: *Te son perdonados tus pecados*, o decir: *Levántate y anda*? Pues bien, a fin de

que sepáis que el Hijo del Hombre —notad la expresión, *Hijo del Hombre*; nuestro Señor la emplea intencionadamente en lugar del término *Hijo de Dios* tiene sobre la tierra poder de perdonar los pecados, *yo te lo mando*, dice al paralítico: *Levántate, toma tu lecho y vuelve a tu casa*». Y al punto aquel hombre se levanta en presencia de toda la gente, toma la cama sobre la que se le había llevado, y tórnase a su casa, glorificando a Dios (Lc 5, 18-25).

Así obra Cristo milagros, perdona los pecados y distribuye la gracia con libertad y poder soberanos, porque siendo Dios, es la fuente de toda gracia y de toda vida; pero lo hace sirviéndose de su humanidad; la humanidad de Cristo es *vivificante*, a causa de su unión con el Verbo divino [*Carnem Domini vivificatricem esse dicimus quia facta est propria Verbi cuncta vivificare praevalentis*. Concil. Ef., can.2].

Lo mismo se verifica en la Pasión y muerte de Jesús. Jesús padece, expía y merece en su naturaleza humana; la humanidad es el instrumento del Verbo, y los padecimientos de la santa humanidad *obran* nuestra salvación, son *causa* de nuestra redención, y nos vuelven a la vida [+Santo Tomás, III, q.8, a.1, ad 1]. «Estábamos muertos en el pecado, pero Dios nos ha vuelto a la vida con Cristo, a causa de Cristo, perdonándonos todas nuestras culpas» (Col 2,13). Santo Tomás nos lo dice claramente [Citemos esta bella proposición del Doctor Angélico: *Verbum prout in principio erat apud Deum vivificat animas sicut agens principale; caro tamen eius, et misteria in ea patrata operantur instrumentaliter ad animae vitam*. III, q.62, a.5, ad 1. +III, q.48, ad 6; q.49, ad 1; q.27. *De veritate*, art.4]. En el momento en que, por amor de su Padre y nuestro, iba Cristo a entregarse para dar la vida divina a todos los hombres, pide al Padre que glorifique a su Hijo, puesto que le ha dado autoridad sobre toda carne, «a fin de que *dé yo la vida eterna* a todos aquellos que Tú has puesto en mis manos» (Jn 17, 1-2). Jesús ruega a su Padre que realice ya en principio su plan eterno. El Padre ha constituido a Cristo jefe del género humano; sólo en Cristo quiere que el hombre encuentre su salvación; y nuestro Señor pide que así se haga, puesto que por su Pasión y muerte, ocupando nuestro lugar, va a satisfacer por todos los crímenes del linaje humano y merecer para él toda gracia de salud y de vida.

La oración de nuestro Señor ha sido escuchada. En premio de haber llevado a cabo por sus padecimientos y sus méritos la salvación del género humano, Cristo ha sido confirmado como dispensador universal de toda gracia. «Se ha anonadado, y *por esto* en el día de la Ascensión su Padre le ensalzó y le dio un nombre sobre todo nombre» (Fil 2, 7-9). «Le constituyó heredero de todas las cosas» (Heb 1,2); le dio las naciones en herencia, porque El las había ganado con su sangre: «Pide, y yo te daré en herencia todas las gentes» (Sal 2,8). En beneficio de ellas ha sido dado a Cristo todo poder de gracia y de vida en el cielo y en la tierra (Mt 28,18). Finalmente, puso todas las cosas en sus manos por el amor que le tenía (Jn 3,35).

Así, modelo único, pontífice supremo, Redentor del mundo y mediador universal, Jesucristo fue además constituido *dispensador de toda gracia*.

«La efusión de toda gracia en nosotros, dice Santo Tomás, no pertenece más que a Cristo y esta causalidad santificante resulta de la unión íntima que hay en Cristo entre la divinidad y la humanidad» [*Interior autem influxus gratiæ non est ab aliquo nisi a solo Christo, cuius humanitas ex hoc quod est divinitati coniuncta habet virtutem iustificandi*. Santo Tomás, III, q.8, a.6].

«El alma de Cristo, añade el mismo Santo, ha recibido la gracia en su más alto grado de plenitud; parece, pues, razonable que de esta plenitud haga copartícipes a todas las almas; y precisamente de este modo llena su cometido de cabeza de la Iglesia. De ahí que la gracia que adorna el alma de Cristo sea, en su esencia, la misma que nos purifica» (*ib.* a.5).

2. Cómo obra Cristo después de su Ascensión. Medios oficiales: Los sacramentos producen la gracia por sí mismos, pero en virtud de los méritos de Cristo

Pero acaso me preguntéis: ¿Cómo Cristo, después de haber subido a los cielos, cuando los hombres no pueden verle ni oírle ni tocarle, produce esos efectos de gracia y de vida? ¿Cómo se ejerce sobre nosotros, y en nosotros, la acción de nuestro Señor? ¿Cómo es ahora *causa eficiente* de nuestra santidad? ¿Cómo produce en nosotros la gracia, fuente de vida?

Jesucristo, por ser Dios, es dueño absoluto de sus dones y de la manera como los distribuye; del mismo modo que nosotros no podemos limitar su poder, así tampoco podemos determinar los modos de su acción. Jesucristo puede hacer afluir, cuando le place, la gracia en el alma, directamente y sin intermediarios, la vida de los santos está llena de estos ejemplos de la libertad y de la liberalidad divinas; sin embargo, en la economía actual, el camino oficial y ordinario por el cual llega hasta nosotros la gracia de Cristo es principalmente el de los sacramentos por El instituidos.

Podría santificarnos de otro modo; pero siendo Dios, desde el momento en que decidió por sí mismo establecer esos medios de salvación, que sólo El podía determinar, puesto que sólo El es el autor del orden sobrenatural, debemos recurrir en primer lugar a esas fuentes auténticas. Todas las prácticas de ascética que pudiéramos inventar para conservar y aumentar en nosotros la vida divina, no tienen ningún valor sino en la medida en que nos ayudan a extraer más provecho de esas fuentes de vida; porque ellas son, en efecto, las fuentes puras y verdaderas, a la vez que inagotables, donde encontraremos infaliblemente la vida divina de que Jesús rebosa y de la que quiere hacernos participantes.

Veamos, pues qué medios son éstos. No trato de daros aquí toda la Teología de los Sacramentos, mas espero deciros lo suficiente para que veáis cómo, brillan en su institución la bondad y la sabiduría de nuestro divino Salvador.

¿Qué es un sacramento?

El Santo Concilio Tridentino (al cual debemos siempre acudir en esta materia, porque en él encontramos la doctrina de los Sacramentos expuesta con precisión admirable) nos dice que el Sacramento es «un signo sensible que significa y produce una gracia invisible»; es un símbolo que contiene y confiere la gracia divina. Es un signo sensible, externo, tangible; nosotros somos a la vez materia y espíritu, y Cristo ha querido utilizar la materia —agua, óleo, trigo, vino, palabra, imposición de las manos— para señalar la gracia que quiere producir en las almas.

Sabiduría eterna, Cristo ha adaptado a nuestra naturaleza, material y espiritual a la vez, los medios sensibles de comunicarnos su gracia [*Si incorporeus esses, nuda et incorporea tibi dedisset ipse dona; sed quia anima corpori coniuncta est, sensibilibus intelligibilia tibi præstat. San Juan Crisóstomo, Homilia 82 in Mat., y Homilia 60 ad popul. Antioch.*].

Digo «comunicar», porque esos signos no sólo significan o simbolizan la gracia, sino que la contienen y la confieren. Esos signos y esos ritos son eficaces: producen realmente la gracia por la voluntad y la institución de Jesucristo, a quien el Padre ha dado todo poder, y que con el Padre y el Espíritu Santo es Dios; el efecto de los Sacramentos es la gracia producida en lo íntimo del alma.

Escuchemos a nuestro divino Salvador; El nos enseña que el agua del Bautismo lava nuestras faltas, nos regenera en la vida de la gracia, nos hace hijos de Dios y herederos de su reino. «A menos que uno sea regenerado por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios» (Jn 3,5). Nos enseña, además, que la palabra del ministro que nos absuelve borra nuestros pecados. «A aquellos a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados»; nos dice que bajo las apariencias del pan y del vino se hallan realmente su cuerpo y su sangre, que hay que comer y beber para tener la vida; con respecto al matrimonio, nos declara que el hombre no puede separar a los que fueron por Dios unidos; y la Tradición, eco de la enseñanza de Jesús, nos repite que la imposición de las manos confiere a los que la reciben el Espíritu Santo y sus dones. [En cuanto a la cuestión de saber si todos los Sacramentos han sido instituidos inmediatamente, en todos sus detalles, por el mismo Cristo, importa poco para nosotros; varios Sacramentos ofrecen este carácter; en el Evangelio no leemos que todos fueran instituidos de la misma manera; pero si Cristo delegó en sus Apóstoles la determinación de ciertos detalles, aunque sean de importancia, no es menos verdadero que únicamente El es quien dotó a todos esos símbolos de la gracia de la cual es autor y fuente única].

Una de las manifestaciones de la condescendencia de nuestro divino Salvador al instituir los sacramentos consiste en que los signos que contienen la gracia, la producen por sí mismos [*ex opere operato*]. El acto sacramental, la obra practicada, la simple aplicación al alma de los símbolos y ritos, hecho con arreglo a lo prescrito, eso es lo que confiere la gracia, y la confiere independientemente, no de la intención, pero sí del mérito personal de aquel que lo administra. La indignidad de un ministro herético o sacrílego no puede poner óbice al efecto del Sacramento, si ese

ministro se conforma con la intención de la Iglesia y trata de ejecutar lo que hace la Iglesia en semejantes casos. El Bautismo, administrado por un ministro herético, es válido. —¿Por qué?— Porque Cristo, Hombredios, quiso colocar la comunicación de las gracias por encima de toda consideración del mérito o de la virtud de aquellos que le sirven de instrumento; el valor del Sacramento no depende de la dignidad o de la santidad humanas; radica en la institución del Sacramento por Jesucristo y esto es lo que origina en el alma fiel una confianza ilimitada en la eficacia de esos auxilios divinos [*Secura Ecclesia spem non posuit in homine... sed spem suam posuit in Christo, qui sic accepit formam servi ut non amitteret formam Dei*. San Agustín, *Ep.* 89,5].

¿Quiere esto decir que debemos usar de esos medios sin disposición ninguna, que podemos acercarnos a ellos sin ninguna clase de preparación? Al contrario.— ¿Qué es, pues, lo que se requiere?— En primer lugar, una disposición general que guarda relación con la producción misma de la gracia: que quien recibe los Sacramentos no ponga obstáculos a su acción, a su operación, a su energía [*non ponentibus obicem*].— Oponed un dique a las aguas de un torrente: las aguas se detienen; destruid el dique, quitad el obstáculo: al punto, libres las aguas, se precipitan e invaden la llanura. Lo mismo sucede con la gracia de los Sacramentos. En el Sacramento se halla todo lo necesario para obrar, pero se necesita también que la gracia no encuentre óbices en nosotros.— ¿Qué óbices?— Varían según el carácter de los signos y de la gracia que contienen. Así, no podemos recibir la gracia de ningún Sacramento si no consentimos en ella; el adulto a quien se confiere el Bautismo, no puede recibir la gracia si su voluntad se opone a la recepción del Sacramento; la falta de contrición es igualmente un obstáculo ala recepción de la gracia del Sacramento de la penitencia; y el pecado mortal constituye un obstáculo que nos impide recibir la gracia de la Eucaristía: quitad el obstáculo, y la gracia descenderá sobre vosotros en el instante en que recibáis el Sacramento.

Pero yo añadiría aún: ensanchad por la fe, la confianza y el amor la capacidad de vuestras almas, y la gracia descenderá más abundante sobre vosotros.— Porque si la gracia sacramental es sustancialmente la misma en todos los Sacramentos, varía en los grados, en la intensidad, según las disposiciones de los que la reciben después de haber suprimido los obstáculos, varía no en su entidad, sino en su fecundidad y en lo dilatado de su acción, según las disposiciones del alma receptora.

Abramos, pues, enteramente a la gracia divina las avenidas de nuestra alma; aportemos toda la caridad y toda la pureza posibles para que Cristo haga sobreaundar en nosotros su vida divina.

Porque Cristo, el Verbo encarnado, en cuanto Dios, es la *causa eficiente* primera y primordial de la gracia producida por los Sacramentos. — ¿Cómo es esto?— Porque sólo puede producir la gracia aquel que es su autor y su fuente. Los Sacramentos, señales destinadas a transmitir esa

gracia al alma, obran en calidad de instrumentos, son una causa de gracias, causa real eficiente, pero sólo instrumental.

Observad un artista en su taller. Trabaja y se vale del cincel para pulir el mármol y realizar el ideal que persigue su genio. Cuando la obra esté acabada, podremos decir con entera exactitud que su autor es el artista, pero el cincel ha sido el instrumento encargado de transmitir su idea a la materia. La obra es debida al cincel, pero al cincel guiado y vivificado por la mano del maestro, dirigida, a su vez, por el genio que ha concebido la obra ejecutada.

Lo mismo pasa con los Sacramentos: son signos que producen la gracia, no como causa principal —pues la gracia santificante brota sólo de Cristo como de su fuente única—, sino como instrumentos, en virtud del impulso que reciben de la humanidad de Cristo, unida al Verbo y llena de la vida divina [*Sacramenta corporalia per propriam operationem quam exercent circa corpus quod tangunt, efficiunt operationem instrumentalem ex virtute divina circa animam; sicut aqua baptismi abluendo corpus secundum propriam virtutem, abluit animam in quantum est instrumentum virtutis divinæ; nam ex anima et corpore unum fit. Et hoc est quod Agustinus dicit quod «corpus tangit, et cor abluit».— Vis spiritualis est in sacramentis in quantum ordinantur a Deo ad effectum spiritualem.* Santo Tomás, III, q.62, a.1, ad 2, y q.67, a.4, ad 1. +q.64, a.4].

Cristo mismo es quien bautiza y quien absuelve en la persona del sacerdote. «¿Pedro, bautiza?, dice San Agustín; es Cristo quien bautiza. ¿Judas, bautiza? Es Cristo quien bautiza» [*Petrus baptizet, Christus baptizat; Iudas baptizet, Christus baptizat.* Trat. sobre San Juan, VI]. El ministro, cualquiera que sea, obra en virtud de Cristo, El, aplica los méritos de Cristo, y da participación en las satisfacciones de Cristo, finalmente, la vida de Cristo es la que afluye a nuestras almas, conducida a través de esos canales. [Comentando estas palabras: *Dominus baptizabat plures quam Ioannes, quamvis ipse non baptizaret, sed discipuli eius,* escribe San Agustín: *Ipse et non ipse; ipse potestate, illi ministerio, servitutum ad baptizandum illi admovebant, potestas baptizandi in Christo permanebat.* Trat. sobre Jn V,1].

Toda la eficacia de los Sacramentos, para hacernos partícipes de la vida divina, emana, por tanto, de Cristo, el cual, por su vida y su sacrificio en la Cruz, nos mereció toda gracia e instituyó, por otra parte, esas señales para hacerla llegar a nosotros. ¡Oh, si tuviésemos fe, si comprendiésemos lo que son esos medios divinos —doblemente divinos: por su fuente primera y original y por la finalidad que persiguen—, con qué fervor y frecuencia utilizaríamos estos medios puestos generosamente a nuestra disposición por la bondad de nuestro Señor, en el transcurso de nuestra vida!

3. Universalidad de los sacramentos; se extienden a toda nuestra vida sobrenatural; confianza ilimitada que debemos tener en estas fuentes auténticas

En efecto, lo que acaba de hacer resaltar aquí la admirable sabiduría del Verbo encarnado es que los Sacramentos envuelven toda nuestra vida en influencias santificadoras.

Santo Tomás [III, q.65, a.1] nos dice que hay una analogía entre la vida natural y la vida sobrenatural.— Nacemos a la vida sobrenatural por el Bautismo; esa vida debe robustecerse y eso se hace en la Confirmación; no se nace más que una vez, y sólo una vez se llega a la virilidad; por eso estos Sacramentos no se reiteran. Como el cuerpo, el alma necesita un alimento; ese alimento es la Eucaristía, que puede ser recibida todos los días; cuando caemos en el pecado, la Penitencia nos vuelve la gracia cuantas veces sea necesario, purificándonos de nuestras faltas. ¿Nos amenaza la enfermedad con la muerte? La Extremaunción será la que prepare nuestro paso a la eternidad, y a veces nos devolverá la salud del cuerpo, si tal es el designio de Dios. Todos estos Sacramentos, tan varios, crean, alimentan fortalecen, aseguran, reparan, hacen crecer y desarrollarse la vida divina en el alma de cada uno de nosotros.

Mas como el hombre no es un individuo aislado, sino miembro de una sociedad, el Sacramento del Matrimonio santifica la familia y bendice la propagación del género humano, mientras que el del Orden perpetúa, por el sacerdocio, el poder de la paternidad espiritual.

Todos estos sacramentos, sin excepción, confieren la gracia, es decir, comunican al alma o aumentan en ella la vida de Cristo: gracia santificante, virtudes infusas, dones del Espíritu Santo, todo ese admirable conjunto que con el nombre de *estado de gracia* hermosea la sustancia de nuestra alma y fecunda sobrenaturalmente sus facultades para hacerla semejante a Jesucristo y digna de las miradas del Padre Eterno.

En cada sacramento recibimos la gracia santificante o un aumento de la misma; pero esa gracia reviste en cada uno de ellos su modalidad propia, contiene energías especiales, produce particulares efectos, específicos y conformes con el fin para el cual fue instituido el Sacramento, según acabamos de indicar; y, como bien lo sabéis, el Bautismo, la Confirmación y el Orden imprimen en el alma algo así como un sello, un carácter indeleble: el carácter de cristiano, de soldado de Cristo, de sacerdote del Altísimo.

Lo que ante todo conviene retener de esta analogía (que por otra parte no debemos llevar hasta el último límite), es que el cristiano en las principales fases de su vida dispone de abundantes y adecuados medios de santificación y que Cristo ha proveído a todas nuestras necesidades sobrenaturales. En cualquiera etapa algo importante de nuestra existencia, la gracia está allí bajo una forma particular de oportunidad bienhechora, Jesucristo nos acompaña durante toda nuestra peregrinación por la tierra; permanece a nuestro lado durante «toda la campaña».

Tengamos, pues, fe, una fe viva, práctica, en todos esos medios de santificación. Jesucristo ha querido y merecido que su eficacia sea soberana, su excelencia trascendente, su fecundidad inagotable: son señales henchidas de vida divina. Cristo ha querido amontonar en ellos todos sus méritos y satisfacciones para comunicárnoslo a nosotros: nada puede ni debe reemplazarlos; son necesarios para la salud en la economía actual de la Redención. [Hay que añadir que esta necesidad no es igual con respecto a todos los Sacramentos; así, el Bautismo es absolutamente necesario para todos; pero no sucede lo mismo con el Orden y el Matrimonio, en cuanto se refieren a los hombres tomados individualmente].

Es menester repetirlo, pues la experiencia enseña que a la larga, aun en las almas que buscan a Dios, se echa de menos la estimación *práctica* de estos medios de salvación. Los Sacramentos son, así lo enseña la Iglesia, los canales oficiales auténticos, creados por Cristo para hacernos llegar hasta su Padre. Es injuriarle no apreciar su valor, su riqueza, su fecundidad; por el contrario, se le glorifica cuando acudimos a esos tesoros adquiridos por sus méritos; de esa manera reconocemos que todo nos viene de El, y eso es rendirle un homenaje que le agrada sobremanera.

Hay almas que no tienen en esas señales sagradas más que una fe muy limitada; que prácticamente no las utilizan sino con demasiada parsimonia; que no estiman debidamente la gracia producida en ellas por los Sacramentos; que se preparan con poca diligencia y prefieren acudir a medios extraordinarios.— Cierto, lo dije arriba, Jesucristo es siempre dueño absoluto de sus dones los distribuye cuando y a quien le place; vemos en los Santos las maravillas de su generosidad divina, desde los carismas que ilustraban la vida de los primeros cristianos, hasta los favores inauditos que aun hoy en día abundan en las almas [*mirabilis Deus in sanctis suis*]. Pero en esta materia, Cristo nada ha prometido, ni ha señalado esos medios como la vía regular de la salvación ni de la santidad. En cambio, ha instituido los Sacramentos, con sus energías particulares y su virtud eficaz, y por tanto, esos Sacramentos constituyen, en su armoniosa variedad, un conjunto de medios de salvación singularmente seguros, aquí no hay ilusión posible, y bien sabemos cuán peligrosas son en materia de piedad y de santidad las ilusiones fomentadas por el demonio. Dios *quiere* nuestra santificación. «Esta es la voluntad de Dios: que os santifiquéis» (1Tes 4,3). Cristo lo repite: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48); en estas palabras no se trata únicamente de la salvación, sino de la perfección, de la santidad.— Pues bien, nuestro Señor, al comunicarnos la gracia necesaria para adquirir esa santidad normalmente, no se sirve de medios extraordinarios como son los arrobamientos los éxtasis... sino de los Sacramentos, y basta que lo haya querido así para que nuestras almas, avidas de santidad, se abandonen a esa voluntad con toda fe, con entera confianza. Ahí se encuentran las verdaderas fuentes de vida y de santificación, fuentes suficientes y abundantes, en vano iríamos a buscarlas a otra parte

«abandonaríamos, según la enérgica palabra de la Escritura, las fuentes de las aguas vivas, para cavarnos cisternas porosas que no pueden retener el agua» (Jer 2,13).

Toda nuestra actividad espiritual debería tener por única razón de ser, por fin único hacernos capaces de sacar cada vez con más abundancia, con más fe y más pureza, el agua de esas fuentes divinas; conseguir que fructifique con más facilidad y libertad, con más vigor, la gracia pro pia de cada sacramento.

¡Ah, venid con alegría a esas aguas de salvación!: «Sacaréis con gozo las aguas» (Is 12,3); acudid a esas aguas saludables, acrecentad por el arrepentimiento, la humildad la confianza, y sobre todo por el amor, la capacidad de vuestras almas, a fin de que la acción del sacramento se haga más profunda, más vasta, más duradera. Renovamos nuestra fe en las riquezas de Cristo cada vez que nos acercamos a ellas; esta fe impide que la rutina se infiltre en el alma que frecuenta esas fuentes. Sacad, sobre todo, frecuentemente las aguas de la fuente eucarística, el sacramento de vida por excelencia. Estas son las fuentes que el Salvador hizo brotar por sus méritos infinitos del pie de la Cruz, o mejor, del fondo de su Corazón sacratísimo.

Comentando el texto del Evangelio sobre la muerte de Cristo: «Un soldado abrió su costado con la lanza» (Jn 19,34), escribe San Agustín estas palabras admirables: «El Evangelista se sirvió de una palabra escogida de intento; no dice, al hablar de la lanzada que el soldado dio a Cristo en la cruz, *hirió* su costado —u otra cosa semejante—, sino *abrió* su costado, para darnos a entender que de esta manera nos abría la puerta de la vida por donde salieron los sacramentos sin los cuales no podemos conseguir la vida verdadera» (Trat. sobre San Juan, 120). Todas estas fuentes brotan de la Cruz, del amor de Cristo; todas ellas nos aplican los frutos de la muerte del Salvador, en virtud de la Sangre de Jesús.

Por tanto, si queremos vivir cristianamente, si buscamos la perfección, si suspiramos por la santidad, acudamos a ellas con alegría, porque son fuentes de vida en la tierra, que se trocará en gloria más tarde en el cielo. «El que tenga sed, que venga a Mí y beba (Jn 7,38), porque el que bebe el agua que yo le doy, jamás tendrá sed». «El agua que yo le dé será en él una fuente copiosa que le hará vivir para la vida eterna» (+*ib.* 4,13). «Venid, amados míos, parece decirnos el Salvador, embriagaos, carísimos» (Cant 5,1), bebed de esas fuentes, por las cuales, bajo el velo de la fe, os comunico yo aquí abajo mi propia vida, hasta el día en que, habiendo desaparecido todos los símbolos, os embriague yo mismo con el torrente de mi bienaventuranza en la eterna claridad de mi luz: «En tu luz veremos la luz... y les abrevarás en el torrente de tus delicias» (Sal 35, 9-10).

4. Poder de santificación de la humanidad de Jesús fuera de los sacramentos, por el contacto espiritual de la fe. Importancia capital de esta verdad

Las riquezas de la gracia que Cristo nos comunica son tan grandes — San Pablo las llama insondables (Ef 3,8)—, que los sacramentos no las agotan totalmente.

Además de los Sacramentos, Cristo, tiene otro medio para obrar en nosotros. ¿Cuál? —Nuestro contacto con El por medio de la fe.

Leamos, para comprender esto, una escena que trae San Lucas: En una de sus expediciones apostólicas, nuestro divino Salvador se ve rodeado y estrujado por las turbas. Una mujer enferma desea la curación; se acerca a El, y llena de confianza, toca la orla de su vestido. Nuestro Señor pregunta a los que le rodean: «¿Quién me ha tocado?» —Pedro responde: «Señor, por todas partes te oprimen, y preguntas ¿quién me ha tocado?» —Jesús insiste: «Alguien me ha tocado, porque he sentido que un poder ha salido de Mí». —Efectivamente, en aquel instante la mujer había quedado sana y había curado, a causa de su fe: «Tu fe te ha salvado» (Lc 8, 40-48).

Algo análogo pasa con nosotros. Cada vez que, fuera de los Sacramentos, nos acerquemos a Cristo, saldrá de El una fuerza, una virtud divina y penetrará en nuestras almas, para iluminarlas, para auxiliarlas.

El medio para acercarse a Cristo lo conocéis bien: es la fe. Por la fe tocamos a Cristo, y a su contacto divino, nuestra alma se transforma poco a poco.

Como os decía Cristo ha venido a nosotros para darnos parte en sus riquezas, en la perfección entera de sus virtudes, porque todo lo que El tiene nos pertenece; todo es nuestro. Cada una de las acciones de nuestro Salvador es para nosotros, no sólo un modelo, sino una fuente de gracia; por las virtudes que practicó, nos mereció la gracia de poder ejercitarlas también nosotros, y cada uno de sus misterios contiene una gracia especial de la que El quiere que participemos con toda verdad.

Cierto que los que vivieron con Cristo en Judea y tuvieron fe en El recibieron una parte copiosa de esas gracias que merecía para todos los hombres. Esto lo vemos continuamente en el Evangelio.

Cristo no sólo tenía, como ya os he mostrado, el poder de curar las enfermedades corporales, sino también el de santificar las almas. Ved, por ejemplo, cómo santificó a la Samaritana, quien, después de haber platicado con El, creyó que era el Mesías. Ved cómo purificó a la Magdalena, la cual, viendo en El al profeta, al enviado de Dios, vino a derramar sus perfumes sobre sus sagrados pies. El contacto con el Hijo de Dios es para las almas que tienen fe en El una fuente de vida (Lc 8, 40-48). Fijaos cómo, durante su Pasión, con una sola mirada, da a Pedro, que le había negado, la gracia del arrepentimiento; fijaos en el Buen Ladrón: a la hora de su muerte reconoce en Jesús al Hijo de Dios, puesto que le pide un lugar en su reino, y al punto el Salvador, pronto a expirar, le

concede el perdón de sus crímenes: «Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso».

Todo esto lo sabemos, y estamos de ello tan convencidos, que exclamamos a veces: «¡Oh, si me hubiera sido dado vivir con nuestro Señor en Judea, seguirle como los Apóstoles, llegarme a El durante su vida y estar presente a su muerte, entonces seguramente hubiera sido santo!»

Sin embargo, escuchad lo que dice Jesús: «Bienaventurados los que no me vieron y creyeron» (Jn 20,29). ¿No es esto decirnos que el contacto con El a través de la fe únicamente es más eficaz todavía y más provechoso para nosotros? —Creamos, pues, esta afirmación de nuestro divino Maestro; sus palabras son «espíritu y vida» (*ib.* 6,64). Persuadámonos de que el poder y la virtud de su santa humanidad son para nosotros idénticos que para sus contemporáneos, porque Cristo vive siempre: «Cristo existió ayer y hoy y también vivirá para siempre» (Heb 13,8).

Nunca os repetiría bastante cuán grande es el provecho que reportará a vuestras almas el permanecer unidas al Señor por el contacto de la fe.— Sabéis que los israelitas durante su peregrinación por el desierto murmuraron contra Moisés, para castigarlos, Dios les envió serpientes cuyas mordeduras les hacían padecer mucho. Movido después por el arrepentimiento del pueblo, ordenó a Moisés que erigiese una serpiente de bronce, a cuya sola vista los hijos de Israel curaban de sus llagas (Núm 21,9).— Pues bien; según la interpretación misma de nuestro Señor (Jn 3,14), esa serpiente de bronce era la figura de Cristo levantado en Cruz, y El mismo dijo: «Cuando yo fuere levantado de la tierra, todo lo arrastraré hacia Mí» (Jn 12,32). Cristo se ha convertido en fuente de toda luz y de toda fuerza para nosotros, por habernos merecido la gracia, mediante el sacrificio de la Cruz.— De aquí que la mirada humilde y amorosa del alma sobre la santa humanidad de Jesús sea tan fecunda y eficaz. Nunca pensaremos bastante en el poder de santificación que posee la humanidad de Cristo, aun fuera de los sacramentos.

El medio de ponernos en contacto con Cristo es la fe en su divinidad, en su omnipotencia, en el valor infinito de sus satisfacciones, en la eficacia inagotable de sus méritos.— En uno de sus sermones al pueblo de Hipona, se pregunta San Agustín cómo podremos tocar a Cristo una vez que ha subido al Cielo, y responde: «Por la fe toca a Cristo quien cree en El», y el Santo Doctor recuerda la fe de aquella mujer que tocó al Señor para obtener su curación. Hay, añade, muchos hombres carnales que no ven en Jesús más que un hombre, no adivinan la divinidad velada por su humanidad, no saben tocar porque su fe no es lo que debiera ser. ¿Queréis tocar con fruto a Jesucristo? —Creed en la divinidad, que, como Verbo, comparte desde toda la eternidad con el Padre [*In caelo sedentem, quis mortalium potest tangere?... Sed ille tactus fidem significat; tangit Christum qui credit in Christum... Fide tetigit, et sanitas subsecuta est... Vis bene tangere? Intellige Christum ubi est Patri coaeternus, et tetigisti.* Sermón CCXLIII, c. 2. +Sermones LXII, 3, y CCXLV, 3; In Jn XXVI, 3]. Creer, pues, en su divinidad es el medio que nos pone en contacto con

Cristo, fuente de toda gracia y de toda vida. Cuando leemos el Evangelio y repasamos en nuestro espíritu las palabras y las acciones del Señor; cuando en la oración y en la meditación contemplamos sus virtudes, y, sobre todo, cuando nos asociamos con la Iglesia en la celebración de sus misterios, como os mostraré más adelante; cuando nos unimos a El en cada una de nuestras acciones, ora comamos, ora trabajemos, ora hagamos cualquier cosa honesta, en unión con las acciones semejantes que El mismo realizó viviendo en la tierra; cuando hacemos todo esto con fe y amor, con humildad y confianza, sale de Cristo una fuerza, un poder, una virtud divina, para iluminarnos, para ayudarnos a eliminar los obstáculos que se oponen a su acción en nosotros, para producir la gracia en nuestras almas.

Podrías decirme: «Yo no siento nada de eso.»— No es necesario sentirlo, nuestro Señor mismo decía que su reino en las almas no cae bajo la experiencia de los sentidos (+Lc 17,20 y sig.). La vida sobrenatural no es cuestión de sentimentalismo. Si Dios nos hace sentir la suavidad de su servicio hasta en las facultades sensibles, debemos agradecerse y servirnos de ese don inferior como de una escala para subir más arriba, como de un medio para aumentar nuestra fidelidad, pero no apegarnos a él, y, sobre todo, no fundar nuestra vida interior en esa devoción sensible; esa base sería, en efecto, muy inestable. Tanto podemos estar en el error creyendo que hacemos grandes progresos en la vía de la perfección porque nuestra devoción sensible es muy intensa, como si nos imaginamos que no hacemos ningún progreso, porque el alma está en la mayor aridez espiritual. ¿Cuál es, pues, la verdadera base de nuestra vida sobrenatural?— Es la fe y la fe es una virtud que se ejercita con las facultades superiores, inteligencia y voluntad.— Y bien: ¿qué nos dice la fe? —Que Jesús es Dios al mismo tiempo que Hombre, que su humanidad es la humanidad de un Dios, la humanidad del ser que es la infinita sabiduría, el amor mismo y la misma omnipotencia.— ¿Cómo dudar, pues, de que cuando nos acercamos a El, aunque sea fuera de los sacramentos, *por la fe*, con humildad y confianza sale de El un poder divino que nos ilumina, nos fortalece, nos ayuda y nos auxilia? —Nadie se acercó jamás a Cristo con fe sin haber recibido los rayos bienhechores que brotan sin cesar de ese foco de luz y de calor (Lc 6,19).

Jesucristo, que vive siempre (Heb 7,25), y cuya humanidad permanece indisolublemente unida al Verbo divino, es de este modo para nosotros —en la medida de nuestra fe y de la decisión con que nos propongamos imitarle— una luz y una fuente de vida, y si somos fieles en contemplarle de este modo, imprimirá poco a poco en nuestra alma su imagen, revelándose a ella más íntimamente y haciéndonos compartir los sentimientos de su divino Corazón y dándonos la fortaleza necesaria para acordar nuestra conducta con estos sentimientos. [Aquí la palabra *sentimiento* tiene su acepción espiritual de afecto de la *voluntad*].

«Y veo yo claro y he visto después, decía Santa Teresa, que para agradar a Dios y que nos haga grandes mercedes quiere sea por manos de esta

Humanidad Sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámele dicho el Señor. He visto claro que por esa puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos... Por aquí va seguro»(Vida, cap.22).

Así comprendemos la verdad de aquellas palabras de Jesús: «Mi Padre es el viñador celestial; yo soy la vid, vosotros los sarmientos, quien permanece en Mí, y Yo en él, da mucho fruto» (Jn 15,5). Según la hermosa advertencia de San Agustín, Cristo es la vid como Hombre; como Dios, siendo una misma cosa con su Padre, es el viñador que trabaja, no exteriormente como los viñadores de la tierra, sino en la intimidad del alma, para procurarle el acrecentamiento de la gracia y de la vida: porque, añade el gran Doctor siguiendo a San Pablo: el que planta no es nada, lo mismo que el que riega, sino solamente Dios, que da el incremento (Trat. sobre San Juan, 80). La savia de la gracia sube de la vid, que es Jesús, a los sarmientos, que son nuestras almas. Con la condición de que *perrnanezcamos unidos* a la vid. ¿Cómo?

Por los Sacramentos, sobre todo por el de la Eucaristía, que es el sacramento propio de la unión: «El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en Mí y Yo en él» (Jn 7,57).— Después por la fe, San Pablo nos dice: «Os sea concedido el que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3,17). Mediante la fe vivificada por el amor, es decir, la fe perfecta que acompaña al estado de gracia, Cristo *habita en nosotros*, y cada vez que nos ponemos en contacto con Jesús por esta fe, Cristo ejerce sobre nosotros su poder santificador [*Christus per fidem habitat in cordibus vestris*. Ef 3,17].

Mas para esto es necesario que apartemos los obstáculos que podrían oponerse a su acción: el pecado, las imperfecciones plenamente voluntarias, el asimiento a la criatura y a nosotros mismos, que tengamos un ardiente deseo de parecernos a El; que nuestra fe sea viva y práctica; una fe viva, es decir, inquebrantable, en los tesoros infinitos de la santidad contenidos en Cristo, que lo es todo para nosotros; una fe práctica, vigilante, que nos arroje a los pies de Jesús, para cumplir cuanto pida de nosotros para la gloria de su Padre. Entonces, como dice el Concilio Tridentino, «Cristo ejerce constantemente en nosotros su virtud santificadora como la cabeza la ejerce sobre los miembros, como la vid la ejerce sobre los sarmientos, porque esa virtud saludable no cesa de preceder, de acompañar y de seguir a nuestras buenas acciones» (Concil. Trid., 6, c. 16).

Por esta gracia de Cristo llegamos a ser santos, agradables a su Padre, de suerte que por El se tributa toda gloria al Padre. Porque el Padre ama a su Hijo y por ese amor le ha constituido jefe del reino de los elegidos y lo ha puesto todo en sus manos (Jn 3,35).

NOTA.— He aquí una página de Santo Tomás (q.27 *De veritate* a.4) que resume muy bien la doctrina expuesta en esta conferencia: La naturaleza humana de nuestro Señor es el órgano de la divinidad; por esto comunicaba a sus operaciones virtualidad divina. Así, cuando Cristo cura al leproso tocándole, ese contacto causaba instrumentalmente la

salud. Pues bien, esa eficacia instrumental que la humanidad de Cristo tenía para producir efectos corporales, ejercíala también en el orden espiritual; su sangre, derramada por nosotros, tiene una virtud santificadora para lavar los pecados; la humanidad de Jesús es, pues la causa instrumental de la justificación, y esta justificación se nos aplica espiritualmente por la fe, y corporalmente por los sacramentos porque la humanidad de Cristo es espíritu y cuerpo; de este modo recibimos en nosotros el efecto de la santificación, que está en Cristo. Por eso el más perfecto de los sacramentos es el que contiene realmente el cuerpo de nuestro Señor, es decir, la Eucaristía, fin y consumación de los demás. En cuanto a los demás sacramentos, reciben algo de esa virtud por la cual la Humanidad de Cristo es el instrumento de la justificación; de suerte que, «el cristiano santificado por el Bautismo es también santificado por la Sangre de Jesucristo. Por tanto, la Pasión del Salvador opera en los sacramentos de la nueva ley, y éstos concurren como instrumentos a la producción de la gracia».

La Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo

El misterio de la Iglesia, inseparable del misterio de Cristo. Los dos no forman más que uno

En las conferencias precedentes he tratado de demostrar cómo nuestro Señor es todo para nosotros. Fue escogido por su Padre para ser en su condición de Hijo de Dios y por sus virtudes el modelo único de nuestra santidad; nos ha merecido por su vida, por su Pasión y por su muerte, el ser constituido para siempre dispensador universal de toda gracia. Toda gracia brota de El, de El revierte a nuestras almas toda vida divina. San Pablo nos dice que Dios ha puesto «todas las cosas bajo los pies de Cristo, y le ha dado por Jefe a la Iglesia, que es su cuerpo, su complemento y su plenitud» (Ef 1, 22-23).

Por estas palabras, en las que se refiere a la Iglesia, acaba el Apóstol de indicar la economía del misterio de Cristo, no comprenderemos bien este misterio si no seguimos a San Pablo en su exposición.

Cristo no puede concebirse sin la Iglesia; a través de toda su vida, de todos sus actos, Jesús perseguía la gloria de su Padre, pero la Iglesia era la obra maestra por la cual debía procurar sobre todo esa gloria. Cristo vino a la tierra para crear y organizar la Iglesia. Es la obra a la cual se encamina toda su existencia y la que confirma por su Pasión y muerte. El amor hacia su Padre condujo a Cristo hasta el monte Calvario; pero era con el fin de formar allí la Iglesia y hacer de ella, purificándola amorosamente por medio de su sangre divina, una esposa sin mancha ni lunar (+Ef 5, 25-26); tales son las palabras de San Pablo. Veamos, pues, lo que es para el gran Apóstol esa Iglesia, cuyo nombre acude con tanta frecuencia a su pluma que resulta inseparable del nombre de Cristo.

Podemos considerar a la Iglesia de *dos maneras*. Como sociedad visible, jerárquica, fundada por Cristo para continuar en la tierra su misión santificante; este organismo visible está animado por el Espíritu Santo [más adelante desarrollaremos esto con más amplitud]; considerada de este modo se la puede llamar el cuerpo místico de Cristo.

Podemos considerar también lo que constituye el alma de la Iglesia, es decir, al Espíritu Santo que se une a las almas mediante la gracia y la caridad.

Es cierto que la unión al alma de la Iglesia, es decir, al Espíritu Santo, por la gracia santificante y el amor, es más importante que la unión al cuerpo de la misma Iglesia, es decir, que la incorporación al organismo visible pero en la economía normal del Cristianismo las almas no entran a participar de los bienes y privilegios del reino invisible de Cristo, sino uniéndose a la sociedad visible.

1. La Iglesia, sociedad fundada sobre los Apóstoles: depositaria de la doctrina y de la autoridad de Jesús, dispensadora de los sacramentos, continuadora de su obra de religión. No se va a Cristo sino por la Iglesia

Más arriba os cité el testimonio que San Pedro tributa a la divinidad de Jesús en nombre de los Apóstoles: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios Vivo». «Pedro, le dice Jesús: bienaventurado eres tú porque tus palabras no te las ha inspirado tu intuición natural, sino que mi Padre te ha revelado que yo soy su Hijo. Y yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; yo te daré las llaves del reino de los cielos» (Mt 16, 16-19).

Podréis notar que esto no es más que una promesa, promesa que recompensaba el homenaje del Apóstol a la divinidad de su Maestro. Encontrándose un día Jesús en medio de sus discípulos después de la resurrección (Jn 21, 15-17), vuelve a preguntar a Pedro: «¿Me amas?» — Y el Apóstol responde: —«Sí, Señor, te amo». Y nuestro Señor le dice: «Apacienta mis corderos». —Tres veces repite Cristo la misma pregunta y a cada declaración de amor por parte de Pedro, el Señor responde confiándole a él y a sus sucesores el cuidado de su rebaño, corderos y ovejas, nombrándole y nombrándoles jefes visibles de su Iglesia. Esta investidura no tuvo efecto sino después que Pedro hubo borrado, por un triple acto de amor, su triple negación. Así, Cristo, antes de realizar la promesa que había hecho de fundar sobre él su Iglesia, reclama del Apóstol un testimonio de su divinidad.

No es necesario que os declare aquí cómo se organizó, se desarrolló y se difundió por el mundo esa sociedad establecida por Cristo sobre Pedro y los Apóstoles, para conservar la vida sobrenatural en las almas.

Lo que debemos saber es que ella es en la tierra la continuadora de la misión de Jesús, por su doctrina, por su jurisdicción, por los sacramentos, por su culto.

Por su doctrina, que guarda intacta e íntegra en una tradición viva y nunca interrumpida.— Por su jurisdicción, en virtud de la cual tiene autoridad para dirigirnos en nombre de Cristo.— Por los sacramentos, con los cuales nos facilita el acceso a las fuentes de la gracia que su divino Fundador creó.— Por su culto, que ella misma organiza para tributar toda gloria y todo honor a Cristo y a su Padre.

¿Cómo la Iglesia continúa a Cristo por su *doctrina y su jurisdicción*? Cuando Cristo vino al mundo, el único medio de ir al Padre era la sumisión entera a su Hijo Jesús: «Este es mi Hijo muy amado; escuchadle». Al principio de la vida pública del Salvador, el Padre Eterno, presentando su Hijo a los judíos, les decía: «Escuchadle, porque El es mi Hijo único: yo os le envió para que os manifieste los secretos de mi vida divina y de mi voluntad».

Pero después de su Ascensión, Cristo dejó sobre la tierra a su Iglesia, y esa Iglesia es como la continuación de la Encarnación entre nosotros. Esa Iglesia, es decir, el Soberano Pontífice y los Obispos con los pastores que les están sometidos, nos habla con toda la infalible autoridad del mismo Cristo.

Mientras vivía en la tierra, Cristo contenía en sí la infalibilidad: «Yo soy la verdad, yo soy la luz; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que llega a la vida eterna» (Jn 14,6; 8,12). Pero antes de dejarnos, confió esta prerrogativa a su Iglesia: «Como mi Padre me envió, os envío yo a vosotros» (*ib.* 20,21). «Quien os oye, me oye; quien os desprecia, me desprecia y desprecia a Aquel que me envió» (Lc, 10,16). «Así como yo recibo mi doctrina del Padre, así la recibís vosotros de mí, quien recibe vuestra doctrina, recibe mi doctrina, que es la de mi Padre quien la desprecia en cualquier grado o medida que sea, desprecia mi doctrina, me desprecia a mí y desprecia a mi Padre». —Ved, pues, esta Iglesia investida con todo el poder, con la autoridad infalible de Cristo, y comprended que la sumisión absoluta de todo vuestro ser, inteligencia, voluntad, energías, a esa Iglesia, es el único medio de ir al Padre. El Cristianismo, en su verdadera esencia, no es posible sin esta sumisión absoluta a la doctrina y a las leyes de la Iglesia.

Esa sumisión es la que distingue propiamente al católico del protestante.— Este, por ejemplo, puede creer en la presencia real de Jesús en la Eucaristía; pero si lo hace, es porque considera que esa doctrina está contenida en la Escritura y la Tradición, interpretadas de acuerdo con los dictados de su razón y luces personales; el católico cree porque se lo enseña la Iglesia, que es la que ocupa el lugar de Cristo, los dos admiten la misma verdad, pero de distinto modo. El protestante no se somete a ninguna autoridad, no depende más que de sí mismo; el católico recibe a Cristo con todo lo que ha enseñado y fundado. El Cristianismo es

prácticamente la sumisión a Cristo en la persona del Soberano Pontífice y de los pastores que a él están unidos, sumisión de la inteligencia a sus enseñanzas, sumisión de la voluntad a sus mandatos. Este camino es seguro, porque nuestro Señor está con sus Apóstoles hasta la consumación de los siglos, y ha rogado por Pedro y sus sucesores para que su fe nunca vacile ni se extinga (Lc 22,32).

Organo de Cristo en su doctrina, la Iglesia es también continuación viviente de su *mediación*.

Es verdad, como antes he dicho, que Cristo después de su muerte ya no puede merecer; pero está siempre vivo intercediendo sin cesar delante de su Padre en favor nuestro. Os he dicho también que, sobre todo, al instituir los Sacramentos, es cuando fijó y determinó los instrumentos de que iba a servirse para aplicarnos, después de su Ascensión, sus méritos y darnos su gracia.— Pero ¿dónde están los Sacramentos? —Nuestro Señor se los ha confiado a la Iglesia. «Id, dijo, al subir a los cielos, a sus Apóstoles y a sus sucesores, enseñad a todas las gentes, bautizando a todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). Les comunica el poder de perdonar y retener los pecados: «Los pecados serán perdonados a cuantos se los perdonareis, y a los que se los retuviereis, retenidos les serán» (Jn 20,23.— Lc 7,19). Les dejó el encargo de renovar en su nombre y en memoria suya el sacrificio de su cuerpo y de su sangre.

¿Deseáis ingresar en la familia de Dios, ser admitidos en el número de sus hijos, ser incorporados a Cristo? —Acudid a la Iglesia; el Bautismo es la única puerta de entrada. Para obtener perdón de nuestras culpas, a la Iglesia hemos también de acudir. [Salvo, por supuesto, el caso de imposibilidad material; porque entonces basta la contrición perfecta.— Hablamos de la regla, y no de sus excepciones, por numerosas que se las suponga. Fuera de esto, la contrición perfecta comprende, al menos implícitamente, la resolución y el deseo de acudir a la Iglesia]. Si queremos recibir el alimento de nuestras almas, hemos de esperararlo de los ministros que han recibido, por el Sacramento del Orden los poderes sagrados de dispensar el Pan de vida. La unión, entre bautizados, del hombre y de la mujer, que la Iglesia no consagra con su bendición, culpable es. Así, pues, los medios oficiales establecidos por Jesús, los veneros de gracia que ha hecho brotar para nosotros, los custodia la Iglesia, y en ella los encontramos, porque a ella se los confió Cristo.

Nuestro Señor, en fin, encomendó a su Iglesia la misión de continuar en este suelo su *obra de religión*.

En la tierra Jesucristo ofrecía a su Padre un cántico perfecto de alabanza; su alma contemplaba sin cesar las divinas perfecciones; y de esta contemplación nacía en ella una adoración y un tributo no interrumpido de alabanzas a la gloria del Padre. Por su Encarnación, Cristo asocia, en principio, todo el género humano a la práctica de esta alabanza, y al subir de nuevo a la gloria, confía a la Iglesia el cuidado de perpetuar en

su nombre estos cánticos que suben hasta el Padre. En torno del sacrificio de la Misa, centro de toda nuestra religión, la Iglesia organiza el culto público, que ella sola tiene derecho a ofrecer en nombre de Cristo su Esposo, y, de hecho, establece todo un conjunto de oraciones, de fórmulas, de cánticos, que engastan su sacrificio; en el curso del ciclo litúrgico, ella es quien distribuye la celebración de los misterios de su divino Esposo, de modo que sus hijos puedan cada año vivir de nuevo aquellos misterios, y dar por ellos gracias a Jesús y a su Padre, y beber en ellos la vida divina que iluye de ellos por haber sido vividos antes por Jesús. Todo su culto converge en Cristo. Apoyándose en las satisfacciones infinitas de Jesús, en su calidad de mediador universal y siempre vivo, la Iglesia termina sus plegarias: «Por Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina», y del mismo modo, pasando por Cristo, toda adoración y toda alabanza de la Iglesia sube al Padre Eterno y es acogida con agrado en el santuario de la Trinidad: «Por El, y con El y en El, te tributamos a Ti, Dios Padre omnipotente, juntamente con el Espíritu Santo, todo honor y toda gloria» (Ordinario de la Misa).

Tal es, pues, el modo con que la Iglesia fundada por Jesús prosigue acá abajo su obra divina.— La Iglesia es la depositaria auténtica de la doctrina y de la ley de Cristo, la dispensadora de sus gracias entre los hombres, la esposa, en fin, que en nombre de Cristo ofrece a Dios por todos sus hijos la alabanza perfecta.

Y así, la Iglesia está tan unida a Cristo, posee de tal modo la abundancia de sus riquezas, que bien puede decirse que ella es el mismo Cristo viviente en el transcurso de los siglos. Cristo vino a la tierra no ya sólo por los que en su tiempo moraban en Palestina, sino por todos los hombres de todas las edades. Cuando privó a los hombres de su presencia sensible, les dio la Iglesia, con su doctrina, su jurisdicción, sus sacramentos, su culto, cual si quedara El mismo: en la Iglesia, por consiguiente, encontramos a Cristo. Nadie va al Padre —y en el ir al Padre consiste toda la salvación y la santidad— sino por Cristo (Jn 14,6). Pero grabad bien en vuestra memoria esta verdad no menos capital: nadie va a Cristo sino por la Iglesia, no somos de Cristo si no somos, de hecho o por deseo, de la Iglesia; no vivimos la vida de Cristo sino en cuanto estamos unidos a la Iglesia.

2. Verdad que pone de relieve el carácter particular de la visibilidad de la Iglesia: Dios quiere gobernarnos por los hombres: importancia de esta economía sobrenatural, resultante de la Encarnación. Por ella se glorifica a Jesús y se ejercita nuestra fe.— Nuestros deberes con la Iglesia

La Iglesia es *visible*, como sabéis.

La constituye en su jerarquía el Sumo Pontífice, sucesor de Pedro, los Obispos y los Pastores, que, unidos al Vicario de Cristo y a los Obispos, ejercen sobre nosotros su jurisdicción en nombre de Cristo, pues Cristo nos guía y nos santifica por medio de los hombres.

Hay en esto una verdad profunda que debemos considerar detenidamente.

Desde la Encarnación, Dios, en sus relaciones con nosotros, obra por medio de hombres; hablo de la economía normal ordinaria, no de excepciones en las que Dios demuestra su soberano dominio, en esto como en todas las cosas.— Dios, por ejemplo, podría revelarnos por sí y directamente lo que hemos de hacer para llegar a El; pero no lo hace, no son esos sus caminos, sino que nos envía a un hombre infalible, es verdad, en materia de fe, pero al fin, un hombre como nosotros —y de él nos manda recibir toda la doctrina.— Supongamos que uno cae en pecado; se arrodilla delante de Dios, se duele y se desgarrá con todo género de penitencias. Dios dice entonces: «Bien está, pero si quieres alcanzar perdón, has de arrodillarte ante un hombre, que mi Hijo ha constituido ministro suyo, a él has de declarar tu pecado».

Si no se declara el pecado a ese hombre que Cristo ha constituido ministro, o en otros términos, sin confesión, no hay perdón; la contrición más viva y profunda, las más espantables maceraciones no bastan para borrar un solo pecado mortal, si no existe intención de someterse a la humillación que supone el manifestar la falta al hombre que hace las veces de Cristo.

Veis, pues, cuál es la economía sobrenatural. Desde toda eternidad, el pensamiento divino se fijó en la Encarnación, y, después que su Hijo se unió a la humanidad y salvo al mundo tomando carne en el seno de una Virgen, Dios quiere que, por medio de hombres como nosotros, como nosotros débiles, se difunda la gracia por el mundo. He aquí un prolongamiento, una como extensión de la Encarnación. Dios se acercó a nosotros en la persona de su Hijo hecho hombre, y desde entonces se sirve de los miembros de su Hijo para ponerse en comunicación con nuestras almas. Dios quiere con ello enaltecer en cierto modo a su Hijo, cifrándolo todo en su Encarnación, y vinculando a El de un modo bien visible, hasta el fin de los tiempos, toda la economía de nuestra salud y santificación.

Pero ha establecido igualmente esta economía para hacer que vivamos de la fe, pues hay en la Iglesia un doble elemento el elemento humano y el divino.

El elemento humano es la fragilidad personal de los hombres autorizados por Cristo para dirigirnos.— Mirad, por ejemplo, cuán flaco es San Pedro: la voz de una mozueta hasta para hacerle renegar de su Maestro horas después de su ordenación sacerdotal. No se le ocultaba al Señor tamaño flaqueza, ya que, después de su Resurrección, exige de su Apóstol una triple protesta de amor en recuerdo de su triple negación. Sin embargo de ello, Cristo funda sobre él su Iglesia. «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas». Los sucesores de Pedro son flacos también; la infalibilidad que poseen en materia de fe no les confiere el privilegio de no pecar. ¿Acaso nuestro Señor no hubiera podido concederles la impecabilidad? —Sin duda que sí; mas no lo quiso, para que nuestra fe pudiera ejercitarse.

¿Cómo se ejercita? A través del elemento humano el alma fiel vislumbra el elemento divino; la indefectibilidad de la doctrina conservada en el transcurso de los siglos y a despecho de todos los asaltos de cismas y herejías; la unidad de esta misma doctrina garantizada por el ministerio infalible; la santidad heroica e ininterrumpida que se manifiesta por tan diversos modos en la Iglesia; la sucesión continua por la cual, de eslabón en eslabón, la Iglesia de hoy enlaza con las instituciones establecidas por los Apóstoles; la fuerza de expansión universal que la caracteriza; todo esto son otras tantas señales ciertas por las que se conoce que nuestro Señor está «con la Iglesia hasta el fin de los siglos» (Mt 28,20).

Tengamos, pues, gran confianza en la Iglesia que Jesús nos dejó: Ella es cual otro Jesús. Tenemos la dicha de pertenecer a Cristo perteneciendo a esta sociedad, una, católica, apostólica y romana. Debemos alegrarnos de ello y tributar sin cesar gracias a Dios, pues que nos hizo «entrar en el reino de su Hijo amado» (Col 1,13). ¿No es una inmensa seguridad el poder, por nuestra incorporación a la Iglesia, extraer la gracia y la vida de sus fuentes auténticas y oficiales?

Más aún; prestemos a los que tienen jurisdicción sobre nosotros la obediencia que de nosotros reclama Cristo, esta sumisión de inteligencia y de voluntad debe rendirse a Cristo en la persona de un hombre, porque si no, Dios no la acepta. Ofrezcamos a los que nos gobiernan, y ante todas las cosas al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, a los Obispos que están unidos a él y que poseen, para guiarnos, las luces del Espíritu Santo (Hch 20,28), esa sumisión interior, esa reverencia filial, esa obediencia práctica, que hacen de nosotros hijos verdaderos de la Iglesia.

La Iglesia es la Esposa de Cristo; es nuestra Madre; debemos amarla porque nos lleva a Cristo y con El nos une; debemos amar y acatar su doctrina, porque es la doctrina de Jesucristo; debemos amar su oración y asociarnos a ella, porque es la oración misma de la Esposa de Cristo; no hay otra que nos ofrezca tanta garantía y, sobre todo, que sea tan agradable a nuestro Señor, debemos, en una palabra, unirnos a la Iglesia, a todo cuanto de ella procede, cual nos hubiéramos adherido a la persona misma de Jesús y a todo lo relacionado con ella, si nos hubiera cabido la dicha de poderle seguir durante su vida mortal.

Esa es la Iglesia como sociedad visible.— San Pablo la compara a «un edificio cimentado sobre los Apóstoles, y cuya piedra angular es el mismo Cristo». «Unidos en Cristo Jesús, piedra angular y fundamental» (Ef 2, 19-22). Vivimos en esta casa de Dios, «no cual extranjeros o huéspedes que están de paso, sino como conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Sobre Cristo se eleva todo el edificio perfectamente ordenado, para formar un templo santo en el Señor».

3. La Iglesia, cuerpo místico; Cristo es la cabeza, porque tiene toda primacía. Profundidad de esta unión; formamos parte de Cristo, toda una cosa en Cristo. Permanecer unidos a Jesús y entre nosotros mismo por la caridad

Hay otro símil muy frecuente en la pluma de San Pablo, y, si cabe, todavía más expresivo, ya que lo toma de la vida misma, y, sobre todo, porque nos ofrece un concepto más profundo de la Iglesia, manifestando las relaciones íntimas que existen entre ella y Cristo. Estas relaciones se resumen en la frase del Apóstol: «La Iglesia es un cuerpo y Cristo es su cabeza» (1Cor 12,12 ss.). [El Apóstol emplea también otras expresiones. Dice que estamos unidos a Cristo como ramas al tronco (Rm 6,5), como los materiales al edificio (Ef 2, 21-22); pero hace sobre todo resaltar la idea del cuerpo unido a la cabeza].

Cuando habla de la Iglesia como sociedad visible y jerárquica, San Pablo nos dice cómo Cristo, fundador de esta sociedad, «ha hecho: de unos, apóstoles; de otros, profetas, de otros, evangelistas; de otros, por fin, doctores y pastores». ¿Con que objeto? «Con el fin, dice, de que trabajen en la perfección de los Santos, en las funciones del ministerio y en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta tanto que lleguemos todos a la unidad de fe y de conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13). ¿Qué significan estas palabras?

Formamos con Cristo un cuerpo que va desarrollándose y debe llegar a su plena perfección. Como veis, no se trata aquí del cuerpo natural, físico, de Cristo, nacido de la Virgen María; ese cuerpo alcanzó mucho ha el desarrollo completo; desde que salió vivo y glorioso del sepulcro, el cuerpo de Cristo no es ya capaz de crecimiento, pues posee la plenitud de perfección que le compete.

Pero, como dice San Pablo, hay otro cuerpo que Cristo se va formando al correr de los siglos; ese cuerpo es la Iglesia, son las almas que, por la gracia, viven la vida de Cristo.— Esas almas constituyen juntas con Cristo un cuerpo único, un cuerpo místico cuya cabeza es Cristo. [*Místico* no se opone a *real*, sino a *físico*, como acabamos de ver. Se le llama *místico*, no sólo para distinguirlo del cuerpo natural de Cristo, sino para indicar el carácter sobrenatural e íntimo a la vez de la unión de Cristo con la Iglesia; unión que está fundada y mantenida por *misterios* perceptibles tan sólo a la fe. La Iglesia es un organismo vivo, con la vida de la gracia de Cristo que el Espíritu Santo le va inoculando]. «Cristo se va formando en nosotros» (Gál 4,19), y «nosotros debemos crecer en El» (Ef 4,15). Esta es una de las ideas con las que más encariñado vemos al gran Apóstol, que la hace resaltar al comparar la unión de Cristo y de la Iglesia con la que media en el organismo humano entre la cabeza y el cuerpo. [Esta idea la expone con mayor viveza, sobre todo, en la primera carta a los de Corinto (12, 12-30)]. Oídle: «Así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, así también, no obstante ser muchos los bautizados, formamos un solo cuerpo en Cristo...» (Rm 12, 4-5). La Iglesia es el cuerpo y Cristo

la cabeza» (1Cor 12,12). En otra parte llama a la Iglesia «complemento de Cristo» (Ef 1,23), como los miembros son complemento del organismo; y concluye: «Sois todos *uno* en Cristo» (Gál 3,28).

La Iglesia forma, pues, un solo ser con Cristo. Según la bella expresión de San Agustín, eco fiel de San Pablo, Cristo no puede concebirse cumplidamente sin la Iglesia: son inseparables, del mismo modo que la cabeza es inseparable del cuerpo vivo. Cristo y su Iglesia forman un solo ser colectivo, el *Cristo total*. «El Cristo completo está formado por la cabeza y el cuerpo: el Hijo Unigénito de Dios es la cabeza, la Iglesia es su cuerpo» [TOTUS CHRISTUS *caput et corpus est: caput Unigenitus Dei Filius, et corpus eius Ecclesia. De unitate Ecclesiae*, 4. Nadie como San Agustín ha expuesto esta doctrina, que el santo Doctor desarrolla sobre todo en las *Enarr. in Psalmos*]. ¿Por qué es Cristo cabeza y jefe de la Iglesia? — Porque el Hijo de Dios posee la primacía.— En primer lugar, la primacía de honor: «Dios otorgó a su Hijo un nombre sobre todo nombre para que toda rodilla se le doble» (Fil 2,9); además, la primacía de autoridad: «Todo poder me ha sido dado» (Mt 28,18); pero sobre todo una primacía de vida, de influencia interior: «Dios se lo ha sometido todo, e hizo de El cabeza de la Iglesia» (Ef 1,22).

Todos estamos llamados a vivir la vida de Cristo, y sólo de El la hemos de recibir. Cristo conquistó con su muerte esa preeminencia, esa facultad soberana de poder conferir la gracia «a todo hombre que viene a este mundo»; ejerce una primacía de influencia divina, siendo para todas las almas en diversa medida la fuente única de la gracia que las vivifica³⁵ [La influencia divina y del todo interior de Cristo en las almas que integran su cuerpo místico, distingue esa unión de aquella otra meramente moral, que existe entre la autoridad suprema de una sociedad humana y los miembros de esa misma sociedad; en el último caso, la influencia de la autoridad es exterior, y sólo llega a coordinar y mantener las energías desparramadas de los miembros hacia un fin común; pero la acción de Cristo en la Iglesia es más íntima, más penetrante, concierne a la vida misma de las almas, y es una de las razones por las que el *cuerpo místico* no es mera abstracción lógica, sino realidad muy profunda]. «Cristo, dice Santo Tomás, ha recibido la plenitud de la gracia, no tan sólo como individuo, sino en cuanto es cabeza de la Iglesia» (III, q.48, a.1).

Sin duda que Cristo dispensará desigualmente entre las almas los tesoros de su gracia; pero, añade Santo Tomás, todo esto lo hace para que de esa misma gradación resulte mayor hermosura y perfección en la Iglesia, su cuerpo místico (I-II, q.112, a.4); ésa es también la idea de San Pablo. Después de enseñar que la gracia le ha sido dada a cada cual «según la medida de la donación de Cristo» (Ef 4,7), el Apostol enumera las diversas gracias que hermocean a las almas y concluye diciendo que «son dadas para la edificación del cuerpo de Cristo». Hay gran diversidad entre los miembros, mas esa misma variedad contribuye a la armonía del todo.

Cristo es, pues, nuestra cabeza, y la Iglesia no forma con El más que un solo cuerpo místico de que El es cabeza. [«Así como un organismo natural

reúne en su unidad miembros diversos, del propio modo la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, se considera como formando con su cuerpo una sola persona moral». Santo Tomás, III, q.99, a.1]. Mas esta unión entre Cristo y sus miembros es de tal naturaleza, que llega hasta convertirse en *unidad*. Poner la mano en la Iglesia, en las almas, que por el Bautismo y la vida de la gracia son miembros de la Iglesia, es poner la mano en el mismo Cristo. Mirad, si no, a San Pablo cuando perseguía a la Iglesia y caminaba hacia Damasco con ánimo de encarcelar a los cristianos. En el camino es derribado del caballo, y oye una voz que le dice: «Saulo, ¿por qué *me* persigues? —Pablo responde: «¿Quién sois, Señor?» —Y el Señor le replica: «Soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 4-5).— Notaréis que Cristo no le dice por qué persigues a mis discípulos, lo que hubiera podido decir con tanta verdad, puesto que El había subido al cielo, y San Pablo sólo perseguía a los cristianos; sino que le dice: «¿Por qué *me* persigues?... A *mí* es a quien persigues.— ¿Por qué habla Cristo de este modo? Porque sus discípulos son algo suyo, porque su sociedad forma su cuerpo místico; por eso, perseguir a los que creen en Jesucristo es perseguirle a El mismo.

¡Qué bien comprendió San Pablo esta lección! ¡Con qué viveza, con qué palabras tan expresivas la expone! «Nadie, dice el Santo, pudo jamás aborrecer su propia carne, antes la nutre y la mima, como Cristo lo hace con la Iglesia; pues somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos» (Ef 5, 29-30). Por eso, por estarle tan estrechamente unidos, formando con El un solo y único cuerpo místico, quiere Cristo que toda su obra sea nuestra.

He ahí una verdad profunda que debemos traer a menudo a la memoria.— Ya os dije que por Cristo Jesús, Verbo Encarnado, todo el género humano ha recobrado, mediante la unión con su sacratísima persona, constituida en Cabeza de la gran familia humana, la amistad con Dios. Santo Tomás escribe que, a consecuencia de la identificación establecida por Cristo entre El y nosotros desde el instante mismo de su Encarnación, el hecho de que Cristo padeció voluntariamente, por nosotros y en nombre nuestro, nos ha reportado tales beneficios, que, aplacado Dios al contemplar a la naturaleza humana embellecida con los méritos de su Hijo, olvida todas las ofensas de aquellos que se incorporan a Cristo [III, q.99, a.4]. Las satisfacciones y méritos de Cristo nos pertenecen desde ahora. [*Caput et membra sunt quasi una persona mystica et ideo satisfactio Christi ad omnes fideles pertinet sicut ad sua membra*. Santo Tomás, III, q.98, a.2. ad 1].

Desde este momento estamos unidos a Cristo Jesús con nexo indisoluble. [En su libro, sobre la *Teología de San Pablo*, el P. Prat, S. J., aduce (t. II, pág. 52) «una larga serie de palabras extrañas que casi no se pueden trasladar a ninguna otra lengua sino con un barbarismo o una perífrasis. El Apóstol las ha creado o las vuelve a poner en usa para dar expresión gráfica a la inefable unión de los cristianos con Cristo. Tales como: *padecer con Jesucristo; ser crucificado con El; morir con El; ser vivificado con El; resucitar con El; vivir con El; compartir su forma; compartir su gloria;*

estar sentado con El; reinar con El; asociarse a su vida; coheredero, coparticipante, concorporal, coedificado, y algunas otras por el estilo que no expresan directamente la unión de los cristianos entre sí en Cristo].

Somos una misma cosa con Cristo en el pensamiento del Padre celestial. «Dios, dice San Pablo, es rico en misericordia; porque cuando estábamos muertos, a consecuencia de nuestras culpas, nos ha hecho vivir *con Cristo*, nos ha resucitado *con El*, nos ha hecho sentar *juntamente* con El en los cielos, a fin de mostrar en los siglos venideros los infinitos tesoros de su gracia en Jesucristo» (Ef 2, 4-7.— +Rm 6,4; Col 2, 12-13); en una palabra, nos ha hecho vivir con Cristo, en Cristo, para hacernos *coherederos* suyos. El Padre, en su pensamiento, no nos separa nunca de Cristo. Santo Tomás dice que por un mismo acto eterno de la divina sabiduría «hemos sido predestinados Cristo y nosotros» [*cum uno et eodem actu Deus predestinaverit ipsum et nos*. III, q.24, a.4]. El Padre hace, de todos los discípulos de Cristo que creen en El y viven en su gracia, un mismo y único objeto de sus complacencias. Nuestro Señor mismo es quien nos dice: «Mi Padre os ama porque me habéis amado y creído que soy su Hijo» (Jn 14-27).

De ahí que San Pablo escriba que Cristo, cuya voluntad estaba tan íntimamente unida a la del Padre, se ha entregado por su Iglesia: «Amó a su Iglesia y se entregó por ella» (Ef 5,25). Como la Iglesia debía formar con El un solo cuerpo místico, se entregó por Ella, a fin de que ese cuerpo «fuera glorioso», sin arruga ni mancha, santo e inmaculado (*ib.* 27). Y después de haberla rescatado, se lo ha dado todo. ¡Ah! ¡Si tuviéramos más fe en estas verdades! ¡Si comprendiéramos lo que supone para nosotros el haber entrado por el Bautismo, en la Iglesia, lo que es ser miembro del cuerpo místico de Cristo por la gracia!. «Felicitémonos, deshagámonos en hacimiento de gracias, dice San Agustín». [*CHRISTUS facti SUMUS; si enim caput ille, nos membra, totus homo, ille et nos...* Trat. sobre San Juan, 21, 8-9.— Y en otra parte: *Secum nos faciens unum hominem caput et corpus*.— Enarrat. in Ps. LXXXV, c. I. Y también: *Unus homo caput et corpus, unus homo Christus et Ecclesia, vir perfectus*. Enarrat in Ps. XVIII, c. 10], porque no sólo hemos sido *hechos cristianos*, sino parte de Cristo. ¿Comprendéis bien, hermanos míos, la gracia que Dios nos hizo? Admirémosnos, saltemos de júbilo, porque formamos parte de Cristo; El es la cabeza, nosotros los miembros; El y nosotros, el hombre total. ¿Quién es la cabeza? ¿Quiénes los miembros? —Cristo y la Iglesia». «Sería esto pretensión de un orgullo insensato, continúa el gran Doctor, si Cristo mismo no se hubiera dignado prometernos tal gloria, cuando dijo por boca de su apóstol Pablo: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros».

Demos, pues, gracias a Jesús, que se dignó asociarnos tan estrechamente a su vida; todo nos es común con El: méritos, intereses, bienes, bienaventuranzas, gloria. No seamos, por tanto, miembros de esos que se condenan, por el pecado, a ser miembros muertos; antes bien, seamos por la gracia que de El recibimos, por nuestras virtudes, modeladas en las suyas, por nuestra santidad, que no es sino participación de su santidad,

miembros pletóricos de vida y de belleza sobrenaturales, miembros de los cuales Cristo pueda gloriarse, miembros que formen dignamente parte de aquella sociedad que quiso «no tuviera arruga ni mancha, sino que fuera santa e inmaculada». Y como quiera que «somos todos uno en Cristo», puesto que vivimos todos la misma vida de gracia bajo nuestro capitán, que es Cristo, por la acción de un mismo Espíritu, unámonos todos íntimamente, aun cuando seamos miembros distintos y cada cual con su propia función; unámonos también con todas las almas santas que —en el cielo miembros gloriosos, en el purgatorio miembros doloridos— forman con nosotros un solo cuerpo [*ut unum sint*]. Es el dogma tan consolador de la *comunidad de los santos*.

Para San Pablo, «santos» son aquellos que pertenecen a Cristo, los que habiendo recibido la corona ocupan ya su sitio en el mundo eterno, y los que luchan aún en este destierro. Mas todos esos miembros pertenecen a un solo cuerpo, porque la Iglesia es una; todos son entre sí solidarios, todo lo tienen común; «si un miembro padece, los otros le compadecen; si uno es honrado, los otros comparten su alegría» (1Cor 12,26); el bienestar de un miembro aprovecha al cuerpo entero y la gloria del cuerpo trasciende a cada uno de sus miembros [*Sicut in corpore naturali operatio unius membri cedit in bonum totius corporis, ita et in corpore spirituali, scilicet Ecclesia, quia omnes fideles sunt unum corpus, bonum unius alteri communicatur*. Santo Tomás, *Opus*. VII.— *Expositio Symboli.*, c. XIII. +I-II, q.30, a.3]. ¡Qué luz más clara sobre nuestra responsabilidad proyecta este pensamiento!... ¡Qué fuente más viva de apostolado!... San Pablo nos exhorta a todos a que cada cual trabaje hasta tanto que «lleguemos a la común perfección del cuerpo místico»: «Hasta que todos alcancemos la unidad de la fe cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

No basta que vivamos unidos a Cristo, la Cabeza; es menester, además, que «cuidemos muy mucho de guardar entre nosotros la unidad del Espíritu, que es Espíritu de amor, ligados por vínculos de paz» (*ib.* 3).

Ese fue el voto supremo que hizo Cristo en el momento de acabar su divina misión en la tierra: «Padre que sean uno como Tú y yo somos uno; que sean consumados en la unidad» (Jn 17, 21-23). Porque, dice San Pablo: «sois todos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál 3,26). «No hay ya judío ni griego, esclavo o libre —todos *sois uno* en Cristo Jesús» (Col 3,2).— La unidad en Dios, en Cristo y por Cristo, es la suprema aspiración: «y Dios será todo en todos» (1Cor 15,28).

San Pablo, que supo hacer resaltar tanto la unión de Cristo con su Iglesia, no podía menos de decirnos algo sobre la gloria final del cuerpo místico de Jesús; y nos dice, en efecto (*ib.* 24-28), «que en el día fijado por los divinos decretos, cuando ese cuerpo místico haya alcanzado la plenitud y medida de la estatura perfecta de Cristo» (Ef 4,13), entonces surgirá la aurora del triunfo que debe consagrar por siempre jamás la unión de la Iglesia y de su Cabeza. Asociada hasta entonces tan íntimamente a la vida de Jesús, la Iglesia, ya perfecta, va a «compartir su gloria»

(2Tim 2,12; Rm 8,17). La resurrección triunfa de la muerte, último enemigo que ha de ser vencido; después, reunidos todos los elegidos con su jefe divino, Cristo (son expresiones de San Pablo) presentará a su Padre, en homenaje, esta sociedad, no ya imperfecta ni militante, rodeada de miserias, de tentaciones, de luchas, de caídas; no ya padeciendo el fuego de la expiación, sino transfigurada para siempre y gloriosa en todos sus miembros.

¡Oh, qué espectáculo tan grandioso no será ver a Jesús ofreciendo a su Eterno Padre esos trofeos gloriosos e innumerables que proclaman el poderío de su gracia, ese reino conquistado con su sangre, que entonces despedirá por todas partes destellos de esplendor inmaculado, fruto de la vida divina que circula vigorosa y embriagadora por cada uno de los Santos!

Así se comprende que en el Apocalipsis, después de haber vislumbrado San Juan algo de aquellas maravillas y regocijos, los compare, siguiendo al mismo Jesús (Mt 22,2) a unas bodas: a las «bodas del Cordero» (Ap 19,9). Así se comprende finalmente por qué motivo, al dar digno remate a las misteriosas descripciones de la Jerusalén celestial, el mismo Apóstol nos deja oír los amorosos requiebros que Cristo y la Iglesia, el Esposo y la Esposa, se dirigen desde ahora, sin cesar, en espera de la consumación final y unión perfecta: « Ven» (Ap 22, 16-17).

6

El Espíritu Santo, espíritu de Jesús

La doctrina sobre el Espíritu Santo completa la explicación del plan divino: importancia capital de este asunto

Tenemos entre nuestros Libros Santos uno que historia los primeros días de la Iglesia, y se llama *Hechos de los Apóstoles*. Esta narración, debida a la pluma de San Lucas, que fue testigo de muchos de los hechos narrados, está llena de encanto y de vida.— En ella vemos cómo la Iglesia, fundada por Jesús sobre los Apóstoles, se desenvuelve en Jerusalén y se extiende después poco a poco fuera de Judea, merced sobre todo a la predicación de San Pablo, pues que la mayor parte del libro la dedica precisamente al relato de las misiones, de los trabajos y de las luchas del gran Apóstol. Podemos seguirle paso a paso en casi todas sus expediciones evangélicas. Esas páginas, llenas de animación, nos revelan y nos pintan al vivo las incesantes tribulaciones que padeció San Pablo, las dificultades sin cuento que hubo de vencer, sus aventuras, sus padecimientos en el curso de los múltiples viajes emprendidos para extender por doquier el nombre y gloria de Jesús.

Refiérese en esos *Hechos* que, andando San Pablo de misiones, llegó a Efeso, y allí encontró algunos discípulos, y les preguntó: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?»—Los discípulos le contestaron: «¡Pero, si no hemos oído siquiera hablar del Espíritu Santo ni que tal cosa exista!» (Hch 19,2).

Ciertamente, no ignoramos nosotros que exista el Espíritu Santo; mas ¡cuántos cristianos hay que sólo le conocen de nombre y casi nada saben de sus operaciones en las almas! Sin embargo, la economía divina no se comprende cumplidamente sin tener una idea precisa de lo que es el Espíritu Santo para nosotros.

Vedlo, si no: en casi todos los textos donde expone los pensamientos eternos sobre nuestra adopción sobrenatural, y siempre que trata de la gracia y de la Iglesia, habla San Pablo del «Espíritu de Dios», del «Espíritu de Cristo», del «Espíritu de Jesús». «Hemos recibido un Espíritu de adopción que nos hace exclamar dirigiéndonos a Dios: ¡Padre, Padre!» (Rm 8,15).— «Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones para que le pudiéramos llamar Padre nuestro» (Gál 4,5). «¿No sabéis, dice en otra parte, que por la gracia sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1Cor 3,16). Y también: «Sois el templo del Espíritu Santo que habita en vosotros» (*ib.* 6,19). «En Cristo se eleva todo el edificio bien ordenado para formar un templo santo en el Señor: en El también estáis vosotros edificados para ser por el Espíritu Santo morada de Dios» (Ef 2, 21-22).

«De suerte que así como no formáis más que un solo cuerpo en Cristo, así también os anima un solo Espíritu» (*ib.* 4,4). La presencia de este Espíritu en nuestras almas es tan necesaria, que San Pablo llega a decir: «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de El».

¿Veis ahora por qué el Apóstol, que nada tomaba tan a pechos como ver a Cristo vivir en el alma de sus discípulos, les pregunta si han recibido el Espíritu Santo? Es que sólo son hijos de Dios en Jesucristo los que son dirigidos por el Espíritu Santo (Rm 8,9 y 14).

No penetraremos, pues, perfectamente el misterio de Cristo y la economía de nuestra santificación, mientras no fijemos la mirada en este Espíritu divino, y en su acción sobre nosotros.— Hemos visto que la finalidad de nuestra vida consiste en tratar de someternos con gran humildad a los pensamientos de Dios- adaptarnos a ellos lo mejor posible y con la sencillez de un niño. Siendo divinos esos designios, su eficacia es intrínsecamente absoluta; y producirán, sin duda alguna, sus frutos de santificación, si los aceptamos con fe y con amor. Ahora bien; para encajar en el plan divino, es menester no solamente «recibir a Cristo» (Jn 1,12), sino que, como lo hace notar San Pablo, es preciso «recibir al Espíritu Santo» y someterse a su acción, a fin de ser «uno con Cristo». Ved cómo el mismo Señor, en el admirable discurso que pronunció después de la Cena, en el que revela a los que llama sus «amigos» los secretos de la vida eterna, les habla varias veces del Espíritu Santo, casi tantas como de su Padre.

Les dice que este Espíritu «suplirá sus veces entre ellos» cuando haya subido al cielo; que este Espíritu «será para ellos el maestro interior, un maestro tan necesario que Jesús rogará al Padre para que se lo dé y viva en ellos». ¿Por qué, pues, nuestro divino Salvador puso tanto cuidado en hablar del Espíritu Santo en momentos tan solemnes, en términos tan apremiantes, si todo ello había de ser para nosotros como letra muerta? ¿No sería ofenderle y causarnos a la vez grave perjuicio el no prestar atención a un misterio tan vital para nosotros?

[En su Encíclica sobre el Espíritu Santo (*Divinum illud munus*, 9 de mayo de 1897), León XIII, de gloriosa memoria, deploraba amargamente el que «los cristianos tuvieran conocimiento tan mezquino del Espíritu Santo. Emplean a menudo su nombre en sus ejercicios de piedad, mas su fe anda envuelta en espesas tinieblas». Por eso el gran Pontífice insiste enérgicamente en que «todos los predicadores y cuantos tienen cura de almas miren como deber suyo el enseñar al pueblo *diligentius atque uberius* cuanto dice relación con el Espíritu Santo». Sin duda, quiere que «se evite toda controversia sutil, toda tentativa temeraria de escudriñar la naturaleza profunda de los misterios», pero quiere también «que se recuerden y que se expongan con claridad los numerosos e insignes beneficios que nos han traído y trae sin cesar a nuestras almas el Donador divino; porque el error o la ignorancia en misterios tan grandes y fecundos (error e ignorancia indignos de un hijo de la luz) deben desaparecer totalmente»: *prorsus depellatur*].

Trataré de demostraros, con toda la claridad que pueda, lo que es el Espíritu Santo en sí mismo, dentro de la adorable Trinidad, su acción en la santa humanidad de Cristo y los incesantes beneficios que reporta a la Iglesia y a las almas.

Así terminaremos la exposición de la economía del plan divino en sí mismo considerado.

El tema es, sin duda, muy elevado; debemos tratarlo, pues, con profunda reverencia; mas, como nuestro Señor nos lo ha revelado, debe también nuestra fe considerarlo con amor y confianza. Pidamos humildemente al Espíritu Santo que ilumine El mismo nuestras almas con un rayo de su luz divina, pues seguramente atenderá a nuestros ruegos.

1. El Espíritu Santo en la Trinidad: Procede del Padre y del Hijo por amor, se le atribuye la santificación, porque ésta es obra de amor, de perfeccionamiento y de unión

No sabemos del Espíritu Santo sino lo que la Revelación nos enseña. ¿Y qué nos dice la Revelación?

Que pertenece a la esencia infinita de un solo Dios en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; ése es el misterio de la Santísima Trinidad. [*Fides autem catholica hæc est: ut unum Deum in Trinitate et Trinitatem in unitate veneremur... neque confundentes personas, neque substantiam separantes*. Símbolo atribuido a San Atanasio]. La fe aprecia en Dios la unidad de la naturaleza y la distinción de Personas.

El Padre, conociéndose a Sí mismo, enuncia, expresa ese conocimiento en una palabra infinita, el Verbo, con acto simple y eterno; y el Hijo, que engendra el Padre, es semejante e igual a El mismo, porque el Padre le comunica su naturaleza, su vida y sus perfecciones.

El Padre y el Hijo se atraen el uno al otro con amor mutuo y único: ¡Posee el Padre una perfección y hermosura tan absolutas! ¡Es el Hijo imagen tan

perfecta del Padre! Por eso se dan el uno al otro, y ese amor mutuo que deriva del Padre y del Hijo, como de fuente única, es en Dios un amor subsistente, una persona distinta de las otras dos, que se llama Espíritu Santo. El nombre es misterioso, mas la revelación no nos da otro.

El Espíritu Santo es, en las operaciones interiores de la vida divina, el último término: El cierra —si nos son permitidos estos balbucesos, hablando de tan grandes misterios— el ciclo de la actividad íntima de la Santísima Trinidad, pero es Dios lo mismo que el Padre y el Hijo posee como Ellos y con Ellos la misma y única naturaleza divina, igual ciencia, idéntico poder, la misma bondad, igual majestad.

Este Espíritu divino se llama Santo y es el Espíritu de santidad, santo en Sí mismo y santificador a la vez.— Al anunciar el misterio de la Encarnación, decía el Ángel a la Virgen: «El Espíritu Santo bajará a ti: por eso el Ser santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35). Las obras de santificación se atribuyen de un modo particular al Espíritu Santo. Para entender esto, y todo lo que se dirá del Espíritu Santo, debo explicaros, en pocas palabras, lo que en Teología se llama *apropiación*.

Como sabéis, *en Dios*, hay una sola inteligencia, una sola voluntad, un solo poder, porque no hay más que una naturaleza divina; pero hay también distinción de personas. Semejante distinción resulta de *las operaciones* misteriosas que se verifican allá en la *vida íntima de Dios* y de las relaciones mutuas que de esas operaciones se derivan. El Padre engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede de entrambos. «Engendrar, ser Padre», es propiedad exclusiva de la Primera Persona, «ser Hijo» es propiedad personal del Hijo, así como el «proceder del Padre y del Hijo, por vía de amor», es propiedad personal del Espíritu Santo. Esas propiedades personales establecen, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, relaciones mutuas, de donde proviene la distinción.— Pero fuera de esas propiedades y relaciones, todo es común e indivisible entre las divinas Personas: la inteligencia, la voluntad, el poder y la majestad, porque la misma naturaleza divina indivisible es común a las tres Personas.— He ahí lo poquito que podemos rastrear acerca de las operaciones íntimas de Dios.

Por lo que atañe a las obras «exteriores», las acciones que se terminan *fuera de Dios (ad extra)*, sea en el mundo material, como la acción de dirigir a toda criatura a su fin, sea en el mundo de las almas, como la acción de producir la gracia, son comunes a las tres divinas Personas. ¿Por qué así? —Porque la fuente de esas operaciones, de esas obras, de esas acciones, es la naturaleza divina, y esa naturaleza es una e indivisible para las tres personas; la Santísima Trinidad obra en el mundo como una sola causa única.— Pero Dios quiere que los hombres conozcan y honren, no sólo la unidad divina, sino también la Trinidad de Personas; por eso la Iglesia, por ejemplo, en la liturgia, atribuye a tal Persona divina ciertas acciones que se verifican en el mundo, y que, si bien son comunes a las tres divinas Personas, tienen una relación especial o afinidad íntima con el lugar, si así puedo expresarme, que ocupa esa Persona en la Santísima Trinidad, con las propiedades que le son peculiares y exclusivas.

Siendo, pues, el Padre, fuente, origen y principio de las otras dos Personas —sin que eso implique en el Padre superioridad jerárquica ni prioridad de tiempo—, las obras que se verifican en el mundo y que manifiestan particularmente el poderío, o en que se revela sobre todo la idea de *origen*, son atribuidas al Padre; como, por ejemplo, la creación en que Dios sacó el mundo de la nada. En el *Credo* cantamos «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». ¿Será tal vez que el Padre tuvo más parte, manifestó más su poder en esta obra que el Hijo y el Espíritu Santo? Error fuera el pensarlo; el Hijo y el Espíritu Santo obran en esto tanto como el Padre, porque Dios obra hacia fuera, por su omnipotencia, y la omnipotencia es común a las tres Personas.— ¿Cómo, pues, habla de ese modo la Iglesia? —Porque, en la Santísima Trinidad, el Padre es la *primera* Persona, principio sin principio, de donde proceden las otras dos he ahí su propiedad personal, exclusiva, la que le distingue del Hijo y del Espíritu Santo, y precisamente para que no olvidemos esa propiedad, se atribuyen al Padre las obras «exteriores» que nos la sugieren por tener alguna relación con ella.

Lo mismo hay que decir de la Persona del Hijo, que es el Verbo en la Trinidad, que procede del Padre por vía de inteligencia; que es la expresión infinita del pensamiento divino; que se le considera sobre todo como Sabiduría eterna.— Por eso se le atribuyen las obras en cuya realización brilla principalmente la sabiduría.

E igualmente en lo que respecta al Espíritu Santo, ¿qué viene a ser en la Trinidad? Es el término último de las operaciones divinas, de la vida de Dios en sí mismo. Cierra, por decirlo así, el ciclo de esa intimidad divina; es el perfeccionamiento en el amor, y tiene, como propiedad personal, el proceder a la vez del Padre y del Hijo por vía de amor. De ahí que todo cuanto implica perfeccionamiento y amor, unión, y, por ende, santidad —porque nuestra santidad se mide por el mayor o menor grado de nuestra unión con Dios, todo eso se atribuye al Espíritu Santo. Pero, ¿es por ventura más santificador que el Padre y el Hijo? No, la obra de nuestra santificación es común a las tres divinas Personas, pero repítamos que, como la obra de la santidad en el alma es obra de perfeccionamiento y de unión, se atribuye al Espíritu Santo, porque de este modo nos acordamos más fácilmente de sus propiedades personales, para honrarle y adorarle en lo que del Padre y del Hijo le distingue.

Dios quiere que tomemos, por decirlo así, tan a pechos el honrar su Trinidad de personas, como el adorar su unidad de naturaleza; por eso quiere que la Iglesia recuerde a sus hijos, no sólo que hay un Dios, sino que ese Dios es Trino en Personas.

Eso es lo que en Teología llamamos *apropiación*. Se inspira en la Revelación, y la Iglesia la emplea [en su carta Encíclica de 9 de mayo de 1897, León XIII dice que la Iglesia usa *aptissime* de ese procedimiento: con sumo acierto]; tiene por fin poner de relieve los atributos propios de cada Persona divina. Al hacer resaltar esas propiedades, nos las hace también conocer nos las hace amar más y más. Santo Tomás dice que la

Iglesia guarda esa ley de la apropiación para ayudar a nuestra fe, siguiendo en esto la revelación [*ad manifestationem fidei*. I, q.29, a.7.] Nuestra vida, nuestra bienaventuranza por toda la eternidad, consistirá en ver a Dios, en amarle, en gozarle tal cual es, esto es, en la Unidad de naturaleza y Trinidad de Personas. ¿Qué tiene, pues, de extraño el que Dios, que nos predestina a esa vida y nos prepara esa bienaventuranza, quiera que, desde acá abajo, nos acordemos de sus divinas perfecciones, tanto las de su naturaleza como de las propiedades que distinguen las Personas? Dios es infinito y digno de loor en su Unidad, como lo es en su Trinidad, y las divinas Personas son tan admirables en la unidad de naturaleza, que poseen de un modo indivisible como en las relaciones que entre sí mantienen y que originan su distinción.

«¡Dios todopoderoso, Dios dichoso! ¡Me alegro de tu poder, de tu eternidad, de tu dicha! ¿Cuándo te veré? ¡Oh principio sin principio! ¿Cuándo veré salir de tu seno al Hijo, que es igual a Ti? ¿Cuándo veré tu Espíritu Santo proceder de vuestra unión, terminar tu fecundidad consumir tu acción eterna?» (Bossuet, *Préparation à la mort*, 4e. prière).

2. Operaciones del Espíritu Santo en Cristo: Jesús es concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; gracia santificante, virtudes y dones conferidos por el Espíritu Santo al alma de Cristo; la actividad humana de Cristo dirigida por el Espíritu Santo

Nada os costará ya comprender el lenguaje de las Escrituras y de la Iglesia cuando exponen las operaciones del Espíritu Santo.

Veamos primeramente esas operaciones en Nuestro Señor. Acerquémonos con respeto a la divina Persona de Jesucristo, para contemplar algo siquiera de las maravillas que en El se realizaron en la Encarnación y después de Ella.

Como os dije al explicar este misterio, la Santísima Trinidad creó un alma que unió a un cuerpo humano formando así una naturaleza también humana, y unió esa misma naturaleza a la Persona divina del Verbo. Las tres divinas Personas concurren de consuno a esta obra inefable, si bien es preciso añadir que tuvo por término final únicamente al Verbo, el Verbo sólo, el Hijo de Dios fue el que se encarnó. Esta obra es debida, sin duda, a la Trinidad toda, aunque se atribuye especialmente al Espíritu Santo; ya lo decimos en el Símbolo: «Creo... en Jesucristo Nuestro Señor, que fue concebido por obra del Espíritu Santo». El *Credo* no hace sino repetir las palabras del Ángel a la Virgen: «El Espíritu Santo se posará en ti; el ser santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios».

Me preguntaréis tal vez el porqué de esta atribución especial al Espíritu Santo. Santo Tomás (III, q.37, a.1), entre otras razones, nos dice que el Espíritu Santo es el amor sustancial, el amor del Padre y del Hijo; ahora bien, si la redención por la Encarnación es obra cuya realización reclamaba una Sabiduría infinita, su causa primera ha de ser el amor que Dios nos

tiene. «Amó Dios tanto al mundo, nos dice Jesús. que le dió su Hijo Unigénito» (Jn 3,16).

Ved ahora cuán fecunda y admirable es la virtud del Espíritu Santo en Cristo. No sólo une la naturaleza humana al Verbo, sino que a El también se le atribuye la efusión de la gracia santificante en el alma de Jesús.

En Jesús hay dos naturalezas distintas, perfectas entrambas, pero unidas en la Persona que las enlaza: el Verbo. «La gracia de unión» hace que la naturaleza humana subsista en la Persona divina del Verbo; esa gracia es de orden enteramente único, trascendental e incommunicable, por ella pertenece al Verbo la humanidad de Cristo, que se convierte en humanidad del verdadero Hijo de Dios, y que es, por tanto, objeto de complacencia infinita para el Padre Eterno.— Mas aun cuando la naturaleza humana esté así unida al Verbo, no por eso es aniquilada ni queda inactiva; antes bien, guarda su esencia, su integridad todas sus energías y potencias; es capaz de acción y la «gracia santificante» es la que eleva a esa humanidad santa para que pueda obrar sobrenaturalmente.

Desarrollando esta misma idea en otros términos, se puede decir que la «gracia de unión» hipostática une la naturaleza humana a la Persona del Verbo, y diviniza de ese modo el fondo mismo de Cristo; Cristo *es*, por ella, un «sujeto» divino; hasta ahí alcanza la finalidad de esa «gracia de unión», que es privativa de Jesús.— Pero conviene, además, que a esa naturaleza humana la hermosee la «gracia santificante» para *obrar* de un modo divino en cada una de sus facultades; esa gracia santificante, que es «connatural» a la «gracia de unión» (esto es, que dimana de la gracia de unión de un modo natural en cierto sentido), pone el alma de Cristo a la altura de su unión con el Verbo [*Gratia habitualis Christi intelligitur ut consequens unionem hypostaticam, sicut splendor solem.* Santo Tomás, III, q. 7, a. 13]; hace que la naturaleza humana —que subsiste en el Verbo en virtud de la «gracia de unión»— pueda obrar cual conviene a un alma sublimada a tan excelsa dignidad, y producir frutos divinos.

He ahí por qué no se dio tasada la gracia santificante al alma de Cristo, como a los elegidos, sino en sumo grado. Ahora bien, la efusión de la gracia santificante en el alma de Cristo se atribuye al Espíritu Santo.

[Luego en Cristo es uno el efecto de la «gracia de unión», que se consuma una vez constituida la unión de la naturaleza humana con la Persona del Verbo, y otro el efecto de la «gracia santificante» que habilita a la naturaleza humana para obrar en forma sobrenatural, aun cuando permanezca íntegra en su esencia y en sus facultades aun después de consumada la unión con el Verbo. No hay pues, redundancia, como podríaparecer a primera vista, y la gracia santificante en Cristo no es tampoco superflua (Santo Tomás, III, q. 7, a. 1 y 13). +Schwaim, *Le Christ d'après S. Thomas d'Aquin*, ch. II, 6.

Nótese, además, que la «gracia de unión» sólo se da en Cristo, mientras que la «gracia santificante» se encuentra también en las almas de los justos; en Cristo se halla en su plenitud, plenitud de que todos recibimos,

en una medida más o menos amplia, la gracia santificante. Hay que observar sobre todo que Cristo no es Hijo adoptivo de Dios, como lo somos nosotros, por la gracia santificante, sino que es Hijo de Dios por naturaleza.

En nosotros la gracia santificante origina la adopción divina; mas en Cristo la función de la gracia santificante consiste en obrar de modo que la naturaleza del futuro Redentor —una vez unida a la Persona del Verbo por la gracia de unión y convertida por esta misma gracia en la humanidad del propio Hijo de Dios— pueda obrar de un modo sobrenatural].

El Espíritu Santo, al derramar en el alma de Jesús la plenitud de las virtudes (+Is 11,2), le infundió al mismo tiempo la plenitud de sus dones.— Oíd lo que cantaba Isaías, hablando de la Virgen y de Cristo, que de ella debía nacer: «Brotará una vara de la raza de Tésé (la Virgen), y de sus raíces saldrá un tallo (Cristo). En El se posará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y será henchido del espíritu de temor de Dios».

En una circunstancia memorable, mencionada por San Lucas, se aplicó nuestro Señor a Sí mismo este texto del Profeta. Ya sabéis que en tiempo de Jesús se reunían los judíos el sábado en la sinagoga, y un doctor de la ley, de entre los asistentes, desplegaba el rollo de las Escrituras para leer la parte del texto sagrado asignado al día. Cuenta, pues, San Lucas que un sábado, al comenzar su vida pública, entró nuestro divino Salvador en la sinagoga de Nazaret; y como le entregaran el libro del profeta Isaías, al desenvolverlo dio con el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre Mí; porque El me ha consagrado con su unción y me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar a los que tienen el corazón desgarrado, a anunciar a los cautivos su liberación, a publicar el tiempo de la gracia del Señor». Enrollando después el libro lo devolvió y se sentó; todos en la sinagoga tenían clavada en El la mirada; entonces les dijo Jesús: «Hoy se ha cumplido este oráculo, y vosotros mismos habéis visto realizada la predicción del Profeta» (Lc 4,16 ss.). Nuestro Señor hacía suyas las palabras de Isaías que comparan la acción del Espíritu Santo a una unción. [En la liturgia, en el himno *Veni Creator Spiritus*, se llama al Espíritu Santo *spiritus unctio*]. La gracia del Espíritu Santo se ha difundido sobre Jesús como aceite de alegría que le ha consagrado, primero, como Hijo, de Dios y Mesías, y le ha henchido, además, de la plenitud de sus dones y de la abundancia de los divinos tesoros. «Por eso, con preferencia a tus compañeros, el Señor te ha ungido con el óleo de la alegría» (Sal 44,8) [+Hch 10,38; *Iesum a Nazareth, quomodo unxit eum Deus, Spiritu Sancto*. Véase también Mt 12,18]. Esta santa unción se verificó en el momento mismo de la Encarnación, y precisamente para significarla, para darla a conocer a los judíos y para proclamar que El es el Mesías, el Cristo, esto es, el Ungido del Señor, el Espíritu Santo se posó visiblemente sobre Jesús en figura de paloma el día de su bautismo, cuando iba a comenzar su vida pública. Esta era la señal por la que Cristo

debía ser reconocido, como lo declaraba su Precursor el Bautista: «El Mesías es aquel sobre quien bajare el Espíritu Santo» (Jn 1,33).

Desde este momento, los Evangelios nos muestran cómo el alma de Jesucristo en toda su actividad obedecía a las inspiraciones del Espíritu Santo. El Espíritu le empuja al desierto, donde será tentado (Mt 4,1); después de vivir una temporada en el desierto, «el mismo Espíritu le conduce de nuevo a Galilea» (Lc 4,14), por la acción de este Espíritu arroja al demonio de los cuerpos de los posesos (Mt 12,28); bajo la acción del Espíritu Santo salta de gozo cuando da gracias a su Padre porque revela los secretos divinos a las almas sencillas: «En aquella hora estalló de gozo en el Espíritu Santo» (Lc 10,21). Finalmente, nos dice San Pablo que la obra maestra de Cristo, aquella en la cual brilla más su amor al Padre y su caridad para con nosotros, el sacrificio sangriento en la Cruz por la salud del mundo, le ofreció Cristo a impulso del Espíritu Santo: «El cual, mediante el Espíritu Santo, se ofreció a Dios cual Hostia inmaculada» (Heb 9,14).

¿Qué nos indican todas estas revelaciones sino que el Espíritu de amor guiaba toda la actividad humana de Cristo? Cristo, el Verbo encarnado es *el que* obra todas sus acciones son acciones de la única Persona del Verbo en que subsiste la naturaleza humana pero así y todo, Cristo obra por inspiración y a impulsos del Espíritu Santo. El alma de Jesús, convertida en alma del Verbo por la gracia de la unión hipostática estaba además henchida de gracia santificante y obraba por la suave moción del Espíritu Santo.

De ahí que todas las acciones de Cristo fueran santas. Su alma, aunque creada como todas las demás almas, era santísima; en primer lugar por hallarse unida al Verbo; unida a una persona divina, tal unión hizo de ella, desde el primer momento de la Encarnación, no un santo cualquiera, sino el Santo por excelencia, el Hijo mismo de Dios.— Es santa además por estar hermoseedada con la gracia santificante, que la capacita para obrar sobrenaturalmente y en consonancia con la unión inefable que constituye su inalienable privilegio.— Es santa, en tercer lugar, porque todas sus acciones y operaciones, aun cuando sean actos ejecutados únicamente por el Verbo encarnado, se realizan por moción y por inspiración del Espíritu Santo Espíritu de amor y santidad.

Adoremos los admirables misterios que se producen en Cristo: El Espíritu Santo santifica el ser de Cristo y toda su actividad; y como en Cristo esa santidad alcanza el grado sumo, como toda santidad humana se ha de modelar en la suya y debe serle tributaria, por eso canta la Iglesia a diario: «Tú eres el solo santo, ¡oh Cristo Jesús!» El solo santo, porque eres, por tu Encarnación, el único y verdadero Hijo de Dios; el solo santo, porque posees la gracia santificante en toda su plenitud, a fin de distribuirla entre nosotros, el solo santo, porque tu alma se prestaba con infinita docilidad a los toques del Espíritu de amor que inspiraba y regulaba todos tus movimientos, todos tus actos, y les hacía agradables al Padre.

3. Operaciones del Espíritu Santo en la Iglesia; el Espíritu Santo, alma de la Iglesia

Las maravillas que se obraban en Cristo bajo la inspiración del Espíritu Santo, se reproducen en nosotros, por lo menos en parte, cuando nos dejamos guiar de aquel Espíritu divino. Pero, ¿poseemos acaso nosotros ese Espíritu? —Sin duda alguna que sí.

Antes de subir al cielo, prometió Jesús a sus discípulos que rogaría al Padre para que les diera el Espíritu Santo, e hizo, de ese don del Espíritu a nuestras almas, objeto de una súplica especial. «Rogaré al Padre y os dará otro Consolador, el Espíritu de verdad» (Jn 14, 16-17). Y ya sabéis cómo fue atendida la petición de Jesús, con qué abundancia se dio el Espíritu Santo a los Apóstoles el día de Pentecostés. De ese día data, por decirlo así, la toma de posesión por parte del Espíritu divino de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, y podemos añadir que, si Cristo es jefe y cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es alma de ese cuerpo. El es quien guía e inspira a la Iglesia, guardándola, como se lo prometiera Jesús, en la verdad de Cristo y en la luz que El nos trajo: «Os enseñará toda verdad y os recordará todo lo, que os he enseñado» (*ib.* 14,26).

Esa acción del Espíritu Santo en la Iglesia es varia y múltiple.— Os dije antes que Cristo fue consagrado Mesías y Pontífice por una unción inefable del Espíritu Santo y con unción parecida consagra Cristo a los que quiere hacer participantes de su poder sacerdotal, para proseguir en la tierra su misión santificadora: «Recibid el Espíritu Santo... el Espíritu Santo designó a los obispos para que gobiernen la Iglesia» (Hch 20,28); el Espíritu Santo es quien habla por su boca y da valor a su testimonio (*ib.* 15,26; Hch 15,28; 20, 22-28). Del mismo modo, los Sacramentos, medios auténticos que Cristo puso en manos de sus ministros para transmitir la vida a las almas, jamás se confieren sin que preceda o acompañe la invocación al Espíritu Santo. El es quien fecunda las aguas del Bautismo. «Hay que renacer del agua por el Espíritu Santo para entrar en el reino de Dios» (Jn 3,5); «Dios, dice San Pablo, nos salva en la fuente de regeneración renovándonos por el Espíritu Santo» (Tit 3,5), ese mismo, Espíritu se nos «da» en la Confirmación para ser la unción que debe hacer del cristiano un soldado intrépido de Jesucristo; El es quien nos confiere en ese Sacramento la plenitud de la condición de cristiano y nos reviste de la fortaleza de Cristo, —al Espíritu Santo, como nos lo demuestra sobre todo la Iglesia Oriental, se atribuye el cambio que hace del pan y del vino, el cuerpo y la sangre de Jesucristo; los pecados son perdonados, en el Sacramento de la Penitencia, por el Espíritu Santo (Jn 20, 22-23) [Santo Tomás, III, q.3, a.8, ad 3]; en la Extremaunción se le pide que «con su gracia cure al enfermo de sus dolencias y culpas»; en el Matrimonio se invoca también al Espíritu Santo para que los esposos cristianos puedan, con su vida, imitar la unión que existe entre Cristo y la Iglesia.

¿Veis cuán viva, honda e incesante es la acción del Espíritu Santo en la Iglesia? Bien podemos decir con San Pablo que es el «Espíritu de vida» (Rm 8,2), verdad que la Iglesia repite en el *Símbolo* cuando canta su fe en el

«Espíritu vivificador»: Es, pues, verdaderamente el alma de la Iglesia, el principio vital que anima a la sociedad sobrenatural; que la rige, que une entre sí sus diversos miembros y les comunica espiritual vigor y hermosura.

[Al decir que el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, no es nuestro intento enseñar que sea la forma de la Iglesia, como lo es el alma en el compuesto humano. En tal sentido, sería teológica más exacto decir que el alma de la Iglesia es la gracia santificante —con las virtudes infusas, que forman su cortejo obligado—; la gracia es, en efecto, el principio de la vida sobrenatural, que da vida divina a los miembros pertenecientes al cuerpo de la Iglesia; mas también en este caso es muy imperfecta la analogía entre la gracia y el alma; pero no es ésta la ocasión de disertar sobre esta diferencias. Cuando decimos que el Espíritu Santo y no la gracia es el alma de la Iglesia, no hacemos sino tomar la causa por el efecto, esto es, que el Espíritu Santo produce la gracia santificante; queremos, pues, con esta expresión (Espíritu Santo=alma de la Iglesia) hacer resaltar el influjo interno vivificador y «unificador» (si se puede hablar así) que ejerce el Espíritu Santo en la Iglesia.— Ese modo de expresarnos es perfectamente legítimo y tiene consigo la aprobación de varios Padres de la Iglesia, como San Agustín: *Quod est in corpore nostro anima, id est Spiritus Sanctus in corpore Christi quod est Ecclesia* (Serm. CLXXXVII, *de tempore*). Muchos teólogos modernos hablan del mismo modo, y León XIII consagró esta expresión en su Encíclica sobre el Espíritu Santo. También interesa notar que Santo Tomás, para encarecer la influencia íntima del Espíritu Santo en la Iglesia, la compara a la que ejerce el corazón en el organismo humano III, q.8, a.1, ad 3].

En los primeros días de la Iglesia, la acción del Espíritu Santo fue mucho más visible que en los nuestros. Así convenía a los designios de la Providencia, porque era menester que la Iglesia pudiese establecerse sólidamente, manifestando a los ojos del mundo pagano las señales luminosas de la divinidad de su fundador, de su origen y de su misión.— Esas señales, frutos de la efusión del Espíritu Santo, eran admirables, y todavía nos maravillamos al leer el relato de los comienzos de la Iglesia. El Espíritu descendía sobre aquellos a quienes el bautismo hacía discípulos de Cristo, y los colmaba de carismas tan variados como asombrosos: gracia de milagros, don de profecía, don de lenguas y otros mil favores extraordinarios, concedidos a los primeros cristianos para que, al contemplar a la Iglesia hermoçada con tal profusión de magníficos dones, se viera bien a las claras que era verdaderamente la Iglesia de Jesús. Leed la primera Epístola de San Pablo a los de Corinto, y veréis con qué fruición enumera el Apóstol las maravillas de que él mismo era testigo; en cada enumeración de esos dones tan variados, añade: «El mismo y único Espíritu es quien obra todo esto», porque El es amor, y el amor es fuente de todos los dones «en el mismo Espíritu» (Cor 12,9). El es quien fecunda a esta «Iglesia que Jesús redimió con su sangre y quiso fuera santa e inmaculada» (Ef 5,27).

4. Acción del Espíritu Santo en las almas donde mora

Mas si los caracteres extraordinarios y visibles de la acción del Espíritu Santo han desaparecido en general, la acción de ese divino Espíritu se perpetúa en las almas y, si bien es sobre todo interior, no por eso es menos admirable.

Hemos visto que la santidad no es más que el desarrollo de la primera gracia, la gracia de adopción divina que se nos da en el Bautismo, como luego diremos, por la cual nos convertimos en hijos de Dios y hermanos de Jesucristo. El *quid* de toda santidad consiste en saber sacar de esa gracia inicial de la *adopción*, para hacerlos fructificar. todos los tesoros y riquezas que contiene y que Dios quiere extraigamos de ella. Cristo es, como hemos dicho, el modelo de nuestra filiación divina, el que nos la ha merecido del Padre, y el que ha establecido personalmente los cauces por los cuales nos llega.

Mas el desarrollo fecundo en nosotros de esta gracia que debemos a Jesús es obra de la Santísima Trinidad, aunque, no sin motivo, se atribuye especialmente al Espíritu Santo. ¿Por qué así? —Por lo mismo de siempre. La gracia de adopción es puramente gratuita, y tiene su fuente en el amor: «Contemplad cuán grande caridad nos ha mostrado Dios Padre, que ha querido que seamos llamados sus hijos y que en realidad lo seamos» (Jn 3,1). Ahora bien; en la Trinidad adorable, el Espíritu Santo es el amor sustancial, y por ello, San Pablo nos dice que la «caridad de Dios», o, lo que es lo mismo, la gracia que nos hace hijos de Dios, «la ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo», «porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Desde que por medio del Bautismo se nos infundió la gracia, el Espíritu Santo mora en nosotros con el Padre y el Hijo. «Si alguno me ama, tiene dicho Nuestro Señor, mi Padre le amará también y vendremos a él y en él fijaremos nuestra morada» (Jn 14,23). La gracia hace de nuestra alma templo de la Trinidad Santa, y nuestra alma, adornada con la gracia, es verdaderamente morada de Dios. En ella habita, no solamente como en todos los seres por su esencia y potencia, con que sostiene y conserva todas las criaturas en el ser, sino de un modo muy particular e íntimo, como objeto de conocimiento y de amor sobrenaturales. Mas porque la gracia nos une de tal modo a Dios, que ella es principio y medida de nuestra caridad, se dice especialmente que el Espíritu Santo es el que «mora en nosotros», no de un modo personal, que excluya la presencia del Padre y del Hijo, sino en cuanto procede por amor y es lazo de unión entre los dos. «En vosotros permanecerá y en vosotros morará» (Jn 14,17) decía nuestro Señor.— Aun en el hombre empecatado se advierten huellas del poder y sabiduría de Dios, mas sólo los justos, sólo los que estan en gracia comparten la caridad sobrenatural, de ahí que San Pablo dijera a los fieles: «¿No sabéis que sois templo del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios y está en vosotros?» (1Cor 6,19).

Mas, ¿qué hace ese Espíritu divino en nuestras almas, ya que, siendo Dios, siendo amor, no puede quedar ocioso? —Nos da primeramente testimonio de que «somos hijos de Dios» (Rm 8,16). Es espíritu de amor y de santidad, que, como nos ama, quiere también hacernos participantes de su santidad, para que seamos verdaderos y dignos hijos de Dios.

Con la gracia santificante, que deifica, por decirlo así, a nuestra naturaleza, capacitándola para obrar sobrenaturalmente, el Espíritu Santo deposita en nosotros energías y «hábitos» que elevan al nivel divino las potencias y facultades de nuestra alma; de ahí provienen las virtudes sobrenaturales y sobre todo las teologales de fe, esperanza y caridad, que son propiamente las virtudes características y específicas de los hijos de Dios; después, las virtudes morales infusas, que nos ayudan en la lucha contra los obstáculos que se cruzan en el camino del cielo; y, por fin, los dones.— Detengámonos en ellos siquiera algunos instantes.

El divino Salvador, nuestro modelo, los recibió también, como hemos visto, aunque con medida eminente y trascendental, o, mejor todavía, sin medida ni tasa. La medida de los dones en nosotros es limitada, pero aun así es tan fecunda, que obra maravillas de santidad en las almas en que abundan esos dones. ¿Por qué así? —Porque ellos sobre todo son los que perfeccionan nuestra adopción, como vamos a verlo.

¿Qué son, pues, los dones del Espíritu Santo? —Son, y ya el nombre lo indica, bienes gratuitos que el Espíritu nos reparte juntamente con la gracia santificante y las virtudes infusas.— La Iglesia nos dice en su liturgia que el mismo Espíritu Santo es el don por excelencia: «Don del Dios altísimo» [*Donum Dei altissimi*. Himno. *Veni Creator*], porque viene a nosotros desde el Bautismo para dársenos como prenda de amor. Pero ese don es divino y vivo; es un huésped que, lleno de largueza, quiere enriquecer al alma que le recibe.

Siendo El mismo el Don increado, es por lo mismo fuente de los dones creados que con la gracia santificante y las virtudes infusas habilitan al alma para vivir sobrenaturalmente de un modo perfecto.

En efecto, nuestra alma, aun adornada de la gracia y de las virtudes, no recupera aquel estado de primitiva integridad que Adán tuvo antes de pecar; la razón, sujeta ella misma a error, ve que su manto de reina se lo disputan el apetito inferior y los sentidos; la voluntad está expuesta a desfallecimientos. ¿Qué resulta de semejante estado de cosas? —Que en la obra capital de nuestra santificación nos vemos de continuo necesitados de acudir a la ayuda directa del Espíritu Santo. El puede dispensarnos esta ayuda por medio de sus inspiraciones, las cuales todas se encaminan a nuestro mayor perfeccionamiento y santidad. Mas para que sus inspiraciones sean bien acogidas por nosotros, despierta El mismo en nuestras almas ciertas disposiciones que nos hacen dóciles y moldeables: esas disposiciones son precisamente los dones del Espíritu Santo. [En Jesucristo la presencia de los dones no proviene de la necesidad de ayudar a la flaqueza de la razón y de la voluntad, como quiera que jamás estuvo

sujeto a error ni a flaqueza alguna; estos dones le fueron otorgados al alma de Jesús porque constituyen una perfección, y convenía que todo lo que dice perfección residiera en Jesucristo. Vimos más atrás la influencia que el Espíritu Santo ejerció con sus dones en el alma de Jesús]. Los dones no son, pues, las inspiraciones mismas del Espíritu Santo, sino las disposiciones que nos hacen obedecer pronta y fácilmente a esas inspiraciones.

Los dones disponen al alma para que pueda ser movida y dirigida en el sentido de su perfección sobrenatural, en el sentido de la filiación divina, y por ellos tiene un como instinto divino de lo sobrenatural. El alma, que en virtud de esas disposiciones se deja guiar por el Espíritu, obra con toda seguridad como cuadra a un hijo de Dios. En toda su vida espiritual piensa y obra de una forma «conveniente» desde el punto de vista sobrenatural. [*Dona sunt quædam perfectiones hominis quibus homo disponitur ad hoc quod sequatur instinctum Spiritus Sancti.* Santo Tomás, I-II, q.68, a.3]. El alma que es fiel a las inspiraciones del Espíritu Santo posee un tacto sobrenatural que la hace pensar y obrar con facilidad y presteza como hija de Dios. Comprendéis con esto que los dones inclinan al alma y la disponen a moverse en una atmósfera donde *todo* es sobrenatural; de la que todo lo natural queda excluido en cierto sentido. Por los dones, el Espíritu Santo tiene y se reserva la alta dirección de nuestra vida sobrenatural.

Todo esto es de importancia suma para el alma, puesto que nuestra santidad es esencialmente de orden sobrenatural. Verdad es que ya por las virtudes el alma en gracia obra sobrenaturalmente, pero obra de un modo conforme a su condición racional y humana por movimiento propio, por iniciativa personal; mas con los dones queda dispuesta a obrar directa y únicamente por la moción divina (guardando, dicho se está, su libertad, que se manifiesta por el asentimiento a la inspiración de lo alto), y esto de un modo que no se compagina siempre con su manera racional y natural de ver las cosas: La influencia de los dones es pues, en un sentido muy real, superior a la de las virtudes, a las que no reemplazan sin duda, pero cuyas operaciones completan maravillosamente. [*Dona a virtutibus distinguuntur in hoc quod virtutes perficiunt ad actus humano modo, sed dona ultra humanum modum.* S. Thom. Sent. III, dist. XXXIV, q.1, a.1.—*Donorum ratio propria est ut per ea quis super humanum modum operetur.* Sent. II, dist. XXXV, q.2, a.3].

Por ejemplo, los dones de *Entendimiento* y de *Ciencia* perfeccionan el ejercicio de la virtud de fe, y por ahí se explica que almas sencillas y sin cultura alguna, pero rectas y dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo, tengan unas convicciones tan arraigadas, una comprensión y una penetración de las cosas sobrenaturales que a veces causan asombro, y una especie de instinto espiritual que las pone en guardia contra el error y las permite adherirse tan resueltamente a la verdad revelada, que quedan al abrigo de toda duda. ¿De dónde proviene todo esto? ¿Del estudio y de un examen concienzudo de las verdades de su fe? —No, es obra del Espíritu Santo, del Espíritu de verdad, que perfecciona mediante

el don de *Inteligencia* o, de *Ciencia*, su virtud de fe. Como veis, los dones constituyen para el alma un tesoro inestimable a causa de su carácter puramente sobrenatural.— Los dones acaban de perfeccionar ese admirable organismo sobrenatural a través del cual Dios llama a nuestras almas a vivir la vida divina. Concedidos como son, en mayor o menor medida, a toda alma que vive en gracia, quedan en ella en estado permanente mientras no arrojamos por el pecado mortal al Huésped divino de donde dimanan. Pudiendo progresivamente acrecentarse, se extienden, además, a toda nuestra vida sobrenatural y la tornan sumamente fecunda, ya que por ellos se hallan nuestras almas bajo la acción directa y la influencia inmediata del Espíritu Santo.— Ahora bien, el Espíritu Santo es Dios con el Padre y el Hijo, y nos ama entrañablemente y quiere nuestra santificación; sus inspiraciones, que dimanan de un principio de bondad y de amor, no llevan otra mira que la de moldearnos de modo que nuestra semejanza con Jesús resulte más perfecta y cumplida.— De ahí que, aun cuando no sea éste su papel propio y exclusivo, los dones nos disponen también a aquellos actos heroicos por los que se manifiesta claramente la santidad.

¡Inefable bondad la de nuestro Dios, que nos provee con tanto cuidado y con tanta esplendidez de cuanto habemos menester para llegar a El! ¿No sería una ofensa, para el Huésped divino de nuestras almas, dudar de su bondad y amor, no confiar en su largueza, en su munificencia, o mostrarnos perezosos en aprovecharnos de ella?...

5. Doctrina de los dones del Espíritu Santo

Digamos ahora una palabra de cada uno de los dones. El número *siete* no constituye un límite, porque la acción de Dios es infinita, antes bien, indica plenitud, como otros muchos números bíblicos. Seguiremos simplemente el orden trazado por Isaías en su profecía mesiánica, sin tratar de establecer entre los dones gradación ni relaciones bien definidas, sino procurando únicamente explicar del mejor modo posible lo que es propio de cada uno.

El primero de los dones es el de *Sabiduría*. ¿Qué significa aquí Sabiduría? —«Es un conocimiento sabroso de las cosas espirituales, *sapida cognitio rerum spiritualium* un don sobrenatural para conocer o estimar las cosas divinas por el *sabor espiritual* que el Espíritu Santo nos da de ellas»; un conocimiento sabroso, íntimo y profundo de las cosas de Dios, que es precisamente lo que pedimos en la oración de Pentecostés: *Da nobis in eodem Spiritu recta sapere*. *Sapere* es tener, no ya sólo conocimiento, sino *gusto* de las cosas celestiales y sobrenaturales. No es, ni muchísimo menos, eso que se llama devoción sensible, sino más bien como una *experiencia* espiritual de la obra divina que el Espíritu Santo se digna realizar en nosotros; es la respuesta al «Gustad y ved cuán suave es el Señor» (Sal 33,9). Este don nos hace preferir sin vacilación a todas las alegrías de la tierra la dicha que es patrimonio exclusivo de los que

serven a Dios. El hace exclamar al alma fiel: «¡Qué deliciosas, Señor, son tus moradas! Un día pasado en tu casa vale por años pasados lejos de Ti» (*ib.* 83, 2-11). Mas es preciso para experimentar esto que huyamos con cuidado de todo cuanto nos arrastra a los deleites ilícitos de los sentidos.

El don de *Entendimiento* nos hace ahondar en las verdades de la fe. San Pablo dice que el «Espíritu que sondea las profundidades de Dios, las revela a quien le place» (1Cor 2,10). Y no es que este don amengue la incomprendibilidad de los misterios o que suprima la fe, sino que ahonda más en el misterio que el simple asentimiento de que le hace objeto la fe; su campo abarca las conveniencias y grandezas de los misterios, sus relaciones mutuas y las que tienen con nuestra vida sobrenatural. Se extiende asimismo a las verdades contenidas en los Libros Sagrados, y es el que parece haber sido concedido en mayor medida. El los que en la Iglesia han brillado por la profundidad de su doctrina, a los cuales llamamos «Doctores de la Iglesia», aunque todo bautizado posea también este precioso don. Leéis un texto de las divinas Escrituras, lo habréis leído y releído un sinnúmero de veces sin que haya impresionado a vuestro espíritu, pero un día brilla de repente una luz que alumbra. por decirlo así, hasta las más íntimas reconditeces de la verdad enunciada en este texto; esa verdad entonces os aparece clara deslumbradora, convirtiéndose a menudo en germen de vida y de actos sobrenaturales. ¿Habéis llegado a ese resultado por medio de vuestra reflexión? —No antes bien, una iluminación, una ilustración del Espíritu Santo, es la que, por el don de *Entendimiento*, os dio el ahondar más profundamente, en el sentido oculto e íntimo de las verdades reveladas para que las tengáis en mayor aprecio.

Por el don de *Consejo*, el Espíritu Santo responde a aquel suspiro del alma: «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Hch 9,6).— Ese don nos previene contra toda precipitación o ligereza, y, sobre todo, contra toda presunción, que es tan dañina en los caminos del espíritu. Un alma que no quiere depender de nadie, que tributa culto al yo, obra sin consultar previamente a Dios por medio de la oración, obra prácticamente como si Dios no fuera su Padre celestial, de donde toda luz dimana. «Todo don perfecto de arriba viene, del Padre de la luz» (Sant 1,17). Ved a nuestro divino Salvador, ved cómo dice que el Hijo, esto es, El mismo, nada hace que no vea hacer al Padre: «Nada puede hacer el Hijo por sí, fuera de lo que viere hacer al Padre» (Jn 5,10). El alma de Jesús contemplaba al Padre para ver en El el modelo, de sus obras, y el Espíritu de *Consejo* le descubría los deseos del Padre, de ahí que todo cuanto Jesús hacía agradaba a su Padre: «Siempre hago lo que agrada a mi Padre» (*ib.* 8,29). El don de *Consejo* es una disposición mediante la cual los hijos son capaces de juzgar las cosas a la luz de unos principios superiores a toda sabiduría humana. La prudencia natural, de suyo muy limitada, aconsejaría obrar de tal o cual modo, mas por el don de *Consejo* nos descubre el Espíritu Santo más elevadas normas de conducta por las que debe regirse el verdadero hijo de Dios.

No basta a veces conocer la voluntad de Dios; la naturaleza decaída ha menester a menudo energías para realizar lo que Dios quiere de nosotros; pues el Espíritu Santo, con su don de *Fortaleza*, nos sostiene en esos trances particularmente críticos.— Hay almas apocadas que temen las pruebas de la vida interior. Es imposible que falten semejantes pruebas; y aun puede decirse que serán tanto más duras cuanto a más altas cumbres estemos llamados. Pero no hay por qué temer; nos asiste el Espíritu de Fortaleza: «Permanecerá y habitará en vosotros» (Jn 14,17). Como los Apóstoles en Pentecostés, seremos también nosotros revestidos de la «fuerza de lo alto» (Lc 24,49), para cumplir generosos la voluntad divina, para obedecer, si es preciso, «a Dios antes que a los hombres» (Hch 4,19), para sobrellevar con denuedo las contrariedades que nos salgan al paso a medida que nos vamos allegando a Dios. Por eso rogaba con tantas veras San Pablo por sus caros fieles de Efeso, a fin de que «el Espíritu les diera la fuerza y la firmeza interior que necesitaban para adelantar en la perfección» (Ef 3,16). El Espíritu Santo dice a aquel a quien robustece con su fuerza lo que en otro tiempo dijo a Moisés cuando se espantaba de la misión que Dios le confiaba y que consistía en librar al pueblo hebreo del yugo faraónico. No temas, que «yo estaré contigo» (Ex 3,12). Tendremos a nuestra disposición la misma fortaleza de Dios. Esa, ésa es la fortaleza en que se forja el mártir, la que sostiene a las vírgenes; el mundo se pasma al verlos tan animosos, porque se figura que sacan las fuerzas de sí mismos, cuando en realidad su fortaleza es Dios.

El don de *Ciencia* nos hace ver las cosas creadas en su aspecto sobrenatural como sólo las puede ver un hijo de Dios.— Hay múltiples modos de considerar lo que está en nosotros o en nuestro contorno. Un descreído y un alma santa contemplan la naturaleza y la creación de muy diversa manera. El incrédulo no tiene sino ciencia puramente natural, por muy vasta y profunda que sea; el hijo de Dios ve la creación con la luz del Espíritu Santo y se le aparece como una obra de Dios donde se reflejan sus eternas perfecciones. Este don nos hace conocer los seres de la creación y nuestro mismo ser desde un punto de vista divinonos descubre nuestro fin sobrenatural y los medios más adecuados para alcanzarlo, pero con intuiciones que previenen contra las mentidas máximas del mundo y las sugerencias del espíritu de las tinieblas.

Los dones de *Piedad* y de *Temor de Dios* se completan entrambos mutuamente. El don de *Piedad* es uno de los más preciosos, porque concurre directamente a regular la actitud que hemos de observar en nuestras relaciones con Dios: mezcla de adoración, de respeto, de reverencia hacia una majestad que es divina; de amor, de confianza, de ternura, de total abandono y de santa libertad en el trato con nuestro Padre, que está en los cielos.— En vez de excluirse uno a otro, entrambos sentimientos pueden ir perfectamente hermanados, y el Espíritu Santo se encargará de enseñarnos el modo de armonizarlos. Así como en Dios no se excluyen el amor y la justicia, así en nuestra actitud de hijos de Dios hay cierta mezcla de reverencia inefable que nos hace prosternar ante la

majestad soberana y de amor tierno que nos mueve a arrojarnos confiados en los brazos bondadosos del Padre celestial. El Espíritu Santo concilia entre sí estos dos sentimientos, al parecer encontrados.— El don de *Piedad* produce otro fruto, y es tranquilizar a las almas tímidas (porque las hay), que temen, en sus relaciones con Dios, equivocarse en la elección de las «fórmulas» de sus oraciones; ese escrúpulo lo disipa el Espíritu Santo cuando se escuchan sus inspiraciones. El es «el Espíritu de verdad»; y si es una realidad, como dice San Pablo, que no sabemos orar cual conviene, el Espíritu está con nosotros para ayudarnos: «El ora dentro de nosotros con gemidos inenarrables» (Rm 8, 26-27).

Viene, por fin, el don de *Temor de Dios*.— ¿No es verdad que parece extraño que se encuentre en el vaticinio de Isaías sobre los dones del Espíritu Santo que adornarán el alma de Cristo aquella expresión: «Será hechido de espíritu de temor de Dios?» ¿Será esto posible? ¿Cómo Cristo, el Hijo de Dios, puede estar transido de temor de Dios? —Es que hay dos clases de temor: el temor que sólo mira al castigo que merece el pecado; temor servil, falto de nobleza, pero que a veces resulta provechoso.— Hay, en cambio, otro temor que nos hace evitar el pecado porque ofende a Dios, y éste es el temor filial, que es, a pesar de todo, imperfecto mientras vaya mezclado con temor de castigo. Huelga decir que ni uno ni otro tuvieron jamás asiento en el alma santísima de Cristo; en ella hubo sólo temor perfecto, temor reverencial, ese temor que tienen las ángelicas potestades ante la perfección infinita de Dios [*Tremunt potestates*. Prefacio de la Misa], este temor santo que se traduce en adoración: «Santo es el temor de Dios y existirá por los siglos de los siglos» (Sal 28,10). Si nos fuera dado contemplar la humanidad de Jesús, la veríamos anonadada de *reverencia* ante el Verbo al que esta unida. Esta es la reverencia que pone el Espíritu Santo en nuestras almas. El cuida de fomentarla en nosotros, pero moderándola y fusionándola en virtud del don de *Piedad*, con ese sentimiento de amor y de filial ternura, fruto de nuestra adopción divina que nos permite llamar a Dios ¡Padre! Ese don de *Piedad* imprime en nosotros, como en Jesús, la inclinación a relacionarlo todo con nuestro Padre, y a enderezarlo todo a El.

Esos son los dones del Espíritu Santo. Perfeccionan las virtudes, disponiéndonos a obrar con una seguridad sobrenatural, que constituye en nosotros como un instinto divino para percibir las cosas celestiales: por esos dones que el mismo Espíritu Santo deposita en nosotros, nos hace dóciles, nos perfecciona y desarrolla nuestra condición de hijos de Dios. «Los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios, esos tales son hijos de Dios» (Rm 8, 14). Al dejarnos, pues, guiar por ese espíritu de amor, cuando somos, en la medida de nuestra flaqueza, constantemente fieles a sus santas inspiraciones, a esos toques que nos llevan a Dios, a hacer en todo su gusto, entonces nuestra alma obra totalmente en consonancia con su adopción divina; entonces produce frutos que son término de la acción del Espíritu Santo en nosotros, a la vez que recompensa anticipada por nuestra fidelidad a la misma: Tal es su dulzura y suavidad.— Esos frutos los enumera ya San Pablo, y son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad,

bondad, longanimidad, dulzura, confianza, modestia continencia y castidad (Gál 5, 22-23). Esos frutos, dignos todos del Espíritu de amor y de santidad, son dignos también de nuestro Padre celestial, que encuentra en ellos su gloria: «Mi Padre resultará glorificado si vosotros dais abundante fruto» (Jn 15,8); dignos, en fin, de Jesucristo, que nos los mereció, y a quien el Espíritu Santo nos une. «si alguno permanece en mí y yo en él, ese dará abundante fruto» (*ib.* 5).

Hallábase Nuestro Señor en Jerusalén por la fiesta de los Tabernáculos, que era una de las más solemnes de cuantas celebraban los judíos, cuando levantando la voz en medio de las turbas, exclamó: «Si alguien tiene sed venga a Mí y beba, el que cree en Mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas». Y añade San Juan: «Esto lo, dijo Jesús del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en El» (*ib.* 7, 37-39). El Espíritu Santo, que nos es enviado por los méritos de Cristo, que como Verbo es el encargado de transmitirle, viene a resultar en nosotros el principio y el manantial de esos ríos de aguas vivas de la gracia que sacia nuestra sed hasta la vida eterna, esto es, que produce en nosotros frutos de vida perdurable [*Huiusmodi autem flumina sunt aquæ vivæ quia sunt continuatæ suo principio scilicet, Spiritui Sancto inhabitanti.* Santo Tomás, *In Joan.*, VII, lec. 5].

En espera de la bienaventuranza suprema, «esas aguas regocijan la ciudad de las almas que bañan». «La impetuosidad de la corriente del torrente refresca la ciudad de Dios» (Sal 45,5). Por eso dice San Pablo que todas las almas fieles que creen en Cristo «beben en un mismo Espíritu» (1Cor 12,33). De ahí también que la liturgia, eco de la doctrina de Jesús y del Apóstol, nos haga invocar al Espíritu Santo, que es a la vez el Espíritu de Jesús, como a «fuente de vida» (*Fons vivus.* Himno *Veni Creator*).

6. Nuestra devoción al Espíritu Santo: invocarle y ser fieles a sus inspiraciones

Tal es, pues, la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en las almas; acción santa como el principio divino de donde emana, acción que nos impulsa a santificarnos. Ahora bien, ¿cuál no será la devoción que hemos de tener a este Espíritu que mora en nuestras almas desde el Bautismo y cuya actividad en nosotros es de suyo tan honda y eficaz?

Ante todas las cosas, debemos *invocarle* con frecuencia. El es Dios, como el Padre y el Hijo; El también desea nuestra santidad, y es conforme al plan divino que acudamos al Espíritu Santo como acudimos al Padre y al Hijo ya que tiene el mismo poder y la misma bondad que ellos. La Iglesia, en esto, como en todo, nos sirve de guía, puesto que cierra el ciclo de las fiestas en las cuales se van como descorriendo los misterios de Cristo, con la solemnidad de la venida del Espíritu Santo, Pentecostés, y emplea, para implorar la gracia del Espíritu divino, oraciones admirables aspiraciones caldeadas de amor, cual es el *Veni Sancti Spiritus*. Debemos acudir a El y decirle: «Oh amor infinito, que procedes del Padre

y del Hijo, concédeme el Espíritu de adopción; enséñame a portarme siempre como verdadero hijo de Dios; quédate conmigo, y ande yo siempre contigo para amar como Tú amas; sin Ti nada soy; de mí nada valgo; pero así y todo, manténme siempre a tu lado, de modo que a través de Ti, esté siempre unido al Padre y al Hijo». Pidámosle siempre y con empeño creciente, participación más grande de sus dones, del *Sacrum Septenarium*.— Debemos también darle las más humildes y rendidas gracias. Si bien es verdad que Cristo nos lo mereció todo, también lo es que nos guía y nos dirige por su Espíritu, y de éste nos viene el raudal de gracias que nos hacen poco a poco semejantes a Jesús. ¿Cómo, pues, no hemos de demostrar a menudo agradecimiento a este Huésped cuya presencia amorosa y eficaz nos colma de riquezas y beneficios? He aquí el primer homenaje que hemos de tributar a ese Espíritu que es Dios con el Padre y el Hijo: creer con fe práctica que nos impulse a recurrir a El; creer en su divinidad, en su poder, en su bondad.

[Al decir que Cristo nos gobierna *por* su Espíritu, no entendemos que el Espíritu Santo sea un instrumento, siendo como es Dios y causa de la gracia; antes queremos indicar que el Espíritu Santo es (en nosotros) principio de gracia, que procede a su vez de un principio, del Padre y del Hijo; Jesucristo, en calidad de Verbo, nos envía al Espíritu Santo. Santo Tomás, I, q.45, a.6, ad 2]

Así pues, cuidémonos de *no contrariar su acción* en nosotros.— «No extingáis el Espíritu de Dios» (Tes 5,19), dice San Pablo; y también: «No contristéis al Espíritu Santo» (Ef 4,30). Como os dije, la acción del Espíritu Santo en el alma es muy delicada, porque es acción de remate, de perfeccionamiento; sus toques son toques de delicadeza suma. Debemos, pues, hacer lo posible para no estorbar con nuestras ligerezas la actuación del Espíritu Santo, ni con nuestra disipación voluntaria, ni con nuestra apatía, ni con nuestras resistencias advertidas y queridas, ni con el apego desmedido a nuestro propio parecer: «No seáis sabihondos» (Rm 12,16). Al entender en las cosas de Dios, no os fiéis de la humana sabiduría, porque el Espíritu Santo os abandonaría a vuestra prudencia natural, y bien sabéis que toda esta prudencia no es a los ojos de Dios sino pura «necedad» (1Cor 3,19).— La acción del Espíritu Santo es perfectamente compatible con aquellas flaquezas que se nos deslizan por descuido en la vida, de las cuales somos los primeros en lamentarnos; con nuestras enfermedades, nuestras servidumbres humanas, nuestras dificultades y tentaciones. Nuestra nativa pobreza no arredra al Espíritu Santo que es «Padre de los pobres» [*Pater pauperum*. Secuencia *Veni Sancte Spiritus*], como le llama la Iglesia.

Lo incompatible con su acción es la resistencia friamente deliberada a sus inspiraciones. ¿Por qué? —Primero, porque el espíritu procede por amor, es el amor mismo; y con todo eso, aunque el amor que nos tiene no conozca límites, aun cuando su acción sea infinitamente poderosa, el Espíritu Santo es respetuosísimo con nuestra libertad, no violenta nuestra voluntad. ¡Tenemos el triste privilegio de poder resistirle! Pero

nada contrista tanto al amor como el notar resistencia obstinada a sus requerimientos. Además, con sus dones, sobre todo, nos guía el Espíritu Santo por la senda de la santidad, y nos hace vivir como hijos de Dios; y precisamente con sus dones, impulsa y determina al alma a obrar.

«En los dones el alma, más que agente, es movida» [*In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota*. Santo Tomás, II-II, q.52, a.2, ad 1], pero esto no quiere decir que deba permanecer enteramente pasiva, sino que debe disponerse a la acción divina, escucharla, serle fiel sin tardanza.— Nada embota tanto la acción del Espíritu Santo en nosotros como la falta de flexibilidad frente a esos interiores movimientos que nos llevan a Dios, que nos mueven a observar sus mandamientos, a darle gusto, a ser caritativos, humildes y confiados: un «no» deliberado y rotundo, aun cuando se trate de cosas menudas, contraría la acción del Espíritu Santo en nosotros; con eso resulta menos intensa, menos frecuente, y el alma entonces no remonta su vuelo, y toda su vida sobrenatural es lánguida: «No contristéis al Espíritu».

Si esas resistencias deliberadas, voluntarias y maliciosas se multiplican, si degeneran en frecuentes y habituales, el Espíritu Santo se calla. El alma entonces, abandonada a sí misma y sin más norte ni sostén interior en el camino de la perfección, corre inminente riesgo de ser presa del príncipe de las tinieblas, y se extingue en ella la caridad. No apaguéis el Espíritu Santo, que es a manera de fuego de amor que arde en nuestras almas [*Spiritum nolite extinguere; Ignis, Himno Veni Creator. Et tui amoris ignem accende*. Misa de Pentecostés].

Seamos siempre generosos, fieles al «Espíritu de verdad», siquiera en la corta medida que es dad a nuestra flaqueza, porque El es también Espíritu de santificación. Seamos almas dóciles y sensibles a los toques de este Espíritu.— Si nos dejamos guiar de El, luego desarrollará plenamente en nosotros la gracia divina de la adopción sobrenatural que nos quiso dar el Padre, y que el Hijo nos mereció. ¡De qué alegría tan honda, de qué libertad interior gozan las almas que se entregan así a la acción del Espíritu Santo! Ese divino Espíritu nos hará rendir frutos de santidad agradables a Dios; artista divino como es de mano sumamente delicada, dará cima en nosotros a la obra de Jesús, o más bien formará a Jesús en nosotros, como formó un día su santa humanidad, a fin de que reproduzcamos en esta frágil naturaleza, mediante su acción, los rasgos de la filiación divina que recibimos en Jesucristo, para la gloria del Eterno Padre: «Jesucristo fue concebido en santidad, por obra del Espíritu Santo, destinado a ser Hijo de Dios por naturaleza; otros, en virtud del mismo Espíritu, se santifican para llegar a ser hijos de Dios por adopción» (Santo Tomás, III, q.32, a.1).

SEGUNDA PARTE

Fundamento y doble aspecto de la vida cristiana

1

La fe en Jesucristo, fundamento de la vida cristiana

La fe, primera disposición del alma, y cimiento de la vida sobrenatural

En las pláticas anteriores, que forman como una exposición de conjunto, he procurado explicaros la economía de los divinos designios, considerada en sí misma.

Hemos contemplado el plan eterno de nuestra predestinación adoptiva en Jesucristo: la realización de ese plan por la Encarnación, siendo Cristo, Hijo del Padre, a la vez nuestro modelo, nuestra redención y nuestra vida hemos tratado en fin de la misión de la Iglesia, que, guiada por el Espíritu Santo, prosigue en el mundo, la obra santificadora del Salvador.

La excelsa figura de Cristo domina todo este plan divino; en ella se fijan las ideas eternas; El es el *Alfa* y la *Omega*. Antes de su Encarnación en El convergen las figuras, símbolos, ritos y profecías, y después de su venida, todo también esta supeditado a El; es verdaderamente «el eje del plan divino».

También hemos visto cómo ocupa el *centro de la vida sobrenatural*.— Lo sobrenatural se encuentra primeramente en El: Hombre-Dios, humanidad perfecta, indisolublemente unida a una Persona divina, posee la plenitud de la gracia y de los celestiales tesoros, de los cuales mereció por su pasión y muerte ser constituido dispensador universal.

El es el camino, el único camino para llegar al Padre Eterno; «El que no anda por él, se extravía». «Nadie llega al Padre si no va a través del Hijo» (Jn 14,15); «fuera de ese fundamento por Dios preestablecido, no hay nada firme». «Nadie puede edificar sobre otra base...» (1Cor 3,2). Sin ese Redentor y la fe en sus méritos, no hay salvación posible, y menos todavía

santidad (Hch 4,12).— Cristo Jesús es la única senda, la única verdad, la única vida. Quien se aparta de ese camino, se aparta de la verdad, y busca en vano la vida: «Quien tiene al Hijo tiene la vida, y quien no tiene al Hijo carece de ella» (1Jn 5,12).

Vivir sobrenaturalmente es participar de esa vida divina, de la que Cristo es el depositario. De El nos viene el ser hijos adoptivos de Dios, y no lo somos sino en la medida en que somos conformes al que es por derecho Hijo verdadero y único del Padre, pero que quiere tener con El una multitud de hermanos por la gracia santificante. A esto se reduce toda la obra sobrenatural considerada desde el punto de vista de Dios.

Cristo vino a la tierra a realizarla: «Para que alcanzáramos la dignidad de hijos adoptivos» (Gál 4,5); para eso también transfirió a la Iglesia todos sus tesoros y poderes, enviándola de continuo el «Espíritu de Verdad» y de santificación para que dirija, guíe y perfeccione con su acción la obra santificadora hasta que el cuerpo místico llegue, al fin de los tiempos, a su entera perfección. La bienaventuranza misma, fin de nuestra sobrenatural adopción, no es sino una herencia que Cristo ha tenido a bien compartir con nosotros: «Herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rm 8,17).

De modo que Cristo es, y seguirá siendo, el único objeto de las divinas complacencias; y si un mismo amor abarca con eterna mirada a todos los elegidos que forman su reino, es sólo por El y en El. «Cristo ayer y hoy; Cristo por los siglos de los siglos» (Heb 13,8).

He aquí lo que hasta ahora hemos considerado. Pero de bien poco nos serviría el entretenernos en contemplar de una forma exclusivamente teórica y abstracta este plan divino en el que resplandece la sabiduría y bondad de nuestro Dios.

Hemos de *adaptarnos prácticamente a ese plan*, so pena de no pertenecer al reino de Cristo; de esto precisamente nos ocuparemos en las siguientes pláticas. Me esforzaré en mostraros de qué forma la gracia toma posesión de nuestras almas por el Bautismo; la obra de Dios que se va elaborando en nosotros; las condiciones de nuestra cooperación personal como criaturas libres, de modo que nos hagamos lo más dignos que sea posible de participar activamente de la vida divina.

Vamos a ver cómo el fundamento de todo este edificio espiritual es la fe en la divinidad de Nuestro Señor, y cómo el Bautismo, puerta de todos los sacramentos, imprime en toda nuestra existencia un doble carácter, de muerte y de vida: «de muerte al pecado» y de «vida en Dios».

En el admirable discurso que pronunció en la última Cena, la víspera de morir, y en el que parece recorrió el Señor un poquito el velo que nos oculta los secretos de la vida divina, nos dijo Jesús que «es una gloria para su Padre el que demos frutos abundantes» (Jn 15,8).

Procuremos desarrollar en nosotros esta cualidad de hijos de Dios cuanto podamos, porque así nos conformaremos con los designios eternos: pidamos a Cristo, Hijo único del Padre, y modelo nuestro, que nos

enseñe prácticamente, no sólo cómo vive El en nosotros, sino también cómo hemos nosotros de vivir en El; porque ahí está el secreto, ése es el único medio a nuestro alcance para ponernos en disposición de poder rendir los frutos copiosos por los cuales el Padre podrá considerarnos como a hijos suyos muy queridos. «Si alguien permanece en mí y yo en él, ese tal dará fruto abundante» (*ib.* 5).

He dicho, y quisiera que esa verdad quedase grabada en el fondo de vuestras almas, que toda nuestra santidad consiste en participar de la santidad de Jesucristo, Hijo de Dios. ¿De que modo lograremos esa participación? —Recibiendo en nosotros al mismo Jesucristo, que es la única fuente de esa santidad. San Juan, hablando de la Encarnación, nos dice que «todos los que han recibido a Jesucristo han recibido el poder de llegar a ser hijos de Dios». Pero, ¿cómo se recibe a Cristo, Verbo humanado? Primero y principalmente, por la fe: «A los que creen en su persona» (Jn 1,12).

Dícenos San Juan, por tanto, que la fe en Jesucristo es la que nos hace hijos de Dios, y no de otro modo se expresa San Pablo cuando dice. «Sois todos vosotros hijos de Dios mediante la fe en Jesucristo» (+Rm 3, 22-26). En efecto, por medio de la fe en la divinidad de Jesucristo, nos identificamos con El, le aceptamos tal cual es, Hijo de Dios y Verbo encarnado; la fe nos entrega a Cristo; y Jesucristo, a su vez, introduciéndonos en el dominio de lo, sobrenatural, nos presenta y ofrece a su Padre.— Y cuanto más perfecta, profunda, viva y constante sea la fe en la divinidad de Cristo, tanto mayor derecho tendremos, en calidad de hijos de Dios, a la participación de la vida divina. Recibiendo a Cristo por la fe, llegamos a ser por la gracia lo que El es por naturaleza, hijos de Dios; y entonces esa nuestra condición de hijos reclama de parte del Padre celestial una infusión de vida divina; nuestra calidad de hijos de Dios es como una oración continua: *a* ¡Oh Padre santo, dadnos el pan nuestro de cada día, es decir, la vida divina, cuya plenitud reside en vuestro Hijo!»

Hablemos, pues, de la fe.— La fe constituye la primera disposición que se exige de nosotros en nuestras relaciones con Dios: «El primer contacto del hombre con Dios es por la fe» [*Prima coniunctio hominis ad Deum per fidem*. Santo Tomás, IV Sent., dist. 39, a. 6, ad 2; *Est aliquid primum in virtutibus directum per quod scilicet iam ad Deum acceditur. Primus autem accessus ad Deum est per fidem*. II-II, q.161, a.5, ad 2. +II-II, q.4, a.7, et q.23, a.8]. Lo mismo dice San Agustín: «La fe es la que se encarga en primer término de sujetar el alma a Dios» [*Fides est prima quæ subiugat animam Deo. De agone christiano*, cap.III, n^o.14]. Y San Pablo añade: «Es necesario que los que aspiran a acercarse a Dios empiecen por creer ya que sin fe es imposible agradarle» (Heb 11,5-6); y más imposible aún el llegar a gozar de su amistad y permanecer hijos suyos» [*Impossibile est ad filiorum eius consortium pervenire*. Conc. Trid., Sess. VI, cap.8].

Como veis, la materia no es ya sólo importantísima sino vital.— No comprenderemos nada de la vida espiritual ni de la vida divina en nuestras almas, si no advertimos que se halla toda ella «fundada en la fe»

(Col 1,23), en la convicción íntima y profunda de la divinidad de Jesucristo. Pues, como dice el Sagrado Concilio de Trento: «La fe es raíz y fundamento de toda justificación y, por consiguiente, de toda santidad» [*Fides est humanæ salutis initium, fundamentum et radix omnis iustificationis*. Sess. VI, cap.8].

Veamos ahora lo que es la fe, su objeto y de qué forma se manifiesta.

1. Cristo exige la fe como condición previa de la unión con él

Consideremos lo que ocurría cuando Jesucristo vivía en Judea.— Veremos, al recorrer el relato de su vida en los Evangelios, que es la fe lo que ante todas las cosas reclama de cuantos a El se dirigen.

Leemos que cierto día dos ciegos le seguían gritando: «Hijo de David, ten piedad de nosotros». Jesús deja que se le acerquen, y les dice: «¿Creéis que puedo curaros?» A lo que responden: « Sí, Señor». Entonces tócales los ojos y les devuelve la vista, diciendo: «Hágase conforme a vuestra fe» (Mt 9, 27-30). Del mismo modo, luego de su Transfiguración, encuentra, al pie de la montaña del Tabor, a un padre que le suplica que cure a su hijo poseído del demonio. Y, ¿qué le dice Jesús? «Si puedes creer, todo es posible al que crees». No hizo falta más para que el desventurado padre exclamara: «Creo, Señor pero ayudad la flaqueza de mi fe» (*ib.* 17, 14-19; Mc 9, 16-26; Lc 9, 38-43). Y Jesús liberta al niño. Al pedirle el jefe de la sinagoga que resucite a su hija, no es otra la respuesta que éste recibe de Jesucristo: «Cree tan sólo y será salvada» (Lc 8,50).— Muy a menudo resuena esta palabra en sus labios; frecuentemente le oímos decir: «Id, vuestra fe os ha salvado, vuestra fe os ha curado». Se lo dice al paralítico, se lo dice a la mujer enferma doce años hacía y que acababa de ser curada por haber tocado con fe su manto (Mc 5, 25-34).

Como condición indispensable de sus milagros requiere la fe en El aun tratándose de aquellos a quienes más ama. Reparad en que cuando Marta, hermana de Lázaro, su amigo, a quien pronto resucitará, le da a entender que hubiera muy bien podido impedir la muerte de su hermano, Jesucristo le dice que resucitará Lázaro, pero quiere, antes de obrar el prodigio, que Marta haga un acto de fe en su persona: «Yo soy la Resurrección y la Vida. ¿Lo crees así?» (Jn 11, 25-26; +40 y 42).

Limita deliberadamente los efectos de su poder allí donde no encuentra fe; el Evangelio nos dice expresamente que en Nazaret «no hizo muchos milagros por razón de la incredulidad de sus moradores» (Mt 13,58). Diríase que la falta de fe paraliza, si así puedo expresarme, la acción de Cristo.

En cambio, allí donde la encuentra, nada sabe rehusar, y se complace en hacer públicamente su elogio con verdadero calor. Cierta día que Jesús estaba en Cafarnaúm, un pagano, un oficial que mandaba una compañía de cien hombres se le aproxima y le pide la curación de uno de sus servidores enfermo. Dícele Jesús: «Iré y le curaré». Pero el centurión le

responde al punto: «Señor, no os toméis semejante molestia, que no soy digno de que entréis en mi tienda; decid simplemente una palabra y curará mi servidor; yo mismo tengo soldados a mis órdenes; y digo a éste: vete, y va; a aquel otro: vente, y viene; a mi criado: haz esto, y lo hace. Así, también bastará que digáis Vos una palabra, que conjuréis a la enfermedad para que desaparezca, y desaparecerá». ¡Qué fe la de este pagano! Por eso Jesucristo, aun antes de pronunciar la palabra libertadora, manifiesta el gozo que semejante fe le causa: «En verdad, que ni siquiera entre los hijos de Israel he podido encontrar una fe semejante. Debido a ello, vendrán los gentiles a tomar asiento en el festín de la vida eterna, en el reino de los Cielos, mientras que los hijos de Israel, llamados los primeros al banquete, serán arrojados a causa de su incredulidad». Y dirigiéndose al centurión: «Vete, le dice, y suceda confofme has creído» (*ib.* 8, 1-13; Lc 7, 1-10).

Tanto agrada a Jesús la fe, que ella acaba por obtener de El lo que no entraba en sus intenciones conceder.— Tenemos de ello un ejemplo admirable en la curación pedida por una mujer cananea. Nuestro Señor había llegado a las fronteras de Tiro y Sidón, región pagana. Habiéndole salido al encuentro una mujer de aquellos contornos, comenzó a exclamar en alta voz: «Tened piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija es cruelmente atormentada por el demonio». Jesús, al principio, no le hace caso, y en vista de ello, sus discípulos instanle, diciendo: «Despachadla pronto, después de otorgarle lo que pide pues no deja de importunarnos con sus gritos». «Mi misión, les responde Cristo, es la de predicar solamente a los judíos». —A sus Apóstoles reservaba la evangelización de los paganos.— Pero he aquí que la buena mujer se postra a sus pies. «Señor, vuelve a decirle, socórreme». Y Jesús vuelve igualmente a replicar lo mismo que a los Apóstoles, bien que empleando una locución proverbial, en uso por aquel entonces, para distinguir a los judíos de los paganos.

No es lícito tomar el pan de los hijos para darlo a los perros. Al oír esto, exclama ella, animada por su fe: «Cierto, Señor; pero los cachorritos comen al menos las migajas que caen de la mesa de sus amos». Jesús, conmovido ante semejante fe, no puede menos de alabarla y concederle al punto lo que solicita: «¡Oh mujer, tu fe es grande; hágase según tus deseos!» Y a la misma hora fue curada su hija (Mt 15, 22-28).

Trátase en la mayor parte de estos ejemplos, sin duda ninguna, de curaciones corporales; pero del mismo modo, y debido también a la fe, perdona Nuestro Señor los pecados y concede la vida eterna.— Considerad lo que dice a Magdalena, cuando la pecadora se arroja a sus pies y los riega con sus lágrimas: «Tus pecados han sido perdonados». La remisión de los pecados es, a no dudar, una gracia de orden puramente espiritual. Ahora bien, ¿por qué razón Jesucristo devuelve a Magdalena la vida de la gracia? —Por su fe. Jesucristo dicele exactamente las mismas palabras que a los que curaba de sus enfermedades corporales: «Vete; tu fe te ha salvado» (Lc 7,50).— Vengamos por fin, al Calvario. ¡Qué magnífica

recompensa promete al Buen Ladrón, atendiendo a su fe! Probablemente era un bandido este ladrón; pero en la cruz, y cuando todos los enemigos de Cristo le agobian con sus sarcasmos y mofas: «Si realmente es, como lo dijo, el Hijo de Dios descienda de la cruz, y creeremos en El», el ladrón confiesa la divinidad de Cristo, al que ve abandonado de sus discípulos, y muriendo en un madero, puesto que habla a Jesus de «su reino», precisamente en el momento en que va a morir, y le pide un asiento en ese reino. ¡Qué fe en el poder de Cristo agonizante! ¡Cómo le llega a Jesucristo al corazón! «En verdad, tú estarás hoy conmigo en el Paraíso». Le perdona sólo por esta fe todos sus pecados, y le promete un lugar en su reino eterno. La fe era la primera virtud que Nuestro Señor exigía de los que se le acercaban, y la primera que ahora reclama de nosotros.

Cuando antes de su Ascensión a los Cielos envía a los Apóstoles a continuar su misión por el mundo, lo que exige es la fe; y podemos decir que en ella cifra la realización de la vida cristiana: «Id, enseñad a todas las naciones... el que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, será condenado». ¿Quiere esto decir que basta sólo la fe? -No; los Sacramentos y la observancia de los Mandamientos son igualmente necesarios, pero un hombre que no cree en Jesucristo, nada tiene que ver con sus Mandamientos ni con los Sacramentos. Por otra parte, si nos acercamos a sus Sacramentos, si observamos sus preceptos, es debido a que creemos en Jesucristo; por consiguiente, la fe es la base de nuestra vida sobrenatural.

La gloria de Dios exige de nosotros que durante el tiempo de nuestra vida terrenal le sirvamos en la fe. Ese es el homenaje que espera de nosotros y que constituye toda nuestra prueba, antes de llegar a la meta final. Llegará un día en que habremos de ver a Dios cara a cara; su gloria entonces consistirá en comunicarse plenamente en todo su esplendor y en toda la claridad de su eterna bienaventuranza; pero mientras estemos aquí abajo, entra en el plan divino que Dios sea para nosotros un Dios oculto; aquí abajo, quiere Dios ser conocido, adorado y servido en la fe; cuanto más extensa, viva y práctica sea ésta, tanto más agradables nos haremos a las divinas miradas.

2. Naturaleza de la fe: asentimiento al testimonio de Dios proclamando que Jesús es su Hijo

Pero me diréis: ¿en qué consiste la fe?—Hablando en general puede decirse que la fe es una adhesión de nuestra inteligencia a la palabra de otro. Cuando un hombre íntegro y leal nos dice una cosa, la admitimos, tenemos *fe* en su palabra; dar su palabra a alguien es darse uno mismo.

La fe sobrenatural es la adhesión de nuestra inteligencia, no a la palabra de un hombre, sino a la palabra de Dios.—Dios no puede ni engañarse ni engañarnos; la fe es un homenaje que se tributa a Dios considerado como verdad y autoridad supremas.

Para que este homenaje sea digno de Dios, debemos someternos a la autoridad de su palabra, cualesquiera que sean las dificultades que en ello encuentre nuestro espíritu. La palabra divina nos afirma la existencia de misterios que superan nuestra razón; la fe puede sernos exigida en cosas que los sentidos y la experiencia parecen presentarnos de muy distinta manera a como nos las presenta Dios; pero Dios exige que nuestra convicción en la autoridad de su revelación sea tan absoluta, que si toda la creación nos afirmara lo contrario, dijéramos a Dios, a pesar de todo: «Dios mío, creo, porque Tú lo has dicho».

Crear, dice Santo Tomás, es dar, bajo el imperio de la voluntad, movida por la gracia, el asentimiento, la adhesión de nuestra inteligencia a la verdad divina [*Ipsium autem credere est actus intellectus assentientis veritati divinæ ex imperio voluntatis sub motu gratiæ*. II-II, q.2, a.9].

El espíritu es el que cree, pero no por eso está ausente el corazón; y Dios nos infunde en el Bautismo, para que cumplamos este acto de fe, un poder, una fuerza, un «hábito»: la virtud de fe, por la cual se mueve nuestra inteligencia a admitir el testimonio divino por amor a su veracidad. En esto reside la esencia misma de la fe, bien que esta adhesión y este amor comprendan, naturalmente, un número de grados infinito.— Cuando el amor que nos inclina a creer, nos arrastra de un modo absoluto a la plena aceptación, teórica y práctica, del testimonio de Dios, nuestra fe es perfecta, y, como tal, obra y se manifiesta en la caridad [*Fides nisi ad eam spes accedat et caritas neque unit perfecte cum Christo, neque corporis eius vivum membrum efficit*. Conc. Trid., sess. VI, cap.7].

Ahora bien, ¿cuál es, en concreto, ese testimonio de Dios que debemos aceptar por la fe? —Helo aquí en resumen: *Que Cristo Jesús es su propio Hijo, enviado para nuestra salvación y nuestra santificación*.

Sólo en tres ocasiones oyó el mundo la voz del Padre, y las tres para escuchar que Cristo es su Hijo, su único Hijo, digno de toda complacencia y de toda gloria: «Escuchadle» (Mt 3,17; 17,5; Jn 12,28). Este es, según lo dijo nuestro Señor mismo, el testimonio de Dios al mundo cuando le dio su Hijo. «El Padre que me envió es quien dio testimonio de mí» (Jn 5,37. Véase todo el pasaje desde el v. 31).— Y para confirmar este testimonio, Dios ha dado a su Hijo el poder de obrar milagros: le ha resucitado de entre los muertos. Nuestro Señor nos dice que la vida eterna está supeditada a la aceptación plena de este testimonio. «Esta es la voluntad del Padre que me envió: que todo el que vea y crea en el Hijo, tenga la vida eterna» (Ib 6,40. +17,21); e insiste con frecuencia sobre este punto: «En verdad os digo que quienquiera que crea en Aquel que me envió, tiene la vida eterna... ha pasado de la muerte a la vida» (ib. 5,24).

Abundando en el mismo sentimiento, escribe San Juan palabras como éstas, que no nos cansaremos nunca de meditar: «Tanto amó Dios al mundo, que llegó a darle su único Hijo». ¿Y para qué se lo dio? «Para que todo el que crea en El no, perezca, antes bien, tenga la vida eterna», y añade a guisa de explicación: «Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para

juzgar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve; quien cree en El, no es condenado, pero el que no cree, ya está condenado por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios» (Jn 3, 16-18). «Juzgar» tiene aquí, como hemos traducido, el sentido de condensar, y San Juan dice que quien no cree en Cristo ya está condenado; fijaos bien en esta expresión: «Ya está condenado»; lo que equivale a enseñar que el que no tiene fe en Jesucristo en vano procurará su salvación: su causa está va desde ahora juzgada. El Padre Eterno quiere que la fe en su Hijo, por El enviado, sea la primera disposición de nuestra alma y la base de nuestra salvación. «Quien cree en el Hijo tiene la vida eterna, mas quien no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él» (*ib.* 3,36).

Atribuye Dios tal importancia a que creamos en su Hijo, que su cólera *permanece* –nótese el tiempo presente: «permanece» desde ahora y siempre– sobre aquel que no cree en su Hijo. ¿Qué significa todo esto? Que la fe en la divinidad de Jesús es, en conformidad con los designios del Padre, el primer requisito para participar de la vida divina; creer en la divinidad de Jesucristo implica creer en todas las demás verdades reveladas. Toda la Revelación puede considerarse contenida en este supremo testimonio que Dios nos da de que Jesucristo es su Hijo; y toda la fe, puede decirse que se halla igualmente implícita en la aceptación de este testimonio. Si, en efecto, creemos en la divinidad de Jesucristo, por el hecho mismo creemos en toda la revelación del Antiguo Testamento que encuentra toda su razón de ser en Cristo; admitimos también toda la revelación del Nuevo Testamento, ya que todo cuanto nos enseñan los Apóstoles y la Iglesia no es sino el desarrollo de la revelación de Cristo.

Por tanto, el que acepta la divinidad de Cristo abraza, al mismo tiempo, el conjunto de toda la Revelación; Jesucristo es el Verbo encarnado; el Verbo expresa a Dios, tal cual Dios es, todo lo que El sabe de Dios; este mismo Verbo se encarna y se encarga de dar a conocer a Dios en el mundo (*ib.* 1,18). y cuando mediante la fe recibimos a Cristo, recibimos toda la Revelación.

De modo que la convicción íntima de que nuestro Señor es verdaderamente Dios constituye el primer fundamento de toda la vida espiritual; si llegamos a comprender bien esta verdad y extraemos las consecuencias prácticas en ella implicadas, nuestra vida interior estará llena de luz y de fecundidad.

3. La fe en la divinidad de Jesucristo es el fundamento de nuestra vida interior; el Cristianismo es la aceptación de la divinidad de Cristo en la Encarnación

Insistamos algo más en esta importantísima verdad. Durante la vida mortal de Jesucristo, su divinidad estaba oculta bajo el velo de la humanidad; era objeto de fe hasta para quienes vivían con El.

Sin duda que los judíos se percataban de la sublimidad de su doctrina. «¿Qué hombre, decían, ha hablado jamás como este Hombre?» (Jn 7,46). Veían «obras que sólo Dios puede hacer» (*ib.* 3,2). Pero veían también que Cristo era hombre; y nos dicen que ni sus mismos convecinos, que no le habían conocido fuera del taller de Nazaret, creían en El, a pesar de todos sus milagros (*ib.* 7,5).

Los Apóstoles, aun cuando eran sus continuos oyentes, no veían su divinidad. En el episodio mencionado ya, en el cual vemos a nuestro Señor preguntar a sus discípulos quién es El, le contesta San Pedro: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Pero nuestro Señor advierte al punto que San Pedro no hablaba de aquel modo porque tuviera la evidencia natural, sino únicamente por razón de una revelación hecha por el Padre; y a causa de esta revelación, le proclama bienaventurado.

Más de una vez también, leemos en el Evangelio, que contendían los judíos entre sí con respecto a Cristo.— Por ejemplo: Con ocasión de la parábola del buen pastor que da la vida voluntariamente por sus ovejas, decían unos: «Está poseído del demonio; ha perdido el sentido: ¿por qué le escucháis?» Otros, en cambio, replicaban: «Reflexionemos un poco: ¿Acaso sus palabras son las de un poseído del demonio?» Y añadían, aludiendo al milagro del ciego de nacimiento curado por Jesús algunos días antes: «¿Por ventura un demonio puede abrir los ojos de un ciego?»

Algunos judíos, queriendo entonces saber a qué atetenerse, rodean a Jesús y le dicen: «¿Hasta cuándo nos vas a tener sin saber a qué carta quedarnos? Si eres Tú el Cristo, dínoslo francamente». Y, ¿qué es lo que les responde Jesús nuestro Señor? —«Ya os lo he dicho, y no me creéis, las obras que hago, en nombre de mi Padre dan testimonio de Mí», y añade: «Pero no me creéis porque no sois del número de mis ovejas; mis ovejas oyen mi voz; las conozco, y ellas me siguen, les he dado la vida eterna, y no han de perecer nunca, ni nadie podrá arrebatármelas; nadie las arrebatará de la mano de mi Padre que me las ha dado, pues mi Padre y Yo somos uno». Entonces los judíos, tomándole por blasfemo, ya que osaba proclamarse igual a Dios, reúnen piedras para apedrearle. Y como Jesús les preguntara por qué obraban de semejante modo: «Te apedreamos, le responden, a causa de tus blasfemias, pues pretendes ser Dios, cuando no eres más que hombre». ¿Cuál es la respuesta de Jesús? ¿Desmiente el reproche? -No; antes al contrario, lo confirma, certísimamente, es lo que piensan: igual al Padre; han comprendido bien sus palabras, pero se complace en afirmarlas de nuevo: es el Hijo de Dios, «ya que, dice, hago las obras de mi Padre, que me envió y además por la naturaleza divina “el Padre está en Mí y yo en el Padre”» (Jn 10, 37-38).

Así, pues, como veis, la fe en la divinidad de Jesucristo constituye para nosotros, como para los judíos de su tiempo, el primer paso para la vida divina: creer que Jesucristo es Hijo de Dios, Dios en persona, es la primera condición requerida para poder figurar en el número de sus ovejas, para poder ser agradable a su Padre. Esto es, ciertamente, lo que de nosotros reclama el Padre: Esta es la voluntad de Dios: «que creáis en Aquel a quien

El ha enviado» (*ib.* 6,29). No es otra cosa el Cristianismo sino la afirmación, con todas sus consecuencias doctrinales y prácticas, aun las mas remotas, de la divinidad de Cristo en la Encarnación. El reinado de Cristo, y con él la santidad se establecen en nosotros en la medida de la pureza, esplendor y plenitud de nuestra fe en Jesucristo. Reparad y veréis cómo la santidad es el desenvolvimiento de nuestra condición de hijos de Dios. Ahora bien: por la fe, sobre todo, nacemos a esa vida de gracia que nos hace hijos de Dios: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo ese tal es hijo de Dios» (1Jn 5,1). No llegaremos a ser en realidad verdaderos hijos de Dios, mientras nuestra vida no se halle fundamentada en esta fe. El Padre nos da a su Hijo a fin de que sea todo para nosotros: nuestro modelo, nuestra santificación, nuestra vida: «Recibid a mi Hijo, pues en El lo encontraréis todo»: «¿Cómo juntamente con su Hijo no nos iba a dar todas las demás cosas?» (Rm 8,32). «Recibiéndole, me recibís a Mí, y llegáis por medio de El y en El a ser hijos míos amadísimos». Que es lo mismo que decía nuestro Señor: «El que en Mí cree, no solamente tiene fe en Mí, sino que ésta se remonta hasta el Padre que me envié» (Jn 12,44).

Leemos en San Juan: «si recibimos el testimonio de los hombres», si creemos razonablemente lo que los hombres nos afirman, «todavía mucho mayor que el testimonio humano es el testimonio de Dios»; y, repitámoslo una vez más: ese testimonio de Dios no es otro que el testimonio que el Padre ha dado de que Cristo es su Hijo. «Quien cree en el Hijo de Dios, posee en sí mismo ese testimonio de Dios; y, por el contrario, quien no cree en el Hijo, le tacha de mentiroso, ya que no cree en el testimonio dado por Dios respecto a su Hijo» (1Jn 5, 9-10). Estas palabras encierran una profunda verdad. Porque, ¿en qué consiste este testimonio? «En habernos dado Dios la vida eterna que reside en el Hijo; de suerte que, quien tiene al Hijo, tiene la vida; y quien no le tiene, tampoco tiene la vida» (Ib 11-12). ¿Qué significan estas palabras?

Para comprenderlo, debemos remontarnos apoyados en la luz de la Revelación, hasta la misma fuente de la vida en Dios.— Toda la vida del Padre en la Santísima Trinidad consiste en «decir» su Hijo, su *Verbo* - palabra-, en engendrar, mediante un acto único, simple, eterno, un Hijo semejante a El, al que pueda comunicar la plenitud de su ser y de sus perfecciones. En esta *Palabra*, infinita como El, en este Verbo único y eterno, no cesa el Padre de reconocer a su Hijo, su propia imagen, «el esplendor de su gloria».— Y toda palabra, todo testimonio que Dios nos da exteriormente sobre la divinidad de Cristo, por ejemplo: él que nos dio en el bautismo de Jesús: «He ahí mi Hijo amadísimo», no es sino el eco en el mundo sensible del testimonio que se da el Padre a Sí mismo en el santuario de la divinidad, expresado por una palabra en la que todo El se encierra y que es su vida íntima.

Por tanto, al recibir ese testimonio del Padre Eterno, al decir a Dios: «Este niño reclinado en un pesebre es vuestro Hijo; le adoro y me entrego todo a El; este adolescente que trabaja en el taller de Nazaret es vuestro

Hijo; le adoro; este hombre, crucificado en el Calvario, es vuestro Hijo; yo le adoro; ese fragmento de pan son las apariencias bajo las que se oculta vuestro Hijo; le adoro en ellas», al decir a Jesucristo mismo: «Eres el Cristo, Hijo de Dios», y al postrarnos ante El, rindiéndole todas nuestras energías, cuando todas nuestras acciones están de acuerdo con esta fe y brotan de la caridad, que hace perfecta la fe; entonces, nuestra vida toda conviértese en eoo de la vida del Padre que «expresa» eternamente a su Hijo en una palabra infinita; porque siendo esta «expresión» del Hijo por parte del Padre constante, no cesando jamás, abarcando todos los tiempos, siendo un presente eterno, al «expresar» nosotros nuestra fe en Cristo, nos asociamos a la misma vida eterna de Dios. Esto es lo que nos dice San Juan: «El que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios, tiene el testimonio de Dios consigo», ese testimonio mediante el cual el Padre *dice* su Verbo.

4. Ejercicio de la virtud de la fe; fecundidad de la vida interior basada en la fe

Por mucho que los multiplicáramos, no repetiríamos nunca bastante estos actos de fe en la divinidad de Cristo.— Esta fe la hemos recibido en el Bautismo, y no debemos dejarla enterrada ni adormecida en el fondo del corazón; antes por el contrario, hemos de pedir a Dios que nos la aumente; debemos ejercitarla nosotros mismos, con la repetición de actos.— Y cuanto más pura y viva sea, tanto más penetrará nuestra existencia y tanto más sólida, verdadera, luminosa, segura y fecunda será nuestra vida espiritual. *Pues la convicción profunda de que Cristo es Dios y que nos ha sido dado, contiene en sí toda nuestra vida espiritual*: de esa íntima convicción nace nuestra santidad como de su fuente, y cuando la fe es viva, penetra por entre el velo de la humanidad que oculta a nuestras miradas la divinidad de Cristo. Ora se nos muestre sobre un pesebre bajo la forma de débil niño; ora en un taller de obrero; ora profeta, blanco siempre de las contradicciones de sus enemigos; ora en las ignominias de una muerte infame, o ya bajo las especies de pan y vino, la fe nos dice con invariable certidumbre que siempre es el Hijo de Dios, el mismo Cristo, Dios y Hombre verdadero, igual al Padre y al Espíritu Santo en majestad, en poder, en sabiduría, en amor. Cuando llega a ser profunda esta convicción, entonces nos arrastra a un acto de intensa adoración y de abandono en la voluntad de aquel que, bajo el velo del hombre, permanece lo que es, Dios todopoderoso y perfección infinita.

Debemos, si no lo hemos hecho hasta ahora, postrarnos a los pies de Cristo, y decirle: «Señor Jesús, Verbo Encarnado, creo que eres Dios; verdadero Dios engendrado del Dios verdadero; no veo tu divinidad, pero desde el momento que tu Padre me dice: «Este es mi Hijo muy amado», creo y porque creo quiero someterme todo entero a ti, cuerpo, alma, juicio, voluntad, corazón, sensibilidad, imaginación, mis energías todas; quiero que en mí se realicen las palabras del Salmista: «Que todas las cosas os

estén sometidas a título de homenaje; «Todo lo rendiste a sus pies» (Sal 8,8; +Heb 2,8); quiero que seas mi jefe, que tu Evangelio sea mi luz, y tu voluntad mi guía; no quiero ni pensar de otro modo que tú, pues eres verdad infalible, ni obrar de otro modo que lo quieres tú, pues eres el único camino que lleva al Padre, ni buscar contento y alegría fuera de tu voluntad, ya que eres la fuente misma de la vida. «Poséeme todo entero, por tu Espíritu, para gloria del Padre».—Con este acto de fe, ponemos el verdadero fundamento de nuestra vida espiritual: «Nadie puede poner otro fundamento que el ya puesto, esto es, Cristo Jesús» (1Cor 3,11. +Col 2,6).

Si renovamos con frecuencia este acto, entonces, Cristo como dice San Pablo, «habita en nuestros corazones» (Ef 3,17), o lo que es lo mismo, reina de un modo permanente, como maestro y rey de nuestras almas; llega, en una palabra, a ser en nosotros, por medio de su Espíritu, el principio de la vida divina. Renovemos, por consiguiente, lo más a menudo que podamos, este acto de fe en la divinidad de Jesús, seguros de que, cada vez que así lo hacemos, consolidamos más y más el fundamento de nuestra vida espiritual, haciéndolo poco a poco inconvencible.— Al entrar en una iglesia y ver la lamparita que luce ante el sagrario, y anuncia la presencia de Jesucristo, Hijo de Dios, sea nuestra genuflexión algo más que una simple ceremonia hecha por rutina, sea un homenaje de fe interna y de profunda adoración a nuestro Señor, cual si le viéramos en el esplendor de su gloria; al cantar o recitar en el *Gloria* de la Misa todas estas alabanzas y estas súplicas a Jesucristo: «Señor Dios, Hijo de Dios, Cordero de Dios, que a la diestra del Padre estás sentado. Tú solo eres Santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo, junto con el Espíritu Santo en la infinita gloria del Padre, entonces, digo, salgan esas alabanzas antes del corazón que de los labios; al leer el Evangelio, hagámoslo con la convicción de que quien en él habla es el Verbo de Dios, luz y verdad infalibles que nos revela los secretos de la divinidad, al cantar en el *Credo* la generación eterna del Verbo, a la que había de unirse la humanidad, no nos detengamos en la corteza del sentido de las palabras o en la belleza del canto; por el contrario, escuchemos en ellas el eco de la voz del Padre que contempla a su Hijo y atestigua que es igual a El: *Filius meus es tu, ego hodie genui te*; al cantar: *Et incarnatus est*, «y se encarnó», inclinemos interiormente todo nuestro ser en un acto de anonadamiento ante el Dios que se hizo Hombre y en quien puso el Padre todas sus complacencias; al recibir a Jesús en la Eucaristía, lleguémonos con tan profunda reverencia cual si cara a cara le viésemos presente.

Tales actos, repetidos, son muy agradables al Eterno Padre, porque todas sus exigencias—y éstas son infinitas— se compendian en un deseo ardiente de ver a su Hijo glorificado.

Y cuanto más oculta el Hijo su divinidad y se rebaja por nuestro amor, más profundamente debemos nosotros ensalzarle y rendirle homenaje como a Hijo de Dios. Ver glorificado a su Hijo constituye el supremo deseo del Padre: «Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré» (Jn 12,28); es una de

las tres palabras del Padre Eterno que el mundo escuchó: por ellas quiere glorificar a Jesucristo, su Hijo y su igual, honrando su humildad: porque se ha anonadado, hale el Padre ensalzado y dádole un nombre superior a todo nombre, a fin de que toda rodilla se doble ante EL, y toda lengua proclame que nuestro Señor Jesucristo comparte la gloria de su Padre» (Fil 3, 7-9). Debido a eso, cuanto más se humilló Cristo haciéndose pequeñito, ocultándose en Nazaret, sobrellevando las flaquezas y miserias humanas que eran compatibles con su dignidad, padeciendo como un malvado la muerte en el madero (Is 53,12) y ocultándose en la Eucaristía, cuanto más atacada y negada es su divinidad por parte de los incrédulos, tanto más elevado ha de ser el lugar en que nosotros le situemos en la gloria del Padre y dentro de nuestro corazón; más profundo el espíritu de intensa reverencia y completa sumisión con que debemos darnos a El sin reservas, y más generoso el trabajo con que nos consagremos sin descanso a la extensión de su reino en las almas.

Tal es la verdadera fe, la fe perfecta en la divinidad de Jesucristo, la que, convertida en amor, invade todo nuestro ser, abarcando prácticamente todas las acciones y todo el complejo de nuestra vida espiritual, y constituye como la *base* misma de nuestro edificio sobrenatural, de toda nuestra santidad.

Para que sea verdaderamente *fundamento*, es preciso que la fe informe y sostenga las obras que llevamos a cabo y se convierta en el principio de todos nuestros progresos en la vida espiritual [*Iustificati... in ipsa iustitia per Christi gratiam accepta, cooperante fide bonis operibus crescunt ac magis sanctificantur*. Conc. Trid., Sess. VI, c. 10]. «Yo, dice San Pablo en su carta a los Corintios, según la gracia que Dios me ha dado, eché en vosotros, cual perito arquitecto, el cimiento del espiritual edificio, predicándoos a Jesús, mire bien cada uno cómo alza la fábrica sobre ese fundamento» (1Cor 3,10).

—Son nuestras obras las que forman y levantan este edificio espiritual. San Pablo dice además que «el justo vive de la fe» (Rm 1,17) [Es digno de notarse que San Pablo insiste en esta verdad en tres ocasiones: +Gál 3, 11, y Heb 10, 38]. El «justo» es aquel que, mediante la justificación recibida en el Bautismo, ha sido creado en la justicia y posee en sí la gracia de Cristo y, conjuntamente, las virtudes infusas de la fe, la esperanza y el amor; ese justo *vive* por la fe. Vivir es lo mismo que tener en sí un principio interior, fuente de movimientos y operaciones. Es cierto que el principio interior que ha de animar nuestros actos para que sean actos de vida sobrenatural, proporcionados a la bienaventuranza final, es la gracia santificante; pero la fe es la que introduce al alma en la región de lo sobrenatural. No seremos partícipes de la adopción divina mientras no recibamos a Cristo, ni recibiremos a Cristo, sino por la fe. La fe en Jesucristo nos conduce a la vida, a la justificación, mediante la gracia; por eso dice San Pablo que el justo vivirá de la fe. En la vida sobrenatural la fe en Jesucristo es un poder tanto más activo cuanto más profundamente arraigada se halle en el alma. La fe comienza por aceptar todas las verdades que constituyen materia

adecuada a esta virtud, y como para ella Cristo lo es todo, todo lo ve a través del prisma divino de Cristo, y de la persona misma de Cristo desciende y se extiende sobre cuanto El dijo, sobre cuanto hizo o llevó a cabo, sobre cuanto instituyó: la Iglesia, los Sacramentos, sobre todo lo que constituye ese organismo sobrenatural establecido por Cristo para que vivan nuestras almas la vida divina.— Además, la íntima y profunda convicción que tenemos de la divinidad de Cristo, pone en movimiento nuestra actividad para cumplir generosamente sus mandamientos, para permanecer inquebrantables en la tentación: «Fuertes en la fe» (1Ped 5,9) para conservar la esperanza y la caridad a pesar de todas las pruebas.

¡Oh, qué intensidad de vida sobrenatural se encuentra en las almas íntimamente convencidas de que Jesús es Dios! ¡Qué fuente tan abundante de vida interior y de incesante apostolado es la persuasión, cada día más fuerte y enraizada, de que Cristo es la Santidad, la Sabiduría, el Poder y la Bondad por excelencia!...

«Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo; creo sí, pero dignate aumentar más todavía los quilates de mi fe».

5. Por qué debemos tener fe viva, sobre todo en el valor infinito de los méritos de Cristo. Cómo la fe es fuente de gozo

Hay un punto sobre el cual deseo detenerme, porque más que otro alguno debe constituir el objeto explícito de la fe si queremos vivir plenamente de la vida divina: es la fe en el valor infinito de los méritos de Jesucristo.

Ya he apuntado esta verdad al exponer cómo Jesucristo ha constituido el precio infinito de nuestra santificación. Pero al hablar de la fe, importa volverlo a tratar, puesto que la fe es la que nos permite aprovechar todas esas inagotables riquezas que Dios nos otorga en Jesús.

Dios nos legó un don inmenso en la persona de su Hijo Jesús; Cristo es un relicario en el que se encierran todos los tesoros que han podido reunir para nosotros la ciencia y la sabiduría divinas; El mismo, con su pasión y su muerte, mereció el privilegio de poder hacernos a nosotros partícipes de esas riquezas, y ahora vive en el cielo, abogando de continuo por nosotros delante de su Eterno Padre.— Pero es preciso que conozcamos el valor de este don y el uso que de él debemos hacer. Cristo, con la plenitud de su santidad y el infinito valor de sus merecimientos y de su crédito, constituye este don; pero este don no nos será útil sino en proporción a la medida de nuestra fe. Si ésta es rica, viva, profunda, si está a la altura de tan excelso don, en cuanto ello es posible a una criatura, no tendrán límites las comunicaciones divinas hechas a nuestras almas por la humanidad santa de Jesús; en cambio, si no tenemos un aprecio sin límites de los méritos infinitos de Cristo, es que nuestra fe en la divinidad de Jesús no es bastante intensa, y cuantos dudan de esta divina eficacia ignoran lo que significa la humanidad de un Dios.

Debemos ejercitar a menudo esta fe en los méritos y satisfacciones adquiridos por nuestro Señor para nuestra santificación.

Cuando oramos, presentémonos al Padre Etemo con una *confianza inquebrantable* en los merecimientos de su divino Hijo: Nuestro Señor lo ha pagado, saldado y adquirido todo; y «sin cesar interpela a su Padre por nosotros» (Heb 7,25). Digamos en vista de esto al Señor: «Dios mío, yo bien sé que soy un pobre miserable; que no hago más que aumentar todos los días el número de mis pecados; sé que ante vuestra infinita santidad, de mí mismo, no soy otra cosa sino cual lodo y barro ante el sol; pero me prosterno ante Vos; soy miembro, por la gracia, del cuerpo místico de vuestro Hijo, de vuestro Hijo que me ha comunicado esa misma gracia, luego de haberme rescatado con su sangre; ahora que tengo la dicha de pertenecerle, no queráis arrojarme de la presencia de vuestra divina Faz».

No, Dios no puede arrojarnos cuando así nos apoyamos en el valimiento de su Hijo, pues el Hijo trata de igual a igual con el Padre.— Además, al reconocer de este modo que nada valemos por nosotros mismos, ni somos capaces de hacer nada, «sin mí nada podéis» (Jn 15,5), y que, en cambio, lo esperamos todo de Cristo, en particular aquello que nos es necesario para vivir de la vida divina, «todo lo puedo en aquel que me conforta», reconocemos que ese divino Hijo lo es todo para nosotros, que fue constituido como nuestro Jefe y Pontífice; y de este modo, afirma San Juan, rendimos al Padre —«que ama al Hijo», y quiere que todo nos venga por su Hijo, «puesto que le ha dado poder absoluto para lo referente a la vida de las almas»—, un homenaje gratísimo; mientras que, por el contrario, el alma que no tiene esa confianza *absoluta* en Jesús, no le reconoce plenamente por lo que es: Hijo muy amado del Padre, y, por tanto, no ofrece tampoco al Padre esa glorificación que tanto apetece: El Padre desea «que todos den gloria al Hijo como se la dan al Padre. Quien no dé gloria al Hijo, tampoco se la da al Padre que le envió» (Jn 5,23).

Igualmente, cuando nos acerquemos al sacramento de la Penitencia, tengamos gran fe en la eficacia divina de la sangre de Jesús, esa sangre que lava entonces nuestras almas de sus faltas, las purifica, renovando sus fuerzas y devolviéndoles su prístina belleza, sangre que se nos aplica en el momento de la absolución juntamente con los méritos de Cristo y que ha sido derramada en beneficio nuestro debido ai incomparable amor de Jesús, méritos iníinitos, sí, pero adquiridos al precio de padecimientos increíbles y de afrentosas ignominias. *¡Si conocieras el don de Dios!*

Del mismo modo también, cuando asistís a la santa Misa, os halláis presentes al sacrificio conmemorativo del de la Cruz; el Hombre Dios se ofrece por nosotros en el altar como lo hizo en el Calvario. Aunque difiera el modo de ofrecerse, el mismo Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, se inmola sobre el altar para hacernos partícipes de sus satisfacciones infinitas. Si fuera nuestra fe viva y profunda, ¡con qué reverencia asistiríamos a este sacrificio, y con qué avidez santa acudiríamos todos los días —en conformidad con los deseos de nuestra Santa

Madre la Iglesia— a la sagrada Mesa para unirnos con Cristo!; ¡con qué confianza inquebrantable recibiremos a Cristo en el momento en que se nos da todo entero, su humanidad y su divinidad, sus tesoros y sus merecimientos; se nos da El mismo, rescate del mundo, el Hijo en quien Dios puso todas sus complacencias! «¡Si conocieras el don de Dios!»

Cuando hacemos frecuentes actos de fe en el poder de Jesucristo y en el valor de sus merecimientos, nuestra vida se convierte en un cántico perpetuo de alabanzas a la gloria de este Pontífice supremo, mediador universal y dador de toda gracia; con lo que entramos de lleno en los pensamientos eternos, en el plan divino, y adaptamos nuestras almas a las miras santificadoras de Dios, al mismo tiempo que nos asociamos a su voluntad de glorificar a su amantísimo Hijo: «Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré» (*ib.* 12,28).

Acerquémonos, pues, a nuestro Señor; sólo El sabe decirnos palabras de vida eterna. Recibámosle primero con una fe viva, doquiera esté presente; en los sacramentos, en la Iglesia, en su cuerpo místico, en el prójimo, en su providencia, que dirige o permite todos los acontecimientos, incluso los adversos; recibámosle, cualquiera que sea la forma que toma y el momento en que viene, con *una adhesión entera a su divina palabra y una entrega completa a su servicio*. En esto consiste la santidad.

Todos hemos leído en el Evangelio el episodio, referido por San Juan con detalles deliciosos, de la curación del ciego de nacimiento (Jn 9, 1-38). Luego que fue curado por Jesús, en día de sábado, le interrogan repetidas veces los fariseos enemigos del Salvador; quieren hacerle confesar que Cristo no es profeta, ya que no observa el reposo que la Ley de Moisés prescribe el día de Sábado. Pero el pobre ciego no sabe gran cosa; invariablemente responde que cierto hombre llamado Jesús le ha sanado enviándole a lavarse en una fuente; es todo cuanto sabe y lo que en un principio les contesta. Los fariseos no le pueden sonsacar nada contra Cristo y acaban por arrojarle de la sinagoga porque afirma que nunca se oyó decir que haya un hombre abierto los ojos a un ciego, y que, por tanto, Jesús debe ser el enviado de Dios. Habiendo llegado a oído de nuestro Señor esta expulsión, haciéndose el encontrado con él, le pregunta: «¿Crees en el Hijo de Dios?» —Responde el ciego: «¿Quién es, Señor, para que yo crea en El?» ¡Qué prontitud de alma! —Dícele Jesús: «Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo». —Y al punto, el pobre ciego da fe a la palabra de Cristo: «Creo, Señor», y en la intensidad de su fe, se postra a los pies de Jesús para adorarle; abraza los pies de Jesús, y en Jesús, la obra entera de Cristo (Jn 9,38).

El ciego de nacimiento es la imagen de nuestra alma curada por Jesús, libertada de las tinieblas eternas y devuelta a la luz por la gracia del Verbo encarnado(+San Agustín. *In Joan.*, XLIV, 1). Doquiera, pues, que se le presente Cristo, ha de decir: «¿Quién es, Señor, para que crea en El?» (Jn 9,36). Y luego inmediatamente deberá entregarse del todo a Cristo, a su servicio, a los intereses de su gloria, que es también la del Padre. Obrando siempre de este modo, llegamos a vivir de la fe; Cristo habita y reina en

nosotros, y su divinidad es, por medio de la fe, principio de toda nuestra vida.

Esta fe, que se completa y se manifiesta por medio del amor, es además para nosotros fuente y manantial de alegría. Dijo nuestro Señor: «Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron» (Jn 20,29), y dijo estas palabras, no para sus discípulos, sino más bien para nosotros. Pero, ¿por qué proclama nuestro Señor «bienaventurados» a los que en El creen? La fe es causa de alegría, por cuanto nos hace participar de la ciencia de Cristo. El es el Verbo eterno, que nos ha enseñado los secretos divinos. «El Unigénito que habita en el seno del Padre es quien le dio a conocer» (*ib.* 1,18). Creyendo lo que nos ha dicho tenemos la misma ciencia que El; la fe es fuente de alegría, porque lo es también de luz y de verdad, que es el bien de la inteligencia.

Es además fuente de alegría, por cuanto nos permite poseer en germen los bienes futuros; es «sustancia de las realidades eternas que nos han sido prometidas» (Heb 11,1). Nos lo dice Jesucristo mismo: «Aquel que cree en el Hijo de Dios, tiene vida eterna» (Jn 3,36). Reparad en el tiempo presente «tiene»; no habla en futuro «tendrán, sino que habla como de un bien cuya posesión se halla ya asegurada [*Dicitur iam finem aliquis habere propter spem finis obtinendi.* I-II, q.69, a.2; y el Doctor Angélico añade: *Unde et Apostolus dicit: Spe salvi facti sumus.* Todo este artículo merece leerse]; del mismo modo que vimos cómo, aludiendo al que no cree dice que ya «está» juzgado. La fe es una semilla, y toda semilla lleva en sí el germen de la producción futura. Con tal de apartar de ella todo aquello que la pueda menoscabar, empaillar y empequeñecer; con tal de desarrollarla por la oración y el ejercicio; con tal de proporcionarla constantemente ocasión de manifestarse en el amor, la fe pone a nuestra disposición la sustancia de los bienes venideros y hace nacer una *esperanza* inquebrantable: «Quien cree en El, no será confundido» (Rm 9,33).

Permanezcamos, como dice San Pablo, «cimentados en la fe» (Col 1,23); «fundados en Cristo y afianzados en la fe»: «Puesto que habéis recibido a Jesucristo nuestro Señor, andad en El, injertados en su raíz, y edificados sobre El y robustecidos en la fe, como así lo habéis aprendido» (Col 2, 6-7).

Permanezcamos, pues, firmes; porque esta fe ha de verse probada por este siglo de incredulidad, de blasfemia, de escepticismo, de naturalismo, de respeto humano, que nos rodea con su ambiente malsano. Si estamos firmes en la fe, dice San Pedro —el príncipe de los Apóstoles, sobre quien Cristo fundó su Iglesia al proclamar aquél que Cristo era Hijo de Dios— nuestra fe será «un título de alabanza, de honor y de gloria cuando aparezca Jesús, en quien creéis y a quien amáis sin haberle visto nunca vuestros ojos, pero en quien no podéis creer sin que este acto de fe haga brotar en vuestros corazones la fuente inagotable de una alegría inefable, ya que el fin y el premio de esta vida es la salvación, y, de consiguiente, la santidad de vuestras almas» (1Pe 1, 7-9).

2

El bautismo, sacramento de adopción y de iniciación, muerte y vida

El Bautismo, primero de todos los Sacramentos

La primera disposición de un alma frente a la Revelación que se le hace del plan divino de nuestra adopción en Jesucristo es, como lo hemos visto, la fe. La fe es la raíz de toda justificación y el principio de la vida cristiana, y se adhiere, como a su objeto primordial, a la divinidad de Jesús enviado por el Padre para llevar a cabo nuestra salvación: «En esto consiste la vida eterna: en conocerte a Ti, ¡oh solo Dios verdadero! y a Jesucristo a quien has enviado» (Jn 17,3).

Partiendo de este acto inicial, que consiste en creer en Cristo, se amplía y extiende, si así podemos decirlo, sobre todo aquello que concierne a Cristo: los Sacramentos, la Iglesia, las almas, la Revelación entera, llegando a la perfección cuando bajo la inspiración del Espíritu Santo se transforma en amor y adoración, mediante la entrega total de nuestro ser al cumplimiento fiel de la voluntad de Jesús y de su Padre.

Pero la fe sola no basta.

Cuando envía a sus Apóstoles el divino Maestro a que continúen en la tierra su misión santificadora, dice que «el que no creyere será condenado»; y nada más añade con respecto a los que se niegan a creer, porque siendo la fe raíz de toda santificación, todo lo que se hace sin ella está completamente desprovisto de valor ante Dios: «Sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb 11,6); pero para quienes creen, añade Cristo, como condición de incorporación a su reino, la recepción del Bautismo: «El que creyere y se bautizare, se salvará» (Mc 16,16). San Pablo afirma igualmente que «quienes reciben el Bautismo están revestidos de Cristo» (Gál 3,27). Este Sacramento, pues, es la condición de nuestra incorporación a Cristo.

El Bautismo es, en orden, el primero de todos los Sacramentos; la primera infusión en nosotros de la vida divina se efectúa por medio del Bautismo, y todas las comunicaciones divinas o sobrenaturales convergen hacia ese Sacramento o le presuponen normalmente; de ahí le viene su excelencia.

Detengámonos a considerarlo; en él encontraremos el origen de nuestros títulos de nobleza sobrenatural, puesto que el Bautismo es el Sacramento de la adopción divina y de la iniciación cristiana, al mismo tiempo, descubriremos en él sobre todo, como en su germen, el doble aspecto de «muerte al pecado y de vida en Dios», que deberá caracterizar toda la existencia del discípulo de Cristo.

Pidamos al Espíritu Santo, que santificó con su divina virtud las aguas bautismales en las que fuimos regenerados que nos haga comprender la grandeza de este Sacramento y las obligaciones contraídas en él; su recepción señaló para nosotros el instante por siempre bendito en que llegamos a ser hijos del Padre Celestial, hermanos de Jesucristo, y en el que nuestras almas fueron consagradas, como un templo vivo, al Espíritu Santo.

1. Sacramento de adopción divina

El Bautismo es el *Sacramento de la adopción divina*. Ya os he explicado que por la adopción divina nos hacemos hijos de Dios; el Bautismo es como el nacimiento espiritual por el que se nos confiere la vida de la gracia.

Poseemos dentro de nosotros, primeramente, la vida natural, que recibimos de nuestros padres, según la carne; por ella entramos en la familia humana, esta vida dura algunos años, luego se acaba con la muerte. Si no tuviéramos otra vida que ésta, nunca jamás veríamos la faz de Dios. Ella nos hace hijos de Adán, y, por ende, a partir del momento de nuestra concepción, quedamos tiznados con el sello del pecado original. Oriundos de la raza de Adán, hemos recibido una vida emponzoñada en su origen, y compartimos la desgracia del cabeza de nuestra raza; nacemos, dice San Pablo, *Filii irae*, «hijos de la ira»; «siempre que nace un hombre, nace Adán, un condenado de otro condenado» [*Quisquis nascitur, Adam nascitur, damnatus de damnato*. San Agustín, *Enarr. in Ps. CXXXII*].

Esta vida natural, que tiene sus raíces en el pecado, de por sí sola, es estéril para el Cielo. «La carne de nada sirve» (Jn 6,64).

Pero esta vida natural, *Ex voluntate viri, ex voluntate carnis*, no es toda la vida, Dios desea, además, darnos una vida superior, que sin destruir la natural, en lo que tiene de bueno, la sobrepuje, la realce y la deifique; Dios quiere, en otros términos, comunicarnos su propia vida.

Recibimos la vida divina mediante un nuevo nacimiento, un nacimiento espiritual, que nos hace nacer de Dios: «Nacieron de Dios» (*ib.* 1,13). Esa vida es una participación de la vida de Dios, es de suyo inmortal (1Pe 1,23); y si logramos poseerla en la tierra, tenemos como una prenda adelantada

de la bienaventuranza eterna; por el contrario, si no la poseemos, nos hallamos excluidos para siempre de la sociedad divina.

Ahora bien, el medio ordinario instituido por Cristo para nacer a esta vida no es otro que el Bautismo. Ya conocéis por el relato de San Juan (Jn 3,1 y sig.) el episodio de la entrevista de Nicodemus con Cristo Nuestro Señor: el doctor de la ley, miembro del gran Consejo, va a ver a Jesús, sin duda para hacerse su discípulo, pues considera a Cristo como a un profeta. A su pregunta, contéstale Jesús: «En verdad, en verdad te digo que nadie puede gozar del reino de Dios, sin antes nacer de nuevo»; y Nicodemus, que no comprende, se atreve a preguntar: «¿Cómo puede nacer un hombre viejo? ¿Puede acaso volver otra vez al seno de su madre y renacer?» — ¿Qué le responde el Señor? — Lo mismo que antes dijo, pero explicado: «En verdad, en verdad te digo que nadie, si no renace por medio del agua y la gracia del Espíritu Santo, puede entrar en el reino de Dios» [«Ser bautizado, es decir, sumergirse en el agua para ser purificado, era cosa muy frecuente entre los judíos; sólo faltaba explicarles que habría un Bautismo en el cual, uniéndose al agual el Espíritu Santo, renovarían el espíritu del hombre». Bossuet. *Méditations sur l'Évangile, la Cène, XXXVI^e jours*]. Y luego opone entre sí las dos vidas, la natural y la sobrenatural: «Porque lo que ha nacido de la carne, carne es, y lo que del Espíritu, espíritu es»; y concluye como al principio: «No extrañes que te haya dicho que es menester que renazcas otra vez».

La Iglesia, en el Concilio de Trento [Sess. VII, *De Bapt.*, canon 2], ha expuesto y fijado la interpretación de este pasaje, aplicándolo al Bautismo, y declarando que el agua regenera al alma por la virtud del Espíritu Santo. La ablución del agua, elemento sensible, y la efusión del Espíritu Santo, elemento divino se unen para producir el nacimiento sobrenatural como decía San Pablo: «Dios nos ha salvado, no en virtud de las obras de justicia que hayamos hecho personalmente sino por razón de su misericordia, haciéndonos renacer por el Bautismo y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros en abundancia, por Jesucristo Nuestro Señor; a fin de que, justificados por su gracia, lleguemos a ser ya desde ahora, por la esperanza, herederos de la vida eterna» (Tit 3, 5-7).

Veis, por tanto, que el Bautismo constituye el Sacramento de la adopción: sumergidos en las aguas bautismales, nacemos a la vida divina; y por eso llama San Pablo al bautizado «hombre nuevo» (Ef 3,15; 4,24), puesto que Dios, al hacernos liberalmente participar de su naturaleza, por un don que infinitamente sobrepuja nuestras exigencias, nos crea, en cierto modo, de nuevo; y somos, según otra expresión del Apóstol, «una nueva criatura» (2Cor 5,17; Gál 6,15); y por cuanto es divina esta vida, viene a ser la Trinidad entera la que nos favorece con este don.

Al principio del mundo, la Trinidad presidió la creación del hombre: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26), de igual modo también en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo tiene lugar nuestro nuevo nacimiento, no obstante ser, como lo demuestran las

palabras de Jesús y de San Pablo, especialmente atribuido al Espíritu Santo, ya que la adopción tiene por fuente el amor de Dios: «Admirad el amor tan grande que nos ha mostrado el Padre, pues ha querido que nos llamemos y que seamos efectivamente hijos de Dios» (1Jn 3,1).

Hállase muy subrayado este pensamiento en las oraciones con que bendice el obispo, el día de Sábado Santo, las aguas bautismales destinadas al Sacramento. Oíd algunas muy significativas: «Envía, Dios Todopoderoso, el Espíritu de adopción para regenerar estos nuevos pueblos que la fuente bautismal te va a engendrar». «Dirige, Señor, tus miradas sobre la Iglesia y multiplica en ella tus nuevas generaciones». Luego invoca el oficiante al Espíritu divino para que santifique esas aguas: «Dignese el Espíritu Santo fecundar, por la impresión secreta de su divinidad, esta agua preparada para la regeneración de los hombres, a fin de que, habiendo concebido esta divina fuente la santificación, se vea salir de su seno purísima una raza del todo celestial, una criatura renovada». — Todos los ritos misteriosos que la Iglesia se recrea en prodigar en este momento, no menos que las invocaciones de tan magnífica y simbólica bendición, abundan en este pensamiento: que es el Espíritu Santo quien santifica las aguas a fin de que cuantos sean en ellas sumergidos nazcan a la vida divina luego de purificados de toda mancha: «Descienda sobre todas estas aguas la virtud del Espíritu Santo». A fin de que todo hombre a quien se aplique este misterio de regeneración renazca a la inocencia perfecta de una nueva infancia».

Tal es la grandeza de este Sacramento, señal eficaz de nuestra divina adopción; por él llegamos verdaderamente a ser hijos de Dios e incorporados a Cristo; él nos abre las puertas de todas las gracias celestiales. Retened esta verdad: todas las misericordias de Dios con nosotros, todas sus condescendencias, derivan de la adopción. Cuando dirigimos la mirada del alma a la divinidad, la primera cosa que se nos presenta y nos revela los amorosos y eternos planes de Dios sobre nosotros es el decreto de nuestra adopción en Jesucristo; todos los favores con que puede Dios colmar a un alma en la tierra, hasta que llegue el momento de comunicarse a ella para siempre en la bienaventuranza de su Trinidad, tienen por primer eslabón, al que se enlazan los demás, esta gracia inicial del Bautismo: en este momento predestinado entramos en la familia de Dios, nos hacemos de la raza divina, y recibimos, en germen, la divina herencia.

En el momento del Bautismo, por el que Cristo imprime en nuestra alma un carácter indeleble, recibimos la «prenda del Espíritu» divino (2Cor 1,22; 5,5), que nos hace dignos de las complacencias del Padre, y nos garantiza, si somos fieles en conservar esa prenda, todos los favores prometidos a los que Dios mira como hijos suyos.

Debido a eso, los santos, que tienen una idea tan clara de las realidades sobrenaturales, han tenido siempre en gran estima la gracia bautismal; el día del bautismo significaba para ellos algo así como la aurora de las liberalidades divinas y de la futura gloria.

2. Sacramento de iniciación cristiana; simbolismo y gracia del Bautismo explicados por San Pablo

Todavía aparecerá mayor el Bautismo si le consideramos en su aspecto de *Sacramento de la iniciación cristiana*.

La divina adopción se hace en Jesucristo. Nos hacemos hijos de Dios para poder llegar a ser semejantes, por la gracia, al Hijo único del Padre: No olvidéis jamás que «Dios no nos predestinó a la adopción, sino en su Hijo muy amado» (Rm 8,29).

Las satisfacciones de Cristo son, por otra parte, las que nos merecieron esta gracia, del mismo modo que Cristo es nuestro modelo cuando queremos vivir como hijos del Padre celestial. Esto lo comprenderemos perfectamente si recordamos el modo con que se llevaba a cabo en la edad primitiva la iniciación cristiana.

En los primeros siglos de la Iglesia, no se confería de ordinario el Bautismo más que a los adultos, después de largo período de preparación, durante el cual se instruía al neófito en las verdades que debía creer. El Sábado Santo, o mejor, la noche misma de Pascua, se administraba el Sacramento en el baptisterio, capilla separada de la iglesia, como todavía se ve en las catedrales italianas. Terminados por el Obispo los ritos de la bendición de la fuente bautismal, el catecúmeno, esto es, el aspirante al Bautismo, descendía a la fuente; allí, como lo indica la palabra griega baptizein, se le sumergía en el agua, mientras el pontífice pronunciaba las palabras sacramentales: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». El catecúmeno estaba como sepultado bajo las aguas, de donde salía luego por las gradas del borde opuesto de la fuente; allí le aguardaba el padrino, quien le enjugaba el agua santa y le vestía. Bautizados todos los catecúmenos, el Obispo les entregaba una vestidura blanca, símbolo de la pureza de su corazón después los signaba en la frente con una unción de óleo consagrado, diciendo: «El Dios Todopoderoso, que te ha regenerado por el agua y el Espíritu Santo y te ha perdonado todos los pecados, te consagre asimismo para la vida eterna». Terminados todos estos ritos, volvía la procesión a emprender el camino de la basílica, precediendo los nuevos bautizados, vestidos de blanco, y llevando en la mano un cirio encendido símbolo de Cristo, luz del mundo. Comenzaba entonces la Misa de resurrección, que celebraba el triunfo de Cristo saliendo del sepulcro, victorioso y animado de nueva vida, que comunicaba a todos sus elegidos. Se consideraba tan dichosa la Iglesia con este nuevo aumento del rebaño de Cristo, que durante ocho días les reservaba sitio aparte en el templo, y su recuerdo llenaba la liturgia durante toda la octava pascual.

[Los catecúmenos que, por no hallarse presentes o no poseer la suficiente preparación para el Bautismo, no lo podían recibir la noche de Pascua, recibíanlo en la vigilia de Pentecostés, en la fiesta que conmemora la venida visible del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico y cierra el tiempo pascual, repitiéndose entonces los ritos solemnes de la bendi-

ción de la fuente y administración del Sacramento. En esta ocasión aumentaba el simbolismo, pues al que llevaba consigo la Pascua —que perdura íntegro todo el periodo pascual— venía a añadirse la memoria del Espíritu Santo, que por su divina virtud y eficacia regenera las almas en la pila bautismal. Del mismo modo que la liturgia de la Octava de Pascua, las Misas de la Octava de Pentecostés contienen más de una alusión a los recién bautizados].

Como veis, estas ceremonias están henchidas de simbolismo, y como afirma el mismo San Pablo, significan la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo, de las que participa el cristiano.

Pero hay más que simbolismo; hay la gracia producida, y si bien los ritos antiguos, cargados de simbolismo se han simplificado algo desde que se introdujo el uso de bautizar a los niños, permanece, con todo, íntegra la virtud del sacramento, el simbolismo es como la corteza exterior los ritos sustanciales han quedado, y, juntamente con ellos, la gracia íntima del sacramento.

San Pablo explica de una manera profunda el primitivo simbolismo y la gracia bautismal. Abarquemos primero con una mirada la síntesis de su pensamiento, para que nos haga comprender mejor sus propias palabras. La inmersión en las aguas de la fuente representa la muerte y sepultura de Cristo; participamos de ella sepultando en las aguas sagradas el pecado, junto con todas las afecciones al mismo, a las que también renunciamos con él; «*el hombre viejo*» [El *hombre viejo* en San Pablo indica el hombre natural que nace y vive moralmente, hijo de Adán, antes de ser regenerado en el Bautismo por la gracia de Jesucristo] manchado con la culpa de Adán, desaparece bajo las aguas y es como sepultado, a manera de un muerto (sólo a ellos se sepulta) en un sepulcro.— La salida de la fuente bautismal es el nacimiento del hombre nuevo, purificado del pecado, regenerado por el agua que fecunda el Espíritu Santo; el alma es hermoseedada con la gracia, principio de vida divina, con las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo. El que se sumergió en la fuente, para dejar en ella sus pecados, era un pecador; mas se ha trocado en justo, cuando, a imitación de Cristo, que salió radiante del sepulcro, sale de ella para vivir vida divina [*Ut unius eiusdemque elementi mysterio et finis esset vitiis et origo virtutibus*. Bendición solemne de las fuentes bautismales, el Sábado Santo].

Tal es la gracia del Bautismo expresada por el simbolismo; simbolismo que mejor que ahora adquiría todo su relieve y su completa significación cuando era administrado el Bautismo en la noche pascual.

Oigamos ahora a San Pablo (Rm 6): «¿Por ventura ignoráis que todos los que hemos sido bautizados para llegar a ser miembros del cuerpo [místico] de Cristo, lo hemos sido en virtud de su muerte?» —Es decir, que la muerte de Jesús es para nosotros el ejemplar y causa meritoria de nuestra muerte para el pecado por el Bautismo. ¿Por qué morir? —Porque Cristo, nuestro modelo, ha muerto. Pero, ¿qué es lo que muere? —La

naturaleza viciada, corrompida, el «hombre viejo». ¿Para qué? —Para que nos veamos libres del pecado. «Hemos sido, por tanto, continúa diciendo San Pablo al explicar el simbolismo, sepultados con Cristo en el bautismo en conformidad con su muerte, a fin de que a ejemplo de Jesucristo resucitado de entre los muertos, en virtud del poder glorioso de su Padre, caminemos también nosotros hacia una nueva vida». [*Complantati facti sumus similitudini mortis eius... Vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati, et ultra non serviamus peccato. Rm 6,3-13. Sicut ille qui sepelitur sub terra, ita qui baptizatur immergitur sub aqua. Unde et in baptismo fit trina immersio non solum propter fidem Trinitatis sed etiam ad representandum triduum sepulturæ Christi, et inde est quod in sabbato sancto solemniter in Ecclesia celebratur. Santo Tomás, In Epist. ad Rm., c. VI, 1,1].*

Ved formulada aquí la obligación que nos impone la gracia bautismal: «vivir nueva vida», vida a la cual nos incita, por medio de su resurrección, Cristo, nuestro modelo y ejemplo. ¿Y esto por qué? Porque «si hemos reproducido, mediante nuestra unión con El, la imagen de su muerte, menester es también que reproduzcamos, con una vida del todo espiritual, la imagen de su vida de resucitado, nuestro *hombre viejo* ha sido crucificado con El, es decir, ha sido destruido por la muerte de Cristo, para que no seamos ya esclavos del pecado, puesto que el que ha muerto, se halla libre del pecado» [«El hombre pecador, asegura Santo Tomás, está sepultado por el Bautismo en la pasión y muerte de Cristo; viene a ser algo así como si padeciera y muriera él mismo los padecimientos y la muerte del Salvador. Y así como la pasión y muerte de Cristo tienen poder de satisfacer por el pecado y por todas las deudas del pecado, del mismo modo el alma, asociada por el Bautismo a esta satisfacción, está libre de toda deuda ante la justicia de Dios». III, q.69, a.2]. Así, pues, en el Bautismo hemos renunciado para siempre al pecado.

Pero esto solo no basta: hemos recibido además el germen de la vida divina, y debemos también desarrollar en nosotros ese germen, como nos lo recuerda a renglón seguido San Pablo. «Porque si, dice, hemos muerto con Cristo, creemos que hemos de vivir igualmente con El», sin que cese nunca ese vivir, «pues Cristo —que no sólo es modelo, sino que infunde además en nosotros su gracia—, una vez resucitado no vuelve a morir: la muerte no tiene ya dominio sobre El; porque en cuanto al haber muerto como fue por destruir el pecado, murió una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios y es inmortal».

Concluye San Pablo su exposición con esta aplicación dirigida a aquellos que, por el Bautismo, participan de la muerte y vida de Cristo, su modelo: «Así, ni más ni menos, vosotros considerad también que realmente estáis muertos al pecado por el Bautismo y que vivís ya para Dios en Jesucristo», a quien estáis incorporados por la gracia Bautismal (Rm 6, 3-13).

Tales son las palabras del Apóstol; según él, el Bautismo representa la muerte y resurrección de Jesucristo, y produce aquello que significa y representa: *hácenos morir para el pecado y vivir en Jesucristo.*

3. Cómo la existencia de Cristo encierra el doble aspecto de «muerte» y de «vida», que reproduce en nosotros el Bautismo

Para que comprendáis mejor aún esta profunda doctrina, vamos a aclarar este doble aspecto de la vida de Cristo que se reproduce en nosotros por el Bautismo, y que deberá imprimir un sello en nuestra vida entera.

Como hemos repetido, el plan divino de la adopción sobrenatural a que fue elevado Adán, ha sido frustrado por el pecado; el pecado de la cabeza del género humano transmítese a toda su descendencia, excluyéndola del reino eterno. Para que las puertas del cielo se abrieran de nuevo, era menester una reparación a la ofensa divina, una satisfacción adecuada y total, que borrara la malicia infinita del pecado; el hombre, simple criatura, era de todo punto incapaz de poder ofrecerla ¡el Verbo encarnado Dios hecho hombre, se encargó de esta misión; y por este motivo, toda su vida, hasta el instante de la consumación de su sacrificio, fue marcada con un carácter de muerte.— Ciertamente que nuestro Señor no incurrió en la falta original ni cometió pecado alguno personal, ni padeció las consecuencias del pecado, incompatibles con su divinidad, tales como el error, la ignorancia, la enfermedad; «aseméjase en todo a sus hermanos, si se exceptúa que no ha cometido pecado», más bien es Cordero que quita los pecados del mundo, y viene a salvar a los pecadores.— Pero Dios puso sobre sus hombros las iniquidades de los pecadores; y al aceptar Cristo, desde su venida al mundo, el sacrificio que reclamaba de El su Padre, su existencia toda, desde el pesebre al Calvario, va sellada con el carácter de víctima. [Cristo, sin embargo, no puede llamarse *penitente* en el sentido riguroso de la palabra; el *penitente* tiene que saldar ante la justicia una deuda personal, y Cristo es un «Pontífice santo y sin mancilla»; la deuda que paga es la deuda del género humano, y sólo la paga porque amorosísimamente se ha puesto en nuestro lugar]. Vedle en las humillaciones de Belén vedle huir ante la cólera de Herodes, vedle vivir como humilde carpintero; vedle durante su vida pública soportar el odio de sus enemigos, vedle durante su pasión dolorosa, desde la agonía que inunda su alma de tedio y de angustia, hasta el abandono por parte de su Padre en la Cruz, «como un cordero llevado al matadero» (Jer 11,19), «cual gusano de tierra maldito y pisoteado» (Sal 21,7), pues «había venido en la semejanza de la carne pecadora» (Rm 8,3) y hecho propiciación por los crímenes del mundo entero, no llega a saldar la deuda universal si no es con su muerte en el madero.

Esta muerte nos ha valido la vida eterna.— Jesucristo hace que muera y sea destruido el pecado en el momento mismo en que la muerte le hiere a El, víctima inocente de todos los pecados de los hombres. «La muerte y la vida libraron singular combate; el autor de la vida, muere; pero, vuelto a ella, reina y vence» [*Mors et vita duello conflixere mirando; Dux vitæ mortuus regnat vivus*. Sec. del día de Pascua]. En otro tiempo, ya el profeta había cantado este triunfo de Cristo: «¡Oh muerte yo he de ser tu muerte!; ¿dónde está, oh muerte, tu victoria?» Y San Pablo, repitiendo

estas palabras, dice: «La muerte ha sido absorbida por la victoria de Cristo saliendo del sepulcro» (1Cor 15, 54-55; +Os 13-14). «Con su muerte ha destruido nuestra muerte, y resucitando nos restituyó la vida» [*Mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit*. Prefacio del tiempo Pascual]. En efecto, una vez resucitado Jesucristo, ha vuelto a tomar nueva vida. Cristo ya no muere más, «la muerte pierde su imperio sobre El»; ha destruido para siempre el pecado y su vida en adelante será una vida para Dios, vida gloriosa, que se verá coronada el día de la Ascensión.

Me diréis: la vida de Cristo, ¿no fue siempre por ventura una vida para Dios? —Cierto que sí; Jesucristo no ha vivido sino para el Padre; viniendo al mundo, se ofreció todo entero para hacer la voluntad de su Padre (Heb 10,9); en esto consiste su comida: «Mi alimento consiste en hacer la voluntad de Aquel que me envió» (Jn 4,34). Hasta su Pasión misma la acepta llevado del amor a su Padre (*ib.* 14,31); pese a la repugnancia de su naturaleza sensible, acepta en la agonía el cáliz que le ofrecen; no expira hasta que todo se ha consumado. Muy bien puede resumir toda su vida diciendo: «Cumplí siempre lo que era del agrado del Padre» (*ib.* 8,29), pues lo que siempre procuró en todo fue la gloria de su Padre. «No apetezco mi gloria sino que honro a mi Padre» (*ib.* 8, 49-50).

Es cierto por lo mismo que aun antes de su resurrección no vivió Nuestro Señor más que por Dios y para Dios, no consagró a otra cosa su vida sino a los intereses de su Padre, pero hasta entonces esa vida ha estado como subordinada a su carácter de víctima; y, en cambio, una vez resucitado, libre ya de toda deuda con la divina justicia, Cristo no vive más que para Dios, y en adelante tiene una vida perfecta, una vida en toda su plenitud y en todo su esplendor, sin enfermedad alguna, sin perspectivas de expiación, de muerte, ni del más ligero padecimiento. Todo en Cristo resucitado tiene carácter de vida; vida gloriosa, cuvas prerrogativas admirables de libertad y de incorruptibilidad se manifiestan, ya desde este mundo, a la mirada atónita de los discípulos en su cuerpo, libre ya de toda servidumbre; vida que es un cántico ininterrumpido de alabanzas y de acción de gracias, vida que será para siempre ensalzada en el día de la Ascensión, cuando Cristo tome definitivamente posesión de la gloria debida a su humanidad.

Este doble aspecto de muerte y de vida que caracteriza la existencia del Verbo encarnado entre nosotros, y que alcanza su máximo de intensidad y esplendor en la Pasión y en la Resurrección, debe ser reproducido por todos los cristianos, por todos aquellos que han sido incorporados a Cristo por el Bautismo.

Convertidos en discípulos de Jesús en la sagrada pila, merced a un acto que simboliza tanto su muerte como su resurrección, debemos reproducir esta muerte y esta resurrección durante los días que nos corresponda pasar en la tierra.— Lo dice muy bien San Agustín: «Nuestro camino es Cristo; miremos, pues, a Cristo; y veamos cómo vino a padecer para merecer la gloria; en busca de desprecios. para ser glorificado; a morir,

para luego también resucitar» (*Sermo.*, LXII, c. 11). Esto no es sino el eco de lo que nos dijo antes San Pablo: «Debéis consideraros cual muertos para el pecado, al que habéis renunciado, para no vivir sino para Dios». [*Ita et vos existimate.* «Vivir para el pecado, morir para el pecado» son expresiones corrientes de San Pablo; significan: «permanecer en el pecado, renunciar al pecado»].

Al contemplar a Cristo, ¿qué vemos en El? —Un misterio de muerte y de vida: «Fue entregado a la muerte a causa de nuestros pecados y ha resucitado para nuestra santificación» (Rm 4,25).— El cristiano revive durante su existencia este doble misterio que le hace semejante a Cristo. Oigamos a San Pablo tan explícito sobre este particular: «Sepultados, nos dice, con Cristo, en el Bautismo, habéis sido por el mismo Bautismo devueltos a la vida eterna, luego de haberos perdonado todas vuestras ofensas; vosotros que, por vuestros pecados, estabais muertos a esa vida» (Col 2, 12-13). Del mismo modo que Cristo dejó en el sepulcro los sudarios que envolvían su santo cuerpo, y que constituían como un símbolo de su muerte y de su vida pasible, así también nosotros dejamos en las aguas bautismales todos nuestros pecados, y como Cristo salió vivo y libre del sepulcro, salimos igualmente nosotros de la pila sagrada, no solamente purificados de toda falta, sino con el alma adornada con la gracia santificante, gracia que debemos a la operación del Espíritu Santo, y que, con su cortejo de virtudes y dones, viene a ser para nosotros germen y principio de vida divina. El alma se ha transformado en templo donde habita la Santísima Trinidad y en objeto de las divinas complacencias.

4. Toda la vida cristiana no es más que el desarrollo práctico de la doble gracia inicial conferida en el Bautismo; «muerte al pecado» y «vida para Dios». Sentimientos que debe despertar en nosotros el recuerdo del Bautismo: gratitud, alegría y confianza

Hay una verdad ya insinuada por San Pablo, verdad que no debemos perder de vista, y es que esta vida divina otorgada por Dios, solamente la recibimos en germentiene que crecer y desarrollarse, del mismo modo que nuestra renuncia al pecado y nuestra «muerte para el pecado» tienen que renovarse y mantenerse incesantemente.

Lo perdimos todo de una vez con el pecado de Adán, pero Dios no nos devuelve de una vez en el Bautismo toda la integridad del don divino, sino que deja en nosotros, para que se convierta en fuente de méritos, mediante las luchas que provoca, la concupiscencia, foco del pecado, que propende a disminuir y a destruir la vida divina; de tal modo que nuestra existencia entera debe perfeccionar lo que el Bautismo inaugura; mediante el Bautismo, participamos del misterio y de la virtud de la muerte y de la vida resucitada de Cristo. La «muerte para el pecado» se ha realizado; pero, a causa de la concupiscencia que permanece, tenemos que mantener esa muerte con nuestro continuo renunciar a Satanás, a sus inspiraciones y a sus obras y a las sollicitaciones del mundo y de la carne.

En nosotros, la gracia es principio de vida, pero es un germen que debe desarrollarse; el reino de Dios en nosotros es comparado por Nuestro Señor mismo a una semilla, a un grano de mostaza que llega a ser árbol frondoso. Así acontece con la vida divina en nosotros.

Ved cómo San Pablo nos expone esta verdad: «Por el Bautismo habéis dejado el hombre viejo que desciende de Adán, junto con sus obras de muerte, y os habéis revestido del hombre nuevo creado en la justicia y la verdad —el alma regenerada en Jesucristo por el Espíritu Santo—, que se renueva sin cesar a imagen de aquel que la creó» (Col 3, 9-10). Lo mismo repite a sus amados fieles de Efeso: «Se os ha enseñado en la escuela de Cristo a despojaros, teniendo en cuenta vuestra vida pasada, del hombre viejo corrompido por las concupiscencias engañosas; a renovaros en lo más íntimo del alma, y a revestiros del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad verdadera» (Ef 4, 20-24). En este mundo, pues, mientras realizamos nuestra peregrinación terrena tenemos que proseguir esta doble operación de muerte para el pecado y de vida por Dios: *Ita et vos existimate*.

En los planes amorosísimos de Dios, esta muerte para el pecado es definitiva, y esta vida es, por su naturaleza, inmortal; pero podemos, no obstante esto, perderla y recaer en la muerte por el pecado. Nuestra obra, nuestro trabajo, deberá consistir, por tanto, en preservar, conservar y desarrollar ese germen hasta tanto que lleguemos a la plenitud de la edad de Cristo, en el último día. Toda la ascética cristiana deriva de la gracia bautismal; se reduce a hacer brotar, libre de todo obstáculo, el divino germen arrojado en el alma por la Iglesia en el día de la iniciación de sus hijos.

La vida cristiana no es otra cosa sino el desarrollo y desenvolvimiento progresivo y continuo, la aplicación práctica, en el curso de toda nuestra existencia humana, del doble acto inicial verificado en el Bautismo, del doble resultado sobrenatural de «muerte» y de «vida» producido por este sacramento; en eso consiste todo el programa del Cristianismo.

Del mismo modo también, no es otra cosa nuestra bienaventuranza final que la liberación total y definitiva del pecado, de la muerte y del padecimiento, y el florecimiento glorioso de la vida divina depositada en nosotros al imprimirnos el carácter de bautizado. Como veis, son la muerte y la vida misma de Cristo las que se reproducen en nuestras almas desde el instante del Bautismo; pero la muerte es para la vida. ¡Oh, quién comprendiera las palabras de San Pablo!: «vosotros los que estáis bautizados os habéis revestido de Cristo» (Gál 3,27). No sólo revestido como una prenda exterior, sino revestidos interiormente. [Esta verdad está significada por el vestido blanco que revestían los neófitos al salir de la fuente bautismal; ahora en el bautismo de los niños, el sacerdote, después de la ablución regeneradora, coloca un velo blanco sobre el bautizado]. Estamos «injertados» en El, sobre El, dice San Pablo, pues «El es la vid y nosotros los sarmientos», circulando en nosotros su savia divina (+Rm 11,61 ss.), para «transformarnos en El» (2Cor 3,18).

[Véase una hermosa oración de la Iglesia que contiene toda esa doctrina; nótese que se dice el sábado de Pentecostés, un poco antes de la bendición solemne de la fuente bautismal y de la administración del bautismo a los catecúmenos: «Dios todopoderoso y eterno, que has dado a conocer a tu Iglesia por tu único Hijo, que eres el viñador celeste, que cuidas con amor, con el fin de que produzcan más abundantes frutos, los sarmientos que su unión a este mismo Cristo, verdadera vid, vuelve fecundos; no permitan que invadan las espinas del pecado los corazones de tus fieles, a quienes has hecho pasar por la fuente bautismal, cual viña trasplantada de Egipto; protégelos por tu Espíritu de santificación a fin de que en ellos abunden las riquezas de una incesante cosecha de buenas obras»].

Mediante la fe en Cristo, le recibimos en el bautismo; su muerte es *nuestra* muerte para Satanás, para sus obras, para el pecado; su vida se convierte en *nuestra* vida; ese acto inicial, que nos hace hijos de Dios, nos ha hecho igualmente hermanos de Cristo, incorporados a El, miembros de su Iglesia, animados de su Espíritu. Bautizados en Cristo, hemos nacido, mediante la gracia, a la vida divina en Cristo. Por esta razón, dice San Pablo, tenemos que caminar *in novitate vitae*. «Debemos emprender un nuevo tenor de vida» (Rm 6,4). Caminemos, pues, no por la vía del pecado, al que renunciamos, sino por el camino de la luz y de la fe, bajo la acción del Espíritu divino, que nos permitirá producir con nuestras buenas obras frutos copiosos de santidad.

Renovemos a menudo la virtud de este sacramento de adopción y de iniciación, *renovando* las promesas, a fin de que Cristo, engendrado en nuestras almas por la fe, crezca más y mas en nosotros *ad gloriam Patris*. Es una práctica muy útil de piedad. Mirad a San Pablo: en la Epístola a su discípulo Timoteo le suplica que «resucite en su alma la gracia de su ordenación sacerdotal». Lo mismo quiero decirlo a vosotros respecto de la gracia que recibisteis en el Bautismo: hacedla revivir, renovando los votos entonces formulados por el padrino que nos representaba.

Cuando por la mañana, verbigracia, al hallarse presente Nuestro Señor en nuestro corazón después de la comunión, renovamos, con fe y amor, las disposiciones de arrepentimiento, de renuncia a Satanás, al pecado, al mundo, para no adherirnos sino a Cristo y a su Iglesia, entonces la gracia del Bautismo brota, por decirlo así, del fondo del alma, en la que queda grabado indeleble el carácter de bautizado; y esta gracia produce, por la virtud de Cristo, que habita en nosotros, con su Espíritu, como una nueva muerte para el pecado; nuevos bríos para resistir al demonio; como un nuevo infujo de vida divina y un mayor estrechamiento de los lazos que nos ligan a Jesucristo.

Así, «cada día, dice San Pablo, el hombre terrestre, el hombre natural, se acerca más y más a la muerte; en cambio, el hombre interior, que ha recibido la vida mediante el nacimiento sobrenatural del Bautismo, y que ha sido recreado por segunda vez en la justicia de Cristo, el hombre nuevo, se renueva de día en día» (2Cor 4,16).

Esta renovación, inaugurada en el Bautismo, continúa durante toda nuestra existencia cristiana y permanece hasta que hayamos alcanzado la perfección gloriosa de la eterna inmortalidad: «Las cosas que se ven ahora son temporales, mas las que no se ven son eternas» (*ib.* 18). «En este mundo, continúa diciendo, está oculta esta vida en el fondo del alma; se traduce ciertamente al exterior, por las obras, pero su principio permanece oculto dentro de nosotros; solamente en el día final, al presentarse *Cristo, nuestra vida*, apareceremos nosotros también en la gloria» (Col 3, 3-4).

En espera de este bendito día, en el que brillará en todo su esplendor nuestra renovación interior, debemos dar gracias a Dios a menudo por la adopción divina que nos concedió en el Bautismo, gracia inicial de la que se derivan todas las demás.— Nuestra grandeza tiene su origen en el Bautismo, que nos comunicó la vida divina; sin ella, la vida humana, por muy brillante que sea al exterior, por muy fecunda que parezca, carece de valor para la eternidad; el Bautismo es, en fin de cuentas, el que comunica a nuestra vida el principio de su verdadera fecundidad.— Este reconocimiento debe manifestarse por una fidelidad generosa y constante a las promesas bautismales, tan penetrados hemos de estar del sentimiento de nuestra dignidad sobrenatural de cristianos, que debemos esforzarnos por *arrojar* y rechazar firmemente cuanto pudiera empañarla, y buscar, en cambio, con diligencia suma, lo que la favorezca [*Deus... da cunctis qui christiana professione censentur et illa repuere quae huic inimica sunt nomini, et ea auce sunt apta sectari*. Oración del III domingo después de Pascua].

El primer sentimiento que ha de despertar en nosotros la gracia bautismal es el de gratitud, el segundo *el de alegría*.— Nunca deberíamos pensar en el Bautismo sin un sentimiento profundo de alegría interior. El día del Bautismo nacimos, en principio, a la vida eterna; más aún, poseemos una prenda de esa vida: la gracia santificante que nos fue comunicada en el sacramento, y ya alistados en la familia de Dios, tenemos derecho a participar de la herencia de su Unigénito Hijo. ¡Qué motivo de alegría tan grande para un alma es pensar que, en el día venturoso del Bautismo, la cariñosa mirada del Padre Eterno se posó con amor en ella, y la llamó —susurrando dulcemente a su oído el nombre de hijo— a participar de las bendiciones de que está Cristo henchido!

Por fin, y sobre todo, debemos fomentar en nuestra alma una gran *confianza*, y en nuestra relación con el Padre celestial debemos acordarnos que somos hijos suyos, por la participación en la filiación de Jesucristo, nuestro hermano mayor. Dudar de nuestra adopción, de los derechos a ella inherentes, es dudar del mismo Cristo. No olvidemos nunca que en el día de nuestro Bautismo «nos revestimos de Cristo» (Gál 3,27), o mejor dicho, nos incorporamos a El, y, por tanto, tenemos derecho a presentarnos ante el Padre Eterno y decirle: «Yo soy tu primogénito»; a hablarle en nombre de su Hijo, a solicitar de El con entera confianza cuanto podamos necesitar.

La Santísima Trinidad, al crearnos, lo hizo «a imagen y semejanza suya», al conferirnos la adopción en el Bautismo, imprime en nuestras almas los rasgos mismos de Cristo, y, debido a esto, al vernos adornados de la gracia santificante, por la que nos asemejamos a su divino Hijo, el Padre Eterno no puede menos de otorgarnos cuanto le pidamos, fiando, no en nosotros mismos, sino apoyados en aquel en quien Él puso todas sus complacencias.

Tal es la gracia y el poder que nos confiere el Bautismo: hacernos, mediante la adopción sobrenatural, hermanos de Cristo, capaces con toda verdad de participar de su vida divina y herencia eterna: «Os revestisteis de Cristo» (Gál 3,27).

¿Cuándo te darás cuenta, oh cristiano, de tu grandeza y dignidad?...
¿Cuándo proclamarás con tus obras que eres de estirpe divina?... ¿Cuándo vivirás como digno discípulo de Cristo?...

PARTE II-A

La muerte para el pecado

2

Delicta quis intelligit?

La muerte para el pecado fruto primero de la gracia bautismal, primer aspecto de la vida cristiana

Por su simbolismo y por la gracia que produce, el Bautismo, como lo indica San Pablo, imprime en toda nuestra existencia un doble carácter de «muerte para el pecado» y de «vida para Dios»: Es el cristianismo, propiamente hablando, una vida, no cabe duda: «Vine para que tengan vida», nos dice Nuestro Señor; es la vida diviua, que de la humanidad de Cristo, donde reside en toda su plenitud, rebosa a cada una de las almas. Ahora bien, esta vida no se desenvuelve en nosotros sin esfuerzo; su desarrollo presupone la destrucción previa de lo que a ella se opone, esto es, el pecado; el pecado es el obstáculo que impide la vida divina; pone trabas a su desarrollo y aun a su permanencia en nuestras almas.

Pero, me diréis, ¿acaso no destruyó el Bautismo al pecado en nosotros? —Cierto que sí; borra el pecado original, y tratándose de adultos, también los pecados personales; y aun remite las deudas del pecado, y produce en nosotros «la muerte para el pecado». Según los designios de Dios, de una manera definitiva, de suerte que no debcmos recaer más «en la servidumbre del pecado».

El Bautismo, sin embargo, no desarraiga la concupiscencia; ese foco de pecado perdura en nosotros, porque Dios así lo quiso, para que nuestra libertad pudiera ejercitarse en la lucha y el combate, y de ese modo lográsemos, según frase del Concilio Tridentino, «una amplia cosecha de méritos» (*Catecismo*, c. XVI). La muerte para el pecado, comenzada en el Bautismo, es para nosotros condición de vida; debemos seguir cohibiendo todo lo posible la acción de la concupiscencia, pues sólo con esta

condición, y en el grado mismo en que renunciemos al pecado, a sus hábitos y sus ligaduras, se desenvolviera en nuestra alma la vida divina.

Uno de los medios para llegar a esta destrucción necesaria del pecado consiste en tenerle odio y en no pactar con él, como no se pacta con un enemigo a quien se odia.

Para llegar a este odio del pecado, sería menester que conociéramos su profunda malicia e infernal fealdad. Mas, ¿quién podrá conocer debidamente la malicia del pecado? —Para ello sería preciso conocer al mismo Dios, a quien el pecado ofende; por eso exclama el Salmista: «¿Quién comprende lo que es el pecado?» (Sal 18,13).

Tratemos, con todo, de formarnos alguna idea de él aunque sea borrosa, a la luz de la razón, y sobre todo de la Revelación. Supongamos a un cristiano que comete a sabiendas un pecado grave: que viola deliberadamente, en materia grave, uno de los Mandamientos de la Ley de Dios. ¿Qué hace esa alma? ¿Qué le sucede? —Pues, sencillamente, desprecia a Dios; se alista en las filas de los enemigos de Cristo para darle muerte, y, por otra parte, destruye en sí misma la vida divina: éste es el fruto del pecado.

1. El pecado mortal, desprecio en la práctica de los derechos y perfecciones de Dios; causa de los padecimientos de Cristo

El pecado, se ha dicho, es *el mal de Dios*.

Este término, como sabéis, no es estrictamente exacto, y sólo se ajusta a nuestro modo de hablar, pues el padecimiento es incompatible con la divinidad. El pecado es *el mal de Dios*, en el sentido de que es la negación, por parte de la criatura, de la existencia de Dios, de su verdad, de su soberanía, de su santidad, de su bondad. ¿Qué hace, en efecto, el alma de que os hablé, al cometer libremente una acción contraria a la Ley de Dios? —Prácticamente niega que Dios sea la soberana sabiduría y tenga autoridad para poder legislar; niega de hecho la santidad de Dios y rehusa tributarle la adoración que le es debida; en la práctica, niega su Omnipotencia, y su derecho a reclamar obediencia de seres que todo lo recibieron de El; no reconoce, además, su bondad suprema, digna de ser preferida a todo lo que no sea ella; rebaja a Dios y le coloca en grado inferior a la criatura. *Non serviam!* «No os reconozco, ni os he de servir» el alma pecadora repite estas palabras del rebelde en el día de su rebelión. ¿Las profiere acaso verbalmente? —No, siempre, por lo menos, no; no lo quisiera tal vez, pero lo dice a gritos con sus actos. El pecado es la negación práctica de las perfecciones divinas, el desprecio práctico de los derechos de Dios; prácticamente, si no lo hiciera imposible la naturaleza de la divinidad, el alma pecadora heriría la majestad y la bondad infinitas: destruiría a Dios.

¿No es precisamente esto lo que ha sucedido? ¿No llegó el pecado hasta dar muerte a Dios, cuando Dios asumió una naturaleza humana?

Ya dijimos cómo los padecimientos y la Pasión de Cristo constituyen la revelación más sorprendente del amor divino: «Ningún amor supera a este amor» (Jn 15,13). Igualmente no hay revelación más impresionante de la inmensa malicia del pecado.— Contemplemos con fe, durante algunos instantes, los dolores que el Verbo encarnado hubo de soportar cuando llegó la hora de expiar el pecado; difícilmente podremos sospechar hasta qué abismos de padecimientos y humillaciones le hizo descender el pecado. Cristo Jesús es el propio Hijo único de Dios; objeto de las complacencias del Padre; su Padre nada desea tanto como su glorificación: «Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré» (*ib.* 12,28); está lleno de gracia, sobrenadando en gracia; es un pontífice inocente; si bien es verdad que se nos asemeja, no conoce, con todo ello, el pecado; ni siquiera la menor imperfección: «¿Quién, preguntaba a los judíos, me podrá redarguir de pecado?» (*ib.* 8,46). «El príncipe del mundo, esto es, Satanás, nada encontrará en mí que le pertenezca» (*ib.* 14,30). Tan cierto es esto, que sus más encarnizados enemigos, los fariseos, escudriñaron inútilmente en su vida, examinaron su doctrina, espionaron también, como sólo es capaz de hacerlo el odio, todos sus actos y palabras, y no pudieron encontrar motivo alguno para condenarle; y para inventar un pretexto, fue necesario acudir a falsos testigos. Jesús es la pureza misma, el «reflejo de las perfecciones infinitas de su Padre, el esplendor fulgurante de su gloria» (Heb 1,3).

Mas ved, esto no obstante, cómo trató el Padre a tal Hijo, llegado el momento en que Jesús saldaba por nosotros la deuda debida a la divina justicia por nuestros pecados. Ved cómo ha sido maltratado este «Cordero de Dios» que ha ocupado el lugar de los pecadores.— Quiso el Padre Eterno, con ese querer al que nada resiste, destrozarlo con los padecimientos (Is 53,10). En el alma santa de Jesús se agolpan oleadas de tristeza, de tedio, de temor y de fatiga hasta el punto de cubrirse su cuerpo inmaculado de un sudor de sangre; está tan «turbado y oprimido por el torrente de nuestras iniquidades» (Sal 17,5), que ante la repugnancia experimentada por su naturaleza sensible, pide a su Padre que le exima de tener que beber el cáliz de amargura que se le presenta. «¡Padre mío! ¡Si es posible, aparta de mí este cáliz!» La víspera, en la última Cena, no hablaba de este modo. «Quiero», decía entonces a su Padre, pues es su igual; pero ahora, la vergüenza con que le cubren los pecados de los hombres, que El tomó sobre Sí, embarga toda su alma, y cual si fuera un criminal, dirige esta humilde súplica: «Padre, si es posible...»

Pero el Padre no lo quiere; es la hora de la justicia, la hora en que ha de entregar a su Hijo, a su propio Hijo, cual si fuera un juguete, al poder de las tinieblas. «Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas» (Lc 22,53). Traicionado por uno de sus Apóstoles, abandonado de los otros, renegado por el jefe de todos ellos, Jesucristo se convierte, en manos de la chusma, en objeto de burlas y de ultrajes; vedle, a El Dios Todopoderoso, abofeteado; su adorable rostro, alegría de los santos, cubierto de salivazos; se le flagela, atraviesan su frente y su cabeza con punzante

corona de espinas; por escarnio se le coloca un manto de púrpura sobre los hombros, se le pone una caña en la mano, y luego, la soldadesca dobla la rodilla ante El con insolente mofa. ¡Qué cúmulo de ignominias soportó Aquel ante quien tiemblan los ángeles! ¡Contempladle! ¡El Dueño del mundo, tratado de malhechor, de impostor, puesto en parangón con un insigne criminal que obtiene las preferencias de las turbas! ¡Vedle puesto fuera de la ley, condenado y clavado en la cruz, entre dos ladrones, soportando los dolores de los clavos que atraviesan sus miembros la sed que le tortura; y ved al pueblo a quien colmó de tantos beneficios menear la cabeza en señal de desprecio y proferir airados sarcasmos contra su víctima: «¡Mirad: ha salvado a los otros, y no puede salvarse a Sí mismo! Baje de la cruz, y entonces, pero entonces solamente, creeremos en El». ¡Qué de humillaciones y de oprobios!

Contemplemos el cuadro aterrador, dibujado y descrito con muchos siglos de antelación por el profeta Isaías, de las torturas de Cristo; ni un solo verso se le puede quitar; es preciso leerlos en su totalidad, pues todos están cargados de sentido:

«Muchos se han quedado estupefactos al verle; tan desfigurado estaba. Su aspecto no era el de un hombre, ni su rostro semejante al de los hijos de los hombres; carecía de figura y de belleza que pudieran atraer nuestras miradas, y de toda apariencia capaz de excitar nuestro amor; veíasele despreciado y abandonado de los hombres; varón de dolores, visitado por el padecimiento, objeto tan repugnante, que ante El todos se tapan la cara; era el blanco del desprecio, sin que para nada hiciéramos caso de El. Verdaderamente iba cargado de nuestros dolores, en tanto que le teníamos por un hombre castigado, dejado de la mano de Dios y sometido a las humillaciones. Ha sido atravesado por nuestros pecados y quebrantado a causa de mlestras iniquidades; sobre El hizo el Señor recaer la iniquidad de todos nosotros; se le maltrata, y El se somete al padecimiento, y ni abre en queja la boca, semejante al cordero que es conducido al matadero, o a la oveja muda ante sus esquiladores. Injustamente ha sido condenado a muerte, y nadie entre los de su generación paró mientes en que desaparecía del número de los vivos, ni en que padecía a causa de los pecados de su pueblo. Porque plugo a Dios quebrantarle con el padecimiento» (Is 53,2 ss.).

¿No basta lo dicho? No, aun hay más: nuestro divino Salvador no ha apurado aún la copa del dolor.— ¡Contempla, alma mía, contempla a tu Dios colgado en la cruz; no tiene ni siquiera aspecto de hombre; hase convertido en «el desecho, en el objeto del desprecio de un populacho enfurecido»: «Soy un gusano y no un hombre; oprobio de los hombres y desecho de la plebe» (Sal 21,7). Su cuerpo es una llaga, y su alma está como fundida y derretida por el continuo padecer y los desprecios. Y en ese momento, nos dice el Evangelio, Jesús lanzó un profundo gemido: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me habéis abandonado?» Jesús se ve abandonado de su Padre... Nunca llegaremos a saber qué abismo tan profundo de atrocidad supone este abandono de Cristo por su Padre; hay en ello un

misterio que ningún alma podrá nunca sondear. ¡Jesús abandonado por su Padre! ¿Acaso hizo otra cosa durante toda su vida que cumplir la adorable voluntad del Padre? ¿No ha llevado a cabo fielmente la misión que recibiera de manifestar su nombre al mundo? «He dado a conocer tu nombre a los hombres» (Jn 17,6). Por ventura, ¿no fue el amor —«para que conozca el mundo que amo al Padre» (*ib.* 14,31)— lo que le decidió a entregarse? Sin duda alguna. Entonces, ¿por qué, Padre Eterno, atormentáis así a vuestro amado Hijo? —«A causa del pecado de mi pueblo» (Is. 53,8). Desde el momento en que Jesucristo se ha entregado por nosotros a fin de dar plena y entera satisfacción por nuestras culpas, el Padre ya no ve en El sino el pecado de que se revistió, hasta tal punto, que «parecía que el verdadero pecador era El». «Al que no había conocido pecado, le transformó en pecado» (2Cor 5,21); entonces llega a convertirse en «un maldito» (Gál 3,13); le abandona su Padre, y aun cuando en las esferas superiores de su ser conserva Cristo la alegría inefable de la visión beatífica, semejante abandono por parte del Padre sume al alma de Jesús en un dolor tan profundo, que le arranca este grito de insondable angustia: «¡Dios mío! ¿Por qué me habéis abandonado?» La justicia divina, dispuesta a castigar el pecado de los hombres, «se ha lanzado a manera de torrente impetuoso sobre el propio Hijo de Dios»: «No perdonó a su propio Hijo, entregándole por todos nosotros» (Rm 8,32).

Si queremos ahora saber lo que piensa Dios del pecado no tenemos sino contemplar a Jesús en su Pasión. Cuando veo a Dios castigar a su Hijo, a quien ama infinitamente, con la muerte en cruz, comienzo a comprender lo que es el pecado a los ojos de Dios. ¡Oh! Si pudiéramos comprender, con el auxilio de la oración, todo el significado de este hecho: que durante tres horas estuvo Jesús suplicando con gritos al Padre: «Padre, si es posible, aparta de Mí este cáliz», y que la respuesta del Padre fue siempre: «¡No!»; si entendiéramos que Jesús ha tenido que pagar nuestra deuda hasta con la última gota de su sangre; que «a pesar de sus gemidos y gritos de angustia, a pesar de su llanto» (Heb 5,7), Dios «no le perdonó»; si pudiéramos comprender todo esto, ¡ah, entonces sí que tendríamos un santo horror al pecado!

¡Cómo nos revela la malicia y fealdad del pecado todo ese conjunto de oprobios, ultrajes y humillaciones por que hubo de pasar el alma de Jesús! ¡Cuán poderosa tenía que ser la repugnancia y cuán grande el odio de Dios al pecado para castigar a Jesús más allá de toda ponderación, hasta aniquilarle bajo el peso del padecimiento y de la ignominia!

El alma que comete deliberadamente el pecado, aporta su parte a esos dolores y ultrajes que llueven sobre Cristo; contribuye a acibarar el cáliz que se presenta a Jesús durante la agonía; se suma a Judas para traicionarle a la soldadesca, para cubrir el rostro divino de salivazos, vendarle los ojos y darle golpes en la cara; a Pedro, para renegar de El; a Herodes, para convertirle en objeto de mofa y escarnio; a la turba, para reclamar insistentemente su muerte; a Pilatos, para condenarle cobardemente por medio de una sentencia inicua; acompaña asimismo a los

fariseos, que escupen sobre Cristo agonizante todo el veneno de su odio insaciable; a los judíos que se mofan de El y le zahieren con sarcasmos; finalmente, ella es la que, para calmarle la sed, ofrece a Jesús, en el instante supremo, hiel y vinagre. Eso hace el alma que rehúsa someterse a la ley divina; causa la muerte del Unigénito de Dios, la muerte de Jesucristo. Si alguna vez tuvimos la desgracia de cometer voluntariamente un solo pecado mortal, nosotros fuimos esa alma... y con razón podemos decir: «La Pasión de Jesús es obra mía. ¡Oh Jesús, clavado en la cruz, tú eres el Pontífice santo, inmaculado, la víctima inocente y sin mancha, y yo... yo soy un pecador!...»

2. El pecado mortal destruye la gracia, principio de la vida sobrenatural

El pecado, además, mata la vida divina en el alma, rompe la unión que deseaba Dios establecer con nosotros.

Ya dijimos que Dios quiere comunicárcenos de un modo que sobrepuja las exigencias de nuestra naturaleza: Dios quiere darse a sí mismo, no solamente como objeto de contemplación, sino también como objeto de unión; realiza esta unión en el mundo, presupuesta la fe, por la gracia. Dios es amor; el amor propende a unirse con el objeto amado; mas para ello requiere que el objeto amado se haga una cosa con él, y en eso consiste el divino amor.

Lo propio pasa con el amor que Cristo nos profesa; el Padre le envía «para que se nos dé»: «Tanto amó Dios al mundo que entregó por él a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16). Y Cristo viene al mundo para dársenos y dársenos sobreabundantemente, según conviene a Dios: «Vine para que tengan vida y cada vez más abundante» (*ib.* 10,10).

Y encarga a sus discípulos que «permanezcan en El» (*ib.* 15,4). Y para llevar a cabo esta unión, nada le arredra: ni las humillaciones de la cuna, ni las oscuridades y sinsabores de la vida pública, ni los dolores de la cruz, para completar esa unión, instituye los sacramentos, establece la Iglesia, nos da su Espíritu.— Por su parte, cuando contempla todas estas divinas prevenciones, el alma se apresta a corresponder para unirse al soberano bien.

Mas he aquí que el pecado constituye de suyo un obstáculo invencible para la unión. «Vuestras iniquidades se interponen entre vosotros y vuestro Dios» (Is 59,2). ¿Por qué? —Según la definición de Santo Tomás, el pecado consiste en «apartarse de Dios para volverse a la criatura» [*aversio a Deo et conversio ad creaturam*. I-II, q.87, a.4]. Es un acto conocido, querido, por el cual el hombre se aparta de Dios, su creador, su redentor, su padre, su amigo, su fin último, anteponiéndole a El una criatura cualquiera. Ese acto presupone siempre una elección, la mayor parte de las veces implícita, pero al fin elección, y en cuanto de nosotros depende, entre Dios y la criatura concedemos preferencia a la criatura,

momentáneamente al menos, y puede sucedernos que la muerte nos fije para siempre en lo elegido.

He aquí, por tanto, lo que es el pecado mortal deliberado: una elección, llevada a cabo premeditadamente. Es algo así como si se dijera a Dios: «Dios mío, sé que prohibís tal cosa y que al hacerla he de perder vuestra amistad; pero a pesar de eso lo haré». Desde luego comprenderéis cuán opuesto es de suyo el pecado mortal a la unión con Dios; no se puede, por un mismo acto, unirse a alguien y separarse de él. «Nadie, dice Nuestro Señor, puede servir a dos señores (Lc 16,13); amaré al uno y odiará al otro». El alma que da entrada al pecado grave, prefiere libremente la criatura y la propia satisfacción a Dios mismo y a la ley de Dios; la unión con Dios queda enteramente rota, y destruida la vida divina, semejante alma se hace esclava del pecado (Jn 18,34). El esclavo del pecado no puede ser servidor de Dios; entre Belial y Jesús, entre Cristo y Lucifer, hay absoluta incompatibilidad (2Cor 6, 14-16). Siendo Jesucristo fuente de santidad, comprenderéis también que el alma que se aparta de El por el pecado mortal, se aparta de la vida: el alma, que no tiene vida sobrenatural sino mediante la gracia de Cristo, llega a ser por el pecado rama muerta, que no recibe la savia divina; por eso el pecado, que rompe totalmente la unión establecida por la gracia, se llama mortal. Veis, pues, que es para nosotros un mal, el mal opuesto a nuestra verdadera felicidad: «Aquel que ama la iniquidad es verdadero enemigo de su alma» (Sal 10,6). El pecado, que destruye en nosotros la vida de la gracia, nos hace incapaces de todo mérito sobrenatural; tal alma no puede merecer cosa alguna de *condigno* en riguroso y estricto derecho, como aquel que posee la gracia, ni aun siquiera poder tornar a Dios; si Dios le da la contrición, es por misericordia, porque tiene a bien inclinarse hacia la criatura caída. Como sabéis, toda la actividad de un alma en estado de pecado mortal resulta estéril, aunque por otra parte, aparezca brillante a los ojos del mundo, en el orden natural; sarmiento seco, que no recibe por culpa suya la savia divina de la gracia, el mismo Jesucristo compara al alma que permanece en este estado «con el leño seco que sólo vale para echarlo al fuego a fin de que se consuma en él» (Jn 15,6).

3. Expone el alma a la privación eterna de Dios

Os he dicho que Cristo invoca siempre a su Padre en favor de sus discípulos a fin de que abunde en ellos la gracia: «Vive eternamente para rogar por nosotros» (Heb 7,25). Pero el alma que permanece en el pecado, no pertenece ya a Cristo, sino al demonio, pues Satanás ocupa el lugar de Cristo, y el demonio, muy al contrario de Cristo, se constituye ante Dios en acusador de esta alma: «Es mía», dice a Dios; la reclama noche y día porque efectivamente le pertenece: «Acusador de nuestros hermanos, los acusaba sin descanso, día y noche, ante el trono del Señor» (Ap 12,10).

Suponed ahora que la muerte sorprende a dicha alma sin que tenga tiempo de reconciliarse. Tal suposición no es infundada, puesto que

Nuestro Señor mismo nos advierte que vendrá «como un ladrón, cuando menos lo pensemos» (*ib.* 3,3). El estado de aversión de Dios se hace entonces inmutable: la depravada disposición de la voluntad, fija ya en su objeto, no puede cambiarse; el alma no puede ya tornar al bien último del cual se ha separado para siempre [+Santo Tomás, *IV Sentent.* 50,9, q.2, a.1; q.1], la eternidad no hace más que ratificar y confirmar el estado de muerte sobrenatural, libremente elegido por el alma que se aparta de Dios. No es ya tiempo de prueba y misericordia; es la hora del juicio y de la justicia. Dios entonces «es el Dios de las venganzas» (Sal 93,1). Y esa justicia es terrible, porque Dios, que reivindica entonces sus derechos hasta aquel momento desconocidos y obstinadamente despreciados, a pesar de tantas treguas y divinos llamamientos, tiene la mano poderosa. «Porque Dios es vengador poderoso» (Jer 51,56).

Jesucristo, para bien de nuestras almas, ha querido revelarnos esta verdad: Dios conoce todas las cosas en su intimidad y esencia, y las juzga por lo mismo infaliblemente con infinita exactitud: «Hay peso y medida en los juicios de Dios» (Prov 16,11), porque lo juzga todo desapasionadamente (Sab 12,18). Dios es la sabiduría eterna, que lo regula todo con peso y medida; es la bondad suprema; aceptó las satisfacciones abundantes que ofreció Jesús sobre la cruz por los crímenes del mundo.

Con todo, al llegar la hora de la eternidad, Dios persigue con odio al pecado en los tormentos sin fin, en aquellas tinieblas, donde, según la afirmación de nuestro benditísimo Salvador, no hay más que llanto y crujiir de dientes (Mt 22,13); en aquella *gehena*, donde no se extingue el fuego (Mc 9,43); donde Cristo nos mostraba al rico malvado y de corazón duro suplicando al pobre Lázaro que depositase sobre sus labios consumidos por el ardor de las llamas la extremidad del dedo humedecido en el agua, «porque padecía crudelísimamente» (Lc 16,24). Tal y tan grande es el horror que inspira a Dios, cuya santidad y poder son infinitos, el «¡No!» con que la criatura ha respondido con toda deliberación y obstinadamente a sus mandamientos; esta criatura, ha dicho el mismo Jesús, irá al suplicio eterno (Mt 25,46).

[Esa palabra *odio* no indica un sentimiento existente en Dios, sino el resultado moral producido por la presencia de Dios en la criatura fijada para siempre en el estado de pecado y de rebelión contra la ley divina; el odio de Dios es el ejercicio de su justicia. Es el ejercicio de las leyes eternas que siguen su libre curso].

Esta pena de fuego, que jamás se extingue, es por cierto terrible; pero, ¿qué comparación tiene con la de verse privado para siempre de Dios y de Cristo? ¿Qué comparación tiene con aquel sentirse arrastrado con toda la energía natural de su ser hacia el goce divino, y verse eternamente rechazado? La esencia del infierno es aquella sed inextinguible de Dios, que atormenta al alma creada por El y para El. Aquí abajo, el pecador puede apartarse de Dios, ocupándose en las criaturas; pero una vez en la eternidad se encuentra solamente frente a Dios, y esto para perderle para siempre. Sólo los que saben lo que es el amor de Dios pueden

comprender lo que es perder el bien infinito; ¡tener hambre y sed de la bienaventuranza infinita y no poseerla jamás! «Apartaos de Mí, malditos (*ib.* 25,41), dice el Señor; no os conozco» (*ib.* 25,12); «os he llamado a participar de mi gloria y bienaventuranza; quería colmaros de toda bendición espiritual (Ef 1, 1-3), para ello os he dado a mi Hijo, le he ungido con la plenitud de la gracia para que se desbordase hasta vosotros; El era el camino que debía conducirnos a la verdad y encaminaros a la vida; aceptó morir por vosotros, os dio sus méritos y satisfacciones os legó la Iglesia, os dejó su Espíritu; y, ¿qué cosa he dejado de daros con El, para que pudieseis un día participar del eterno banquete que he preparado para gloria de este mi Hijo muy amado? Tuvisteis años para disponerlos y no habéis querido, habéis despreciado, insolentes, mis misericordiosas ofertas; habéis rechazado la luz y la vida. Pasó ya la hora, retiraos, sed malditos, porque no os asemejáis a mi Hijo; no os conozco, porque no lleváis en vosotros sus rasgos; no hay cabida en su reino sino para los hermanos que se le asemejan por la gracia; apartaos; id al fuego eterno preparado para el demonio y para sus ángeles, puesto que habéis elegido al demonio por el pecado y lleváis en vosotros la imagen de tal padre» (Jn 8,44,y 1Jn 3,8). «No os conozco. ¡Qué sentencia! ¡Qué tormento oír palabras semejantes de boca del Padre Eterno!: «¡No os conozco, malditos!»».

Entonces, dice Jesús, los pecadores exclamarán desesperados: «Caed, collados sobre nosotros; montañas, cubridnos» (Lc 23,30); mas todos aquellos condenados, separados para siempre de Dios por el pecado, son entregados para ser presa viva del gusano roedor del remordimiento, que nunca muere, del fuego que no se extingue jamás; presa del poder de los demonios encarnizados con rabia y ahora ya con entera libertad, contra sus víctimas, torturadas por la más trágica y horrible desesperación. Bien a pesar suyo deberán repetir aquellas palabras de la Escritura, cuya evidencia, para ellos aterradora, comprenden a la luz de la eternidad: «Señor, tú eres justo, tus mandamientos son rectos» (Sal 118,137); hallan en sí mismos la justificación de tales juicios (+*ib.* 18,10). La condenación que pesa sobre nosotros y que no tendrá fin es obra nuestra, es resultado de un acto libre de nuestra voluntad; luego nos hemos equivocado» (Sab 5,6).

¡Oh, cuán gran mal es el pecado que destruye en el alma la vida divina y acumula en ella tantas ruinas y la amenaza con tan grandes castigos! Si una sola vez hemos cometido un pecado mortal deliberado, ya hemos merecido ser estabilizados para toda la eternidad en esa elección del mal, por nosotros preferido; puesto que no ha sido así, motivo tenemos para decir a Dios: «Tu misericordia, Señor, es la que me ha salvado» (Jer 3,22).

El pecado es el mal de Dios, quien, porque es santo, lo condena de esta suerte por toda la eternidad. Si de veras amásemos a Dios, compartiríamos la aversión que El siente contra el pecado: «Los que amáis a Dios, odiad al mal» (Sal 96,10). Escrito está de Nuestro Señor: «Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad» (*ib.* 44,8). Pidámosle, sobre todo en la

oración al pie del crucifijo, que nos comunique ese aborrecimiento del único verdadero mal de nuestras almas.

No es mi ánimo querer cimentar nuestra vida espiritual sobre el temor de los castigos eternos, pues, como dice San Pablo, no hemos recibido el espíritu de temor servil, el espíritu del esclavo que tiene miedo al castigo, sino el espíritu de adopción divina. Con todo, no olvidéis que Nuestro Señor, cuyas palabras, como El mismo dice, son todas principio de vida (Jn 6,64) para nuestras almas, nos recomienda el temor, no de los castigos, sino del Todopoderoso, que puede perder para siempre «en el infierno» nuestro cuerpo y nuestra alma. Y notad bien que cuando Nuestro Señor inculca a sus discípulos este temor de Dios, lo hace porque son «sus amigos» (Lc 12,4), les da una prueba de amor, haciendo nacer en ellos este saludable temor. La Sagrada Escritura llama «bienaventurados a aquellos que temen al Señor» (Sal 111,1), y hay muchas páginas sagradas llenas de semejantes elogios. Dios nos pide este homenaje de santo temor filial lleno de reverencia, y no faltan, a pesar de ello, malvados cuyo odio a Dios raya en locura y querrían desafiar al Todopoderoso. Hubo un ateo que decía: «Si hay Dios, me atrevo a soportar su infierno por toda la eternidad, antes que doblegarme ante El». ¡Insensato, no sería capaz de aproximar un dedo a la llama de una bujía sin tener al instante que retirarlo! Ved también cómo insistía San Pablo con los cristianos para que se guardasen de todo pecado. Conocía las incomparables riquezas de misericordia que Dios atesora para nosotros en Jesucristo. «Rico en misericordias» (Ef 2,4); nadie las ha cantado mejor que él; nadie como él ha sabido alentar nuestra flaqueza recordándonos el poder triunfante de la gracia de Jesús; nadie como él ha sabido, además, hacer nacer en las almas tanta confianza en la sobreabundancia de los méritos y satisfacciones de Cristo, y, con todo, habla del pavor que el alma experimenta después de haber resistido con obstinación a la ley divina, cuando el último día cae en manos del Dios vivo (Heb 10,31). ¡Oh Padre celestial, libranos del mal!...

4. Peligro de las faltas veniales

¿Por qué hablaros, me diréis, de esta manera? ¿No tenemos por ventura horror al pecado? ¿No tenemos acaso la dulce confianza de no hallarnos en ese estado de apartamiento de Dios? Verdad es; y puesto que vuestra conciencia os da ese íntimo testimonio, dirigid abundantes acciones de gracias al Padre, que os ha trasladado del reino de las tinieblas al de su Hijo (Col 1,13); que os ha dado parte, por medio de su Hijo, en la herencia de los santos, en la luz eterna (*ib.* 12-13). Regocijaos también de que os haya librado Jesús de la ira venidera El, pues por la gracia, dice San Pablo estáis salvados en esperanza (1Tes 1,10) es más, tenéis prenda segura de la vida bienaventurada (Rm 8,24). Sin embargo de ello, hasta que no resuene la palabra de Jesús: «Venid, benditos de mi Padre», sentencia dichosa, que fijará nuestra permanencia en Dios para siempre, tened presente que lleváis en vasos frágiles este tesoro de la gracia. Nuestro

Señor mismo nos invita a velar y orar, porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca (Mt 26,41). No sólo hay caídas mortales, existe también —y aquí tocamos un punto muy importante— el peligro de las faltas veniales.

Verdad es que las faltas veniales, aun repetidas, no impiden por sí mismas la unión fundamental y esencial con Dios, pero, con todo, entibian el fervor de esta unión, porque constituyen un principio de apartamiento de Dios, que nace de cierta complacencia en la criatura, de cierta debilidad en la voluntad, de una disminución de nuestro amor para con Dios. En esta materia es menester hacer una distinción; hay faltas veniales en las que nos deslizamos como por sorpresa, que son resultado las más de las veces de nuestro temperamento, que sentimos y procuramos evitar; son faltas o miserias que no impiden en modo alguno que el alma se halle en un grado elevado de unión divina; estas faltas se nos remiten por un acto de caridad, con una buena comunión; y, además, nos mantienen en la humildad. [«No se puede dudar que la Eucaristía remite y perdona los pecados leves que ordinariamente llamamos veniales. Todo cuanto ha perdido al alma, arrastrada por el ardor de la concupiscencia, en orden a la vida de la gracia, cometiendo faltas leves, devuélvelo el Sacramento borrando esas manchas... Así y todo, esto sólo se aplica a los pecados cuyo sentimiento y atractivo no conmueven al alma». Catecismo del Concilio de Trento, c. XX, 1].

Mas lo que verdaderamente hemos de temer son las faltas veniales habituales o plenamente deliberadas, ya que son un verdadero peligro para el alma, un paso por desgracia muchas veces bien efectivo, hacia la ruptura completa con Dios. Cuando un alma se habitúa a responder prácticamente, aunque no sea de boca, un no deliberado a la voluntad de Dios (en materia leve, puesto que se trata de pecados veniales), no puede pretender salvaguardar en ella por mucho tiempo su unión con Dios. ¿Que por qué? —Porque de esas faltas fríamente admitidas, tranquilamente cometidas y que, sin sentir el alma remordimiento alguno, pasan al estado de hábito no combatido, resulta necesariamente una disminución de la docilidad sobrenatural, un relajamiento de la vigilancia, un debilitamiento de nuestra capacidad de resistencia a la tentación. [No decimos una disminución de la gracia misma, pues en tal caso acabaría la gracia por desaparecer con el número siempre creciente de pecados veniales, sino una disminución del fervor de nuestra caridad; semejante disminución puede, ello no obstante, producir en el alma tal languidez sobrenatural, que el alma se encuentre desarmada ante una tentación grave y sucumba al mal]. La experiencia enseña que de una serie de negligencias voluntarias en cosas pequeñas nos deslizamos insensible pero casi fatalmente en las faltas graves. [+Santo Tomás, I-II, q.87, a. 3].

Supongamos un alma que en todas las cosas busca sinceramente a Dios, que le ama de verdad, y a la cual le ocurre consentir voluntariamente, por pura debilidad, en una falta grave: el caso puede darse, pues en el mundo de las almas existen debilidades abisales, como existen cimas de santidad.

Para aquella alma el pecado mortal constituye una inmensa desgracia, puesto que queda interrumpida su unión con Dios; pero esta falta grave, pasajera, es mucho menos peligrosa, y sobre todo mucho menos funesta para ella que para otras almas una serie de faltas veniales habituales o plenamente deliberadas. ¿De dónde proviene esto?— De que la primera se humilla, se levanta y procura encontrar, en el recuerdo de la falta misma que ha podido cometer, excelente motivo para conservarse y anclarse en la humildad, poderoso estímulo para un amor más generoso y una fidelidad más vigilante que nunca al paso que a la otra, las faltas veniales cometidas con frecuencia y sin remordimiento la sitúan en un *estado* de constante contradicción a la acción sobrenatural de Dios. Semejante alma no puede en manera alguna pretender un elevado grado de unión con Dios; antes, por el contrario, la acción divina va debilitándose en ella, el Espíritu Santo enmudece, y ella casi irremediabilmente y sin mucho tardar caerá en faltas más graves. Procurará, sin duda, como la primera, recuperar cuanto antes la gracia, mas esto no tanto por amor de Dios, cuanto por el temor del castigo; además, el recuerdo de su falta no constituirá para ella, como para la primera, el punto de partida de un nuevo vuelo impetuoso hacia Dios; careciendo de todo fervor, continuará viviendo una vida sobrenatural mediocre, expuesta siempre a los más débiles asaltos del enemigo y a nuevas recaídas.

[Los Santos del Señor, escribe San Ambrosio, citando el ejemplo de David, ansían por llegar al término de una lucha piadosa y concluir la carrera de salvación. Si, arrastrados por la fragilidad de la naturaleza más que por el gusto del pecado, les acontece, como a todo hombre, que dan algún tropiezo, se levantan más ardientes para la lucha, y aguijoneados por la vergüenza, emprenden más rudos combates. Por tanto, en vez de ser para ellos un obstáculo la caída, puede considerársela como un estímulo que acrecienta su actividad. *De apologia David*, L. I, c.2].

Nada se puede garantizar respecto a la salvación, ni mucho menos a la perfección de un alma que anda poniendo constantemente obstáculos a la acción divina y que no hace esfuerzos serios para salir de su estado de tibieza. Puede acontecer que por debilidad, por arrebato, por sorpresa, caigamos en una falta grave, pero a lo menos no respondamos nunca con un *no* deliberado a la voluntad divina. No digamos jamás ni de palabra ni implícitamente por medio de un acto deliberado: «Señor, sé que tal cosa, aunque mínima en sí, te desagrada, pero *quiero* ponerla por obra». Desde que Dios nos pide una cosa, sea cual fuere, aun la sangre de nuestro corazón, es menester decir: «Sí, Señor, heme aquí»; de lo contrario, nos detenemos en el camino de la unión ¡y detenerse es muchas veces retroceder y casi siempre exponerse a graves caídas.

5. Vencer la tentación con la vigilancia, la oración y la confianza en Jesucristo

Estos hábitos del pecado deliberado, aun simplemente venial, no se crean de un solo golpe; se van adquiriendo, como ya lo sabéis, poco a poco: Velad, pues, y orad, como dice Nuestro Señor, para no dejaros sorprender por la tentación (Mt 26,41). La tentación es inevitable. Nos hallamos rodeados de enemigos; el demonio anda rondando en torno nuestro (1Pe 5,8); el mundo nos envuelve con sus corruptoras seducciones, o con su espíritu tan opuesto a la vida sobrenatural. Por eso no está en nuestra mano evitar toda tentación, que más de una vez es independiente de nuestra voluntad. Es, sin duda, una prueba, a veces muy penosa, sobre todo cuando va acompañada de tinieblas espirituales. Entonces nos inclinamos a calificar de felices únicamente aquellas almas que jamás se vieron tentadas. Dios, sin embargo, nos declara, por boca del escritor sagrado, que son bienaventurados aquellos que, sin haberse expuesto imprudentemente a ella, soportan la tentación (Sant 1,12). ¿Por qué? — Porque añade el Señor, después de haber sido probados, recibirán la corona de vida. No nos desanimemos por la frecuencia, duración e intensidad de la tentación, vigilemos con el mayor cuidado para preservar el tesoro de la gracia, evitando las ocasiones peligrosas; pero conservemos a la vez plena confianza. La tentación, por violenta y prolongada que sea, no es un pecado; sus aguas pueden precipitarse sobre el alma como apestoso cenagal: «Las aguas han penetrado hasta mi alma» (Sal 68,2); pero podemos tranquilizarnos siempre que quede libre esa punta finísima del alma, que es la voluntad; el solo ápice —*Apex mentis*— que Dios considera. Por otra parte, el apóstol San Pablo nos dice: «Dios no permite que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas, antes hará que saquéis provecho de la misma tentación dándoos por mediación de su gracia fuerzas para que podáis perseverar» (1Cor 10,13). El gran Apóstol es un ejemplo en su misma persona, pues nos dice que, a fin de que no fueran para él motivo de orgullo sus revelaciones, Dios puso lo que él llama una «espinas» en su carne, figura de tentación; le «dio un ángel de Satanás que le azotase» (2Cor 12,17). «Tres veces, dice, rogué al Señor que me librase, y el Señor me respondió: Bástate mi gracia, porque en la debilidad del hombre, esto es, haciéndole triunfar, a pesar de su debilidad, con el auxilio de mi gracia, es donde se muestra mi poder». La gracia divina es, en efecto, el auxilio con que Dios nos ayuda a vencer la tentación; pero tenemos que pedirla: *Et orate*.— En la oración que nos enseñó el mismo Jesucristo, nos hace pedir al Padre celestial que «no nos deje caer en la tentación y nos libre del mal». Repitamos con frecuencia esta oración, que Jesús, ha puesto en nuestros labios; repitémosla apoyándonos en los méritos de la Pasión del Salvador. Nada hay tan eficaz contra la tentación como el recuerdo de la cruz de Jesús.— ¿Qué vino a hacer Cristo en la tierra sino destruir la obra del demonio? (Jn 3,8). Y, ¿cómo la destruyó? ¿Cómo expulsó al demonio sino por su muerte sobre la cruz (*ib.* 12,31), según El mismo dijo? Durante su vida mortal arrojó nuestro Señor los demonios

de los cuerpos de los posesos, los arrojó también de las almas cuando perdonó los pecados de la Magdalena, del paralítico y de tantos otros; pero fue sobre todo con su benditísima Pasión con lo que derrocó el imperio del demonio; precisamente en el momento mismo en que, haciendo morir a Cristo a manos de los judíos, contaba el demonio triunfar para siempre, es cuando recibía él mismo el golpe mortal. Porque la muerte de Cristo ha destruido el pecado y conquistado para todos los bautizados el derecho a recibir la gracia de morir al pecado.

Apoyémonos, pues, mediante la fe, en la cruz de Jesucristo: su virtud es inagotable y nuestra condición de hijos de Dios y nuestra calidad de cristianos nos dan derecho a ello. Por el Bautismo fuimos marcados con el sello de la cruz, hechos miembros de Cristo iluminados con su luz participantes de su vida y de la salud que con ella nos consiguió. Por tanto, unidos como estamos con El, «¿qué podemos temer?» (Sal 26,1). Digamos, pues: «Dios ha ordenado a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos para impedirte caer; mil enemigos caen a tu mano siniestra y diez mil a tu diestra, sin que puedan llegarse a ti. Por haberse adherido a Mí, dice el Señor, le libraré, le protegeré, porque conoce mi nombre; me invocará y será atendida su demanda; estaré a su lado en el momento de la tribulación para librarle y glorificarle; le colmaré de días felices y le mostraré mi salvación» (Sal 90, 11-12; 14-16). Roguemos, pues, a Cristo que nos sostenga en la lucha contra el demonio, contra el mundo su cómplice y contra la concupiscencia que reside en nosotros. Prorrumpamos como los Apóstoles zarandeados por la tempestad: «Sálvanos, Señor, que perecemos», y extendiendo Cristo su mano, nos salvará (Mt 8,25). Como Cristo, que para darnos ejemplo y para merecernos la gracia de resistir quiso ser tentado, aunque, debido a su divinidad, la tentación fuese puramente exterior, obliguemos a Satanás a que se retire, diciéndole en el momento en que se presente: «No hay más que un solo Señor a quien yo quiero adorar y servir; elegí a Cristo en el día del Bautismo, y a El solo quiero escuchar». [He aquí en qué términos, llenos de sobrenatural seguridad, quería San Gregorio Nacianceno que todo bautizado rechazase a Satanás: «Fortalecido con la señal de la cruz con que fuiste signado, di al demonio: Soy ya imagen de Dios, y no he sido, como tú, precipitado del cielo por mi orgullo. Estoy revestido de Cristo; Cristo es, por el Bautismo, mi bien. A ti te toca doblegar la rodilla delante de mí». San Gregorio Nacianceno, *Orat. 40 in sanct. baptism.*, c. 10].

Con Cristo Jesús, que es nuestro Jefe, saldremos vencedores del poder de las tinieblas. Cristo reside en nosotros desde que recibimos el Bautismo, y, como dice San Juan, «es, sin comparación, muchísimo mayor que el que domina en el Mundo, esto es, Satanás» (1Jn 4,4). El demonio no ha vencido a Cristo; pues, como dice Jesús, «el príncipe de este mundo no tiene en Mí nada que le pertenezca» (*ib.* 14,30), por lo mismo, no podrá vencernos, ni hacernos caer jamás en el pecado, si, vigilantes sobre nosotros mismos, permanecemos unidos a Jesús, si nos apoyamos en sus palabras y en sus méritos. «Confíad: yo he vencido al mundo» (*ib.* 14,33).

Un alma que procura permanecer unida con Cristo por la fe, está muy por encima de sus pasiones, por encima del mundo y de los demonios; aunque todo se solivianta dentro de ella y alrededor de ella, Cristo la sostendrá con su fuerza divina contra todas esas acometidas. Llámase a Cristo en el Apocalipsis «León vencedor, nuevamente victorioso» (Ap 5,5) porque con su victoria adquirió para los suyos la fuerza necesaria para salir ellos también a su vez vencedores. Por eso San Pablo, después de haber recordado que la muerte, fruto del pecado, quedó destruida por Jesucristo, que nos comunica su inmortalidad, exclama: «Gracias, Dios mío, te sean dadas por habernos concedido la victoria sobre el demonio, padre del pecado; victoria sobre el pecado, fuente de muerte; victoria, en fin, sobre la misma muerte por Jesucristo Nuestro Señor» (1Cor 15, 56-57).

El sacramento y la virtud de la penitencia

Explicando San Pablo a los primeros cristianos el simbolismo del Bautismo, les escribe que no deben ya aniquilar en ellos por el pecado la vida divina recibida de Cristo: «No sirvamos más al pecado» (Rm 6,6). El Concilio de Trento dice que «Si nuestro agradecimiento para con Dios, que nos ha hecho hijos suyos por el Bautismo, estuviese a la altura de ese don inefable, guardaríamos intacta e inmaculada la gracia recibida en este primer sacramento» (Sess. XIV, cap.1). Hay almas privilegiadas, verdaderamente benditas, que conservan la vida divina, sin perderla jamás, pero hay otras que se dejan arrastrar por el pecado. Ahora bien, ¿disponen estas últimas de algún medio para recuperar la gracia, para resucitar de nuevo a la vida de Cristo? Sí, el medio existe; Cristo Jesús, el Hombre—Dios, ha establecido un sacramento, el Sacramento de la Penitencia, monumento admirable de la sabiduría y misericordia divinas en el cual Dios ha sabido armonizar las dos cosas: su glorificación y nuestro perdón.

1. Cómo, por el perdón de los pecados, manifiesta Dios su misericordia

Conocéis aquella hermosa oración que la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, pone en nuestros labios el décimo Domingo después de Pentecostés: «Oh Dios, que haces resaltar tu omnipotencia sobre todo perdonándonos y teniendo piedad de nosotros: derrama con abundancia esta misericordia sobre nuestras almas».

He aquí una revelación que Dios nos hace por boca de la Iglesia; perdonándonos, *parcendo*, apiadándose, *miserando*, Dios manifiesta principalmente, *maxime*, su poder. En otra oración, dice la Iglesia que

«uno de los atributos más exclusivos de Dios es el tener siempre conmiseración y perdonar». (+Oraciones de las Rogativas y Letanías)].

El perdón supone ofensas, deudas que perdonar. La piedad y misericordia sólo pueden existir allí donde hay miserias. ¿Qué es, en efecto, ser misericordioso? Tomar en cierto modo, sobre su propio corazón, la miseria de los demás [+Santo Tomás, I, q.21,a.3]. Ahora bien, Dios es la bondad misma, el amor infinito, «Dios es caridad» (1Jn 4,8); y ante la miseria, la bondad y el amor se convierten en misericordia; por eso decimos a Dios: «¡Tú eres, Dios mío, mi misericordia!» (Sal 58,18). La Iglesia pide a Dios en esta oración que abunde su misericordia. ¿Por qué así? —Porque nuestras miserias son inmensas, y de ellas habría que decir: «el abismo de nuestras miserias, de nuestras faltas, de nuestros pecados, llama al abismo de la misericordia divina». Todos, efectivamente, somos miserables, todos somos pecadores, unos más que otros, en mayor o menor grado, dice el apóstol Santiago (Sant 3,2); y San Juan: «Si nos creemos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no somos veraces» (1Jn 1,8).

Y es más terminante aún cuando afirma que, hablando de esta suerte, «hacemos a Dios mentiroso» (*ib.* 1,10). ¿Por qué esto? —Porque Dios nos obliga a todos a decir: «Perdónanos nuestras deudas». Dios no nos obligaría a esta petición si no tuviéramos deudas (*debita*). Todos somos pecadores, y esto es tan cierto, que el Concilio de Trento ha condenado a aquellos que dicen que se pueden evitar todos los pecados, aun los veniales, sin especial privilegio de Dios, como el que fue concedido a la Santísima Virgen María (Sess. VI, can.22). Esa es precisamente nuestra desgracia. Mas no debe desalentarnos, puesto que Dios la conoce, y, por lo mismo, tiene piedad de nosotros, «cual padre que se compadece de sus hijos» (Sal 102,13). Pues sabe no sólo que fuimos sacados de la nada, sino hechos de barro (*ib.* 14). «Porque El conoce de qué materia estamos hechos». Conoce este amasijo de carne y sangre, músculos y nervios, miserias y debilidades que constituyen el ser humano y hacen posible el pecado y el retorno a Dios, no una vez, sino setenta veces siete, como dice Nuestro Señor, es decir, un número indefinido de veces (Mt 18,22).

Dios pone toda su gloria en aliviar nuestra miseria y perdonarnos nuestras faltas; Dios quiere verse glorificado al manifestar su misericordia para con nosotros, a causa de las satisfacciones de su Hijo muy amado. En la eternidad cantaremos, dice San Juan, un cántico a Dios y al Cordero. ¿Cuál será ese cántico? ¿Será el Sanctus de los ángeles? Dios no perdonó a una parte de aquellos espíritus puros; desde su primera rebelión les fulminó para siempre, porque no padecían las debilidades ni las miserias que son herencia nuestra. Los ángeles fieles cantan la santidad de Dios, esa santidad que no pudo sufrir ni por un solo instante la deserción de los rebeldes. — ¿Cuál será nuestro cántico? El de la misericordia: «Cantaré para siempre las misericordias del Señor» (Sal 88,2); este versículo del Salmista será como el estribillo del cántico de amor que entonaremos a Dios. ¿Y qué cantaremos al Cordero?: «Nos has rescatado, ¡oh Señor!, con

tu sangre preciosa» (Ap 5,9), fue tal la piedad que con nosotros tuviste, que derramaste tu sangre para salvarnos de nuestras miserias, para librarnos de nuestros pecados, como lo repetimos a diario, en nombre tuyo en la santa Misa: «He aquí el cáliz de mi sangre que ha sido derramada para remisión de los pecados». Sí, resulta para Dios una gloria inmensa de esta misericordia que usa con los pecadores que se acogen a las satisfacciones de Su Hijo Jesucristo, y por lo mismo se comprende que una de las mayores afrentas que podemos hacer a Dios es dudar de su misericordia y del perdón que se nos concede en atención a los méritos de Jesucristo. Sin embargo después del Bautismo ese perdón va condicionado a que nosotros hagamos «dignos frutos de penitencia» (Lc 3,8). Existe, dice el Santo Concilio de Trento, una gran diferencia entre el Bautismo y el Sacramento de la Penitencia. Verdad es que, para que un adulto pueda recibir dignamente el Bautismo se requiere que el bautizado sienta aversión al pecado y abrigue un propósito firme de huir a toda costa de él; pero no se le exige ni satisfacción ni reparación especiales. Leed las ceremonias de la administración del Bautismo; no hallaréis mención alguna de obras de penitencia que haya que practicar; es una remisión total y absoluta de la falta y de la pena en que se incurrió por la falta. ¿Por qué esto? Porque este sacramento, que es el primero que recibimos, constituye las primicias de la sangre de Jesús, comunicadas al alma. Pero, continúa el Concilio: si después del Bautismo, una vez unidos con Jesucristo, libres de la esclavitud del pecado y hechos templos del Espíritu Santo, recaemos voluntariamente en el pecado, no podemos recuperar la gracia y la vida sino haciendo penitencia; así lo ha establecido, y no sin Conveniencia, la justicia divina (Sess. XIV, caps. II y III). Ahora bien, la penitencia puede considerarse como *sacramento* y como *virtud* que se manifiesta por medio de actos que le son propios. Digamos algunas palabras del uno y de la otra.

2. El sacramento de la penitencia; sus elementos: la contrición, su particular eficacia en el sacramento; la declaración de los pecados constituye un homenaje a la humanidad de Cristo; la satisfacción no tiene valor si no es unida a la expiación de Jesús

Este sacramento, instituido por Jesucristo para la remisión de los pecados y para devolvernos la vida de la gracia, si la hemos perdido después del Bautismo, contiene en sí mismo, en cuantía ilimitada, la gracia que confiere el perdón. Mas para que el sacramento obre en el alma, deberá ésta derribar todo obstáculo que se oponga a su acción. Ahora bien, ¿cuál puede ser aquí el obstáculo? —El pecado y el apego al pecado. El pecador deberá hacer declaración de su pecado, declaración íntegra de las faltas mortales; además deberá destruir el apego al pecado mediante la contrición y aceptación de la satisfacción que le fuere impuesta.

Ya sabéis que de todos estos elementos esenciales que se refieren al penitente, el más importante es la *contrición* aun cuando la acusación de

las faltas fuese materialmente imposible, persiste la necesidad de la contrición. ¿Por qué? Porque, por el pecado, el alma se ha apartado de Dios para complacerse en la criatura, y si quiere que Dios se comunique de nuevo con ella y le devuelva la vida, deberá desprenderse del apego a la criatura para volver a Dios; ahora bien, tal acto comprende la detestación del pecado y el firme propósito de nunca más cometerlo; de lo contrario, la detestación no es sincera; en esto consiste la contrición [*Contritio animi dolor ac detestatio est de peccato commisso, cum proposito non peccandi de cætero*. Conc. Trid., Sess. XIV, cap.4]. Esta, como la palabra misma lo indica, es un sentimiento de dolor que quebranta al alma, conectora de su miserable estado y de la ofensa divina, y la hace volver a Dios.

La contrición es *perfecta* cuando el alma siente haber ofendido al soberano bien y a la bondad infinita; esta perfección proviene del *motivo*, que es el más elevado que pueda darse: la majestad infinita. Claro está que dicha contrición, perfecta en su naturaleza, admite, por lo que respecta a su *intensidad*, toda una serie de escalones, que varían según el grado de fervor de cada alma. Sea cual fuere el grado de intensidad, el acto de contrición perfecta, por razón del sentimiento que lo motiva, borra el pecado mortal en el momento en que el alma lo produce, aunque, en la actual economía, en virtud del precepto positivo establecido por Cristo, la acusación de las faltas mortales continúa siendo obligatoria, mientras sea posible.

La contrición *imperfecta* es aquella que resulta de la vergüenza experimentada por el pecado, de la consideración del castigo merecido por el pecado, de la pérdida de la bienaventuranza eterna; no produce por sí misma el efecto de borrar el pecado mortal; pero es suficiente si va acompañada de la absolución dada por el sacerdote.

Son verdades que únicamente me limito a recordaros, aunque hay un punto importante sobre el cual deseo que fijéis vuestra atención. Prescindiendo de la confesión, la contrición pone ya al alma en oposición al pecado; el odio al pecado que le hace concebir, constituye un principio de destrucción del pecado, y tal acto es de suyo agradable a Dios.

En el sacramento de la Penitencia, la contrición, como los demás actos del penitente, acusación de las faltas y satisfacción, reviste un carácter sacramental.— ¿Qué quiere decir esto? —Que en todo sacramento los méritos infinitos que nos ha conseguido Cristo se aplican al alma para producir la gracia especial contenida en el sacramento. La gracia del sacramento de la Penitencia consiste en destruir en el alma el pecado, debilitar los restos del mismo, devolver la vida, o, si no hay más que faltas veniales, remitirlas y aumentar la gracia. En este sacramento, comunicase a nuestra alma, para que se opere la destrucción del pecado, aquella aversión hacia él que Cristo experimentó en su agonía sobre la cruz: «Amaste la justicia y odiaste la iniquidad» (Sal 44,8). La ruina del pecado, operada por Cristo en su Pasión, se reproduce en el penitente. La contrición, aun fuera del sacramento, continúa siendo lo que es: un

instrumento de muerte para el pecado; pero en el sacramento, los méritos de Cristo multiplican, por decirlo así, el valor de este instrumento y le confieren una eficacia soberana. En aquel momento lava Cristo nuestras almas en su divina sangre. «Cristo con su sangre nos purificó de nuestros pecados» (Ap 1,5).

No lo olvidéis nunca: cada vez que recibís dignamente y con devoción este sacramento, aun cuando no tuviereis más que faltas veniales, corre en abundancia la sangre de Cristo sobre vuestras almas, para vivificarlas, fortalecerlas contra la tentación, y hacerlas generosas en la lucha contra el apego al pecado, para destruir en ellas las raíces y efectos del mismo; el alma encuentra en este sacramento una gracia especial para desarraigar los vicios, purificarse y recuperar o aumentar en ella la vida divina.

Avivemos, pues, sin cesar, antes de la Confesión, nuestra fe en el valor infinito de la expiación de Jesucristo. El ha soportado el peso de todos nuestros pecados (Is 53,2); se ha ofrecido por cada uno de nosotros: «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20; +Ef 5,2), sus satisfacciones son más que sobreabundantes: ha adquirido el derecho de perdonarnos, y no hay pecado que no pueda ser lavado por su divina sangre. Avivemos nuestra fe y confianza en sus inagotables méritos, frutos de su Pasión. Os he dicho que, cuando recorría Palestina, lo primero que exigía a los que se presentaban a El para que les librara de la posesión del demonio era la fe en su divinidad; y sólo si encontraba en ellos esa fe, accedía a sanarlos o a perdonarles sus pecados: «Id, vuestros pecados os son perdonados, vuestra fe os ha salvado». La fe, ante todo y sobre todo, es la que ha de acompañarnos a este tribunal de misericordia; la fe en el carácter sacramental de todos nuestros actos la fe, principalmente, en la sobreabundancia de las satisfacciones que Jesús ha dado por nosotros a su Padre.

Nuestros actos, a saber, la contrición, la confesión y la satisfacción, no producen, es cierto, la gracia del sacramento; pero además de ser previo requisito para que se nos aplique la gracia de este sacramento, puesto que forman *como la materia* del mismo [*quasi materia*], dice el Concilio de Trento. Sess. XIV, cp.3], hay que tener presente que el grado de esta gracia se mide, de hecho, por las disposiciones de nuestra alma. [El Catecismo del Concilio de Trento, c. XXI, § 3, da la explicación siguiente: «Hay que advertir a los fieles que la gran diferencia entre este sacramento y los demás consiste en que la materia de los otros es siempre una cosa natural o artificial, al paso que los actos del penitente, a saber: contrición, confesión y satisfacción, son *como la materia* de este sacramento. Y estos actos son necesarios de parte del penitente para la integridad del sacramento y la entera remisión de los pecados. Todo esto es de institución divina. Además, los actos de que venimos hablando se consideran como las partes mismas de la penitencia. Y si el Santo concilio dice sólomente que los actos del penitente son *como la materia* del sacramento, no quiere decir que no sean la verdadera materia, sino que no es de la misma clase que las materias de los otros sacramentos que se toman de cosas exteriores, como el agua en el Bautismo y el crisma en la Confirmación»].

Por todo ello es práctica utilísima el pedir a Dios la gracia de la contrición, al asistir a la santa Misa el día mismo en que ha de tener lugar nuestra confesión. ¿Por qué esto? —Porque, de sobra lo sabéis, sobre el altar se renueva la inmolación del Calvario.

El Santo Concilio de Trento declara que «aplacado el Señor por esta oblación, concede la gracia y el don de la Penitencia, y por ella remite los crímenes y pecados, por enormes que sean» (Sess. XXII, c. 2). ¿Remite, por ventura, el sacrificio de la Misa directamente los pecados? —No; eso es privativo de la contrición perfecta y del sacramento de la Penitencia; pero cuando asistimos devotamente a este sacrificio, que reproduce la oblación de la cruz, cuando nos unimos a la víctima divina, Dios nos concede, si se lo pedimos con fe, las disposiciones de arrepentimiento, de firme propósito, de humildad, de confianza, que nos conducen a la contrición y nos hacen capaces de recibir con fruto la remisión de nuestros pecados, al sernos aplicados los méritos adquiridos por Jesucristo con el precio de su divina sangre.

A la contrición debe seguir la *confesión*. El sacramento de la Penitencia ha sido instituido en forma de juicio: «Todo cuanto atareis o desatareis sobre la tierra, será ligado o desligado en el cielo; a aquellos a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados». Pero al culpable le toca acusarse por sí mismo al juez que le ha de sentenciar. Ahora bien, ¿quién es este juez? Sólo a Dios debo hacer la declaración de mis pecados; nadie, ni ángel, ni hombre, ni demonio, tiene derecho a penetrar en el santuario de mi conciencia, en el tabernáculo de mi alma; Dios sólo merece este homenaje y lo reclama en este sacramento, para gloria de su Hijo Jesucristo.

Mas ya os he dicho, hablando de la Iglesia, que después de la Encarnación, Dios quiere, en la economía ordinaria de su providencia, dirigirnos por medio de hombres, que hacen entre nosotros las veces de su Hijo, es como una extensión de la Encarnación y, al propio tiempo, un homenaje rendido a la humanidad sacratísima de Cristo. ¿Que por qué lo ha dispuesto así? —Para rescatarnos del pecado y volvernos a la vida divina, Cristo, el Verbo encarnado, se sumergió en un abismo de humillaciones. En su humanidad sacratísima padeció, murió, expió y, por haberse así rebajado Cristo para salvar al mundo, su Padre le ha ensalzado (Fil 2, 7-9); el Padre quiere glorificar a su Hijo en cuanto hombre: «Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré» (Jn 12,28). Y, ¿qué gloria es la que le tiene reservada? —Le hace sentar a su diestra en lo más encumbrado de los cielos; quiere «que toda rodilla se doblegue ante El y que toda lengua proclame que Jesús es el único Salvador» (Fil 2, 10-11), porque el Padre «le ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra» (Mt 28,18). Y entre los atributos de este poder, figura el de juzgar a todas las almas. «El Padre, nos dice el mismo Jesús, ha depositado todo poder judicial en manos de su Hijo, a fin de que todos honren a este Hijo; el cual ha adquirido, sirviéndose de su humanidad, el derecho de ser el Redentor del mundo» (Jn 5,22 y 27). El Padre ha constituido a Cristo juez del cielo y de la tierra;

en este mundo, juez misericordioso, pero el último día, como Nuestro Señor mismo lo dijo en el momento de su pasión, «el Hijo del hombre vendrá sobre las nubes en toda la majestad de su gloria» (Mc 13,26) para juzgar a los vivos y a los muertos.

Tal es la gloria que el Padre quiere dar a su Hijo; y la misma gloria quiere que le tributemos nosotros en este sacramento. Figurémonos un hombre que ha cometido un pecado mortal; viene delante de Dios, llora su falta, aflige su cuerpo con maceraciones, se propone aceptar toda clase de expiaciones; Dios le dice: «Está bien, pero quiero que reconozcas el poder de Jesús mi Hijo, sometiéndote a El en la persona de aquel que entre vosotros ocupa su lugar; que le representa, por haber recibido, en el día de su ordenación sacerdotal, comunicación del poder judicial de mi Hijo». Si el pecador no quiere rendir este homenaje a la humanidad sacratísima de Jesús, Dios rehúsa oírle; pero si se somete con fe a esta condición, entonces ya no hay faltas, ni pecados, ni maldades, ni crímenes que Dios no perdone y cuyo perdón no renueve euantas veces lo desee el pecador arrepentido y contrito. Esa declaración debe hacerse eon el corazón lleno de arrepentimiento, pues la eonfesión no es un relato, sino una acusación, y por lo mismo, es menester presentarse como un criminal delante del juez. Esta confesión sencilla y humilde puede naufragar en dos escollos: la *rutina* y el *escrúpulo*.— La rutina, que es consecuencia de frecuentar la Penitencia por mera costumbre, sin pensar seriamente lo que se realiza, y el mejor medio de destruirla es excitar nuestra fe en la grandeza de este sacramento. Ya os lo he dicho: cada vez que nos confesamos, aun cuando no nos acusemos más que de faltas veniales, se ofrece la sangre de Jesús a su Padre para obtenernos el perdón.— El escrúpulo consiste en tomar lo accidental por lo esencial, en detenerse sin motivo en detalles o circunstancias que no añaden nada sustancial a la falta, caso de que la falta exista. En la confesión hay que tener deseo de declarar todo cuanto uno tiene en su corazón, lo cual es fácil cuando se tiene la excelente costumbre de examinar cada noehe las acciones del día y si hay duda fundamentada, debemos aceptar, como una parte de la penitencia, la molestia que muy a menudo resulta de esto, y exponer sencillamente lo que sabemos. Dios no quiere que la confesión se eonvierta en tortura para el alma, sino, al contrario, que le comunique la paz. [*Sane vero res et effectus huius sacramenti, quantum ad eius vim et efficaciam pertinet, reconciliatio est cum Deo, quam interdum in viris piis et cum devotione hoc sacramentum percipientibus, conscientiae pax et serenitas, cum vehementi spiritus consolatione consequi solet.* Conc.Tríd., Sess. XIV, cap.3].

Mirad al hijo pródigo, cuando vuelve a casa de su padre. ¿Se detiene en distingos y pormenores sin fin? —De ninguna manera. Arrójase a los pies de su padre, y le dice: «Soy un pobre desgraciado indigno de dirigiros la palabra, pero os diré cuanto de malo he hecho»; y al instante el padre le levanta, y le estrecha entre sus brazos; lo perdona y lo olvida todo y prepara un festín para celebrar el regreso de su hijo. Así ocurre con el

Padre celestial: Dios encuentra sus delicias en perdonar, porque todo perdón se otorga en virtud de las satisfacciones de su Hijo predilecto, Jesucristo. La sangre preciosa de Jesús fue derramada hasta la última gota en remisión de los pecados, la expiación que ofreció Cristo a la justicia, a la santidad, a la majestad de su Padre, es de un valor infinito. Ahora bien, cada vez que Dios nos perdona, cada vez que el sacerdote nos da la absolución, viene a ser como si se ofreciesen de nuevo al Padre todos los padecimientos, todos los méritos, todo el amor, toda la sangre de Jesús, y se aplicasen a nuestras almas para devolverles la vida (o aumentarla cuando no se encuentran más que faltas veniales). «Instituyó (Jesús) el Sacramento de la Penitencia, por el que, después del Bautismo, se aplican los méritos de la muerte de Cristo a los pecadores» (Conc. Trid., Sess. XIV, cap.1). «Que Jesucristo te absuelva, dice el sacerdote, y yo, en virtud de su autoridad, te absuelvo de tus pecados». ¿Puede uno perdonar la ofensa cometida contra otro? —No; sin embargo de ello, dice el sacerdote: *yo te absuelvo*. ¿Cómo puede decirlo? —Porque es Cristo quien lo dice por su boca.

Parécenos oír en cada confesión a Jesús que dice a su Padre: «Padre, te ofrezco por esta alma las satisfacciones y méritos de mi Pasión; te ofrezco el cáliz de mi sangre derramada para remisión de los pecados». Entonces, así como Cristo ratifica el juicio y el perdón dados por el sacerdote, el Padre, a su vez, confirma el juicio emitido y el perdón otorgado por su Hijo. El nos dice: «Yo también os perdono», palabras que fijan al alma en la paz. Pensad un poco lo que es recibir de Dios la seguridad del perdón. Si he ofendido a un hombre leal, y éste, alargándome la mano, me dice: «Todo está olvidado», no dudo de su perdón.

En el Sacramento de la Penitencia es Cristo, el Hombre Dios, la Verdad en persona, quien nos dice: «Yo os perdono», y, ¿dudaremos de su perdón? —No, no se puede dudar; este perdón es absoluto y para siempre. Dios nos dice: «Aun cuando vuestros pecados sean llamativos como la púrpura, lavaré vuestras almas de tal suerte que aparecerán resplandecientes como la nieve» (Is 1,18). «He reducido a la nada vuestras iniquidades y vuestras faltas, como hago desvanecer las nubes» (*ib.* 44,22). El perdón de Dios es digno de El; lo que hace un rey es magnífico; lo que obra un Dios es divino: creamos en su amor, en su palabra, en su perdón.— Este acto de fe y de confianza es sumamente agradable a Dios y a Jesús; es un homenaje tributado al valor infinito de los méritos de Cristo, es proclamar que la plenitud y universalidad del perdón que Dios otorga a los hombres aquí en la tierra es uno de los triunfos de la sangre de Jesús.

A la contrición de corazón, a la confesión de boca debe también ir unida la aceptación humilde de la *satisfacción*.— Dicha aceptación es un elemento esencial del sacramento. Antiguamente, era considerable la obra de satisfacción que había que cumplir; ahora, la satisfacción que impone el confesor por la pena debida al pecado se reduce a algunas oraciones, a una limosna, a una práctica de mortificación.

Nuestro Señor, ciertamente, satisfizo y con sobreabundancia, por nosotros; pero, como dice el Concilio de Trento (Sess. XIV, cap.8), la equidad y la justicia exigen que, habiendo pecado después del Bautismo, aportemos nuestra parte de expiación, en saldo de la deuda merecida por nuestras faltas.— Siendo sacramental esta satisfacción, Jesucristo, por boca del sacerdote que le representa, la une a sus propias satisfacciones; por eso es de gran eficacia para producir en el alma la «muerte al pecado». Cumpliendo esta satisfacción, por nuestros pecados, dice el Santo Concilio de Trento, nos conformamos con Jesucristo, que ofreció a su Padre una expiación infinita por nuestras faltas. Hace notar el Concilio que «estas obras de satisfacción, aun cuando las ejecutemos con toda fidelidad, carecerán, con todo, de valor si nosotros no estamos unidos a Jesucristo; sin El, en efecto, por nosotros mismos, nada podemos hacer, pero fortalecidos por su gracia, somos capaces de cualquier sacrificio. Y así toda nuestra gloria consiste en pertenecer a Cristo, en quien vivimos, *en quien satisfacemos*, cuando hacemos, en expiación de nuestros pecados, dignos frutos de penitencia; *Es es quien valoriza dichos actos de satisfacción, y por El son ofrecidos al Padre, y debido a El, el Padre los acepta*» (Conc. Trid., Sess. XIV, cap.8).

Ya veis qué admirable sacramento han ideado, para nuestra salvación, la sabiduría, poder y bondad de Dios. En él encuentra Dios su gloria y la de su Hijo, pues en virtud de los méritos infinitos de Jesús, por medio de ese sacramento, se nos concede el perdón, se nos restituye o aumenta la vida divina. Unámonos desde ahora al cántico que entonan al Cordero los escogidos: «¡Oh, Cristo Jesús, inmolado por nosotros, tú nos has rescatado con tu sangre preciosa; te sean dados a Ti toda alabanza, todo poder, toda gloria y todo honor por los siglos de los siglos!»

3. La virtud de la penitencia es necesaria para mantener en nosotros los frutos del sacramento; naturaleza de esta virtud

Aun después que Dios nos ha perdonado, quedan en nosotros reliquias del pecado, raíces malas, dispuestas a crecer y producir malos frutos. La concupiscencia no desaparece del todo ni con el Bautismo, ni con el sacramento de la Penitencia, y, por consiguiente, si queremos llegar a un grado elevado de unión con Dios, si queremos que la vida divina adquiera poderoso desarrollo en nuestras almas, es preciso que trabajemos sin descanso por contrarrestar esos resabios y por desarraigar esas raíces del pecado, que desfiguran nuestra alma a los ojos de Dios.

Existe también, fuera de la acción del sacramento de la Penitencia, un medio eficaz para brotar esas cicatrices del pecado, que no dejan a Dios comunicarnos su vida con abundancia; este medio es *la virtud* de la penitencia. ¿Qué es esta virtud? —Un hábito que, cuando está bien arraigado, nos inclina de continuo a expiar el pecado y destruir sus consecuencias. Esta virtud debe, sin duda, manifestarse, como vamos a verlo, por actos que le son propios; pero es, ante todas las cosas, una

disposición habitual del alma, que despierta y excita en nosotros el pesar de haber ofendido a Dios y el deseo de reparar nuestras faltas. Tal es el sentimiento habitual que debe animar nuestros actos de penitencia. Por dichos actos se revuelve el hombre contra sí mismo para vengar los derechos de Dios que pisoteó, cuando por su pecado se levantó contra Dios poniendo en oposición su voluntad con la voluntad santísima divina, y ahora, por estos actos de penitencia, coincide con Dios en el odio al pecado y con su soberana justicia que reclama la expiación.

El alma considera entonces el pecado a través de la fe y desde el punto de vista de Dios: «He pecado, dice, he realizado un acto cuya malicia no puedo calcular, pero que es tan terrible y viola en tal grado los derechos de Dios, de su justicia, de su santidad, de su amor, que sólo la muerte de un Hombre-Dios pudo expiarlo». El alma está entonces conmovida y exclama: «Oh, Dios mío, detesto mi pecado, quiero restablecer vuestros derechos por medio de la penitencia, preferiría morir antes que ofenderos de nuevo». Ved ahí el *espíritu* de penitencia que excita al alma y la inclina a realizar *actos* de expiación. Ya comprendéis que esta disposición de alma es necesaria a todos aquellos que no han vivido en perfecta inocencia. Cuando nace del temor al infierno, es buena, como dice el Concilio de Trento (Sess. XIV, cap.4), y agradable a Dios; mas si tiene por motivo el amor, entonces es excelente y perfecta, y cuanto más aumente el amor de Dios, más necesidad experimentaremos también de ofrecer a Dios el sacrificio de un corazón contrito y humillado» (Sal 50,19) y de repetir con el publicano del Evangelio: «Tened piedad de mí, que soy un pobre pecador» (Lc 18,13). Cuando este sentimiento de compunción es habitual, mantiene al alma en una gran paz; la conserva en la humildad y llega a ser poderoso instrumento de purificación; nos ayuda a mortificar nuestros instintos desordenados, nuestras tendencias perversas, todo aquello, en una palabra, que podría arrastrarnos a nuevas faltas. Cuando uno posee esta virtud, está atento para emplear cuantos medios encuentre de reparar el pecado. (Ver *Jesucristo, ideal del monje*, cap.VIII). Es esta virtud nuestra mejor garantía de perseverancia en el camino de la perfección, por ser ella, mirándolo bien, una de las formas más puras del amor; ama uno de tal modo a Dios y siente tan profundamente el haberle ofendido, que quiere expiarlo y dar una reparación; es un manantial de generosidad y de olvido de sí mismo. «La santidad, dice el P. Faber, ha perdido el principio de su crecimiento, cuando prescinde del pesar y sentimiento constante de haber pecado, pues la raíz del progreso no es solamente el amor, sino el amor nacido del perdón» (*Progreso del alma*, cap.XIX). Ciertas almas, aun piadosas, al oír la palabra penitencia o mortificación, que expresan la misma idea, experimentan a veces un sentimiento de repulsión. ¿De dónde proviene? —No debe extrañarnos; tal sentimiento tiene un origen psicológico. Nuestra voluntad busca necesariamente el bien en general la felicidad, o algo que parece serlo. Ahora bien, la mortificación que refrena alguna de las tendencias de nuestros sentidos, algunos de nuestros deseos más naturales, aparece a dichas almas como algo contrario a la felicidad, de ahí, pues esta

repugnancia instintiva en presencia de todo cuanto constituye la práctica del renunciamiento de sí mismo. Además, vemos muchas veces en la mortificación un fin, cuando no es más que un medio, medio necesario sin duda, indispensable, pero al fin medio. No minimizamos el Cristianismo, al reducir a papel de medio la renuncia de uno mismo.

El Cristianismo es un misterio de muerte y de vida pero la muerte no tiene otro objeto que el de salvaguardar la vida divina en nosotros: «No es Dios de muertos, sino de vivos». «Cristo, al morir, destruyó la muerte, y al resucitar nos restituyó la vida» (Prefacio de la Misa de Pascua). La obra esencial del Cristianismo, el fin último que persigue de por sí, es una obra de vida, el Cristianismo es la reproducción de la vida de Cristo en el alma. Ahora bien, como ya os tengo dicho la existencia de Cristo ofrece este doble aspecto: «entregóse a la muerte por nuestros pecados, resucitó a fin de comunicarnos la vida de la gracia» (Rm 4,25). El cristiano muere a todo cuanto es pecado, pero para vivir más intensamente de la vida de Dios; la penitencia, de consiguiente, no es, en principio, sino un medio para conseguir la vida. Ya lo notó muy bien San Pablo cuando dijo: «Llevemos siempre en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nosotros» (2Cor 4,10). Que la vida de Cristo, que tiene su principio en la gracia y su perfección en el amor, tome incremento en nosotros: ése es el objetivo y no hay otro. Para conseguirlo, es necesaria la mortificación; por eso dice San Pablo: «Los que pertenecen a Cristo, en cuyo número por nuestro bautismo nos contamos nosotros, crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias» (Gál 5,24). Y en otro lugar, dice todavía con lenguaje más explícito: «Si vivís según los instintos de la carne, haréis morir en vosotros la vida de la gracia; pero si mortificáis sus malas inclinaciones, viviréis vida divina» (Rm 8,13).

4. Su objeto: restablecer el orden y hacernos semejantes a Jesús crucificado. Principio general y diversas aplicaciones de su ejercicio

Veamos cómo se realiza esto; veamos con más detalle por qué y cómo debemos *morir* para *vivir*, por qué y cómo, según dice Nuestro Señor mismo, debemos «perdernos para salvarnos» (Jn 12,25). Dios creó el primer hombre en entera rectitud (Ecli 6,30). En Adán las facultades inferiores de los sentidos estaban enteramente sometidas a la razón, y la razón perfectamente sometida a Dios. Con el pecado desapareció este orden armonioso, rebelóse el apetito inferior y entablóse la lucha de la carne contra el espíritu. «Desgraciado de mí, exclama San Pablo, que no puedo realizar el bien que me propongo cumplir, y en cambio, pongo por obra el mal que no quisiera ejecutar» (Rm 7, 19-20). Es la Concupiscencia, movimiento del apetito inferior, la que nos inclina al desorden y nos incita al pecado. Ahora bien, esta Concupiscencia de los ojos, de la carne y del orgullo (1Jn 2,16) propende a crecer y a dar frutos de pecado y de muerte sobrenatural; luego, para que la vida de la gracia se mantenga en nosotros

y se desarrolle, hay que mortificar, es decir, reducir a la impotencia, «dar la muerte», no a nuestra misma naturaleza, sino a aquello que en nuestra naturaleza es origen de desorden y de pecado: instintos desordenados de los sentidos, desvaríos de la imaginación, perversas inclinaciones. Este es el fundamento de la necesidad de la penitencia: restablecer en nosotros el orden, devolver a la razón, sumisa ya a Dios, el imperio sobre las potencias inferiores, que permitan a la voluntad su entrega total a Dios: en esto consiste la vida. No olvidéis que el Cristianismo en principio sólo exige la mortificación para destruir en nosotros todo cuanto se opone a la vida: el cristiano, por el renunciamiento, procura eliminar de su alma todo elemento de muerte espiritual, a fin de permitir a la vida divina desarrollarse dentro de él con toda libertad, con toda facilidad, en toda su plenitud.

Desde este punto de vista, la mortificación es una consecuencia rigurosa del bautismo e iniciación cristiana. San Pablo nos dice que el neófito, sumergido en la sagrada pila, muere para el pecado y comienza a vivir para Dios; esta doble fórmula condensa, como ya hemos visto, toda la conducta cristiana, pues no podemos ser cristianos si primero no reproducimos en nosotros la muerte de Cristo, renunciando al pecado.

¿En qué consiste, me diréis, esta muerte para el pecado?, ¿hasta dónde se extiende, qué aplicación práctica deberemos hacer de la ley del renunciamiento? Esta aplicación, como es natural, puede variar de mil maneras, pues las almas no están todas en el mismo estado, y son muy diversas las situaciones por que atraviesa cada una. San Gregorio Magno (*Hom. XX, in Evang.*, c. 8. *Regula pastoralis* p. III, c. 29) sienta como principio que cuanto más perturbado haya sido el orden sobrenatural por el predominio del apetito inferior, durante más tiempo hemos de practicar la mortificación. Hay almas que han sido más profundamente afectadas por el pecado; las raíces del mismo son en ellas más profundas, las fuentes del desorden espiritual más activas; esta en ellas más expuesta la vida de la gracia. Para tales almas, la mortificación deberá ser más vigilante, mas vigorosa, más continua. En algunas almas más adelantadas ya en la vida espiritual, las raíces del pecado son más tenues, más débiles, menos vigorosas; la gracia se encuentra con un terreno más generoso, más fecundo; la necesidad de penitencia para tales almas, *en cuanto que la penitencia tiene por objeto hacer morir el pecado*, será menos imperiosa, y menos perentoria la obligación del renunciamiento. Mas para estas almas fieles, en las cuales abunda la gracia, existe otra razón de la cual trataremos más tarde, que es la de imitar más perfectamente a Cristo, nuestro Jefe, y Cabeza de un cuerpo místico, cuyos miembros son todos solidarios. Es muy grande el acicate que ese motivo ofrece a esas almas generosas.

Este es un principio general, pero sea cual fuere la medida de su aplicación, hay obras que todo cristiano está obligado a cumplir, como son: la observancia exacta de los mandamientos de Dios, los preceptos de la Iglesia, las prácticas de Cuaresma, las vigiliias, las Témporas; la fidelidad continua a los deberes de estado, a la ley del trabajo; la vigilancia para huir

constantemente de las múltiples ocasiones de pecar; observancias todas que exigen las más de las veces actos de renuncia y sacrificios costosos a la naturaleza.

Hay que luchar además contra determinados defectos que asfixian o debilitan la vida divina: en un alma, es el amor propio; en otra, la ligereza; en ésta, la envidia o la cólera, en aquélla, la sensualidad o la pereza. Tales defectos, dejados sin combatir, son fuente de mil faltas e infidelidades voluntarias que ponen trabas a la acción de Dios en nosotros. Por insignificantes que nos parezcan tales vicios, nuestro Señor espera de nosotros que nos ocupemos de ellos, que trabajemos generosamente, mediante una vigilancia constante sobre nosotros mismos merced a un cuidadoso examen de las acciones de cada día, mediante la mortificación corporal y la renuncia interior, hasta lograr extirparles, que no descansemos hasta que las raíces queden tan debilitadas, que no puedan ya producir más frutos, pues cuanto más debilitadas queden dichas raíces, más poderosa resultará en nosotros la vida divina, siendo más fácil su desarrollo.

Existen por último ocasiones de renunciamiento que nos salen al paso en el curso ordinario de la vida, dirigido por la providencia, y que debemos aceptar como verdaderos discípulos de Jesucristo; tales son: el padecimiento, la enfermedad, la desaparición de seres queridos, los reveses de fortuna, las adversidades, las contrariedades, los obstáculos que dificultan la realización de nuestros planes, la falta de éxito en nuestras empresas, las decepciones, los momentos de disgusto, las horas de tristeza, el *peso del día* que tanto abrumaba en algún tiempo a San Pablo (Rm 9,2) hasta el punto de que la misma «existencia constituía para él una pesada carga» (2Cor 1,8); todas esas miserias que, mortificando nuestra naturaleza y poniéndonos en trance de morir un poco todos los días — «todos los días muero» (1Cor 15,31)— nos ayudan a desasirnos de nosotros mismos y de las criaturas.

5. Cómo en Cristo hallamos consuelo y cómo unidos a los suyos, adquieren valor nuestros actos de renunciación

Este es el sentido de esa frase del Apóstol: «todos los días muero»: morir todos los días para vivir un poco más cada día de la vida de Cristo. Y al hablar de sus padecimientos, escribe estas palabras profundísimas aunque a primera vista desconcertantes: «Completo, por medio de los padecimientos en mi carne, lo que falta a los padecimientos de Cristo, y lo completo en favor de la Iglesia, su cuerpo místico» (Col 1,24). ¿Falta algo por ventura a los padecimientos y satisfacciones de Cristo? Ciertamente que no. Como ya os tengo dicho, su valor es infinito; siendo los padecimientos de Cristo, padecimientos de un HombreDios que vino a reemplazarlos, nada falta para la perfección y plenitud de sus padecimientos; éstos han sido más que suficientes para el rescate de todos «El es propiciación por todos los pecados de todo el mundo» (1Jn 2,2). ¿Por qué habla, pues, San Pablo del «complemento» que él mismo aporta a tales padecimientos?

San Agustín nos da hermosísima respuesta: El Cristo total se compone de la Iglesia unida a su jefe; de los miembros, que somos nosotros, unidos a la cabeza, que es Cristo. La cabeza de este cuerpo místico, que es Cristo,apuró hasta las heces la copa del sufrimiento; sólo falta que sufra también en su cuerpo y en sus miembros, y vosotros sois ese cuerpo y esos miembros. [*Impletæ erant omnes passionés, sed in capite; restabant adhuc Christi passiones in corpore; vos autem corpus et membra.* Enarrat. in Sal. LXXXVII, c. 5].

Contemplad a Jesucristo camino del Calvario, cargado con la cruz y cayendo por tierra abrumado por su peso. Su divinidad, si El quisiera, sostendría a su humanidad, pero no lo quiere. ¿Por qué? —Porque quiere, para expiar el pecado, experimentar en su carne inocente los estragos causados por el pecado. Pero los judíos temen que Jesús no llegue con vida al sitio de la crucifixión, y obligan a Simón Cirineo a ayudar a Cristo a llevar su cruz, ayuda que acepta Jesús. Simón, en esta ocasión, representa a todos; cuantos somos miembros del cuerpo místico de Cristo, debemos ayudar a Jesús a llevar su cruz. Podemos estar seguros de que en verdad pertenecemos a Cristo, si, imitando su ejemplo, nos renunciamos a nosotros mismos y cargamos con nuestra cruz. «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Lc 9,23). Aquí está el secreto de esas mortificaciones voluntarias que afligen y desgarran el cuerpo, y de aquellas otras que reprimen los deseos, aun legítimos, del espíritu, y que realizan las almas fuertes, las almas privilegiadas y santas. Estas almas expiaron sin duda sus faltas, pero el amor las impele a expiar por aquellos miembros del cuerpo de Cristo que ofenden a su Cabeza, a fin de que no disminuyan en el cuerpo místico ni la belleza ni el esplendor de la vida divina. Si amamos de veras a Cristo, tomaremos generosamente nuestra parte, conforme al consejo de un prudente director, en aquellas mortificaciones voluntarias, que harán de nosotros discípulos menos indignos de un Dios crucificado. ¿No era, por ventura, esto mismo lo que anhelaba San Pablo, cuando escribía que quería renunciar a todo, «a fin de ser admitido a la comunión de los padecimientos de Cristo y asemejarse a El hasta la muerte?» (Fil 3, 8-10).

Si nuestra naturaleza experimenta alguna repulsión, pidamos al Señor que nos dé fuerza para imitarle y seguirle hasta el Calvario. Según aquel hermoso pensamiento de San Agustín, la hez del cáliz del padecimiento y renuncia, del cual tenemos que gustar algunas gotas, la ha reservado para sí el inocente Jesús, como médico compasivo: «No podrás ser curado a menos que bebas del cáliz amargo; el médico sano bebió primero, para que no dudase en beber el enfermo» (*De verbis Domini.* Serm XVIII, c. 7 y 8). Cristo sabe lo que es el sacrificio por haberlo experimentado El mismo. «El pontifice que vino a salvarnos, no es de aquellos que son incapaces de tomar parte en nuestros padecimientos; antes bien, para asemejarse a nosotros, hizo experiencia de todos ellos» (Heb 4,15); ya os he dicho hasta qué extremo llevó su compasión Nuestro Señor. Ahora bien, no olvidemos que al tomar parte así en nuestros dolores y en aquellas miserias que eran compatibles con su divinidad, santificó Cristo nuestros

padecimientos, nuestras enfermedades, nuestras expiaciones, y mereció a fin de que nosotros pudiéramos sobrellevarlos, y para que fuesen a la vez agradables a su Padre. Mas para eso, es menester unirnos íntimamente a Nuestro Señor por la fe y el amor, y aceptar el llevar la cruz en pos de El.

De esta unión arranca todo el valor de nuestros padecimientos y sacrificios, pues de suyo nada valdrían para el cielo, pero unidos a los de Cristo, llegan a ser sumamente agradables a Dios y saludabilísimos para nuestras almas. [Véase el texto del Concilio de Trento antes citado]. Esta unión de nuestra voluntad a Nuestro Señor en el padecimiento, se convierte para nosotros en un manantial de consuelos. Cuando padecemos, cuando nos hallamos apenados, tristes, abatidos, quebrantados por la adversidad, envueltos en mil dificultades, y nos llegamos a Jesucristo, no nos vemos exonerados de nuestra cruz, toda vez que el servidor no ha de ser de mejor condición que su amo (Lc 6,40), pero sí reconfortados. El mismo Jesucristo nos lo dice: quiere que llevemos su cruz, como condición indispensable para ser sus verdaderos discípulos, pero promete a la vez su ayuda a aquellos que acudan a El en busca de alivio en sus padecimientos. El mismo nos dirige esta invitación: «Venid a Mí todos cuantos padecéis y soportáis el peso de la aflicción, y yo os aliviaré» (Mt 11,28).

Su palabra es infalible; si os dirigís a El con confianza, estad seguros de que se inclinará hacia vosotros, lleno de misericordia, conforme a las palabras del Evangelio: «Movido por la misericordia» (Lc 8,13). ¿Acaso no se hallaba abrumado de pena cuando dijo: «Alejad de mí, Padre mío, este cáliz tan amargo?» Pues bien, dice San Pablo que una de las razones por las cuales quiso Cristo sentir el dolor, fue para adquirir experiencia y poder aliviar a cuantos acudiesen a él (Heb 4,15, y 2, 16-18). El es el buen samaritano que, inclinándose hacia la humanidad enferma, le otorga, juntamente con la salud, el consuelo del Espíritu de amor, pues de El procede todo cuanto puede constituir un verdadero consuelo para nuestras almas. Ya lo dijo San Pablo: «Así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así también *por Cristo* abunda nuestro consuelo» (2Cor 1,5). Fijaos cómo identifica sus tribulaciones con las de Jesús, ya que es miembro del cuerpo místico de Cristo y es del mismo Cristo de quien recibe el consuelo.

¡Qué bien se realizaron en él estas palabras! ¡Qué parte tan importante tomó en los dolores de Cristo! ¡Leed aquel cuadro, tan vivo y conmovedor, de las dificultades continuas que asedian al Apóstol durante sus viajes apostólicos: «Más de una vez vi de cerca la muerte; cinco veces fui flagelado, tres veces azotado con varas; una vez fui lapidado, tres veces padecí naufragio, una noche y un día enteros los pasé flotando a merced de las olas. En mis numerosos viajes me he visto muchas veces rodeado de peligros: peligros en los ríos, peligros de ladrones, peligros de parte de los de mi nación, peligros de parte de los infieles; peligros en las ciudades, peligros en los desiertos, en el mar; peligros por parte de los falsos hermanos, en trabajos y fatigas, en muchas vigiliass; padecimientos de hambre y sed; multiplicados ayunos, frío, desnudez, y sin hacer

mención de tantas otras cosas, ¿recordaré mis preocupaciones de cada día, y la solicitud y cuidado de las Iglesias que he fundado?» (*ib.* 11, 24-29).

¡Oh, qué cuadro!, ¡qué angustiada debía estar el alma del gran Apóstol agitada por tantas miserias, que se renovaban sin cesar! Con todo, en todas esas tribulaciones estoy «rebotando de gozo» (*ib.* 7,4). ¿Cuál es el secreto de este gozo? —El amor hacia Cristo que murió por nosotros (*ib.* 5,14); de Cristo le viene esta abundancia de consuelo (*ib.* 1,5). Estando unido a Cristo por amor, permanece impertérrito en medio de todas las miserias y privaciones a que se ve reducido. ¿Quién me separará de la caridad de Cristo? ¿Será la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, el peligro, la espada? Según lo que está escrito: Por causa tuya, Señor, estamos día y noche expuestos a la muerte y se nos mira como ovejas destinadas al cuchillo; pero de todas estas pruebas, añade, «hemos salido vencedores gracias a Aquel que nos amó» (*ib.* 5,15). Tal es el grito del alma que ha comprendido el amor inmenso de Cristo en la Cruz y que desea como verdadero discípulo seguir sus huellas hasta el Calvario, tomando, por amor, su parte en los padecimientos del divino Maestro, pues, como ya os tengo dicho, nuestros sacrificios, nuestros actos de renuncia y de mortificación, reciben de la Pasión de Cristo y de sus padecimientos, todo su valor sobrenatural para destruir el pecado y acrecentar en nosotros la vida divina. Debemos procurar unirlos, por la intención, al Sacramento de la Penitencia, que nos aplica los méritos de los padecimientos de Cristo con el fin de hacernos morir para el pecado. Si así lo hacemos, la eficacia del Sacramento de la Penitencia se extenderá, por decirlo así, a todos los actos de la virtud de penitencia, para aumentar su fecundidad.

6. Conforme al espíritu de la Iglesia es preciso conectar los actos de la virtud de la penitencia con el sacramento

Ese es, por otra parte, el pensamiento de la Iglesia: Ved sino cómo después que el sacerdote, ministro de Cristo, nos ha impuesto la satisfacción necesaria, y por la absolución ha lavado nuestra alma en la sangre divina, recita sobre nosotros las palabras siguientes: «Todos cuantos esfuerzos hicieres para practicar la virtud, todas cuantas molestias padecieres, te sirvan para la remisión de los pecados, aumento de la gracia y premio de vida eterna». Esta oración, aunque no es esencial al sacramento, como es la Iglesia quien la ha fijado, además de la doctrina que en sí contiene, doctrina que, naturalmente, la Iglesia desea ver traducida en obras, tiene valor de sacramental. Por medio de esta oración, el sacerdote comunica a nuestros padecimientos, a nuestros actos de satisfacción, expiación, mortificación, reparación y paciencia, que une y relaciona con el sacramento, tal eficacia, que nuestra fe nos obliga a detenernos en algunas consideraciones sobre este punto, tratando de que os forméis sobre él una idea perfectamente clara.

En remisión de tus pecados.— El Concilio de Trento enseña a este propósito una verdad muy consoladora. Nos dice que Dios usa de tal liberalidad y largueza en su misericordia, que no sólo nos sirven de satisfacción ante el Padre Eterno, mediante los méritos de Jesucristo, las obras de expiación que el sacerdote nos imponga o que nosotros mismos libremente elijamos, sino también todas las penas inherentes a nuestra condición de pobres mortales, todas las adversidades temporales que Dios nos envía o permite, siempre que las sobrellevemos con paciencia. Por eso, nunca os recomendaré bastante una práctica excelente y fecunda, que consiste en aceptar cuando comparecemos ante el sacerdote, o más bien, ante Jesucristo, para acusarnos de nuestras faltas, todas las penas, todas las contrariedades, todas las cosas desagradables que en lo sucesivo puedan sobrevenirnos, a fin de que nos sirvan de reparación por nuestros pecados; más aún, conviene que en aquel momento formemos el propósito de ejecutar, hasta la confesión siguiente, algún acto especial de mortificación, aunque este acto no sea muy penoso. La fidelidad a esta práctica, tan conforme al espíritu de la Iglesia, resulta sumamente fecunda. En primer lugar, descarta el peligro de la rutina. Un alma que por medio de la fe se reconcentra así en la consideración de la grandeza de este sacramento, en el cual se nos aplica la sangre de Jesucristo; un alma que, estimulada por el amor, se ofrece a soportar con paciencia, en unión con Cristo en la cruz, todo cuanto se presente, en el transcurso de su existencia, por duro, difícil, penoso y mortificante que ello sea, puede considerarse inmunizada contra esa especie de embotamiento de la sensibilidad que la práctica de la confesión frecuente engendra en algunas conciencias. Esta práctica constituye, además, un acto de amor sumamente agradable a Nuestro Señor, porque es una señal de que estamos dispuestos a tomar parte en los padecimientos de su Pasión, que es el más santo de sus misterios. En fin, renovada con frecuencia, nos ayuda a adquirir poco a poco ese verdadero espíritu de penitencia, que es tan necesario para hacernos semejantes a Jesús, Nuestro Señor y Maestro.

Añade luego el sacerdote: «Todo cuanto hagas o padezcas, redunde en acrecentamiento de la vida divina en ti». La muerte, ya os lo he dicho, es aquí preludeo de vida. «El grano de trigo, dice Nuestro Señor, debe primero morir en tierra antes de germinar y producir la rica mies que el padre de familia cosechará en sus graneros». Y esta vida sera tanto más vigorosa y tanto más abundará la gracia en nosotros, cuanto más hayamos reducido, debilitado, disminuido, por medio de ese espíritu de renuncia, todos los obstáculos que se oponen a su libre desarrollo. Retened, pues, para siempre, esta verdad capital: que nuestra santidad es de un orden esencialmente sobrenatural y que dimana de Dios. Cuanto más se purifique el alma del pecado por la mortificación y el desasimiento, cuanto más se vacíe de sí misma y de la criatura, tanto más poderosa resultará en ella la acción divina. Cristo mismo nos lo dice y también nos asegura que su Padre se sirve del padecimiento para hacer más fecunda la vida

en el alma. «Yo soy la vid, mi Padre el viñador y vosotros los sarmientos. Todo ramo que trae fruto, lo poda mi Padre para que produzca en mayor abundancia, pues es gloria de mi Padre que vosotros deis copiosísimos frutos» (Jn 15, 1-8). Cuando el Padre Eterno ve que un alma, unida ya a su Hijo por la gracia, desea resueltamente darse del todo a Cristo, quiere que abunde en ella la vida y aumente su capacidad. Para ello, pone El mismo manos a la obra en este trabajo de renuncia y desasimiento, condición previa de nuestra fecundidad; poda todo cuanto impide que la vida de Cristo produzca todos sus efectos y todo cuanto pueda ser obstáculo a la acción de la savia divina. Nuestra corrompida naturaleza contiene raíces que propenden a producir malos frutos, y Dios, por medio de los múltiples y profundos padecimientos que permite o envía, y por medio de las humillaciones y contradicciones, purifica el alma, la taladra, la castiga, la separa, por decirlo así, de la criatura, la vacía de sí misma, a fin de hacerle producir numerosos frutos de vida y de santidad.

Por fin, termina el sacerdote: «Todo se te convierta en recompensa para la vida eterna». Después de haber restablecido en este mundo el orden que permite el aumento y crecimiento de la vida de Cristo en nosotros, nuestros padecimientos, nuestros actos de expiación, nuestros esfuerzos para obrar el bien, aseguran al alma una participación en la gloria celestial. Recordad la conversación que sostienen los dos discípulos camino de Emmaús al día siguiente de la Pasión. Desconcertados con la muerte del divino Maestro, que parecía poner término a sus esperanzas en un reino mesiánico, ignorantes todavía de la resurrección de Jesús, se comunican mutuamente el profundo desengaño que han experimentado. Júntase a ellos Cristo en figura de peregrino, les pregunta cuál es el tema de su conversación, y después de oír la expresión de su desaliento, *Sperabamus*. «Esperábamos»: «¡Ah, hombres necios y de corazón lento para creer!, les reprende al instante; ¿acaso no era preciso que Cristo padeciese todas estas cosas antes de entrar en su gloria?» (Lc 24,26) [San Pablo se refería a estas palabras del divino Maestro cuando escribía a los Hebreos (2,9): *Videmus Iesum propter passionem mortis gloria et honore coronatum*. +Fil 2, 7-9]. Lo mismo ocurre con nosotros; es preciso que participemos de los padecimientos de Cristo si hemos de gozar de su gloria.

Esta gloria y bienaventuranza serán inmensas: «No os desaniméis en medio de vuestras tribulaciones, escribe San Pablo, antes al contrario, porque aunque el hombre exterior, sujeto a decadencia, se va debilitando sin cesar, el hombre interior se renueva de día en día hasta alcanzar el término feliz, y así nuestra ligera y momentánea aflicción producéenos un peso eterno de gloria del cual no podemos concebir ni una idea aproximada» (2Cor 4,17). «Así como —escribe en otro lugar— si somos hijos de Dios, somos sus herederos y coherederos de Cristo, siempre que padezcamos con El para ser también glorificados con El»; y añade: «Pues estimo que los padecimientos de este tiempo presente no guardan proporción con la gloria futura que ha de manifestarse en nosotros» (Rm 8, 17-18). Por eso,

en la medida misma en que participemos de los padecimientos de Cristo, podemos alegrarnos, pues cuando se manifieste la gloria de Cristo en el último día, estaremos rebosando de contento (1Pe 4,13).

Animo, pues, os repetiré con San Pablo: «Mirad, decía, aludiendo a los juegos públicos de su tiempo, mirad a qué régimen tan severo se someten aquellos que quieren tomar parte en las carreras del circo, para ganar el premio. Y ¡qué premio! Corona de un día; al paso que nosotros, si nos imponemos el renunciamiento (1Cor 9, 24-25) es para obtener una corona inmarcesible; la corona de participar para siempre de la gloria y bienaventuranza de nuestro Rey». «En este mundo pasáis, dice el Señor, por la aflicción; el mundo que no me conoce vive en medio del placer, al paso que vosotros, ejercitándoos con viva fe, lleváis conmigo el peso de la cruz pero volveré a veros el último día, y entonces vuestro corazón rebosará de gozo y nadie os lo podrá arrebatat» (Jn 16, 20-22).

PARTE II-B

La vida para Dios

La verdad en la caridad

El Cristianismo, religión de vida

El Cristianismo es un misterio de muerte y de vida pero, ante todas las cosas, misterio de vida.

La muerte, como ya sabéis, no se hallaba comprendida en el plan divino; fue el pecado del hombre quien la introdujo en la tierra; y la negación de Dios, que es el pecado, ha producido la negación de la vida, que es la muerte (Rom 5,12). Si el Cristianismo nos impone el renunciamiento es con el objeto de destruir en nosotros aquello que contraría a la vida, debemos eliminar los estorbos, porque se oponen al libre desarrollo en nosotros de la vida divina que nos comunica Cristo, agente principalísimo de nuestra santificación, y sin el cual nada podemos. No se trata pues, de buscar o practicar la mortificación por sí misma sino, ante todas las cosas, para facilitar el desarrollo del germen divino depositado en nosotros en el Bautismo. Al decir San Pablo al neófito «que debe morir para el pecado», no limita a esa sola fórmula toda la práctica del Cristianismo, sino que añade, además, «que debe vivir para Dios en Cristo Jesús». Esta expresión, que encierra un sentido profundo, como lo iremos viendo en el curso de las instrucciones siguientes, resume la segunda operación del alma.

La vida sobrenatural, como cualquiera otra vida, está regida por leyes específicas, a las cuales ha de someterse para poder subsistir. En las dos instrucciones anteriores, os he mostrado los elementos que integran la «muerte para el pecado»; consideremos ahora cuáles son los elementos que informan la «vida para Dios en Cristo Jesús».

Conviene, en primer lugar, establecer el *principio fundamental* que regula toda la actividad cristiana y determina su valor a los ojos de Dios. Veamos cuál es ese orden esencial y general, que en el dominio de lo

sobrenatural debe dirigir la infinita variedad de acciones de que está tejida la trama ordinaria de nuestra existencia.

1. Carácter fundamental de nuestras obras: la verdad; obras conformes a nuestra naturaleza de seres racionales: armonía de la gracia y de la naturaleza en conformidad con nuestra individualidad y especialización

Ya conocéis aquel texto de San Pablo en su Epístola a los de Efeso: «Realizad la verdad en la caridad» (Ef 4,15). Quisiera detenerme unos instantes con vosotros para ver cómo el Apóstol condensa en estas palabras la ley fundamental que en el orden de la gracia regula nuestra actividad sobrenatural.

«Realizar la verdad en la caridad» quiere decir que la vida sobrenatural debe mantenerse en nosotros por medio de actos humanos, animados por la gracia santificante y dirigidos a Dios por la caridad.

El término *facientes* (realizad) indica la necesidad de las obras. No necesito insistir mucho en este punto. Toda la vida debe traducirse en actos; «sin las obras, la fe, que es fundamento de la vida sobrenatural, es una fe muerta» (Sant 2,17); escribe el apóstol Santiago. Y San Pablo, que no cesa de mostrarnos las riquezas de que podemos disponer en Nuestro Señor, no vacila en decirnos que Cristo no es «causa de salvación y de vida eterna sino para aquellos que le obedece» (Heb 5,9). Si es sincero nuestro deseo de agradar a Dios, oigamos lo que dice Jesucristo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos (Jn 14,15) porque no son aquellos que dicen sólo con los labios: “Señor, Señor”, quienes entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que cumplan la voluntad de mi Padre» (Mt 7,21). Eso es lo que desea Cristo de nosotros; nos rescata, nos purifica, para que viviendo de su vida, y animados de su espíritu, hagamos obras que sean dignas de El y de su Padre (Tit 2,14); eso es lo que de nosotros espera. Y, ¿qué obras hemos de realizar? ¿De qué índole y carácter han de ser? «Obras verdaderas». ¿Qué entiende San Pablo por obras verdaderas? Decir la verdad es expresar algo en conformidad con lo que realmente pensamos. Un objeto es *verdadero* cuando existe conformidad entre lo que debe ser según su naturaleza y lo que es en realidad; se dice que el oro es verdadero, cuando posee todas las propiedades que sabemos son propias de dicho metal; y es oropel, cuando tiene las apariencias, pero no las propiedades del oro; no hay conformidad entre lo que parece ser y lo que debería ser según los elementos que sabemos son distintivos de su naturaleza.— Una acción humana será *verdadera* si corresponde realmente a nuestra naturaleza humana de criaturas dotadas de razón, de voluntad y de libertad. Debemos ejecutar, dice San Pablo, obras verdaderas, es decir, obras que sean conformes a nuestra naturaleza humana; todo acto contrario, que no corresponda a nuestra naturaleza de hombres racionales, es un acto *falso*. No somos estatuas, ni tampoco autómatas, ni tampoco ángeles: somos hombres, y el carácter que, ante todas las

cosas, debe manifestarse en nuestras acciones, y que Dios quiere ver reflejado en ellas, es el carácter de obras humanas, realizadas por una criatura libre dotada de una voluntad ilustrada por la razón.

Mirad el universo en torno vuestro: Dios encuentra su gloria en todas las criaturas, pero únicamente cuando se conforman con las leyes que regulan su naturaleza. Los astros de los cielos alaban a Dios en silencio por medio de su curso armonioso a través de los espacios inconmensurables: «Los cielos pregonan tu gloria» (Sal 18,2); las aguas de los mares, conteniéndose «en unos límites que Dios les ha asignado»: «Les fijaste unos límites que no traspasarán» (*ib.* 103,9) [todo este Salmo, que es un himno grandioso al Creador, señala las diferentes operaciones propias de los tres reinos, racional, vegetal y animal]; la tierra, guardando las leyes de estabilidad: «Creaste la tierra y subsistirá» (Sal 118,90); los arbustos, dando sus flores y frutos, según su especie, y en armonía con las distintas estaciones; los animales, siguiendo el instinto que en ellos ha depositado el Creador. Cada orden de seres tiene sus leyes especiales que regulan su existencia y que manifiestan el poder y sabiduría de Dios y constituyen un cántico de alabanza a su gloria: «Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra» (*ib.* 8,1,10). El hombre, en fin, a quien hizo el Señor rey de la creación, tiene leyes que determinan su naturaleza y actividad como criatura racional.

El hombre, como todas las criaturas, ha sido creado para glorificar a Dios; pero no puede glorificarle sino ejecutando, en primer lugar, actos conformes a su naturaleza, y respondiendo así al ideal que Dios se formó al crearle, con lo cual le glorifica y le es agradable. Ahora bien, el hombre, de suyo, es un ser racional; no puede, como el animal, desprovisto de razón, obrar por su solo instinto. Lo que le distingue de los demás seres de la creación terrestre es el estar dotado, de razón y de libertad; la razón ha de ser, pues, en el hombre, soberana, pero en calidad de criatura, sometida ella misma a la voluntad divina de quien depende. Exponente de esta voluntad divina son para nosotros la ley natural y las leyes positivas.

Para que un acto humano sea verdadero —y ésta es la primera cualidad que debe ostentar si ha de ser agradable a Dios— debe conformarse con nuestra condición de criatura libre y racional, sumisa a la voluntad divina; de lo contrario, no corresponde a nuestra naturaleza, ni a las propiedades que la caracterizan, ni a las leyes que la rigen; resulta falso.

No olvidéis que la ley natural es algo esencial en orden a la Religión. Dios hubiera podido no crearme, mas una vez creado, soy y continúo siendo criatura, y las relaciones que para mí se derivan de esta cualidad son inmutables; no puede, por ejemplo, concebirse que a un hombre después de ser creado le sea lícito blasfemar oontra su Creador.

Este carácter de acto humano plenamente libre, pero en armonía con nuestra naturaleza y último fin para el que fuimos creados y, de consiguiente, moralmente bueno, es el que sobre todo debe distinguir

nuestras obras a los ojos de Dios: «Quien afirma que conoce a Dios y no guarda sus mandatos, es mentiroso y en él no está la verdad» (1Jn 2,4).

Para obrar como cristianos, debemos antes obrar como hombres, lo cual es de gran importancia, pues no cabe duda que un cristiano, si es perfecto, cumplirá necesariamente con sus deberes de hombre, porque la ley evangélica contiene y perfecciona la ley natural; pero encuéntranse almas cristianas, o mejor, que se dicen cristianas, y no sólo entre los simples fieles, sino entre religiosas, religiosos y sacerdotes, que, exactas hasta el escrúpulo en la observancia de las prácticas de piedad que ellas mismas han escogido, hacen caso omiso de ciertos preceptos de la ley natural. Tales almas pondrán empeño en no faltar a sus ejercicios de devoción, lo cual es digno de loa; pero no renunciarán a desacreditar al prójimo en su reputación, ni a propalar falsedades, ni a dejar de cumplir la palabra dada, ni a tergiversar el pensamiento de otro; no se preocuparán de respetar las leyes de la propiedad literaria o artística, importándoles poco diferir, a veces con detrimento de la justicia, el pago de deudas o la observancia exacta de las cláusulas de un contrato. En esas almas, según las palabras célebres del estadista inglés Gladstone, «la religión debilita la moralidad»; no han comprendido el precepto de San Pablo: «Obras verdaderas». Hay falta de lógica, hay falsedad en su vida espiritual, falsedad que tal vez en muchas almas sea inconsciente, pero no por eso menos perjudicial, porque Dios no encuentra en ellos ese orden que quiere ver reinar en todas sus obras.

[Este mismo pensamiento vienen a expresar aquellas palabras de Bossuet: «Hay quien se inquieta si no ha rezado el rosario y demás oraciones, o si se le ha pasado alguna avemaría en alguna decena. Me guardaré de reprender a tal persona, alabo esa religiosa exactitud en los ejercicios de piedad; pero ¿quién podrá tolerar que cada día pase por alto, sin la menor dificultad, la observancia de cuato o cinco preceptos, que sin el menor escrúpulo eche por tierra los deberes más santos del cristianismo? Extraña ilusión con la cual nos fascina el enemigo del género humano. Como no puede extirpar del corazón del hombre el principio de la religión, que tan profundamente va grabado en él, hace que haga de dicho principio, no su legítimo empleo, sino un peligroso entretenimiento, a fin de que, engañados con esta apariencia, creamos que con esos insignificantes cuidados, ya hemos satisfecho las imperiosas obligaciones que la religión nos impone; no os engañéis, cristianos. Al realizar esas obras de supererogación, no olvidéis las que son de necesidad». *Sermón de la Concepción de la Sma. Virgen*].

Así, pues, debemos ser «veraces»; éste es el primer requisito para que la gracia pueda comenzar a operar en nosotros. Como sabéis, la gracia no destruye la naturaleza. Aunque por la adopción divina hayamos recibido como un nuevo ser, *nova creatura*, la gracia, que en nosotros debe convertirse en fuente y principio de nuevas operaciones sobrenaturales, supone la naturaleza y operaciones propias que de ella se derivan. En vez de oponerse la gracia y la naturaleza en lo que esta última tiene de bueno

y de puro, se armonizan, conservando cada una su carácter y belleza propias.

Considerad lo que ocurría en Jesucristo, que es a quien en todo debemos contemplar. ¿No es por ventura modelo de toda santidad? Es Dios y hombre. Su condición de Hijo de Dios es fuente de donde emana el valor divino de todos sus actos. Pero también es hombre, *perfectus homo*. Su naturaleza humana, bien que unida de una manera inefable a la persona divina del Verbo, en modo alguno perdió su actividad propia ni su manera específica de obrar; fue siempre principio de operaciones humanas perfectamente auténticas.

Jesucristo oraba, trabajaba, se alimentaba, padecía y se daba al descanso, demostrando con estas acciones humanas que era verdaderamente hombre; y aun me atrevería a decir que nadie ha sido tan hombre como El, porque su naturaleza humana fue de una incomparable perfección. Solamente que en El la naturaleza humana subsistía en la divinidad.

Cosa análoga ocurre en nosotros. La gracia no suprime, no destruye la naturaleza, ni en su esencia ni en sus buenas cualidades; constituye, sin duda un nuevo estado, añadido, superior infinitamente a nuestro estado natural, y si bien es verdad que por razón de este nuestro destino, con todo, nuestra naturaleza no queda por eso ni perturbada ni debilitada. [El estado sobrenatural propende a excluir lo que hay de viciado en la naturaleza como consecuencia del pecado original, lo cual los autores ascéticos llaman vida *natural* por oposición a la *sobrenatural*. Antes hemos visto que la mortificación consiste precisamente en destruir esa vida *natural*]. Precisamente ejercitando nuestras propias facultades — inteligencia, voluntad, corazón, sensibilidad, imaginación— es como la naturaleza humana, aun adornada de la gracia, debe realizar sus operaciones; ahora bien, los actos que así emanan de la naturaleza se convierten por la gracia en dignos de Dios. Debemos, desde luego, seguir siendo lo que somos y vivir de acuerdo con nuestra naturaleza de criaturas libres y racionales, pues esto es lo primero que se requiere para que nuestras acciones sean verdaderas; y aun añadiría que *hemos de vivir de un modo que corresponda a nuestra individualidad*.

En la *vida sobrenatural* debemos guardar nuestra personalidad en lo que tiene de bueno. Esto forma parte de esa *verdad* que para vivir la vida de la gracia se reclama de nosotros. La santidad no es un molde único en el que deban vaciarse y fundirse las cualidades naturales que caracterizan la personalidad propia de cada uno, para no representar después más que un tipo uniforme. Por el contrario, al crearnos Dios, nos dotó a cada uno individualmente de dones, talentos y privilegios especiales; cada alma tiene su belleza natural particular, una brilla por la profundidad de su inteligencia, otra se distingue por la firmeza de la voluntad, otra en fin atrae por su mucha caridad. La gracia respetará esa belleza, como respeta la naturaleza en que se basa; solamente que al esplendor nativo añadirá un brillo divino que le eleva y transfigura. En su acción santificadora respeta Dios la obra de la creación, pues El es quien dispuso esa

diversidad, y cada alma, al reproducir uno de los pensamientos divinos, ocupa su lugar especial en el corazón de Dios.

Finalmente, debemos ser *verdaderos, conformándonos con la vocación* a que Dios nos ha llamado. No somos individuos aislados, sino que formamos parte de una sociedad que comprende diferentes modos de vivir la vida. Es claro que, para *estar en la verdad*, debemos guardar también los deberes propios que impone a cada uno el estado especial en que la Providencia nos ha colocado, y la gracia no puede oponerse a ello. Sería *falsear* la verdad que una madre de familia pasase largas horas en la iglesia, cuando su presencia fuera necesaria en el hogar para el arreglo de la casa (+1Tim 5,4 y 8), o que un religioso, por devoción mal entendida, prefiriese hacer una hora de oración a realizar el trabajo prescrito por la obediencia, por humilde que éste sea. Tales actos no son *verdaderos*, en el sentido que venimos dando a esta palabra.

Padre, decía Jesús, en la última Cena, rogando por sus discípulos, *santificales en la verdad*.

2. Realizar nuestras obras en la caridad, en estado de gracia; necesidad y fecundidad de la gracia para la vida sobrenatural

¿Bastará que nuestras acciones sean *verdaderas*, conformes a nuestra condición de criaturas racionales sumisas a Dios, libremente ejecutadas y conformes a nuestro estado, para que sean actos de vida sobrenatural? —No, ciertamente; eso solo no basta; es menester, además, y éste es el punto capital, que procedan de la gracia, que sean realizadas por un alma adornada de la gracia santificante. En lo que San Pablo indica con esa palabra: *In caritate*.

En la caridad, es decir, en esa caridad fundamental y esencial por la cual, al darnos nosotros enteramente a Dios, encontramos en El el supremo bien, preferido por nosotros a otro cualquiera; ése es el fruto de la gracia que nos hace agradables a Dios hasta el punto de convertirnos en hijos suyos. Es verdad que la caridad sobrenatural no es la gracia, pero ambas son inseparables: «La caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido comunicado» (Rom 5,5). [«La gracia santificante y la divina caridad nos son dadas por el Espíritu Santo... pues la gracia habitual y el don sobrenatural de la caridad no se distinguen entre sí sino como el sol se distingue de sus rayos. La gracia santificante es la vida del alma; la caridad es esta misma energía de vida, dispuesta a producir todas las operaciones de la vida sobrenatural y especialmente el amor actual de Dios, fuente de toda vida y de toda belleza». Hedley, *Retraite*].

La gracia eleva nuestro *ser*, la caridad transforma nuestro *ser*; la caridad transforma nuestra *actividad*, y ambas están siempre unidas; el grado de la una señala el de la otra, y toda falta grave, de cualquier naturaleza que sea, mata en nosotros, a la vez, la gracia y la caridad.

La gracia santificante debe ser el manantial de donde se alimente nuestra actividad humana; sin ella, no podemos realizar acto alguno sobrenatural que resulte meritorio con vistas a la bienaventuranza de la vida eterna. Dios, en primer lugar, nos constituyó en un estado, el estado de la gracia, y es lo que importa principalmente. Un ser no obra sino en virtud de su naturaleza, y así como nosotros no realizaríamos actos humanos si no poseyéramos la naturaleza humana, del mismo modo no podemos practicar actos de vida sobrenatural si no poseemos, por la gracia, algo así como una nueva naturaleza: *Nova creatura*.

Representaos un hombre tendido en tierra; puede ser que esté dormido, o también que sea un cadáver. Si está dormido, pronto despertará; todo su cuerpo se pondrá en movimiento y sus energías naturales comenzarán a manifestarse. ¿Por qué? Porque conserva todavía en sí el principio de donde emanan las energías que le animan, es decir, el alma. Pero si el alma está ausente, el cuerpo no se moverá; podréis, si queréis, sacudirle, pero permanecerá en su inercia de cadáver; y en adelante ninguna actividad brotará de ese cuerpo muerto, pues le ha abandonado el principio vital de donde emanaban sus energías.

Lo propio sucede con la vida sobrenatural. La gracia santificante es su principio interior, de donde procede toda actividad sobrenatural. Si el alma posee esta gracia, puede producir actos de vida sobrenaturalmente meritorios; de lo contrario, el alma está muerta a los ojos de Dios. [Naturalmente, esto no es más que una comparación que sirve para mostrarnos la necesidad de la gracia como principio de vida sobrenatural; pues el alma en estado de pecado mortal puede por el Sacramento de la Penitencia revivir, recuperando la gracia; además, el alma debe prepararse y recurrir a ese sacramento, por medio de actos libres sobrenaturales (es decir, ejecutados bajo el impulso de auxilios *actuales* sobrenaturales otorgados por Dios) de temor, esperanza, caridad, contrición].

Jesucristo nos propuso una comparación que hace comprender bien la función de la gracia en nosotros. Le gustaba servirse de imágenes para hacer más asequible la verdad. Después de la Cena, Nuestro Señor con sus discípulos deja el cenáculo para ir al Monte de los Olivos. En el camino, saliendo de la ciudad, atraviesa una colina poblada de viñedo. Esta vista inspira a Jesucristo su último discurso. «¿Veis estas viñas?, dice a los apóstoles; pues bien, la verdadera viña soy yo, vosotros los sarmientos; el que mora en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada. Y así como el sarmiento no puede dar fruto si no está adherido al tronco de la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos a Mí por la gracia».

La gracia es la savia que sube de las raíces a las ramas. Lo que da fruto no es la raíz ni el tronco, sino la rama, pero unida por el tronco a la raíz y recibiendo de ella la savia nutritiva. Cortad la rama, separadla del tronco, y al no recibir la savia, se seca y se convierte en leña muerta, incapaz de producir fruto de ningún género.

Eso es lo que sucede al alma desposeída de la gracia; no está unida a Cristo, pues no saca de El esa savia de la gracia que le permitiría vivir una vida sobrenatural y fecunda. No lo olvidéis; solamente Cristo es fuente de la vida sobrenatural; toda nuestra actividad, nuestra existencia misma, no tienen ningún valor con relación a la vida eterna sino en cuanto estamos unidos a Cristo por la gracia; de otra suerte ya puede uno agitarse, gastarse, deshacerse en actos los más extraordinarios a los ojos de los hombres; ante Dios esa actividad carece de fecundidad sobrenatural y de mérito para la vida eterna.

Me diréis: ¿Son acaso malas estas acciones? —No, no son necesariamente malas. Si son honestas de suyo, no dejan de ser agradables a Dios, que a veces las recompensa con favores temporales, y confieren al que las hace cierto mérito en el más amplio sentido de la palabra; o mejor, hay cierta conveniencia en que Dios las recompense. Mas como falta la gracia santificante, no existe la proporción necesaria entre esos actos y la herencia eterna que Dios sólo prometió a los que son sus hijos por la gracia (Rom 8,17). Y Dios no puede reconocer en esas acciones el carácter sobrenatural requerido para que las estime merecedoras de un galardón eterno.

Considerad a dos hombres que dan limosna a un pobre: el uno está en amistad con Dios por la gracia y hace la limosna por un movimiento de caridad divina, el otro, en cambio, está desprovisto de la gracia santificante, ambos exteriormente realizan la misma acción, es verdad, pero, ¡qué diferencia a los ojos de Dios! La limosna del primero le reportará el aumento de una dicha infinita y eterna, y de él dijo Nuestro Señor que «un vaso de agua dado en su nombre no quedará sin recompensa» (Mt 10,42); por el contrario, el acto del segundo con relación a esta bienaventuranza eterna carecerá por completo de valor, aun cuando repartiera puñados de oro: lo que procede de la naturaleza sola, no se computará para la vida eterna.

Sin duda Dios, que es la bondad misma, no ha de mirar sin benevolencia las acciones honestas hechas por el pecador, sobre todo tratándose de actos de caridad para con el prójimo ejecutados, no por ostentación humana, sino por un movimiento de compasión hacia los desgraciados. A menudo (y hay en ello un motivo grande de confianza) la misericordia inclina a Dios a otorgar, a los que se dan a esos actos de caridad, gracias de conversión que finalmente les devolverán el bien supremo de la amistad de Dios; pero, en puro rigor, únicamente la gracia santificante es la que da a nuestra vida su verdadera significación y su valor fundamental. Tanto es así que cuando el pecador vuelve a la gracia, por muy numerosas y sublimes en el orden natural que hayan sido las acciones ejecutadas sin la gracia, permanecen sin valor respecto del mérito sobrenatural y de la bienaventuranza que lo recompensa: están perdidas sin remedio. San Pablo puso bien en claro esta verdad, escuchad lo que dice: «Si yo gozara del don de hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles y *no tuviese caridad*, sería como metal que suena o címbalo que

retiene, si poseyera el don de profecía, si conociera los misterios, si atesorara toda la ciencia y si tuviera una fe tan eficaz que trasladase los montes y *no tuviese caridad*, nada sería, si distribuyera todos mis bienes en dar de comer a los pobres, entregara mi cuerpo a las llamas y *no tuviese caridad*, de nada me serviría» (1Cor 13, 1-3). En otros términos, los dones más extraordinarios, los talentos más sobresalientes, las empresas más generosas, las acciones más brillantes, los esfuerzos más considerables, los dolores más taladrantes no son de ningún provecho para la vida eterna sin la caridad, es decir, sin ese amor soberano del alma a Dios, considerado en sí mismo, amor sobrenatural que nace de la gracia santificante, como la flor brota de su tallo.

Dirijamos, pues, a Dios, fin último y bienaventuranza eterna, toda nuestra vida; la caridad de Dios que poseemos con la gracia santificante debe ser el motor de toda nuestra actividad. Cuando poseemos la gracia divina en nosotros realizamos el anhelo de Nuestro Señor: «Permanecemos en El» y El «en nosotros». El no viene solo, sino que mora en nosotros con el Padre y el Espíritu Santo: «Vendremos a él y pondremos en él nuestra morada» (Jn 14,23). La Santísima Trinidad, que habita verdaderamente en nosotros como en un templo, no está inactiva, sino que continuamente nos sostiene para que nuestra alma pueda ejercer su actividad sobrenatural: «Mi Padre, hoy como siempre, está obrando y Yo lo mismo» (*ib.* 5,17).

Sabéis que en el orden natural Dios, por su acción nos sostiene incesantemente en la existencia y en el ejercicio de nuestros actos, es el «concurso divino». Pues este concurso divino existe también en el orden sobrenatural; no podemos hacer nada sobrenaturalmente más que cuando Dios nos da la gracia de obrar. Esta gracia, a causa de su efecto transitorio, se llama *actual* (con oposición, en nuestro lenguaje, a la gracia santificante, que siendo de suyo permanente, se llama gracia *habitual*); forma parte de ese conjunto admirable que, con la gracia santificante, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, constituye el orden sobrenatural.

En el ejercicio ordinario de la vida sobrenatural, esa gracia no es sino el concurso divino aplicado al orden sobrenatural; pero en ocasiones especiales en las que infunde el estado en que quedó nuestra alma después del pecado original —tinieblas de la inteligencia, flaqueza de la voluntad distraída del cuidado de buscar el verdadero infinito bien por la concupiscencia, el demonio y el mundo—, ese concurso divino se traduce y se manifiesta de un modo también particular: iluminación especial de la inteligencia, robustecimiento de la voluntad para resistir una grave tentación o realizar una obra difícil. Sin este concurso particular que Dios otorga a los que se lo piden no podríamos alcanzar el fin supremo, no podríamos, como dice el Concilio de Trento, «perseverar en la justicia». (Sess. VI, cap.18; +can.13) [No obstante, es evidente que el alma en estado de pecado mortal puede recibir gracias *actuales* sobrenaturales que iluminen su inteligencia y afirmen su voluntad en la obra de su conversión;

pero esas gracias no se unen en el alma que está en pecado como en la que posee la gracia santificante a «el concurso divino» de que hablamos y que conserva la gracia santificante en el alma de los justos. El Espíritu Santo *excita* al pecador a la conversión, no *habita* en su alma].

Tal es, expuesta esquemáticamente, la ley fundamental del ejercicio de nuestra vida sobrenatural. Sin cambiar nada de lo que es esencial a nuestra naturaleza, de lo que requiere nuestro estado de vida particular, debemos vivir de la gracia de Cristo, orientando por la caridad, toda nuestra actividad a procurar la gloria de su Padre. La gracia se injerta en la naturaleza, en sus energías nativas, y desarrolla sus operaciones propias, ésta es la primera razón de la diversidad que encontramos en los Santos.

3. Maravillosa variedad de los frutos de la gracia en las almas; la raíz de que procede es sin embargo para todos la misma

Amás de esto, el grado mismo de gracia varía en las almas. Verdad es, como ya lo he dicho, que no existe más que un modelo único de santidad, como no hay más que una fuente de gracia y de vida: Cristo Jesús; la justificación y la bienaventuranza eterna son, específicamente, en su raíz y en su sustancia, las mismas para todos: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo», dice San Pablo (Ef 4,5).

Pero del mismo modo que todos los que poseen la naturaleza humana, se diversifican en sus cualidades, así Dios distribuye libremente sus dones sobrenaturales, según los amorosos planes de su sabiduría. «A cada uno de nosotros, dice San Pablo, es otorgada la gracia en la medida del don de Cristo» (*ib.* 7). En el rebaiio de Cristo, cada oveja lleva su nombre de gracia: «El buen pastor, decía Jesús, conoce a sus ovejas y las llama por su nombre» (Jn 10,3), como «el Creador conoce la multitud de estrellas y las llama a todas por su nombre» (Sal 146,4), pues cada una tiene su forma y su perfección [+Bar 3, 34-35: «Las estrellas brillan en su puesto y están contentas; el Señor las llama y ellas dicen: “¡Henos aquí!” Y continúan brillando alegremente en honra de quien las creó»].

«Cada alma recibe dones diversos del mismo Espíritu, dice San Pablo; las operaciones de Dios en las almas son múltiples y diversas, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos. A uno se le concede el don de sabiduría, a otro un don elevado de fe; a éste el de las curaciones, a aquél el poder de obrar milagros; el uno es evangelista, el otro profeta, el otro doctor, pero el que produce todos esos dones es uno y el mismo Espíritu Santo, distribuyéndolos a cada uno en particular como le place» (1Cor 12, 4-11).

Y cada alma responde a la idea divina de una manera que le es propia; cada uno de nosotros cultiva los talentos confiados a su libertad, reproduce en sí mismo, por medio de una cooperación que lleva su impronta individual, los rasgos de Cristo.

Así, bajo la acción infinitamente delicada y rica en matices del Espíritu Santo, cada una de nuestras almas debe esforzarse por reproducir a través de su actividad individual, ensalzada y transformada por la gracia, el modelo divino, de este modo se consigue esa variedad armoniosa que hace a Dios «admirable en sus santos» (Sal 67,36). Todos le glorifican, pero puede decirse de cada uno de ellos, con la Iglesia: «No se ha encontrado otro que como él haya puesto en práctica la ley del Señor» (Ecli 44,20; +Oficio de los santos confesores). El brillo de la santidad de un San Francisco de Sales no es el mismo que el de un San Francisco de Asís, y el esplendor de que está adornada en el cielo el alma de una Santa Gertrudis o de una Santa Teresa es muy diferente del que rodea a una Santa Magdalena.

En cada uno de los santos ha respetado el Espíritu Consolador la naturaleza con los rasgos particulares que la creación les asignó, la gracia los ha transfigurado y les ha añadido los dones propios del orden sobrenatural; y el alma, guiada por el que la Iglesia llama «Dedo de la diestra del Padre» (*Digitus paternæ dexteræ*. Himno *Veni Creator Spiritus*), ha correspondido a esos dones y así ha labrado su santidad. Embeleso nos producirá ciertamente el contemplar en el cielo las maravillas que la gracia de Cristo habrá hecho resplandecer en un fondo tan variado como el de nuestra naturaleza humana.

Por grandes que sean los santos y por elevado que sea el grado de su unión sobrenatural, el fundamento de toda su santidad no es oho que la gracia de la adopción divina.— Ya os lo he dicho y lo repito de nuevo: todas las gracias, todos los dones que recibimos van engarzados a ese primer eslabón que es la mirada divina que nos ha predestinado a ser hijos de Dios por la gracia de Jesucristo; ella es la aurora de todas las misericordias de Dios con respecto a nosotros; todas las deferencias y atenciones de Dios sobre cada uno de nosotros, provienen de esa gracia de adopción regalo de Jesús y que hemos recibido en el Bautismo. ¡Oh, si conociésemos el don de Dios! ¡Si supiéramos el valor de esta gracia que, sin cambiar nuestra naturaleza, nos eleva al rango de hijos de Dios y nos hace vivir como tales mientras esperamos la herencia eterna! Sin ella, como hemos visto, la vida natural más rica en dones, la más exuberante en obras, la más brillante y genial, es estéril en orden a la bienaventuranza eterna.

Por eso pudo escribir Santo Tomás que «la perfección que resulta para una sola alma del don de la gracia, supera a todo el bien esparcido en el universo» [*bonum gratiæ unius maius est quam totius universi*. I-II, q.113, a.9, ad 2]. Y ¿no es esto lo que ha proclamado Nuestro Señor mismo? «De nada sirve al hombre, dice Jesús, ganar el mundo, conquistar su estima, si por no tener la gracia está excluido para siempre de mi reino» (Mt 16,26). La gracia es el principio de nuestra verdadera vida, el germen de la gloria futura y de la felicidad eterna.

Comprendemos, desde luego, cuán inestimable joya es para un alma la gracia santificante; es una piedra preciosa cuya brillantez se debe a la sangre de Cristo. Comprendemos, además, que nuestro divino Salvador

lanzase tan terribles anatemas contra los que, por escándalos, arrastran un alma al pecado y la privan de la gracia: «Más les valdría que se les atara al cuello una rueda de molino y se los lanzase al mar» (Lc 17,2). Comprendemos, finalmente, por qué las almas santas que llevan una vida de trabajo, de oración, de penitencia o de expiación por la conversión de los pecadores, para que se les restituyera el bien de la gracia, son tan gratas a Jesucristo.

Nuestro divino Maestro mostró un día a Santa Catalina de Siena un alma cuya salud había conseguido por su oración y su paciencia. «La hermosura de esta alma era tal, refirió la Santa al bienaventurado Ramón, su confesor, que no hay palabra que la pueda expresar». Y, sin embargo, esta alma aun no estaba revestida de la gloria de la visión beatífica, no tenía mas que la claridad de la gracia recibida en el Bautismo. «Mira, decía Nuestro Señor a la Santa, mira que por ti he recuperado yo esta alma perdida». Y después añadió: «¿No te parece muy graciosa y bella? ¿Quién, pues, no aceptaría cualquier pena para ganar una criatura tan admirable?... Si te he mostrado esta alma es para animarte más a procurar la salvación de todas y para que muevas a otros a ocuparse en esta obra, según la gracia que te será dada» (*Vida de Santa Catalina de Siena*, por el Bto. Raimundo de Capua).

Pongamos, pues, esmero en guardar celosamente en nosotros la gracia divina; apartemos de ella con cuidado todo lo que pueda debilitarla hasta dejarla indefensa contra los golpes mortales del demonio; esas resistencias deliberadas a la acción del Espíritu Santo, que habita en nosotros y que sin cesar quiere orientar nuestra actividad hacia la gloria de Dios. Permanezca nuestra alma arraigada en la caridad, como dice San Pablo (Ef 3,17); pues poseyendo en ella esa raíz divina de la gracia santificante y de la caridad, los frutos que produzca serán frutos de vida. Permanezcamos unidos por la gracia y la caridad a Cristo Jesús, como el sarmiento a la vid: «Que estéis enraizados en Cristo», dice en otro sitio el Apóstol (Col 2,7). El Bautismo nos ha «injertado en Cristo» (Rom 11,16), y desde entonces poseemos la savia divina de su gracia, y merced a ella nuestra actividad llevará un sello divino, porque divino es su principio íntimo.

Y cuando este resorte sea ya tan poderoso que llegue a ser único, de forma que toda nuestra actividad derive de El, entonces realizaremos las palabras de San Pablo (Gál 2,20): «Vivo yo», es decir, ejerzo mi actividad humana y personal; «o, más bien, no yo, sino que es Cristo quien vive en mí»; es Cristo quien vive, porque el principio de donde dimana toda mi actividad propia, toda mi vida personal, es la gracia de Cristo; todo viene de El por la gracia, todo vuelve a su Padre por la caridad: yo vivo para Dios en Cristo Jesús (Rom 6,2).

NOTA.— ¿Podemos saber si estamos en estado de gracia, en la amistad divina? —A ciencia cierta, de forma que se excluya hasta la sombra de toda duda, no; pero podemos y aun debemos suponerlo si no tenemos conciencia de pecado mortal y si buscamos sinceramente servir a Dios con firme y buena voluntad; esta última señal la expone Santa

Magdalena de Pazzi en alguno de sus escritos. En las almas generosas y dóciles a las inspiraciones de lo alto, el Espíritu Santo añade a veces su testimonio: *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei* (Rm 8,16). Hay, pues, una certeza práctica que no excluye el temor, pero que debe bastarnos para que vivamos con confianza de la vida divina a la que Dios nos llama Y para que gustemos la alegría profunda que hace nacer en el alma el pensamiento de ser, en Jesús, el objeto de las complacencias del Padre celestial.

6

Nuestro progreso sobrenatural en Jesucristo

La vida sobrenatural está sujeta a una ley de progreso

Toda vida tiende, no solamente a manifestarse por los actos que le son propios y que emanan de su principio interior, sino también a crecer, a progresar, a desarrollarse y a perfeccionarse. El niño que vio el día, no permanece siempre niño; por ley de su naturaleza ha de llegar a la edad viril.

La vida sobrenatural sigue también esta ley. De haberlo querido así, pudo Nuestro Señor constituirnos, en un instante, después de un acto de adhesión de nuestra voluntad, en el grado de santidad y de gloria a que destinaba nuestras almas, como se realizó en los ángeles.— No lo quiso, y determinó, no obstante ser sus méritos la causa de toda santidad, y su gracia el principio de la vida sobrenatural, que cooperásemos incesantemente por nuestra parte en la obra de nuestra perfección y de nuestro progreso espiritual, pues para eso se nos ha otorgado el tiempo que pasamos en este mundo en la fe.

Debemos, como hemos visto, apartar, en primer lugar, los obstáculos que se oponen a la vida divina en nosotros, y al mismo tiempo ejecutar los actos destinados a desarrollar esta vida hasta que, en el momento de la muerte, adquiera su perfección definitiva. Eso es lo que San Pablo llama «llegar a la edad perfecta de Cristo».

El mismo Apóstol tuvo buen cuidado de señalar la necesidad de este crecimiento y progreso y cómo debe ordenarse. Después de encargarnos

que «practiquemos la verdad en la caridad», añade al punto: «crezcamos por todas las cosas en aquel que es la cabeza, Cristo» (Ef 4,15).

Ya hemos visto en la conferencia anterior lo que San Pablo entiende por «vivir en la verdad y en la caridad»; ya hemos demostrado cómo estas palabras contienen el principio fundamental conforme al cual debemos ordenar nuestras acciones para vivir sobrenaturalmente, y que consiste en permanecer unidos a Cristo Jesús por la gracia santificante y en enderezar a la gloria de su Padre por el amor, todas nuestras acciones humanas. Tal es la ley fundamental que regula en nosotros la vida divina.

Veamos ahora cómo esta vida, cuyo germen hemos recibido en el Bautismo, debe, en cuanto depende de nosotros, crecer y desarrollarse. El asunto es importante. Fijad vuestra mirada en Jesucristo: toda su vida está consagrada a la gloria del Padre, cuya voluntad hacía siempre, (Jn 5,30; 6,38); no tiene otra aspiración; en el momento de acabar su existencia dice a su Padre que *nha cumphdo* su misión, la de procurar su gloria» (*ib.* 17,4). Su corazón divino desea que nosotros también, a ejemplo suyo, busquemos la gloria de su Padre. ¿Y cómo podremos nosotros glorificar al Padre?

Escuchemos lo que nos dice Nuestro Señor: «Que demos fruto abundante», que no nos contentemos con una perfección a medias, sino que sea intensa nuestra vida sobrenatural (*ib.* 15,8). Por otra parte, ¿para qué si no para eso vino Jesucristo, derramó su sangre, y nos hizo partícipes de sus méritos? «Vino precisamente para que tuviéramos vida, y la tuviéramos sobreabundante» (*ib.* 10,10). Digámosle, como la Samaritana, a quien reveló la grandeza del «don divino», que nos «dé del agua viva»; pidámosle que nos enseñe, por mediación de su Iglesia, a qué fuentes debemos ir a sacar agua para dar con esos abundantes veneros que nos pondrán en condiciones de producir copiosos frutos de vida y de santidad con los que conseguiremos agradar a su Padre; esas aguas que nos servirán de refrigerio hasta tanto consigamos la vida eterna.

Los sacramentos son las principales fuentes del acrecentamiento de la vida divina en nosotros, obran en nuestras almas *ex opere operato*, como el sol produce la luz y el calor; basta sólo que en nosotros no se oponga ningún obstáculo a su operación. La Eucaristía es entre todos los sacramentos el que más aumenta la vida divina, porque en ella recibimos a Cristo en persona; bebemos en la fuente misma de aguas vivas. Por eso, a causa de la grandeza de este sacramento os expondré más adelante, en una plática especial, la naturaleza de su acción en nosotros, y condiciones a que esa acción está supeditada.

Lo que ahora trato de mostraros son las leyes generales en virtud de las cuales podemos aumentar en nosotros fuera de la recepción de los sacramentos, la vida de la gracia.

1. Aparte de los sacramentos, la vida sobrenatural se perfecciona con el ejercicio de las virtudes

He aquí cómo el Concilio de Trento expone la doctrina sobre esta cuestión: «Una vez que somos purificados y nos hacemos amigos de Dios y miembros de su linaje (por la gracia santificante), nos renovamos de día en día como dice San Pablo, caminando de virtud en virtud..., crecemos por la observancia de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, en el estado de justicia en que fuimos colocados por la gracia de Jesucristo; la fe coopera a nuestras buenas obras y así avanzamos en la gracia que nos convierte en justos a los ojos de Dios. Pues escrito esta: Que el justo, es decir, el que posee por la gracia santificante la amistad de Dios, se haga cada vez más justo. Y también: Progresad en el estado de justicia, hasta la muerte. Y este aumento de gracia es el que pide la Iglesia cuando dice a Dios (Domingo XIII después de Pentecostés): «Danos un aumento de fe, esperanza y caridad» (Sess. VI, can.10).

Como veis, el santo Concilio nos señala el ejercicio de las virtudes, principalmente el de las teologales, como fuente de nuestro progreso, y de nuestro acrecentamiento en la vida espiritual, cuyo principio es la gracia.

¿Cómo se realiza esto? —Primeramente, por las buenas obras. Os he dicho que toda obra buena hecha en estado de gracia, a impulso de la caridad divina, es meritoria, «toda obra meritoria es un motivo de aumento de la gracia en nosotros» [*Quolibet actu meritorio meretur homo augmentum gratiæ*. Santo Tomás, I-II, q.114, a.8]. Las buenas acciones del alma en estado de gracia, no sólo son frutos o manifestaciones de nuestra cualidad de hijos de Dios, sino también, dice el Concilio, causa de aumento de la justificación que nos hace agradables a los ojos de Dios [*Si quis dixerit iustitiam acceptam non conservari ATQUE ETIAM AUGERI coram Deo per bona opera, sed opera ipsa fructus solummodo et signa esse iustificationis acceptæ, non autem IPSIUS AUGENDÆ CAUSAM, anathema sit*. Sess. VI, can.24]. A medida, pues, que nuestras buenas obras se multiplican, la gracia aumenta, se hace más fuerte y poderosa, y con ella aumenta también la caridad y como consecuencia de esto aumentará asimismo nuestra gloria futura, que no es otra cosa sino la manifestación, el florecimiento en el cielo del grado de gracia que poseamos aquí en la tierra [*Si quis diserit... ipsum (hominem) iustificatum bonis operibus quæ ab eo per Dei gratiam et Iesu Christi meritum cuius vivum membrum est, fiunt, non vere mereri augmentum gratiæ, vitam æternam et ipsius vitæ æternæ, si tamen in gratia decesserit, consecutionem atque etiam gloriæ augmentum, anathema sit*. Conc. Trid., Sess. VI, can.32].

Por eso el Concilio nos repite las palabras de San Pablo: «Sed firmes y constantes trabajando más y más en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no será inútil delante de Dios» (Sess. VI, cap.16; +1Cor 15,58).

Pero como principalmente se acrecienta la vida de la gracia aquí abajo, es por el ejercicio de las virtudes.

Sabéis que, en el hombre la naturaleza hace surgir de su fondo ciertas facultades —inteligencia, voluntad, sensibilidad, imaginación—, que en nosotros son principios de acción, potencias de operación, que nos permiten obrar plenamente como hombres; sin ellas, el hombre no es perfecto en su concreta realidad de hombre.

Cosa análoga acontece en la vida sobrenatural. La gracia santificante informa nuestra alma, y dándonos como un *ser* nuevo, *nova creatura*, nos hace hijos de Dios; pero Dios, que lo hace todo con sabiduría, y reparte sus dones con munificencia, ha dotado a este ser de facultades que, proporcionadas a su nueva condición, le capacitan para *obrar* según el fin sobrenatural que ha de alcanzar, es decir, como hijo de Dios que espera la herencia de Cristo en la eterna bienaventuranza: éstas son las virtudes sobrenaturales infusas.

Estas facultades se llaman *virtudes* (de la palabra latina *virtus*, «fuerza»), porque son aptitudes para la acción, principios de operación, energías que permanecen en nosotros en estado de hábitos estables, y que actualizándose en el momento deseado, nos hacen producir con prontitud comodidad y alegría, obras agradables a Dios.

Como estas potencias de operación no tienen su origen en nosotros y propenden a hacernos obrar con vistas a un fin que sobrepuja las exigencias y excede las fuerzas de nuestra naturaleza, se las llama *sobrenaturales*. Finalmente, la palabra *infusa* indica que Dios mismo las deposita directamente en nosotros, el día del bautismo, junto con la gracia santificante.

Por la gracia *somos* hijos de Dios, por las virtudes sobrenaturales infusas *podemos obrar* como hijos de Dios, y ejecutar actos dignos de nuestro destino sobrenatural.

Debemos distinguir las virtudes infusas de las virtudes naturales. Estas son cualidades, «hábitos», que el hombre, aun el mas descreído, adquiere y desarrolla en él por sus esfuerzos personales y actos reiterados, tales son por ejemplo, el valor, la fuerza, la prudencia, la justicia, la dulzura, la lealtad, la sinceridad. Son, en otros términos, disposiciones naturales que personalmente hemos cultivado y que llegan, por el ejercicio, al estado de hábitos adquiridos, perfeccionan y embellecen nuestro ser *natural* en el plano intelectual o simplemente moral (+Santo Tomás, I-II, q.110, a.3).

Una comparación sencilla os hará penetrar la naturaleza de la virtud natural adquirida. Poseéis el conocimiento de varias lenguas extranjeras, conocimiento que no lo habéis recibido al nacer, sino adquirido por ejercicios y esfuerzos repetidos; y una vez adquirido, existe en vosotros en estado de hábito, de potencia, dispuesta a manifestarse al menor mandato de la voluntad: cuando queráis, hablaréis esas lenguas sin dificultad.

Así sucede también al que ha adquirido el arte de la música; no podrá estar ejerciendo este arte en todo momento, pero con todo permanece en él como hábito, y cuando el artista quiera, tomará un instrumento músico

o se colocará delante de un teclado, y tocará con la misma facilidad con que otro realiza las acciones naturales de andar o de abrir los ojos... Comprendéis igualmente que la virtud natural adquirida, como todo hábito que se adquiere, para no perderse, debe ser sostenida y cultivada, y precisamente por el mismo procedimiento que la ha hecho nacer, es decir, por el ejercicio.

De muy distinta esencia son las virtudes sobrenaturales infusas. En primer lugar, nos elevan por encima de nuestra naturaleza; las ejercemos, sin duda, por las facultades de que la naturaleza nos ha dotado, inteligencia y voluntad, pero estas facultades son ensalzadas, levantadas, si puedo así expresarme, hasta el nivel divino; de suerte que los actos de estas virtudes alcanzan la adecuación requerida para obtener nuestro fin sobrenatural. Además las adquirimos, no por esfuerzos personales, sino que su germen lo deposita libremente Dios en nosotros junto con la gracia cuyo cortejo forman.

2. Las virtudes teologales. Naturaleza de esas virtudes; son características de la cualidad de hijo de Dios

¿Qué son estas virtudes? Como os lo he dicho, son potencias para obrar sobrenaturalmente, fuerzas que nos hacen capaces de vivir como hijos de Dios y llegar a la eterna bienaventuranza.

El Concilio de Trento, cuando habla del aumento de la vida divina en nosotros, distingue, ante todas las cosas la fe, la esperanza y la caridad. Se llaman *teologales* porque tienen a Dios por objeto inmediato [Santo Tomás (I-II, q.112, a.1) indica otras dos razones de este término «virtudes *teologales*»; estas virtudes son otorgadas únicamente por Dios, y, de otra parte, sólo la Revelación divina nos las hace conocer]; por ellas podemos conocer a Dios, esperar en El, amarle de una manera sobrenatural, digna de nuestra vocación a la gloria futura y de nuestra condición de hijos de Dios. Estas son propiamente las virtudes del orden sobrenatural; de ahí su primacía y eminencia. Ved qué bien responden estas virtudes a nuestra divina vocación. ¿Qué se necesita, en efecto, para poseer a Dios?

Es menester, en primer lugar, *conocerle*; en el cielo «de veremos cara a cara, y por eso seremos semejantes a El» (Jn 3,2), pero en la tierra no le vemos; únicamente por la *fe* en El y en su Hijo, creemos en su palabra y le conocemos con un conocimiento oscuro. Pero lo que nos dice de sí mismo, de su naturaleza, de su vida y de sus planes de Redención por su Hijo, eso lo conocemos con certeza, el Verbo, que está siempre en el seno del Padre, nos dice lo que ve, y nosotros le conocemos porque creemos lo que dice: «Nadie jamás ha visto a Dios; el Hijo Unigénito, que permanece en el seno del Padre, es quien nos le dará a conocer» (Jn 1,18). Este conocimiento de fe es, pues, divino, y por eso dijo Nuestro Señor que es «un conocimiento que procura la vida eterna». «En esto consiste la vida eterna, en conocer a Ti, oh Dios verdadero, y a Jesucristo a quien nos enviaste» (*ib.* 17,3).

Por la luz de la fe, sabemos dónde está nuestra bienaventuranza; sabemos lo que «el ojo no ha visto, ni el oído oyó, ni el corazón sospechó, es decir, la hermosura y grandeza de la gloria que Dios reserva a los que le aman» (1Cor 2,9). Mas esta inefable bienaventuranza está por encima de la capacidad de nuestra naturaleza; ¿podremos, pues, llegar a ella? Sí, indudablemente; es más: Dios hace nacer en nuestra alma el sentimiento o la convicción interna de que estamos seguros de alcanzar este objetivo supremo, mediante su gracia, fruto de los méritos de Jesús y a pesar de los obstáculos que se opongan a ello. Podemos decir, con San Pedro: «Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que, según su gran misericordia, nos ha regenerado en el Bautismo, y nos dio esta viva *esperanza* de una herencia incorruptible que nos es reservada en los cielos» (1Pe 1,3; +2Cor 1,3).

Finalmente, la *caridad*, el amor, acaba esta obra de acercamiento a Dios mientras permanecemos en el mundo, en espera de poseerle en el otro; la caridad completa y perfecciona la fe y la esperanza, hace que experimentemos en Dios una real complacencia, que le antepongamos a todas las cosas, y deseemos manifestarle esa complacencia y preferencia por el cumplimiento de su voluntad. «La compañera de la fe, dice San Agustín, es la esperanza, es necesaria, porque no vemos lo que creemos y con ella no se nos hace insoportable la espera; luego viene la caridad, que aviva en nuestro corazón la sed y hambre de Dios e imprime en nuestra alma un deseo o impulso hacia El» (*Sermo LIII*). El Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones la caridad que nos mueve a clamar a Dios: ¡Padre, Padre! Es una facultad sobrenatural que hace que nos adhiramos a Dios, como a la bondad infinita que amamos más que a toda otra cosa. «¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?» (Rom 8,35).

Tales son las virtudes teologales: admirables principios, potencias maravillosas para vivir de la vida divina, mientras moramos en la tierra. Lo mejor que podemos hacer para que sea una realidad nuestra cualidad de hijos de Dios y para caminar hacia la posesión de esta presencia eterna de la cual estamos llamados a participar con Cristo, nuestro hermano primogénito, es conocer a Dios tal como se ha revelado por Nuestro Señor Jesucristo, esperar en El y en la bienaventuranza que nos promete, por los méritos de su Hijo Jesús, y amarle sobre todas las cosas.

Dios nos ha dotado liberalmente con estas potencias pero no olvidemos que si bien nos son dadas sin nuestro concurso, no perseveran, no las conservamos ni las desarrollamos si no enderezamos a ello nuestros esfuerzos.

Es propio de la naturaleza y perfección de una potencia realizar el acto que le es correlativo (Santo Tomás, II-III, q.56, a.2; +I-II, q.55, a.2); una potencia que permaneciera inerte, por ejemplo, una inteligencia que jamás produjera un pensamiento, nunca alcanzaría el fin y, por consiguiente, la perfección que le es debida. Las facultades nos son dadas precisamente para que las ejercitemos.

Las virtudes teologales, aunque infusas, están sujetas a esa ley de perfeccionamiento, y si quedan inactivas padecerá un grave detrimento nuestra vida sobrenatural. De todos modos no son hijas del ejercicio, pues en este caso no serían infusas; y por esta misma razón sólo Dios puede acrecentarlas en nosotros. Por eso el Santo Concilio de Trento nos dice que solicitemos de Dios el aumento de estas virtudes (Sess. X, cap.18). Y en el Evangelio veis que los Apóstoles piden a Nuestro Señor les aumente la fe (Lc 17,5); San Pablo escribe a los fieles de Roma que está pidiendo a Dios haga abundar en ellos la esperanza (Rom 15,13); suplica igualmente al Señor que avive la caridad en el corazón de sus caros Filipenses (Fil 1,9).

A la oración, a la recepción de los sacramentos, conviene añadir la práctica de las mismas virtudes.— Si Dios es la causa *eficiente* del aumento de estas virtudes en nosotros, nuestros actos, hechos en estado de gracia, son la causa *meritoria*. Por los actos merecemos que Dios aumente en nuestras almas estas virtudes tan vitales; además, el ejercicio facilita en nosotros la repetición de estos actos. Este es un punto muy importante, puesto que esas virtudes son características y específicas de nuestra condición de hijos de Dios.

Pidamos, pues, con frecuencia a nuestro Padre celestial que las aumente en nosotros; digámosle, especialmente cuando nos acercamos a los sacramentos, en la oración, en la tentación: «Señor, creo en Ti, mas aumenta mi fe; eres mi única esperanza, mas afirma mi confianza, te amo sobre todas las cosas, pero acrecienta este amor, a fin de que nada busque fuera de tu santa voluntad...»

3. Por qué debe ser dada la preeminencia a la caridad

La virtud que de un modo especial hemos de practicar es la *caridad*.— Cuando hayamos llegado al final de la carrera, la fe y la esperanza no tendrán razón de ser, por cuanto veremos y poseeremos lo que en esta vida creímos y esperamos, y de esa visión perfecta y posesión asegurada irradiará el amor que no tendrá fin. Por esta razón, como dice San Pablo, la caridad es la «más eminente de todas las virtudes teologales; sólo ella dura siempre». «La mayor, entre todas éstas, es la caridad» (Cor 13,13). La caridad tiene este puesto de honor ya en este mundo, y es una verdad capital en la que quiero detenerme con vosotros.

Sabéis que cuando acompaña a las otras virtudes en su ejercicio, la caridad les añade un nuevo brillo, les confiere nueva eficacia, es el principio de un mérito nuevo. Si sufrís y aceptáis de buen grado una humillación, es un acto de humildad; si renunciáis libremente a un placer permitido, es acto de la virtud de templanza; si honráis a Dios, cantando sus alabanzas, lo que hacéis es un acto de religión; cada uno de esos actos, hechos por un alma en estado de gracia, tiene su valor peculiar, su mérito específico, su brillo característico, pero si cada uno de esos actos es realizado, además, con la intención explícita de amar a Dios, ese último

motivo tornasola, por decirlo así, los actos de las demás virtudes, y sin quitarles nada de su mérito particular, añade uno nuevo (Santo Tomás, II-II, q.23, a.8).

¿Qué se sigue de esto? Esta consecuencia, que acaba de poner de relieve la excelencia de la caridad: que nuestra vida sobrenatural y nuestra santidad aumentan y progresan en razón del grado de amor con que ejecutamos nuestras acciones. Cuanto más perfecto, puro, desinteresado, intenso, sea el amor a Dios que nos mueve a realizar un acto (supuesto, claro está, que ese acto sea, como lo hemos visto, sobrenatural y conforme al orden divino), ejercicio de piedad, de justicia, de religión, de humildad, de obediencia, de paciencia; es decir, cuanto más inspirada esté nuestra actividad en el amor a Dios, a sus intereses y a su gloria, tanto más elevado será el grado de mérito inherente a todas nuestras acciones y, desde luego, más rápido el aumento de la gracia y el desarrollo de la vida divina en nosotros.

Escuchad lo que dice San Francisco de Sales, el Doctor eminente de la vida interior, que tan bien ha tratado de estas materias: «En la medida en que la caridad que anida en un alma sea ardiente, poderosa y pura, en esa misma medida contribuirá a enriquecer y perfeccionar los actos ejecutados a impulso de las otras virtudes. Se puede padecer la muerte y el fuego sin tener la caridad, como lo presupone San Pablo; con mayor razón se podrá padecer con una exigua caridad: Según eso, digo, Teótimo, que muy bien puede suceder que un pequeño acto de virtud ejecutado por un alma en la que reina ardiente la caridad, tenga más valor que el mismo martirio soportado por otra en la que el amor divino es lánguido, flojo y tibio... Así, las pequeñas naderías, abyecciones y humillaciones en que los santos se han complacido tanto para ocultarse y poner su corazón al abrigo de la vanagloria, por haber sido hechas a impulsos de un puro y ardiente amor divino, fueron más agradables a Dios que las grandes y llamativas obras de muchos otros que fueron hechas con poca caridad y devoción» (*Tratado del amor de Dios*, L. XI, c. 5).

En la misma página, San Francisco nos propone como ejemplo a Nuestro Señor Jesucristo; y con mucha razón. Contemplad un instante al divino Salvador, por ejemplo, en el taller de Nazaret. Hasta la edad de treinta años vivió en la oscuridad y el trabajo, tanto que, cuando comenzó sus predicaciones e hizo sus primeros milagros, sus compatriotas se extrañaban de ello, y aun se escandalizaban: «¿No es ése el hijo del carpintero que hemos conocido? ¿De dónde, pues, le vienen estas cosas?» (Mt 13,55).

En efecto, durante aquellos años, Nuestro Señor no hizo nada de extraordinario que atrajese sobre Él las miradas; vivió trabajando, un trabajo humildísimo. Sin embargo, aquel trabajo era infinitamente agradable a Dios su Padre. ¿Por qué? —Por dos razones: primera, porque Aquel que trabajaba era el mismo Hijo de Dios; en cada instante de aquella vida oscura, podía decir el Padre: «He ahí a mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias». Además, Cristo Jesús no sólo ponía en su, trabajo una gran perfección material, sino que lo hacía todo únicamen-

te para la gloria de su Padre: «No busco hacer mi voluntad, sino la del Padre que me ha enviado» (Jn 5,30); he ahí el móvil único de todas sus acciones, de toda su vida: «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre» (*ib.* 8,29). Nuestro Señor obraba siempre con una perfección incomparable de amor interior hacia su Padre.

Estos son los dos motivos por los que las obras de Jesús, aunque al exterior no tuvieran nada de extraordinario, fueran tan gratas a Dios y rescataran al mundo. ¿Podemos nosotros imitar en eso a Jesucristo? — Sí. Lo que en nosotros corresponde a la unión hipostática, que hace de Jesús el propio Hijo de Dios, es el estado de gracia. La gracia nos hace hijos de Dios: el Padre puede decir al contemplar al que posee la gracia santificante: «Ese es mi hijo amado». Nuestro Señor lo ha dicho: «Sois semejantes a Dios». «¿Acaso no está escrito... Yo dije: Dioses sois?» (Jn 10,34, y Sal 81,6). Bien es verdad que Cristo no es como nosotros, adoptivo, sino hijo natural. Lo que en segundo lugar confiere valor sobrenatural a nuestras obras es el ser practicadas como las de Cristo, a impulsos de la caridad; variando aquel valor en función del mayor o menor grado de perfección interior de la caridad con que las ejecutamos; del mayor o menor grado de amor que inspira nuestras acciones; siendo la caridad la que determina nuestro progreso en la vida divina.

Esto es muy importante, si queremos, no contentarnos solamente con lo que es estrictamente requerido para que nuestras acciones sean meritorias, sino aumentar el grado de este mérito y avanzar rápidamente hacia la unión con Dios. Observad en torno nuestro: encontraréis, tal vez, dos personas piadosas en estado de gracia, que llevan una vida idéntica; ambas ejecutan exteriormente las mismas acciones materiales, y, sin embargo, puede haber, y hay a veces entre ellas, a los ojos de Dios, una diferencia enorme. La una no progresa lo más mínimo; la otra da pasos de gigante en la vida de la gracia, de la perfección y de la santidad.

¿Qué es lo que origina esta diferencia? ¿El estado de gracia? —No; puesto que suponemos a estas dos personas en posesión de la amistad de Dios. ¿La excelencia particular de las acciones de una de ellas? — Tampoco, pues suponemos también que esas acciones materiales son las mismas en su sustancia. ¿Acaso el cuidado puesto en hacer materialmente las acciones? —De ningún modo, porque, aunque haya algo de eso, se supone que es igual en las dos la perfección exterior.

¿De dónde, pues, proviene la diferencia? —De la perfección interior, de la intensidad de amor, del grado de caridad con que cada una ejecuta sus actos. La una, atenta a Dios, obra con un amor elevado, poderoso; obra únicamente por agradar a Dios; queda interiormente anonadada en espíritu de adoración al Señor; su actividad no procede, en su raíz, más que de Dios, y por eso, cada uno de sus actos la aproxima más a Dios, avanza rápidamente en la unión divina.

La otra realiza la misma obra, pero en ella la fe está adormecida, el alma no piensa en los intereses de Dios, su amor es poco fervoroso, de un grado ordinario, mediocre; sin duda, su acción no deja de ser meritoria, pero la

medida de ese mérito es escasa, y aun puede ser disminuida por la disipación, el amor propio, la vanidad, y tantos otros móviles humanos que por negligencia o ligereza se deslizarán en todos los actos de esta alma de fe adormecida.

Ese es el secreto de la diferencia considerable que puede existir, a los ojos de Dios, entre ciertas almas que viven la una junto a la otra y cuyo género de vida exteriormente es idéntico. [He dicho «a los ojos de Dios», porque el ojo humano no puede siempre distinguir esta diferencia. Puede suceder que *exteriormente* la una sea más «correcta» y dé menos motivos a la crítica de los hombres; mientras que en la otra, en realidad más adelantada en la unión con Dios, la manifestación *exterior* de la gracia halle obstáculos por defectos de temperamento, independientes de su voluntad].

Tal es la eminencia de la virtud de la caridad; pues ella es la que determina propiamente la medida de vida divina en nosotros.

Procuremos, pues, obrar en todo exclusivamente para imitar a Nuestro Señor, y procurar la gloria de su Padre; pidamos frecuentemente a Jesucristo, en nuestros tratos íntimos con El, que toda nuestra actividad brote, como la suya, del amor; que nos permita compartir el amor que profesaba a su Padre, y que le hacía obrar siempre y en todo con suma perfección. «Porque amo al Padre» (Jn 14,31). Nuestro divino Salvador no puede dejar de escucharnos.

4. Necesidad de las virtudes morales adquiridas e infusas

Pero, me diréis, si así es, ¿no podrá uno contentarse con la caridad? ¿No hace inútiles las demás virtudes? —No; sería un grave error creer eso. ¿Por qué? —Porque la caridad, el amor, es un tesoro más expuesto que los otros.

Sabéis que la fe y la esperanza no se pierden sino por faltas graves, directamente contrarias a su objeto, por ejemplo, la herejía, la desesperación; mientras que la caridad se pierde, como la gracia, que es su raíz, por todo pecado mortal, de cualquier naturaleza que sea. Todo pecado grave es para la caridad un enemigo mortal; por él, el alma se aparta completamente de Dios para volverse a la criatura, lo cual va en contra de la caridad sobrenatural. Esta es una preciosa perla y un tesoro de inestimable valor, pero está expuesta a perderse por cualquier falta grave, así que es menester protegerla contra todos los ataques; y ése es el papel de las *virtudes morales*, las cuales son como los centinelas del amor, ellas protegen al alma contra las faltas veniales deliberadas y contra las graves que amenazan la caridad.

Debo deciros a este propósito algunas palabras sobre las virtudes morales; el cuadro y carácter de nuestras pláticas no me permiten hacer una exposición muy extensa; espero, a pesar de esto, demostraros suficientemente la necesidad de estas virtudes y el lugar que ocupan en nuestra vida sobrenatural.

Como lo indica el nombre, virtudes morales son las que regulan nuestras costumbres, es decir, los actos libres que debemos ejecutar para que nuestra conducta concuerde con la ley divina (Mandamientos de Dios, preceptos de la Iglesia, deberes de estado), para de este modo conseguir nuestro fin último. Ya veis que el objeto inmediato de estas virtudes no es Dios en sí mismo como en las virtudes teologales.

Las virtudes morales son muy numerosas: la paciencia, la obediencia, la humildad, la abnegación, la mortificación, la piedad, y muchas otras; pero todas se reducen o se encierran en cuatro principales llamadas cardinales [de la palabra latina *cardo*, «quicio, eje, gozne»; estas cuatro virtudes constituyen como el eje o quicio sobre el que gira y se apoya toda nuestra vida moral] (fundamentales), y que son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.— Estas virtudes cardinales son, a la vez, naturales (adquiridas), y sobrenaturales (infusas), y éstas se corresponden con aquéllas; hay una templanza adquirida y otra infusa, una fortaleza adquirida y otra infusa, y así las demás. ¿Cuál es su relación mutua? — Tienen todas el mismo campo de acción, y el concurso de las virtudes adquiridas es necesario para el pleno desarrollo de las virtudes morales infusas. ¿Por qué así?

Después del pecado original, nuestra naturaleza está viciada; hay en nosotros inclinaciones depravadas que resultan del atavismo, del temperamento y también de los malos hábitos que contraemos y que son otros tantos obstáculos para el perfecto cumplimiento de la voluntad divina. ¿Quién va a suprimir esos obstáculos? ¿Acaso esas virtudes morales infusas que Dios deposita en nosotros con la gracia? No, éstas, de por sí no tienen esa eficacia.

Sin duda que son admirables principios de operación; pero es una ley psicológica que toda destrucción de los hábitos viciosos y la corrección de las malas inclinaciones no pueden realizarse sino por hábitos contrarios, y estos mismos no se adquieren sino con la repetición de actos; de ahí las virtudes morales adquiridas. A éstas corresponde destruir los malos hábitos y crear en nosotros la facilidad para el bien: facilidad que las virtudes morales adquiridas aportan como un auxilio a las virtudes morales infusas, las cuales aceptan este concurso, muy humilde, sí, pero necesario, y en cambio, elevan los actos de la virtud natural al nivel divino y les convierten en meritorios. Retened esta verdad; ninguna virtud natural, por vigorosa que sea, es capaz de remontarse por sí misma al nivel sobrenatural, pues esto es propio de las virtudes infusas y constituye su superioridad y su eminencia.

Un ejemplo aclarará más la exposición de esta doctrina. Como consecuencia del pecado original, llevamos en nosotros mismos una inclinación a los placeres sensuales. Puede un hombre, obedeciendo a su razón natural, hacer esfuerzos para abstenerse de los desarreglos y del abuso de estos placeres; multiplicando los actos de templanza, *adquiere* una facilidad, cierto hábito, que constituye en él una fuerza (*virtus*) de resistencia. Esta facilidad adquirida es de orden puramente natural; si

ese hombre no posee la gracia santificante, los actos de templanza no son meritorios para la vida eterna.

Viene la gracia con las virtudes infusas, y si ese hombre no poseía ya, a consecuencia de la virtud moral ad *quirida*, cierta facilidad para la templanza, la virtud moral *infusa* (de templanza) se desarrollará con dificultad, a causa de los obstáculos que resultan de las malas inclinaciones del hombre, aún no contrarrestadas por los buenos hábitos contrarios; pero si, en cambio, se encuentra con cierta facilidad para el bien, la utiliza para ejercitarse ella misma con más comodidad.

Después, no solamente la virtud infusa impulsará al hombre a mayor perfección y le hará subir a más alto grado de virtud, hasta el punto de hacerle despreciar incluso los placeres permitidos, a fin de imitar más de cerca a Jesús crucificado, sino que también la gracia, sin la que no hay virtud infusa, dará a los actos de la virtud moral adquirida un valor sobrenatural y meritorio que jamás alcanzarían por sí mismos.

Donde se encuentren las dos virtudes, adquirida e infusa, se establece entre ellas un intercambio necesario; la virtud natural o adquirida remueve el obstáculo y crea la facilidad para el bien; la virtud infusa o sobrenatural se sirve de esta facilidad para desarrollarse ella misma y además, para elevar el valor de esa buena costumbre, aportarle un aumento de fuerza, extender su campo de operaciones y convertirla sobrenaturalmente en merecedora de la eterna felicidad.

5. Las virtudes morales salvaguardan la caridad, la cual a su vez las preside y las perfecciona

Semejante intercambio de servicios existe entre las virtudes morales, adquiridas e infusas, y la caridad. Os decía que ésta es un tesoro expuesto a perderse por cualquier falta grave; a las virtudes morales, custodios natos del amor, toca el protegerla. Por esas virtudes, el alma se libra de las faltas mortales, que amenazan la existencia de la caridad, y de los estados que conducen al pecado grave.

Esto es verdad, tratándose sobre todo de las almas poco adiestradas aún en la vida interior y en las que el amor todavía no ha alcanzado aquel grado eminente que lo hará fuerte y estable. Esas almas reciben a Nuestro Señor en la Comunión; si la Comunión es fervorosa, las almas rebosan de amor en el comulgatorio; pero si durante el día las solicita una tentación sensual, es menester que la virtud moral de templanza las incline a la resistencia pues de lo contrario, consentirían, y el amor peligraría. Del mismo modo, si el alma es tentada por la ira, es necesario que la virtud moral de paciencia o de mansedumbre se imponga para obligarla a aceptar una humillación si no, se dejará dominar por la cólera, o la venganza, con riesgo de perder la gracia santificante y, con ella, la caridad.

No sólo el pecado mortal amenaza la caridad, toda falta leve habitual no reprimida, como he dicho antes, llega a ser un peligro para ella, porque

expone al alma a caídas graves.— Ahora bien, para combatir las faltas veniales deliberadas o de hábito, se necesita el ejercicio de las virtudes morales que nos hacen resistir a las múltiples sollicitaciones de la concupiscencia.

Nuestra voluntad quedó debilitada después del pecado original; es de gran versatilidad y propende fácilmente al mal. Para que se incline al bien, es preciso una fuerza esa fuerza es la virtud, es un «hábito» que inclina constantemente al alma hacia el bien. Es un hecho, probado por la experiencia, que obramos casi siempre, por no decir siempre, según la inclinación de nuestros hábitos; de un hábito, sobre todo no combatido, salen sin cesar chispas, como de un ardiente foco.

Un alma inclinada al vicio del orgullo caerá constantemente, si no lo combate, en actos de orgullo y de vanidad.

Lo mismo pasa con las virtudes: son hábitos de donde proceden sin cesar los actos correspondientes. Las virtudes morales, adquiridas e infusas, sirven, pues, principalmente para remover todos los obstáculos que nos detienen en la marcha hacia Dios; nos ayudan a usar de los medios que nos son necesarios para cumplir nuestras diversas obligaciones en la vida moral y de esa manera salvaguardan la existencia en nosotros de la caridad. Tal es el servicio que las virtudes morales deben rendir a la caridad. En correspondencia, la caridad, sobre todo allí donde ella reina poderosa y ardiente, perfecciona los actos de las otras virtudes, confiriéndoles un brillo especial y añadiéndoles un nuevo mérito.

La influencia de la caridad va aún más lejos: puede de tal modo dirigir todas nuestras acciones, que, en caso necesario, ella hará que florezcan en el alma las virtudes morales adquiridas; el alma, empujada por la caridad, ejecuta poco a poco los actos cuya repetición provoca el nacimiento de las virtudes morales adquiridas. El impulso viene en tal caso de la caridad; pero ella no puede ejercer todos los actos de cada virtud, y a cada facultad le incumbe su papel propio y su especial ejercicio.

Esto sucede a las almas adelantadas en la vida divina. En ellas la caridad ha llegado a tan gran perfección, que no anida solamente en los labios ni en lo recóndito del corazón, sino que se traduce en obras. Si amamos verdaderamente a Dios, guardaremos sus Mandamientos. «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14,15).

El amor *afectivo* es necesario para la perfección de la caridad; cuando amamos a uno, le alabamos, le ensalzamos, nos felicitamos de sus buenas cualidades; y el alma que ama a Dios, se complace en sus infinitas perfecciones repite constantemente como el Salmista: «¿Quién es semejante ati, oh Dios mío? ¡Oh Señor, cuán digno de admiración es tu nombre, escrito en todas tus obras!» (Sal 76,14, y Sal 8,2). Se entrega con ardor a cantar la gloria de Dios de su corazón sube su alabanza a los labios: «Cantar es propio de quien ama» [*Cantare amantis est*. San Agustín, Sermón CCCXXXVI, c. 1]. Porque amaban, compusieron, San Francisco de Asís, sus admirables *Cánticos*, y Santa Teresa sus ardientes *Exclamaciones*.

Pero, ¿son suficientes estos afectos? —No, porque el amor, para ser perfecto, necesita manifestarse en las obras; el amor afectivo debe enlazarse con el *efectivo*, que se identifica con la voluntad divina y a ella se entrega totalmente; ésta es la verdadera señal de que hay amor. [«Tenemos dos principales ejercicios de amor para con Dios, el uno afectivo, y efectivo el otro; por aquél amamos a Dios y a lo que El ama; por éste le servimos y hacemos lo que ordena; el uno nos hace deleitar en Dios; el otro nos hace agradables a Dios». San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, L. IV, cap.1]. Y cuando ese amor es ardiente y está bien arraigado en el alma, rige a las demás virtudes y a las buenas obras, pues es el soberano, y como tal, inclina continuamente la voluntad al bien, y a Dios. [+San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, L. XI, cap.8]. El amor efectivo se traduce por una constante fidelidad al querer divino, a las inspiraciones del Espíritu Santo. A esas almas llenas de amor pudo decir San Agustín: «Ama y haz lo que quieras» (*Dilige, et quod vis fac. In Epist. Joan. Tract.*, VII, cap.4), porque esas almas no admiten más que lo que agrada a Dios, y, a ejemplo de Jesucristo, pueden ellas decir: «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre celestial». En eso consiste la perfección.

6. Aspirar a la caridad perfecta por la pureza de intención

Ahora bien, ¿cómo adquirir ese amor perfecto? ¿Cómo aumentarle en nosotros de manera que vivamos de él? Porque, cuando es verdadero, contiene el germen de todas las virtudes; a todas pone en movimiento, a cada una en el momento oportuno, como hace un capitán con sus soldados (San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, L. III, cap.1). «La caridad lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo y lo soporta todo» (1Cor 13,7). Cada paso que damos en el amor es un paso que damos en la santidad, en la unión con Dios.

[He aquí lo que escribía Santa Juana de Chantal a propósito de San Francisco de Sales: «La divina bondad había puesto en esta santa alma una caridad perfecta, y como él dice que, entrando la caridad en un alma, se aloja en ella todo el cortejo de virtudes, no hay duda que las había traído y colocado en su corazón con un orden admirable, cada una en el puesto y autoridad que le pertenece, y tan ordenadas, que la una no emprendía nada sin la otra, pues veía el santo claramente lo que convenía a cada una y los grados de su perfección, y todas producían sus acciones según las ocasiones que se presentaban y a medida que la caridad le excitaba a ello dulcemente y sin ruido». Cta. al Rv. P. D. Juan de San Francisco, Feuillant, *Abrégé de l'esprit intérieur... de la Visitation*, Ruan 1744, 95].

¿Cómo podremos llegar a esa perfección de la santidad? ¿Cómo sostener en nosotros la intensidad del amor? Por el sacramento de la Eucaristía, que es el sacramento de la Unión, es como principalmente se intensifica ese amor, según veremos pronto detalladamente; aquí consideramos la

cuestión fuera de la acción de los sacramentos, en el plano de nuestra cooperación.

La caridad se mantiene y su intensidad aumenta en nosotros, sobre todo, por la renovación de la intención que nos mueve a obrar. La intención, como lo dicen muy bien los Padres de la Iglesia, comentando unas palabras de Nuestro Señor, es el ojo del alma que orienta todo el ser hacia Dios. Si ese ojo es puro y no está ofuscado por ningún estorbo humano creado, toda la actividad del alma se dirige a Dios (+Santo Tomás, I-II, q.12, a.1 y 2).

¿Es necesario que la intención que nos mueve a obrar por amor de Dios, es decir, para procurar su gloria haciendo su voluntad, sea siempre actual? No, de ninguna manera; ni se requiere ni tampoco es posible; pero la experiencia y la ciencia de los Santos han demostrado la conveniencia y la sobrenatural oportunidad de la práctica de renovar frecuentemente nuestra intención para avanzar y progresar en el amor de Dios y en la vida divina. [No hablamos aquí de lo que es estrictamente requerido para que un acto sea meritorio, sino del aumento de perfección. «Nuestras intenciones, dice en una parte Bossuet, están sujetas naturalmente a extinguirse, si no se las hace revivir». Prácticamente, la intención se renueva por una señal de la cruz, una oración jaculatoria, un suspiro del corazón hacia Dios]. ¿Por qué así? —Porque la pureza de intención mantiene nuestra alma en la presencia de Dios, la excita a buscarle en todas las cosas, e impide que la curiosidad, la ligereza, la vanidad, el amor propio, el orgullo, la ambición, se insinúen o se infiltren en nuestras acciones para disminuir su mérito.

La intención pura, frecuentemente renovada, hace oblación del alma a Dios en su ser y en su actividad, aviva y mantiene sin cesar en ella la hoguera del amor divino, y de esta suerte, por cada obra buena que promueve y endereza a Dios, acrecienta la vida del alma. «Para hacer excelentes progresos en la devoción, dice San Francisco de Sales, hay que ofrecer todas las acciones a Dios cada día, pues en esta diaria renovación del ofrecimiento comunicamos a nuestras acciones el vigor y la virtud de dilección por una nueva consagración de nuestro corazón a la gloria divina mediante la cual se santifica cada vez más. Además de esto dediquémonos una y otra vez durante el día a fomentar en nosotros el divino amor mediante la práctica de oraciones jaculatorias, elevaciones de corazón y recogimiento espiritual del alma, pues estos santos ejercicios, impulsando y orientando constantemente nuestro espíritu hacia Dios harán que todos nuestros actos se los consagremos a El. ¿Cómo puede concebirse que un alma que se lanza en todo momento hacia la divina bondad y suspira incesantemente palabras de amor, descansando siempre su corazón en el seno de este Padre celestial, no ejecute todas sus buenas obras pensando únicamente en El y con vistas a complacerle?» (*Tratado del amor de Dios*, L. XIII, c. 9).

Tengamos buen cuidado de no obrar habitualmente, sino por la gloria de Dios, para complacerle y serle agradables y para que, según la oración

misma de Cristo, «el nombre de nuestro Padre celestial sea santificado, venga a nos su reino y se haga su voluntad». En el alma así dispuesta y orientada prenderá cada día con más fuerza el amor divino, pues a cada paso se abisma más en ese fuego sagrado, renovando continuamente sus actos amorosos. El amor es entonces un peso que arrastra al alma, gradual y progresivamente, hacia una mayor generosidad y fidelidad en el servicio de Dios. «Mi amor es mi fuerza de gravedad» (*Amor meus, pondus meum*. San Agustín, *Confess.*, L. XIII, c. 9). De ahí la prontitud con que responde el alma cuando se trata de dedicarse al servicio de Dios y buscar los intereses de su gloria; ésa es, en suma, la verdadera devoción.

¿Qué significa la palabra *devoción*? —El término latino *devovere* lo indica: estar dado y consagrado al servicio de Dios, y esto hacerlo con alegría. La devoción no consiste únicamente en haber sido consagrado a Dios en el Bautismo, sino principalmente en dedicar con prontitud y de buen grado a su servicio y a la gloria del Padre todas sus energías, todas sus obras. [*Devotio est quidam voluntatis actus ad hoc quod homo promptly se tradat ad divinum obsequium*. Santo Tomás, II-II, q.82, a.3]. Es lo que la Iglesia pide a menudo para nosotros: «Haz, Señor, que nuestra voluntad te sea siempre adicta y que nuestro corazón se consagre siempre al servicio de tu Majestad» [*Fac nos tibi semper et devotam gerere voluntatem et maiestati tuæ sincero corde servire*. Oración del domingo en la octava de la Ascensión]. En otra ocasión nos hace pedir la gracia de ser «consagrados a Dios de modo que procuremos la gloria de su nombre por nuestras buenas obras» [*In bonis actibus nomini tuo sit devota*. Oración del XXI domingo después de Pentecostés].

No tener en la práctica de nuestra actividad otro principio que la gracia, ni otro fin que el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nos ha hecho sus hijos, ni otro móvil supremo que el amor de Dios y los intereses de su gloria, es, como dice San Pablo, «caminar de una manera digna de Dios y complacerle en todas las cosas, produciendo frutos en toda clase de obras buenas y progresando en el conocimiento del que es nuestro Dios» (Col 1,10).

Sea éste, pues, nuestro, ideal, y cumpliremos así el precepto promulgado por Jesús, precepto que es el primero de todos y resume mejor que otro alguno la vida sobrenatural: «Amar a Dios con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas» (Mc 12,30).

7. La caridad puede informar todas las acciones humanas; sublimidad y sencillez de la vida cristiana

San Pablo acaba de decirnos que para cumplir este precepto hay que agradar a Dios en todo; y emplea la misma expresión cuando se trata del acrecentamiento de la vida divina en nosotros. El Apóstol emplea más de

una vez esta misma locución «en todo», que está llena de sentido. ¿Qué quiere decir San Pablo con ese: «crecer en todas las cosas»?

Que ninguna acción, desde el momento que es «verdadera» en el sentido que hemos dicho, se sustraiga al dominio de la gracia, de la caridad y del mérito; que no haya ninguna que no pueda servir para aumentar en nosotros la vida de Dios. San Pablo mismo explicó esta frase *per omnia* en su primera Epístola a los de Corinto: «Ya comáis, dice, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios» (1Cor 10,31); y a los Colosenses: «Todo lo que hagáis en palabras y en obras, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando por El gracias a Dios Padre» (Col 3,17).

Ya lo veis; no sólo los actos que por su naturaleza se refieren directamente a Dios, como los «ejercicios» de piedad, la asistencia a la santa Misa, la comunión y la recepción de los demás sacramentos, las obras de caridad espiritual y corporal, sino también las acciones más ordinarias y comunes, los incidentes más vulgares de nuestra vida cotidiana, como tomar alimento, ocuparse en los propios negocios o trabajos, desempeñar en la sociedad las distintas obligaciones necesarias o simplemente útiles, de hombre y de ciudadano; descansar, dormir; en una palabra, todas las acciones que se repiten cada día y tejen literalmente, en su monótona y rutinaria sucesión, la trama de toda nuestra vida, pueden ser transformadas, por la gracia y el amor, en actos agradabilísimos a Dios y muy ricos en merecimientos. Es como el grano de incienso, un poco de polvo disgregado; pero cuando se arroja al fuego, se convierte en perfume agradable. Cuando la gracia y el amor lo impregnan y colorean todo en nuestra vida, entonces toda ella es como un himno perpetuo a la gloria del Padre celestial; es para El, por nuestra unión con Cristo, como un grauo de incienso, que exhala suaves aromas: «Somos para Dios el buen olor de Cristo» (2Cor 2,15). Cada acto de virtud reporta una alegría inmensa al corazón de Dios, pues es una flor y un fruto de la gracia que nos ha sido procurada por los méritos de Jesús: «En alabanza de la gloria de su gracia» [*In laudem gloriæ gratiæ suæ* (Ef 1,6)]. «Las menudencias de cada día: un dolorcillo de cabeza, de dientes, de fluxión, la quebradura de un vaso, el menosprecio, la mofa, en suma, cualquier ligero padecimiento, todo esto y mucho más que puede tener lugar todos los días, tomándolo y abrazándolo con amor, contenta en gran manera de la divina bondad, la cual por un solo vaso de agua prometió un mundo de felicidad a todos sus fieles... Las grandes ocasiones de servir a Dios se presentan rara vez, pero las pequeñas son frecuentes... Haced, pues, todas las cosas en nombre de Dios y estarán bien hechas». San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, III parte, cap.35].

No está, pues, exceptuado ningún acto bueno; toda clase de esfuerzo, trabajo u obra, toda renuncia, todo padecimiento, toda pena o lágrima, recibe, si queremos, la influencia saludable de la gracia y de la caridad. ¡Oh, cuán sencilla y sublime es la vida cristiana! Sublime porque es la vida misma de Dios, que teniendo en El su principio nos ha sido dispensada por la gracia de Cristo y nos lleva hacia Dios: «Reconoce, oh cristiano, tu

dignidad» [*Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam*. San León, *Sermo I de nativitate Domini*]. Sencilla, porque esta vida divina se injerta en la humana por baja, humilde, enferma, pobre y ordinaria que ésta sea. Dios no nos exige, para que seamos sus hijos y lleguemos a ser coherederos de su Hijo, la ejecución de muchos actos heroicos; no nos pide que «atreviésemos los mares, ni que nos alcemos hasta los cielos» (Dt 30, 12-13). No; en nosotros mismos es donde se halla el reino de Dios, y en nosotros se edifica, se embellece y se perfecciona. «El reino de Dios está en vuestro interior» (Lc 17,21); la vida sobrenatural es una vida interior cuyo principio está oculto con Cristo en Dios y en el alma. «Vuestra vida discurre escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3).

No necesitamos cambiar de naturaleza, sino corregir lo que tiene de defectuoso; no es preciso usar fórmulas largas, pues la intensidad del amor puede consistir en una sola mirada del corazón; nos basta estar en gracia, hacerlo todo por Dios, para darle gloria con intención pura, y desde luego, vivir como hombres en el lugar en que nos ha destinado la Providencia, haciendo la voluntad divina y cumpliendo el deber del momento presente; y esto sencilla y tranquilamente, sin agitarse y con la confianza íntima y profunda hecha de libertad y de gozo interior, propia del hijo que se siente amado de su padre y le ama a su vez en la medida de su debilidad.

No siempre se trasluce al exterior esta vida animada de la gracia e inspirada en el amor; sin duda, dice Nuestro Señor (Mt 12,33), todo árbol se conoce por sus frutos; el Espíritu Santo, que habita en el alma, le hace producir esos frutos de caridad, de benignidad, que descubren al exterior el poder de su acción; pero el principio de esa acción es totalmente íntimo; su brillo sustancial queda en el interior. «Toda la gloria de la hija del Rey se halla en su interior» (Sal 4,12); su resplandor sobrenatural está con frecuencia oculto bajo las toscas apariencias de la vida cotidiana.

No seamos, pues, indolentes, dejando de aprovechar con tanta frecuencia todos los bienes que tenemos a nuestro alcance, dándonos a «bagatelas engañosas» (Sab 4,12). ¿Qué diríamos de aquellas pobres gentes a quienes un príncipe magnánimo abriese sus tesoros, y que en lugar de coger a manos llenas para enriquecerse, los miraran con indiferencia? Pues que eran unos insensatos.

No seamos nosotros esos pobres insensatos. Ya os lo he dicho: por nosotros mismos nada podemos, y Nuestro Señor quiere que no olvidemos esto: Sin Mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5); pero cuando poseemos su gracia, ésta debe llegar a ser, con el amor, el principio de una vida completamente divina.

Es menester que con la gracia de Cristo lo hagamos todo para complacer a su Padre. «Todo lo puedo, dice San Pablo, en aquel que me fortalece» (Fil 4,13); procuremos que todas nuestras acciones, lo mismo las grandes que las pequeñas, las ocultas que las brillantes, nos sirvan para avanzar a grandes pasos en la vida divina, por el amor intenso con que las hagamos.

Si lo hacemos así, Dios nos mirará con agrado, porque podrá contemplar en nosotros la imagen de su Hijo, imagen que va perfeccionándose más y más. Con el aumento de la gracia, de la caridad y de las demás virtudes, los rasgos de Cristo se reproducen en nosotros cada día con mayor perfección para gloria de Dios y alegría de nuestra alma.

8. Fruto de la caridad y de las virtudes que ella rige: hacernos crecer en Cristo, para completar su cuerpo místico

En efecto, para que seamos semejantes a Cristo, debemos vivir en todas las cosas, por la caridad: «Crecamos por todos los medios en Aquel que es nuestra cabeza, esto es, Cristo». El fin que perseguimos con el desarrollo de la vida sobrenatural en cada uno de nosotros, no es sino el de «llegar a la perfección de la edad de Cristo». Os dije, al tratar de la Iglesia, que Cristo, en su realidad personal y física, es perfecto; pero forma con su Iglesia un cuerpo místico que todavía no ha conseguido su completa perfección. Esta perfección se realiza poco a poco en las, almas en el transcurso de los siglos, «según la medida de la gracia de Cristo, que Dios da a cada uno» (Ef 4,7) pues en un cuerpo hay muchos miembros, y todos no tienen la misma función ni la misma nobleza. Este cuerpo místico forma una sola cosa con Cristo, que es la cabeza; nosotros formamos parte de él por la gracia, pero debemos ser miembros perfectos, dignos de la cabeza divina; esto es lo que buscamos con nuestro perfeccionamiento sobrenatural. Cristo es el fundamento de ese progreso, porque es la cabeza. No lo olvidemos jamás: Jesucristo, después de haberse revestido de nuestra naturaleza, santificó todas nuestras acciones y sentimientos; su vida humana fue semejante a la nuestra, y su corazón divino es el foco de todas las virtudes. Jesucristo ejercitó todas las formas de la actividad humana, pues no hay que imaginarse que estuviera inmovilizado en éxtasis, por lo contrario, en la visión beatífica de las perfecciones de su Padre encontraba el estímulo para su actividad; quiso glorificar a su Padre, santificando en su persona las formas de actividad en que nosotros mismos tenemos que ejercitarnos. Si nosotros rezamos, también El pasó noches en oración; trabajamos, mas El también se fatigó en el trabajo hasta la edad de treinta años; comemos, y El se sentó a la mesa con sus discípulos; tenemos que soportar contrariedades de parte de los hombres, pues El también las conoció, porque, ¿acaso le dejaron tranquilo los fariseos? Padecemos, y El derramó lágrimas, padeció por nosotros, antes que nosotros, en su cuerpo y en su alma, como nadie lo hará jamás; disfrutamos alegrías, y su santa alma las sintió inefables, nos entregamos al descanso, y el sueño también cerró sus párpados. En una palabra, hizo todo lo que nosotros hacemos. Y todo ello, ¿para qué? No solamente para darnos ejemplo, puesto que es nuestro Jefe, sino también para merecernos, por estas acciones, la gracia de poder santificar todos nuestros actos; para darnos la gracia que nos hace agradables a su Padre. Esta gracia nos une a El, nos hace miembros de su cuerpo, y no necesitamos, para crecer en El, y

llegar a la perfección que debemos alcanzar como miembros de ese cuerpo, más que dejar que esa gracia vivifique a nuestra alma y a toda nuestra actividad.

Cristo habita en nosotros con todos sus méritos, a fin de vivificar todas nuestras acciones. Cuando por una intención recta y pura, frecuentemente renovada, unimos los actos de nuestra jornada a las acciones del mismo género que Jesús realizó en la tierra, la virtud divina de su gracia influye constantemente en nosotros, y si todo lo hacemos unidos a El por el amor, no cabe duda que avanzaremos rápidamente. Oíd estas consoladoras y magníficas palabras de Nuestro Señor: «Mi padre no me deja solo, porque hago siempre lo que le es agradable» (Jn 8,29). Cada uno de nosotros ha de hacer lo mismo: «¡Oh Padre celestial hago esta acción únicamente para complacerte, por tu gloria y por la de tu Hijo. Cristo Jesús, en unión, contigo quiero realizar este acto para que lo santifiques con tus méritos infinitos».

El amor que llenaba el corazón de Cristo hacia su Padre debe ser el móvil de los actos de sus miembros como lo fue de los suyos, la gloria de su Padre fue el primero y último pensamiento en todas las obras de Cristo por consiguiente, séalo también de las nuestras por la unión continua con la gracia y caridad de Cristo. Por eso, la santa Iglesia nos exhorta a que pidamos a Dios que conformemos nuestros actos con su divino querer, ya que permaneciendo unidos al «Hijo de su predilección», mereceremos abundar en obras buenas. «Caminad en la caridad, a ejemplo de Cristo», dice San Pablo (Ef 5,2); de esa manera estaréis acordes del todo con vuestro Jefe. «Habéis de abundar en los mismos sentimientos en que abundaba Cristo Jesús» (Fil 2,5). Así iremos de virtud en virtud (Sal 83,8); aspiraremos a la perfección de nuestro modelo por un crecimiento constante porque Cristo mora en nosotros con su Padre, que nos ama (Jn 14,23), y con el Espíritu Santo, que nos guía con sus inspiraciones; esto dará origen a un progreso continuo y fecundo con vistas al cielo. De esta suerte, alcanzaremos esa sólida perfección que nace de la constancia y de la plenitud en el obrar enteramente de acuerdo con la voluntad divina: «Para que os conservéis perfectos y cabales en todo querer divino» (Col 4,12).

9. El progreso sobrenatural puede ser continua hasta la muerte: «donec occurramus omnes... in mensuram ætatis plenitudinis Christi»

Mientras vivimos en este mundo podemos crecer en la gracia. El río de vida divina comenzó en nosotros por una fuente el día del Bautismo, pero puede ensancharse sin cesar para alegría de nuestra alma, a la que riega y fecunda hasta que desemboque en el océano divino. «El ímpeu de las aguas del río alegra la ciudad de Dios» (Sal 45,5).

No me digáis que eso es una idea de mercenario. Verdad que el dilatar en nosotros la vida divina redonda en provecho nuestro, pues cuanto más

crecemos en gracia y caridad, más se acrecientan nuestros méritos y mayor será nuestra gloria futura y nuestra bienaventuranza eterna. Pero Dios, en su magnificencia, lo ha querido así, y si de ello depende nuestra felicidad durante toda la eternidad, también va en ello la voluntad de Dios y la gloria que procura al Padre celestial el cumplimiento de esa voluntad. [«Un alma que ama a Dios debe desear sinceramente reunir en sí todas las perfecciones en que Dios se complace, y poseerlas en la medida conforme a su voluntad». *Vida de Santa Magdalena de Pazzi*, por P. Cepari].

San Pablo es, en esto, un admirable modelo. Después de llegar al término de su carrera, contando ya con poco tiempo de vida, pues espera la muerte en las prisiones de Roma; después de predicar, a Cristo con infatigable perseverancia y de procurar reproducir en sí los rasgos divinos de Jesús, a quien tanto ama, ved lo que escribe a los de Filipo, al cabo de tantos trabajos sobrellevados por Jesús, de tantas luchas reñidas por su gloria, de tantas tribulaciones soportadas con aquel amor ardiente que nada era capaz de enfriar: «Aun no he llegado a la perfección, pero sigo mi carrera interior para tratar de obtenerla, ya que para ello fui llamado por Jesucristo; no creo haberlo alcanzado, mas sólo procuro una cosa: olvidando lo que queda atrás, voy derecho a lo que está delante; prosigo mi carrera, por ver si alcanzo el premio de la soberana vocación a la que fui llamado por Dios, en Jesucristo» (Fil 3, 12-24).

¿Por qué persigue San Pablo este objetivo con toda la energía de su alma grande? Sin duda por «el premio», pero por el premio «al cual ha sido llamado por vocación divina en Jesucristo». Ya os he dicho, al principio, que glorificamos al Padre si damos mucho fruto, como Nuestro Señor mismo nos lo ha asegurado; y si Dios nos dio a su Hijo y Este la Iglesia, su Espíritu y todos sus méritos, fue para que la vida divina abunde en nosotros.

Por esta razón exhortaba tanto San Pablo a los cristianos de su época para que progresaran en la vida cristiana: «Pues así como recibisteis a Jesucristo, Nuestro Señor, les decía, andad con El, arraigados y sobreedificados en El, fortalecidos en la fe, creciendo en El, en hacimiento de gracias» (Col 3, 6-7). También desde la prisión escribía a los Filipenses: «Lo que pido a Dios es que vuestra caridad abunde más y más, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia, por Jesucristo, para gloria y loor de Dios» (Fil 1, 9-11).

Y todavía con más insistencia: «Que el Señor fortalezca vuestros corazones y los haga irreprochables, en santidad, delante de Dios Padre, el día en que Nuestro Señor venga con todos sus santos. Hermanos, os lo pido y os lo suplico, por el Señor Jesús; habéis aprendido de nosotros cómo hay que conducirse para complacer a Dios; caminad, pues, progresando más y más cada día, pues ya conocéis los preceptos que os hemos dado de parte del Señor, Jesús, puesto que lo que Dios quiere es vuestra santificación» (Tes 3,13; 4, 1-3).

Procuremos, pues, cumplir esta voluntad de nuestro Padre celestial. Nuestro Señor quiere que el esplendor de nuestras obras sea tal, que muevan a los que las contemplan a glorificar a su Padre (Mt 5,16). No temamos ni la tentación pues hasta de ella saca Dios provecho para nosotros cuando la resistimos (1Cor 10,13), porque es buena coyuntura para una victoria que nos afianza en el amor de Dios; ni las pruebas, pues podemos vernos envueltos en grandes dificultades, padecer graves contradicciones, soportar hondos padecimientos, pero desde el momento en que nos ponemos al servicio de Dios por amor, esas dificultades, esas contrariedades, esos padecimientos, sirven de alimento al amor.

Cuando se ama a Dios, se puede sentir la cruz, Dios mismo nos la hará sentir más y más, a medida que avancemos, porque la cruz nos hace más semejantes a Cristo; pero entonces se ama, si no la cruz misma, al menos la mano de Jesús, que la coloca sobre nuestros hombros, pues esta mano nos da también la unción de la gracia para soportar su peso. El amor es un arma poderosa contra las tentaciones y una fuerza invencible en las adversidades.

No nos dejemos tampoco abatir por nuestras miserias, por las imperfecciones que deploramos, pues no impiden el aumento de la gracia, «porque Dios conoce de qué barro estamos formados» (Sal 102,14); son el tributo pagado por nuestra naturaleza humana y son a la vez raíz fecunda de humildad. Tengamos paciencia con nosotros mismos en este anhelo incesante por llegar a la perfección; la vida cristiana no tiene nada de agitada ni de inquieta; su desenvolvimiento en nosotros se concilia perfectamente con nuestras miserias, servidumbres y flaquezas, porque «en medio de éstas es donde sentimos que habita en nosotros la fuerza triunfante de Cristo». «Para que habite en mí la fortaleza de Cristo» (2Cor 12,9).

Dios es, en efecto, el principal autor de nuestra santificación y de nuestra salvación. [«Que el Dios de paz, escribía San Pablo, os haga capaces de toda buena obra, por el cumplimiento de su voluntad, obrando en vosotros lo que es más agradable a sus ojos, por Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos». Heb 13,21]. No lo olvidemos jamás. Dice el Concilio de Trento: «No hemos de vanagloriarnos como si lo obrásemos todo por nosotros mismos, sino que Dios, que es tan rico en misericordia, quiere recompensar los dones que El mismo depositó en nosotros» (Sess VI, cap.16) [Lo cual declara muy bien una oración del Sábado Santo (después de la 12ª profecía): *Omnipotens sempiternus Deus, spes unica mundi... auge populi tui vota placatus, quia in nullo fidelium, nisi ex tua inspiratione, proveniunt quarumlibet incrementa virtutum*]. «Por la gracia de Dios, dice San Pablo, soy lo que soy», y añade (1Cor 15,10): «y yo no he dejado la gracia inactiva en mí, he trabajado más que todos los otros, pero no sólo, sino la gracia de Dios conmigo». «Para que Dios, dice también, dé el aumento, es preciso plantar y regar» (*ib.* 3,6).

Procuremos, pues, con toda la energía de nuestra alma, por medio del ejercicio meritorio de las virtudes, en especial de las teologales y por esa

disposición fundamental de hacerlo todo por la gloria de nuestro Padre celestial, procuremos, digo, y no impidamos que la acción de Dios y del Espíritu Santo se desenvuelva en nosotros con la más amplia libertad, porque de esa manera «creceremos en Cristo, que es nuestra cabeza». Fijemos en El nuestras miradas, pues para eso fuimos llamados por Cristo Jesús (Fil 3,12). Detenerse en el camino de la santificación es, para el alma, retroceder.

Por otra parte, podemos adelantar siempre, mientras vivamos en este mundo: «Es preciso, decía Nuestro Señor de sí mismo, que mientras dura el día, realice yo las obras del que me ha enviado; pues una vez que se eche encima la noche, nadie puede hacer nada» (Jn 9, 4-5). Sólo la muerte pondrá término a «esas *ascensiones* del corazón propias de este valle de lágrimas» (Sal 83, 6-7).

¡Ojalá lleguemos, en ese momento decisivo, «a la edad de la perfección de Cristo» y a la plenitud de vida y bienaventuranza que Dios determinó para cada uno de nosotros al predestinarnos en su Hijo muy amado (Ef 4,13)!

NOTA.— Creemos útil terminar esta conferencia con una ojeada muy rápida sobre el conjunto del organismo sobrenatural: esta exposición sintética acabará de fijar el orden de los distintos elementos que constituyen la vida de hijo de Dios. A este obieto, lo mejor que podemos hacer es considerar, durante unos instantes, la persona misma de Nuestro Señor, ya que es nuestro modelo. En virtud de la gracia de unión hipostática, Jesucristo es, por naturaleza, el Hijo Unigénito de Dios; nosotros somos hijos de Dios por la adopción.— En Cristo, la gracia santificante existe en su plenitud; nosotros participamos de esa plenitud en una medida más o menos abundante, según el don que nos hace de ella Cristo: *Secundum mensuram donationis Christi* (Ef 4,7).— La gracia santificante lleva consigo el cortejo de las virtudes infusas, teologales y morales. Nuestro Señor no tenía, propiamente hablando, la fe: la esperanza, hasta cierto punto; pero la caridad la llevó al mas alto grado; mientras vivimos en este mundo, permanecen con nosotros la fe, la esperanza y la caridad, en un grado de mayor o menor desarrollo.

Jesucristo poseía las virtudes cardinales infusas y las otras virtudes morales compatibles con su divinidad; pero en El se desarrollaron libremente, sin trabas y sin esfuerzo, porque Nuestro Señor revestía una naturaleza humana perfecta, exenta de pecado y de sus consecuencias; esas virtudes no encontraban obstáculo alguno en su práctica; pero, en cambio, en nosotros, a consecuencia del pecado original, el desenvolvimiento de las virtudes morales infusas encuentra obstáculos y reclama el concurso de las virtudes morales adquiridas.— Finalmente, el Espíritu Santo difundió la plenitud de sus dones en el alma de Jesús. El nos concede una participación de ellos, la cual, aunque limitada, produce admirables frutos.

Añadamos que las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo nos transportan a un terreno especial que no necesita el auxilio directo de las virtudes naturales, mientras que las virtudes morales infusas reclaman, para su pleno desarrollo, el concurso de las virtudes morales naturales correspondientes, concurso que al utilizarlo lo dignifican y lo elevan; sólo la caridad da a las demás virtudes virtualidad sobrenatural, razón por la cual posee la primacía.

Tal es, a grandes rasgos, el maravilloso organismo sobrenatural que la infinita bondad y la soberana sabiduría de Dios ha establecido para realizar nuestra santificación.

El sacrificio eucarístico

La Eucaristía, fuente de vida divina

En todas las páginas que preceden he procurado demostraros cómo Dios quiere hacernos partícipes de su vida y cómo la gracia de Cristo, elevándonos a la categoría de hijos de Dios, es el principio de la vida divina en nosotros. El Bautismo nos confiere esa gracia, que es el germen de la vida sobrenatural y como el río divino en su hontanar. Hay obstáculos que se oponen al desarrollo de esa vida y al crecimiento de ese río; ya os he dicho de qué modo debemos eliminarlos. Finalmente, en las dos últimas conferencias os he expuesto cuáles son las leyes generales que determinan la permanencia de esa vida en nuestras almas, y los medios de que disponemos para acrecentarla; cómo es preciso permanecer unidos a Cristo por la gracia santificante, y hacer todas y cada una de nuestras acciones por la gloria de su Padre, con intención recta y movidos de una ardiente caridad. Esta ley se extiende a toda nuestra actividad, y abarca todas nuestras obras, de cualquier naturaleza que sean.

Cuando un alma se percatara de la grandeza de esta vida sobrenatural y se convence de que el fundamento de ella no es otro que nuestra unión con Cristo por la fe y por la caridad, aspira a la perfección de esa unión; anhela la plenitud de esa vida, que debe, según el pensamiento eterno de Dios, poseer en sí misma. Esta perfección ¿no será una utopía, una quimera?, se pregunta el alma. No, no es pura entelequia; aunque parezca una cosa sublime e inasequible, puede y debe convertirse en realidad. «Esto es imposible para los hombres; para Dios todas las cosas son posibles» (Mt 19,26).

Es cierto, en efecto, que todos los esfuerzos de la naturaleza humana abandonada a sí misma, sin Cristo, no pueden hacernos avanzar un paso en la realización de esa unión, ni provocar el nacimiento y desarrollo de la vida que la unión engendra. Dios sólo es el dispensador del germen y crecimiento; es necesario, indispensable, como dice San Pablo (1Cor 3,6), que nosotros plantemos y reguemos; pero los frutos de vida no se producen sino por la savia de la gracia divina que Dios hace correr por nosotros.

Dios Nuestro Señor pone a nuestra disposición medios incomparables para mantener esa savia, pues si en cuanto es Bondad infinita y soberanamente eficaz, quiere hacernos participantes de su naturaleza y felicidad, como Sabiduría eterna, proporciona también los medios para el fin; de una virtualidad y eficacia a las que nada iguala si no es la dulzura con que esa sabiduría eterna obra: «Alcanza poderoso del uno al otro extremo y todo lo gobierna suavemente» (Sab 8,1).

Ahora bien, si después de haber considerado cómo Dios nos infunde en el Bautismo el germen de esta vida y las primicias de esta unión, y la ley general que rige su desarrollo, deseamos conocer, en concreto, los medios que Dios pone a nuestra disposición, veremos que se reducen principalmente a la oración y a la recepción del Sacramento de la Eucaristía.

Dios se ha comprometido con el alma que se dirige a El: «Si pedís alguna cosa a mi Padre en mi nombre, dice Jesús, os la concederá»; y añade: «Pedid y recibiréis, a fin de que vuestra alegría sea perfecta»; y esta alegría es la alegría de Cristo —«para que posean en toda su plenitud mi gozo» (Jn 16, 23-24)—, la alegría de su gracia, la alegría de su vida la cual, como río divino, nace de El y fluye hasta nosotros para regocijarnos (Sal 45,5).

La Eucaristía es el otro medio, mucho más poderoso aún. En la oración, Dios comunica sus dones con ciertas condiciones; en el sacramento de la Eucaristía, es el mismo Cristo quien se da a nosotros, la Eucaristía es propiamente el sacramento de la unión que alimenta y mantiene la vida divina en nosotros. A ella se refiere particularmente lo que dijo Nuestro Señor: «Yo he venido para dar a las almas la abundancia de la vida» (Jn 10,10). Al recibir a Cristo en la comunión, nos unimos a la vida misma.

Pero antes de darse al alma en alimento, Cristo se inmola, puesto que no se hace presente bajo las especies sacramentales sino en el sacrificio de la Misa. Por esta razón, debo, en primer lugar, tratar de la oblación del altar, aplazando para la próxima conferencia el hablaros de la comunión eucarística.

Digamos, pues, lo que es el sacrificio de la Misa y cómo hay en él virtualidad para irnos transformando en Jesús.

Este tema es inefable; el mismo sacerdote, para quien el sacrificio eucarístico es como el centro y el sol de su existencia, es incapaz de dar a comprender con su palabra las maravillas que el amor de Cristo ha acumulado en él. Todo lo que el hombre, simple criatura, puede decir de ese misterio, salido del corazón de un Dios, queda tan por debajo de la

realidad, que después de decir todo cuanto se sabe de él, parece que no se ha dicho nada. Este misterio es tan santo y elevado que no hay tema que el sacerdote ame y a la vez tema tanto tratar.

Pidamos a la fe que nos ilumine, pues el sacrificio eucarístico es por excelencia un misterio de fe, *mysterium fidei*, y así, para comprender algo de él, es preciso recurrir a Cristo, repitiéndole las palabras de San Pedro, cuando Jesús anunció este misterio a los judíos, y varios de sus discípulos le abandonaron escandalizados: «¿A quién iremos, Señor, únicamente tú tienes palabras de vida eterna» (*ib.* 6,69), y sobre todo, creamos al amor, como dice San Juan (*ib.* 4,16). Nuestro Señor quiso instituir este sacramento en el instante en que iba a darnos, por su Pasión, el testimonio más grande de su amor para con nosotros, y quiso que se perpetuase entre nosotros, «en memoria de El»; es como su último pensamiento y el testamento de su sagrado corazón: «Haced esto en memoria mía» (1Cor 11,24).

1. La Eucaristía considerada como sacrificio; trascendencia del sacerdocio de Cristo

El Concilio de Trento, como sabéis, definió que la Misa es «un verdadero sacrificio», que recuerda y renueva la inmolación de Cristo en el Calvario. La Misa es ofrecida como «un verdadero sacrificio» (Sess 22, can.1). En «ese divino sacrificio», que se realiza en la Misa, se inmola de una manera incruenta el mismo Cristo que sobre el altar de la Cruz se ofreció de un modo cruento. No hay, por consiguiente, más que una sola víctima; el mismo Cristo que se ofreció sobre la Cruz es ofrecido ahora por ministerio de los sacerdotes; la diferencia, pues, consiste únicamente en el modo de ofrecerse e inmolarsse (*ib.* cap.2).

El sacrificio del altar, según acabáis de ver por el Concilio de Trento, renueva esencialmente el del Gólgota, y no hay más diferencia que la del modo de oblación. Pues si queremos comprender la grandeza del sacrificio que se ofrece en el altar, debemos considerar un instante de dónde proviene el valor de la inmolación de la Cruz. El valor de un sacrificio depende de la dignidad del pontífice y de la calidad de la víctima por eso vamos a decir unas palabras del sacerdocio y del sacrificio de Cristo.

Todo sacrificio verdadero supone un sacerdocio, es decir, la institución de un ministro encargado de ofrecerlo en nombre de todos.— En la ley judía, el sacerdote era elegido por Dios de la tribu de Aarón y consagrado al servicio del Templo por una unción especial. Pero en Cristo el sacerdocio es trascendental; la unción que le consagra pontífice máximo es única: consiste en la gracia de unión que, en el momento de la Encarnación, une a la persona del Verbo la humanidad que ha escogido. El Verbo encarnado es «Cristo», que significa «ungido» no con una unción externa, como la que servía para consagrar a los reyes, profetas y sacerdotes del Antiguo Testamento, sino ungido por la divinidad, que se extiende sobre la humanidad, según dice el Salmista, «como aceite

delicioso»; «Has amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso te ungió el Señor, tu Dios, anteponiéndote a tus compañeros, con aceite de alegría» (Sal 44,8).

Jesucristo es «ungido», consagrado y constituido sacerdote y pontífice, es decir, mediador entre Dios y los hombres, por la gracia que le hace Hombre-Dios, Hijo de Dios, y en el momento mismo de esa unión. Y de esta suerte quien le constituye pontífice máximo es su Padre. Escuchemos lo que dice San Pablo: «Cristo no se glorificó a sí mismo para llegar a ser pontífice, sino que Aquel que le dijo (en el día de la Encarnación): «Tú eres mi Hijo; Te he engendrado hoy», le llamó para constituirle sacerdote del Altísimo» (Heb 5,5; +6, y 7,1).

De ahí, pues, que, por ser el Hijo único de Dios, Cristo podrá ofrecer el único sacrificio digno de Dios. Y nosotros oímos al Padre Eterno ratificar por un juramento esta condición y dignidad de pontífice: «El Señor lo juró, y no se arrepentirá de ello: Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec» (Sal 109,4). ¿Por qué es Cristo sacerdote eterno? — Porque la unión de la divinidad y de la humanidad en la Encarnación, unión que le consagra pontífice, es indisoluble: «Cristo, dice San Pablo, posee un sacerdocio eterno porque El permanece siempre» (Heb 7,3).

Y ese sacerdocio es según «el orden», es decir, la semejanza «del de Melquisedec». San Pablo recuerda ese personaje misterioso del Antiguo Testamento, que representa, por su nombre y por su ofrenda de pan y vino, el sacerdocio y el sacrificio de Cristo. Melquisedec significa «Rey de justicia», y la Sagrada Escritura nos dice que era «Rey de Salem» (Gén 14,18; Heb 7,1), que quiere decir «Rey de paz». Jesucristo es Rey; El afirmó, en el momento de su Pasión, ante Pilato, su realeza: «Tú lo has dicho» (Jn 18,37). Es rey de justicia porque cumplirá toda justicia. Es rey de paz (Is 9,6) y vino para restablecerla en el mundo entre Dios y los hombres, y precisamente en su sacrificio fue donde la justicia, al fin satisfecha, y la paz, ya recobrada, pactaron, con un beso, su alianza (Sal 84,11).

Lo veis bien: Jesús, Hijo de Dios desde el momento de su Encarnación, es por esta razón el pontífice máximo y eterno y el mediador soberano entre los hombres y su Padre; Cristo es el pontífice por excelencia. Así, pues, su sacrificio posee, como su sacerdocio, un carácter de perfección única y de valor infinito.

2. Naturaleza del sacrificio; cómo los sacrificios antiguos no eran más que figuras; la inmolación del Calvario, única realidad; valor infinito de esta oblación

Jesucristo comienza el ejercicio de su sacerdocio desde la Encarnación. «Todo pontífice ha sido, en efecto, instituido para ofrecer dones y sacrificios» (Heb 5,1); por eso convenía, o mejor dicho, era necesario que Cristo, pontífice supremo, tuviera también alguna cosa que ofrecer. ¿Qué

es lo que va a ofrecer? ¿Cuál es la materia de su sacrificio? Veamos y consideremos lo que se ofrecía antes de El.

El sacrificio pertenece a la esencia misma de la religión; es tan antiguo como ella.

Desde que hay criaturas, parece justo y equitativo que reconozcan la soberanía divina, en eso consiste uno de los elementos de la virtud de religión, que es, a su vez, una manifestación de la virtud de justicia. Dios es el ser subsistente por sí mismo y contiene en sí toda la razón de ser de su existencia, es el ser necesario, independiente de todo otro ser, mientras que la esencia de la criatura consiste en depender de Dios. Para que la criatura exista, salga de la nada y se conserve en la existencia, para que luego pueda desplegar su actividad, necesita el concurso de Dios. Para conformarse, pues, con la verdad de su naturaleza, la criatura debe confesar y reconocer esta dependencia; y esta confesión y reconocimiento es la adoración. Adorar es reconocer con humildad la soberanía de Dios: «Venid, adoremos al Señor y postrémonos ante El... Porque El nos ha formado y no nosotros a nosotros mismos» (Sal 94,6, y Sal 99,3).

A decir verdad, en presencia de Dios, nuestra humillación debería llegar al anonadamiento, lo cual constituiría el homenaje supremo, aunque ni siquiera este anonadamiento sería bastante para expresar convenientemente nuestra condición de simples criaturas y la trascendencia infinita del Ser divino. Mas como Dios nos ha dado la existencia, no tenemos derecho a destruirnos por la inmolación de nosotros mismos, por el sacrificio de nuestra vida. El hombre se hace sustituir por otras criaturas, principalmente por las que sirven al sostenimiento de su existencia, como el pan, el vino, los frutos, los animales (Secreta del Jueves después del Domingo de Pasión). Por la ofrenda, la inmolación o la destrucción de esas cosas, el hombre reconoce la infinita majestad del Ser supremo, y eso es el sacrificio. Después del pecado, el sacrificio, a sus otros caracteres, une el de ser expiatorio.

Los primeros hombres ofrecían frutos, e inmolaban lo mejor que tenían en sus rebaños, para testimoniar así que Dios era dueño soberano de todas las cosas.

Más tarde, Dios mismo determinó las formas del sacrificio en la ley mosaica. Existían, en primer lugar, los holocaustos, sacrificios de adoración; la víctima era enteramente consumida; había los sacrificios pacíficos, de acción de gracias o de petición; una parte de la víctima era quemada, otra reservada a los sacerdotes, y la tercera se daba a aquellos por quienes se ofrecía el sacrificio. Se ofrecían finalmente —y éstos eran los más importantes de todos— sacrificios expiatorios por el pecado.

Todos estos sacrificios, dice San Pablo, no eran más que figuras (1Cor 10,11); «imperfectos y pobres rudimentos» (Gál 4,9); no agradaban a Dios sino en cuanto representaban el sacrificio futuro, el único que pudo ser digno de El: el sacrificio del Hombre-Dios sobre la Cruz. [*Deus... legalium differentiam hostiarum unius sacrificii perfectione sanxisti*. Secreta del 7º Domingo después de Pentecostés].

De todos los símbolos, el más expresivo era el sacrificio de expiación, ofrecido una vez al año por el gran sacerdote en nombre de todo el pueblo de Israel, y en el cual la víctima sustituía al pueblo (Lev 15,9 y 16). ¿Qué vemos, en efecto? —Una víctima presentada a Dios por el sumo sacerdote. Este, revestido de los ornamentos sacerdotales, impone primero las manos sobre la víctima, mientras la muchedumbre del pueblo permanece postrada en actitud de adoración. ¿Qué significaba este rito simbólico? —Que la víctima sustituía a los fieles; representábalos delante de Dios, cargada, por decirlo así, con todos los pecados del pueblo. [Dios mismo, en el Levítico, había declarado que era El el autor de esta sustitución. Lev 17, 11]. Luego la víctima es inmolada por el sumo sacerdote, y este golpe, esta inmolación hiere moralmente a la multitud, que reconoce y deplora sus crímenes delante de Dios, dueño soberano de la vida y de la muerte. Después, la víctima puesta sobre la pira, es quemada y sube ante el trono de Dios, *in odorem suavitatis* símbolo de la ofrenda que el pueblo debía hacer de sí mismo a Aquel que es, no sólo su *primer principio*, sino también su *último fin*. El sumo sacerdote, habiendo rociado los ángulos del altar con la sangre de la víctima, penetra en el santo de los santos para derramarla también delante del arca de la Alianza, y a continuación de este sacrificio, Dios renovaba el pacto de amistad que había concertado con su pueblo.

Todo esto, ya os lo he dicho, no era más que alegoría. ¿En qué consiste la realidad? —En la inmolación sangrienta de Cristo en el Calvario, Jesús, dice San Pablo, se ha ofrecido El mismo a Dios por nosotros como una oblación y un sacrificio de agradable olor (Ef 5,2). Cristo ha sido propuesto por Dios a los hombres como la víctima propiciatoria en virtud de su sangre, por medio de la fe (Rom 3,25).

Pero notad bien que Cristo Jesús consumó su sacrificio en la cruz. Lo inauguró desde su Encarnación, aceptando el ofrecerse a sí mismo por todos los hombres.— Ya sabéis que el más mínimo padecimiento de Cristo, considerado en sí mismo, hubiera bastado para salvar al género humano; siendo Dios, sus acciones tenían, a causa de la dignidad de la persona divina, un valor infinito. Pero el Padre Eterno ha querido, en su sabiduría incomprensible, que Cristo nos rescatase con una muerte sangrienta en la Cruz. Ahora bien, nos dice expresamente San Pablo que este decreto de la adorable voluntad de su Padre, Cristo lo aceptó desde su entrada en el mundo. Jesucristo, en el momento de la Encarnación, vio con una sola mirada todo cuanto había de padecer por la salvación del género humano, desde el pesebre hasta la cruz, y entonces se consagró a cumplir enteramente el decreto eterno, e hizo la ofrenda voluntaria de su propio cuerpo para ser inmolado. Oigamos a San Pablo: «Cristo, entrando en el mundo, dice a su Padre: No quisiste ni víctimas ni ofrendas, pero me adaptaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces dije: Heme aquí... Vengo, oh Dios mío, a hacer tu voluntad» (Heb 10,5 y 8-9). Y habiendo comenzado así la obra de su sacerdocio por la perfecta aceptación de la voluntad de su Padre y la oblación de sí mismo, Jesucristo consumó el sacrificio sobre la Cruz con

una muerte sangrienta. Inauguró su Pasión renovando la oblación total que había hecho de sí mismo en el momento de la Encarnación. «Padre, dijo al ver el cáliz de dolores que se le presentaba, no lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres»; y su última palabra antes de expirar será: «Todo está cumplido» (Jn 19,30).

Considerad por algunos instantes este sacrificio y veréis que Jesucristo realizó el acto más sublime y rindió a Dios su Padre el homenaje más perfecto.— El pontífice es El, Dios-Hombre, Hijo muy amado. Es verdad que ofreció el sacrificio de su naturaleza humana, puesto que sólo el hombre puede morir; es verdad también que esta oblación fue limitada en su duración histórica; pero el pontífice que la ofrece es una persona divina, y esta dignidad confiere a la inmólación un valor infinito.— La víctima es santa, pura, inmaculada, pues es el mismo Jesucristo; El, cordero sin mancha, que con su propia sangre, derramada hasta la última gota como en los holocaustos, borra los pecados del mundo. Jesucristo ha sido inolado en vez de nosotros; nos ha sustituido; cargado de todas nuestras iniquidades, se hizo víctima por nuestros pecados. «Dios cargó sobre El las iniquidades de todos nosotros» (Is 53,6).— Jesucristo, en fin, ha aceptado y ofrecido este sacrificio con una libertad llena de amor: «No se le ha quitado la vida sino porque El ha querido» (Jn 5,18); y El lo ha querido únicamente «porque ama a su Padre». «Obro así para que conozca el mundo que amo al Padre» (Jn 14,31).

De esta inmólación de un Dios, inmólación voluntaria y amorosa, ha resultado la salvación del género humano: la muerte de Jesús nos rescata, nos reconcilia con Dios, restablece la alianza de donde se derivan para nosotros todos los bienes, nos abre las puertas del cielo, nos hace herederos de la vida eterna. Este sacrificio basta ya para todo; por eso, cuando Jesucristo muere, el velo del templo de Israel se rasga por medio, para mostrar que los sacrificios antiguos quedaban abolidos para siempre, y reemplazados por el único sacrificio digno de Dios. En adelante, no habrá salvación, no habrá santidad, sino participando del sacrificio de la Cruz, cuyos frutos son inagotables: «Por esta oblación *única*, dice San Pablo, Cristo ha procurado *para siempre* la perfección a los que han de ser santificados» (Heb 10,14).

3. Se reproduce y renueva por el sacrificio de la Misa

No os extrañéis que me haya extendido tratando del sacrificio del Calvario; esta inmólación se reproduce en el altar: el sacrificio de la Misa es el mismo que el de la Cruz. No puede haber, en efecto, otro sacrificio, sino el del Calvario; esta oblación es *única*, dice San Pablo; es *suficientísima*, pero Nuestro Señor ha querido que se continúe en la tierra para que sus méritos sean aplicados a todas las almas.

¿Cómo ha provisto Jesús a la realización de este su deseo, puesto que ya subió a los cielos? Es verdad que sigue siendo eternamente el Pontífice por excelencia; pero, por el sacramento del Orden, ha escogido a ciertos

hombres, a quienes hace participantes de su sacerdocio. Cuando el obispo extiende, en la ordenación, las manos para consagrar a los sacerdotes, la voz de los ángeles repite sobre cada uno: «Tú eres sacerdote para siempre; el carácter sacerdotal que recibes, nunca te será quitado; ese carácter lo recibes de manos de Jesucristo, y su Espíritu es quien toma posesión de ti para convertirte en ministro de Jesucristo». Jesús va a renovar su sacrificio por medio de los hombres.

Veamos lo que se verifica en el altar. ¿Qué es lo que vemos? —Después de algunas oraciones preparatorias y algunas lecturas, el sacerdote ofrece el pan y el vino: es la «ofrenda» u «ofertorio»; esos elementos serán muy pronto transformados en el cuerpo y en la sangre de Nuestro Señor. El sacerdote invita luego a los fieles y a los espíritus celestiales a rodear el altar, que va a convertirse en un nuevo Calvario, a acompañar con alabanzas y homenajes la acción santa. Después de lo cual, entra silenciosamente en comunicación más íntima con Dios, llega el momento de la consagración: extiende las manos sobre las ofrendas como el sumo sacerdote lo hacía en otro tiempo sobre la víctima que iba a inmolar, recuerda todos los gestos y todas las palabras de Jesucristo en la última cena, en el momento de instituir este sacrificio: «En el día antes de padecer»; después, identificándose con Jesucristo, pronuncia las palabras rituales: «Este es mi cuerpo», «Esta es mi sangre»... Estas palabras verifican el cambio del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo. Por su voluntad expresa y su institución formal, Jesucristo se hace presente, real y sustancialmente, con su divinidad y su humanidad, bajo las especies, que permanecen y le ocultan a nuestra vista.

Pero, como sabéis, la eficacia de esta fórmula es más extensa: por estas palabras, se realiza el sacrificio. En virtud de las palabras: «Este es mi cuerpo», Jesucristo, por mediación del sacerdote, pone su carne bajo las especies del pan; por las palabras: «Esta es mi sangre», pone su sangre bajo las especies del vino. Separa de ese modo, místicamente, su carne y su sangre, que, en la Cruz, fueron físicamente separadas; separación que le produjo la muerte. Después de su resurrección, Jesucristo no puede ya morir, «la muerte no hará presa en El ya nunca más» (Rom 6,9); la separación del cuerpo y de la sangre, que se verifica en el altar, es mística. «El mismo Cristo que fue inmolado sobre la Cruz es inmolado en, el altar, aunque de un modo diferente»; y esta inmolación, acompañada de la ofrenda, constituye un verdadero sacrificio. [*In hoc divino sacrificio quod in Missa peragitur, idem ille Christus continetur et immolatur, qui in ara crucis seipsum cruentum obtulit.* Conc. Trid., Sess. XXII, cap.2].

La comunión consume el sacrificio; es el último acto importante de la Misa.— El rito de la manducación de la víctima acaba de expresar la idea de sustitución, y sobre todo, de alianza, que se encuentra en todo sacrificio. Uniéndose tan íntimamente a la víctima que le ha sustituido, el hombre se inmola a su vez, si así puede decirse; siendo la hostia una cosa santa y sagrada, al comerla, uno se apropia, en cierto modo, la virtud divina que resulta de su consagración.

En la Misa, la víctima es el mismo Jesucristo, Dios y Hombre; por eso la comunión es por excelencia el acto de unión a la divinidad; es la mejor y más íntima participación en los frutos de alianza y de vida divina que nos ha procurado la inmolación de Cristo.

Así, pues, la Misa no es sólo una simple representación del sacrificio de la Cruz; no tiene únicamente el valor de un simple recuerdo, sino que es un verdadero sacrificio, el mismo del Calvario, el cual reproduce y prolonga, y cuyos frutos aplica.

4. Frutos inagotables del sacrificio del altar; homenaje de perfecta adoración, sacrificio de propiciación plenaria; única acción de gracias digna de Dios; sacrificio de poderosa impetración

Los *frutos* de la Misa son inagotables, porque son los frutos mismos del sacrificio de la Cruz. El mismo Jesucristo es quien se ofrece por nosotros a su Padre. Es verdad que después de la Resurrección no puede ya merecer; pero ofrece los méritos infinitos adquiridos en la Pasión; y los méritos y las satisfacciones de Jesucristo conservan siempre su valor, al modo como El mismo conserva siempre, juntamente con el carácter de pontífice supremo y de mediador universal, la realidad divina de su sacerdocio. Ahora bien, después de los sacramentos, en la Misa es donde, según el Santo Concilio de Trento, tales méritos nos son particularmente aplicados con mayor plenitud. [*Oblationis cruentæ fructus per hanc incrementam UBERRIME percipiuntur.* Sess. XXII, cap.2]. Y por eso, todo sacerdote ofrece cada Misa no sólo por sí mismo, sino «por todos los que a ella asisten, por todos los fieles, vivos y difuntos» [*Suscipe, sancte Pater omnipotens... hanc immaculatam hostiam... pro omnibus circumstantibus, sed et pro omnibus fidelibus christianis vivis atque defunctis: ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam æternam*]. ¡Tan extensos e inmensos son los frutos de este sacrificio, tan sublime es la gloria que procura a Dios!

Así, pues, cuando sintamos el deseo de reeocer la infinita grandeza de Dios y de ofrecerle, a pesar de nuestra indigencia de criaturas, un homenaje que sea, con seguridad aceptado, ofrezcamos el santo sacrificio, o asistamos a él, y presentemos a Dios la divina víctima el Padre Eterno recibe de ella, como en el Calvario, un *homenaje de valor infinito*, un homenaje perfectamente digno de sus inefables perfecciones.

Por Jesucristo, Dios y Hombre, inmolado en el altar, se da al Padre todo honor y toda gloria. [*Per ipsum et cum ipso et in ipso et tibi Deo Patri omnipotenti... omnis honor et gloria per omnia sæcula sæculorum.* Ordinario de la Misa]. No hay, en la religión, acción que calme tanto al alma convencida de su nada, y ávida, no obstante esto, de rendir a Dios homenajes dignos de la grandeza divina. Todos los homenajes reunidos de la creación y del mundo de los escogidos no dan al Padre Eterno tanta gloria como la que recibe de la ofrenda de su Hijo. Para llegar a comprender el valor de la Misa, es necesaria la fe, esa fe que es a modo

de participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas divinas. A la luz de la fe, podemos considerar el altar, tal como lo considera el Padre celestial. ¿Qué es lo que ve el Eterno Padre sobre el altar en que se ofrece el santo sacrificio? Ve «al Hijo de su amor» [*Filius dilectionis suce.* Sess XXII, cap.2], al Hijo de sus complacencias, presente, con toda verdad y realidad, y renovando el sacrificio de la Cruz. El precio y valor de las cosas lo tasa Dios en proporción de la gloria que éstas le tributan; pues bien, en este sacrificio, como en el Calvario, recibe una gloria infinita por mediación de su amado Hijo; de suerte que no pueden ofrecerse a Dios homenajes más perfectos que éste, que los contiene y excede a todos.

El santo sacrificio es también *fuerza de confianza y de perdón*.

Cuando nos abate el recuerdo de nuestras faltas y procuramos reparar nuestras ofensas y satisfacer más ampliamente a la justicia divina, para que nos absuelva de las penas del pecado, no hallamos medio más eficaz ni más consolador que la Misa. Oíd lo que a este propósito dice el Concilio de Trento: «Mediante esta oblación de la Misa Dios, aplacado, otorga la gracia y el don de la penitencia perdona los crímenes y los pecados, aun los más horrendos». [Si así podemos expresarnos, la Eucaristía como Sacramento procura (o, si se quiere, tiene por fin primario) la gracia *in recto* (directa o formalmente), y la gloria de Dios *in obliquo* (indirectamente), en tanto que el santo sacrificio procura *in recto* la gloria de Dios, e *in obliquo* la gracia de la penitencia y de la contrición por los sentimientos de compunción que excita en el alma]. ¿Quiere esto decir que la Misa perdona directamente los pecados? —No, ése es privilegio reservado únicamente al sacramento de la Penitencia y a la perfecta contrición; pero la Misa contiene abundantes y eficaces gracias, que iluminan al pecador y le mueven a hacer actos de arrepentimiento y de contrición, que le llevarán a la penitencia y por ella le devolverán la amistad con Dios (Conc. Trid. XXII, c. 1). Si esto puede decirse con verdad del pecador a quien aun no ha absuelto la mano del sacerdote, con sobrada razón podrá decirse de las almas justificadas, que anhelan una satisfacción tan completa como sea posible de sus faltas y que llegue a colmar el deseo que tienen de repararlas. ¿Por qué así? —Porque la Misa no es solamente un sacrificio laudatorio o un mero recuerdo del de la Cruz *es verdadero sacrificio de propiciación*, instituido por Jesucristo opara aplicarnos cada día la virtud redentora de la inmolación de la Cruz» (Secreta del Domingo IX después de Pentecostés). De ahí que veamos al sacerdote, aun cuando ya disfruta de la gracia y amistad de Dios, ofrecer este sacrificio «por sus pecados, sus ofensas y sus negligencias sin número». La divina víctima *aplaca a Dios y nos le vuelve propicio*. Por tanto, cuando la memoria de nuestras faltas nos acorcha, ofrezcamos este sacrificio: en él se inmola por nosotros Jesucristo: «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» y que «renueva, cuantas veces se sacrifica, la obra de nuestra redención» (Sal 83,10). ¡Qué confianza, pues, no debemos tener en este sacrificio expiatorio! Por grandes que sean nuestras ofensas y nuestra ingratitud, una sola Misa da más gloria a Dios que deshonra le han inferido, digámoslo así, todas nuestras injurias. «¡Oh

Padre Eterno, dignaos echar una mirada sobre este altar, sobre vuestro Hijo, que me ama y se entregó por mí en la cima del Calvario, y que ahora os presenta en favor mío sus satisfacciones de valor infinito: “mirad al rostro de vuestro Hijo” (+Rom 5, 8-9), y dad al olvido las faltas que yo cometí contra vuestra soberana bondad! Os ofrezco esta oblación, en la que encontráis vuestras complacencias, como reparación de todas las injurias inflingidas a vuestra divina majestad». Semejante oración indudablemente será atendida por Dios, por cuanto se apoya en los méritos de su Hijo, que por su Pasión todo lo ha expiado.

Otras veces lo que nos embarga es la memoria de las misericordias del Señor: el beneficio de la fe cristiana que nos ha abierto el camino de la salvación y hecho participantes de todos los misterios de Cristo, en espera de la herencia de la eterna bienaventuranza; una infinidad de gracias que desde el Bautismo se van escalonando en el camino de toda nuestra vida. Al echar una mirada retrospectiva, el alma siéntese como abrumada a la vista de las gracias innumerables de que Dios, a manos llenas, la ha colmado; y entonces, fuera de sí por verse objeto de la divina complacencia, exclama: «Señor, ¿qué podré daros yo, miserable criatura, a cambio de tantos beneficios? ¿Qué os daré que no sea indigno de Vos?» Aunque Vos «no tengáis necesidad de mis bienes» (Sal 15,2), sin embargo, es justo que os muestre gratitud por vuestra infinita liberalidad para conmigo; siento esta necesidad en lo íntimo de mi ser «¿cómo, pues, satisfacerla, Señor y Dios mío, de una manera digna a la vez de vuestra grandeza y de vuestros beneficios?» (*ib.* 115,12). «¿Con qué corresponderé al Señor por todos los beneficios que de El he recibido?» Tal es la exclamación del sacerdote después de la sunción de la Hostia. Y, ¿cual es la respuesta que en sus labios pone la Iglesia? «Tomaré el cáliz de la salud»... La Misa es *la acción de gracias por excelencia*, la más perfecta y la más grata que podemos ofrecer a Dios. Leemos en el Evangelio que, antes de instituir este sacrificio, Nuestro Señor «dio gracias» a su Padre: *eucharístesas*. San Pablo usa de la misma expresión, y la Iglesia ha conservado este vocablo con preferencia a cualquier otro, sin querer con esto excluir los otros caracteres de la Misa, para significar la oblación del altar: *sacrificio eucarístico*, esto es, sacrificio de acción de gracias. Ved cómo, en todas las misas, después del ofertorio y antes de proceder a la consagración, el sacerdote, a ejemplo de Jesucristo, entona un cántico de acción de gracias: «Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, Señor santo Dios omnipotente, el tributaros siempre y en todo lugar acciones de gracias... Por Jesucristo Señor nuestro» (Prefacio de la Misa). Tras esto, inmola la Víctima Sacrosanta: Ella es quien rinde las debidas gracias por nosotros y quien agradece en su justo valor, pues Jesús es Dios, los beneficios todos que desde el cielo, y del seno del Padre de las luces descienden sobre nosotros (Sant 1,17). Por mediación de Jesucristo, nos han sido otorgados, y por El asimismo, toda la gratitud del alma se remonta hasta el trono divino. Finalmente, la Misa es *sacrificio de impetración*.

Nuestra indigencia no tiene límites: necesidad tenemos incesantemente de luz, de fortaleza y de consuelo: pues en la Misa es donde hallaremos todos estos auxilios.— Porque, en efecto, en este sacramento está realmente Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; Yo soy el camino; Yo soy la verdad, Yo soy la vida. Venid a Mí todos los que andáis trabajados, que Yo os aliviaré. Si alguien viniere a Mí, no lo rechazaré» (Jn 7,37). Es el mismo Jesús, que «pasó por doquier haciendo bien» (Hch 10,38); que perdonó a la Samaritana, a Magdalena y al Buen Ladrón, pendiente ya en la Cruz; que libraba a los posesos, sanaba a los enfermos, restituía la vista a los ciegos y el movimiento a los paralíticos; el mismo Jesús que permitió a San Juan reclinar su cabeza sobre su sagrado corazón. Con todo, es de advertir, que en el altar se halla de modo y a título especial, a saber, como víctima sacrosanta que se está ofreciendo a su Padre por nosotros; inmolado y, con todo, vivo y rogando por nosotros. «Siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb 7,25). Ofrenda también sus infinitas satisfacciones a fin de obtenernos las gracias que nos son necesarias para conservar la vida espiritual en nuestras almas; apoya nuestras peticiones y nuestras súplicas con sus valiosos méritos; así que nunca estaremos más ciertos que en este momento propicio de alcanzar las gracias que necesitamos. San Pablo, al hablar precisamente del «Pontífice soberano que penetró por nosotros en los cielos y que está lleno de piedad para con aquellos a quienes se digna llamar hermanos suyos», dice refiriéndose al altar donde Cristo se inmola que es uel trono de la gracia, al que debemos acercarnos con plena confianza, a fin de alcanzar la gracia y ser socorridos en la hora oportuna» (Heb 4,16).

Notad estas palabras de San Pablo: Cum *fiducia*: «confianza», es la condición imprescindible para ser atendido. Hemos, pues, de ofrecer el santo sacrificio, o asistir a él con fe y confianza. No obra en nosotros este sacrificio a la manera de los sacramentos, *ex opere operato*; sus frutos son inagotables, pero, en general, son proporcionados a nuestras disposiciones interiores. Cada Misa contiene un infinito potencial de perfección y santidad; pero según sea nuestra fe y nuestro amor, así serán las gracias que en ella obtengamos. Habréis reparado en que cuando el celebrante hace memoria, antes de la consagración, de aquellos que quiere recomendar a Dios, termina mencionando «a todos los asistentes», pero con la particularidad de que indica las disposiciones propias de cada uno. «Acordaos, Señor... de todos los fieles aquí presentes, cuya fe y devoción os son conocidas» [*Et omnium circumstantium quorum tibi fides cognita est et nota devotio*. Canon de la Misa]. Estas palabras nos dicen que las gracias que fluyen de la Misa nos son otorgadas en la medida de la intensidad de nuestra fe y de la sinceridad de nuestra devoción. Tocante a la fe, ya os he dicho lo que es; mas esa *nota devotio*, ¿qué puede ser? — No es otra cosa que la entrega pronta y completa de todo nuestro ser a Dios, a su voluntad y a su servicio; Dios, que es el único que escudriña el fondo de nuestros corazones, ve si nuestro deseo y nuestra voluntad de serle fieles y de ser todo para El son sinceros. Caso de que así sea, formaremos parte de aquellos «cuya fe y devoción os son conocidas», por

quienes el sacerdote ora especialmente y que harán abundante acopio en el tesoro inagotable de los méritos de Jesucristo, que, a través de la santa Misa, se pone de nuevo a su disposición.

Si, pues, tenemos la convicción profunda de que todo nos viene del Padre celestial por mediación de Jesucristo; que Dios ha depositado en El todos los tesoros de santidad a que los hombres pueden aspirar; que este mismo Jesús está sobre el altar, con todos estos tesoros, no sólo presente, sino también ofreciéndose por nosotros a la gloria de su Padre, tributándole de este modo el homenaje en que más se complace y perpetuando la renovación del sacrificio de la Cruz, a fin de que así podamos aprovecharnos de su soberana eficacia; si tenemos, repito, esta convicción profunda, estad ciertos de que podremos solicitar y conseguir cualquier género de gracia. Porque, en estos solemnes momentos, es lo mismo que si nos halláramos en compañía de la Santísima Virgen, de San Juan y de la Magdalena, al pie de la Cruz, y junto a la fuente misma de donde mana toda salud y toda redención. ¡Ah, si conociésemos el don de Dios!... ¡Si supiéramos de qué tesoros disponemos, tesoros que podríamos utilizar en favor nuestro y de la Iglesia universal!...

5. Intima participación en la oblación del altar por nuestra unión con Cristo, Pontífice y víctima

Sin embargo, no debemos detenernos aquí, si ansiamos investigar cumplidamente las intenciones que tuvo Jesucristo al instituir el santo sacrificio, las mismas que expresa la Iglesia, Esposa suya, en las ceremonias y palabras que acompañan a la oblación. Valiéndonos de este divino sacrificio, podemos, ya os lo he dicho, ofrecer a Dios un acto de adoración perfecto, solicitar la remisión completa de nuestras faltas, tributarle dignas acciones de gracias, y obtener la luz y fortaleza que necesitamos. Pero, con todo, estas disposiciones del alma, por excelentes que sean, es posible que no pasen de actos y disposiciones de un mero espectador que asiste con devoción, mas sin tomar parte activa en la acción santa.

Hay una participación más íntima y debemos esforzarnos por lograrla. ¿Qué participación es ésta? —No otra que la de identificarnos, lo más completamente que sea posible, con Jesucristo en su doble calidad de pontífice y de víctima a fin de transformarnos en El. ¿Es esto hacedero? —Ya os dije que en el instante mismo de la Encarnación, Jesucristo quedó consagrado pontífice, y que sólo en cuanto hombre pudo ofrecerse a Dios en holocausto. Así, pues, en su Encarnación, el Verbo asoció a sus misterios y a su Persona, por mística unión, a la humanidad entera; es ésta una verdad de la que os he hablado largamente y que deseo tengáis siempre presente. Toda la humanidad está llamada a constituir un cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, una sociedad de la que El es Jefe y cuyos miembros somos nosotros. Por ley natural, los miembros no pueden separarse de la cabeza ni ser ajenos a su acción. La acción por excelencia de Jesucristo, que resume toda su vida y le confiere todo su valor, es su sacrificio. Al modo que asumió en sí nuestra naturaleza humana, excepto

el pecado, de igual manera quiere hacernos participar del misterio capital de su vida. Sin duda que no estábamos corporalmente en el Calvario cuando El se inmoló por nosotros, ocupando el lugar que debiéramos ocupar nosotros, mas quiso —son palabras del Concilio de Trento— que su sacrificio se perpetuase, con su inagotable virtud, por la acción de su Iglesia y de sus ministros [*Seipsum ab Ecclesia, per sacerdotes sub signis sensibilibus immolandum*. Sess XXII, cap.1].

Verdad es que sólo los presbíteros que son admitidos, por el sacramento del Orden, a participar del sacerdocio de Cristo, tienen el derecho de ofrecer oficialmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo.— Sin embargo, todos los fieles pueden, claro está que a título inferior, pero verdadero, ofrecer la sagrada hostia. Por el Bautismo, participamos en algún modo del sacerdocio de Cristo, por lo mismo que participamos de la vida divina de Jesucristo, con sus cualidades y diferentes estados. El es Rey, reyes somos con El; es Sacerdote, sacerdotes somos con El. Oíd lo que a este propósito dice San Pedro a los recién bautizados: «Sois un pueblo escogido, una familia regia y sacerdotal, una nación santa, un pueblo que Dios ha adquirido» (1Pe 2,9) [+Ap 1,5-6. «A Aquel que nos amó, que nos purificó de nuestros pecados con su sangre y que nos hizo reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a El sea la gloria y poderío»]. Así, pues, los fieles pueden ofrecer, en unión con el sacerdote, la hostia sacrosanta.

Las oraciones con que la Iglesia acompaña este divino sacrificio nos dan a conocer con evidencia que los asistentes tienen también su parte en la oblación.— Así, ¿cuáles son las palabras que el sacerdote profiere, terminado el ofertorio, al volverse por última vez hacia el pueblo, antes del canto del Prefacio? «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, también vuestro, sea aceptado por Dios Padre omnipotente» [*Orate, fratres, ut meum ac VESTRUM sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem*]. De igual manera, en la oración que antecede a la consagración, el celebrante pide a Dios que tenga a bien acordarse de los fieles presentes, de «aquellos, dice, por quienes te ofrecemos este sacrificio, o que ellos mismos te lo ofrecen por sí y por sus allegados» [*Memento, Domine, famulorum tuorum... pro quibus tibi offerimus vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis, pro se suisque omnibus*]. Y al punto, extendiendo las manos sobre la oblata, ruega a Dios se digne aceptarla «como sacrificio de toda la familia espiritual» congregada en torno del altar [*Hanc igitur oblationem servitutis nostræ sed et cunctæ familie tue quæsumus, Domine, ut placatus accipias*]. Bien se echa de ver, por lo dicho, que los fieles, en unión con el sacerdote, y, por él, con Jesucristo, ofrecen este sacrificio. Cristo es el Pontífice supremo y principal, el sacerdote es el ministro por El elegido, y los fieles, en su grado, participan de este divino sacerdocio y de todos los actos de Jesucristo.

«Asistamos, pues, con atención; sigamos al sacerdote, que actúa en nombre nuestro y por nosotros habla, acordémonos de la antigua costumbre de ofrecer cada uno el pan y el vino para suministrar la materia de este celestial sacrificio. Si la ceremonia ha cambiado, el espíritu, esto

no obstante, es el mismo; todos ofrecemos con el sacerdote; nos solidarizamos con todo lo que él hace, con todo lo que él dice... Ofrezcamos, sí, pero ofrezcamos a él, ofrezcamos a Jesucristo, y ofrezcámonos a nosotros mismos con toda la Iglesia católica, diseminada por todo el orbe» (Bossuet, *Meditaciones sobre el Evangelio*).

No es el único punto de semejanza que tenemos con Jesucristo el que acabamos de enunciar. Cristo es pontífice, pero también es víctima, y es deseo de su divino corazón el que compartamos con El esta cualidad. Precisamente esta disposición de víctimas es lo que principalmente nos capacita para llegar a la santidad.

Detengamos por un momento nuestra consideración en la materia del sacrificio, a saber, en el pan y en el vino que han de ser transmutados en el cuerpo y la sangre del Señor. Los Padres de la Iglesia han insistido sobre el significado simbólico de ambos elementos. El pan está formado por granos de trigo molidos y unidos para formar una sola masa; el vino, por las uvas reunidas y prensadas para fabricar una sola líquido: ved ahí la imagen de la unión de los fieles con Cristo y de los fieles todos entre sí.

En el rito griego, esta unión de los fieles con Jesucristo en su sacrificio, se patentiza con toda la viveza de las figuras orientales. Al comienzo de la Misa el celebrante, con una lanceta de oro, divide el pan en diferentes fragmentos y asigna a cada uno de éstos, con una oración especial, la misión de representar a las personas o a las distintas categorías de personas en cuyo honor, o en cuyo beneficio, se ofrecerá el sacrificio augusto. La primera porción representa a Jesucristo; la segunda a la Santísima Virgen como corredentora; otras a los Apóstoles, Mártires, Vírgenes, al Santo del día y a toda la corte de la Iglesia triunfante. Siguen los fragmentos reservados a la Iglesia purgante y a la Iglesia militante; al Soberano Pontífice, a los Obispos y a los fieles asistentes. Acabada esta ceremonia, el sacerdote deposita todas las porciones sobre la patena y las ofrece a Dios, ya que todas serán luego transformadas en el cuerpo de Jesucristo. Esta ceremonia simboliza lo íntima que debe ser nuestra unión con Cristo en este sacrificio. Si la liturgia latina es más sobria en este particular, no es menos expresiva. Así, conserva una ceremonia de origen muy antiguo, que el celebrante no puede omitir so pena de falta grave, y que muestra a las claras que debemos ser inseparables de Jesucristo en su inmolación. Me refiero a lo que hace, al tiempo del ofertorio, mezclando un poco de agua con el vino que puso en el cáliz. ¿Cuál es el significado de esta ceremonia? La oración de que va acompañada nos proporciona la clave para comprender su significado: «Oh Dios, que formaste al hombre en un estado tan noble y, por la obra de la Encarnación, lo restableciste de un modo aun más admirable, haz, te suplicamos, que *por el misterio de esta agua y de este vino seamos participantes de la divinidad de Aquel que se dignó formar parte de nuestra humanidad*, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro que, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad con el Espíritu Santo, por todos los siglos». Al punto, el celebrante ofrece el cáliz para que Dios lo reciba *in odorem suavitatis*: «como suave aroma». Así,

pues, el misterio que simboliza esta mezcla del agua con el vino es, en primer lugar, la unión verificada, en la persona de Cristo, de la divinidad con la humanidad; misterio del que resulta otro que señala también esta oración, a saber, nuestra unión con Cristo en su sacrificio. El vino representa a Cristo, y el agua figura al pueblo, como ya lo decía San Juan en el Apocalipsis, y confirmó el Concilio de Trento [*Aquæ populi sunt. (Ap 17,15). Hac mixtione, ipsius populi fidelis cum capite Christo unio repræsentatur. Sess XXII, c. 7*].

Debemos, pues, asociarnos a Jesucristo en su inmolación y ofrecernos con El, para que nos tome consigo, e inmolándonos, en unión suya, nos presente a su Padre, en olor agradable; la ofrenda que, unida con la de Jesucristo, hemos de donar, no es otra que la de nosotros mismos. Si los fieles participan, por el Bautismo, del sacerdocio de Cristo, es, dice San Pedro, «para ofrecer sacrificios espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo» (1Pe 2,15). Tan cierto es esto, que repetidas veces en la oración que sigue a la ofrenda dirigida a Dios, antes del solemne momento de la consagración, la Iglesia atestigua esta unión de nuestro sacrificio con el de su divino Esposo. «Dígnate, Señor —son sus palabras—, santificar estos dones, y aceptando el ofrecimiento que te hacemos de esta hostia espiritual, haz *de nosotros* una oblación eterna para gloria tuya por Jesucristo Nuestro Señor» [*Propitius, Domine, quæsumus, hæc dona sanctifica, et hostiæ spiritualis oblatione suscepta, NOSMETIPSOS tibi perfice munus æternum*. Misa del lunes de Pentecostés. Esta oración (secreta) está también en la Misa de la fiesta de la Santísima Trinidad].

Mas, para que así seamos aceptos a los ojos de Dios, preciso es que nuestra oblación vaya unida a la que Jesucristo hizo de su persona sobre la Cruz y que renueva sobre el altar; porque Nuestro Señor, al inmolarse, ocupó nuestro lugar, nos reemplazó; y por esta razón, el mismo golpe mortal que lo hizo sucumbir, nos dio mística muerte a nosotros. «Si murió uno por todos, luego todos murieron» (2Cor 5,14). Por lo que a nosotros toea, sólo moriremos con El si nos asociamos a su sacrificio en el altar. ¿Y cómo nos uniremos a Jesucristo en esta condición suya de víctima? Muy sencillo: imitándolo en ese total rendimiento al benelácito, divino.

Dios debe disponer con entera libertad de la víctima que se le inmola; y por lo mismo, nuestra disposición de ánimo debe ser la de abandonar todas las cosas en las manos de Dios, debemos realizar actos de renunciamiento y mortificación, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces cotidianas por amor de El, de tal suerte que podamos decir, como dijo Jesucristo momentos antes de su Pasión: «Obro de este modo para que conozca el mundo que amo al Padre» (Jn 14,31). Esto será ofrecerse verdaderamente con Jesucristo. Así, pues, cuando ofrecemos al Eterno Padre su divino Hijo y realizamos al mismo tiempo la oblación de nosotros mismos con la de la «sagrada hostia» en disposiciones semejantes a las que animaban al deífico Corazón de Jesús sobre el ara de la Cruz, como son: amor intenso a su Padre y a nuestros prójimos, ardiente deseo de la salvación de las almas, total abandono a la voluntad

y decisiones del Todopoderoso, en particular si son penosas y contrarían a nuestra naturaleza; en tal caso, podemos estar seguros de que tributamos a Dios el homenaje más grato que está a nuestro alcañe rendirle.

Disponemos con este sacrificio del medio más poderoso para transformarnos en Jesucristo, particularmente si nos unimos a El por la Comunión, que es el modo más eficaz de participar en el sacrificio del altar. Porque Jesucristo, al vernos incorporados a su Persona, nos inmoló consigo y nos hace agradables a los ojos de su Padre, y de este modo, por la virtud de su gracia, nos hace cada día más semejantes a El.

Es lo que quiere dar a entender esta oración misteriosa que el celebrante recita después de la consagración: «Te suplicamos, Dios omnipotente, ordenes que estas nuestras ofrendas sean presentadas por mano de tu santo Mensajero, sobre el altar de la gloria, ante el acatamiento de tu divina Majestad, para que todos cuantos participamos de este sacrificio por la recepción del sacratísimo cuerpo y sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda suerte de bendiciones y de gracias».

Por tanto, excelente manera de asistir al santo sacrificio será la de seguir con los ojos, con la mente y con el corazón, todo lo que se hace en el altar, asociándose a las oraciones que en momento tan solemne pone la Santa Iglesia en boca de sus ministros. Si así nos asociamos, por una profunda reverencia, una fe viva, un amor vehemente y un sincero arrepentimiento de nuestras culpas, a Jesucristo, que hace de Pontífice y de víctima en este sacrificio, El, que mora en nosotros, hace suyas todas nuestras aspiraciones, y ofrece en lugar y en favor nuestro a su divino Padre una adoración perfecta y una cumplida satisfacción. Tribútale también dignos hacimientos de gracias, y las peticiones que fórmula siempre son atendidas. Todos estos actos del Pontífice eterno, cuando sobre el ara reitera la inmolación del Gólgota, vienen a ser propios nuestros. [*Docet sancta synodus per istud sacrificium fieri ut si cum vero corde et recta fide, cum metu et reverentia, contriti ac pœnitentes, ad Deum accedamus, misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* Conc. Trid., Sess. XXII, cap.2]

Y en tanto que rendimos a Dios, por intervención de Jesucristo, todo honor y toda gloria [*Omnis honor et gloria*, Canon de la Misa], un copioso raudal de luz y de vida descende a nuestra alma e inunda a la Iglesia entera [*Fructus uberrime percipiuntur.* Conc. Trid., Sess. XXII, cap.2], porque, en efecto, cada Misa contiene en sí todos los merecimientos del sacrificio de la Cruz.

Mas para entrar en posesión de ellos es preciso que nuestra alma se encuentre penetrada de aquellas disposiciones que animaron a la de Cristo al realizar su inmolación cruenta. Si compartimos así los sentimientos del corazón de Jesús (Fil 2,5), el eterno Pontífice nos introducirá consigo hasta el Santo de los Santos, ante el trono de la divina Majestad, al borde mismo de la fuente de donde brota toda gracia, toda vida y toda bienaventuranza.

¡Si conociereis el don de Dios!...

Panis vitæ

La Comunión eucarística es el medio más eficaz para mantener en nosotros la vida sobrenatural

«Haz, Señor de toda majestad, que todos los que participando de este altar, recibamos el sacrosanto cuerpo y sangre de tu Hijo, seamos llenos de toda bendición celestial y de toda gracia» [*Ut quotquot, ex hac altaris participatione, sacrosanctum Filii tui corpus et sanguinem sumpserimus, omni benedictione cælesti et gratia repleamur.* Canon de la Misa].

Con estas palabras finaliza una de las oraciones que en el santo sacrificio de la Misa se dicen después del augusto rito de la consagración. Cristo, bien lo sabéis, está realmente presente en el altar, no ya sólo para tributar al Padre homenaje perfecto con su mística inmolación, que renueva la del sacrificio del Calvario, sino también para darse en alimento a nuestras almas bajo las especies sacramentales.

Claramente manifestó Jesús esta intención de su corazón sagrado al instituir este sacramento: «Tomad y comed pues éste es mi cuerpo»; «tomad y bebed, pues ésta es mi sangre» (1Cor 11,24; Lc 22,17 y 20).

Si Nuestro Señor quiso quedarse presente bajo las especies de pan y de vino, fue para ser nuestro alimento.— Así, pues, si queremos conocer por qué Cristo instituyó este sacramento a modo de manjar, veremos que, ante todo, lo hizo para mantener en nosotros la vida divina; y luego para que, recibiendo de El esa vida sobrenatural, siempre le estemos unidos. La Comunión sacramental, fruto del sacrificio eucarístico, es para el alma el medio más seguro de vivir unida a Cristo Jesús.

La verdadera vida del alma, la santidad sobrenatural, consiste, ya lo he dicho también, en esa unión con Cristo. Jesús es la vid, nosotros los

sarmientos; la gracia es la savia que del tronco pasa a las ramas para que den fruto. Pues bien, es sobre todo al entregarse a nosotros en la Eucaristía, cuando Jesucristo nos colma de sus gracias.

Contemplemos con reverencia y fe, con amor y confianza, este misterio de vida, en el cual nos unimos con Aquel que es a un mismo tiempo nuestro divino modelo, nuestra satisfacción y aun la fuente misma de nuestra santidad (Catecismo del Concilio de Trento, cap.XX, 1).

Luego veremos cuales han de ser las disposiciones para recibirle, si hemos de llegar a la perfecta unión a la que Cristo aspira al darse así a nosotros.

1. La Comunión es el convite en que Cristo se da como pan de vida

Cuando, al orar, pedimos al Señor que nos diga por qué, en su eterna sabiduría, se dignó instituir este inefable sacramento, ¿qué nos responde el Señor?

Nos dice lo que por vez primera dijo a los judíos, al anunciarles la institución de la Eucaristía: «Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, así el que me comiere vivirá por mí» (Jn 6,58). Como si dijera: Todo mi anhelo es comunicaros mi vida divina. A mí, el ser, la vida, todo me viene de mi Padre, y porque todo me viene de El, vivo únicamente para El; así, pues, yo sólo ansío que vosotros también, que todo lo recibís de mí, no viváis más que para mí. Vuestra vida corporal se sustenta y se desarrolla mediante el alimento; yo quiero ser manjar de vuestra alma para mantener y dar auge a su vida, que no es otra que mi propia vida. [*Sumi autem voluit sacramentum hoc tamquam spirituale animarum cibum quo alantur et confortentur viventes vita illius qui dixit: et qui manducat me et ipse vivet propter me.* Conc. Trid., Sess. XIII, cap.2]. El que me comiere, vivirá mi vida; poseo en mí la plenitud de la gracia, y de ella hago partícipes a los que me doy en alimento. El Padre tiene en sí mismo la vida, pero ha otorgado al Hijo el tenerla también en sí (Jn 5,26); y como yo poseo esa vida, vine para comunicárosla abundante y plena (*ib.* 10,10). Os doy la vida al darme a mí mismo como manjar. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que bajó del cielo para traeros la vida divina; ese pan que da la vida del cielo, la vida eterna, cuyo preludeo es la gracia (Jn 6,35,48,51). Los judíos en el desierto comieron el mana, alimento corruptible; pero yo soy el pan que siempre vive, y siempre es necesario a vuestras almas, pues «si no le comiereis, pereceréis sin remedio» (*ib.* 6,54).

Tales son las palabras mismas de Jesús. Luego Cristo no se hace realmente presente sobre el altar tan sólo para que le adoremos, y le ofrezcamos a su Eterno Padre como satisfacción infinita; no viene tan sólo a visitarnos, sino para ser nuestro manjar como alimento del alma, y para que, comiéndole, tengamos vida, vida de gracia en la tierra, vida de gloria en el cielo.

«Como el Hijo de Dios es la vida por esencia, a El le corresponde prometer, a El comunicar la vida. La Humanidad santa que le plugo asumir en la plenitud de los tiempos, toca tan de cerca la vida, y tan bien se apropia su virtud, que de ella brota una fuente inagotable de agua viva... ¿No es el pan de vida, o mejor dicho, no es un pan vivo el que comemos para tener vida? Porque ese pan sagrado es la carne de Cristo, carne viva, carne unida a la vida, carne llena y penetrada del espíritu vivificador. Pues si el pan común, que carece de vida, mantiene y conserva la del cuerpo, ¿cuán admirable no será la vida del alma en nosotros, que comemos un pan vivo, que comemos la vida misma en la mesa del Dios vivo? ¿Quién oyó jamás semejante prodigio: que la vida pudiera ser comida? Sólo Jesús pudo darnos tal manjar. Es vida por naturaleza quien la come, come la vida. ¡Oh banquete delicioso de los hijos de Dios!» (Bossuet, *Sermon pour le Samedi Saint*).— Por eso el sacerdote, al dar la Comunión, dice a cada uno: «¡El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna!».

Ya os dije que los sacramentos producen la gracia que significan.— En el orden natural, el alimento conserva y sustenta, aumenta, restaura y prolonga la vida del cuerpo. [Son, según Santo Tomás, los cuatro efectos del alimento: el santo Doctor los aplica a la Eucaristía, alimento del alma. III, q.79, a.1]. Así, ese pan celeste es manjar del alma que *conserva, repara, acrecienta y dilata* en ella la vida de la gracia, puesto que le comunica al Autor mismo de la gracia.

Por otras puertas puede entrar en nosotros la vida divina, pero en la Comunión inunda nuestras almas «cual torrente impetuoso». De tal modo es la Comunión sacramento de vida que, por sí misma, perdona y borra los pecados veniales, a los que no sentimos apego; obra de tal manera, que, recobrando en el alma la vida divina su vigor y su hermosura, crece, se desarrolla y da frutos abundantes. ¡Oh festín sagrado, convíte en el que el alma recibe a Cristo y la mente se siente inundada de gracia! [*O sacrum convivium in quo Christus sumitur... mens impletur gratia*. Antíf. del *Magnificat* de las II Vísperas del Corpus].— Oh Cristo Jesús, Verbo encarnado!, «en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad» (Col 2,9), ven a mí para hacerme partícipe de esa plenitud; ahí está mi vida, puesto que recibir es llegar a ser hijo de Dios (Jn 1,12); es tener parte en la vida que del Padre recibiste y mediante la cual vives para el Padre; vida que de tu Humanidad se desborda sobre todos tus hermanos en la gracia: ¡Ven, Señor, sé mi manjar, para que tu vida sea la mía!

2. Por la Comunión, Jesucristo mora dentro de nosotros y nosotros dentro de El

Una de las intenciones del corazón de Jesús, al instituir el sacramento de la Eucaristía, fue el convertirse en el pan celestial que conserve y aumente en nosotros la vida divina; pero aun perseguía Cristo otra finalidad que viene a completar la anterior: «El que come mi carne y bebe

mi sangre, en Mí mora, y yo en él» (*ib.* 6,55). ¿Qué quiere decir la palabra «morar»?

Cuando se lee el Evangelio de San Juan —que nos refiere las palabras de Jesús— se advierte que casi siempre emplea ese vocablo para expresar la unión perfecta. No hay unión más estrecha que la del Padre y del Hijo en la Trinidad adorable, puesto que entrambos poseen, en unión también con el Espíritu Santo, la misma y única naturaleza divina; pues bien: San Juan dice que «el Padre mora en el Hijo»

«Morar en Cristo» es, en primer lugar, tener parte por la gracia en su filiación divina; es ser uno con El, siendo como El hijo de Dios, aunque a título diverso. Es la unión íntima y fundamental, a la que el mismo Cristo alude en la parábola de la viña: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que *mora* en mí y yo en él, da frutos abundantes» (Jn 15,5).

Esa unión no es la única. «Morar» en Cristo es identificarse con El en todo lo tocante a nuestra inteligencia voluntad y actividad.— «Moramos» en Cristo por la *inteligencia*, al acatar por un acto de fe simple, puro e íntegro cuanto Cristo nos enseña. El Verbo está siempre en el seno del Padre, ve los divinos arcanos y nos manifiesta lo que ve (*ib.* 1,18). Por la fe respondemos «así es», *Amén*, a cuanto el Verbo encarnado nos dice; creemos en su palabra, y de este modo nuestra inteligencia se identifica con Cristo. La sagrada Comunión nos hace morar en Cristo por la fe; no podemos recibirle si no aceptamos por la fe cuanto El es y cuanto enseña. Mirad cómo, al anunciar Jesús la Eucaristía les dice: «Yo soy el pan de vida; el que viene a Mí, no tendrá hambre y el que cree en Mí no tendrá sed jamás» (*ib.* 6,35). Y viendo que los judíos incrédulos murmuran, repíteles sus palabras: «En verdad, en verdad os digo, el que cree en Mí tiene la vida eterna» (*ib.* 6,47). Cristo, pues, se nos da en alimento, mediante la fe, y unirse a El es aceptar, inclinando la inteligencia ante su palabra, todo cuanto El nos revela. Cristo es alimento de nuestra inteligencia al comunicarnos toda verdad.

Morar en El es también someter *nuestra voluntad* a la suya y hacer que toda nuestra actividad sobrenatural dependa de su gracia. Es decir, que debemos permanecer en su amor, acatando reverentes su santísima voluntad: «Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, del mismo modo que yo he guardado los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor» (*ib.* 15,10). Es anteponer sus deseos a los nuestros, abrazar sus intereses, entregarnos a El enteramente, sin cálculo ni reserva alguna, pues no puede *permanecer* quien no es constante y estable, con la confianza ilimitada de la esposa para con su esposo. Nunca la esposa es más grata al esposo que cuando lo fía todo a su prudencia, poder, fuerza y amor. De aquí que este pan celestial, siendo sustento del amor, conserve la vida de nuestra voluntad.

Tal es la divina disposición que Cristo quiere despertar en el alma del que le recibe. El Señor viene a ella para que ella «permanezca en El», esto es, para que, teniendo confianza plena en su palabra, se abandone a El

dispuesta a cumplir en todo su divino beneplácito, sin tener otro móvil en toda su actividad que la acción de su Espíritu. «El que se une al Señor es un espíritu con El» (1Cor 6,17).

Nuestro Señor también mora en el alma. «Y yo en él» (Jn 15,5).— Mirad lo que ocurría en el Verbo encarnado. Existía en El una actividad natural, humana muy intensa pero el Verbo, al que estaba indisolublemente unida la humanidad, era la hoguera en que se alimentaba y de donde irradiaba toda su actividad.

Lo que Cristo anhela obrar al darse al alma es algo parecido. Sin que la unión llegue a ser tan estrecha como la del Verbo con su santa humanidad, Cristo se da al alma para ser en ella, por medio de su gracia y la acción de su Espíritu, fuente y principio de toda su actividad interior. *Et ego in eo*; está en el alma, mora en ella, mas no inactivo; quiere obrar en ella (Jn 5,17), y cuando el alma se entrega de veras a El, a su voluntad, tan poderosa se manifiesta entonces la acción de Cristo, que esa alma llegará infaliblemente a la más alta perfección, en conformidad con los designios que Dios tenga sobre ella. Pues Cristo viene a ella con su divinidad, con sus méritos, sus riquezas, para ser su luz, su camino, su verdad, su sabiduría, su justicia, su redención; «Cristo al que hizo Dios ruestra sabiduría y justicia y santificación y redención» (1Cor 1,30); en una palabra, para ser la vida del alma, para vivir El mismo en ella: «Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí» (Gál 2,20). El anhelo del alma es no formar más que una sola cosa con el amado; la Comunión, en la que el alma recibe a Cristo en alimento, realiza ese anhelo, transformando poco a poco al alma en Cristo.

3. Diferencia entre los efectos del sustento corporal y los frutos de la manducación eucarística; cómo Cristo nos transforma en El: influencia que en el cuerpo ejerce este maravilloso alimento

Los Padres de la Iglesia hicieron notar la enorme diferencia que hay entre la acción del alimento que da vida al cuerpo y los efectos que en el alma produce el pan eucarístico.

Al asimilar el alimento corporal, lo transformamos en nuestra propia sustancia, en tanto que Cristo se da a nosotros a modo de manjar para transformarnos en El.— Son muy notables estas palabras de San León: «No hace otra cosa la participación del cuerpo y sangre de Cristo, sino trocarnos en aquello mismo que tomamos» [*Nihil aliud agit participatio corporis et sanguinis Christi, quam ut in quod sumimus transeamus*. Sermón LXIV, *de Passione*, 12, c. 7]. Más categórico es aún San Agustín, quien pone en boca de Cristo estas palabras: «Yo soy el pan de los fuertes; ten fe y cómeme. Pero no me cambiarás en ti, sino que tú serás transformado en mí» (*Confess.*, Lib. VII, c. 4). Y Santo Tomás condensa esta doctrina en pocas líneas, con su habitual claridad: «El principio para llegar a comprender bien el efecto de un Sacramento no es otro que el de

juzgarlo por analogía con la materia del Sacramento... La materia de la Eucaristía es un alimento; es, pues, necesario que su efecto sea análogo al de los manjares. Quien asimila el manjar corporal, lo transforma en sí; esa transformación repara las pérdidas del organismo y le da el desarrollo conveniente. No ocurre así en el alimento eucarístico, que, en vez de transformarse en el que lo toma, transformna en sí al que lo recibe. De ahí que el efecto propio de ese Sacramento sea transformar de tal modo al hombre en Cristo, que pueda con toda verdad decir: "Vivo yo; mas no yo, sino que vive Cristo en mí" (Gál 2,20)» (*In IV Senten.*, Dist. 12, q.2, a.1).

¿Cómo se realiza esa transformación espiritual? Al recibir a Cristo, lo recibimos todo entero: su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad y su humanidad. Nos hace participar de cuanto piensa y siente, nos comunica sus virtudes, pero sobre todo «enciende en nosotros, el fuego que vino a traer a la tierra» (Lc 12,49), fuego de amor, de caridad. En esto consiste la transformación que la Eucaristía produce. «La eficacia de este sacramento, escribe Santo Tomás, consiste en transformarnos de algún modo en Cristo mediante la caridad. Ese es su fruto específico. Y propio es de la caridad transformar al amante en el amado».— Así pues, la venida de Cristo a nosotros tiende por naturaleza a establecer entre sus pensamientos y los nuestros, entre sus sentimientos y nuestros sentimientos, entre su voluntad y la nuestra, tal intercambio, correspondencia y semeianza, que ya nuestros pensamientos, nuestro sentir y nuestro querer no sean otros que los de Jesucristo. «Sentid en vosotros lo mismo que sentía Jesucristo» (Fil 2,5). Y esto tan sólo por amor: el amor entrega a Cristo la voluntad entera, y con ella todo nuestro ser, todas nuestras energías de aquí que, siendo el amor el que somete enteramente el hombre a Dios, sea también el que origina nuestra transformación y nuestro desarrollo espiritual. Bien dijo San Juan: «El que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él» (Jn 4,16).

Si eso falta, ya no hay verdadera «Comunión»; recibimos a Cristo con los labios, cuando es menester unirnos a El con el espíritu, con el corazón, con la voluntad, con nuestra alma toda para participar, en cuanto en la tierra es posible, de su vida divina, de modo que, realmente, por la fe que en El tenemos, por el amor que le profesamos, su vida y no nuestro «yo» llegue a ser el principio de la nuestra. Bien claramente lo indica una oración que la Iglesia pone en labios del sacerdote después de la Comunión: «Haz, Señor, que nuestra alma y nuestro cuerpo estén tan rendidos a la operación de este don celestial, que no sea nuestro propio sentir, sino el efecto de este sacramento el que siempre domine en nosotros» [*Mentes nostras et corpora possideat, quæ sumus, Domine, doni celestis operatio; ut non sensus in nobis, sed iugiter eius præveniat effectus*. Postcomunión del 15º Domingo después de Pentecostés]. De esta oración de la Iglesia se colige que la acción de la Eucaristía trasciende del alma aun sobre el mismo cuerpo. Ciertamente que Cristo se une inmediatamente al alma; cierto que viene, en primer lugar, a asegurar y confirmar su deificación [*Ut inter eius membra numeremur cuius corpori communica-*

vimus et sanguini. Postcomunión del sábado de la 3ª semana de Cuaresma]. Pero la unión del cuerpo y del alma es tan honda e íntima, que a la vez que acrecienta la vida del alma y la hace desear ardientemente las delicias de lo Alto, la Eucaristía mitiga los ardores de la carne y pone en paz todo nuestro ser.

Los Padres de la Iglesia [San Justino, *Apolog. ad Anton. Pium*, n.66. San Ireneo, *Contra haereses*, lib.V, c.2. San Cirilo de Jerusalén, *Catech.*, XII (*Mystag.* IV), n.3; *Catech.*, XIII (*Mystag.* V), n.15] hablan de una influencia aun más directa; y ¿qué tiene esto de particular? Cuando Jesucristo vivía en el mundo, bastaba el solo contacto con su Humanidad para sanar los cuerpos. Y, ¿habrá disminuido esta virtud curativa porque Cristo se esconda tras los velos de las especies sacramentales? «¿Pensáis, decía Santa Teresa, que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo... Cierto, nuestro adorable Maestro no suele mal pagar la morada que hace en la posada de nuestra alma cuando recibe buen hospedaje» (*Camino de perfección*, cap.34). [La Santa es aún más explícita en el cap.30 de su *Vida*]. Antes de comulgar, el sacerdote suplica a Cristo que «la recepción de su carne santísima aproveche para defensa del alma y del cuerpo». La misma oración nos hace repetir la Iglesia en varias de sus postcomuniones, al dar gracias a Dios por el don celestial que nos otorga: «Purifica, Señor, nuestras almas, renuévalas por tus celestiales sacramentos, para que aun nuestros cuerpos experimenten tu virtud todopoderosa así en esta vida como en la otra» [*Sit nobis, Domine, REPARATIO mentis ET CORPORIS caeleste mysterium*. Postcomunión 8º domingo de Pentecostés; *Purifica quæsumus, Domine, mentes nostras et renova caelestibus sacramentis: ut consequenter et CORPORUM PRÆSENS pariter et futurum capiamus AUXILIUM*. Postcomunión 16º dom. de Pentecostés].

No echemos en olvido que Cristo está siempre vivo, siempre activo; cuando viene a nosotros, une nuestros miembros a los suyos; purifica, eleva, santifica, transforma en cierto modo nuestras facultades, de suerte que, conforme al hermoso pensamiento de un autor antiguo, amamos a Dios con el corazón de Cristo, le alabamos con sus labios, nuestra vida es su vida. La presencia divina de Jesús y su virtud santificadora impregnan tan íntimamente todo nuestro ser, cuerpo y alma con todas sus potencias, que llegamos a ser otros Cristos.

Tal es el efecto verdaderamente sublime de nuestra unión con Cristo en la Eucaristía, unión que cada Comunión tiende a estrechar más y más. ¡Si conociésemos el don de Dios! Porque los que en esta fuente beben el sguá de la gracia no tendrán ya más sed quedan satisfechos (Jn 4,13); hallan en esa fuente todos los bienes. «¿Cómo, juntamente con El, no nos dará todas las cosas?» (Rm 8,32). Del altar fluye para nosotros toda bendición y toda gracia.

4. La preparación es necesaria para asimilarse los frutos de la Comunión

Tan maravillosos efectos no se obran en el alma sin que ésta se haya aparejado para recibir la efusión de tantos bienes. Es verdad, como ya os he dicho, que los sacramentos producen por sí mismos el fruto para que han sido instituidos, pero siempre que ningún obstáculo se oponga a su acción.

Pues bien, ¿cuál es aquí el óbice?

Claro que no puede haberle por parte de Cristo: «en El están todos los tesoros de la divinidad», y ansía infinitamente comunicárselos dándose a nosotros; y no los escatima, pues si viene para darnos la vida, quiere darla con sobreabundancia, repitiendo a cada uno de nosotros lo que decía a sus Apóstoles la vispera de la institución de este Sacramento: «Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros» (Lc 22,15).

No echemos en olvido que la Comunión no es invención humana, sino un sacramento instituido por la Eterna Sabiduría. Pues a la Sabiduría incumbe el hacer que los medios sean proporcionados con el fin. Luego si nuestro divino Salvador instituyó la Eucaristía para unirse a nosotros y hacernos vivir su vida, tengamos por cierto que este Sacramento contiene cuanto es menester para realizar esa unión y llevarla hasta el supremo grado. Virtud y eficacia incomparable contiene esta invención maravillosa para obrar en nosotros una transformación divina.

Los obstáculos, pues, están en nosotros.—¿Cuáles son?—Para saberlo sólo precisamos considerar la naturaleza de este Sacramento. Es un manjar que ha de *conservar la vida y cimentar la unión*.

Todo cuanto se opone a la vida sobrenatural y a la unión es obstáculo para recibir y sacar fruto de la Eucaristía. El pecado mortal, que causa la muerte del alma es obstáculo absoluto; como el alimento no se da más que a los vivos, así la Eucaristía no se da más que a los que tienen ya la vida de la gracia. Es la primera condición, y basta ella, con «la recta intención», para que todo cristiano pueda acercarse a Cristo y recibir el pan de vida. Así lo declaró en un memorable documento el gran Pontífice Pío X [Decreto del 20-XII-1905. 1905. El Sumo Pontífice explica así la recta intención: «Consiste en acercarse a la sagrada mesa no por rutina, o por vanidad, o por miras humanas, sino por cumplir la voluntad de Dios, unirse a El más estrechamente por la caridad, y, merced a este divino remedio, combatir los propios defectos y debilidades»]. El sacramento obra *ex opere operato*; por sí misma, la Eucaristía nutre al alma y acrecienta la gracia, al propio tiempo que el hábito de la caridad. Ese es el fruto primario y esencial del sacramento.

Produce, además, otros frutos, secundarios, es cierto pero tan grandes, no obstante, que bien merecen no los pasemos por alto: son las gracias actuales de unión que excitan nuestra caridad a obrar [«el Sacramento excita la caridad no sólo en cuanto al hábito, sino también en cuanto al acto», Santo Tomás, III, q.89, a.4], nos estimulan a devolver amor por

amor, a cumplir la voluntad divina, a evitar el pecado, y llenan de gozo el alma: «La Dulzura de ese pan celestial, lleno de suavidad», se comunica al alma para avivar su devoción en el servicio de Dios, y fortalecerla contra el pecado y las tentaciones [+*Catecismo del Concilio de Trento*, cap.XX, 1].— Ahora bien, estos efectos secundarios pueden ser más o menos abundantes; y, de hecho, dependen, en no corta medida, de nuestras disposiciones, máxime cuando el amor, principio de unión, es el móvil que nos impulsa a preparar al Señor una morada menos indigna de su divinidad, y a tributarle con el mayor afecto posible los obsequios a que se hace acreedor al venir a nosotros. Verdad que Cristo, como soberanamente libre e infinitamente bueno, otorga sus dones a quien le place; pero a mas de que su majestad infinita —pues permanece siempre Dios— reclama de nosotros que le preparemos, en cuanto lo permita nuestra indigencia, una morada digna en nuestro corazón, ¿podríamos dudar un solo instante de que mirará con singular complacencia los esfuerzos de un alma que desea recibirle con fe y con amor? [«Aunque los sacramentos de la nueva ley producen su efecto *ex opere operato* (por sí mismos), sin embargo, tanto mayor es ese efecto cuanto más perfectas son las disposiciones de los que reciben el sacramento. Así, pues, debemos procurar que a la Sagrada Comunión preceda una preparación diligente, y le siga la conveniente acción de gracias». Pío X, Decreto del 20-XII-1905, acerca de la comunión diaria].

Mirad cómo recompensó los deseos y esfuerzos de Zaqueo. Este príncipe de los publicanos sólo quería ver a Jesús; y el Señor, al encontrarle, se adelanta a sus deseos y le dice que va a alojarse en su casa. Y la visita le vale el perdón y la salvación. Ved también lo que acontece cuando Simón el fariseo recibe a nuestro Señor. Durante el convite, una mujer, Magdalena, entra en el aposento, se acerca a Jesús y derrama olorosos perfumes sobre sus pies, y los besa reverente. Los comensales saben que aquella mujer es una pecadora, y Simón fariseo se indigna y piensa en su interior: «¡Si Jesús supiese quién es esa mujer!...» Conoce Cristo aquellos pensamientos secretos y se convierte en abogado de la mujer, poniendo en parangón lo que ella hace por agradarle con lo que el fariseo ha dejado de hacer al ejercer su hospitalidad para con Jesús: «¿Ves esa mujer?, dice Jesús a Simón. Entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar mis pies, pero ella los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado perfumes sobre mis pies. Por todo lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho...» Luego dijo a la mujer: «Perdonados te son tus pecados, tu fe te ha salvado; vete en paz» (Lc 7, 36-39; 44-50).

Ya veis, pues, cómo el Señor tiene en cuenta las disposiciones, las pruebas de amor con que le recibimos. La Eucaristía es el sacramento de la unión, y cuantos menos estorbos encuentra Cristo para que esa unión sea perfecta, tanto más obra en nosotros la gracia del sacramento. El

Catecismo del Concilio de Trento nos dice que «recibimos toda la plenitud de los dones de Dios cuando recibimos la Eucaristía con corazón bien dispuesto y perfectamente preparado» (Cap. XX, 3).

5. Disposiciones remotas: absoluta donación de uno mismo a Jesucristo: orientar todas nuestras acciones en orden a la comunión

Hay, con todo, una *disposición general* muy importante, fundada en [a misma naturaleza de la unión, y que sirve admirablemente de preparación habitual a nuestra unión con Cristo, y muy particularmente a la perfección de esa unión: es *la donación total de uno mismo a Jesucristo*, renovada con frecuencia. Esa donación al Verbo humanado comenzó en el Bautismo; allí, por vez primera, Cristo tomó posesión de nuestra alma, y nosotros empezamos por la gracia a asemejarnos a Dios y a vivir unidos a El. Pues bien, cuanto más arraigo tenga en nosotros esa disposición fundamental, iniciada con el Bautismo, de morir para el pecado y vivir para Dios, tanto mejor será nuestra preparación remota para recibir la abundancia de la gracia eucarística. Guardar apego al pecado venial, a imperfecciones deliberadas, a negligencias voluntarias, a inlidelidades meditadas, son cosas que desagradan al Señor que viene a nosotros. Si ansiamos esa unión perfecta, no hemos de «regatear» a Cristo nuestra libertad de corazón; ni reservar en ese corazón un lugar, por angosto que sea, a la criatura amada en cuanto tal. Hemos de vaciarnos de nosotros mismos, desasirnos de las criaturas, suspirar por el advenimiento perfecto del reino de Jesucristo a nosotros mediante la sumisión de todo nuestro ser a su Evangelio y a la acción del Espíritu Santo.

Es ésta una de las mejores disposiciones. ¿Qué es lo que impide a Cristo el identificarnos completamente con El cuando viene a nosotros? ¿Son tal vez nuestras flaquezas de cuerpo y de espíritu, las miserias inherentes a nuestra condición de desterrados, las servidumbres a que está sujeta nuestra naturaleza humana? Ciertamente no; esas imperfecciones, aun las mismas faltas en que caemos, que lamentamos y procuramos corregir, no detienen a Cristo; al contrario, viene a nosotros para ayudarnos a corregir esas faltas y a llevar con paciencia esas flaquezas; es pontífice compasivo que «conoce de qué barro estamos formados» (Sal 102,14), y que «ha cargado con todas nuestras dolencias» (Is 53,4).

Lo que pone trabas a la perfecta unión son los hábitos malos, conocidos y de los que no queremos despegarnos, y a los que, por falta de generosidad, no nos atrevemos a combatir; es el apego voluntario a nosotros mismos o a las criaturas. Mientras no trabajemos eficazmente por desarraigar esos malos hábitos y por romper esas ligaduras a fuerza de una constante vigilancia sobre nosotros mismos y de la mortificación, Cristo no podrá hacernos participantes de la plenitud de su gracia.

Esto es sobre todo verdad tratándose de faltas deliberadas o habituales contra la caridad para con el prójimo. Ya desarrollaré este punto cuando exponga los motivos que tenemos para amarnos mutuamente, pero no estará de más decir aquí algunas palabras. Cristo es uno con su cuerpo místico por la gracia todos los cristianos son sus miembros. Cuando comulgamos, debemos hacerlo con Cristo total, entero, es decir. unirnos por la caridad con Cristo en su ser físico, y también con los miembros de Cristo. No podemos separarlos. «Quiso Nuestro Señor, dice el Concilio Tridentino, dejarnos este Sacramento como símbolo de la íntima unión de ese cuerpo místico, cuya cabeza es El» (Sess. XIII, cap.2). «No hay más que un solo pan, dice San Pablo hablando de la Eucaristía; así también, aunque seamos muchos, formamos sólo un cuerpo todos los que participamos de un mismo pan» (1Cor 10,17). Escuchad lo que el mismo Cristo dice: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tus dones». (Mt 5, 23-24). De aquí que la menor frialdad voluntaria, el más leve resentimiento para con el prójimo, albergado en el corazón, constituye un grande estorbo para la perfección de esa unión que Nuestro Señor quiere entablar con nosotros en la Eucaristía.

Así, pues, si en nuestro corazón descubrimos algún apego voluntario y desordenado a nuestro propio juicio o a nuestro amor propio, o sobre todo si anidan en él hábitos contrarios a la caridad, estemos ciertos que mientras nos avengamos a vivir en ese estado, será limitada la percepción de los frutos del Sacramento.— En cambio, si un alma toma la resolución de corregirse de los malos hábitos que halla en sí; si seriamente se esfuerza por destruirlos; si se acerca a Cristo; en la Comunión para hallar en El la fuerza que necesita para servirle de veras, tenga por cierto que el Señor la mirará con misericordia, bendecirá sus esfuerzos y la recompensará generosamente.

Verdad es, repitámoslo, que nuestras disposiciones no causan la gracia del Sacramento, no hacen sino dejar que la gracia fluya libremente, apartando todos los impedimentos; pero debemos, no obstante, abrir y dilatar nuestros corazones cuanto podamos a la efusión de los dones divinos. Disposición excelente es, por tanto, procurar con diligencia no rehusar nada a Cristo: un alma que habitualmente se halla dispuesta a desechar de sí todo aquello que en algo puede herir la vista del Divino huésped, y a cumplir siempre su voluntad adorable, está admirablemente dispuesta para recibir la acción del Sacramento.

La razón es obvia. La Eucaristía es Sacramento de unión, como lo indica el mismo vocablo *Comunión*. Cristo viene a nosotros para unirnos a El. Unir es hacer de dos cosas una sola. Y nosotros nos unimos a Cristo tal como El es. Pues bien, toda Comunión supone el sacrificio del altar, y, por consiguiente, el de la Cruz. En la ofrenda de la Misa, Cristo nos asocia a su cualidad de pontífice; en la Comunión nos hace partícipes de su

condición de víctima. El santo sacrificio supone, según dejo explicado, la oblación interior y plena que Jesús hizo de sí mismo a la voluntad de su Padre al entrar en el mundo, oblación que renovó a menudo durante su vida y a la que dio remate con su muerte cruenta en el Calvario.— Todo esto, en frase de San Pablo, nos lo recuerda la sagrada Comunión. «*Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis, o representaréis la muerte del Señor*» (1Cor 11,26). Cristo se da a nosotros, pero sólo después de haber muerto por nosotros; se entrega como manjar, pero después de haberse ofrecido como víctima. Y en la Eucaristía —sacrificio y sacramento—, los caracteres de víctima y alimento son inseparables. Por eso es tan importante esta disposición habitual de oblación total de sí mismo. Cristo se nos da en la medida con que nosotros nos damos a El a su Padre, a nuestros prójimos, que son los miembros de su cuerpo místico esta disposición fundamental nos hace semejantes a Cristo, pero a Cristo víctima, es el lazo de unión entre El y nosotros.

Cuando el Señor halla un alma así dispuesta, entregada del todo y sin reserva a su divino querer, se manifiesta en ella con aquella virtud divina que por no encontrar obstáculo ninguno, obra maravillas de santidad. La carencia de esa *disposición* requerida para que la unión sea más íntima es la razón de que muchas almas adelanten tan poco en la perfección, aunque comulguen a menudo. Cristo no encuentra la docilidad sobrenatural que reclama para obrar libremente en ellas; sus afectos están *divididos* y repartidos entre Dios y las criaturas, por el apego voluntario que conservan a su vanidad, a su amor propio, a su susceptibilidad, a su egoísmo, a sus celos, a su sensualidad, cosas todas que impiden que la *unión* entre ellas y Cristo se realice con esa intensidad, esa plenitud mediante la cual se realiza de un modo total y perfecto la transformación del alma.

Pidamos al Señor que El mismo nos ayude a adquirir poco a poco esa disposición fundamental; es sobremanera deseable porque prepara maravillosamente nuestra alma para la acción del Sacramento de amor y unión divina.

A esta disposición de unión, que sirve admirablemente de preparación habitual, podemos añadir otra, remota igualmente, pero más bien actual, que consiste en *orientar* cada día, por un acto explícito, *todas nuestras acciones hacia la comunión*, de modo que nuestra unión con Cristo en la Eucaristía sea verdaderamente el sol y centro de nuestra vida. Cuando San Francisco de Sales se ordenó sacerdote, tomó la resolución de convertir todos los momentos del día en preparación al sacrificio eucarístico que había de celebrar al día siguiente, de manera que pudiese responder con verdad, si le preguntaban en qué se ocupaba: «Me preparo a celebrar la Misa» (Hamon, *Vida de San Francisco de Sales*, t.I, lib.II, cp.1). Es práctica recomendable y excelente.

Pero si es cierto «que nada podemos hacer sin Cristo Jesús», nunca es más verdad esto que cuando tratamos de llevar a cabo la acción más santa de cada día. Unirse sacramentalmente a Cristo en la Eucaristía es para

la criatura el acto más sublime que puede realizar, en su comparación nada es toda la sabiduría humana, por eminente y grande que ella sea. Sin la ayuda de Cristo, somos incapaces de disponernos convenientemente para unirnos a El. Nuestras plegarias demuestran el respeto que Jesús nos inspira; pero ha de ser El mismo quien se ha de preparar una morada en nosotros, como lo afirma el Salmista: «El Altísimo ha de santificar su tabernáculo» (Sal 45,5).— Sean estas nuestras peticiones cuando por las tardes vayamos a visitar al Señor Sacramentado: «Señor mío Jesucristo, Verbo humanado, quiero prepararte una morada en mí, pero me reconozco incapaz de hacerlo: Tú, que eres sabiduría eterna, por tus méritos infinitos, prepara mi alma para ser templo tuyo, haz que sólo a Ti me adhiera; te ofrezco los actos y penas de este día, para que los tornes gratos a tus divinos ojos, de forma que mañana no me presente yo ante tu acatamiento falto y vacío de méritos». Esta oración es excelente, pues mediante ella enderezamos todas las obras del día a la unión con Cristo; el amor, principio de unión, inspira todos nuestros actos. Lejos de murmurar, si algo nos acaece penoso o desagradable, por un movimiento de dilección ofrezcámoselo a Cristo, y el alma se hallará de ese modo, casi sin advertirlo, preparada para cuando llegue el instante de recibirle.

6. Disposiciones próximas: fe, confianza ya amor; cómo premia el Señor tales disposiciones: la Comunión constituye la más alta participación de la divina filiación de Jesucristo. Diversidad de «fórmulas» y disposiciones interiores en la preparación inmediata

Después de esto, sólo resta hacer, cuando llegue el momento de la comunión, la *preparación inmediata* que requiere la dignidad infinita de Aquel a quien recibimos. Y aunque esa preparación reciba su valor y su virtud de esa disposición fundamental de que nos hemos ocupado, no estará de más decir breves palabras acerca de ella.

Una de las disposiciones inmediatas de mayor importancia es *la fe*.— La Eucaristía es por esencia un «misterio de fe» [*Mysterium fidei*]. Palabras contenidas en la fórmula de consagración de la preciosa Sangre]. Pero, ¿acaso no son misterios de fe todos los misterios de Cristo? —Cierto que sí, pero en ninguno es la fe tan útil y fecunda como en éste. ¿Por qué? —Porque en él ni la razón ni los sentidos advierten cosa alguna de Cristo.— Id al pesebre: Cristo es un niño pequeñuelo, pero los angeles cantan su venida para manifestar que es Dios y el Salvador de los hombres. Durante su vida pública, sus milagros y la sublimidad de su doctrina dan testimonio de que es Hijo de Dios; en el Tabor, su humanidad se transfigura en su divinidad; hasta en la Cruz no se vela del todo su divinidad; la Naturaleza proclama, al conmoverse, que el crucificado es el creador del mundo (Lc 23,44 y 45). En cambio, en el altar no aparecen ni la humanidad ni la divinidad [*Latet simul et humanitas*. Himno *Adoro te*]. Para los sentidos, vista, gusto, tacto, no hay sino pan y vino. Para rebasar esas apariencias y penetrar por entre esos velos hasta las

realidades divinas, menester son los ojos de la fe: es lo primero que se requiere.

Con claridad meridiana se echa esto de ver cuando se lee el capítulo de San Juan en que se narra cómo Jesús anunció a los judíos el misterio de la Eucaristía (Jn 6, 30-70). La víspera acaba el Señor de mostrar su bondad y su poder dando de comer a unos cinco mil hombres con sólo cinco panes y algunos pececillos. Al ser testigos de este milagro estupendo, los judíos exclamaron: «Este es el profeta que ha de venir». Y pasando del pasmo a la acción, quisieron arrebatarle para crearle rey.— Mas he aquí que Jesús les revela un misterio harto más estupendo que el prodigio que acaban de presenciar: «Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo». Y esas palabras bastan para que al punto se alcen murmullos entre los judíos. «¿No es acaso el hijo de José? Conocemos a su padre y a su madre; pues ¿cómo dice él: He bajado del cielo?» —Y Jesús les responde: «No andéis murmurando entre vosotros. Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, a fin de que, quien comiere de él, no muera. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne entregada por la vida del mundo». Comenzaron entonces los judíos, cada vez más incrédulos, a altercar unos con otros, diciendo: «¿cómo puede éste darnos a comer su carne?» —Cristo, empero, no retira o desdice ninguna de sus afirmaciones, antes al contrario, las confirma de un modo más explícito, diciendo: «En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida». —La incredulidad cunde entonces hasta entre sus mismos discípulos. Algunos de entre ellos lo oyen y protestan. «Dura es esta doctrina, y, ¿quién puede escucharla?». Y desde ese momento, añade San Juan, muchos de sus discípulos, escandalizados, perdieron la fe en Jesús; le abandonaron y ya no andaban con El...— Cuando se hubieron ido, Jesús, vuelto a los doce Apóstoles, les dijo: «Y vosotros, ¿queréis también retiraros?» Respondióle Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Creamos también nosotros con Pedro y los Apóstoles que permanecieron fieles. Que supla la fe a nuestros sentidos [*Præstet fides supplementum sensuum defectui*. Himno *Pange lingua*]. Cristo lo ha dicho: Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre; tomad, comed, y tendréis vida». —Tú lo has dicho, Señor; esto basta, yo creo. Ese pan que nos das, eres Tú mismo, Cristo, Hijo amado del Padre; Tú mismo, que te encarnaste y entregaste por mí, que naciste en Belén, que viviste en Nazaret, que sanaste a los enfermos, que diste vista a los ciegos, que perdonaste a la Magdalena y al Buen Ladrón, que en la última Cena dejaste a San Juan reclinar su cabeza sobre tu corazón; Tú, que eres camino, verdad y vida, que diste tu vida por mi amor, que subiste a los cielos, y ahora, a la diestra del Padre, reinas con El e intercedes sin cesar por nosotros. ¡Oh Jesús, Verdad

eterna! Tú afirmas que estás presente en el altar, real y sustancialmente, con tu humanidad y con todos los tesoros de tu divinidad; yo lo creo, y porque lo creo, me postro en tu presencia para adorarte. Recibe, como mi Dios y mi todo, este tributo de mi adoración.— Este acto de fe es el más sublime que podemos hacer, y el homenaje más completo de nuestra inteligencia que podamos tributar a Cristo.

Es igualmente un acto de *confianza*, pues Cristo, al que contemplamos con los ojos de la fe, viene a nosotros como cabeza nuestra y como el primogénito de entre nuestros hermanos. Avivemos, pues, nuestros deseos. «¡Oh Señor Jesús!, debemos decirle con el sacerdote, al tiempo de la comunión, no mires mis pecados, que detesto, sino a la fe de tu Iglesia, que me dice que estás realmente presente bajo los velos de la hostia, para venir a mí. Tienes, Señor, poder para atraerme enteramente a Ti, para transformarme en Ti. Me entrego por completo a Ti para que te hagas dueño de todo mi ser, de toda mi actividad, para que yo no viva sino de Ti, por Ti y para Ti». Si pedimos esa gracia, no dudemos que Cristo nos la otorgará; por eso hemos de llegar hasta importunarle, sin poner límites a nuestros santos deseos. Si nos diéramos cuenta de las riquezas que este sacramento encierra —son infinitas, puesto que contiene al mismo Cristo [*continet in se Christum passum*. Santo Tomás, *In Ioan. Evg.* c.VI, lect. 6. Y también: *effectus quem passio Christi fecit in mundo, hoc sacramentum facit in homine*. III, q.79, a.1]—, si pudiésemos comprender los frutos que en nosotros es capaz de producir la venida de Cristo, arderíamos en deseos de verlos convertidos en realidad. Todos los frutos de la Redención están en él contenidos «para nuestro provecho», «para que sintamos constantemente en nosotros los frutos de tu Redención» [*ut redemptionis tuæ fructum un nobis iugiter sentiamus*. Oración de la fiesta del Santísimo Sacramento].

Desea ardientemente el Señor comunicárnoslos; pero exige que dilatemos nuestros corazones por medio del deseo y de la confianza. «Dios sabe ciertamente lo que necesitamos, dice San Agustín [Epist. CXXX, c. 8. Lo dice de la vida eterna, pero puede muy bien aplicarse a la Eucaristía, que es prenda de esa vida: *Et futuræ gloriæ nobis pignus datur*]; pero quiere que nuestro deseo se inflame en la oración para hacernos más capaces de recibir lo que El nos prepara. Y tanto más capaces seremos de recibir el pan de vida cuanto nuestra fe en esta vida sea más grande nuestra esperanza más firme, nuestro deseo más ardiente». «Abre tu boca y Yo la llenaré», nos dice Cristo, como antaño al Salmista (Sal 80,11), «Abrete por la fe, por la confianza, por el amor, por santos deseos, por el abandono en Mí, y Yo te llenaré». —¿De qué, Señor? —De Mí mismo. Yo me daré a ti, todo entero, con mi humanidad y mi divinidad, con el fruto de mis misterios con el mérito de mis trabajos, con la satisfacción de mis dolores, con el valor de mi Pasión. Bajaré a ti, como cuando vine a la tierra, para «destruir y arruinar la obra de Satanás» (1Jn 3,8), para tributar a mi Padre juntamente contigo, homenajes divinos, te haré partícipe de los tesoros de mi divinidad, de la vida eterna que yo recibo del Padre y que mi Padre quiere que te comunique para que en todo te asemejes a mí; te colmaré

de mi gracia para ser yo mismo tu sabiduría, tu santificación, tu camino, tu verdad y tu vida. Serás como otro *yo mismo*, en quien, como en mí y a causa de mí, pondra el Padre todas sus complacencias... «Dilata tu alma y yo la llenaré».

¿No bastarán estas palabras para entregarnos de todas veras a Cristo, a fin de que su gracia nos invada y realice en nosotros todos sus divinos anhelos? Observad cómo Cristo nos devuelve lo que le damos, cómo acrecienta en nosotros esa fe, esa confianza, ese amor con que nos disponemos a recibirle.— Es el Verbo, la palabra eterna, que susurra en lo íntimo de nuestro corazón los secretos divinos y nos inunda con su luz esplendorosa, pues el Verbo ilumina a todo hombre que viene a este mundo.— Es también el que bajó a la tierra para nuestra salud, y el que en esa unión eucarística nos va a aplicar los méritos infinitos de su muerte. ¡Qué paz y qué inquebrantable seguridad comunica Jesús al alma que le recibe! No contento con aplicarle sus méritos satisfactorios, le da prenda segura de la futura gloria [*Et futuræ gloriæ nobis pignus datur*. Antífona de Vísperas de la festividad del Corpus]. Por fin, Cristo aviva el amor; el amor vive de unión. Verdaderamente, es éste el sacramento de vida y de acrecentamiento espiritual. Cada comunión bien hecha, nos acerca más y más a nuestro modelo; y en especial, nos hace penetrar y ahondar más en el conocimiento, en el amor y en la práctica del misterio de nuestra predestinación y de nuestra adopción en Cristo Jesús, nuestro hermano mayor, perfeccionando en nosotros la gracia de la filiación divina.

Tan importante es esto, que insistiré sobre ello. Toda nuestra santidad se reduce a participar, por medio de la gracia, de la filiación divina de Jesucristo, a ser, por la adopción sobrenatural, lo que Cristo es por naturaleza. Cuanto mayor sea esa participación, tanto más elevada será nuestra santidad.— ¿Qué es lo que nos hace coherederos de Cristo e hijos de Dios? Nos lo dice San Juan: «Es la fe, mediante la cual recibimos a Cristo, origen de toda gracia». «A todos los que le recibieron les dio facultad para convertirse en hijos de Dios; a todos los que creen en su nombre» (Jn 1,12). Por tanto, cuanto más arraigada y profunda sea la fe con que a Cristo recibimos, mayor donación nos hará de lo que en El hay de más sublime: su cualidad de Hijo de Dios; tanto mayor será el grado de nuestra participación en su filiación divina.

Pues bien; no hay acto en que nuestra fe pueda ejercitarse con mayor intensidad que el de la Comunión, no hay homenaje de fe más sublime que el de creer en Jesucristo, oculto en cuanto Dios y en cuanto Hombre tras los velos de la sagrada hostia.— Cuando los judíos veían a Cristo realizar los más estupendos milagros, como la multiplicación de los panes en el desierto, se sentían inclinados por la realidad extraordinaria de esos hechos, a reconocer la divinidad de Jesús, era ése un acto de fe, es cierto pero no difícil de hacer.— En cambio, cuando el Señor decía a los judíos: «Yo soy el pan de vida, que ha bajado del cielo», era ya cosa más ardua el asentir a sus palabras, tanto, que muchos de sus oyentes no fueron capaces de este acto, y abandonaron a Cristo para siempre.— Mas cuando Cristo, mostrándonos un poco de pan, y un poco de vino, nos afirma: «Este

es mi cuerpo», «ésta es mi sangre», y nuestra inteligencia, descartando lo que ante los sentidos aparece, presta asentimiento a estas palabras, y nuestra voluntad nos lleva a la sagrada mesa con respeto y amor, para mostrar con obras ese asentimiento nuestro, hacemos el acto de fe más excelso y más absoluto que un hombre puede rendir.

Recibir a Cristo sacramentado es, pues, hacer el acto de fe más elevado, y por tanto, participar en sumo grado de su filiación divina. Y he ahí por qué toda comunión bien hecha es para el cristiano tan vital y tan fecunda; no ya sólo porque en ella recibimos al mismo Cristo, sino también porque de ningún, modo puede manifestarse nuestra fe más viva y más intensa; porque el acto de fe que ejecutamos no es sólo de la inteligencia, sino que todo nuestro ser concurre a él cuando nos acercamos al altar.

Así, pues, la comunión eucarística es *el acto más perfecto de nuestra adopción divina*.— No hay instante en que con mayor razón podamos decir a nuestro Padre celestial: «Oh Padre celestial, yo vivo en tu Hijo Jesús, y tu Hijo vive en mí. Tu Hijo, que procede de Ti, recibe con toda plenitud comunicación de tu vida divina; yo he recibido con fe a tu Hijo, la fe me dice que en este momento yo estoy con El; y, puesto que participo de su vida, mírame, Señor, en El, por El y con El, como a hijo de tus complacencias». ¡Qué gracias, qué luz, qué fuerza infunde a los hijos de Dios semejante plegaria! ¡Qué sobreabundancia de vida divina, qué unión tan estrecha, qué adopción tan profunda no nos comunica este acto de fe! Llegamos al último grado, a la cumbre más alta de la adopción divina, que nos es dado alcanzar en este mundo.

En lo concerniente a las «fórmulas» que nos ayudan a la preparación próxima de esa unión con Jesús, no se pueden fijar ni concretar de una forma exclusiva. Tanto las necesidades de las almas como su modo de ser, son variadísimas.

Unas se esfuerzan por seguir las oraciones y ceremonias del celebrante, y se acercan a la sagrada mesa durante la Misa, en el momento de la comunión, ésta es, cuando se puede hacer, la mejor manera de disponerse *inmediatamente* a recibir a Cristo. ¿Por qué las plegarias que la Santa Madre Iglesia pone en boca del sacerdote para prepararse a recibir a Cristo no habrían de ser buenas para los simples fieles? Preparándose de ese modo, uno se une más directamente al sacrificio de Cristo y a las intenciones de su sacratísimo Corazón. Además el misal contiene, como en el *Gloria in excelsis*, encendidas expresiones de fe, confianza y amor. «Te alabamos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Cordero de Dios... que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros... Atiende nuestras súplicas; tú que estás sentado a la derecha del Padre ten piedad de nosotros...» ¡Qué acto de fe! Ese pedazo de pan que voy a recibir contiene a Aquel que «en los cielos está sentado a la diestra del Padre, el solo Señor el solo Santo, el solo Altísimo, Jesucristo, que con el Espíritu Santo está en la gloria de Dios Padre». Otros repasan o leen, intercalando fervientes efusiones de fe, de esperanza y de caridad, el capítulo VI del Evangelio de San Juan, en el cual el Apóstol refiere las promesas de la Eucaristía. También se puede fomentar la devoción con el libro IV de la

Imitación de Cristo, especialmente consagrado al Sacramento del Altar; o bien valerse de fórmulas que se hallan en devocionarios debidamente aprobados.

En esto cada cual puede seguir lo que más se acomode con sus preferencias, siempre, claro está, que la inteligencia y el corazón se asocien a las palabras que pronuncian los labios. Si el alma aumenta su capacidad de unión, mediante una fe viva, una reverencia profunda, una confianza absoluta, un deseo y un amor ardientes, y sobre todo un generoso abandono al divino querer, en este caso todo está bien dispuesto; no hay más que acercarse a recibir el don divino...

7. Acción de gracias después de la Comunión: «Mea omnia tua sunt et tua mea»

La misma amplia libertad dejaría yo para *la acción de gracias*.— Unos, silenciosamente recogidos, adoran al Verbo en su pecho. La humanidad que recibimos es la humanidad del Verbo Eterno— por su mediación entramos en comunión con el Verbo, que desde el seno del Padre *in sinu Patris*, ha bajado a nosotros. Por esencia, el Verbo está todo entero en su Padre; todo lo recibe de El, sin que por eso sea inferior al Padre. Pero todo lo endereza a su Padre: su esencia es vivir por el Padre. Cuando así estamos unidos a El y del todo nos entregamos a El, por la fe que en El tenemos, El nos lleva hasta el Santo de los Santos. Allí nos es dado unirnos a esos actos de adoración intensa que la humanidad de Cristo tributa a la Trinidad beatísima. Tan unidos estamos a Cristo en ese instante, que podemos hacer nuestros los actos de su santa humanidad y tributar al Padre, en unión del Espíritu Santo, los homenajes que más pueden agradarle. Cristo mismo es entonces nuestra acción de gracias, nuestra *Eucaristía*; El es, nunca lo olvidéis, quien suple todas nuestras flaquezas, todas nuestras enfermedades, todas nuestras miserias. ¡Qué ilimitada confianza despierta en nosotros esa presencia de Cristo en el alma!

También pueden nuestros labios entonar el cántico de la creación que recibe el ser del Verbo, para que todos los seres que han sido hechos por el Verbo —«todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho» (Jn 1,3)—, ensalcen en El y por El la gloria de Dios. Esto hace el sacerdote al volver del altar. La Iglesia, esposa de Cristo, que conoce mejor que nadie los secretos de su divino Esposo, ordena al sacerdote que cante, allá en el santuario de su alma, donde el Verbo reside, el cántico interior de la acción de gracias. El alma convoca todas las criaturas a los pies de su Dios y Señor, para que reciba el homenaje de todos los seres que existen o se mueven (Dan 3,57): «Criaturas todas que salisteis de las manos del Señor, bendecidle, alabadle y ensalzadle para siempre jamás... Angeles del Señor, bendecid a Dios; bendecidle, cielos... sol y luna; estrellas del cielo, bendecid al Señor. Lluvias, vientos y tempestades, llamas y fuego, frío y calor, rocío y escarcha, hielos y nieves, alabad al Señor. Noches y días, tinieblas y luz, nubes y relámpagos, alabad al Señor...» El celebrante convida luego a la

tierra, a montes y collados, plantas, mares y ríos; a los peces, aves y fieras; a los hombres, a los sacerdotes, a los humildes de corazón y a los santos, a que glorifiquen a la Trinidad, a quien todo honor le es tributado por medio de la humanidad santa de Jesús. ¡Qué admirable cántico el de la creación cantado de este modo por el sacerdote en el momento en que está unido al Pontífice Eterno, al mediador único al Verbo divino, por quien todo fue creado!

Otros, sentados como Magdalena a los pies de Jesús, se entretienen familiarmente con El, escuchando sus palabras en el fondo del alma y dispuestos a darle todo cuanto les pida; pues en esos momentos en que mora en nosotros la luz divina, suele Jesús, no pocas veces, mostrar al alma lo que de ella quiere y reclama. «Este, pues, es buen tiempo, dice Santa Teresa, para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oigamos y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros» (*Camino de Perfección*, cap.34).

También puede leerse reposadamente, como si escuchásemos a Cristo, el magnífico discurso después de la Cena, cuando Jesucristo hubo instituido este Sacramento: «Creed que yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí...; el que guarda mis mandamientos, ése me ama, y quien me ama, será amado de mi Padre, y Yo también le amaré y me manifestaré a él... Como mi Padre me amó, así también Yo os he amado; permaneced en mi amor... Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido... Os he llamado mis amigos, porque todo cuanto he escuchado de mi Padre os lo he manifestado... El mismo Padre os ama porque vosotros me habéis amado y habéis creído que Yo he salido del Padre... Estas cosas os he dicho para que en Mí tengáis paz; el mundo os perseguirá, pero confiad en Mí; Yo he vencido al mundo» (Jn 14 y 15).

También podemos conversar mentalmente con Nuestro Señor, como si estuviéramos al pie de la cruz, o bien orar vocalmente rezando los salmos referentes a la Eucaristía. «El Señor me gobierna, nada me faltará; El me hace descansar entre sabrosos pastos; me ha conducido junto a las aguas refrescantes y hace revivir mi alma. Aunque anduviese envuelto por las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, pues tú, Señor, estás conmigo» (Sal 23, 1-4).

Todas esas disposiciones del alma son excelentes; la inspiración del Espíritu Santo es infinitamente variada. Todo estriba en que reconozcamos la magnitud del don divino, que San Pablo llama «inefable» (2Cor 9,15) y vayamos a sacar de los tesoros de ese don infinito cuanto necesitamos nosotros, nuestros hermanos y la Iglesia entera; pues «el Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en sus manos» (Jn 3,35) para que nos lo comunique. Cristo, pues, al darse, nos da todas las cosas con El; igualmente nosotros debemos entregarnos a El enteramente, repitiéndole, desde lo íntimo del corazón, aquellas sus palabras: «Quiero obrar siempre lo que es grato a sus ojos» (*ib.* 8,29); o también aquellas palabras de Jesús a su Padre en la última Cena, palabras que son la expresión acabada de la unión perfecta: «Todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías» (*ib.* 17,10).

Ese es, lo repito, el fruto propio de la Eucaristía: la identificación del hombre con Cristo, por la fe y el amor. Si recibís bien el cuerpo de Cristo, dice admirablemente San Agustín, sois eso mismo que recibís. [La virtud peculiar de este alimento es producir la unidad, unirnos tan estrechamente al cuerpo de Cristo que, hecho miembros suyos, seamos nosotros mismos aquello que recibimos. *Virtus ipsa quæ ibi intelligitur unitas est, ut redacti in corpus eius, effecti membra eius, simus quod accipimus.* Sermo LVII, c. 7].

Cierto que el acto mismo de la comunión es transitorio y pasajero; mas el efecto que produce, la unión con Cristo, vida del alma, es de suyo permanente, y se prolonga todo el tiempo y en la medida que nosotros queremos. La Eucaristía no es el sacramento de la vida sino porque es el sacramento de la unión; preciso es que «*permanezcamos* en Cristo y que Cristo *permanezca* en nosotros». No dejemos que en el transcurso del día se amengue el fruto de la unión y de la recepción eucarística, por causa de nuestra veleidad, de nuestra disipación, de nuestra curiosidad, de nuestra vanidad, de nuestro amor propio. Es un pan vivo, pan de vida, pan que hace vivir, el que hemos recibido. Acabamos de realizar el acto vital sobrenatural por excelencia. Por lo tanto, debemos ejecutar obras de vida, obras de hijos de Dios, después de habernos alimentado con este pan divino para transformarnos en El, pues el que afirma que permanece en Cristo, ha de vivir como Cristo mismo vivió (1Jn 2,6). [Eso mismo nos manda pedir la Iglesia en la misa del segundo domingo después de Pentecostés: «Haz, Señor, que esta oblación de tu divino Hijo... nos vaya llevando de día en día a la práctica de una vida del todo celestial»].

Y no digamos, para excusar nuestra pereza y ocultar la falta de generosidad, que somos flacos y débiles. Ciertamente es y más de lo que pensamos, pero al lado de ese abismo (pues lo es) de nuestra flaqueza, que no excluye la buena voluntad, y que Cristo conoce mejor que nosotros, hay otro abismo: el de los méritos y tesoros infinitos de Cristo; y mediante la comunión, nuestros son esos méritos y esos tesoros, pues Cristo está en nosotros.

Vox sponsæ

La alabanza divina es parte esencial de la misión santificadora que Cristo confía a la Iglesia

El santo sacrificio del cual el alma participa mediante la comunión sacramental constituye, como hemos visto, el centro de nuestra sacrosanta religión; en un mismo acto está comprendido el memorial, la renovación y la aplicación del sacrificio del Calvario.

Empero, la Misa no supe por sí sola todos los actos de religión que nos incumbe cumplir; y aunque sea el más perfecto homenaje que a Dios podemos tributar y contenga en sí la sustancia y virtud de todos los homenajes no es, con todo, el único. ¿Qué más debemos a Dios? —El tributo de la oración, ora pública, ora individual. En la plática siguiente os hablaré de la oración en privado, de la meditación. Veamos en ésta en qué consiste el homenaje de la oración o culto público.

Quien lea las epístolas de San Pablo verá cómo repetidamente nos exhorta: «Que vuestros corazones, a impulsos de la gracia, escriba a los Colosenses, se derramen delante de Dios, con salmos, himnos y cánticos espirituales» (Col 3,16). Y también: «Hablando entre vosotros y entreteniéndoos con salmos, y con himnos, y con canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo a Dios Padre, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5, 19-20). El mismo Apóstol, en su prisión, juntamente con Silas, «rompía el silencio de la noche tributando a Dios alabanzas y dándole gracias con alegre corazón por cuanto padecían» (Hch 16,25).

Esta alabanza divina se halla estrechamente vinculada con el santo sacrificio y Cristo mismo quiso inculcarla con su ejemplo. Refieren, en

efecto, los Evangelistas que Cristo no salió del Cenáculo luego de instituida la Eucaristía, sino después de haber cantado el himno de alabanza (Mt 26,30; Mc 14,26). La oración pública gira en torno del sacrificio del altar; en él se apoya y de él saca su más subido valor a los ojos de Dios; porque la ofrenda la Iglesia, en nombre de su Esposo, Pontífice eterno, que ha merecido, por su sacrificio sin cesar renovado, que toda gloria y honor vuelva al Padre, en la unidad del Espíritu Santo: «Por Cristo, con El y en El, a ti, Dios, Padre omnipotente, todo honor y toda gloria» (Canon de la Misa).

Veamos, pues, en qué consiste este homenaje de la oración oficial de la Iglesia y cómo, siendo una obra muy agradable a Dios, llega a convertirse también para nosotros en una fuente pura y abundante de unión con Cristo y de vida eterna.

1. El Verbo Eterno, cántico divino; la Encarnación asocia el género humano a este cántico

Jesucristo, antes de subir al cielo, legó a la Iglesia su mayor riqueza: la misión de continuar su obra en la tierra. Esta obra, como sabéis, tiene dos dimensiones: una de alabanza con relación al Padre Eterno, otra soteriológica, redentora con respecto a los hombres. Es verdad que, por nuestro bien, el Verbo se hizo carne [*Propter nos et propter nostram salutem descendit de caelis*. Símbolo de Nicea], pero la obra misma de la Redención no la llevó a cabo Cristo sino porque ama a su Padre: «Obro así para que conozca el mundo que yo amo al Padre» (Jn 14,31).

La Iglesia hereda de Cristo esta misión. Por una parte, recibe, para santificar a los hombres, los sacramentos y el privilegio de la infalibilidad; por otra, participa, para continuar el homenaje de alabanzas que la humanidad de Cristo ofrecía al Padre, del afecto religioso que hacia el mismo Padre tuvo en vida el Verbo encarnado.

Y en esto, como en todas las demás cosas, es Jesucristo nuestro modelo. Contemplemos un instante al Verbo encarnado. Cristo es, en primer lugar, el Hijo único del Padre, el Verbo eterno. En la adorable Trinidad, es la Palabra por la cual el Padre se dice, eternamente lo que es: es la viva expresión de todas las perfecciones del Padre, su «forma subsistente», dice San Pablo, y el «splendor de su gloria» (Heb 1,3). El Padre contempla a su Verbo, su Hijo, ve en El la imagen perfecta, sustancial, viva, de sí mismo; tal es la gloria esencial que el Padre recibe. Si Dios no hubiera creado nada y hubiese dejado todas las cosas en estado de mera potencia, habría tenido, con todo, su gloria esencial e infinita. Palabra eterna, el Verbo, con sólo ser lo que es, equivale a un cántico divino, cántico vivo que canta la alabanza del Padre, manifestando la plenitud de sus perfecciones. Es el himno infinito que se oye sin cesar: *In sinu Patris*.

Al tomar la naturaleza humana, el Verbo permanece lo que era; no cesa de ser el Hijo único, imagen acabada de las perfecciones del Padre, ni deja

tampoco de ser por sí mismo la glorificación viva del Padre. El cántico infinito que se canta durante toda la eternidad entonóse por vez primera en la tierra cuando el Verbo se encarnó. En la Encarnación, el género humano se ve como arrastrado por el Verbo a esta obra de glorificación. El cántico que se oye en el santuario de la divinidad, lo prolonga el Verbo encarnado en su humanidad. En los labios de Jesucristo, verdadero hombre al propio tiempo que verdadero Dios, este cántico adquiere una expresión humana y humanos acentos, y también un carácter de adoración que el Verbo, igual a su Padre, no podía tributarle como Verbo. Ahora bien, si la expresión de este cántico es humana, su perfección es santísima y el mérito divino. Tiene, pues, un valor infinito. ¿Quién de nosotros podrá medir la grandeza de la religión con que Cristo honraba a su Padre? ¿Quién podrá contar algo siquiera del himno de alabanza que Jesús cantaba interiormente en su alma tres veces santa a la gloria de su Padre? El alma de Cristo contemplaba en visión continua las divinas perfecciones, y de tal contemplación nacían una religión y una adoración perfectas, y brotaba una sublime alabanza. Jesucristo, al fin de su vida en la tierra, se dirige al Padre; protesta que no ha hecho más que glorificarle; que ésa había sido la obra capital de su vida, y que la había realizado perfectamente: «Padre santo, yo te he glorificado en la tierra, he cumplido la obra que me confiaste» (Jn 17,4).

Mas notad bien que al unirse personalmente con nuestra naturaleza, el Verbo se incorporó, por decirlo así, todo el género humano, asociando en principio y con todo derecho la humanidad entera a esa perfecta alabanza que El rinde a su Padre. Aquí también nosotros hemos recibido algo de la plenitud de Cristo, de suerte que, en Cristo y por Cristo, toda alma cristiana que le está unida por la gracia, debe cantar las divinas alabanzas. Cristo es nuestro Jefe; todos los bautizados son los miembros de su cuerpo místico, y en El y por El, debemos nosotros tributar a Dios toda gloria y todo honor.

Cristo nos ha reservado una parte en esa alabanza que a nosotros compete realizar, del mismo modo que ha querido también que nos asociemos a sus padecimientos abrazando todas las cruces que El quiera enviarnos. ¿Será que nuestra adoración y nuestra alabanza añadan algo al mérito o a la perfección de las de Cristo? —Ciertamente que no; pero Cristo quiso que, por la Encarnación, todo el género humano, al cual representaba, se uniese con todo derecho e indisolublemente a todos sus estados y a todos sus misterios. Jamás lo olvidemos: Cristo forma una sola cosa con nosotros; sus adoraciones y alabanzas, las tributó a su Padre en favor nuestro, pero también en nuestro nombre. Por eso la Iglesia, su cuerpo místico, debe asociarse en la tierra a la obra de religión y de alabanza que Cristo rinde ahora al Padre in *splendoribus sanctorum* (Sal 109,3); la Iglesia debe ofrecer, a ejemplo de su Esposo, «aquella hostia de alabanza», como la llama San Pablo (Heb 13,15), que las perfecciones infinitas del Padre Eterno merecen y reclaman.

2. La Iglesia encargada de organizar, guiada por el Espíritu Santo, el culto público de su Esposo; empleo que en él se hace de los Salmos; cómo esos cánticos inspirados ensalzan las perfecciones divinas, expresan nuestras necesidades, y nos hablan de Cristo

Veamos cómo la Iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, realiza su misión.

Como centro de toda la religión, pone la Iglesia el santo sacrificio de la Misa, verdadero sacrificio que renueva la obra de nuestra redención en el Calvario, y nos aplica sus frutos; hace acompañar esta oblación de ritos sagrados que reglamenta cuidadosamente y que son como el ceremonial de la corte del Rey de los reyes; le rodea de un conjunto de lecturas, cánticos, himnos y salmos que sirven de preparación o de acción de gracias a la inmolación eucarística.

Este conjunto constituye el «Oficio divino»; sabéis que la Iglesia impone la recitación del *Breviario* como una obligación grave, a los que Cristo, por el sacramento del Orden, ha hecho oficialmente partícipes de su sacerdocio eterno. En cuanto a los elementos, a las «fórmulas» de la alabanza, algunos, como los himnos, los compone la Iglesia misma por la pluma de sus Doctores, que son a la vez Santos admirables, como San Ambrosio; pero, sobre todo, los toma de los Libros sagrados e inspirados por el mismo Dios. San Pablo nos dice que ignoramos cómo debemos orar, pero añade: «El Espíritu Santo ruega en nosotros con gemidos inenarrables» (Rm 8,26). Es decir, que sólo Dios sabe cómo se debe orar. Si esto es verdad respecto a la impetración, lo es sobre todo con relación a la oración de alabanza y de acción de gracias. Dios solo sabe cómo debe ser alabado, las más sublimes concepciones acerca de Dios forjadas por nuestra inteligencia, son humanas. Para ensalzar dignamente a Dios, es necesario que Dios mismo nos dicte los términos de su alabanza; y por eso, la Iglesia pone los Salmos en nuestros labios como la mejor alabanza que, después del Santo Sacrificio, podemos presentar a Dios. [*Ut bene laudetur Deus, laudavit seipsum Deus; et ideo quia dignatus est laudare se, invenit homo quemadmodum laudet eum.* San Agustín, *Enarrat. in Ps.* 144].

Leed esas páginas sagradas y veréis cómo los cánticos inspirados por el Espíritu Santo *relatan, publican y ensalzan todas las perfecciones divinas*. El cántico del Verbo eterno en la Santísima Trinidad es sencillo, y, sin embargo, es infinito, pero en nuestros labios creados, incapaces de comprender lo infinito, las alabanzas se multiplican y repiten con admirable riqueza y gran variedad de expresiones, los Salmos cantan sucesivamente la potencia, la magnificencia, la santidad, la justicia, la bondad, la misericordia o la hermosura divinas. [A fin de no recargar estas páginas de notas, no daremos aquí todas las referencias de textos que vamos a citar, y que están sacados del libro de los Salmos]. «El Señor hizo todo cuanto quiso, pronunció una palabra y se hizo todo; por su sola voluntad creó todas las cosas. ¡Oh, Señor, cuan admirable es vuestro nombre sobre la tierra, todo lo hicisteis sabiamente! El Señor está por

encima de todas las cosas, las naciones son delante de El como si no existiesen; su gloria supera todos los cielos. ¿Quién es semejante a El?... Las montañas se funden en su presencia como la cera; los cielos proclaman su justicia, y todos los pueblos contemplan su gloria; sea el Señor glorificado en todas sus obras. Si El la mira, tiembla la tierra. A su tacto humean como el incienso las montañas...» Ved, por ejemplo, en qué términos nos hablan los Salmos de la bondad y misericordia del Señor: «El Señor es fiel en sus palabras, misericordioso y compasivo; es bueno con todos, y su misericordia se extiende a todas las criaturas... El Señor está cerca de todos cuantos le invocan con corazón sincero; satisface los deseos de aquellos que le temen; oye sus plegarias y los salva; el Señor mira a cuantos le aman... todo bendiga y alabe en mí al Señor, porque es eterna su misericordia».

Estos son algunos de los acentos que el Espíritu Santo mismo pone en nuestros labios. Procuremos servirnos de estos inspirados cantos para alabar a Dios, repitiendo con el Salmista: «Quiero cantar al Señor mientras viva, ensalzar a mi Dios hasta el último suspiro». Un alma que ama a Dios experimenta, en efecto, la necesidad de alabarle bendecirle y ensalzar sus perfecciones; se complace en esas perfecciones y quiere celebrarlas como se merecen [+*Tratado del amor de Dios*, San Francisco de Sales, L. V, caps. 7, 8 y 9]; pero angustiada al ver su insuficiencia para realizarlo y a fin de suplirla de algún modo, sirviéndose de los salmos invita a menudo a las criaturas para que se asocien a ella en esta alabanza. Ved algunos ejemplos: «Narren los cielos su poder, y las obras salidas de sus manos manifiesten su grandeza; pueblos, ensalza al Señor; naciones, cantad su gloria, porque es el Señor de los señores. Estos son para el alma otros tantos actos de amor perfecto, de pura complacencia, sumamente agradables a Dios.

Al propio tiempo que celebran las perfecciones divinas, los Salmos *expresan de modo admirable los sentimientos y necesidades de nuestras almas*. El salmo sabe llorar y alegrarse, desear y suplicar [San Agustín, *Enarrat. in Ps. XXX*; Sermo III, n.1]. No hay disposición alguna del alma que no pueda expresar. La Iglesia conoce nuestras necesidades, y por esta razón, cual madre solícita, pone en nuestros labios aspiraciones tan profundas y fervorosas de arrepentimiento, de confianza, de gozo, de amor, de complacencia, dictadas por el mismo Espíritu Santo: «Ten piedad de mí, Señor, según la grandeza de tu misericordia, porque pequé contra Ti. El perdón que otorgas es abundante; por eso espero en Ti... Señor, ven en mi ayuda, apresúrate a socorrerme; se confundan y enmudezcan mis enemigos... Tú eres mi sostén y mi refugio, me proteges a la sombra de tus alas; aun cuando yo caminase en medio de las tinieblas de la muerte, no temeré porque Tú estás conmigo...» «Tú, Señor, estás conmigo». ¡Qué acto de confianza!

Algunas veces también sentimos la necesidad de expresar a Dios la sed que tenemos de El y que sólo a El queremos buscar. En los Salmos encontramos también las expresiones más adecuadas a estos sentimien-

tos. «¡Oh, Señor, eres mi gloria y mi salvación! ¿Qué hay en el cielo fuera de Ti, y qué otra cosa podré yo desear en la tierra sino a Ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi eterna herencia... Te amaré con todo mi corazón, a Ti que eres mi fortaleza y mi sostén... Tú me inundas de gozo con tu presencia, pues todas las delicias celestiales están en Ti. A la manera como el ciervo suspira por el agua viva, así mi alma tiene deseos de Ti, Dios mío; ¿cuándo llegaré y apareceré ante tu presencia?... Porque no quedaré plenamente saciado, hasta que contemple tu gloria»: ¿Dónde hallaremos acentos tan profundos para expresar a Dios los ardientes deseos de nuestras almas?... Finalmente, la última razón que indujo a la Iglesia a escoger los Salmos fue porque ellos, lo mismo que todos los libros inspirados, *nos hablan de Jesucristo*. La Ley, esto es, el Antiguo Testamento, según la hermosa expresión de un autor de los primeros siglos, «llevaba a Cristo en su seno». Ya os lo demostré al hablar de la Eucaristía; todo era símbolo y figura para el pueblo judío, dice San Pablo, la realidad anunciada por los Profetas, figurada por los sacrificios y simbolizada por tantos ritos, era el Verbo hecho carne y su obra redentora. Este espíritu profético mesiánico es, sobre todo, real en los Salmos. Sabéis que David, a quien se atribuye buen número de estos sagrados cánticos, era figura del Mesías, así como Jerusalén, tantas veces aludida en los Salmos, es el tipo de la Iglesia. Nuestro Señor decía a sus Apóstoles: «Es necesario que todo cuanto está escrito acerca de mí... en los Salmos, se cumpla » (Lc 24,44).

Los Salmos contienen numerosas alusiones al Mesías; su divinidad, su humanidad, los múltiples episodios de su vida, los detalles de su muerte, están bien señalados con rasgos inequívocos. «Me dijo el Señor: Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy antes que apareciese la aurora... El reinará por su gracia y su hermosura, por su dulzura y su justicia; vendrán los reyes de Arabia, le adorarán y le ofrecerán dones... Será consagrado entre todos con la unión de la alegría, será sacerdote, según el orden de Melquisedec, por toda la eternidad... Se compadecerá del desdichado y del indigente, y los libertará de la opresión y de la violencia. Oíd la voz del mismo Cristo que nos habla de sus dolores y humillaciones: «Oh, Dios mío, me devora el celo de tu casa y sobre Mí caen los ultrajes de aquellos que te insultan. Traspasaron mis pies y mis manos, me dieron hiel y vinagre, dividieron mis vestidos y echaron a suertes mi túnica...» Poco después, oímos cantar al Salmista el triunfo de Cristo vencedor: «Mas esta piedra que desecharon los que edificaban ha llegado a ser la piedra angular... El cuerpo de Cristo no verá la corrupción... Subirá vencedor a lo más alto de los cielos, con cautivos atados a su carro; príncipes, levantad las puertas de vuestras ciudades, vuestras puertas antiguas, porque El, Rey de la gloria, hace su entrada en los cielos; porque El se sentará a la diestra del Señor para siempre... Sea su nombre bendito por los siglos, viva mientras luzca el sol; todos los pueblos de la tierra sean bendecidos en El, y todas las naciones del orbe ensalcen sus perfecciones».

Ved cómo todos estos pasajes se acomodan de un modo admirable a Jesucristo. Seguramente que durante su vida mortal pronunció El y cantó estos himnos, compuestos por el Espíritu Santo; y por cierto que únicamente El podía cantarlos con toda la verdad que ellos contenían acerca de su divina persona. Y ahora que, una vez consumado todo, Jesucristo subió a la gloria, la Iglesia ha recogido estos cánticos para ofrecer diariamente la alabanza a su Esposo divino y a la Santísima Trinidad: «A ti la Iglesia santa, extendida por toda la tierra, te proclama» [*Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia. Himno Te Deum*]. Porque concluye todos los Salmos con el mismo canto: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»; o según otra fórmula: «Gloria al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, como era al principio, ahora y siempre y en los siglos de los siglos» [+San León, *Sermo I de Nativitate Domini: «Agamus Deo gratias Patri, per Filium eius in Spiritu Sancto»*]. Quiere la Iglesia de este modo atribuir toda la gloria a la Santísima Trinidad, primer principio y último fin de todo cuanto existe, y se asocia por la fe y el amor a la alabanza eterna que el Verbo, causa ejemplar de toda la creación, tributa a su Padre celestial.

3. Gran poder de intercesión de esa alabanza en labios de la Esposa

La Iglesia se apoya especialmente en Cristo.— Todas sus oraciones se terminan con una apelación a los títulos de su Esposo: «Por Jesucristo Nuestro Señor». Y a Jesucristo, sentado actualmente a la diestra del Padre, y que reina con El y con el Espíritu Santo, es a quien la Iglesia alude diciendo: «Que contigo vive y reina». Cristo es El Esposo, y la Iglesia la Esposa, como lo dijo San Pablo. ¿Cuál es, pues, aquí, la dote de la Esposa? Está constituida por sus miserias, sus debilidades; mas también por su corazón, capaz de amar, y por su lengua, capaz de tributar alabanzas. Y el Esposo, ¿qué aporta? Sus satisfacciones, sus méritos, su preciosa sangre, todas sus riquezas. Jesucristo, desposado con la Iglesia, la enriquece con la facultad de adorar y alabar a Dios. La Iglesia se une a Jesús y se apoya en El, y al verla los ángeles se preguntan: «¿Quién es ésta que sube del destierro llena de hechizo y reclinada en su amado?» (Cant 8,5). Es la Iglesia, que del desierto de su originaria pobreza sube hacia Dios, adornada como una virgen con las resplandecientes joyas que le regala su Esposo; y en nombre de Jesucristo, y con El, ofrece la adoración y la alabanza de todos sus hijos al Padre celestial. Esta alabanza es la voz de la Esposa: la voz que embelesa al Esposo; es el cántico entonado por la Iglesia en unión de Cristo, y por esto, cuando tomamos parte en él con fe y con confianza, le resulta muy grato a Jesús: *Vox tua dulcis*. A los ojos divinos sobrepaja en valor a todas nuestras oraciones privadas. Ved a esta Esposa orgullosa de su condición y calidad, segura de los derechos eternos adquiridos a título de soberano por su divino Esposo, penetrar audazmente en el santuario de la divinidad, donde Cristo, su Cabeza y Esposo,

siempre vivo, ora e intercede por nosotros. Media entre los dos una distancia como entre el cielo y la tierra, y, con todo, la Iglesia salva esta distancia con la fe y une su voz a la de Cristo in *sinu Patris*; es una misma y única oración, la oración de Jesús unido a su cuerpo místico y dando con ella un solo y único homenaje a la adorable Trinidad. ¿Cómo semejante oración dejará de agradar a Dios, toda vez que es el mismo Cristo quien la eleva? ¿Qué no podrá sobre el corazón de Dios? ¿Cómo un lenguaje tal no va a ser una fuente de gracia para la Iglesia y para todos sus hijos? Cristo es quien suplica y Cristo tiene siempre el derecho a ser escuchado. «Padre, sabía que siempre me oyes» (Jn 11,42).

Ved cómo ya en el Antiguo Testamento la oración del jefe del pueblo de Israel era todopoderosa sobre el corazón de Dios, y, con todo, esta nación, elegida por Dios, no era mas que una figura y una sombra de la Iglesia. Se ha entablado un fiero combate entre los hebreos y los amalecitas, sus enemigos (Ex 17, 8-16). La lucha se prolonga largo rato, con varias alternativas, ora ceden los de Israel, ora aparecen vencedores, y a la postre la victoria se decide a su favor. Ahora bien, ¿cuál fue el hecho decisivo que determinó la victoria? Figurémonos por unos momentos que los jefes que dirigieron el combate nos hubiesen dejado relaciones detalladas acerca de las diferentes vicisitudes de la lucha, y que estos relatos se someten a un general moderno para conocer su juicio. Dicho general hallaría que se había cometido tal falta de táctica, que tal otra medida de estrategia no se llevó a cabo, que tal maniobra falló, aquel otro ataque fue muy mal resistido y daría todas las razones, menos *la buena*. ¿Cuál es ésta? La razón de las diferentes alternativas y del feliz resultado final de la lucha nos la dio a conocer el mismo Dios. En la vecina montaña, Moisés, el jefe de Israel, oraba, con los brazos elevados al cielo, por su pueblo. Cuantas veces Moisés, cansado, dejaba caer los brazos, llevaban la mejor parte los amalecitas; en cambio, cuando Moisés volvía a levantar sus manos suplicantes, la victoria se inclinaba a favor de Israel. Al fin, Aarón y su compañero sostuvieron los brazos de Moisés hasta que la victoria se ganó por los de Israel... — ¡Grandioso espectáculo el ver a este capitán que obtiene del Dios de los ejércitos, por medio de la oración, la victoria para su pueblo! Si nosotros mismos hubiésemos dado esta explicación, muchos espíritus sonreirían con sorna; pero quien nos ha dado esta versión de los hechos ha sido Dios mismo, el Dios de los ejércitos, Aquel de quien Israel era pueblo escogido y de quien Moisés era amigo [«Las manos levantadas a Dios hundan más batallones que las que hieren». Bossuet, *Oración fúnebre de María Teresa de Austria*].

Ciertamente, esta lección podemos hacerla extensiva a toda oración, pero con mucha más verdad a la oración de Cristo, Cabeza de la Iglesia, que ora, por la voz de la Iglesia, en favor de su cuerpo místico, que milita en la tierra contra «el príncipe de este mundo (Jn 12,31) y de las tinieblas» (Ef 6,12), renovando todos los días sobre el altar la oración que por nosotros hacía, con los brazos levantados al cielo, en el monte del Calvario, y ofreciendo a su Padre los méritos infinitos de su Pasión y muerte. «Fue oído en atención a su dignidad» (Heb 5,7).

4. Cuantiosos frutos de santificación; la oración de la Iglesia, manantial de luz, nos hace participar de los sentimientos del alma de Cristo

El tributo de alabanza que a Dios dirige la Iglesia en el santo sacrificio y en las «Horas canónicas» que gravitan alrededor de la Misa, no posee sólo un poder de intercesión; a la vez tiene *un valor de santificación*. ¿Por qué? —Porque la Iglesia ha ordenado el ciclo litúrgico de tal forma, que la oración pública llega a ser, para nuestra alma, una fuente de luz, de unión con los sentimientos de Cristo y los misterios de su vida. Ved, si no, cómo la Iglesia ha dispuesto el ciclo de las fiestas durante las cuales se presenta ante Dios para celebrar oficialmente su alabanza y rendirle sus homenajes.

Como sabéis, se puede dividir este ciclo en dos partes: la una va desde Adviento, tiempo preparatorio de Navidad, hasta Pentecostés, la otra abarca la serie de Domínicas después de Pentecostés. La primera serie está formada esencialmente por los misterios de Jesucristo; recuerda la Iglesia brevemente los principales pasajes de la vida de su Esposo en la tierra: en Adviento, su preparación bajo la Antigua Ley; en Navidad, el nacimiento en Belén su Epifanía, es decir, su manifestación a los gentiles en la persona de los Magos; su presentación en el Templo; después, durante la Cuaresma, su ayuno en el desierto. Celebra a continuación cada Semana Santa su Pasión y Muerte; canta su Resurrección en la Pascua, su Ascensión, la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y la fundación de la Iglesia.

Cuando una esposa que nada aprecia tanto como a su esposo, la Iglesia descubre a la vista de sus hijos todos los acontecimientos de la vida de Jesús, tal como sucedieron y a veces, hasta con orden cronológico detallado, como desde la Semana Santa a Pentecostés.

Si nuestro espíritu no está disipado, esta representación será para él una *fuentes abundante de luz*, nosotros sacamos de esta viva reproducción, cada año renovada, un conocimiento más verdadero y profundo de los misterios de Cristo.

Además, esta representación no es solamente una reproducción sencilla, pero estéril; antes, al contrario, la Iglesia por medio de la elección y orden de los textos y pasajes que toma de los Libros sagrados, *nos hace penetrar en los sentimientos mismos que animaron el corazón de Cristo*. ¿De qué modo?

Habéis notado ya que con frecuencia, aun en los sucesos más sobresalientes de la vida de Jesucristo nos dan los Evangelistas una narración puramente histórica, sin decirnos nada o casi nada de los sentimientos que embargaban el alma de Jesús. Así, en la Pasión, el Evangelista cuenta la crucifixión de Jesús: «Los soldados condujeron a Jesús al Calvario, donde lo crucificaron» (Jn 19, 16-18). Testifica simplemente el hecho. Pero, ¿quién nos descubrirá los sentimientos que embargaban, el alma del Salvador? Verdad es que estamos en el umbral de un templo cuya sagrada profundidad sólo Dios conoce; no obstante esto, deseáramos saber algo

de sus sentimientos, pues este conocimiento nos uniría más al divino Modelo. Nuestra Madre la Iglesia va a levantar ante nuestra vista una punta del velo. Sabéis que Cristo, pendiente de la Cruz, pronunció estas palabras: «Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?» Estas palabras forman parte del primer verso de un salmo mesiánico que no se puede aplicar a otro que a Jesús, y en el cual, no solamente las circunstancias de su crucifixión sino también los sentimientos que debieron en este momento embargar su alma santa, están manifestados de admirable manera (Sal 21). San Agustín explícitamente dice que Cristo en la Cruz recitó este salmo, que es «un evangelio anticipado». [*Verba psalmi voluit esse sua in cruce pendens. Enarr. in Ps. LXXXV, c. 4.— Passio Christi tam evidenter quasi Evangelium recitatur. Enarr. in Ps. XXI*]. Leedlo y oiréis a Nuestro Señor, oprimido bajo los golpes de la justicia divina, revelar sus angustias, sus sentimientos internos: «Yo soy un gusano de tierra y no un hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe; todos cuantos me ven, se burlan de Mí, abren sus labios y mueven la cabeza, diciendo: El ha puesto su confianza en el Señor, que le salve, ya que le ama... Toros embravecidos me rodean... Yo soy como el agua que corre, todos mis huesos están dislocados, mi corazón es como la cera, se derrite en mis entrañas... Señor, no alejes de Mí tu ayuda; cuida de mi defensa; líbrame de la boca del león». Estas palabras nos descubren y patentizan los sentimientos del corazón de Cristo en su Pasión.— De ello está convenida la Iglesia, y guiada por el Espíritu Santo, nos manda recitar este salmo en la Semana Santa para que empapemos nuestras almas en los sentimientos del corazón de Cristo.

Lo propio ocurre con otros misterios. Observaréis cómo la Iglesia, al mismo tiempo que reproduce y expone a la vista de sus hijos la historia del misterio, intercala aquellos salmos, profecías o pasajes de las Epístolas de San Pablo, en los que se hallan consignados los sentimientos de Jesús.

La Iglesia, pues, nos da cada año, no sólo una representación viva y animada de la vida de su Esposo, sino que también nos hace penetrar, en cuanto de ello es capaz la criatura, en el alma de Jesucristo, para que, leyendo en ella sus disposiciones interiores, nos identifiquemos con ellas y nos unamos más íntimamente a nuestro divino jefe. De este modo la Iglesia sabiamente y con facilidad asombrosa hace que nos acomodemos al precepto del Apóstol: «Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que Cristo Jesús» (Fil 2,5).— ¿No equivale esto a vivir de acuerdo con lo que de nosotros exige nuestra predestinación?

5. También nos hace partícipes de sus misterios: senda segura e infalible para asemejarnos a Jesús

Mas no es esto todo. Los misterios de Jesucristo, que la Iglesia nos manda celebrar cada año, son *misterios vivos y palpitantes*.

Figuraos un creyente y un incrédulo ante la representación de la Pasión que se verifica en Oberammergau o en Nancy. El incrédulo podrá percibir el armonioso desarrollo del drama; recibirá emociones estéticas. Pero en el creyente la impresión será mucho más honda. ¿Por qué? Porque aunque no llegue a apreciar la calidad artística de la representación, las escenas que se suceden a su vista le recordarán sucesos que guardan íntima relación con su fe. Y con todo en el mismo creyente esta influencia solamente proviene de una causa externa. El espectáculo a que asiste, la representación, no se halla animada de una virtud interna, intrínseca, capaz por sí misma de mover su alma de un modo sobrenatural. Esta virtud la tienen únicamente los misterios de Jesucristo, como los celebra la Iglesia, y no en el sentido de que encierran la gracia, como los sacramentos, pero sí en el de que, siendo misterios vivos, son también fuentes de vida para el alma.

Cada misterio de Cristo es, no sólo un objeto de contemplación para el espíritu; un recuerdo que evocamos para alabar a Dios y darle gracias por cuanto hizo por nosotros; es algo más sublime: *cada misterio constituye para toda alma movida por la fe una participación en los divinos estados del Verbo Encarnado.*

Esto es muy importante. Los misterios de Cristo fueron primero vividos por El mismo, a fin de que nosotros, podamos vivirlos a nuestra vez unidos con El. Pero, ¿cómo? —Inspirándonos en su espíritu, aprovechándonos de su eficacia, para que viviéndolos, nos asemejemos a Cristo.

Jesucristo vive ahora glorioso en el cielo, su vida sobre la tierra, mientras en ella vivió en forma visible, no duró sino treinta y tres años; pero la eficacia de cada uno de sus misterios es infinita, y sigue siendo inagotable.— Cuando nosotros los celebramos en la sagrada liturgia, recibimos, en proporción a la intensidad de nuestra fe, las mismas gracias que si hubiéramos vivido con Nuestro Señor, y con El hubiéramos tomado parte en sus misterios. Estos misterios tuvieron por autor al Verbo Encarnado, y como ya queda dicho Jesucristo, por su Encarnación, asoció todo el género humano a estos divinos misterios, y mereció para todos sus hermanos la gracia que quiso vincular a ellos. Al confiar a la Iglesia la celebración de estos misterios para perpetuar su misión sobre la tierra, por medio de esa misma celebración en el transcurso de los siglos, Jesucristo hace participar de la gracia que encierran estos misterios a las almas fieles, pues, en expresión de San Agustín [*Quidquid gestum est in cruce Christi, in sepultura, in resurrectione tertia die, in ascensione in cælum, in sede ad dexteram Patris, ita gestum est ut his rebus, non mystice tantum dictis sed etiam gestis, configuraretur vita christiana quæ hic geritur. Enchiridion, c. III*], son el ejemplar y modelo de la vida cristiana que debemos llevar en calidad de discípulos de Jesús. Apliquemos lo dicho, por ejemplo, a su Natividad. Conmemorando el nacimiento de nuestro Salvador, dice San León, celebramos también nuestro propio nacimiento. La generación temporal de Cristo, en efecto, da origen al pueblo cristiano, y el nacimiento de la cabeza es a la vez el de su cuerpo místico. Todo

hombre, dondequiera que habite, por este misterio puede disfrutar de un nuevo nacimiento en Cristo (Sermo IV. *In nativitate Domini*). La fiesta de Navidad, en efecto, aporta cada año, al alma que celebra este misterio de fe —porque por la fe primero, y luego mediante la comunión, es como entramos en contacto con los misterios de Cristo—, una gracia de renovación interior, que aumenta el grado de su participación en la filiación divina en Cristo Jesús.

Otro tanto se verifica en los otros misterios. La celebración de la Cuaresma, de la Pasión y muerte de Jesucristo, durante la Semana Santa, trae consigo una gracia de «muerte para el pecador que nos ayuda a destruir más y más en nosotros el pecado, y el apego al pecado y a las criaturas.— Porque, dice eategóriicamente San Pablo, Cristo nos hizo morir con El, y con El nos sepultó (Rm 6,4). Así debe ser de derecho y en principio para todos; empero la aplicación tiene efecto en el transcurso de los siglos para cada alma mediante la participación que cada uno de nosotros toma en la muerte de Cristo, en particular durante los días en los cuales la Iglesia nos trae a la memoria este recuerdo.

Lo mismo en Pascua; cuando cantamos el triunfo de Cristo saliendo del sepulcro, vencedor de la muerte, libamos, por la participación en este misterio, una gracia de vida y de libertad espirituales. Dios, dice San Pablo, «nos resucita con Cristo» (Ef 2,6); y dice también, hablando de la gracia propia de este misterio: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad y apreciad, no lo que es de la tierra, lo que, siendo creado, encierra germen de corrupción y de muerte, sino lo que está arriba, lo que os encamina a la vida eterna» (Col 3, 1-2): «Pues del mismo modo que Cristo resucitó de entre los muertos para gloria de su Padre, así también nosotros debemos andar en vida nueva» (Rm 6,4).

Después de asociarnos Cristo a su vida de resucitado nos hace participar del misterio de su Ascensión.— ¿Cuál es la gracia especial de este misterio? San Pablo nos responde: Dios nos ha concedido un asiento en los cielos por Cristo Jesús. El gran Apóstol —que con todos estos ejemplos aclara admirablemente esa doctrina que le es tan querida y no pierde ocasión de inculcarnos nuestra unión con Cristo, como miembros de su cuerpo místico— nos dice en términos muy explícitos, que «Dios nos ha hecho sentar *con Cristo* en el reino de los cielos» (Ef 2, 4-6). Por esto un autor antiguo escribía: «Acompañemos, mientras aquí vivamos, a Cristo en el cielo por medio de la fe y del amor, de suerte que podamos seguirle eorporalmente el día señalado por las promesas eternas» [*Ascendamus cum Christo interim corde, cum dies eius promissus advenerit sequemur et corpore. Si ergo recte, si fideliter, si sancte, si pie ascensionem Domini celebramus, ascendamus cum illo et sursum corda habeamus*. Este sermón, cuyo extracto se lee en el Breviario, en el 2º nocturno del domingo infraoctava de la Ascensión, erróneamente se atribuye a San Agustín. El fondo, sin embargo, está inspirado en las obras de este gran Doctor].

¿No es esto lo que la Iglesia nos hace pedir en la colecta de la fiesta? «¡Ojalá pudiéramos desde ahora ya en deseo vivir en el cielo, adonde

creemos que nuestro Redentor y Jefe ha subido!». [*Ut qui Redemptorem nostrum in caelos ascendisse credimus, ipsi quoque mente in caelestibus habitemus*].

Así, un año tras otro, la Iglesia propone a nuestra consideración la representación de los acontecimientos que sobresalen en la vida de su Esposo; nos hace contemplar estos misterios, de los que cada año resulta nueva luz para nosotros; nos manifiesta los sentimientos del corazón de Cristo, y cada año penetramos más en las disposiciones interiores de Jesús. Reproduce en nosotros todos estos misterios de nuestro divino Jefe; apoya nuestras peticiones para que nos veamos favorecidos con la gracia especial, propia de cada uno de los misterios realizados y vividos por Cristo; y así adelantamos por la fe y el amor, por la imitación de nuestro divino modelo, expuesto sin cesar a nuestra consideración, en el proceso de esa transformación sobrenatural, que es el fin de nuestra unión con Jesús: «Vivo yo; mas no yo, sino que en mí vive Cristo» (Gál 2,20).

¿Acaso no consiste la esencia de toda santidad y la forma misma de nuestra predestinación divina en ser tan semejantes al Hijo muy amado, que su vida llegue a ser nuestra vida?

Dejémonos, pues, guiar por la Iglesia, nuestra madre, en esta devoción fundamental que debe hacernos partícipes de la religión de Cristo hacia su Padre. Cristo confió a su Esposa, la Iglesia, la celebración de estos misterios. La oración establecida por ella es la verdadera, la auténtica expresión del homenaje digno de Dios; cuando la Iglesia, conocedora de los secretos de Jesús, se dispone, y nosotros con Ella, a celebrar los divinos misterios de Cristo, parece oírse en el Cielo aquella expresión del Cantar de los Cantares: «Resuene tu voz en mis oídos, pues está llena de hechizo, como tu rostro está resplandeciente de hermosura» (Cant 2,14). La Iglesia, adornada y enriquecida como está con las preseas del divino Esposo, puede hablar en su nombre; por eso los homenajes de adoración y alabanza que pone en boca de sus hijos son agradables en extremo a Cristo y a su Padre.

La oración de la Iglesia es también para nosotros camino seguro, ninguno otro nos llevará más directamente a Cristo ni nos facilitará tanto la tarea de ir copiando sus divinos rasgos. La Iglesia nos lleva a El directamente y como por la mano. A la vez que hacemos un acto de humildad y de obediencia, dejándonos guiar por Ella, que todo lo ha recibido de Cristo: «Quien a vosotros escucha a Mí escucha, y quien a vosotros desprecia a Mí desprecia» (Lc 10,16), utilizamos también un medio seguro para llegar infaliblemente a conocer a Cristo; profundizar el sentido de sus misterios y permanecer adheridos a El, ya que es no sólo modelo, sino la fuente misma de la vida eterna, que hizo brotar por la abundancia de sus méritos: «El sacrificio de alabanza me honrará y por ese camino le mostraré la salvación de Dios» (Sal 49,23).

6. Por qué y cómo la Iglesia honra y celebra a los santos

Además de los misterios de Cristo, la Iglesia celebra también *las fiestas de los santos*.

¿Por qué la Iglesia celebra a los santos? —Por el principio siempre fecundo de la unión que existe, después de la Encarnación, entre Cristo y sus miembros.— Los santos son los miembros gloriosos del cuerpo místico de Cristo: Cristo está ya «formado en ellos»; ellos «han conseguido su plenitud», y alabándolos a ellos, Cristo es glorificado en ellos. «Alábase, decía Cristo a Santa Matilde, porque soy la corona de todos los santos». Y la santa monja veía toda la hermosura de los escogidos alimentarse en la sangre de Cristo, resplandecer con las virtudes por Él practicadas, y ella, dócil a la divina recomendación, honraba con todas sus fuerzas a la bienaventurada y adorable Trinidad «por haberse dignado ser la admirable gloria y corona de los santos» (*Libro de la gracia especial*, P. I, c. 31).

A la Santísima Trinidad es, en efecto, como todos saben, a quien la Iglesia ofrece sus alabanzas, festejando a los Santos. Cada uno de ellos es una manifestación de Cristo; lleva en sí los rasgos del divino modelo, pero de una manera especial y distinta. Es un fruto de la gracia de Cristo, y a honra y gloria de esta gracia se complace la Iglesia en ensalzar a sus hijos victoriosos. «Para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1,6).

Tal es la característica del culto de la Iglesia hacia los Santos: la complacencia. Esta buena madre se siente orgullosa con las legiones de sus escogidos, que son el fruto de su unión con Cristo, y que ya forman parte, en los resplandores del cielo, del reinado de su Esposo, a quien honra, finalmente, en ellos: «Señor, ¡cuán admirable es vuestro nombre, pues habéis coronado de honor y gloria a vuestro santo!» (Sal 8, 2-6). La Iglesia renueva en los santos el recuerdo de la alegría que inundó sus almas, cuando merecieron penetrar en el reino de los cielos: «Entra, bueno y leal servidor, en el gozo de tu Señor... Ven, Esposa de Cristo, a recibir la corona que el Señor te tiene preparada desde toda la eternidad...»; enaltece las virtudes y méritos de sus apóstoles y mártires, de sus pontífices, confesores y vírgenes; se alegra de su gloria y presenta sus ejemplos, si no siempre a la imitación, al menos a la alabanza de sus hermanos de la tierra. «Si no eres capaz de seguir a los mártires en el derramamiento de sangre, síguelos en el afecto» (San Agustín, *Sermo CCLXXX*, c. 6).

Y después de haberlos alabado, se encomienda a sus oraciones e intercesión. ¿Menoscaba por esto el poder infinito de Cristo, sin el cual nada podemos hacer? Ciertamente que no. Se complace Cristo (no para disminuir su radio de acción, antes más bien para ensancharle), oyendo a los santos, que son los príncipes de la corte celestial, y otorgándonos por su intercesión cuantas gracias le pedimos, se establece así una corriente sobrenatural de intercambio entre todos los miembros de cuerpo místico. [*Hæec vero nostra et sanctorum cohærentia est, ut nos congratu-*

lemur eis, ipsi compatiantur nobis, militent pia intercessione. San Bernardo, Sermo V, *In festo omnium sanctorum*].

En fin, no pudiendo la Iglesia festejar a cada uno de los santos en particular, al fin del ciclo litúrgico, estableció la solemne fiesta de Todos los Santos, en la cual multiplica y extrema, si así puede decirse, sus alabanzas jubilosas.

Transportándonos al cielo en seguimiento del Apóstol San Juan, nos presenta aquella gloriosa porción del reino de su Esposo; las legiones innumerables de los escogidos, aquella «muchedumbre de santos que nadie podrá contar», que asisten al trono de Dios, revestidos de blancas túnicas, con palmas en las manos, de cuyas filas se levanta la grandiosa aclamación: «Gloria a Dios, gloria al Cordero inmolado por nosotros que con su sangre nos rescató de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nación» (Ap 7, 9-10; 5,9).

Ante tan gloriosa visión, la Iglesia experimenta transportes de alegría. Oíd con qué expresiones se dirige a sus hijos triunfantes: «Benedicid al Señor, vosotros todos que sois sus escogidos; disfrutad días dichosos y cantad sus alabanzas; pues el cantar es la herencia de todos los santos, del pueblo de Israel, del pueblo que constituye su corte; es la gloria propia de todos los santos» [*Benedicite Domino, omnes electi eius; agite dies lætitiæ et confitemini illi; hymnus omnibus sanctis eius... gloria hæc est omnibus sanctis eius.* Antífona de las Vísperas de Todos los Santos. +Tob 13,10; Sal 148,14; *ib.* 149,9].

También nosotros estamos llamados a participar de este triunfo; a formar el cortejo de Cristo... «en los esplendores de los santos», a participar en el seno del Padre, de la gloria del Hijo, después de habernos asociado en la tierra a sus misterios. Anticipémonos a esta melodía de los cielos donde resuena el eterno *Alleluia*, asociándonos cuanto podamos desde ahora, con gran fe y abrasado amor, a la oración de la Iglesia, Esposa de Cristo y madre nuestra.

10

La oración

Importancia de la oración: la vida de oración es transformante

Tan grande es el deseo que tiene Nuestro Señor de darse a nosotros, que multiplicó los medios de llevarlo a cabo, juntamente con los distintos sacramentos, nos ha señalado la oración, como fuente de gracia. Es evidente que los sacramentos, como se ha indicado repetidas veces en el transcurso de estas conferencias, producen la gracia por el hecho mismo de ser aplicados al alma que no pone óbice a su acción.

La oración, de suyo, no tiene una eficacia tan intrínseca; mas no nos es por eso menos necesaria que los sacramentos para conseguir la ayuda divina. Vemos, en efecto, cómo Jesucristo durante su vida mortal hace milagros movido por la oración. Un leproso se le presenta: «Señor, tened compasión de mí», y le cura. Le presentan un ciego que le dice: «Señor, haced que vea», y Nuestro Señor le devuelve la vista. Marta y Magdalena le dicen: «Señor: si hubieseis estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano». Esto es una especie de petición y a esta súplica contesta el Señor con la resurrección de Lázaro.— Estos son favores temporales, pero también la gracia se alcanza con la oración. «Señor, le dice la Samaritana, dadme esa agua viva, de que sois fuente, y que nos reporta la vida eterna», y Cristo se descubre a ella como el Mesías, y la induce a confesar sus faltas para perdonárselas. Clavado en la cruz, pídele el Buen Ladrón que se acuerde de él, y el Señor le concede perdón completo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Por otra parte, Nuestro Señor mismo nos ha recomendado este género de impetración: «Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá; buscad, y encontraréis» (Mt 7,7). «Todo cuanto pidiereis a mi Padre, en nombre mío, es decir, poniéndome por intercesor, os lo concederá» (Jn 16,23). Asimismo-

mo, San Pablo nos exhorta a elevar en todo tiempo continuas oraciones y súplicas poniendo por intercesor al Espíritu Santo (Ef 6,18).

Es, pues, evidente que la oración vocal de impetración resulta un medio muy poderoso para atraernos los dones de Dios.

Pero de lo que ahora quiero hablaros es de la oración mental; de lo que vulgarmente se llama *meditación*. Es asunto de suma importancia el que vamos a tratar.

La oración es uno de los medios más necesarios para efectuar aquí en la tierra nuestra unión con Dios y nuestra imitación de Jesucristo. El contacto asiduo del alma con Dios en la fe por medio de la oración y la vida de oración, ayuda poderosamente a la transformación sobrenatural de nuestra alma. La oración bien hecha, la vida de oración, es transformante.

Más aún; la unión con Dios en la oración nos facilita la participación más fructuosa en los otros medios que Cristo estableció para comunicarse con nosotros y convertirnos en imagen suya.— ¿Por qué esto? ¿Es acaso la oración, más eminente, más eficaz, que el santo sacrificio, que la recepción de los sacramentos, que son los canales auténticos de la gracia? — Ciertamente que no; cada vez que nos acercamos a estas fuentes, obtenemos un aumento de gracia, un crecimiento de vida divina, pero este crecimiento depende, en parte al menos de nuestras disposiciones.

Ahora bien, la oración, la vida de oración, conserva, estimula, aviva y perfecciona los sentimientos de fe, de humildad, de confianza y de amor, que en conjunto constituyen la mejor disposición del alma para recibir con abundancia la gracia divina. Un alma familiarizada con la oración saca más provecho de los sacramentos y de los otros medios de salvación, que otra que se da a la oración con tibieza y sin perseverancia. Un alma que no acude fielmente a la oración, puede recitar el oficio divino, asistir a la Santa Misa, recibir los sacramentos y escuchar la palabra de Dios, pero sus progresos en la vida espiritual serán con frecuencia insignificantes. ¿Por qué? — Porque el autor principal de nuestra perfección y de nuestra santidad es Dios mismo, y la oración es precisamente la que conserva al alma en frecuente contacto con Dios: la oración enciende y mantiene en el alma una como hoguera, en la cual el fuego del amor está, si no siempre en acción, al menos siempre latente; y cuando el alma se pone en contacto directo con la divina gracia, verbigracia, en los sacramentos, entonces, como un soplo vigoroso, la abrasa, levanta y llena con sorprendente abundancia. La vida sobrenatural de un alma es proporcionada a su unión con Dios, mediante la fe y el amor; debe, pues, este amor exteriorizarse en actos, y éstos, para que se reproduzcan de una manera regular e intensa, reclaman la vida de oración. En principio, puede decirse que, en la economía ordinaria, nuestro adelantamiento en el amor divino depende prácticamente de nuestra vida de oración.

Determinemos, pues, qué es oración, es decir, cuál es su naturaleza, y cuáles sus grados; luego, qué disposiciones exige para producir todos sus frutos.

Inútil es advertir que no trato de desarrollar aquí un tratado completo sobre la oración; existen y muy buenos quiero, simplemente, tocar algunos puntos esenciales relacionados con la idea central de estas conferencias: nuestra adopción sobrenatural en Cristo Jesús, que nos hace vivir por su gracia y su Espíritu.

1. Naturaleza de la oración: conversación del hijo de Dios con su Padre celestial bajo la influencia del Espíritu Santo

¿Qué es oración? Digamos que es *una conversación del hijo de Dios con su Padre celestial*. Notad las palabras «*conversación* del hijo de Dios»: las he empleado muy intencionadamente. Se encuentran a veces hombres que no creen en la divinidad de Cristo, como ciertos deístas del siglo XVIII, como aquellos que en tiempo de la Revolución establecieron el culto del Ser Supremo, e inventaron oraciones a la «Divinidad»: pensaron, quizá, deslumbrar a Dios con sus oraciones; pero todo era vano juego de un espíritu puramente humano, que Dios no podía aceptar.

No es así nuestra oración. No es una conversación del hombre, simple criatura, con la divinidad, sino una conversación del hijo de Dios con su Padre celestial para adorarle, alabarle, manifestarle su amor, tratar de conocer su voluntad, y obtener de El la ayuda necesaria para cumplirla.

En la oración nos presentamos a Dios en calidad de hijos, calidad que eleva esencialmente nuestra alma a un orden sobrenatural. Sin duda alguna, no debemos jamás olvidar nuestra condición de criaturas, es decir, nuestra nada; pero el punto de partida, o, por mejor decir, el terreno sobre el que debemos colocarnos en nuestras relaciones con Dios, es el plano sobrenatural; en otros términos: es nuestra filiación divina, nuestra calidad de hijos de Dios por la gracia de Cristo, la que debe determinar nuestra actitud fundamental, y, por decirlo así, servirnos de hilo conductor en la oración.

Veamos cómo San Pablo aclara este punto. «No sabemos, dice, lo que debemos pedir a Dios en la oración según nuestras necesidades, pero el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra insuficiencia. El mismo ruega por nosotros con gemidos inenarrables» (Rm 8,26). Ahora bien, dice San Pablo en el mismo lugar: este Espíritu que debe rogar por nosotros y en nosotros es «el Espíritu de adopción, que testifica que somos hijos de Dios y sus herederos, y que nos hace clamar a Dios: «¡Padre, Padre!» (ib. 8,15). Este Espíritu nos fue dado después que, «llegada la plenitud de los tiempos, nos envió Dios a su Hijo para concedernos la adopción de hijos» (Gál 4, 4-5). Y porque la gracia de Cristo nos hace sus hijos, «Dios envió también a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que nos autoriza a rogar a Dios como a un Padre» (+Rm 8,15; 2Cor 1,22).

Y es que, en verdad, «ya no somos extranjeros, ni huéspedes de paso, sino miembros de la familia de Dios, de aquella mansión de la que Jesucristo es piedra angular» (Ef 2,20).

Así, pues, el Espíritu que recibimos en el Bautismo, en el sacramento de nuestra adopción divina, es el que nos hace clamar a Dios: «Vos sois nuestro Padre». ¿Qué quiere decir esto sino que, como consecuencia de nuestra filiación divina, tenemos el derecho y el deber de presentarnos ante Dios como sus hijos? Escuchemos a Nuestro Señor mismo, El vino para ser la «luz del mundo», y sus palabras, «llenas de verdad», nos indican «el camino». «Yo soy luz del mundo y el camino y la verdad» (Jn 8,12; 14,6).

Sentado junto al pozo de Jacob, Jesús conversa con la Samaritana (*ib.* 4,5 y sigs.). En El ha reconocido esta mujer un profeta, un enviado de Dios; en seguida le pregunta (lo que era objeto de viva controversia entre sus compatriotas y los judíos) si Dios debía ser adorado sobre las montañas de Samaria o en Jerusalén. ¿Qué contesta Cristo? «Mujer, créeme: llega la hora en la que vosotros no adorareis al Padre ni aquí, ni en Jerusalén; llega la hora, más bien, ya ha llegado, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca tales adoradores». Notad cómo Jesucristo pone de relieve el nombre de Padre.— En Samaria, como es sabido, se adoraban los falsos dioses, y por eso Cristo dice que hay que adorar «en verdadn, es decir, al Dios verdadero; en Jerusalén se adoraba al verdadero Dios, pero no «en espíritu»: la religión de los judíos era completamente materialista en su expresión y en los motivos que la inspiraban.— Fue el Verbo encarnado quien inauguró, «y ya es llegada esa hora», la nueva religión, la del verdadero Dios adorado en espíritu, en el espíritu de la verdadera adopción divina, sobrenatural, espiritual, que nos hace hijos de Dios, por cuyo motivo Nuestro Señor insiste en la palabra «Padre». «*Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*». Sin duda alguna, siendo nosotros hijos adoptivos, al hacernos Dios sus hijos, en nada disminuye su divina majestad ni su soberanía absoluta, y debemos adorarle, anonadarnos ante El; pero debemos adorarle en verdad y en espíritu, es decir, en la verdad y espíritu del orden sobrenatural, por el cual somos hijos suyos.

Nuestro Señor es más explícito en otro lugar. Con la Samaritana sienta, por decirlo así, el principio: a sus discípulos les da el ejemplo: «Un día, dice San Lucas, estaba en oración y cuando hubo terminado, uno de sus discípulos dijo: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11 y sigs.) ¿Cuál fue la respuesta de Jesús? «Cuando oréis, orad así: Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...» No olvidéis esto: Nuestro Señor es Dios; como Verbo suyo está siempre «en el seno del Padre»; nadie conoce a Dios, sino su Hijo. Cristo conoce, pues, perfectamente qué es lo que debemos decir o pedir a Dios para convertirnos en los «verdaderos adoradores que Dios busca»; conoce también perfectamente cómo debemos comparecer en presencia de Dios para conversar con El, para agradecerle; lo que enseña es la verdad, porque no puede revelar sino lo que ve (Jn 1,18). Y nosotros podemos y debemos escuchar lo que nos dice: El es el camino que hay que seguir sin vacilar; el que le sigue «no anda en tinieblas» (*ib.* 8,12). Ahora bien, ¿cómo se expresa Jesús cuando quiere enseñarnos esta ciencia de la oración, que declaró ser tan necesaria que

continuamente debemos practicarla? «Es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc 18,1). Empieza señalando el título que debemos dar a Dios, antes de presentarle nuestros homenajes; ese título, que señala la orientación, o mejor dicho, que indica el carácter que debe tener nuestra conversación, y sobre el cual apoyaremos las peticiones que han de seguir; el título que nos indica la actitud de nuestra alma en presencia de Dios. ¿Cuál es ese título? «Padre nuestro».

Recogemos, pues, de los propios labios de Cristo, del Hijo muy amado, en el cual Dios puso todas sus complacencias, esta preciosa indicación de que la primera y fundamental actitud que debemos adoptar en nuestras relaciones con Dios es la de un hijo en presencia de su padre. Sin duda —repito una vez más, por ser este punto de mucha importancia—, este hijo no olvidará jamás su originaria condición de criatura caída en el pecado y que conserva en sí un germen de pecado que puede separarle de Dios, porque el que es nuestro Padre «habita en los cielos» y es al propio tiempo nuestro Dios. «Ved aquí, decía Nuestro Señor al despedirse de sus discípulos, que vuelvo a mi Padre, que es también el vuestro, a mi Dios, que es también el vuestro» (Jn 20,17). Por este motivo adoptará siempre el hijo de Dios una actitud de profunda reverencia y de profunda humildad, suplicará que le sean perdonados sus pecados, no caer en la tentación y ser librado del mal; pero acompañará aquella humildad y reverencia con una inquebrantable confianza —porque «todo don perfecto descende de arriba del Padre de las luces» (Sant 1,17)—, y con un tierno amor, amor del hijo a su Padre, y Padre amoroso. [Llevada, por decirlo así, sobre las alas de la fe y de la esperanza, el alma remonta su vuelo hacia el cielo y se eleva hasta Dios.— Con acendrada piedad y profunda veneración, expone a Dios con entera confianza todas sus necesidades, *cual lo haría el hijo único al más amado de los padres*.— Catecismo del Concilio de Trento, 4ª parte, capítulo 1.— «Dios os manda presentaros ante El, no con temor y temblando, como un esclavo ante su dueño, sino para refugiaros cabe El *con toda libertad y con perfecta confianza, como un niño cerca de su padre*. *ib.* cap.2].

Es, pues, la oración como la manifestación de nuestra vida íntima de hijos de Dios, como el fruto de nuestra filiación divina en Cristo; como el desarrollo espontáneo de los dones del Espíritu Santo. Por esto es tan vivificante y tan fecunda. El alma que se da regularmente a la oración saca de ella gracias inefables que la transforman poco a poco, a imagen y semejanza de Jesús, Hijo único del Padre celestial. «La puerta, dice Santa Teresa, por la que penetran en el alma las gracias escogidas, como las que el Señor me hizo, es la oración; una vez cerrada esta puerta, ignoro cómo podría otorgarnoslas» (*Vida*, cap.8).

De la oración saca el alma gozos que son como presagio de la unión celestial, de esa herencia eterna que nos espera. «En verdad, decía Jesucristo, cuanto pidiereis de saludable a mi Padre en nombre mío, os lo concederá, para que vuestro gozo sea completo» (Jn 16,24). En esto consiste la oración mental: trato íntimo de corazón a corazón entre Dios

y el alma, «estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (Santa Teresa, *ib.* cap.8).

Mas este trato o conversación del hijo de Dios con su Padre celestial se verifica bajo la *acción del Espíritu Santo*.— En efecto, Dios, por medio del profeta Zacarías, había prometido que, en la Nueva Alianza, «derramaría sobre las almas el espíritu de gracia y de oración» (Zac 12,10). Este espíritu es el Espíritu Santo, el Espíritu de adopción, que Dios envía a los corazones de aquellos que tiene predestinados a ser sus hijos en Cristo Jesús. Los dones que este Espíritu divino infunde en nuestras almas el día del bautismo, juntamente con la gracia, nos ayudan en nuestras relaciones con el Padre celestial. El don de temor nos llena de reverencia ante su divino acatamiento; el don de piedad hace compatible con esa reverencia la ternura propia de un hijo hacia su padre; el don de ciencia presenta al alma con nueva luz las verdades de orden natural, el don de inteligencia la hace penetrar en las profundidades ocultas de los misterios de la fe; el don de sabiduría le da el gusto, el conocimiento afectivo de las verdades reveladas. Los dones del Espíritu Santo son disposiciones muy reales a las que no prestamos bastante atención; por ellos el Espíritu Santo, que mora en el alma del bautizado, como en un templo, la ayuda y guía en sus relaciones con el Padre celestial: «El Espíritu Santo fortalece nuestra flaqueza... El mismo ruega por nosotros con gemidos inenarrables». (Rm 8,26) [El Espíritu Santo es el alma de nuestras oraciones; El nos las inspira y hace que sean siempre admisibles. *Catec. del Conc. de Trento*, 4ª parte, c. 1, 7].

El elemento esencial de la oración es el contacto sobrenatural del alma con Dios, mediante el cual el alma recibe aquella vida divina que es la fuente de toda santidad. Este contacto se establece cuando el alma, elevada por la fe y el amor, apoyada en Jesucristo, se entrega a Dios, a su voluntad, por un movimiento del Espíritu Santo: «El sabio se ocupa desde el alba en velar ante el Dios que le ha creado, y eleva sus oraciones ante el Altísimo» (Ecli 39,6). Ningún raciocinio, ningún esfuerzo puramente natural puede producir este contacto: «Nadie puede decir: Señor Jesús, si no es movido por la gracia del Espíritu Santo» (1Cor 12,3). Este contacto se verifica en las oscuridades de la fe, pero llena el alma de luz y de vida.

La oración es, pues, el despliegue, bajo la acción de los dones del Espíritu Santo, de los sentimientos propios de nuestra adopción divina en Jesucristo; y por eso debe ser asequible a toda alma bautizada, de buena voluntad. Además, Jesucristo invita a todos sus discípulos a aspirar a la perfección para ser hijos dignos del Padre celestial. «Sed pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5,48). Ahora bien, la perfección, prácticamente, no es posible si el alma no vive de la oración. ¿No resulta, pues, evidente que Cristo no pudo desear que la manera de tratar con El en la oración fuese complicada y fuera del alcance de las almas más sencillas que le buscan con sinceridad? Por esto dejé dicho que la oración puede definirse: una conversación del hijo de Dios con su Padre celestial: «Padre nuestro, que estás en los cielos».

2. Dos factores afectarán a los términos de esta conversación: primer factor: la medida de la gracia de Cristo; suma discreción que debe observarse a este propósito; doctrina de los principales maestros de la vida espiritual; el método no es el mismo que la oración

En una conversación se escucha y se habla; el alma se entrega a Dios y Dios se comunica al alma.

Para escuchar a Dios, para recibir sus luces, basta con que el corazón se halle penetrado por sentimientos de fe de reverencia, de humildad, de ardiente confianza, de amor generoso.

Para hablarle, es preciso tener algo que decirle. ¿Cuál será el tema de la conversación? Este depende principalmente de dos factores: *la medida de la gracia* que Jesucristo da al alma y *el estado de la misma alma*.

La primera cosa que debemos tener presente es, pues, la medida de los dones de gracia comunicados por Cristo (Ef 4,7). Jesucristo, en cuanto Dios, es dueño absoluto de sus dones: otorga su gracia al alma, como y cuando lo juzga oportuno; derrama en ella su luz cuando es del agrado de su soberana majestad; nos guía y lleva hacia su Padre por su Espíritu. Si leyeseis los maestros de la vida espiritual, veriais que siempre han respetado santamente esta soberanía de Cristo en la dispensación de sus favores y de sus luces; esto explica su extrema reserva al tratar de las relaciones del alma con su Dios.

San Benito, que fue un eminente contemplativo, favorecido con gracias extraordinarias de oración y maestro en el conocimiento de las almas, exhorta a sus discípulos a «entregarse con frecuencia a la oración» [*orationi frequenter incumbere*. Regla, cap.IV], deja claramente entender que la vida de oración es de absoluta necesidad para encontrar a Dios. Pero cuando se trata de reglamentar el modo de darse a la oración, lo hace con particular discreción. Presupone, naturalmente, que ya se ha adquirido cierto conocimiento habitual de las cosas divinas por medio de la lectura asidua de las Sagradas Escrituras y de las obras de los Santos Padres de la Iglesia. Tocante a la oración, se limita a indicar en primer lugar cuál debe ser la disposición con que el alma debe acercarse a la presencia de Dios: profunda reverencia y humildad [es de notar que el Patriarca de los monjes intitula el capítulo de la oración: «De la reverencia que se debe observar en la oración», cap.XX.], y quiere que el alma permanezca en presencia de Dios en espíritu de gran arrepentimiento y de perfecta sencillez. Esta disposición es la mejor para escuchar la voz de Dios con fruto. En cuanto a la oración misma, además de relacionarla íntimamente con la salmodia (de la que la oración no es más que la continuación interna), San Benito la hace consistir en impulsos cortos y fervorosos del corazón a Dios. «El alma, dice, siguiendo el consejo del mismo Cristo (Mt 7,7), debe evitar el mucho hablar; no prolongará el ejercicio de la oración a menos de ser arrastrada a ello por los movimientos del Espíritu Santo, que mora en ella por la gracia». Ninguna otra

indicación expresa sobre la oración nos dejó el legislador de la vida monástica.

Otro gran maestro de la vida espiritual, elevado a un alto grado de contemplación, y lleno de luces de gracia y experiencia, San Ignacio de Loyola, dejó escritas algunas palabras, cuya profunda sabiduría no se podrá apreciar nunca bastante: «Aquella parte es mejor para cualquier individuo, escribe a San Francisco de Borja, donde Dios nuestro Señor más se comunica, mostrando sus santísimos dones y gracias espirituales, porque ve y sabe lo que más le conviene, y como quien todo lo sabe, le muestra la vía; y nosotros para hallarla, mediante su gracia divina, ayuda mucho buscar y probar por muchas maneras para caminar por la “que les es más declarada”, más feliz y bienaventurada en esta vida, toda guiada y ordenada para la otra sin fin, abrazados y unidos con los tales “santísimos” dones» (Carta 20-IX-1548). Enseña, pues, el Santo que se debe dejar a Dios el cuidado de indicar a cada alma el mejor modo y manera de tratar con El.

Santa Teresa, en varios pasajes de sus *Obras*, inculca el mismo pensamiento: «Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca o mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas arriba y abajo y a los lados» (*Moradas*, 1ª, cap.2). [Véase también *Vida*, principio del cap.12, cap.13 y cap.22, donde dice que Dios conduce a las almas por caminos y sendas muy distintas. Véanse también los caps.18 y 27, donde enseña cuán excelente oración es hacer compañía a Nuestro Señor en los diferentes misterios y entretenerse con El en simples coloquios].

San Francisco de Sales no es menos reservado;- veamos lo que dice, el texto es bastante largo, pero expresa bien la naturaleza de la oración, fruto de los dones del Espíritu Santo, y la discreción con que se debe reglamentar: «No penséis, hijas mías, que la oración sea obra del espíritu humano, es un don especial del Espíritu Santo, que eleva las potencias del alma sobre las fuerzas naturales, para unirse a Dios por sentimientos y comunicaciones de que son incapaces el raciocinio y la sabiduría de los hombres.— Los caminos por los cuales conduce El a las almas santas en este ejercicio (que es, sin duda alguna, el ejercicio más divino de una criatura razonable) son sorprendentes en su variedad y dignos de toda loa, pues nos llevan a Dios y bajo su guía; pero no debemos inquietarnos por seguirlos todos, ni siquiera escoger alguno según nuestro propio parecer; lo que importa es reconocer el efecto de la gracia en nosotros, y serle fieles» (*Resumen del espíritu interior de las religiosas de la Visitación*, explicado por San Francisco de Sales y recogido por Mons. Maupas).

Podríamos multiplicar citas y testimonios parecidos, mas los aducidos bastarán para demostrarnos que si bien los maestros de la vida espiritual ponen especial empeño en invitar a las almas a darse a la oración, por ser un elemento esencial para la perfección espiritual, sin embargo se guardan bien de imponer indistintamente a todas las almas un camino con

preferencia a otro. Decimos «imponer»: ellos indican o recomiendan métodos particulares; todos tienen su valor, hay que reconocerlo; todos encierran su utilidad, que se puede comprobar. Ahora bien, querer imponer indistintamente a todas las almas el mismo método sería desconocer la libertad divina, según la cual Jesucristo distribuye sus gracias, y las inclinaciones que hace nacer en nosotros su Espíritu.

En materia de método, el que ayuda a un alma puede molestar a otra.— La experiencia demuestra que muchas almas que tiene facilidad para conversar habitual y sencillamente con Dios, sacando mucho fruto, se verían torturadas si se las quisiese someter a tal o cual método. Cada alma, pues, ha de examinarse antes de imponerse a sí misma el mejor método de conversar con Dios, debe, por una parte, apreciar sus aptitudes, sus disposiciones, sus gustos, sus aspiraciones, su género de vida; tratar de conocer el impulso del Espíritu Santo; tener en cuenta sus progresos en la vida espiritual. Debe, por otra, ser dócil y responder con generosidad a la gracia de Cristo y a la acción del Espíritu Santo. Encontrado el camino que más le conviene, después de varios tanteos inevitables en los principios, el alma debe seguirlo fielmente, hasta que el Espíritu Santo la conduzca a otro camino; esto es una garantía de fecundidad.

Otro punto, que considero muy importante y que guarda íntima relación con el precedente, es el de no confundir la esencia de la oración con los métodos (sean cuales fueren) de que nos sirvamos para hacerla.— Almas hay que llegan a persuadirse de que si no siguen tal o cual método, no harán oración; hay en esto una confusión de ideas que puede acarrear graves consecuencias. Por haber confundido la esencia de la oración con el empleo del método, esas almas no se atreven a cambiarlo, aun cuando reconocen que el que tienen les sirve de obstáculo o les es completamente inútil; o bien, lo que ocurre con más frecuencia, encontrando el método molesto, lo abandonan sin reparo, y, junto con él, la oración, y esto con gran detrimento de su alma.— Una cosa es el método y otra la oración: aquél debe variar según las disposiciones y necesidades de las almas; mientras que ésta (quiero decir, la oración ordinaria) esencialmente ha de ser siempre la misma para todas las almas: conversación mediante la cual el corazón del hijo de Dios se exprime ante su Padre celestial, y le escucha para agradecerle. El método, sosteniendo al espíritu, ayuda al alma en su unión con Dios; es un medio, pero no debe llegar a ser un obstáculo. Si tal método ilumina la inteligencia, enardece la voluntad y la lleva a entregarse a las inspiraciones divinas y a derramarse íntimamente en presencia de Dios, será buen método, pero no debe seguirse cuando contrariara realmente la inclinación del alma, cuando la agita y priva de todo progreso en la vida espiritual; ni tampoco cuando, a causa de los progresos del alma, viene ya a resultar inútil.

3. Segundo elemento: estado del alma. Las distintas fases de la vida de perfección caracterizan, de una manera general, los diversos grados de la vida de oración. Trabajo discursivo de los principios

El segundo factor que se debe tener presente para determinar el tema habitual de nuestras relaciones con Dios es el *estado del alma*.

Nuestra alma no está siempre en el mismo estado. Como es sabido, la tradición ascética distingue tres grados o estados de perfección: la vía purgativa, que recorren los principiantes; la vía iluminativa, en la que avanzan los fervorosos, y la vía unitiva, propia de las almas perfectas. Tales estados han sido así clasificados por predominar en ellos, aunque no exclusivamente, tal o cual carácter: en uno, el trabajo de la purificación del alma, en otro, su iluminación, y en el tercero, su estado de unión con Dios. Claro está que la naturaleza habitual de los ejercicios del alma se diferencia según el estado en el cual se encuentra.

Hecha abstracción, pues, del impulso del Espíritu Santo y de las aptitudes del alma, el que empieza a recorrer los caminos de la vida espiritual, debe ejercitarse en adquirir por sí mismo el hábito de la oración. Pues, aunque el Espíritu Santo nos ayuda poderosamente en las relaciones con nuestro Padre celestial, su acción no se produce en el alma independientemente de ciertas condiciones relacionadas con nuestra naturaleza. El Espíritu Santo nos conduce según nuestro modo de ser; somos inteligencia y voluntad, pero no amamos sino el bien que conocemos; no nos inclinamos sino hacia el bien reconocido como tal por nuestro entendimiento. Debemos, pues, para unirnos plenamente a Dios —¿no es éste el mejor fruto de la oración?—, conocer a Dios tan perfectamente como nos sea posible. Por esta razón, dice Santo Tomás: «cuanto ilustra la fe, está ordenado a la caridad» (*In Epist. I. S. Pauli ad Timoth., cap. I, lect. 2^a*).

Al principiar, pues, a buscar a Dios, debe el alma ate sorar principios intelectuales, y conocimientos que afiancen su fe. ¿Por qué? —Porque sin ellos no encontrará qué decir, y la conversación degenerará en pura fantasía, sin fondo ni fruto o se convertirá en un ejercicio enojoso, que pronto abandonará el alma. Deben reunirse primeramente aquellos conocimientos, y luego conservarlos, renovarlos y reforzarlos. ¿De qué manera? —Hay que dedicarse durante cierto tiempo, ayudándose de algún libro, a la meditación continuada sobre un punto cualquiera de la Revelación; el alma consagra un período más o menos largo, según sus disposiciones, a meditar los principales artículos de la fe, a fin de considerarlos minuciosamente uno por uno; y así obtendrá, como resultado de estas consideraciones sucesivas, los conocimientos necesarios que le han de servir de base para la oración.

Ese trabajo, puramente discursivo, no debe confundirse con la oración; no es más que un preámbulo útil y hasta necesario para iluminar, guiar, disponer o sostener la inteligencia, pero preludio al fin. La oración no

comienza, en realidad, sino cuando, caldeada la voluntad, entra sobrenaturalmente en contacto, mediante el afecto, con el divino Bien, y se abandona a El por amor, para agradarle, para cumplir sus mandatos y deseos. El asiento propio de la oración es el corazón; por eso se dijo de María que conservaba las palabras de Jesús in *corde suo* en su corazón (Lc 2,51); pues es de él, en efecto, de donde arranca esencialmente la oración. Cuando Nuestro Señor enseñaba a orar a sus discípulos, no les decía: «Os entretendréis en tales o cuales raciocinios», sino más bien: «Manifestaréis los afectos de vuestros corazones de hijos». «Así habréis de orar: Padre nuestro... Santificado sea tu nombre...» Las peticiones que Jesucristo nos manda hacer, dice San Agustín, son la norma a que debemos ajustar los deseos de nuestro corazón [*Verba quæ Dominus noster Iesus Christus in oratione docuit forma est desideriorum*. Sermo LVI, c. 3]. Un alma (y no es más que un supuesto) que limitase regularmente su trabajo al raciocinio intelectual, aun cuando versare sobre materias de fe, no haría oración. [Así se expresa sobre este particular, Saudreau, cuyas obras ascéticas son bastante conocidas; lo que va entre guiones lo añadimos nosotros: «Notémoslo bien, la súplica es la parte capital de la oración, o por mejor decir, la oración empieza con ella. Mientras el alma no se vuelve a Dios para hablarle —para alabarle, bendecirle, glorificarle; para deleitarse en sus perfecciones, para dirigirle sus súplicas, para entregarse a sus inspiraciones— puede, en verdad meditar, pero no ora ni hace oración. Se encuentran personas que se engañan y pasan la media hora del ejercicio de a meditación *reflexionando*, sí, pero sin decir nada a Dios: y aun cuando a tales cavilaciones hayan juntado deseos piadosos y generosas resoluciones, con todo, no han hecho verdadera oración; sin duda alguna, no sólo ha obrado el entendimiento, sino que también se ha conmovido el corazón, y se ha sentido impulsado hacia el bien con ímpetu y ardor, pero no se ha derramado en el corazón de Dios. Tales meditaciones, aunque no del todo inútiles, pronto producen cansancio y con frecuencia desaliento y abandono de tan santo ejercicio». *Los grados de la vida espiritual*.— Véase también R. P. Schrijvers, C. SS. R., *La bonne volonté*, II part., cap.I, *L'oraison*]. De aquí resulta que se encuentran almas, aun entre los principiantes, que sacan más fruto de una simple lectura «entreverada», con afectos y suspiros del corazón, que de un ejercicio en el cual únicamente se ejercita la razón.

En este ejercicio no podrán evitarse al principio ciertos «tanteos», mas para precaverse de las ilusiones de la pereza debe el alma necesariamente ayudarse del consejo de un director experimentado.

4. De cuánta importancia sea en la vía iluminativa la contemplación de los misterios de Cristo: el estado de oración

La experiencia, empero, demuestra que a medida que un alma progresa en los caminos de la vida espiritual, el trabajo discursivo del raciocinio va aminorándose. ¿Por qué? —Porque el alma, penetrada de las verdades

cristianas, no precisa reunir conocimientos sobre la fe; ya los posee, y no tiene otro trabajo que conservarlos y renovarlos por medio de santas lecturas.

De aquí resulta que el alma, así empapada y poseída de las verdades divinas, no necesita entretenerse en prolongadas consideraciones; ya es dueña de todos los elementos materiales de la oración. Sin otra preparación, y sin el trabajo discursivo, que necesitan por lo regular las que aún no han adquirido tales conocimientos, puede entrar en conversación con Dios.

Esta ley fundada en la experiencia no está exenta, naturalmente, de excepciones que es preciso respetar cuidadosamente. Hay almas muy aventajadas en los caminos de la vida espiritual que ni saben ni pueden ponerse en oración sin ayuda de un libro, la lectura les sirve, por decirlo así, como de cebo y acicate; no deben, por tanto, abandonarla, otras almas no saben conversar con Dios si no recurren a la oración vocal; se les perjudicaría si se les lanzara por otro camino, mas por lo general, es evidente que, a medida que el alma progresa en la luz de la fe y en fidelidad, la acción del Espíritu Santo toma mayores proporciones, y cada vez siente menos la necesidad de recurrir al raciocinio para encontrar a Dios.

Sucede esto sobre todo, y la experiencia lo demuestra, respecto de aquellas almas que tienen un conocimiento más arraigado y más desarrollado de los misterios de Cristo.

Véase lo que San Pablo escribía a los primeros cristianos: «Permanezcan en vuestros corazones y con abundancia las palabras de Cristo» (Col 3,16).

El gran Apóstol deseaba esto a fin de que los fieles ose instruyesen y exhortasen unos a otros con sabiduría.— Pero esta recomendación sirve también para nuestras relaciones con Dios. ¿Cómo?

La palabra de Cristo está contenida en los Evangelios, los cuales encierran, juntamente con las Epístolas de San Pablo y de San Juan, la exposición más sobrenatural, por ser inspirada, de los misterios de Cristo. Allí encuentra el hijo de Dios los mejores títulos de su adopción divina y el ejemplar mas directo de su conducta. A través de ellos, Jesucristo se nos manifiesta en su existencia terrena, en su doctrina en su amor. Allí encontramos la mejor fuente de conocimiento de Dios, de su naturaleza, sus perfecciones, sus obras: «Dios ha hecho brillar en nuestros corazones su claridad, que resplandece en el rostro de Jesucristo» (2Cor 4,6). Jesucristo es la gran revelación de Dios al mundo. Dios nos dice: «Este es mi Hijo muy amado, escuchadle». Como si nos dijese: «si queréis darme gusto, mirad a mi Hijo, imitadle; no os pido otra cosa, porque en eso consiste vuestra predestinación, en que seáis como mi Hijo».

El camino más directo para llegar a conocer a Dios es, pues, el mirar a Nuestro Señor y contemplar sus acciones; quien lo ve, ve a su Padre, ya que es uno con El, y no hace sino lo que puede agradarle, ya que cada uno de sus actos es objeto de las complacencias del Padre y merece los

propongamos a nuestra contemplación. «Y veo yo claro, escribe Santa Teresa, y he visto después que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplación; por aquí va seguro. Este Señor Nuestro es por quien nos vienen todos los bienes: El lo enseñará; mirando su vida es el mejor dechado». Y añade luego: «Mas que nosotros de maña y con cuidado nos acostumbremos a no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre, y pluguiese al Señor fuese siempre, esta sacratísima Humanidad, esto digo que no me parece bien y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho, que le parece anda llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano» [*Vida*, c. 22. Vale la pena leer por entero este magnífico capítulo para ver cómo deplora la Santa el haber malgastado tanto tiempo, sólo por no haberse dado en la oración a contemplar la Humanidad sagrada de Jesús].

Mas Cristo no solamente obró, sino que también habló (Hch 1,1). Sus palabras todas nos revelan los secretos divinos, y no habla sino de lo que ve. Sus palabras, El mismo nos lo dice, son para nosotros espíritu y vida, son vida de nuestra alma, no ya al modo de los sacramentos, sino en cuanto son luz que alumbraba y vigor que nos sostiene. Las palabras y acciones de Jesús son para nosotros otros tantos motivos de confianza y de amor, y principios de acción.

Veis por qué las palabras de Cristo deben «permanecer en nosotros», si han de ser, como deben, principios de vida; veis también por qué resulta tan útil al alma que desea vivir de oración, leer y releer el Evangelio, seguir a la Iglesia nuestra Madre cuando nos representa los hechos y nos recuerda las palabras de Jesús a lo largo del ciclo litúrgico... Al hacer pasar ante nuestros ojos las etapas todas de la vida de Cristo, Esposo suyo y hermano mayor nuestro, la Iglesia nos proporciona materia abundante con la que el alma pueda alimentar su oración. El alma que sigue así paso a paso a Nuestro Señor, dispone, suministrados por la Iglesia, de todos los elementos materiales que le son necesarios para la oración; en ella, sobre todas las cosas, es donde el alma fiel encuentra al «Verbo de Dios», y, unida a El por la fe, es fecundada sobrenaturalmente, ya que la menor palabra de Jesús es para ella luz deslumbradora, venero de vida y de paz.

El Espíritu Santo es quien nos hace comprender la fecundidad de estas palabras. ¿Qué dijo Jesús a sus discípulos antes de subir al cielo? «Os enviaré el Espíritu Santo, y El os recordará cuanto os tengo dicho» (Jn 14,26). En lo cual no ha de verse una vana promesa, porque las palabras de Cristo no pasan. Cristo, Verbo encarnado, nos dio su divino Espíritu el día del Bautismo. El y su Eterno Padre nos le enviaron, porque el Bautismo nos hizo hijos del Padre y hermanos de Jesucristo. Su Espíritu

mora en nosotros. «Permanece con vosotros y está en vosotros» (Ib 14,17). Mas, ¿para qué está en nosotros ese Espíritu de verdad? Nuestro Señor mismo nos lo dice: «El Espíritu viene en vosotros para recordaros mis palabras». ¿Y cuál es el sentido de estas palabras del Salvador? Cuando consideramos las acciones de Cristo y sus misterios, sirviéndonos, por ejemplo, de la lectura de los Evangelios, repasando una vida de Nuestro Señor, o bien siguiendo las instrucciones de la Iglesia en el curso del año litúrgico, ocurre a veces que, un día cualquiera, tal palabra que habíamos leído y releído cien veces, sin que nos hubiera llamado la atención, cobra de repente a nuestros ojos un relieve y sentido sobrenatural totalmente nuevo; es como un rayo de luz que el Espíritu Santo alumbraba en el fondo de nuestra alma; es la revelación súbita de un venero de vida hasta entonces insospechado. Es como si un nuevo horizonte más extenso y luminoso se abriese ante los ojos del alma; es un mundo sin explorar que el Espíritu nos descubre. El Espíritu Santo, a quien la liturgia llama «el dedo de Dios», *Digitus Dei* [Himno *Veni Creator*], graba y esculpe en el alma esa palabra divina, que perdurará en ella como luz esplendorosa, como un principio de acción; y si el alma es humilde y dócil, esa palabra divina va poco a poco obrando silenciosa pero eficazmente.

Si todos los días reservamos algún ratito, largo o breve, según nuestras aptitudes y los deberes de nuestro estado, para conversar con el Padre celestial, para recoger sus inspiraciones y escuchar los llamamientos del Espíritu, sucederá entonces que las palabras de Cristo, las *Verba Verbi*, como dice San Agustín, serán cada vez más frecuentes e inundarán el alma con raudales de luz, abriendo en ella fuentes inagotables de vida. Así se cumplirá la promesa de Jesús, que dijo: «Si alguien tiene sed, que venga a Mí y beba; el que cree en Mí, ríos de agua viva correrán de su vientre». Y añade al punto San Juan: «Esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El» (Jn 7, 37-38).

El alma, a su vez, traduce constantemente sus sentimientos en actos de fe, de dolor y compunción, de confianza y de amor, o de complacencia y de entrega a la voluntad del Padre celestial; se mueve en un ambiente del todo divino; la oración llega a ser su respiración y como su vida; en ella vive habitualmente, y, por tanto, no ha menester esfuerzo para encontrar a Dios, aun en medio de las ocupaciones más absorbentes.

Los momentos que dedica diariamente al *ejercicio* formal de la oración, no son sino la intensificación de ese estado habitual de dulce reposo y unión con Dios en que le habla interiormente y escucha ella misma la voz del Altísimo. Ese estado no es la mera presencia de Dios sino un coloquio interior y amoroso, en que el alma habla a Dios a veces con los labios; ordinariamente con el corazón permaneciendo siempre unida a El, no obstante los múltiples quehaceres diarios. Hay no pocas almas sencillas, pero rectas, que, fieles al llamamiento del Espíritu Santo, alcanzan ese estado tan deseable.

«¡Señor, enséñanos a orar!»...

5. La oración de fe; la oración extraordinaria

Luego sucede que, a medida que el alma va allegándose al soberano Bien, comienza también a participar más de la simplicidad divina. En la meditación nos llegamos a formar alguna idea de Dios mediante aquello que nos dictan la razón y la Revelación; pero a medida que vamos adelantando en la vida espiritual, esos mismos conceptos se van simplificando, aunque nunca podremos concebirle tal cual es. ¿Dónde hallaremos a Dios tal cual es? —Únicamente en la fe pura. La fe es aquí lo que la visión beatífica será en el cielo, donde veremos a Dios cara a cara, y tal como es.

La fe nos revela que Dios es incomprendible. Por lo tanto, cuando hayamos llegado a ver que Dios rebasa infinitamente todas nuestras ideas, por sublimes que nos parezcan, entonces será cuando habremos comenzado a entender algo de lo que es Dios. El concepto que de Dios tenemos, aunque análogo, nos manifiesta, con todo, algo de las *perfeccumes* y *atributos* divinos; en la oración de fe entiende el alma que la *esencia* divina, tal cual es en sí, en su simplicidad trascendental, está muy por encima de todo cuanto se puede figurar la inteligencia, aun ayudada de la Revelación [Santo Tomás, I, q.13, a.2, ad 3]. El alma prescinde de todo cuanto los sentidos, la imaginación y aun la misma inteligencia le representaban, para atender únicamente a lo que la fe le dicta sobre Dios. El alma ha progresado, ha pasado sucesivamente por la esfera de los sentidos y de la imaginación, del conocimiento intelectual y de los símbolos revelados; toca ya el velo del Santo de los Santos; sabe que Dios se le oculta tras ese velo como tras una nube; casi le toca, pero aun no le ve. En semejante estado de la oración de fe, el alma se acoge a Dios, con quien se siente unida, no obstante las tinieblas que sólo la luz beatífica será capaz de disipar; gusta, sin variar mucho de afectos, de Dios, a quien tiene la dicha de poseer. «Sentéme a la sombra de Aquel que deseaba, cuyo fruto es suavísimo a mi garganta» (Cant 2,3). Ha entrado ya en la oración de quietud, adonde se puede asegurar que llegan muchas almas cuando son fieles a la gracia.— Al irse haciendo a este género de oración y familiarizando con él, el alma encuentra en esa simple adhesión de fe, en ese abrazo de amor, el valor la elevación interior, la libertad de corazón, la humildad y la entrega al beneplácito divino, que le son necesarios en el largo caminar hacia el santG monte, hacia la plenitud de Dios. «Una cosa son las muchas palabras y otra el afecto firme y constante» (Epíst., 130, c. 19), dice San Agustín.

Luego, si así place a la Bondad Suprema, Dios mismo hará traspasar a esa alma las lindes ordinarias de lo sobrenatural para darse a ella en misteriosas comunicaciones, en que las facultades naturales, elevadas por la acción divina, reciben, bajo el inilujo de los dones del Espíritu Santo, y, sobre todo, de los de entendimiento y de sabiduría, un modo de operación superior. Los místicos describen los diversos grados de esas operaciones divinas que van acompañadas a veces de fenómenos extraordinarios, como el éxtasis.

No podemos, en modo alguno, subir por nuestros propios esfuerzos a tal grado de oración y de unión con Dios porque dependen únicamente de su libre y soberana voluntad. ¿Se los podrá al menos desear? Si se trata de los fenómenos accidentales que acompañan a la oración, como son las revelaciones, el éxtasis y los estigmas, desde luego que no; pues habría en ello temeridad y presunción; mas tratándose de la sustancia misma de la oración, esto es, del conocimiento puro, simple y perfecto que Dios da en ella de sus perfecciones, del amor encendido que se sigue de ello en el alma, ¡ah!, entonces os diré que deseéis con todas vuestras fuerzas un alto grado de oración y el gozar de la contemplación perfecta.— Porque Dios es el autor principal de nuestra santidad; y en estas comunicaciones es cuando precisamente trabaja con mayor empeño; luego no desearlas sería no desear «amar a Dios con toda nuestra alma, toda nuestra mente, todas nuestras fuerzas y todo nuestro corazón» (Mc 12,30). Además, ¿qué cosa da a nuestra vida todo su valor, quién fija —reserva hecha de la acción divina—, quién determina los grados de nuestra santidad? —Ya os he dicho que es la intensidad del amor con que vivimos y obramos.

Pues bien, prescindiendo por ahora de la acción directa de los sacramentos, ha de decirse que la pureza e intensidad de la caridad se obtienen con abundancia en la oración. Veis por qué nos es tan útil, y por qué asimismo podemos aspirar legítimamente a alcanzar un alto grado de oración.

Claro está que en esto como en todo hemos de someter nuestros deseos a la voluntad de Dios, pues sólo El sabe lo que más conviene a nuestras almas; y aun cuando trabajemos siempre por ser fieles, generosos y humildes, para obedecer en todo momento a la gracia, aun cuando suspiremos por llegar a la cima de la perfección, con todo, conviene mucho no perder nunca la paz del alma, seguros de que Dios es harto bueno y sabio para darnos lo que mas nos conviene.

6. Disposiciones indispensables para hacer fructuosa la oración; pureza de corazón, recogimiento del espíritu, abandono, humildad y reverencia

Volviendo ahora a la oración ordinaria, me queda por decir cuáles son las *disposiciones* de corazón que debemos llevar a ella para que sea fructuosa.

Para hablar con Dios es preciso *despegarse de las criaturas*; no hablaremos dignamente al Padre celestial, si la criatura ocupa ya la imaginación, el espíritu, y, lo que es más, el corazón; de ahí que lo primero, lo más necesario, lo esencial para poder hablar con Dios, es la pureza de alma. Esta es la preparación remota indispensable.

Además debemos procurar orar con recogimiento. El alma ligera, disipada y siempre distraída, el alma que no sabe ni quiere esforzarse por atar a la loca de la casa, es decir: reprimir los desvaríos de la imaginación, no será nunca un alma de oración. Cuando oramos, no nos han de turbar

las distracciones que nos asalten, pero se ha de enderezar de nuevo el espíritu llevándole dulcemente y sin violencia al tema que debe ocuparnos, ayudándonos si es preciso de un libro.

¿Por qué son tan necesarios a la oración esta soledad, aun física, y ese desasimiento interior del alma? —Ya os lo dije antes, con San Pablo: porque es el Espíritu Santo quien ora en nosotros y por nosotros. Y como su acción en el alma es sumamente delicada, en nada la debemos contrariar, so pena de «contristar al Espíritu Santo» (Ef 4,30), porque de otro modo el Espíritu divino terminará por callarse. Al abandonarnos a El, debemos, por el contrario, apartar cuantos estorbos puedan oponerse a la libertad de su acción; debemos decirle: «Habla Señor, porque tu siervo escucha» (1Re 3,10). Pero es de notar que esa su voz no se oirá bien si no es en el silencio interior.

Hemos de permanecer siempre en aquellas disposiciones fundamentales de que os hable al tratar de la preparación a la comunión: no rehusar a Dios nada de cuanto nos pidiere, estar siempre dispuestos, como lo estaba Jesús, a dar en todo gusto a su Padre. «Hago siempre lo que es de su agrado» (Jn 8,29). Disposición excelente, por cuanto pone al alma a merced del divino querer.

Cuando decimos a Dios en la oración: «Señor, tú sólo mereces toda gloria y todo amor, por ser sumamente bueno y perfecto; a ti me entrego, y porque te amo, me abrazo con tu santa voluntad» entonces responde el Espíritu divino, indicándonos alguna impertección que corregir, algún sacrificio que aceptar, alguna obra que realizar; y, amando, llegaremos a desarraigar todo cuanto pudiera ofender la vista del Padre celestial y a obrar siempre según su agrado.

Para eso se ha de entrar en la oración con aquella reverencia que conviene en presencia del Padre de la Majestad [*Patrem immensæ maiestatis*. Himno *Te Deum*]. Aunque hijos adoptivos de Dios, somos simples hechuras suyas, y aun cuando se digne comunicarse a nosotros, no por eso deja de ser Dios el Señor de todo: el Ser infinitamente soberano (2Mac 14,35). La adoración es la actitud que cuadra mejor al alma delante de su Dios. «El Padre gusta de aquellos que le adoran en espíritu y en verdad». Notad el sentido íntimo de estas dos palabras: «Padre... adoran». ¿Qué otra cosa nos predicán sino que, si bien llegamos a ser hijos de Dios, no dejamos por eso de ser criaturas suyas?

Dios quiere, además, que, mediante ese respeto humilde y profundo, reconozcamos lo nada que somos y valemos. Subordina la concesión de sus dones a esta confesión, que es a la vez un homenaje a su poder y a su bondad. «Resiste Dios a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia» (Sant 4,6). Bien a las claras nos enseñó el Señor esta doctrina en la parábola del fariseo y del publicano.

Mas todavía debe abundar en mayores sentimientos de humildad el alma que ofendió a Dios por el pecado; en este caso, es preciso que manifieste la compunción interior con que lamenta sus extravíos, y que caiga de hinojos ante el Señor, cual otra Magdalena pecadora.

Pero nuestros pecados pasados y actuales miserias, no nos han de alejar atemorizados de Dios. Acaso me diréis, ¿quién tendrá cara para comparacer ante el divino acatamiento, sobre todo viéndose tan feo y tan ruin, y a «Dios tan grande, tan santo y tan perfecto?» Verdad que estábamos muy alejados del Padre, pero ya nos acercó a El Jesús. «Habéis sido atraídos a su lado, por la sangre de Cristo» (Ef 2,13).— «¡Soy tan miserable!» Ciertamente, pero Cristo nos da también sus riquezas para presentarnos al Padre.— «¡He mancillado tanto mi alma!» Pues ahí tienes la sangre de Cristo que la ha devuelto toda hermosura. Porque Cristo, y sólo El, es quien suple a nuestro alejamiento, a nuestra miseria, a nuestra indignidad, en El nos hemos de apoyar cuando oramos; El, en la Encarnación, salvó el abismo que separaba al hombre de Dios.

7. Solo la unión con Cristo por la fe puede hacer fecunda la vida de oración; alegría que produce en el alma

Es de tal importancia esto para las almas que aspiran a la vida de oración, que creo útil insistir en ello. Bien sabéis que entre Dios y nosotros, entre el Creador y la criatura media un abismo infinito. Sólo Dios puede decir: «Yo soy el ser subsistente por mí mismo» (Ex 3,14). Todos los demás seres han salido de la nada. ¿Quién tenderá el puente sobre este abismo? —Cristo Jesús que es el mediador y el pontífice por excelencia; únicamente por El podremos remontarnos a Dios. En esto es terminante la palabra del Verbo encarnado. «Nadie va al Padre sino por Mí» (Jn 14,6); como si dijera: «No llegaréis a la Divinidad sino pasando por mi humanidad; porque yo soy, no lo olvidéis jamis, yo soy el camino, el único camino». Sólo Cristo, Dios y Hombre, nos eleva hasta el Padre, y por ahí se ve cuánto importa tener fe viva en El. Si tenemos esta fe en el poder de su humanidad, ya que es la humanidad de un Dios, estaremos seguros de que Cristo puede ponernos en contacto con Dios. Porque, y ya os lo he dicho repetidas veces, el Verbo, al unirse a nuestra naturaleza, en principio nos unió a todos con El. Jesús nos introduce, unidos a El por la gracia, en el santuario inaccesible de la divinidad, donde moraba ya antes de que fuera creado el tiempo. «Y el Verbo existía delante de Dios» (Ib 1,1). Nos introduce consigo en «el Santo de los Santos» (Heb 9,12), como dice San Pablo.

Por Cristo somos hechos hijos de Dios (Gál 4, 4-5); merced también a El, unidos a El, podemos obrar como cumple a hijos de Dios, y llenar los deberes que dimanen de nuestra adopción divina. Por lo tanto, debiéndonos presentar a Dios en la oración como hijos adoptivos suyos, preciso será presentarnos con Cristo y por Cristo. Antes de ponernos a orar, hemos de unirnos siempre, con la intención y el afecto, a nuestro Señor, pidiéndole que El mismo se digne presentarnos al Padre. Hay que unir, pues, nuestras plegarias a las que Jesús elevaba desde este suelo, a esa oración sublime que en calidad de mediador y pontífice prosigue allá en el cielo. «Siempre vive para interceder por nosotros» (Heb 7,25).

Ved cómo Nuestro Señor santificó de antemano nuestras oraciones con su ejemplo, «pues pasaba las noches en oración con Dios» (Lc 6,12). San Pablo nos dice que ese divino pontífice, «en los días de su vida mortal, elevó ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Heb 5,7). «Ahí tienes, cristiano, dice San Ambrosio al hablar de la oración de Cristo ahí tienes el modelo que imitar» (*Expos, Evang. in Lc.*, Lib V, c. 6). Jesús oró por sí mismo cuando pidió al Padre lo glorificara (Jn 17,5); oró por sus discípulos, no para que fueran sacados de este mundo, sino para que se viesan libres del mal, porque pertenecen por El al Padre (*ib.* 9); oró por todos cuantos habíamos de creer en El (*ib.* 20).

Jesús nos dejó, además, una fórmula admirable de oración en el Padrenuestro, donde se pide todo cuanto un hijo de Dios puede pedir a su Padre que está en los cielos.— «¡Oh Padre!, santificado sea tu nombre»; obre yo en todo para mayor gloria tuya, y constituya ella el primer objetivo de todos mis actos. «Venga a nosotros tu reino»; a mí y a todas vuestras criaturas; sed Vos siempre el verdadero amo y señor de mi corazón, y que en todo, sea para mí agradable o adverso, se cumpla tu voluntad; que yo pueda decir, como vuestro Hijo Jesús, que vivo para Vos.— Todas nuestras súplicas, dice San Agustín, debieran reducirse esencialmente a esos actos de amor, a esas aspiraciones, a esos santos deseos que Cristo Jesús, el embeleso del Padre, puso en nuestros labios, y que su Espíritu, el Espíritu de adopción, repite en nosotros (San Agustín, *Sermo LVI*, c. 3).

Es la oración por excelencia de todo hijo de Dios.

Mas no sólo santificó Nuestro Señor con su ejemplo nuestras oraciones, no sólo nos dejó de ellas un modelo, sino que las apoya con su crédito divino e infalible, porque nuestro Pontífice tiene siempre derecho a ser escuchado. «Fue atendido en razón de su dignidad» (Heb 5,7); El mismo nos tiene dicho que todo cuanto pidamos al Padre en su nombre, esto es, poniéndole como valedor, nos será otorgado. Cuando nos presentemos a Dios, desconfiemos de nosotros mismos, pero sobre todo avivemos nuestra fe en el poder que Jesús, jefe y hermano mayor nuestro, tiene para introducirnos en la cámara de su Padre, que es también Padre nuestro. «Subo a mi Padre, que es también vuestro Padre» (Jn 20,17).— Porque si esta fe es viva, nos uniremos por su medio estrechamente con Jesucristo, y «Cristo, que mora en nosotros por la fe» (Ef 3,17) nos sube hasta el Padre. «Quiero, Padre, que los míos estén conmigo donde yo esté» (Jn 17,24). ¿Dónde está El? En el seno del Padre. Estamos por la fe donde El está en la realidad, en el seno del Padre. «En Cristo, dice San Pablo, por la fe tenemos seguridad y entrada confiada con Dios» (Ef 3,12). Entonces comienza la oración; Cristo, por su Espíritu, ora con nosotros y por nosotros (Heb 7,25). ¡Qué motivo más poderoso para atrevernos a comparecer confiados ante Dios! Si nos presenta Cristo, que nos mereció la filiación divina, señal cierta de que no somos ya huéspedes y advenedizos, sino hijos (Ef 1,19), podemos desde luego entregarnos a las expansiones de un amor tierno, que es perfectamente compatible con un

respeto profundo. El Espíritu Santo, Espíritu de Jesús, combina con sus dones de, temor y de piedad esos sentimientos de adoración rendida y de ilimitada confianza, que a primera vista parecen sentimientos reñidos, y da a nuestra actitud interior el carácter que conviene a nuestras relaciones con Dios.

Apoyaos, pues, en Jesucristo. El nos tiene dicho: «Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, yo mismo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn 14,13). «Hasta hoy nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, de modo que vuestro gozo sea cumplido» (*ib.* 16,24). Pedir en nombre de Jesús es pedir aquello que es conforme a nuestra salvación, viviendo unidos siempre con El por fe y amor, como miembros vivos de su cuerpo místico. «Cristo, dice, San Agustín, ruega por nosotros en calidad de Pontífice; ora en nosotros porque es nuestra Cabeza» [*Orat pro nobis ut sacerdos noster; orat in nobis ut caput nostrum. Enarr. in Ps. LXXXV, c. 1*]. Por eso, añade el Santo, no puede el Padre Eterno separarnos de Cristo, como no se puede separar el cuerpo de su cabeza; al mirarnos, ve en nosotros a su Hijo, porque formamos un todo con El.

De ahí también resulta que al concedernos el Padre lo que le pide su Hijo en nosotros y para nosotros, es «glorificado en su mismo Hijo», porque el Padre cifra toda su gloria en amar a su Hijo y en complacerse en El. Dice Santa Teresa que «mucho contenta a Dios ver un alma que con humildad pone por tercero a su Hijo» (*Vida, cap.22*). ¿Qué otra cosa hace la Iglesia, la Esposa de Cristo, al terminar siempre sus oraciones con el nombre de su divino Esposo, «que vive y reina en los cielos con el Padre y el Espíritu Santo»?

Y así nuestro gozo será completo. No aquí abajo, donde aun es preciso luchar, y donde no siempre veremos en seguida satisfechos todos nuestros deseos, «porque el hombre que siembra hoy, no espera para mañana mismo la cosecha», según frase de San Agustín (*Tract. in Joan., 73, n.4*); mas entretanto se va perfeccionando poco a poco ese gozo íntimo de sentirse hijo de Dios, gozo y confianza que serán un día colmados en la eterna bienaventuranza. Porque el alma que de veras se da a la oración, se va desasiendo más y más de todo lo terreno, para penetrar más profundamente en la vida de Dios.

Procuremos, pues, ser de esas almas unidas a Dios por medio de la oración; pidamos al Señor que nos conceda ese don preciosísimo, manantial él mismo de muchas grandes gracias; pidámoselo en la medida que nos conceda ese don preciosísimo, manantial él mismo de muchas grandes gracias que Dios nos otorga por Cristo, estemos seguros de que viviremos cada vez más conforme al espíritu de nuestra adopción y se irá afianzando en nosotros la cualidad inestimable de hijos de Dios, «para gloria de nuestro Padre celestial y colmo de nuestro gozo» (Jn 14,13; 16,24).

Amaos los unos a los otros

Hemos visto en las páginas que anteceden cómo la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, fe viva, práctica, que se manifiesta, bajo la influencia del amor, en obras de vida, que se alimenta con la Eucaristía y la oración, nos lleva gradualmente a la unión íntima con Cristo hasta el punto de transformarnos en El.

Pero si queremos que esa transformación de nuestra vida en la de Cristo Jesús sea completa y verdadera, y no halle obstáculo para su perfección, necesario es que el amor que profesamos a Nuestro Señor Jesús irradie en torno nuestro y se derrame sobre todos los hombres. Es lo que San Juan nos indica al resumir toda la vida cristiana en estas palabras: «El mandamiento de Dios es que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos mutuamente» (Jn 3,23).

Os he mostrado hasta aquí cómo se ejercita la fe en Nuestro Señor, réstame deciros ahora cómo hemos de realizar su precepto del mutuo amor. Veamos, pues, por qué Cristo Jesús puso en este precepto de la caridad para con sus miembros, como el complemento del amor que debemos tener para con su divina persona, y cuáles son los elementos que integran esa caridad.

1. La caridad fraterna, mandamiento nuevo y signo distintivo de las almas que pertenecen a Cristo. Por qué el amor para con el prójimo es la manifestación del amor para con Dios

¿Cuándo oyó San Juan ese mandamiento que nos transmite? En la última Cena. Había llegado el día por el que con tanto ardor suspiraba Jesús. «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes

de padecer» (Lc 22,15). Había comido la Pascua con sus discípulos, pero reemplazando las figuras y símbolos por una realidad divina, acababa de instituir el sacramento de la unión y de dar a los Apóstoles el poder de perpetuarle, y antes de entregarse a la muerte, abre su Corazón Sagrado para revelar los secretos a sus «amigos», es éste como el testamento de Jesús. «Un mandamiento nuevo os doy, les dice: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 23,34); y al final de su discurso renueva el precepto: «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros» (*ib.* 15,12).

Dice, en primer lugar, Nuestro Señor, que el amor que debemos tenernos los unos a los otros es un mandamiento nuevo. ¿Por qué le llama así?

Cristo llama «nuevo» el precepto de la caridad *cristiana*, porque no había sido explícitamente promulgado, al menos en su acepción universal, en el Antiguo Testamento. Es cierto que el precepto del amor de Dios estaba explícitamente promulgado en el Pentateuco, y el amor de Dios lleva *implícitamente consigo* el amor del prójimo; algunos grandes Santos del Antiguo Testamento, ilustrados por la gracia, comprendieron que el deber del amor fraterno abarcaba a toda la raza humana, pero en ninguna parte de la Antigua Ley se halla el mandato *expreso* de amar a *todos los hombres*. Los israelitas entendían el precepto: «No odiarás» a tu *hermano*... No guardarás rencor contra los *hijos de tu pueblo*; amarás a «tu *prójimo* como a ti mismo» (Lev 19,15,18), no a todos los hombres, sino al prójimo en sentido limitado (la palabra hebrea indica que prójimo significa los de su raza, compatriotas, congéneres). Además, como Dios mismo había prohibido a su pueblo toda clase de relaciones con ciertas razas, y aun mandó exterminarlas (a los cananeos) [se comprende este rigor de Yavé para con las ciudades sumidas en la más grande inmoralidad e idolatría; su contacto hubiera sido irremisiblemente fatal a los israelitas], los judíos añadieron, en una interpretación arbitraria, no inspirada por Dios: «Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo». El precepto *explícito* de amar a todos los hombres, incluidos los enemigos, no estaba, pues, promulgado y ratificado antes de Jesucristo. Por eso le llama mandamiento «nuevo» y «su» mandamiento.

Y en tanto aprecio tiene la guarda de este mandamiento, que pide a su Padre que infunda en sus discípulos esa mutua dilección: «Padre santo, conserva en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros somos uno; yo estoy en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad» (Jn 17,11 y 23).

Notad bien que Jesús hizo esta oración, no sólo por sus Apóstoles, sino por todos nosotros. «No ruego sólo por ellos, dice, sino también por todos aquellos que creerán en Mí, para que todos sean una sola cosa, como Tú, Padre mío, estás en Mí y yo en Ti, a fin de que ellos también sean uno en nosotros» (*ib.* 20,21).

Así, pues, este precepto del amor a nuestros hermanos es el supremo anhelo de Cristo; y de tal modo desea le pongamos en práctica, que hace

de él, no un consejo, sino un mandamiento, su mandamiento, y considera su cumplimiento como señal infalible para reconocer quiénes son sus discípulos (*ib.* 13,35). Es una señal al alcance de todos, y no ha dado otra: no puede haber engaño; el amor sobrenatural que os tendréis los unos a los otros será prueba inequívoca de que me pertenecéis de veras. Y, en efecto, por esta señal reconocían los paganos a los cristianos de la primitiva Iglesia: ¡*Mirad*, se decían, *cómo se aman!* (Tertuliano, *Apolog.*, c. 39).

De esta señal se servirá también Nuestro Señor el día del Juicio para distinguir a los escogidos de los réprobos; El mismo nos lo dice; oigámosle: es la verdad infalible. Después de la resurrección de los muertos, el Hijo del Hombre estará sentado en su trono de gloria; las naciones estarán reunidas ante El; colocará a los buenos a su diestra, y a su siniestra a los malos; y dirigiéndose a los buenos, les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, posesionaos del reino que os está preparado desde el principio del mundo». ¿Qué razón les dará? «Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; huésped fui, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme». Y los justos se extrañarán, pues nunca vieron a Cristo en tales necesidades. Pero El les responderá: «En verdad os digo, cuantas veces lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).— Hablará luego dirigiéndose a los malos, los separará para siempre de El, los maldecirá. ¿Por qué? Porque ellos no le amaron en la persona de sus hermanos.

Así, de la boca misma de Jesús, sabemos que la sentencia que decidirá de nuestra suerte eterna estará basada en el amor que hayamos tenido a Jesucristo, representado en nuestros hermanos. Al comparecer delante de Cristo en el día postrero, no ha de preguntarnos si hemos ayunado mucho, si hemos vivido en continua penitencia, si hemos pasado muchas horas en oración; no, sino si hemos amado a nuestros hermanos y los hemos asistido en sus necesidades. ¿Acaso, pues, prescindirá de los demás mandamientos? Ciertamente que no; pero de nada habrá servido guardarlos, si no hemos guardado este de amarnos los unos a los otros, tan grato a sus divinos ojos, que El mismo le llama su mandamiento.

Por otra parte, es imposible que un alma sea perfecta en el amor del prójimo si en ella no existe el amor de Dios, amor que de rechazo se extiende a todo lo que Dios ama. ¿Por qué motivo? Porque la caridad — ya tenga a Dios por objeto, o se ejercite con el prójimo— es *una* en su *motivo* sobrenatural que es la infinita perfección de Dios (+Santo Tomás, II-II, q.25, a.1). Por consiguiente quien de veras ama a Dios, amará necesariamente al prójimo. «La caridad perfecta para con el prójimo, decía el Padre Eterno a Santa Catalina de Sena, depende esencialmente de la perfecta caridad que se tiene para conmigo. El mismo grado de perfección o imperfección que el alma pone en su amor para conmigo, será el del amor que tiene a la criatura» (*Diálogo.*, trad. Hurtaud, II, p. 199). Además, son tantas las causas que nos alejan del prójimo: el egoísmo, los

intereses encontrados, la diferencia de carácter, las injurias recibidas, que, si amáis real y sobrenaturalmente a vuestro prójimo, no puede menos de reinar en vuestra alma el amor de Dios y, con el amor de Dios, las demás virtudes que El nos manda cultivar. Si no amáis a Dios, vuestro amor al prójimo no resistirá mucho tiempo a los embates y dificultades que forzosamente le saldrán al paso en su ejercicio.

No sin razón señala, pues, Nuestro Señor esta caridad como signo distintivo mediante el cual infaliblemente se reconocerá a sus discípulos. Por eso escribe San Pablo que todos los mandamientos «se resumen en estas palabras: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Rm 13, 9-10) y de un modo aun más explícito: «Toda la ley se compendia en esta sola frase: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gál 5,14).

Esto mismo es lo que tan maravillosamente expresó San Juan: «Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y su amor es perfecto en nosotros» (1Jn 4,12). Como Cristo, cuyas últimas palabras oyó, repite San Juan que la caridad es la señal de los hijos de Dios: «Sabemos —notad la certeza soberana que expresa este vocablo «sabemos»— que hemos pasado de la muerte a la vida (sobrenatural y divina), si amamos a nuestros hermanos. El que no ama, permanece en la muerte» (*ib.* 3,14). «¿Queréis saber, dice San Agustín, si vivís vida de gracia, si estáis a bien con Dios, si realmente formáis parte de los discípulos de Cristo si vivís de su Espíritu? Examinaos y ved si amáis a los hombres vuestros hermanos, a todos sin excepción, y si los amáis por Dios; ahí encontraréis la respuesta. Y esa respuesta no engaña» (*In Epist. Joan., Tract. VI, c. 3*).

Oíd también lo que dice Santa Teresa acerca de esto: la cita es algo larga, pero muy clara y terminante: «Acá solas estas dos (cosas) que nos pide el Señor, amor de su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El»... Ese es el fin; mas, ¿cómo estaremos seguros de alcanzarlo? «La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, prosigue la Santa, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, cómo andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que, según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo» (*Moradas, 5^a, c. 3*).

La gran Santa no es en esto más que el eco fiel de la doctrina de San Juan. «Mentiroso», llama este Apóstol heraldo del amor al que dice: «Amo a Dios» y odia a su hermano; pues dice el gran Apóstol: «Si no amáis a vuestro hermano, a quien veis, ¿cómo amaréis a Dios, a quien no veis?» (Jn 4,20). ¿Qué quieren decir esas palabras?

Debemos amar a Dios *totaliter y totum*.

Amar a Dios *totaliter*, «totalmente», es amarle con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas; es amar a Dios aceptando sin restricción alguna cuanto ordena y dispone su santa voluntad.

Amar a Dios *totum* es amar a Dios y todo aquello a que Dios tiene a bien asociarse. Y ¿qué es lo que Dios se ha asociado? —En primer lugar, se ha asociado en la persona del Verbo la humanidad de Cristo, y por eso no podemos amar a Dios sin amar a la vez a Cristo Jesús. Cuando decimos a Dios que queremos amarle, Dios nos pide, ante todas las cosas, que aceptemos esa humanidad unida personalmente a su Verbo: «Este es mi Hijo: oídle». —Pero el Verbo, al asumir la naturaleza humana, se ha unido en principio a todo el género humano con unión mística: Cristo es el primogénito de una multitud de hermanos, a quienes Dios hace participantes de su naturaleza, y con los cuales quiere compartir su vida divina, su propia bienaventuranza. De tal modo le están unidos, que Cristo mismo declara «que son como dioses», es decir, semejantes a Dios (Jn 10,34. +Salmo 81,6). Son por gracia lo que Jesús es por naturaleza: los hijos bienamados de Dios. Aquí tenemos ya la razón íntima del precepto que Jesús llama «su mandamiento», la razón profunda por la cual su importancia es tan vital. Desde la Encarnación y por la Encarnación, todos los hombres están unidos a Cristo de derecho, si no de hecho, como los miembros están, en un mismo cuerpo, unidos con la cabeza; sólo los condenados están para siempre separados de esa unión.

Hay almas que buscan a Dios en Jesucristo, que aceptan la humanidad de Cristo, y ahí se detienen. No basta; es menester que aceptemos la Encarnación con todas las consecuencias que de ella derivan; no debemos limitar la ofrenda de nosotros mismos a la sola humanidad de Cristo, sino extenderlo a su cuerpo místico. Por eso, no lo echéis jamás en olvido, pues aquí tocamos uno de los puntos más importantes de la vida espiritual: desamparar al menor de nuestros hermanos es desamparar a Cristo mismo; aliviar a cualquiera de ellos es aliviar a Cristo en persona. Cuando hieren a uno de vuestros miembros, vuestro ojo o vuestro brazo, a vosotros mismos os hieren; de igual modo, maltratar a cualquiera de nuestros prójimos es maltratar a un miembro del cuerpo de Cristo, es herir al mismo Cristo. Y por eso nos dijo Nuestro Señor que «cuanto bien o mal hiciéremos al más pequeño de sus hermanos, a El mismo se lo hacemos». Nuestro Señor es la Verdad misma; nada puede enseñarnos que no vaya fundado en una realidad sobrenatural. Ahora bien, por lo que a esto se refiere, la realidad sobrenatural que conocemos por la fe es que Cristo, al encarnarse, se unió místicamente a todo el género humano; luego, no aceptar y no amar a todos cuantos pertenecen o pueden pertenecer a Cristo por la gracia, es no aceptar y no amar al propio Jesucristo.

En el relato de la conversión de San Pablo hallamos una clara confirmación de esta verdad. Respirando odio contra los cristianos, se encamina a la ciudad de Damasco para encarcelar a los discípulos de Cristo; en el

camino el Señor le derriba al suelo y Saulo oye una voz que le dice: «¿Por qué me persigues?» «¿Quién eres Señor», pregunta Pablo. Y le responden: «Soy Jesús, a quien tú persigues». Cristo no dice: «¿Por qué persigues a mis discípulos?» No; se identifica con ellos, y los golpes que el perseguidor descarga sobre ellos recaen en el mismo Cristo: «Soy Jesús, a quien tú persigues (Hch 9,4-5)».

Rasgos parecidos abundan en la vida de los Santos. Mirad a San Martín; es soldado, sin bautizar todavía; en el camino encuentra a un pobre: movido a compasión, parte con él su capa. A la mañana siguiente, Cristo se le aparece vestido con la parte del manto dado al pobre, y Martín, maravillado, escucha estas palabras: «Tú eres quien me ha vestido con este abrigo». Mirad también a Santa Isabel de Hungría. Cierta día, ausente el duque su marido, encuentra a un leproso abandonado de todos. Tómale y le lleva a su misma cama. Sábelo el duque a su vuelta, y lleno de ira quiere arrojar de casa al pobre leproso. Pero al acercarse al lecho, ve la imagen de Cristo crucificado.

Se lee también en la vida de Santa Catalina de Sena que un día se hallaba en la iglesia de los Padres Dominicos: llegóse a ella un pobre y le pidió limosna por amor de Dios. Nada tenía que darle, pues no solía llevar nunca ni oro ni plata. Rogó, pues, al pobre que esperase a que volviese a casa, prometiéndole darle entonces con largueza limosna de cuanto hallase en casa. Pero el pobre insistió: «Si tenéis alguna cosa de que podáis disponer, os la pido aquí, pues no puedo aguardar tanto tiempo». Perpleja Catalina, discurría cómo hallar algo con que poder remediar su necesidad; halló por fin una crucecita de plata que llevaba consigo, y gozosa se la dio al pobre, que se marchó contento. En la siguiente noche, Nuestro Señor se apareció a la Santa llevando en la mano la crucecita adornada con piedras preciosas. «Hija, ¿reconoces esta cruz?» «Cierta, la reconozco, respondió la Santa, mas no era tan hermosa cuando era mía». Y el Señor replicó: «Me la diste tú ayer por amor a la virtud de caridad; las piedras preciosas simbolizan ese amor. Yo te prometo que en el día del Juicio, delante de la asamblea de los ángeles y de los hombres, te presentaré esta cruz tal como tú la ves, para que tu alegría sea cumplida. En aquel día, en que manifestaré solemnemente la misericordia y la justicia de mi Padre, no dejaré sin publicar la obra de misericordia que has realizado conmigo» (*Vida*, por el B. Raimundo de Capua, lib. II, c. 3).

Cristo se ha convertido en nuestro prójimo, o por mejor decir, nuestro prójimo es Cristo, que se presenta a nosotros bajo tal o cual forma. Se presenta a nosotros: paciente en los enfermos, necesitado en los menesterosos, prisionero en los encarcelados, triste en los que lloran. Por la fe, le vemos así en sus miembros; y si no le vemos, es porque nuestra fe es tibia y nuestro amor imperfecto.— He ahí la razón por la que San Juan dice: «Si no amamos a nuestro prójimo, a quien vemos, ¿cómo podremos amar a Dios, a quien no vemos?» Si no amamos a Dios en la forma visible con que se presenta a nosotros, es decir, en el prójimo, ¿Cómo podremos decir que le amamos en sí mismo, en su divinidad? (+ Santo Tomás, II-II, q.24, a.2, ad 1).

2. Principio de esa economía; extensión de la Encarnación: no hay más que un solo Cristo; no puede nadie separarse del cuerpo místico sin separarse del mismo Cristo

Ya os he dicho, al hablar de la Iglesia, que hay algo digno de atención en la economía divina, tal como se manifiesta a nosotros desde la Encarnación: es la parte considerable que, como instrumento, tienen los hombres con quienes vivimos, para conferirnos la gracia.

Si queremos conocer la doctrina auténtica de Cristo, no hemos de dirigirnos directamente a Dios, ni escudriñarla nosotros mismos en los libros inspirados, interpretándola según nuestro propio juicio, sino solicitarla de los pastores puestos por Dios para regir su Iglesia.— «Pero son hombres, me diréis, hombres Como nosotros».

No importa es necesario ir a ellos son representantes de Cristo, debemos mirar en ellos a Cristo: «El que a vosotros oye, a Mí oye; el que os desprecia, a Mí me desprecia» (Lc 10,10).

Asimismo, para recibir los sacramentos, debemos recibirlos de manos de los hombres puestos para este fin por Jesucristo. El Bautismo, el perdón de los pecados nos los confiere Cristo, pero por mediación de un hombre.

Lo mismo sucede en lo que atañe a la caridad.— ¿Queréis amar a Dios? ¿Queréis amar a Cristo? Es un deber, puesto que es «el primero y el mayor de los mandamientos» (Mt 22,38). Pues amad al prójimo, amad a los hombres con quienes vivís; amadlos, porque como vosotros, están destinados por Dios a la misma bienaventuranza eterna que Cristo, cabeza de todos, nos mereció; porque es la forma con que Dios se muestra a nosotros en este mundo. [*Deus diligitur sicut beatitudinis causa; proximus autem sicut beatitudinem ab eo simul nobiscum participans*. Santo Tomás, II-II, q.26, a.2].

Tan cierto es esto, que Dios se conduce con nosotros ajustándose a la misma regla de proceder que nosotros usamos con el prójimo; Dios obra con nosotros como nosotros obramos con nuestros hermanos.— Bien lo confirman las palabras de nuestro Señor: «con la misma vara que midiereis, seréis medidos» (Mt 7,2). Y mirad cómo no desdeña entrar en detalles: «Vuestro Padre celestial no os perdonará si no perdonáis. Si no hicieréis misericordia, os será reservado un juicio sin misericordia. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Dad, dice también, y se os dará, y en vuestro seno se derramará una medida buena, apretada y bien colmada» (Lc 6,38). ¿Por qué, pues, tanta insistencia? —Lo repito, porque desde la Encarnación, Cristo está tan unido al género humano, que todo el amor sobrenatural que mostremos a los hombres viene a recaer en El.

Estoy cierto de que muchas almas hallarán aquí explicada la causa de las dificultades, de las tristezas, del escaso desarrollo de su vida interior; no se dan lo bastante a Cristo en la persona de sus miembros, se retraen demasiado. Den y se les dará, y abundantemente; pues Jesucristo no se deja ganar en generosidad; que venzan su egoísmo y se den al prójimo sin

reservas, por Dios, y Cristo se dará plenamente a ellas; si saben olvidarse de sí mismas Cristo las tomará a su cargo.— ¿Quién como El podrá guiarnos a la bienaventuranza?

No es cosa baladí el amar siempre y sin desmayo al prójimo. Es preciso para ello amor fuerte y generoso.—[«Siendo Dios la razón formal del amor que debemos tener al prójimo, pues no debemos amar al prójimo sino por Dios, es manifiesto que el acto por el cual amamos a Dios es específicamente el mismo que el acto por el cual amamos al prójimo». Santo Tomás, II-II, q.25, a.1]. Aunque el amor de Dios, por lo trascendental de su objeto, sea, en sí mismo, más perfecto que el amor del prójimo, sin embargo, como el motivo debe ser el mismo en el amor de Dios y en el del prójimo, a menudo el acto de amor para con el prójimo exige mayor esfuerzo y resulta más meritorio. ¿Por qué? —Porque siendo Dios la hermosura y la bondad misma, y habiéndonos mostrado un amor infinito, el agradecimiento nos impele a amarle; mientras que el amor hacia el prójimo suele verse obstaculizado por diferencias de intereses que se interponen entre él y nosotros. Estos estorbos que unas veces nacen por causa nuestra y otras nos los crean los demás, exigen del alma más fervor, más generosidad, mayor olvido de sí misma, de sus sentimientos personales, de sus propios querer; y, por ende, el amor del prójimo, para no desmayar, precisa mayor esfuerzo.

Sucede en esto algo de lo que pasa a un alma cuando padece de aridez interior, le es necesaria mayor generosidad para permanecer fiel, que cuando los consuelos abundan. Así también en el dolor: de él se sirve Dios muchas veces en la vida espiritual para acrecentar nuestro amor, porque en esos trances tiene el alma que hacerse mayor fuerza, y ésa es una señal de la firmeza de su caridad. Ved a Jesús, nunca hizo acto más intenso de amor que cuando en la agonía aceptó el cáliz de amargura que le era presentado, y al consumir su sacrificio en la cruz, desamparado de su Padre.

Del mismo modo, el amor sobrenatural, ejercitado con el prójimo, a pesar de las repugnancias, antipatías o discrepancias naturales, es indicio cierto, en el alma que lo posee, de mayor intensidad de vida divina. No temo atirmar que un alma que por amor sobrenatural se entrega sin reserva a Cristo en la persona del prójimo, ama mucho a Cristo y es a su vez infinitamente amada. Esa alma hará grandes progresos en la unión con Nuestro Señor.— Si al contrario, veis un alma que se da con frecuencia a la oración, y, con todo, esquiva y se retrae voluntariamente de las necesidades del prójimo, tened por cierto que en su vida de oración entra una parte, y no menguada, de ilusión. El fin de la oración no es otro, al cabo, que conformar el alma con el divino querer; cerrándose al prójimo, esa alma se cierra a Cristo, al más sagrado deseo de Cristo: «Que sean una cosa; que vivan en unión perfecta». La verdadera santidad brilla por su caridad y por la entrega total de sí mismo.

Así, pues, si queremos permanecer unidos con nuestro Señor, importa sobremanera que veamos si estamos unidos con los miembros de su

cuerpo místico. Andemos con cautela. La menor tibieza o desvío voluntario hacia un hermano, deliberadamente admitidos, serán siempre un estorbo, más o menos grave, según su grado, a nuestra unión con Cristo.— Por ello Cristo nos dice que «si en el momento de presentar nuestra ofrenda en el altar, recordamos que nuestro hermano tiene algo contra nosotros, debemos dejar allí la ofrenda, ir a reconciliarnos con él, y volver luego a ofrecer nuestros dones al Señor» (Mt 5, 23-24). Cuando comulgamos, recibimos la sustancia del cuerpo físico de Cristo, debemos recibir también y aceptar su cuerpo místico: es imposible que Cristo baje a nosotros y sea un principio de unión, si guardamos resentimiento contra alguno de sus miembros. Santo Tomás llama mentira a la comunión sacrílega. ¿Por qué? Porque al acercarse a Cristo para recibirle en la comunión, uno declara por ese mismo acto que está unido a El. Estar en pecado mortal, es decir, alejado de Cristo, y acercarse a El, constituye una mentira [*Cum peccatores sumentes hoc sacramentum cum peccato mortali significant se Christo per fidem formatam unitos esse, falsitatem in sacramento committunt*. III, q.80, a.4]. Igualmente, habida cuenta de la proporción, acercarse a Cristo, querer llevar a cabo la unión con El, y excluir de nuestro amor a cualquiera de sus miembros, es cometer una mentira, es querer dividir a Cristo, debemos estar unidos a lo que San Agustín llama «Cristo total» (*De Unitate Eccles.*, 4). Escuchad lo que a este propósito dice San Pablo: «El cáliz de bendición (es decir, la copa eucarística), ¿no es una comunión de la sangre de Cristo, y el pan que comemos una participación de su cuerpo? Porque hay un solo pan, siendo muchos, formamos un solo cuerpo todos cuantos participamos de un solo pan celestial» (1Cor 10, 16-17).

Por eso, al gran Apóstol, que había comprendido tan bien y explicaba con tanta viveza la doctrina del cuerpo místico, dábanle horror las discordias y disensiones que reinaban entre los cristianos. «Os conjuro, hermanos, decía, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis del mismo modo, y no haya disensiones entre vosotros, sino que todos estéis enteramente unidos en un mismo sentir y un mismo parecer (1Cor 1,10).— ¿Qué razón da el Apóstol? «Como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son, no obstante, sólo un cuerpo, así Cristo. Pues todos, judíos o griegos, libres o esclavos, habéis sido bautizados en el mismo Espíritu, sois el cuerpo de Cristo, sois sus miembros» (*ib.* 12, 12-14 y 27).

3. Ejercicios y formas diversas de la caridad; su modelo ha de ser la de Cristo, siguiendo las exhortaciones de San Pablo: «Ut sint consummati in unum»

De principio tan elevado recibe la caridad su razón íntima; basados también en ese principio, trataremos de establecer las *calidades de su ejercicio*.

Puesto que no formamos todos más que un solo cuerpo, nuestra caridad ha de ser universal.— La caridad, en principio, no excluye positivamente a nadie, pues Cristo murió por todos, y todos están llamados a formar parte de su reino. La caridad comprende aun a los pecadores, porque les es posible volver a ser miembros vivos del cuerpo de Cristo; sólo las almas de los condenados, separadas para siempre del cuerpo místico, están excluidas de la caridad.

Pero este amor ha de revestir formas diversas, según sea el estado en que se halle nuestro prójimo; porque nuestro amor no ha de ser amor platónico, de pura teoría, que verse y se ejercite sobre cosas abstractas, sino un amor que se traduzca en actos apropiados a su naturaleza.— Los bienaventurados, en el cielo, son los miembros gloriosos del cuerpo de Cristo, han llegado ya al término de su unión con Dios, nuestro amor para con ellos reviste una de las formas más perfectas, la de la complacencia y de la acción de gracias. Consistirá, pues, en felicitarlos por su gloria, en alegrarse con ellos, y unidos con ellos, en dar gracias a Dios por el lugar que les ha otorgado en el reino de su Hijo.— Para con las almas que están en el purgatorio acabando de purificarse, nuestro amor ha de trocarse en misericordia; nuestra compasión ha de llevarnos a procurar su alivio mediante nuestros sufragios, sobre todo mediante el santo sacrificio de la Misa.

Aquí, en la tierra, Cristo se nos muestra en la persona del prójimo de muy diversas maneras, que dan pie para que nuestra caridad se ejercite también de modos muy diversos. Es obvio que en esto hay grados y que hay que seguir un orden.— Próximo nuestro, en primer lugar, son aquellos que nos están más estrechamente unidos por los lazos de la sangre, tampoco en esto la gracia trastorna el orden establecido por la naturaleza.— La caridad en un superior no ha de tener los mismos «matices» que en un inferior.— Del mismo modo, el ejercicio de la caridad material pide que vaya moderado por la virtud sobrenatural de prudencia: un padre de familia no puede deshacerse de toda su fortuna en beneficio de los pobres y con detrimento de sus hijos.— De igual modo la virtud sobrenatural de justicia puede y debe exigir del delincuente el arrepentimiento y la expiación antes de ser perdonado. Lo que no está permitido es odiar, es decir, querer o desear el mal como mal; lo que no está permitido es excluir positivamente a uno cualquiera de nuestras plegarias; eso va directamente contra la caridad. La mayor parte de las veces, la señal más cierta que podemos dar de haber perdonado es rogar por los que nos han agraviado.— En efecto, amar sobrenaturalmente al prójimo es amarle con la mira puesta en Dios, para alcanzarle o conservarle la gracia que le lleve a la bienaventuranza [*Ratio diligendi proximum Deus est: hoc enim in proximo debemus diligere ut in Deo sit.* II-II, q.25, a.1 y q.26]. Amar es «querer el bien para otro», dice Santo Tomás [*Amare nihil aliud est quam velle bonum alicui.* *ib.* I, q.20, a.2; +I-II, q.28, a.1]; pero todo bien particular está subordinado al bien supremo. Por eso es tan agradable a los divinos ojos hacer que los ignorantes conozcan a Dios, bien infinito, lo

mismo que rogar por la conversión de los infieles, de los pecadores, para que lleguen a la luz de la fe o vuelvan a ponerse en gracia de Dios. Cuando en la oración encomendamos a Dios las necesidades de las almas, o cuando en la Misa cantamos el *Kyrie eleison* por todas las almas que aguardan la luz del Evangelio, o la fuerza de la gracia para vencer las tentaciones, o cuando rogamos por los misioneros para que sus trabajos fructifiquen, hacemos actos de verdadera caridad, muy agradables a Nuestro Señor. Si Cristo prometió no dejar sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, ¿qué no dará por una vida de oración y de expiación empleada en procurar que su reino se extienda más y más? —Aun hay otras necesidades. Aquí un pobre que necesita ayuda; allí un enfermo que hay que aliviar, curar o visitar; ora un alma triste para alentar con buenas palabras; ora otra rebosante de un gozo que quiere que nosotros compartamos con ella: «Alegrarse con los que están alegres; llorar con los que lloran» (Rm 12,15); la caridad, dice San Pablo? «se hace todo para todos» (1Cor 9,22).

Mirad cómo Cristo Jesús practicó esta modalidad de la caridad, para ser nuestro modelo. A Cristo le gustaba complacer. El primer milagro de su vida pública fue cambiar el agua en vino en las bodas de Caná, para evitar un bochorno a sus huéspedes, a quienes les faltaba el vino (Jn 2, 1-2). Promete «aliviar a los que padecen y están cargados de trabajos, con tal que vayan a El» (Mt 11,28). Y, ¡qué bien cumplió su promesa! Los Evangelistas refieren a menudo que, «movido por la compasión» (Lc 7,13), obraban sus milagros, por esa causa cura al leproso y resucita al hijo de la viuda de Naím. Apiadado de la turba que durante tres días le sigue sin cansarse y padece hambre, multiplica los panes. «Siento pena por esta gente» (Mc 8,2). Zaqueo, jefe de alcabaleros, de aquella clase de judíos que los fariseos tenían por pecadores, suspira por ver a Cristo. Su corta talla le impide conseguirlo, pues la gente se agolpa por todos los lados en derredor de Jesús; sube entonces a un árbol, que está al borde del camino por donde Cristo ha de pasar; y Nuestro Señor previene los deseos de ese publicano. Al llegar junto a él, le manda bajar, pues quiere hospedarse en su casa; Zaqueo, lleno de alborozo al ver cumplidos sus deseos, le recibe solícito (Lc 19, 5-6). Mirad también cómo en provecho de sus amigos pone su poder al servicio de su amor. Marta y Magdalena lloran en su presencia la muerte de Lázaro, su hermano, ya enterrado; Jesús se conmueve, y de sus ojos corren lágrimas, verdaderas lágrimas humanas, pero que a la vez son también lágrimas de un Dios. «¿Dónde lo pusisteis?», pregunta al punto, pues su amor no puede estar ocioso, y se marcha a resucitar a su amigo. Y los judíos, testigos de este espectáculo, decían: «¡Mirad cómo le amaba!» (Jn 11,36).

Cristo, dice San Pablo —que se complace en usar esta expresión—, es «la benignidad misma de Dios que se ha manifestado a la tierra» (Tit 3,4); es Rey, pero Rey «lleno de mansedumbre» (Mt 21,5), que manda perdonar y proclama bienaventurados a los que, a ejemplo suyo, son misericordiosos (*ib.* 5,7). Pasó, dice San Pedro, que vivió con El tres años, derramando beneficios (Hch 10,38). Como el buen Samaritano, cuya caritativa acción

El mismo se dignó ponderarnos, Cristo tomó al género humano en sus brazos y sus dolores en su alma: «Verdaderamente cargó con nuestras debilidades y llevó nuestros dolores» (Is 53,4). Viene a «destruir el pecado» (Heb 9,26), que es el supremo mal, el único mal verdadero, echa al demonio del cuerpo de los posesos; pero lo arroja sobre todo de las almas, dando su vida por cada uno de nosotros: «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gál 2,20). ¿Hay señal de amor mayor que ésta? Ciertamente no: «No hay mayor amor que el dar su vida por sus amigos» (Jn 15,13).

Ahora bien, el amor de Jesús para con los hombres ha de ser el espejo y modelo de nuestro amor. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (*ib.* 13,34).— ¿Qué es lo que movía a Jesús a amar a sus discípulos y a nosotros en ellos?

Pertenecían a su Padre: «Ruego... por los que me has dado, porque son tuyos» (Jn 17,9). Debemos amar a las almas porque son de Dios y de Cristo. Nuestro amor debe ser sobrenatural; la verdadera caridad es el amor de Dios, que abarca en íntimo abrazo a Dios y a cuanto con Él está unido. Como Cristo, debemos amar a todas las almas, hasta darnos por entero a ellas: in *finem*.

Considerad a San Pablo, tan encendido en el amor de Cristo, cuán lleno estaba de caridad para con los cristianos; «¿Quién enferma que no enferme yo con él?» «¿Quién padece escándalo en su alma que yo no esté como en brasas?» (2Cor 11,29). Alma era, encendida en caridad, la que podía decir: «Gustosísimo gastaré todo cuanto tengo, y aun a mí mismo me desgastaré por vuestras almas» (*ib.* 12,15). El Apóstol llega hasta querer ser reprobado él mismo con tal de salvar a sus hermanos (Rm 9,3). En medio de sus excursiones apostólicas, se ocupa en el trabajo de manos para no ser gravoso a las cristiandades que le recibían (2Tes 3,8.— +2Cor 12,16). Ya conocéis todos la conmovedora carta a su amigo Filemón, para pedirle gracia para su esclavo Onésimo. Este esclavo habíase fugado de la casa de su señor para evitar un castigo y acogióse a San Pablo, que le convirtió, y a quien prestó muchos servicios. Pero el gran Apóstol, que no quiere menoscabar los derechos de Filemón, según las leyes vigentes entonces, devuelve al esclavo a su amigo y escribe a Filemón, que tenía sobre el fugitivo derecho de vida y muerte, algunos renglones para que le dispense benévola acogida. San Pablo escribe de su propio puño, como él mismo lo dice, dicha carta estando preso en Roma; en ella condensa cuanto de más delicado e insinuante puede hallar la caridad: «Aunque sea lo que soy, respecto a ti, yo, Pablo, ya anciano, y además preso ahora por amor de Jesucristo, y pudiera mandártelo, prefiero suplicártelo y rogarte en favor de mi hijo espiritual Onésimo, a quien he engendrado entre las cadenas... al cual te vuelvo a enviar. Tú, de tu parte, recibe como si fuera a mí mismo a este objeto de mi predilección, y si te ha causado algún daño o te debe algo, apúntalo a mi cuenta. Sí, por cierto, hermano, reciba yo de ti este gozo en el Señor, da este consuelo a mi corazón» (Fil 9 y sigs.)

Fácil es comprender después de esto que el Apóstol escribiera un himno tan grandioso para ensalzar la exelencia de la caridad: «Es sufrida, es

dulce y bienhechora; no tiene envidia ni es inconsiderada, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busea sus intereses, no se irrita, no piensa mal. Complácese en la verdad, a todo se acomoda, lo cree todo, todo lo espera, lo soporta todo» (1Cor 13, 4-7).

Todos sus actos, con ser tan diversos, nacen de una misma fuente: Cristo, a quien la fe ve en el prójimo.

Tratemos, pues, ante todas las cosas, de amar a Dios, estando siempre unidos a Nuestro Señor. De este amor divino, como de una hoguera encendida, de la que salen mil rayos que alumbran y calientan, nuestra caridad irradiará en torno nuestro y más cuanto la hoguera esté más encendida; la caridad para con nuestros hermanos ha de ser el reflejo de nuestro amor para con Dios. Así, pues, os diré yo, con San Pablo: «Amaos recíprocamente con ternura y caridad fraterna, procurando anticiparos unos a otros en las señales de honor y deferencia...; alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran: estad siempre unidos en unos mismos sentimientos; vivid en paz, a ser posible, y cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres» (Rm 12, 10-18). Y compendiando su doctrina: «Os ruego encarecidamente que os soportéis unos a otros con caridad, solícitos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz; pues no hay más que un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados a una misma esperanza por nuestra vocación» (Ef 4, 1-4).

No olvidemos jamás el principio que debe ser nuestro guía en la práctica de esta virtud: *Todos somos uno en Cristo*; y esta unión no se conserva sino por la caridad. No vamos al Padre sino por Cristo, pero hemos de aceptar a Cristo por entero, en sí y en sus miembros: en ello está el secreto de la verdadera vida divina en nosotros.

Por eso Nuestro Señor hizo de la caridad mutua su precepto y el tema de su última oración: *Ut sint CONSUMMATI in unum*.— Esforcémonos por realizar en cuanto esté de nosotros ese supremo anhelo del corazón de Cristo. El amor es una fuente de vida, y si buscamos en Dios ese amor para que se refleje sin cesar en todos los miembros del cuerpo de Cristo, nuestras almas rebosarán de vida, porque Cristo Jesús, según lo ha prometido, derramará en ellas en recompensa de nuestra abnegación una medida de gracia «buena, apretada, colmada y rebosante».

La Madre del Verbo encarnado

Lugar que ocupa la devoción a María en nuestra vida espiritual; el discípulo de Cristo debe, como Jesús, ser hijo de María

En el curso de estas conferencias os he dicho a menudo que toda nuestra santidad se reduce a imitar a Jesús; consiste en la conformidad de nuestro ser entero con el Hijo de Dios, y en nuestra participación de su filiación divina. Ser por gracia lo que Jesús es por naturaleza, es el fin de nuestra predestinación y la norma de nuestra santidad: «A los que previó y predestinó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo» (Rm 8,29).

Pues bien; en Nuestro Señor hay rasgos esenciales y rasgos contingentes, accidentales. Cristo nació en Belén, huyó a Egipto, pasó su niñez en Nazaret, murió bajo Poncio Pilato; esas circunstancias diversas de tiempo y de lugar no son, en la vida de Cristo, más que rasgos accidentales.—Otros hay que le son de tal modo esenciales, que, sin ellos, Cristo no sería Cristo. Cristo es Dios y Hombre, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, verdadero Dios y verdadero Hombre; estos títulos le corresponden por naturaleza; son intangibles.

Hay en las Escrituras una frase extraña aplicada a la eterna Sabiduría, al Verbo de Dios., «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres»

(Prov 8,31). ¿Quién lo hubiera pensado? El Verbo es Dios; en el seno del Padre vive en una luz infinita; posee todas las riquezas de las perfecciones divinas; goza de la plenitud de toda vida y de toda bienaventuranza. Y, sin embargo de ello, declara, por boca del escritor sagrado, que sus delicias son vivir entre los hombres.

Esta maravilla se ha realizado, pues «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». El Verbo deseaba ser uno de nosotros; realizó de un modo inefable ese deseo divino; y esa realización parece, por decirlo así, que colmó sus anhelos. Al leer el Evangelio, vemos, en efecto, que Cristo afirma a menudo que es Dios, como cuando habla de sus relaciones con su Eterno Padre: «Mi Padre y Yo somos uno» (Jn 10,30), o cuando confirma la profesión de fe de sus oyentes: «Bienaventurado eres, Simón —decía a Pedro, que acababa de confesar la divinidad de su Maestro— bienaventurado eres, porque te ha revelado eso mi Padre que está en los cielos» (Mt 16,17). Esto no obstante, no vemos que El mismo se haya dado de una manera explícita el título de «Hijo de Dios».

¡Cuántas veces, por el contrario le oímos llamarse el «Hijo del hombre»! Diríase que Cristo está ufano de ese título y se ha encariñado con él. Pero cuida muy bien de no separarle nunca de su filiación divina o de los privilegios de su divinidad. Dícenos que «el Hijo del hombre tiene el poder, privativo de solo Dios, de perdonar los pecados» (Mc 2,10), y vemos que tan pronto sus discípulos le proclaman el Cristo, Hijo de Dios, El les anuncia que ese Cristo, «Hijo del hombre», ha de padecer, «será condenado a muerte, pero que resucitará al tercer día» (*ib.* 8,31).

En ninguna parte, quizá, unió el divino Salvador con más precisión y energía su condición de hombre a la de Dios, que en los días de su sagrada pasión. Miradlo ante el tribunal del sumo sacerdote judío Caifás. Este, en medio de la junta, pone a Cristo en el trance de declarar si es el Hijo de Dios. «Tú lo has dicho, responde Jesús, yo soy y además te digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y venir en las nubes del cielo» (Mt 26,64. +Jn 1,51; 3,13). Notad que Jesús no dice —como pudiéramos esperar puesto que se trata sólo de su divinidad—: «Veréis al Hijo de Dios venir como juez eterno y soberano sobre las nubes del cielo»; sino «veréis al Hijo del hombre». En presencia del Tribunal supremo, une ese título de hombre al de Dios: para El, ambos son inseparables, como están indisolublemente unidas y son inseparables las dos naturalezas en que están fundados. Lo mismo se peca rechazando la humanidad de Cristo, que negando su divinidad.

Pues bien: si Cristo Jesús es Hijo de Dios por su nacimiento inefable y eterno en el seno de su Padre: «Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado» (Hch 13,33. +Sal 2,7), es el Hijo del hombre por su nacimiento temporal en el seno de una mujer: «Envió Dios a su Hijo, formado de una mujer» (Gál 4,4). Esa mujer es María, pero ésta es también Virgen. De ella y sólo de ella tiene Cristo su naturaleza humana; a ella debe el ser Hijo del hombre; ella es verdaderamente Madre de Dios. María ocupa, pues, de hecho, en el Cristianismo un lugar único, trascendental, esencial. Así

como en Cristo la cualidad de «Hijo del hombre» no puede separarse de la de «Hijo de Dios», así también María está unida a Jesús: de hecho, la Santísima Virgen entra en el misterio de la Encarnación en virtud de un título que es de la esencia misma del misterio.

Por eso hemos de pararnos unos momentos a considerar esa maravilla de una simple criatura, asociada por tan estrechos lazos, a la economía del misterio fundamental del Cristianismo, y, por consiguiente, a nuestra vida sobrenatural, a esa vida divina que nos viene de Cristo, Dios y Hombre, y que Cristo nos da en cuanto Dios, pero sirviéndose, como ya os dije, de su humanidad. Debemos ser como Jesús, «Hijo de Dios e Hijo de María. El es lo uno y lo otro con toda verdad; si, pues, queremos copiar en nosotros su imagen, hemos de estar adornados de esa doble cualidad.

No sería verdaderamente cristiana la piedad de un alma si no comprendiese a la Madre del Dios hecho hombre. La devoción a la Virgen María es, no sólo importante, sino necesaria, si queremos beber con abundancia en la fuente de vida. Separar a Cristo de su Madre en nuestra devoción es dividir a Cristo, es perder de vista el papel esencial de su humanidad en la dispensación de la divina gracia. Cuando se deja a la Madre, ya no se comprende al Hijo. ¿No es eso lo que ha sucedido a las naciones protestantes? Por haber rechazado la devoción a María, a pretexto de no menoscabar la dignidad de un mediador único, ¿no han terminado por perder hasta la fe en el mismo Jesucristo? Si Jesucristo es nuestro Salvador, nuestro mediador, nuestro hermano mayor, por haberse revestido de la naturaleza humana, ¿cómo le amaremos de veras, cómo parecemos de veras a El sin tener una devoción especialísima a aquella de quien tomó esa naturaleza humana?

Por esa devoción ha de ser ilustrada. Digamos, pues en pocas palabras lo que María ha dado a Jesús; y lo que Jesús ha hecho por su Madre; veremos entonces lo que la Santísima Virgen ha de ser para nosotros, y, por fin, la fecundidad sobrenatural que posee nuestra devoción a la Madre del Salvador.

1. Lo que María ha dado a Jesús. Por su «fiat», la Virgen aceptó dar al Verbo una naturaleza humana; es la Madre de Cristo; en virtud de esto, entra esencialmente en el misterio vital del Cristianismo

¿Qué ha dado María a Jesús?

Le ha dado, permaneciendo ella Virgen, una naturaleza humana.— Es éste un privilegio único que María no comparte con nadie [*Nec primam similem visa est, nec habere sequentem*. Antíf. de Laudes de Navidad]. El Verbo podría haber venido al mundo tomando una naturaleza humana creada ex *nihilo*, sacada de la nada, y ya perfecta en su organismo, como fue formado Adán en el Paraíso terrenal. Por motivos que sólo conoce su sabiduría infinita, no lo hizo. Así, al unirse al género humano, quiso el

Verbo recorrer, para santificarlas, todas las etapas del desarrollo humano; quiso nacer de una mujer.

Pero lo que admira en este nacimiento es que el Verbo lo subordinó, por decirlo así, al consentimiento de esa mujer.

Vayamos en espíritu a Nazaret, para contemplar ese espectáculo inefable. El ángel se aparece a la doncella virgen; después de saludarla, le comunica su embajada: «He aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo, y le darás por nombre Jesús; sera grande y será llamado Hijo del Altísimo y su reino no tendrá fin». María pregunta al ángel cómo ha de obrarse esto, siendo ella virgen (Lc 1,34). Gabriel le responde: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios». Luego, evocando como ejemplo a Isabel, que había concebido a pesar de su esterilidad pasada, porque así le plugo al Señor, el Ángel añade: «Para Dios nada es imposible»; puede, cuando lo quiere, suspender las leyes de la naturaleza.

Dios propone el misterio de la Encarnación, que no se realizará en la Virgen más que cuando ella haya dado su consentimiento. La realización del misterio queda en suspenso hasta la libre conformidad de María. En ese instante, según enseña Santo Tomás, María nos representa a todos en su persona; es como si Dios aguardase la respuesta del género humano, al cual quiere unirse [*Per annuntiationem expectabatur consensus virginis loco totius humanæ nature*. III, q.30, a.1]. ¡Qué instante aquel tan solemne, ya que en aquel momento va a decidirse el misterio vital del Cristianismo! San Bernardo, en una de sus más hermosas homilías sobre la Anunciación (*Hom. IV, super Missus est*, c.8), nos presenta todo el género humano, que ha millares de años espera la salvación, a los coros angélicos y a Dios mismo, como en suspenso aguardando la aceptación de la joven Virgen.

Y he aquí que María da su respuesta: llena de fe en la palabra del cielo, entregada enteramente a la voluntad divina que acaba de manifestársele, la Virgen responde con sumisión entera y absoluta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Este *Fiat* es el consentimiento dado por María al plan divino de la Redención, cuya exposición acaba de oír; este *Fiat* es como el eco del *Fiat* de la creación; pero de él va a sacar Dios un mundo nuevo, un mundo infinitamente superior, un mundo de gracia, como respuesta a esa conformidad; pues en ese instante el Verbo divino, segunda persona de la Santísima Trinidad, se encarna en María: «Y el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14).

Verdad es, como acabamos de oírlo de la boca misma del ángel, que ningún concurso humano intervendrá, pues todo ha de ser santo en la concepción y el nacimiento de Cristo; pero cierto es también que de su sangre purísima concebirá María por obra del Espíritu Santo, y que el Dios-Hombre saldrá de sus purísimas entrañas. Cuando Jesús nace en Belén, ¿quién está allí reclinado en un pesebre? Es el Hijo de Dios, es el Verbo que, «permaneciendo Dios» [*Quod erat permansit*. Antífona del

Oficio del 1º de enero], tomó en el seno de la Virgen una naturaleza humana. En ese niño hay dos naturalezas bien distintas, pero una sola persona, la persona divina; el término de ese nacimiento virginal es el Hombre-Dios; «El ser santo que nacera de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35); ese Hombre-Dios, ese Dios hecho hombre, es el hijo de María. Es lo que confesaba Isabel, llena del Espíritu Santo: «¿De dónde a mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor a visitarme?» (*ib.* 43). María es la Madre de Cristo, pues al igual que las demás madres hacen con sus hijos, formó y nutrió de su sustancia purísima el cuerpo de Jesús. Cristo, dice San Pablo, fue «formado de la mujer». Es dogma de fe. Si por su nacimiento eterno «en el esplendor de la santidad» (Sal 109,3), Cristo es verdaderamente Hijo de Dios, por su nacimiento temporal es verdaderamente Hijo de María. El Hijo único de Dios es también Hijo único de la Virgen.

Tal es la unión inefable que existe entre Jesús y María; ella es su Madre, El es su hijo. Esa unión es indisoluble; y como Jesús es al mismo tiempo el Hijo de Dios que vino a salvar al mundo, María, de hecho, está asociada íntimamente al misterio vital de todo el Cristianismo. Lo que constituye el fundamento de todas sus grandezas es el privilegio especial de su maternidad divina.

2. Lo que Jesús ha dado a su Madre. La escogió entre todas las mujeres; la ha amado y obedecido; la ha asociado de una manera muy íntima a sus misterios, principalmente al de la Redención

Este privilegio no es el único.— Toda una corona de gracias adorna a la Virgen, Madre de Cristo, aunque todas ellas se deriven de su maternidad divina. Jesús, en cuanto hombre, depende de María; mas como Verbo eterno, es anterior a ella. Veamos lo que ha dado hecho por aquella de quien había de tomar la naturaleza humana. Como es Dios, es decir, la Omnipotencia y Sabiduría infinitas, va a adornar a esa criatura con un aderezo inestimable y sin igual. Ante todas las cosas, escogiéndola con preferencia a las demás en unión del Padre y del Espíritu Santo.— Para indicar la eminencia de esa elección, la Iglesia aplica a María en sus festividades un paso de la Sagrada Escritura, que, en algún sentido, no puede referirse más que a la eterna Sabiduría: «El Señor me poseyó al principio de sus caminos, antes de que obrase alguna cosa; antes de que la tierra existiese. Ya estaba formada antes que hubiese abismos; antes que las montañas se asentasen; antes que las colinas, era yo ya nacida» (Prov 8, 23-25)... ¿Qué muestran estas palabras? La predestinación especial de María en el plan divino. El Padre Eterno no la separa de Cristo en sus divinos pensamientos: envuelve a la Virgen, que será Madre de Dios, en el mismo acto de amor por el cual pone sus complacencias en la humanidad de su Hijo. Esa predestinación es para María manantial de gracias sólo a ella concedidas.

[Ipsissima verba quibus divince scripturæ de increata Sapientia loquuntur eiusque sempiternas origines representant, consuevit Ecclesia...

ad illius virginis primordia transferre quæ uno eodemque decreto cum divinæ Sapientiæ incarnatione fuerant præstituta. Pío IX. Bula *Ineffabilis* para la definición de la Inmaculada Concepción].

La Virgen María es *inmaculada*.— Todos los hijos de Adán nacen manchados con el pecado original, esclavos del demonio, enemigos de Dios. Tal es el decreto promulgado por Dios contra todos los descendientes de Adán pecador. Solamente María, entre todas las criaturas, se librará de esta ley. A esa ley universal, el Verbo eterno hará una excepción —una sola—, en favor de aquella en quien se ha de encarnar. Ni un solo momento el alma de María será esclava del demonio; brillará siempre con destellos de pureza; por eso, luego de la caída de nuestros primeros padres, Dios puso eterna enemistad entre el demonio y la Virgen escogida. Ella es quien bajo su planta aplastará la cabeza de la infernal serpiente (Gén 3,15). Con la Iglesia recordemos frecuentemente ese privilegio de María de ser inmaculada, que sólo Ella posee. Digámosle a menudo con cariñoso amor: «Eres toda hermosa, oh María, y no hay en ti mancha original» [*Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te.* Antíf. de Vísperas de la Inmaculada Concepción]. «Tu vestido es blanco como la nieve y tu rostro resplandeciente como el sol; por eso te deseé ardientemente el Rey de la gloria» (Ib.).

No sólo nace Inmaculada María, sino que *en ella abunda la gracia*.— Cuando el Ángel la saluda, la declara «llena de gracia», *Gratia plena*, pues el Señor, fuente de toda gracia, está con ella: *Dominus tecum*.— Luego, al concebir y dar a luz a Jesús, *María guarda intacta su virginidad*. Da a luz y permanece virgen; según canta la Iglesia: «a la gloria tan pura de la virginidad, María junta la alegría de ser madre fecunda» [*Gaudia matris habens cum virginitatis honore.* Antíf. de Laudes de Navidad]. A esto hay que unir la gracia que representó para María su vida oculta con Jesús, las de su unión con su Hijo en los misterios de su vida pública y de su Pasión, y para colmar la medida, la de su *Asunción al cielo*. El cuerpo virginal de María, en el cual Cristo tomó su naturaleza humana, no verá la corrupción; en su cabeza será colocada una corona de inestimable valor y reinará como Soberana a la diestra de su Hijo, adomada con la vestidura de gloria formada por tantos privilegios (Sal 44,10).

¿Cuál es el origen de todas esas gracias insignes, de todos esos privilegios extraordinarios, que hacen de ella una criatura por encima de toda criatura? —La elección que desde la eternidad hizo Dios de María para ser Madre de su Hijo. Si ella es *bendita entre todas las mujeres*, si Dios ha trastornado en favor suyo tantas leyes por El mismo establecidas, es porque la destina a ser Madre de su Hijo. Si quitáis a María esa dignidad, todas esas prerrogativas no tienen ya sentido ni razón de ser; pues todos esos privilegios preparan o acompañan a María en cuanto es Madre de Dios.

Pero lo que es incomprendible es el amor que determinó esa elección singularísima que el Verbo hizo de esa doncella Virgen para tomar en ella naturaleza humana. Cristo amó a su Madre.— Nunca Dios amó tanto a

una simple criatura, nunca un hijo amó a su madre como Cristo Jesús a la suya. Amó tanto a los hombres, nos dice El mismo, que dio su vida por ellos, y no pudo darles mayor prueba de amor (Jn 15,13). Pero no olvidéis esta verdad: Cristo murió, ante todo, por su Madre, para pagar su privilegio. Las gracias únicas que María recibió son el primer fruto de la Pasión de Cristo. La Santísima Virgen no gozaría de privilegio alguno sin los méritos de su Hijo; es la gloria mas grande de Cristo, porque es la que más ha recibido de El.

La Iglesia nos enseña claramente esta doctrina cuando celebra la Inmaculada Concepción, la primera, en orden al tiempo, de las gracias que recibió María. Leed la «oración» de la festividad y veréis que a la Santísima Virgen le fue otorgado este privilegio, porque la muerte de Jesús, prevista en los decretos eternos, había pagado por anticipado ya su precio. «¡Oh Dios, que por la Inmaculada Concepción de la Virgen preparasteis una digna morada a vuestro Hijo: os suplicamos que así como por la muerte «prevista» de este vuestro Hijo, la preservasteis de toda mancha...». Podemos decir que María ha sido entre toda la Humanidad el primer objeto del amor de Cristo, aun de Cristo paciente por ella, en primer lugar, para que la gracia pudiese abundar en ella, en una medida excepcional derramó Jesús su preciosa sangre.

Finalmente, Jesús *obedeció* a su Madre.— Todos habéis leído que todo lo que nos cuentan los Evangelistas de la vida oculta de Cristo en Nazaret se reduce a esto: «crecía en edad y en sabiduría», y estaba «sujeto a María y a José» (Lc 2, 51-52). ¿No es esto incompatible con la divinidad? No, ciertamente. El Verbo se hizo carne, se humilló hasta tomar una naturaleza semejante a la nuestra, a excepción del pecado; vino, nos dice, «a servir y no a ser servido»; y a hacerse «obediente hasta la muerte» (Mt 20,28; Fil 2,8); por eso quiso obedecer a su Madre. En Nazaret obedeció a María y a José, las dos criaturas privilegiadas que Dios colocó junto a El. María participa, en cierto modo, de la autoridad del Padre Eterno sobre la humanidad de su Hijo: Jesús podía decir de su Madre lo que decía de su Padre celestial: «Yo hago siempre lo que es de su agrado» (Jn 8,29).

El Verbo no predestinó a María solamente para ser su Madre según la carne, no solamente le tributó el honor que esa dignidad lleva consigo, colmándola de gracias, sino que la *asoció a sus misterios*.

En el Evangelio vemos que Jesús y María son inseparables en los misterios de Cristo. Los ángeles anuncian a los pastores que en la cueva de Belén hallarán al «Niño y a su Madre» (Lc 2, 8-16): María es quien presenta a Jesús en el Templo, presentación que es ya preludio del sacrificio del Calvario (*ib.* 23-39). Toda la vida de Nazaret, como acabo de decir, la pasa sujeto a María; a sus ruegos obra Jesús el primer milagro de su vida pública, en las bodas de Caná (Jn 2, 1-2); los Evangelistas afirman que siguió a Jesús en algunas de sus excursiones misionales.

Pero notad bien que no se trata de una simple unión física, sino que María penetra con alma y corazón en los misterios de su Hijo. San Lucas

nos refiere que la Madre de Jesús «conservaba en su corazón las palabras de su Hijo y las meditaba» (Lc 2,19). Las palabras de Jesús eran para ella fuente de contemplación. ¿No podríamos decir nosotros otro tanto de los misterios de Jesús? Ciertamente, Cristo, al *vivir* esos misterios, iluminaba el alma de su Madre sobre cada uno de ellos. Ella los comprendía y se asociaba a ellos. Cuanto Nuestro Señor hablaba o hacía era, para aquella a quien amaba entre todas las mujeres, un manantial de gracias. Jesús devolvía, por decirlo así, a su Madre en vida divina, de la que es fuente perenne, lo que de ella había recibido en vida humana. Por eso Cristo y la Virgen están indisolublemente unidos en todos los misterios; y por eso también María nos tiene a todos unidos en su corazón con su divino Hijo.

Pues bien, la obra por excelencia de Jesús, el santo de los santos de sus misterios, es su sagrada Pasión, por el cruento sacrificio de la cruz, Cristo acaba de dar la vida divina a los hombres, y mediante él les restituye su dignidad de hijos de Dios. Jesús quiso asociar a su Madre a este misterio con un carácter especialísimo, y María se unió tan plenamente a la voluntad de su Hijo Redentor, que comparte con El verdaderamente, si bien guardando su condición de simple criatura, la gloria de habernos dado a luz, en aquel momento, a la vida de la gracia.

Vayamos al Calvario en el instante en que Cristo Jesús va a consumir la obra que su Padre le encomendara en el mundo.— Nuestro Señor ha llegado al final de su misión apostólica en la tierra; va a reconciliar con Dios a todo el género humano. ¿Quién está al pie de la cruz en aquel supremo instante? María, su Madre, con Juan, el discípulo amado, y otras cuantas mujeres (Jn 19,25). Allí está de pie; acaba de renovar la ofrenda de su Hijo que hizo mucho antes al presentarle en el Templo, en este momento ofrece al Padre, para rescate del mundo, «el fruto bendito de su vientre». Sólo quedan a Jesús cortos instantes de vida; luego, el sacrificio estará consumado, y devuelta a los hombres la gracia divina. Quiere darnos por madre a María y esto constituye una de las formas de esta gran verdad: que Cristo se unió en la Encarnación a todo el género humano; los escogidos forman el cuerpo místico de Cristo, del que no pueden ser separados. Cristo nos dará a su Madre para que sea también la nuestra en el orden espiritual; María no nos separará de Jesús, su Hijo, nuestra cabeza.

Antes, pues, de expirar y «de acabar, como dice San Pablo, la conquista del pueblo de las almas, del cual quiere hacer su reino glorioso» (Ef 5, 25-27), Jesús ve al pie de la cruz a su Madre, sumida en la mayor angustia, y a su discípulo Juan, tan amado suyo, aquel mismo que oyó y nos refiere sus últimas palabras. Jesús dice a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo»; y luego al discípulo: «He ahí a tu madre» (Jn 19, 25-27).— San Juan, en este caso, nos representa a todos; es a nosotros a quienes lega Jesús su Madre, cuando ya va a expirar. ¿No es El acaso nuestro «hermano mayor»? ¿No estamos nosotros predestinados a asemejarnos a El para que sea el nprimogénito de una muchedumbre de hermanos»? (Rm 8,29). Luego si

Jesucristo se hizo nuestro hermano mayor al tomar de María una naturaleza como la nuestra que le hizo participar de nuestro linaje, ¿qué tiene de extraño que al morir nos diera por madre en el orden de la gracia a la que fue su Madre en el orden de la naturaleza humana?

Y como esas palabras, siendo proferidas por el Verbo, son todopoderosas y de una eficacia divina, engendran en el corazón de Juan sentimientos de hijo digno de María, al igual que en el corazón de María despiertan una ternura especial para todos aquellos que la gracia hace hermanos de Jesucristo.— Y, ¿quién dudará un instante siquiera de que la Virgen respondió, como en Nazaret, con un *Fiat* callado, sí, esta vez, pero igualmente lleno de amor, de humildad y de obediencia, en el que toda su voluntad se fundía con la de Jesús, para realizar el supremo anhelo de su Hijo? Santa Gertrudis refiere que, oyendo un día cantar en el Oficio divino las palabras del Evangelio referentes a Cristo: «Primogénito de la Virgen María», decíase en sus adentros: «Paréceme que el título de Hijo único convendría harto mejor a Jesús que el de Primogénito»; mientras se detenía a considerar esto apareciósele la Virgen María y dijo a la excelsa monja: «No, no es “Hijo único” sino “Primogénito”, lo que mejor conviene; porque después de Jesús, mi dulcísimo Hijo, o más bien, en El y por El, os han engendrado a todos las entrañas de mi caridad y ahora sois mis hijos, hermanos de Jesús» (*Insinuaciones de la divina piedad*, l. IV, c. 3).

3. Homenajes que debemos a María; ensalzar sus privilegios, como lo hace la Iglesia en su liturgia

Para agradecer bien el puesto único que Jesús quiso ocupar a su Madre en sus misterios, y el amor que María nos tiene, hemos de tributarle el honor, el amor y la confianza a que tiene derecho como Madre de Jesús y Madre nuestra.

¿Cómo no amarla, si amamos a Nuestro Señor? —Si Cristo Jesús quiere, como ya os he dicho, que amemos a todos los miembros de su cuerpo místico, ¿cómo no habríamos de amar en primer lugar a la que le dio esa naturaleza humana, mediante la cual llegó a ser nuestra cabeza, esa humanidad que le sirve de instrumento para comunicarnos la gracia? No podemos poner en tela de juicio que el amor que mostramos a María sea muy grato a Jesús. Si queremos de veras amar a Cristo, si queremos que sea El todo para nosotros, hemos de tener especialísimo amor a su Madre.

Mas, ¿cómo hemos de manifestarle ese nuestro amor? Jesús amó a su Madre, colmándola, como Dios que es, de privilegios sublimes; nosotros mostramos nuestro amor ensalzando esos privilegios. Si queremos ser gratos a Dios Nuestro Señor, admiremos las maravillas con que amorosamente adornó el alma de su Madre; quiere El que nos unamos a Ella para rendir incesantemente gracias a la Santísima Trinidad, que glorifiquemos a la Virgen por haber sido escogida entre todas las mujeres para dar al mundo un Salvador. Así compartiremos los sentimientos que Jesús tuvo para con Aquella a quien debe el ser Hijo del hombre. «Sí, la cantaremos con la Iglesia: tú sola, sin igual, agradaste al Señor». [*Sola sine exemplo placuisti Domino*. Antíf. del *Benedictus* del Oficio de la Santísima Virgen

in Sabbato]; bendita seas entre todas las criaturas; bendita porque creíste en la palabra divina y porque en ti se han cumplido las promesas eternas.

Para alentarnos en esta devoción, no tenemos más que mirar la conducta que sigue la Iglesia. Ved cómo la Esposa de Cristo ha multiplicado aquí en la tierra sus testimonios de honor a María, y cómo practica ese culto, especial por su trascendencia sobre el de los demás Santos, que se llama *hiperdulía* [A todos los santos les debemos homenaje de *dulía*, palabra griega que significa *servicio*; la Madre del Verbo encarnado merece, a causa de su dignidad eminente, homenajes enteramente particulares, lo que se expresa con la palabra *hyper-dulía*].

La Iglesia ha consagrado numerosas fiestas en honra de la Madre de Dios; durante el ciclo litúrgico celebra su Inmaculada Concepción, su Natividad, su Presentación en el Templo, la Anunciación, la Visitación, la Purificación, la Asunción.

Mirad también como, en cada uno de los principales tiempos del ciclo litúrgico, dedica a la Virgen una «Antífona» especial, cuyo rezo impone a sus ministros al fin de las horas canónicas. Habréis observado que en cada una de esas antífonas la Iglesia se complace en recordar el privilegio de la maternidad divina, fundamento de las de mas grandezas de María.—«*Madre augusta del Redentor*, cantamos en Adviento y Navidad, engendraste, con asombro de la naturaleza, a tu mismo Creador, Virgen al concebir, permaneces Virgen después del parto; *Madre de Dios*, intercede por nosotros». —Durante la Cuaresma la saludamos como «la raíz de la que ha salido la flor, que es Cristo, y como la puerta por donde la luz ha entrado en el mundo». En tiempo Pascual brota de nuestros labios un himno de alegría, en el que felicitamos a María por el triunfo de su Hijo, y renovamos otra vez el gozo que inundó a su alma en la aurora de esa gloria: «Alégrate, Reina del cielo, porque ha resucitado *Aquel que llevaste en tus entrañas*: sí, alégrate, ¡oh Virgen!, y llénate de júbilo, porque Cristo, el Señor, ha salido en verdad triunfante y glorioso del sepulcro». —Luego, de Pentecostés a Adviento, tiempo que simboliza el de nuestra peregrinación en este mundo, la *Salve Regina* llena de confianza: «Madre de misericordia, vida, esperanza nuestra, a ti suspiramos en este valle de lágrimas... Después de este destierro, muéstranos a Jesús, *fruto bendito de tu vientre*... Ruega por nosotros, *santa Madre de Dios*, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo». No hay, pues, día en que la voz de la Iglesia no resuene alabando a María, ensalzando sus gracias y recordándole que, si es Madre de Dios, nosotros somos también sus hijos.

Mas no es esto todo, no. Todos los días la Iglesia canta en Vísperas el *Magnificat*; únese a la misma Santísima Virgen para alabar a Dios por sus bondades para con la Madre de su Hijo.— Repitamos, pues, a menudo con ella y con la Iglesia: «Mi alma, glorifica al Señor y mi espíritu estalla de gozo en el Dios Salvador mío, porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... En adelante, todos los pueblos me llamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha realizado en mí cosas maravillosas». Al cantar

esas palabras, ofrecemos a la beatísima Trinidad un cántico de reconocimiento por los privilegios de María, como si esos privilegios fuesen nuestros.

Tenemos además el «Oficio Parvo» de la Santísima Virgen; tenemos el Rosario, tan grato a María, porque la ensalzamos unida siempre a su Divino Hijo, repitiendo sin cesar, con amor y cariño, el saludo del celestial mensajero el día de la Encarnación: *Ave, Maria, gratia plena*. Es práctica excelente rezar cada día devotamente el rosario, contemplando así a Cristo en sus misterios para unirnos a El, felicitando a la Santísima Virgen por haber sido tan íntimamente asociada a ellos, y dando gracias a la Santísima Trinidad por los privilegios de María. Y si cada día hemos dicho muchas veces a la Virgen: «Madre de Dios, ruega por nosotros... ahora y en la hora de nuestra muerte», cuando llegue el instante en que el *nunc* y el *hora mortis nostræ* sean un solo y el mismo momento, estemos ciertos de que la Virgen no nos abandonará.— Tenemos además las Letanías; tenemos el *Angelus*, mediante el cual renovamos en el corazón de María el inefable gozo que hubo de experimentar en el momento de la Encarnación; hay, por fin, otras muchas formas de devoción a María.

No es menester cargarse con muchas «prácticas», hay que escoger algunas, y una vez hecha la elección, ser fieles a ellas, ese obsequio diario tributado a su Madre será también, no cabe duda, muy grato a Nuestro Señor.

4. Fecundidad que reporta al alma la devoción a María. María inseparable de Jesús en el plan divino; su crédito todopoderoso; su gracia de maternidad espiritual. Pidamos a María «que forme a Jesús» en nosotros

La devoción a María, además de ser muy agradable a Jesucristo, es para nosotros fecundísima.— Y eso por tres razones, que ya habréis adivinado.

Primero, porque, en el plan divino, *María es inseparable de Jesús*, y nuestra santidad estriba en acomodarnos lo más perfectamente que nos sea posible a la economía divina.— En los pensamientos eternos, María entra de hecho esencialmente en los misterios de Cristo, Madre de Jesús, es Madre de Aquel de quien todo nos viene. Según el plan divino, no se da la vida a los hombres sino por Cristo, Dios-Hombre: «Nadie viene al Padre si no es por Mí» (Jn 14,26), y Cristo no fue dado al mundo sino por María: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos encarnándose de la Virgen María» (*Credo* de la Misa). Ese es el orden divino. Y ese orden es inmutable. En efecto, notad que no vale sólo para el día en que se realizó la Encarnación; su valor continúa subsistiendo por la aplicación a las almas de los frutos de la Encarnación. ¿Por qué así? Porque la fuente de la gracia es Cristo, Verbo encarnado; pero su cualidad de Cristo, de mediador, permanece inseparable de la naturaleza humana que tomó de la Virgen Santísima. [«Habiendo Dios querido una vez darnos a Jesucristo por medio de la Santísima Virgen, ese orden ya no puede

cambiar, pues los dones de Dios no están sujetos a mudanza. Siempre será cierto que habiendo recibido por su caridad el principio universal de toda gracia, habiendo recibido por su caridad el principio universal de toda gracia, recibamos también por su mediación las diversas aplicaciones en todos los diferentes estados que componen la vida cristiana. Como su caridad maternal ha contribuido tanto a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, así contribuirá también eternamente en todas las demás operaciones que no son más que su corolario». Bossuet, *Sermon pour la fête de la Conception*.— Citemos asimismo las palabras del Papa León XIII: «Del magnífico tesoro de gracias que Cristo nos ganó, nada nos será dispensado si no es por María. Por tanto dirigiéndonos a ella es como hemos de llegarnos a Cristo, así como por Cristo nos acercamos a nuestro Padre Celestial». *Encíclica sobre el Rosario*, 1891].

La segunda razón, que guarda relación con la anterior, es que nadie tiene ante Dios *tan gran crédito para obtenernos la gracia*, como la Madre de Dios.— Como consecuencia de la Encarnación, Dios se complace, no para amenguar el poder de mediación de su Hijo, sino para extenderlo y ensalzarlo, en reconocer la solvencia de los que están unidos a Jesús, cabeza del cuerpo místico; esa solvencia es tanto mayor cuanto mayor y más íntima es la unión de los santos con Jesucristo.

Cuanto más se acerca una cosa a su principio, dice Santo Tomás, más experimenta los efectos que ese principio produce. Cuanto más os acercáis a una hoguera, más sentís el calor que irradia.— Pues bien, añade el santo Doctor; Cristo es el principio de la gracia, puesto que, en cuanto Dios, es autor de ella y, en cuanto Hombre, es instrumento; y como la Virgen es la criatura que más cerca ha estado de la humanidad de Cristo, puesto que Cristo tomó en ella la naturaleza humana, síguese que María recibió de Cristo una gracia mayor que la de todas las criaturas.

Cada cual recibe de Dios (habla el mismo Santo Tomás) la gracia proporcionada al destino que su providencia le ha señalado. Como hombre, Cristo fue predestinado y elegido para que, siendo Hijo de Dios, tuviese poder de santificar a todos los hombres; por tanto, debía poseer El solo tal plenitud, que pudiese derramarse sobre todas las almas. La plenitud de gracia que recibió la Santísima Virgen tenía por fin hacerla la criatura más allegada al autor de la gracia; tan allegada, en efecto, que María encerraría en su seno al que está lleno de gracia, y que al darle al mundo por su parto virginal, daría, por decirlo así al mundo la gracia misma, porque le daría la fuente de la gracia [*Ut eum, qui est plenus omni gratia, pariendo, quodammodo gratiam ad omnes derivaret*. III, q.27, a.5]. Al formar a Jesús en sus punsimas entrañas, la Virgen nos ha dado al autor mismo de la vida. Así lo canta la Iglesia en la oración que sigue a la antifona de la Virgen del tiempo de Navidad, honrando el nacimiento de Cristo: «por ti se nos ha dado recibir al autor de la vida»; y además, invita a «las naciones a cantar y ensalzar la vida que les ha procurado esa maternidad virginal».

*Vitam datam per Virginem**Gentes redemptæ plaudite.*

Por consiguiente, si queréis beber con abundancia en la fuente de la vida divina, id a María, pedidle que os guíe a esa fuente; ella más y mejor que ninguna otra criatura puede llevarnos hasta Jesús. Por eso, y no sin justo motivo, la llamamos «Madre de la divina gracia»; por eso también la Iglesia le aplica este paso de las Sagradas Escrituras: «El que me encuentre, hallará la vida y beberá la salud que viene del Señor» (Prov 8,35). La salvación, vida de nuestras almas, no viene sino de Jesús. El es el único mediador; pero, ¿quién nos llevará a El con más seguridad que María?; ¿quién goza de tanto poder como su Madre para volvérnosle propicio?

María, por otra parte, recibió de Jesús mismo, respecto a su cuerpo místico, una *gracia especial de maternidad*. Esta es la última razón de por qué resulta tan fecunda en el orden sobrenatural la devoción a la Santísima Virgen.— Cristo, después de haber recibido de María la naturaleza humana, asoció a su Madre, como va os he dicho, a todos sus misterios, desde su presentación en el Templo hasta su inmolación en el Calvario. Ahora bien, ¿cuál es el fin de todos los misterios de Cristo? No es otro que el de convertirle en dechado y paradigma de nuestra vida sobrenatural en rescate de nuestra santificación y fuente de toda nuestra santidad; y finalmente el de crearle una sociedad eterna y gloriosa de hermanos que en todo se le asemejen. Por eso María está asociada al nuevo Adán como una nueva Eva; es, pues, con mejor derecho que Eva, la «madre de los vivientes» (Gén 3,20), de los que viven por la gracia de su Hijo.

Os decía poco ha que esa asociación no fue únicamente externa. Siendo Cristo Dios, siendo el Verbo omnipotente, creó en el alma de su Madre los sentimientos que debía albergar hacia todos aquellos que El quería elevar a la dignidad de hermanos suyos, haciéndolos nacer de ella y vivir sus misterios. La Virgen, por su parte, iluminada por la gracia que abundaba en ella, respondió a ese llamamiento de Jesús con un *Fiat*, en el que ponía su alma entera con sumisión, totalmente unida en espíritu con su divino Hijo: «Al dar su consentimiento, cuando le fue anunciada la Encarnación, María aceptó el cooperar, el desempeñar un papel, en el plan de la Redención; aceptó, no sólo ser la Madre de Jesús, sino también asociarse a toda su misión de Redentor. En cada uno de los misterios de Cristo, hubo de renovar el *Fiat* lleno de amor, hasta el momento en que pudo decir, después de haber ofrecido en el Calvario, para la salvación del mundo, aquel Jesús, aquel Hijo, aquel cuerpo por ella formado, aquella sangre que era su sangre: «Todo se ha consumado». En esa hora bendita, María estaba tan identificada con los sentimientos de Jesús, que puede llamarse Corredentora. En ese instante, como Jesús, María acabó de engendrarlos, por un acto de amor, a la vida de la gracia [*Cooperata est caritate ut fideles in Ecclesia nascerentur*. San Agustín. *De Sancta Virginitate*, núm. 6]. Siendo Madre de nuestra Cabeza, según el pensar de San Agustín, por haberle engendrado en sus entrañas, María llegó a

ser, por el alma, la voluntad y el corazón, madre de todos los miembros de esa divina Cabeza. «Madre, en cuanto al cuerpo, de nuestra Cabeza; por el espíritu lo es de todos sus miembros» [*Corpore mater capitibus nostri, spiritu mater membrorum eius. ib.*].

Y porque aquí en la tierra María se asoció a todos los misterios de la Redención, Jesús la coronó, no sólo de gloria, sino de poder; colocó a su Madre a su diestra, para que pudiese disponer, a título de Madre de Dios, de los tesoros de la vida eterna. «La Reina se sienta a tu derecha» (Sal 44,10). Es lo que indica la piedad cristiana cuando proclama a la Madre de Dios «omnipotencia suplicante».

Digámosle, pues, con la Iglesia y llenos de confianza: «Muestra que eres Madre: Madre de Jesús por tu ascendiente sobre El; madre nuestra, por tu misericordia para con nosotros; por tu mediación reciba Cristo nuestras preces, ese Cristo que, naciendo de ti para traernos la vida, quiso ser Hijo tuyo»:

Monstra te esse Matrem, / Sumat per te preces / Qui pro nobis natus / Tulit esse tuus (Himno *Ave maris Stella*).

¿Quién conoce mejor que ella el corazón de su Hijo? En el Evangelio (Jn 2,1 y sigs.) hallamos un magnífico ejemplo de su confianza en Jesús. Ocurrió el hecho en las bodas de Caná. Asiste a ellas con Jesús y no anda tan absorta en la contemplación, que no advierta lo que ocurre a su alrededor. El vino escasea. María advierte la confusión de sus huéspedes y dice a Jesús: «No tienen vino». Bien se refleja aquí su corazón de madre. ¡Cuántas almas «místicas» hubiesen tenido a menos pensar en el vino! Sin embargo, ¿qué son ellas al lado de María? Impelida por su bondad pide a su Hijo que ayude a los que ve en apuros. Nuestro Señor la mira y hace como que no accede a lo que ella pide: «Mujer, a ti y a mí, ¿qué nos va en ello?» Pero ella conocía a su Jesús; tan segura está de El, que al punto dice a los criados: «Haced todo lo que El os diga». Y, en efecto, Cristo habló y las ánforas se llenaron de excelente vino.

¿Qué pediremos nosotros a la Madre de Jesús sino que ante todas las cosas y sobre todo forme a Jesús en nosotros comunicándonos su fe y su amor?

Toda la vida cristiana consiste en hacer que «Cristo nazcar en nosotros y que viva en nuestro corazón. Es doctrina de San Pablo (Gál 4,19). Ahora bien, ¿dónde se formó Cristo en primer lugar? En el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. Pero María, dicen los Santos Padres, concibió primero a Jesús por la fe y el amor, cuando con su *Fiat* consintió en ser su Madre [*Prius concepit mente quam corpore*. San Agustín, *De virgin.*, c. 3; Sermo CCXV, n.4; San León, *Sermo I de Nativitate Domini*, c.7; San Bernardo, *Sermo I de vigilia Nativitatis*]. Pidámosla que nos alcance esa fe que engendra a Jesús en nosotros, ese amor que hace que vivamos de la vida de Jesús. Pidámosla que nos haga semejantes a su Hijo; ningún favor más grande la podemos pedir, ninguno que más la guste concedernos, pues sabe y ve que su Hijo no puede estar separado de su cuerpo

místico. Está tan unida de alma y de corazón con su divino Hijo, que ahora en la gloria no anhela más que una cosa: que la Iglesia, reino de los escogidos, precio de la sangre de Jesús, aparezca ante El «gloriosa, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada» (Ef 5,27).

Por eso, cuando nos dirijamos a la Virgen, hagámoslo unidos a Jesús y digámosla: «Oh Madre del Verbo encarnado, vuestro Hijo ha dicho: Todo cuanto hicieréis al menor de mis pequeñuelos a mí me lo hacéis: yo soy uno de esos pequeñuelos entre los miembros de Jesús, vuestro Hijo; en su nombre me presento delante de Vos para implorar vuestro auxilio». Si rehusase peticiones así presentadas, María rehusaría algo a Jesús.

Vayamos, pues, a ella, pero vayamos con confianza. Hay almas que acuden a ella como a una madre, le confían sus intereses, le descubren sus penas, sus dificultades; a ella recurren en las necesidades, en las tentaciones, pues nentre la Virgen y el demonio hay eterna enemistad; y con su planta María quebranta la cabeza del dragón infernal» (Gén 3,15); tratan siempre con la Virgen como con una madre; las hay que se arrodillan delante de sus estatuas para exponerle sus deseos y anhelos. Son niñerías, diréis. Acaso; pero, ¿sabéis lo que dice Cristo? «Si no os hicieréis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,13).

Pidamos a María que de la humanidad de su Hijo Jesús, que posee la plenitud de gracia, iluya ésta con abundancia sobre nosotros, para que por el amor nos vayamos conformando más y más con el Hijo amantísimo del Padre que es también su Hijo. Esta es la mejor petición que podemos hacerle. Nuestro Señor decía a sus Apóstoles en la última Cena: «Mi Padre os ama porque vosotros me habéis amado y habéis creído que he venido de El» (Jn 16,27). Lo mismo podría decirnos de María: «Mi Madre os ama porque vosotros me amáis y creéis que he nacido de ella». Nada resulta más grato a María que oír confesar que Jesús es su Hijo y verle amado de todas las criaturas.

El Evangelio, como ya sabéis, no nos ha conservado sino muy contadas palabras de María. Acabo de recordaros algunas: las que dijo a los criados de las bodas de Caná: «Haced cuanto mi Hijo os diga» (*ib.* 2,5). Estas palabras son como un eco de las del Padre Eterno: «Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias, escuchadle» (Mt 17,5; +2Pe 1,17). Podemos también nosotros aplicarnos esas palabras de María: «Haced cuanto os dijere». Ese será el mejor fruto de esta conferencia: será también la mejor manifestación de nuestra devoción para con la Madre de Dios. El mayor anhelo de la Virgen Madre es ver a su Divino Hijo, obedecido, amado, glorificado, ensalzado; como para el Padre Eterno, Jesús es para María el objeto de todas sus complacencias.

Coherederos de Cristo

La herencia del cielo, término final de nuestra predestinación adoptiva

Padre, te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Glorifícame Tú ahora en Ti mismo, oh Padre, con aquella gloria que tuve yo en Ti antes de que el mundo fuese. ¡Padre! Deseo que los que Tú me has dado estén conmigo allí donde yo estoy para que contemplen mi gloria; la gloria que Tú me has dado» (Jn 17,5,24).

Estas palabras constituyen el principio y el final de la inefable plegaria que Jesucristo dirigió al Padre en la última Cena, cuando ya iba a coronar su misión salvadora en la tierra, con su sacrificio redentor.

Cristo pide, en primer lugar, que su santa humanidad participe de esa gloria que el Verbo posee desde toda la eternidad.— Luego, como Cristo nunca se separa de su cuerpo místico, pide que sus discípulos y todos aquellos que creen en El sean también asociados a esa gloria. Quiere que estemos «donde El está». ¿En dónde está? «En la gloria de Dios Padre» (Fil 2,11). Allí está el término final de nuestra predestinación, la consumación de nuestra adopción, el complemento supremo de nuestra perfección, la plenitud de nuestra vida.

Oigamos cómo el Apóstol San Pablo nos expone esta verdad.— Después de haber dicho que Dios, que quiere nuestra santificación, nos ha predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que su Hijo sea el primogénito de un gran número de hermanos, añade al punto: «Y a los que ha predestinado también los ha llamado; y a quienes ha llamado, también los ha justificado, a los que ha justificado, también los ha glorificado» (Rm 8,30). Estas palabras indican las fases sucesivas del proceso de nuestra santificación, es, a saber: nuestra predestinación y

nuestra santificación en Cristo Jesús; nuestra justificación por la gracia que nos hace hijos de Dios; nuestra glorificación final que nos asegura la vida eterna.

Hemos visto el plan de Dios sobre nosotros: cómo el Bautismo es la señal de nuestra vocación sobrenatural el sacramento de nuestra iniciación cristiana, cómo somos justificados, es decir, cómo nos hacemos justos, mediante la gracia de Cristo. Esa justificación se puede ir perfeccionando sin cesar, según el grado de nuestra unión con Cristo, hasta que halle la culminación en la gloria. La gloria es esa herencia divina que nos corresponde en cuanto hijos de Dios, herencia que Cristo nos ganó con sus méritos, que El mismo posee y quiere compartir con nosotros (*ib.* 17). Llegamos a participar de la misma herencia de Cristo: la vida, la gloria y la bienaventuranza eternas con la posesión de Dios. La culminación de la vida divina en nosotros no se realiza en este mundo; sino, como lo dice Cristo, n junto al Padre».

Conviene, pues, que, al acabar estas conferencias acerca de la vida de Cristo en nosotros, fijemos la mirada en esa herencia eterna que Nuestro Señor pidió al Padre para nosotros; debemos pensar en ella a menudo, pues ella constituye la suprema finalidad de toda la obra de Cristo.

«He venido para darles vida»; pero esa vida no será verdadera si no es eterna; todo nuestro conocimiento y todo nuestro amor hacia el Padre y hacia Cristo su Hijo, están orientados hacia la consecución de esa vida eterna que nos hace hijos de Dios: «En esto consiste la vida eterna: en conocer al solo Dios verdadero y a su enviado Jesucristo» (Jn 17,3). En la tierra siempre podemos perder la vida divina que Jesucristo nos confiere por medio de la gracia; sólo la muerte «en el Señor» fija y asegura en nosotros esa vida de manera inmutable. La Iglesia enseña esta verdad llamando «día de nacimiento» al día en que los santos entran en posesión eterna de esa vida.

La vida de Cristo en nosotros en la tierra no es más que una aurora, no llega a su mediodía —pero mediodía sin ocaso—, sino cuando florece en frutos de vida eterna. El Bautismo es el manantial de donde brota el río divino, pero el término de ese río, que alegra la ciudad de las almas, es el océano de la eternidad. Por lo tanto, no tendríamos más que una idea muy incompleta de la vida de Cristo en nuestras almas, si no considerásemos el término a que por su misma naturaleza debe conducirnos esa vida.

Ya sabéis con qué empeño y fervor rogaba San Pablo por los fieles de Elfeso para que conociesen el misterio de Cristo: «Postrábase ante Dios, decía, para que se dignara hacerles comprender la alteza y profundidad de ese misterio» (Ef 3,14,18). Pero el gran Apóstol cuida bien de advertirles que ese misterio no tiene su culminación sino en la eternidad y por eso desea vivamente que el alma de sus queridos cristianos ande siempre embargada por ese pensamiento. «No ceso, les escribe, de acordarme de vosotros en mis oraciones, para que Dios, Padre glorioso de Nuestro Señor Jesucristo, ilumine los ojos de vuestro corazón a fin de

que sepáis cuál es la esperanza a que os ha llamado y cuáles las riquezas y la gloria de su herencia reservada a los santos» (*ib.* 1, 16-18).

Veamos, pues, cuál es «esa esperanza», cuáles «esas riquezas» que San Pablo con tanto empeño quería que se conociesen.— Pero, ¿acaso no dijo él mismo que «no podemos ni sospechar siquiera qué cosas tiene Dios preparadas para los que le aman? Que ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento lo que son esas maravillas?» (1Cor 2,9). Así es; y todo cuanto digamos de «esas riquezas de gloria de nuestra herencia» no llegará con mucho a la realidad.

Oigamos, no obstante esto, lo que la Revelación nos dice. Lo entenderemos si tenemos el espíritu de Cristo, pues, afirma San Pablo en el mismo lugar, que «ese Espíritu penetra todas las cosas; aun las intimidades de Dios... Y nosotros hemos recibido (en el Bautismo) ese Espíritu que viene de Dios, a fin de que conozcamos las cosas maravillosas que Dios nos ha comunicado por su gracia» (1Cor 10-12), que es aurora de su gloria. Escuchemos, pues, lo que la Revelación enseña, pero con fe, no con los sentidos, porque aquí todo es sobrenatural.

1. La bienaventuranza eterna consiste en la visión de Dios cara a cara, en el amor inmutable y en la alegría perfecta

Hablando de las virtudes teologales, que forman el séquito de la gracia santificante y son como las fuentes de la actividad sobrenatural en los hijos de Dios, dice San Pablo que «en esta vida perduran tres virtudes: fe, esperanza y caridad»; mas la caridad, añade, es la más excelente de todas (*ib.* 18,13). ¿Por qué razón? Porque al llegar al cielo, término de nuestra adopción, la fe en Dios truécase en visión de Dios, la esperanza se desvanee con la posesión de Dios, pero el amor permanece y nos une a Dios para siempre.

Ved ahí en qué consiste la glorificación que nos espera, la bienaventuranza de que gozaremos: veremos a Dios, amaremos a Dios, gozaremos de Dios; esos actos constituyen la vida eterna, la participación asegurada y completa de la vida misma de Dios; de ahí nace la bienaventuranza del alma, bienaventuranza de que participará también el cuerpo después de la resurrección.

En el cielo *veremos* a Dios.— Ver a Dios como El se ve es el primer elemento de esa participación de la naturaleza divina que constituye la *vida* bienaventurada; es el primer acto vital en la gloria. En la tierra, dice San Pablo, no conocemos a Dios más que por la fe, de manera oscura; pero entonces veremos a Dios cara a cara: «Ahora, dice, no conozco a Dios sino de un modo imperfecto; mas entonces le conoceré como El mismo me conoce a mí» (*ib.* 13,12). No podemos ahora conocer lo que es en sí misma esa visión; pero el alma será fortalecida con la «luz de la gloria», que no es otra cosa que la gracia misma floreciendo en el cielo. Veremos a Dios con todas sus perfecciones; o mejor dicho, veremos que todas sus

perfecciones se reducen a una perfección infinita, que es la Divinidad; contemplaremos la vida íntima de Dios; entraremos, como dice San Juan, «en sociedad con la santa y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo» la; contemplaremos la plenitud del Ser, la plenitud de toda verdad, de toda santidad, de toda hermosura, de toda bondad.— Contemplaremos, por siempre jamás, la humanidad del Verbo; veremos a Cristo Jesús, en quien el Padre puso sus complacencias; veremos al que quiso ser nuestro «hermano mayor», contemplaremos los rasgos, para siempre gloriosos, de Aquel que nos libró de la muerte por medio, de su cruenta Pasión y nos alcanzó el poder vivir esa vida inmortal. A El cantaremos reconocidos el himno del agradecimiento: «Con tu sangre, Señor, nos has rescatado; nos hiciste reinar con Dios en su reino; a Ti sea honra y gloria» (Ap 5,9,10 y 13). Veremos a la Virgen María, a los coros de los ángeles, a toda esa muchedumbre de escogidos, incontable, según dice San Juan, que rodea el trono de Dios.

Esa visión de Dios, sin velos, sin tinieblas, sin celajes, es nuestra futura herencia, es la consumación de la adopción divina. «La adopción de hijos de Dios, dice Santo Tomás (III, q.45, a.4), se efectúa mediante cierta conformidad de semejanza con Aquel que es su Hijo por naturaleza» (Rm 8,29). Eso se realiza de dos modos: en la tierra, por la gracia, que es conformidad imperfecta; en el cielo, por la gloria, que será la perfecta conformidad, según aquello de San Juan: «Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios; mas lo que seremos algún día, no aparece aún; sabemos, sí, que cuando se manifieste claramente Dios, seremos semejantes a El, porque le veremos como es» (1Jn 3,2). Aquí, pues, nuestra semejanza con Dios no está acabada, mas en el cielo se mostrará con toda su perfección. En la tierra tenemos que trabajar, a la luz oscura de la fe, para hacernos semejantes a Dios, y para destruir el «hombre viejo», procurando se desarrolle el «hombre nuevo criado a imagen de Jesucristo» (Col 3,9,10. +Ef 4,22 y 24). Debemos renovarnos, perfeccionarnos constantemente, para acercarnos más al divino modelo. En el cielo se consumará esta transformación que nos hará semejantes a Dios y veremos que verdaderamente somos hijos de Dios.

Pero esta visión no nos sumirá en una inmovilidad de estatuas que impediría cualquier operación. Nuestra actividad no sufrirá menoscabo con la contemplación de Dios. Sin dejar un instante de contemplar a Dios, nuestra alma conservará el libre ejercicio de sus facultades. Mirad a Nuestro Señor. Aquí en la tierra su alma santa gozaba continuamente de la visión beatífica; y, sin embargo, esa contemplación no impedía su actividad humana, quedaba completamente expedita, manifestándose en sus tareas apostólicas, en su predicación, en sus milagros. La perfección del cielo no sería perfección si hubiera de anular la actividad de los escogidos.

Veremos a Dios. ¿Eso sólo? No. Ver a Dios es el primer elemento de la vida eterna; la primera fuente de bienaventuranza; pero si la inteligencia se sacia allí divinamente con la eterna Verdad, también es preciso que la

voluntad se harte con la infinita bondad. *Amaremos* a Dios [Según Santo Tomás (I-II, q.3, a.4), la bienaventuranza consiste esencialmente en poseer a Dios contemplándole cara a cara. Esa visión beatífica es, ante todas las cosas, un acto de inteligencia; de esa posesión por inteligencia se deriva, como una propiedad, la bienaventuranza de la voluntad, que halla su hartura y su descanso en la posesión del objeto amado, hecho presente por la inteligencia].

«La caridad, dice San Pablo, nunca acabará» (1Cor 13,8). Amaremos a Dios, no con amor lánguido, vacilante, a las veces distraído por la criatura, expuesto a evaporarse, sino con amor fuerte, puro, perfecto y eterno. Si aun en este valle de lágrimas, en donde para conservar la vida de la gracia tenemos que llorar y luchar, el amor es ya tan fuerte en ciertas almas, que les arranca gemidos que nos llegan hasta el fondo del alma: «¿quién me separará del amor de Cristo? Ni la persecución, ni la muerte, ni criatura alguna podrá apartarme de Dios», ¿qué será ese amor cuando se abraza con el Bien infinito, para no separarse jamás ? ¡ Qué ímpetu hacia Dios, ya nunca contenido! ¡Qué abrazo el de ese amor ya para siempre y sin cesar saciado! Y ese amor eterno se expresará en actos de adoración, de complacencia, de acción de gracias. San Juan describe a los santos postrados ante Dios, y cantando en el cielo sus eternas alabanzas. «A vos, Señor, gloria, honor y potestad por los siglos de los siglos» (Ap 7,12). Así expresan su amor.

Finalmente, *gozaremos* de Dios.— En el Evangelio se lee que el mismo Cristo compara el reino de los cielos con un banquete que Dios ha preparado para honrar a su Hijo: «El mismo se ceñirá el vestido y se pondrá a servirnos, sentados a su mesa» (Lc 12,37). ¿Qué quiere decir esto, sino que Dios mismo ha de ser nuestro gozo? «¡Oh, Señor!, exclama el Salmista, embriagáis a vuestros escogidos con la abundancia de vuestra casa, y les dais a beber del torrente de vuestras delicias, porque en Vos está la fuente misma de la vida» (Sal 35,9). Dios dice al alma que le busca: «Yo mismo seré tu recompensa, y muy cumplida» (Gén 15,1). Como si dijera: «Te amé con amor tan grande, que he querido meterte dentro de mi propia casa, adoptarte por hijo, para que tengas parte en mi bienaventuranza. Quiero que mi vida sea tu vida, que mi felicidad sea tu felicidad. En la tierra te he dado a mi Hijo, siendo mortal en cuanto hombre, se entregó para merecerte la gracia que te transformase y conservase como hijo mío: se dio a ti en la Eucaristía bajo los velos de la fe, y ahora Yo mismo, en la gloria, me doy a ti para hacerte participante de mi vida, para ser tu bienaventuranza sin fin». «Se dará porque ya se dio antes; se dará inmortal a los que ya seremos inmortales, porque antes se dio mortal a los que éramos mortales» (San Agustín, *Enarrat. in Ps. XLII, 2*).

Aquí la gracia, allí la gloria; pero el mismo Dios es quien nos las da; y la gloria no es más que el desarrollo pleno de la gracia; es la adopción divina, velada e imperfecta en la tierra, sin velos y cumplida en el cielo.

Por eso el Salmista suspiraba tanto por esa posesión de Dios: «Como el ciervo ansía las fuentes de las aguas, así mi alma suspira por Ti, oh Dios

mío. Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo» (Sal 41, 1-3). «Pues no me veré saciado sino cuando me sean reveladas las delicias de tu gloria» (Sal 16,15).

Así también, cuando Cristo habla de esa bienaventuranza, nos dice que Dios hace entrar al siervo fiel «en el gozo de su Señor» (Mt 25,21). Ese gozo es el gozo de Dios mismo, el gozo que Dios siente conociendo sus infinitas perfecciones, la felicidad de que disfruta en el inefable consorcio de las tres divinas personas; el sosiego y bienestar infinito en que Dios vive: «Su gozo será nuestro gozo». «Para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos» (Jn 17,13): su felicidad nuestra felicidad y su descanso nuestro descanso, su vida nuestra vida, vida perfecta, en la que todas nuestras facultades se verán plenamente saciadas.

Allí disfrutaremos de esa «plena participación en el bien inmutable», como acertadamente le llama San Agustín (*Epist. ad Honorat.*, CXL, 31). «Hasta ese extremo nos ha amado Dios». ¡Oh, si supiéramos lo que Dios reserva para los que le aman!...

Y porque esa bienaventuranza y esa vida son las de Dios mismo, serán eternas también para nosotros.— No tendrán término ni fin. «Ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni dolor, sino que Dios enjugará las lágrimas de los ojos de aquellos que entren en su gloria» (Ap 21,4), dice San Juan. No habrá ya pecado, ni muerte, ni miedo de muerte; nadie nos quitará ese gozo; estaremos para *siempre* con el Señor (1Tes 4,16). Donde El está, estaremos nosotros.

Oíd con qué palabras tan expresivas nos da Cristo esta certidumbre: «Yo doy a mis ovejas la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues mi Padre, que me las dio, es superior a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre; mi Padre y yo somos una misma cosa» (Jn 10, 28-30). ¡Qué seguridad la que nos da Cristo Jesús! Estaremos siempre con El, sin que nada pueda jamás separarnos; y en Ell gozaremos de una alegría infinita que nadie nos podrá quitar, porque es la alegría misma de Dios y de Cristo su Hijo: «Al presente, decía Jesús a sus discípulos, padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo» (Jn 16,22). Digámosle con la Samaritana: «¡Oh Señor Jesús, divino Maestro, Redentor de nuestras almas (*ib.* 4,15), dadnos esa agua divina que nos saciará para siempre, que nos dara la vida; haced que aquí en la tierra permanezcamos unidos a Vos por la gracia, para que algún día merezcamos estar «donde Vos estáis», para que podamos ver eternamente, como lo pedisteis para nosotros al Padre (*ib.* 17, 24-26), la gloria de vuestra humanidad, y gozar de Vos para siempre en vuestro reino!».

2. Los cuerpos de los justos han de participar, despues de la resurrección, de esa bienaventuranza; gloria de esa resurrección ya realizada en Cristo, cabeza de su cuerpo místico

Como sabéis, toda alma que al morir sale de este mundo en estado de gracia, si no tiene que cancelar en el purgatorio algún resto de la pena temporal que se debe satisfacer por los pecados, entra inmediatamente en posesión de esta vida bienaventurada. Mas esto no es todo: Dios nos reserva aún un complemento. ¿Cuál? ¿No disfruta ya el alma de gozo cumplido? Ciertamente sí, pero Dios quiere dar también al cuerpo su bienaventuranza, cuando tenga lugar la resurrección al fin de los tiempos.

Es dogma de fe la resurrección de los muertos. La prometió Cristo. «Al que come mi carne y bebe mi sangre, le resucitaré en el postrer día» (*ib.* 6,55, y 11,25).

Más aún: Cristo ya ha resucitado, saliendo vivo y victorioso del sepulcro. Pues bien, al resucitar, Cristo nos resucitó con El. Lo he repetido ya: Al encarnarse el Verbo, uniéndose místicamente a todo el género humano, y con los escogidos forma un cuerpo del que El es la cabeza. Si nuestra cabeza ha resucitado, no sólo sus miembros resucitaremos con El algún día, sino que al triunfar de la muerte el día de su resurrección, resucitó ya con El, en principio y de derecho, a todos los que creen en El. Oíd con qué claridad expone San Pablo esta doctrina: «Dios, que es rico en misericordia, por el excesivo amor con que nos amó, nos dio vida en Cristo y por Cristo. Nos ha resucitado con El y juntamente con El nos ha concedido asiento en los cielos, ya que no nos separa de El» (Ef 2, 4-6). Gran misericordia: Dios nos ama tanto en su Hijo Jesucristo que no quiere separarnos de El; desea que seamos semejantes a El, que participemos de su gloria, no sólo por lo que respecta al alma, sino también en cuanto al cuerpo.

¡Con cuánta razón dice el gran Apóstol que Dios es rico en misericordia y que nos ama con amor inmenso! No basta a Dios saciar nuestra alma con una felicidad eterna quiere que nuestra carne, al igual que la de su Hijo, participe de esa dicha sin fin; quiere adornarla con esas gloriosas prerrogativas de inmortalidad, agilidad, espiritualidad, con que resplandecía la humanidad de Cristo al salir del sepulcro. Sí; llegará el día en que todos resucitaremos «cada cual con su jerarquía»; Cristo resucitó el primero como cabeza de los escogidos y primicias de unos frutos; luego resucitarán todos aquellos que son de Cristo por la gracia [Los condenados resucitarán también, pero sin las dotes gloriosas de los santos; sus cuerpos serán como sus almas, eternamente atormentados]. «Así como en Adán todos mueren, todos en Cristo serán vivificados». Luego «vendrá el fin cuando Cristo entregará al Padre ese reino conquistado con su sangre... Pues Cristo debe reinar de forma que todos sus enemigos serán reducidos a escabel para sus pies. La muerte será el último enemigo destruido. Y cuando el Padre haya sometido todas las cosas a la soberanía de Cristo, entonces el Hijo, mediante su humanidad, tributará sus homenajes a Aquel que le hizo Señor de todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (Rm 15,28). Cristo Jesús venció a la muerte en el día de

su resurrección. «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?» (1Cor 15,55). La vencerá también en sus elegidos el día de la resurrección de los cuerpos.

Entonces quedará terminada y consumada su obra, como cabeza de la Iglesia; Cristo poseerá esa Iglesia a la que tanto amó, por la cual «dio su vida, para que fuese gloriosa, sin arruga y sin mancha, pura e inmaculada» (Ef 5,27); el cuerpo místico habrá entonces «llegado enteramente a la plenitud de la edad de Cristo» (*ib.* 4,13). Entonces Cristo Jesús presentará a su Padre esa multitud de escogidos de los cuales es El el primogénito.

¡Oh, qué espectáculo tan glorioso será ver ese reino sujeto a Jesús, contemplar la obra de su sangre y de su gracia, ofrecida al Padre celestial por el mismo Jesucristo rey de la gloria!... ¡Qué increíble dicha la de formar parte de ese reino, junto con María, los ángeles, los santos, las almas de los bienaventurados que en la tierra conocimos, con los que estuvimos unidos por los lazos de la sangre por un afecto santo! Entonces, sí, podrá Jesús volver a decir con toda verdad: «Padre, he terminado la obra que me encomendaste»; entonces tendrán realidad cumplida aquellos votos formulados por su corazón sagrado en la última Cena: «Padre, ruégote yo ahora por estos que me diste. Tengan ellos el gozo cumplido que yo tengo; que estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria... para que el amor con que me amaste esté con ellos también» (Jn 17,4,9,13,24,26). Se cumplirán los deseos de Cristo, la Iglesia triunfante contemplará la gloria de su Príncipe; ella misma gozará de esa «plenitud de felicidad» que de su cabeza redundará en toda ella; la vida divina, rebosará en cada uno de nosotros, y reinaremos con Cristo para siempre.

San Juan en el Apocalipsis nos ha dicho algo sobre la gloria de ese reino. «Oí también una voz como de gran gentío y como el ruido de muchas aguas, y como el estampido de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya!; porque tomó ya posesión del reino el Señor Dios Nuestro Tododeroso. Gocémos y saltemos de júbilo, démosle gloria pues son llegadas las bodas del Cordero (que es Cristo), y su Esposa (la Iglesia ya triunfante) se ha compuesto y alhajado, pues ha sido autorizada para vestir tela de lino finísimo, brillante y puro». «Ese lino fino, añade San Juan, son las virtudes de los santos». Y díjome el Angel: «Escribe: ¡Dichosos los que son invitados a la cena de las bodas del Cordero!...» (Ap 19, 6-9).

Eso no es más que una sombra de la realidad divina, de la dicha que nos espera. En el Bautismo, recibimos el germen. Pero ese germen tenía que crecer, desarrollarse, ser resguardado de espinas y tropiezos; por la Penitencia hemos ido desviando lo que podía dañar o menoscabar su desarrollo; lo hemos ido nutriendo con el sacramento de vida y con el ejercicio de nuestras virtudes. Ahora, esa vida divina que Cristo nos comunica permanece oculta: «Vuestra vida permanece oculta con Cristo en Dios» (Col 3,3), pero en el cielo se descorrerá el velo, mostrará su esplendor, y se manifestará su hermosura; y no olvidéis que, una vez llegada a ese desarrollo, no crecerá más, no aumentará su esplendor, su hermosura no se perfeccionará ya. La fe nos dice que el lugar de la tarea

y del merecimiento es este mundo; que el cielo es la meta; allí no es posible ya crecer; sólo queda la recompensa tras la pelea. «El que cree, amontona méritos; el que ve, goza de la recompensa» [San Agustín, *In Joan*, LXVIII, 3].

3. El grado de nuestra bienaventuranza determinado ya aquí en la tierra según la medida de nuestra gracia; cómo San Pablo exhorta a los fieles a progresar en el ejercicio de la vida sobrenatural «hasta el día de Cristo»

Más aún; gozaremos de Dios en la medida y grado a que la gracia haya llegado en nosotros en el instante mismo en que salgamos de este mundo (1Cor 3,8).

Tengamos siempre presente esta verdad: el grado de nuestra eterna bienaventuranza es y quedará fijado para siempre, de acuerdo con el grado de caridad a que hayamos llegado con la gracia de Cristo cuando Dios nos saque de esta vida. Cada momento de ella es infinitamente precioso, pues basta para adelantar un grado en el amor de Dios, para elevarnos más en la dicha de la vida eterna.

No digamos que un grado más o menos de gloria importa poco.— ¿Hay algo que importe poco cuando se trata de Dios, de una dicha y una vida sin fin de las que Dios mismo es la fuente? Si conforme a la parábola que Nuestro Señor mismo se dignó explicar, hemos recibido cinco talentos, no es para enterrarlos, sino para hacerlos fructificar (Mt 25, 14-30). Si Dios al recompensarnos tiene muy en cuenta. nuestros esfuerzos para vivir en su gracia, para aumentar esa gracia en nosotros, ¿estará bien que nos contentemos con ofrecer a Dios una mies menguada y escasa? Cristo mismo nos lo ha dicho: «Mi Padre resultará glorificado si producis abundantes frutos de santidad, que en el cielo serán para vosotros frutos de bienaventuranza» (Jn 15,8). Tan cierto es ello, que Cristo compara a su Padre con un viñador que por medio del sufrimiento nos poda y limpia para que demos mayores frutos. ¿Tan menguado es nuestro amor a Cristo, que tengamos en poco ser miembros de su cuerpo místico, más o menos resplandecientes en la celestial Jerusalén? Cuanto más santos seamos, más glorificaremos a Dios durante toda la eternidad, mayor parte tomaremos en el cántico de acción de gracias con que los elegidos alaban a Cristo Redentor: «Redimístenos, Señor».

Vivamos despiertos para apartar los estorbos que puedan amenguar nuestra unión con Cristo; dejémonos penetrar íntimamente por la acción divina a fin de que la gracia de Dios obre tan libremente en nosotros, que nos haga «llegar a la plenitud de la edad de Cristo». Oíd con qué viveza exhorta a sus caros Filipenses San Pablo, que había sido arrebatado al tercer cielo: «Dios me es testigo de la ternura con que os amo a todos en las entrañas de Jesucristo, y lo que pido es que vuestra caridad crezca más y más... a fin de que os mantengáis puros y sin tropiezo hasta el día de

Cristo, colmados de frutos de justicia por Jesucristo, a gloria y alabanza de Dios» (Fil 1, 8-11).

Mirad sobre todo cómo él mismo se muestra cual dechado ya al fin de su carrera; el cautiverio que padece en Roma ha paralizado el curso de los muchos viajes que había emprendido para anunciar la buena nueva de Cristo; ya llega al término de sus luchas y trabajos, pero el misterio de Cristo, que ha revelado a tantas almas, vive en él con tanto fuego, que puede decir a los mismos Filipenses: «Ya mi vivir es Cristo, y el morir es mi ganancia» (*ib.* 21).

Sin embargo de ello, prosigue, «si quedándome más tiempo en este cuerpo mortal, yo puedo sacar más fruto de mi trabajo, no sé, en verdad, qué escoger. Pues me hallo solicitado por ambos lados; tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo, y estar con Cristo, lo cual es mejor sin comparación; pero, por otra parte, el quedar en esta vida es necesario para vosotros... para provecho vuestro y gozo de vuestra fe...» Luego recuerda el Apóstol cómo ha menospreciado las ventajas del judaísmo para abrazarse únicamente con Cristo, en el cual lo ha encontrado todo, ya que nada en lo sucesivo podrá separarle de Jesús. Esto no obstante, mirad lo que escribe: «No que ya haya logrado el premio, y la corona que se da al vencedor tras la carrera, ni haya llegado a la perfección... Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y tendiendo y mirando sólo a las futuras, ir corriendo hacia la meta para ganar el premio a que Dios me llama desde lo alto por Jesucristo» (Fil 3, 12-14). Así, San Pablo quería olvidar todos los progresos de su vida pasada para poner la mira con más ahinco en la recompensa eterna que le aguardaba.— Ved también cómo exhorta a los fieles a seguirle: «Vosotros también hermanos, sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo... Nuestra patria está en los cielos, de donde aguardamos a Nuestro Salvador Jesucristo, que transformará este cuerpo miserable, conformándolo con su cuerpo ya glorioso por la virtud del poder con que puede sujetar todas las cosas». Y el Apóstol, rebosando caridad, aunque estaba encarcelado, termina con este urgente y conmovedor saludo: «Por tanto, hermanos míos carísimos y amadísimos, que sois mi gozo y mi corona, perseverad así firmes en el Señor» (*ib.* 3,17,20 y 21. +1Cor 11,1, y Fil 4,1).

También a vosotros al terminar estas pláticas quiero yo deciros: perseverad firmes en la fe de Nuestro Señor Jesucristo; mantened una esperanza invencible en sus méritos; vivid en su amor; no ceséis, mientras estéis aquí en la tierra, «lejos del Señor», como dice San Pablo (2Cor 5,6), de aumentar, mediante una fe viva, deseos santos y una caridad que os arrastre sin reserva alguna a cumplir fiel y generosamente la voluntad de Dios, vuestra capacidad de contemplación y de amor a Dios, vuestra capacidad para disfrutar de El en la eterna bienaventuranza, para vivir de su propia vida. Día llegará en que la fe dejará lugar a la visión, en que a la esperanza seguirá la dichosa realidad, en que nuestro amor hacia Dios se resolverá en un abrazo eterno con El. Nos parece a veces que esa

felicidad está muy lejos; no es cierto; cada día, cada hora, cada minuto, nos acerca más a ella.

«Buscad, os repetiré con San Pablo, buscad las cosas que son de arriba, de allí donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre; poned vuestro corazón en las cosas del cielo, no en las de la tierra, como las riquezas, los honores, los placeres; pues «muertos estáis ya a todas esas cosas» que pasan; «vuestra vida, vuestra verdadera vida», la de, la gracia, prenda de la felicidad eterna, «está escondida con Cristo, en Dios». Sin embargo, cuando aparezca Cristo «que es vuestra vida», triunfante en el día postrero, «entonces apareceréis también vosotros con El en su gloria» (Col 3, 1-4), de la que participaréis como miembros que sois suyos. No desmayéis por ningún dolor ni padecimiento; porque las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos reportan una medida colmada de gloria eterna (2Cor 4,17). No os desaliente ninguna tentación; pues si sois fieles en el tiempo de la prueba, vendrá la hora en que recibiréis la corona que señalará vuestra entrada en la vida prometida por Dios a los que le aman (Sant 1,12). No os seduzcan las vanas alegrías, porque «las cosas que se ven son transitorias, mas las que no se ven son eternas» (2Cor 4,17. +Rm 8,18); «el tiempo es corto y el mundo pasa» (1Cor 7, 29-31). Lo que no pasa es la palabra de Cristo (Lc 21,33); «esas palabras son para nosotros manantial de vida divina» (Jn 6,64).

En el curso de estas conferencias he tratado de mostraros que la vida divina en nosotros no es más que una participación, mediante la gracia, de la plenitud de vida que existe en la humanidad de Jesús, y que rebosa sobre cada una de nuestras almas para hacerlas hijas de Dios: «Todos participamos de su plenitud» (*ib.* 1,16). La fuente de nuestra santidad está ahí y no en otra parte: esa santidad, ya os lo he dicho a menudo y quiero repetirlo ahora al terminar, es de orden esencialmente sobrenatural; no la hallaremos sino en la unión con Cristo. «Sin mí nada podéis» (Jn 15,5). Todos los tesoros de gracia y de santidad que Dios destina a las almas se encuentran como embalsados en Jesucristo. No vino al mundo sino para darnos parte en ellos con larga mano: *Veni ut vitam... abundantius habeant*: el Padre Eterno no nos da su Hijo sino «para que sea *nuestra* redención, *nuestra* sabiduría, *nuestra* santificación (1Cor 1,30), *nuestra* vida.

De modo que, aunque sin El, nada podemos, en El somos ricos y «nada nos falta» (*ib.* 1,7). Estas riquezas, dice San Pablo, son incomprensibles porque son divinas, pero si nosotros queremos, nuestras son y nos las apropiamos. ¿Qué se requiere para eso? Que apartemos los estorbos, el pecado, el apego al pecado, a las criaturas, a nosotros mismos, que pueden entorpecer la acción de Cristo y de su Espíritu en nosotros; que nos entreguemos a Cristo con todas las fuerzas de nuestro cuerpo y de nuestra alma, para tratar de agradar, como El lo hizo por un amor constante, a nuestro Padre celestial.

Entonces nuestro Padre de los cielos descubrirá en nosotros los rasgos de su Hijo muy amado; y a causa de Jesucristo pondrá en nosotros sus complacencias y nos colmará de dones, esperando llegue el día, bendito mil veces, «en que nos veamos todos juntos, para siempre, con el Señor, Cristo Jesús, vida nuestra» (Col 3,4).

«¡Oh Cristo Jesús, Verbo encarnado, Hijo de María, ven y vive en tus siervos, con tu espíritu de santidad, con la plenitud de tu poder, con la realidad de tus virtudes, con la perfección de tus caminos, con la comunicación de tus misterios, y domina todo poder enemigo por tu Espíritu, para gloria del Padre! Así sea».

Cristo Dios es la Patria adonde nos dirigimos.

Cristo Hombre es el camino por el cual vamos.

(San Agustín. Sermón 123, c.3)

Indice

Dom Columba Marmion (1858-1923), 3.

Presentación, 6.

PRIMERA PARTE Economía del plan divino

1. Plan divino de nuestra predestinación adoptiva en Jesucristo

-Importancia para la vida espiritual del conocimiento del plan divino, 9. -1. Idea general de este plan: la santidad a que Dios nos llama por la adopción sobrenatural es una participación en la vida revelada por Jesucristo, 10. -2. Dios quiere hacernos partícipes de su propia vida para hacernos santos y colmarnos de felicidad: en qué consiste la «santidad de Dios», 13. -3. La santidad en la Trinidad: plenitud de la vida a que Dios nos destina, 15. -4. Realización de este decreto por la adopción divina mediante la gracia: carácter sobrenatural de la vida espiritual, 18. -5. El plan divino desvaratado por el pecado, restablecido por la Encarnación, 20. -6. Universalidad de la adopción divina: amor inefable que manifiesta, 23. -7. Fin primordial del plan de Dios: la gloria de Jesucristo y de su Padre en la unidad del Espíritu Santo, 25.

2. Jesucristo, modelo único de toda perfección. *Causa exemplaris*

-Fecundidad y aspectos diversos del misterio de Cristo, 28. -1. Necesidad de conocer a Dios, para unirse a El: Dios se revela a nosotros en su Hijo Jesús: «Quien le ve, ve a su Padre», 31. -2. Cristo, nuestro modelo en su persona: Dios perfecto; Hombre perfecto; la gracia, signo fundamental de semejanza con Cristo, considerado en su condición de Hijo de Dios, 33. -3. Cristo nuestro modelo en sus obras y

virtudes, 36. -4. Nuestra imitación de Cristo se realiza: a) por la gracia b) por esa disposición fundamental de dirigirlo todo a la gloria de su Padre. «Christianus alter Christus», 39.

3. Jesucristo, autor de nuestra redención y tesoro infinito de gracias para nosotros. *Causa satisfactoria y meritoria*

-Cristo, por sus satisfacciones, nos merece la gracia de la filiación divina, 42. -1. Imposibilidad para el linaje humano, descendiente de Adán pecador, de reconquistar la herencia eterna; sólo un Dios hecho hombre puede dar una satisfacción plena y suficiente, 43. -2. Jesús salvador; valor infinito de todos los actos del Verbo Encarnado. Sin embargo de ello, de hecho, la Redención no se opera sino por el Sacrificio de la Cruz, 45. -3. Cristo merece, no sólo para sí, sino para nosotros. Este mérito tiene su fundamento en la gracia de Cristo, constituido Cabeza del género humano; en la libertad soberana y el amor inefable con que Cristo arrojó su Pasión por todos los hombres, 47. -4. Eficacia infinita de las satisfacciones y de los méritos de Cristo; confianza ilimitada que de ellos dimana, 50. -5. Ahora, Cristo sin cesar aboga junto al Padre en favor nuestro. Cómo glorificamos a Dios al hacer valer nuestros derechos a las satisfacciones de su Hijo, 52.

4. Jesucristo, causa eficiente de toda gracia. *Causa efficiens*

-1. Durante la existencia terrena de Jesucristo, su humanidad era, como instrumento del Verbo, fuente de gracia y de vida, 58. -2. Cómo obra Cristo después de Ascensión. Medios oficiales: los sacramentos producen la gracia por sí mismos, pero en virtud de los méritos de Cristo, 60. -3. Universalidad de los sacramentos; se extienden a toda nuestra vida sobrenatural; confianza ilimitada que debemos tener en estas fuentes auténticas, 64. -4. Poder de santificación de la humanidad de Jesús fuera de los sacramentos, por el contacto espiritual de la fe. Importancia capital de esta verdad, 67.

5. La Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo

-El misterio de la Iglesia, inseparable del misterio de Cristo. Los dos no forman más que uno, 72. -1. La Iglesia, sociedad fundada sobre los apóstoles: depositaria de la doctrina y de la autoridad de Jesús, dispensadora de los sacramentos, continuadora de su obra de religión. No se va a Cristo sino por la Iglesia, 73. -2. Verdad que pone de relieve el carácter particular de la visibilidad de la Iglesia: Dios quiere gobernarnos por los hombres: importancia de esta economía sobrenatural, resultante de la Encarnación. Por ella se glorifica a Jesús y se ejercita nuestra fe.— Nuestros deberes con la Iglesia, 76. -3. La Iglesia, cuerpo místico; Cristo es la cabeza, porque tiene toda primacía. Profundidad de esta unión; formamos parte de Cristo, todos una cosa en Cristo. Permanecer unidos a Jesús y entre nosotros mismos por la caridad, 79.

6. El Espíritu Santo, espíritu de Jesús

-La doctrina sobre el Espíritu Santo completa la explicación del plan divino: importancia capital de este asunto, 85. -1. El Espíritu Santo en la Trinidad:

procede del Padre y del Hijo por amor, se le atribuye la santificación, porque ésta es obra de amor, de perfeccionamiento y de unión, 87. -2. Operaciones del Espíritu Santo en Cristo: Jesús es concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; gracia santificante, virtudes y dones conferidos por el Espíritu Santo al alma de Cristo; la actividad humana de Cristo dirigida por el Espíritu Santo, 90. -3. Operaciones del Espíritu Santo en la Iglesia; el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, 94. -4. Acción del Espíritu Santo en las almas donde mora, 96. -5. Doctrina de los dones del Espíritu Santo, 99. -6. Nuestra devoción al Espíritu Santo: invocarle y ser fieles a sus inspiraciones, 103.

SEGUNDA PARTE

Fundamento y doble aspecto de la vida cristiana

1. La fe en Jesucristo, fundamento de la vida cristiana

-La fe, primera disposición del alma, y cimiento de la vida sobrenatural, 107. -1. Cristo exige la fe como condición previa de la unión con él, 110. -2. Naturaleza de la fe: asentimiento al testimonio de Dios proclamando que Jesús es su Hijo, 112. -3. La fe en la divinidad de Jesucristo es el fundamento de nuestra vida interior; el Cristianismo es la aceptación de la divinidad de Cristo en la Encarnación, 114. -4. Ejercicio de la virtud de la fe; fecundidad de la vida interior basada en la fe, 117. -5. Por qué debemos tener fe viva, sobre todo en el valor infinito de los méritos de Cristo. Cómo la fe es fuente de gozo, 120.

2. El Bautismo, sacramento de adopción y de iniciación, muerte y vida

-El Bautismo, primero de todos los Sacramentos, 124. -1. Sacramento de adopción divina, 125. -2. Sacramento de iniciación cristiana; simbolismo y gracia del Bautismo explicados por San Pablo, 128. -3. Cómo la existencia de Cristo encierra el doble aspecto de «muerte» y de «vida», que reproduce en nosotros el Bautismo, 131. -4. Toda la vida cristiana no es más que el desarrollo práctico de la doble gracia inicial conferida en el Bautismo; «muerte al pecado» y «vida para Dios». Sentimientos que debe despertar en nosotros el recuerdo del Bautismo: gratitud, alegría y confianza, 133.

II-A parte

La muerte para el pecado

3. *Delicta quis intelligit?*

-La muerte para el pecado, fruto primero de la gracia bautismal, primer aspecto de la vida cristiana, 139. -1. El pecado mortal, desprecio en la práctica de los derechos y perfecciones de Dios; causa de los padecimientos de Cristo, 140. -2. El pecado mortal destruye la gracia, principio de la vida sobrenatural, 144. -3. Expone el alma a la privación eterna de Dios, 145. -4. Peligro de las faltas veniales, 148. -5. Vencer la tentación con la vigilancia, la oración y la confianza en Jesucristo, 151.

4. El sacramento y la virtud de la penitencia

-1. Cómo, por el perdón de los pecados, manifiesta Dios su misericordia, 154. -2. El sacramento de la penitencia; sus elementos: la contrición, su particular eficacia en el sacramento; la declaración de los pecados constituye un homenaje a la humanidad de Cristo; la satisfacción no tiene valor si no es unida a la expiación de Jesús, 156. -3. La virtud de la penitencia es necesaria para mantener en nosotros los frutos del sacramento; naturaleza de esta virtud, 162. -4. Su objeto: restablecer el orden y hacernos semejantes a Jesús crucificado. Principio general y diversas aplicaciones de su ejercicio, 164. -5. Cómo en Cristo hallamos consuelo y cómo unidos a los suyos adquieren valor nuestros actos de renunciación, 166. -6. Conforme al espíritu de la Iglesia es preciso conectar los actos de la virtud de la penitencia con el sacramento, 169.

II-B parte

La vida para Dios

5. La verdad en la caridad

-El Cristianismo, religión de vida, 174. -1. Carácter fundamental de nuestras obras: la verdad; obras conformes a nuestra naturaleza de seres racionales: armonía de la gracia y de la naturaleza en conformidad con nuestra individualidad y especialización, 175. -2. Realizar nuestras obras en la caridad, en estado de gracia; necesidad y fecundidad de la gracia para la vida sobrenatural, 179. -3. Maravillosa variedad de los frutos de la gracia en las almas; la raíz de que procede es sin embargo para todos la misma, 183.

6. Nuestro progreso sobrenatural en Jesucristo

-La vida sobrenatural está sujeta a una ley de progreso, 187. -1. Aparte de los sacramentos, la vida sobrenatural se perfecciona con el ejercicio de las virtudes, 189. -2. Las virtudes teologales. Naturaleza de esas virtudes; son características de la cualidad de hijo de Dios, 191. -3. Por qué debe ser dada la preeminencia a la caridad, 193. -4. Necesidad de las virtudes morales adquiridas e infusas, 196. -5. Las virtudes morales salvaguardan la caridad, la cual a su vez las preside y las perfecciona, 198. -6. Aspirar a la caridad perfecta por la pureza de intención, 200. -7. La caridad puede informar todas las acciones humanas; sublimidad y sencillez de la vida cristiana, 202. -8. Fruto de la caridad y de las virtudes que ella rige: hacernos crecer en Cristo, para completar su cuerpo místico, 205. -9. El progreso sobrenatural puede ser continuo hasta la muerte: «donec occurratur omnes... in mensuram ætatis plenitudinis Christi», 206.

7. El sacrificio eucarístico

-La Eucaristía, fuente de vida divina, 210. -1. La Eucaristía considerada como sacrificio; trascendencia del sacerdocio de Cristo, 212. -2. Naturaleza del sacrificio; cómo los sacrificios antiguos no eran más que figuras; la inmolación del Calvario, única realidad, valor infinito de esta oblación, 213. -3. Se reproduce y renueva por el sacrificio de la Misa, 216. -4. Frutos inagotables del sacrificio del altar; homenaje de perfecta adoración, sacrificio de propiciación plenaria; única

acción de gracias digna de Dios; sacrificio de poderosa impetración, 218. -5. Intima participación en la oblación del altar por nuestra unión con Cristo, Pontífice y víctima, 222.

8. Panis vitæ

-La Comunión eucarística es el medio más eficaz para mantener en nosotros la vida sobrenatural, 227. -1. La Comunión es el convite en que Cristo se da como pan de vida, 228. -2. Por la Comunión, Jesucristo mora dentro de nosotros y nosotros dentro de él, 229. -3. Diferencia entre los efectos del sustento corporal y los frutos de la manducación eucarística; cómo Cristo nos transforma en El; influencia que en el cuerpo ejerce este maravilloso alimento, 231. -4. La preparación es necesaria para asimilarse los frutos de la Comunión, 234. -5. Disposiciones remotas: absoluta donación de uno mismo a Jesucristo: orientar todas nuestras acciones en orden a la Comunión, 236. -6. Disposiciones próximas: fe, confianza y amor; cómo premia el Señor tales disposiciones: la Comunión constituye la más alta participación de la divina filiación de Jesucristo. Diversidad de «fórmulas» y disposiciones interiores en la preparación inmediata, 239. -7. Acción de gracias después de la Comunión: «*Mea omnia tua sunt et tua mea*», 244.

9. Vox Sponsæ

-La alabanza divina es parte esencial de la misión santificadora que Cristo confía a la Iglesia, 247. -1. El Verbo Eterno, cántico divino; la Encarnación asocia el género humano a este cántico, 248. -2. La Iglesia encargada de organizar, guiada por el Espíritu Santo, el culto público de su Esposo; empleo que en él se hace de los Salmos; cómo esos cánticos inspirados ensalzan las perfecciones divinas, expresan nuestras necesidades, y nos hablan de Cristo, 250. -3. Gran poder de intercesión de esa alabanza en labios de la Esposa, 253. -4. Cuantiosos frutos de santificación; la oración de la Iglesia, manantial de luz, nos hace participar de los sentimientos del alma de Cristo, 255. -5. También nos hace partícipes de sus misterios: senda segura e infalible para asemejarnos a Jesús, 256. -6. Por qué y cómo la Iglesia honra y celebra a los santos, 260.

10. La oración

-Importancia de la oración: la vida de oración es transformante, 262. -1. Naturaleza de la oración: conversación del hijo de Dios con su Padre celestial bajo la influencia del Espíritu Santo, 264. -2. Dos factores afectarán a los términos de esta conversación: primer factor: la medida de la gracia de Cristo; suma discreción que debe observarse a este propósito; doctrina de los principales maestros de la vida espiritual; el método no es el mismo que la oración, 268. -3. Segundo elemento: estado del alma. Las distintas fases de la vida de perfección caracterizan, de una manera general, los diversos grados de la vida de oración. Trabajo discursivo de los principios, 271. -4. De cuanta importancia sea en la vía iluminativa la contemplación de los misterios de Cristo: el estado de oración, 272. -5. La oración de fe; la oración extraordinaria, 276. -6. Disposiciones indispensables para hacer fructuosa la oración; pureza de corazón, recogimiento del espíritu, abandono, humildad y reverencia, 277. -7. Sólo la unión con Cristo por la fe puede hacer fecunda la vida de oración; alegría que produce en el alma, 279.

11. Amaos los unos a los otros

-1. La caridad fraterna, mandamiento nuevo y signo distintivo de las almas que pertenecen a Cristo. Por qué el amor para con el prójimo es la manifestación del amor para con Dios, 282. -2. Principio de esa economía; extensión de la Encarnación; no hay más que un solo Cristo; no puede nadie separarse del cuerpo místico sin separarse del mismo Cristo, 288. -3. Ejercicios y formas diversas de la caridad; su modelo a de ser la de Cristo, siguiendo las exhortaciones de San Pablo: «ut sint consummati in unum», 290.

12. La Madre del Verbo encarnado

-Lugar que ocupa la devoción a María en nuestra vida espiritual; el discípulo de Cristo debe, como Jesús, ser hijo de María, 295. -1. Lo que María ha dado a Jesús. Por su «fiat», la Virgen aceptó dar al Verbo una naturaleza humana; es la Madre de Cristo; en virtud de esto, entra esencialmente en el misterio vital del Cristianismo, 297. -2. Lo que Jesús a dado a su Madre. La escogió entre todas las mujeres; la ha amado y obedecido; la ha asociado de una manera muy íntima a sus misterios, principalmente al de la Redención, 299. -4. Fecundidad que reporta al alma la devoción a María. María inseparable de Jesús en el plan divino; su crédito todopoderoso; su gracia de maternidad espiritual. Pidamos a María «que forme a Jesús» en nosotros, 305.

13. Coherederos de Cristo

-La herencia del cielo, término final de nuestra predestinación adoptiva, 310. -1. La bienaventuranza eterna consiste en la visión de Dios cara a cara, en el amor inmutable y en la alegría perfecta, 312. -2. Los cuerpos de los justos han de participar, después de la resurrección, de esa bienaventuranza; gloria de esa resurrección ya realizada en Cristo, cabeza de su cuerpo místico, 316. -3. El grado de nuestra bienaventuranza determinado ya aquí en la tierra según la medida de nuestra gracia; cómo San Pablo exhorta a los fieles a progresar en el ejercicio de la vida sobrenatural «hasta el día de Cristo», 318.